

CARDENAL GOMÀ

EL EVANGELIO

EXPLICADO



VOL. IV

Editorial Casulleras - Barcelona



# EL EVANGELIO EXPLICADO

INTRODUCCIÓN - CONCORDIA  
COMENTARIO-LECCIONES MORALES

POR EL EMMO. Y REVMO. SEÑOR

Dr. D. ISIDRO GOMÁ Y TOMÁS

CARDENAL - ARZOBISPO DE TOLEDO

PRIMADO DE ESPAÑA

TERCERA EDICIÓN

VOL. IV

PASIÓN Y MUERTE-RESURRECCIÓN  
Y VIDA GLORIOSA DE JESÚS

RAFAEL CASULLERAS

LIBRERO - EDITOR

Vía Layetana, 85 - BARCELONA

1942

## VOLUMEN IV

### SECCIÓN OCTAVA LA SEMANA DE PASIÓN

Síntesis de esta sección: Abril de 782. Año 29 de nuestra era.

Los seis días antes de la Pascua judía . . . . . 5

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
	PERÍODO PRIMERO.— ÚLTIMOS DÍAS DEL MI- NISTERIO DE JESÚS					
157	Jesús se dirige triun- falmente a Jerusalén:	21,1—9	11,1—10	19,29—38	12,12—16	9
158	Episodios de la entrada triumfal:	21,10—12a 14—17	11,11	19,39—44	12,17—19	17
159	La Higuera maldita: Expulsión de los mer- caderes del templo:	21,18—19	11,12—14			
		21,12b-13	11,15—19	19,45—48		24
160	Fe y Caridad en la ora- ción: Perversidad de los Sinedristas:	21,20—27	11,20—33	20,1—8		29
161	Parábolas de los dos hijos y de los colonos rebeldes:	21,28—46	12,1—12	20,9—19		36
162	Parábola de los con- vidados a una boda regia:	22,1—14				45
163	Licitud del tributo exigido a los judíos por el César:	22,15—22	12,13—17	20,20—26		51
164	Interrogan los saduceos a Jesús sobre la re- surrección de los muertos:	22,23—33	12,18—27	20,27—40		56
165	El mandato máximo: Jesús Hijo y Señor de David:	22,34—46	12,28—37	20,41—44		62

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
166	Discurso de Jesús contra los fariseos: Primera parte: Su ambición e hipocresía:	23,1—12	12,38—39	20,45—46		68
167	Segunda parte: Los ocho anatemas contra escribas y fariseos:	23,13—33	12,40	20,47		74
168	Tercera parte: Amenazas de Jesús: La ruina de Jerusalén:	23,34—39				82
169	El óbolo de la viuda:		12,41—44	21,1—4		86
170	Unos gentiles desean ver a Jesús: Discurso del Señor:				12,20—36	89
171	Epílogo del ministerio público de Jesús: Discurso escatológico de Jesús: Generalidades:				12,37—50	97
		cc. 24.25	13	21,5—36		104
172	Primera parte: a) Introducción y signos precursores de la destrucción del Templo:	24,1—14	13,1—13	21,5—19		107
173	b) Destrucción del Templo y de la Ciudad:	24,15—22	13,14—20	21,20—24		116
174	c) Signos precursores y venida del Hijo del Hombre:	24,23—31	13,21—27	21,25—28		120
175	d) Tiempo de la ruina del Templo y del mundo:	24,32—41	13,28—32	21,28—33		126
176	Segunda parte: Exhortación a la vigilancia y trabajo. a) La vigilancia: Parábolas del lazo y del ladrón:	24,42—44	13,33	21,34—36		131
177	b) Parábolas de los siervos:	24,45—51	13,34—37			135
178	c) Parábola de las diez vírgenes:	25,1—13				139
179	d) Parábola de los talentos:	25,14—30				145
180	Tercera parte: El juicio final:	25,31—46				151



N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pág.
181	Últimos días: El Sinedrio decreta la muerte de Jesús: Traición de Judas:	26,1—5 26,14—16	14,1—2	21,37—38 22,1—2 22,3—6		158
182	Preparativos de la última cena:	26,17—19	14,12—16	22,7—13		164
183	Principio de la cena: Discusión entre los Apóstoles:	26,20	14,17	22,14—18 24—30		169
184	El lavatorio:				13,1—17	175
185	El traidor:	26,21 26,22—24 26,25	14,18 14,19—21 14,19	22,21 22,22 22,23	13,18—21 13,22—30	181
186	Institución de la Eucaristía:	26,26—29	14,22—25	22,19.20		190
187	Discurso de Jesús después de la Cena:				13,31—17,26	195
188	a) La glorificación de Jesús: El precepto nuevo:				13,31—35	197
189	b) Jesús predice las negaciones de Pedro: Le confirma en el Primado:			22,31—34	13,36—38	201
190	c) La promesa del cielo:				14,1—11	206
191	d) Otras tres grandes promesas:				14,12—24	212
192	e) El espíritu de verdad: El don de la paz:				14,25—31	219
193	f) La vid mística: Unión con Jesús:				15,1—11	224
194	g) El precepto de la caridad fraterna:				15,12—17	230
195	h) El odio del mundo contra los enviados de Cristo:				15,18—16,4	234
196	i) La obra del Espíritu Santo:				16,5—15	240
197	j) De la tristeza presente al gozo futuro:				16,16—24	246
198	Recapitulación y con- clusión del discurso:				16,25—33	252
199	La oración sacerdotal de Jesús: a) Ruega por sí mismo:				17,1—5	256

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
200	b) Jesús ruega por sus Apóstoles:				17,6—19	260
201	c) Jesús ruega por la Iglesia:				17,20—26	268
	<b>PERÍODO SEGUNDO.— DE LA NOCHE DEL JUEVES A LA DEL VIERNES</b>					
202	Camino de Getsemaní: Predicción del escándalo de los discípulos y de las negaciones de Pedro: Inminencia de la Pasión:	26,30—35	14,27—31	22,35—38	18,1 a	273
203	La oración de Jesús en el huerto:	26,36—46	14,32—42	22,39—46	18,1 b	279
204	Judas y la turba en Getsemaní: Poder de Jesús:	26,47 - 50a	14,43—45	22,47—48	18,2—3 18,4—9	288
205	Prendimiento de Jesús:	26,50b-56	14,51—52 14,46—50	22,49—53	18,12 18,10—11	294
206	El proceso religioso de Jesús: Jesús ante Anás:				18,13—14 19—24	300
207	Sigue el proceso religioso: Jesús ante Caifás:	26,57,59-68	14,53—65	22,63—65		307
208	Las negaciones de Pedro: Primera: Segunda: Tercera:	26,58,69-70 26,71—72 26,73—75	14,54,65-68 14,69—70 14,70—72	22,54—57 22,58 22,59—62	18,15—17 18,18—25 18,26,27	315
209	Sigue el proceso religioso de Jesús: Segunda sesión del Sinedrío:			22,66—71		
210	Desesperación y suicidio de Judas:	27,1.2 27,3—10	15,1	23,1		323 328
211	El proceso civil: Jesús por primera vez ante Pilatos:			23,2,4—7		
212	Sigue el proceso civil: Jesús ante Herodes:	27,11—14	15,2—5	23,3	18,28—38	334
213	Sigue el proceso civil: Otra vez en el Pretorio: Jesús pospuesto a Barrabás:	27,15—19 27,20—23		23,8—12 23,13—16 18—25 23,17		344 348

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pg.
214	Jesús azotado y coronado de espinas: Ecce-homo: Nuevo interrogatorio:	27,27—30	15,16—19		19,1—3 19,4—7 19,8—11	356
215	Último esfuerzo de Pilatos: Jesús condenado a muerte:	27,24—26	15,15	23,25	19,12—16	364
216	Camino del Calvario:	27,31 27,32—33	15,21.22	23,26—32	19,17	370
217	La crucifixión:  El título de la cruz: Sorteo de las vestiduras:	27,34  27,37 27,35	15,23,25 27.28 15,26 15,24	23,33  23,38 23,34	19,18  19,19—22 19,23.24	376
218	Injurias a Jesús crucificado: El buen ladrón:	27,39—44	15,29—32	23,34—37 23,39—43		384
219	Últimas palabras de Jesús y su muerte:	27,45—47 27,48—50	15,33—37	23,46 23,44—46	19,25—30	391
220	Después de la muerte del Señor:	27,51—53 54—56	15,40.41 38.39	23,47.48 45—49		400
221	La lanzada:				19,31—37	406
222	Descendimiento y sepultura:	27,57—60	15,42—45 15,46	23,50—54	19,38b-42 19,38a	411
223	Después de la sepultura de Jesús:	27,61—66	15,47	23,55.56		417

## SECCIÓN NOVENA VIDA GLORIOSA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: Del día siguiente al de la Pascua judía hasta cuarenta días después. Abril-Mayo de 782. —

Año 29 de nuestra era . . . . . 423

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pg.
	PERÍODO PRIMERO. — PRIMERAS APARICIONES DE JESÚS EN JUDEA					
224	La resurrección de Jesús: Consideraciones generales sobre los relatos evangélicos:					425



N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
225	Las mujeres van al sepulcro:	28,1	16,1—3	24,1—3		
	El terremoto:	28,2—4				
	La visita:	28,5—7	16,4—7	24,4—8		
	El regreso:		16,8	24,9—11		429
226	Visita de Pedro y Juan al sepulcro:			24,12	20,1—10	438
227	Jesús aparece a la Magdalena:		16,9—11		20,11—18	443
228	Aparición de Jesús a las piadosas mujeres: Los soldados romanos y los sinedristas:	28,8—15				448
229	Aparición de Jesús a dos discípulos en el camino de Emaús:		16,12.13	24,13—35		454
230	Aparece Jesús a los Apóstoles reunidos:		16,14	24,37—39 41—44 24,36—40	20,19—24	463
231	Otra aparición a los Apóstoles con Santo Tomás:				20,24—31	470
	<b>PERÍODO SEGUNDO. — ÚLTIMAS APARICIONES DE JESÚS EN GALILEA Y EN JUDEA</b>					
232	Apariciones de Jesús en la Galilea: a) En el mar de Tiberíades:				21,1—14	477
233	El Primado de Pedro:				21,15—23	484
234	Aparición a los Apóstoles en un monte de Galilea:	28,16—20	16,16—18			491
235	Últimas enseñanzas de Jesús:		16,19			
	La Ascensión:		16,20	24,45—53		497
236	Epílogo del Evangelio de San Juan:				21,24.25	503

## SECCIÓN OCTAVA

# LA SEMANA DE PASIÓN

**Abril de 782 — Año 29 de nuestra era — Los seis días  
antes de la Pascua judía**

### **Sumario**

PERÍODO PRIMERO: ÚLTIMOS DÍAS DEL MINISTERIO DE JESÚS. DEL DOMINGO A LA NOCHE DEL JUEVES. EN BETANIA Y EN JERUSALÉN. — 157. Jesús se dirige triunfalmente a Jerusalén. — 158. Episodios de la entrada triunfal. — 159. La higuera maldita: Expulsión de los mercaderes del Templo. — 160. Fe y caridad en la oración: Perversidad de los sine-dristas. — 161. Parábolas de los dos hijos y de los colonos rebeldes. — 162. Parábola de los convidados a una boda regia. — 163. Licitud del tributo exigido a los judíos por el César. — 164. Interrogan los saduceos a Jesús sobre la resurrección de los muertos. — 165. El mandato máximo: Jesús, hijo y señor de David. — 166. Discurso de Jesús contra los fariseos. Primera parte: Su ambición e hipocresía. — 167. Segunda parte: Los ocho anatemas contra escribas y fariseos. — 168. Tercera parte: Amenazas de Jesús: La ruina de Jerusalén. — 169. El óbolo de la viuda. — 170. Unos gentiles desean ver a Jesús: Discurso del Señor. — 171. Epílogo del ministerio público de Jesús. Discurso escatológico de Jesús: Generalidades. — 172. Primera parte: A) Introducción y signos precursores de la destrucción del Templo. — 173. B) Destrucción del Templo y de la ciudad. —

174. C) Signos precursores y venida del Hijo del hombre. — 175. D) Tiempo de la ruina del Templo y del mundo. — 176. Segunda parte: Exhortación a la vigilancia y trabajo: A) La vigilancia: Parábolas del lazo y del ladrón. — 177. B) Parábolas de los siervos. — 178. C) Parábola de las diez vírgenes. — 179. D) Parábola de los talentos. — 180. Tercera parte: El juicio final. — 181. Últimos días: El Sinedrio decreta la muerte de Jesús: Traición de Judas. — 182. Preparativos de la última cena. — 183. Principio de la cena: Discusión entre los Apóstoles. — 184. El lavatorio. — 185. El traidor. — 186. Institución de la Eucaristía. — 187. Discurso de Jesús después de la cena. — 188. A) La glorificación de Jesús: El precepto nuevo. — 189. B) Jesús predice las negaciones de Pedro: Le confirma en el Primado. — 190. C) La promesa del cielo. — 191. D) Otras tres grandes promesas. — 192. E) El espíritu de verdad: El don de la paz. — 193. F) La vida mística: Unión con Jesús. — 194. G) El precepto de la caridad fraterna. — 195. H) El odio del mundo contra los enviados de Cristo. — 196. I) La obra del Espíritu Santo. — 197. J) De la tristeza presente al gozo futuro. — 198. Recapitulación y conclusión del discurso. — 199. La oración sacerdotal de Jesús: A) Ruega por sí mismo. — 200. B) Jesús ruega por sus Apóstoles. — 201. C. Jesús ruega por la Iglesia.

PERÍODO SEGUNDO: DE LA NOCHE DEL JUEVES A LA DEL VIERNES. EN GETSEMANÍ Y JERUSALÉN. — 202. Camino de Getsemaní: Predicción del escándalo de los discípulos y de las negaciones de Pedro: Inminencia de la Pasión. — 203. La oración de Jesús en el huerto. — 204. Judas y la turba en Getsemaní: Poder de Jesús. — 205. Prendimiento de Jesús. — 206. El proceso religioso de Jesús: Jesús ante Anás. — 207. Sigue el proceso religioso: Jesús ante Caifás. — 208. Las negaciones de Pedro. — 209. Sigue el proceso religioso de Jesús: Segunda sesión del Sinedrio. — 210. Desesperación y suicidio de Judas. — 211. El proceso civil: Jesús por primera vez ante Pilatos. — 212. Sigue el proceso civil: Jesús ante Herodes. — 213. Sigue el proceso civil: Otra vez en el Pretorio: Jesús



pospuesto a Barrabás. — 214. Jesús azotado y coronado de espinas: Ecce Homo: Nuevo interrogatorio. — 215. Ultimo esfuerzo de Pilatos: Jesús condenado a muerte. — 216. Camino del Calvario. — 217. La crucifixión: El título de la cruz: El sorteo de las vestiduras. — 218. Injurias a Jesús crucificado: El buen ladrón. — 219. Últimas palabras de Jesús y su muerte. — 220. Después de la muerte del Señor. — 221. La lanzada. — 222. Descendimiento y sepultura. — 223. Después de la sepultura de Jesús.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO. — Desde Betania, adonde había llegado seis días antes de la Pascua, Jesús se trasladó, *probablemente* (1) el DOMINGO, a Jerusalén, entrando triunfalmente en la ciudad y en el Templo. En Jerusalén pasó Jesús el día, y por la tarde (Mc. 11, 11) volvió a Betania, donde pernoctó.

Al siguiente día, LUNES, otra vez marchó a Jerusalén, maldijo a la higuera estéril y arrojó del Templo a los vendedores. Llegada la tarde, salió de Jerusalén (Mc. 11, 19) hacia su retiro de Betania.

El MARTES, dos días antes de la Pascua (Mt. 26, 2), de nuevo está en Jerusalén. Fué éste un día de intensa actividad apostólica, a juzgar por lo que los sinópticos narran. Jesús adoctrinó al pueblo, proponiéndole hermosas parábolas, y sostuvo vehementes disputas con fariseos, escribas y herodianos. En este día, por la tarde, los Pontífices tomaron la determinación de prender a Jesús y darle muerte. Después de esto Jesús marchó y se escondió (Ioh. 12, 36), retirándose como de costumbre a Betania.

El MIÉRCOLES Judas pactó sacrílegamente con los sinedristas para entregarles a Jesús.

El JUEVES, primer día de los ácidos, el Señor mandó a Pedro y a Juan que prepararan la Pascua, y por la tarde con sus discípulos celebró en Jerusalén la Cena Pascual, institu-

---

(1) Decimos *probablemente* porque no faltan exégetas, como Rósdini, que ponen la entrada triunfal de Jesús el lunes, lo cual ofrece algunas ventajas para la distribución de los hechos subsiguientes en los días de la semana.

yendo la Santísima Eucaristía. Denunció veladamente al traidor, y Judas abandonó el Cenáculo. Dicho el himno, después de la cena, Jesús con los once Apóstoles, salió del Cenáculo, bajó la pendiente del Sión y, atravesando el torrente de Cedrón, se retiró al huerto de Getsemaní, situado al pie del Olivete, en la encrucijada de los caminos que conducen a Betania. Allí oró largamente, cayó en agonía, se le apareció el ángel y sudó sangre; mientras sus discípulos dormían. A la media noche, Judas con su tropa llegó a Getsemaní y prendieron a Jesús. Los Apóstoles se dispersaron, y Jesús fué llevado al Palacio del Pontífice y presentado primeramente a Anás y luego a Caifás, que presidió la primera reunión del Sinedrio en la que se juzgó a Jesús reo de muerte. Entretanto Pedro, en el atrio del Palacio, negó tres veces a su Maestro.

El VIERNES, muy de mañana, a la primera luz, se reunió segunda vez el Sinedrio e hizo comparecer ante sí a Jesús, ratificando la sentencia de muerte y remitiéndolo acto seguido a Pilatos, que tenía su Pretorio en la Torre Antonia, en el ángulo noroeste del Templo. Y se celebró el proceso civil contra Jesús ante Pilatos y Herodes, que terminó con la cobarde confirmación de la sentencia por Pilatos, el cual condenó a Jesús al afrentoso suplicio de la Cruz. Cargado del infamante madero, el Divino Redentor caminó hacia el lugar del suplicio, salió del recinto de la ciudad por la puerta Judiciaria, y en el monte Gólgota, o Calvario, próximo al muro septentrional, a las doce del día, fué crucificado entre dos malhechores. A la hora de nona, las tres de la tarde, entregó libremente su espíritu en manos de su Padre celestial. A la caída de la tarde, antes de que empezara el descanso sabático, el cuerpo santísimo de Jesús fué piadosamente depositado en un sepulcro nuevo, propiedad de José de Arimatea y situado al pie del mismo Calvario.

## Período primero

# ULTIMOS DIAS DEL MINISTERIO DE JESÚS

### 157. — JESÚS SE DIRIGE TRIUNFALMENTE A JERUSALÉN: Mt. 21, 1-9

(Mc. 11, 1-10; Lc. 19, 29-38; Ioh. 12, 12-16)

#### Evangelio de la bendición de las Palmas el Domingo de Ramos

<sup>1</sup> Y <sup>1</sup> *al día siguiente*, cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos, envió entonces Jesús a dos discípulos, <sup>2</sup> diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego, <sup>mc</sup> *al entrar allí*, hallaréis una asna atada, y con ella un pollino <sup>mc</sup> *atado, sobre el que no montó aún hombre alguno*: desatadlos y traédmelos. <sup>3</sup> Y si alguien os dijere alguna cosa: <sup>mc</sup> *¿Qué hacéis?* <sup>2</sup> *¿Por qué los desatáis?*, responded que el Señor los ha menester: y luego los dejará. <sup>4</sup> Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: <sup>5</sup> “Decid a la hija de Sión: <sup>1</sup> *No temas*: he aquí que viene a ti tu Rey, manso y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de la que está debajo de yugo.” <sup>1</sup> *Esto no lo entendieron sus discípulos al principio: pero, cuando fué glorificado Jesús, entonces recordaron que de él estaban escritas estas cosas, y que esto le hicieron.* <sup>6</sup> Y fueron, pues, los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús, <sup>2</sup> y hallaron el pollino que estaba como les había dicho, <sup>mc</sup> *atado delante de la puerta, fuera, en la encrucijada, y desátanlo*: <sup>2</sup> y cuando desataban el pollino, dijeron-



*les<sup>mc</sup> algunos de los que allí estaban, <sup>l</sup>los dueños de él: ¿Por qué desatáis el pollino? <sup>mc</sup>Ellos respondieron como Jesús les había mandado: <sup>l</sup>que el Señor lo ha menester: <sup>mc</sup>y se lo dejaron. <sup>7</sup>Y condujeron el asna y el pollino <sup>mc</sup>a Jesús: y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. <sup>8</sup>Y <sup>l</sup>según él caminaba, una gran muchedumbre tendió sus vestidos en el camino: y otros cortaban ramos de árboles, y los esparcían por el camino. <sup>9</sup>Y cuando se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las maravillas que habían visto. <sup>10</sup>Y la muchedumbre que iba delante, y la que iba detrás, gritaba diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito <sup>l</sup>el Rey que viene en el nombre del Señor! <sup>mc</sup>¡Bendito el Reino que llega de nuestro padre David! <sup>l</sup>¡Paz en los cielos, hosanna y <sup>l</sup>gloria en las alturas!*

*<sup>1</sup>Una gran muchedumbre de gente que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén, cogieron ramos de palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!*

**Explicación.** — El hecho que aquí se narra tiene lugar, según toda probabilidad, el día 10 de Nisán, cinco días antes de la Pascua, coincidiendo con nuestro domingo de Ramos, según venerable tradición litúrgica y eclesiástica. La hora no se precisa en ninguno de los Evangelios: de Mc. 11, 11, se colige que tuvo lugar por la tarde, durando probablemente algunas horas. Los cuatro Evangelios concurren a esta narración, ofreciendo cada uno de ellos diversas particularidades: el conjunto nos da animadísimo cuadro que reproduce aquel hecho trascendental de la vida de Jesús. Ya se ha notado en otro lugar el simbolismo de esta entrada triunfal de Jesús en Jerusalén: es la designación y preparación festiva del Cordero, que tenía lugar cinco días antes de la Pascua: Jesús, el Cordero de Dios, es aquel día designado como víctima para la redención del mundo. Es, además, este triunfo, que tiene lugar el primer día de la semana, preludio del triunfo definitivo de Jesús sobre la muerte, que tendrá lugar el mismo día de la semana siguiente.

PREPARATIVOS DEL TRIUNFO (1-6). — De Betania salió Jesús *al día siguiente* del convite habido en casa de Simón el leproso, para hacer su triunfal entrada en la ciudad. Hora escasa de camino separa la villa de Lázaro de la capital judía: entre ambas, y ya cerca de Jerusalén, hasta el punto de que los talmudistas la consideraran como parte de la ciudad, se hallaba la aldea de Betfagé, o “casa de los higos”: abundaban las higueras en el Monte de los Olivos, donde la aldea estaba emplazada y que separa Jerusalén de Betania: *Y cuando se acercaron a Jerusalén*, por la parte de oriente, siguiendo el camino de Jericó, *y llegaron a Betfagé, al Monte de los Olivos...* Es entonces cuando toma Jesús la iniciativa de la ruidosa manifestación triunfal que se le prepara. Es un designio divino en que aparece el Señor y el Profeta que quiere públicamente ser reconocido y aclamado por Mesías. Marcos da aquí esta indicación geográfica: “Y al acercarse Jesús a Jerusalén y Betania...”; y Lucas esta otra: “Y al acercarse a Betfagé y Betania...” ¿Cómo, saliendo Jesús de Betania, donde acaba de asistir a un convite, aquel en que María ungió sus pies (núm. 156), se acerca a Betania? Porque siguiendo de oriente a occidente primero es Betania, luego Betfagé, a un kilómetro, y después Jerusalén, a dos escasos. Entre las varias explicaciones de estos parajes, optamos por la que supone que los Evangelistas tratan de localizar o definir la región donde tuvo lugar esta ovación de Jesús, que empieza cerca de Betania y acaba en el templo de Jerusalén, pasando por Betfagé.

Cuando la comitiva que había salido de Betania se hallaba frente por frente de Betfagé, *envió entonces*, indicación enfática del momento verdaderamente histórico, *Jesús a dos discípulos*: creen algunos que eran Pedro y Juan, pero no hay razón histórica que lo abone, callando los Evangelistas los nombres: *diciéndoles: Id a la aldea que está enfrente de vosotros, Betfagé, y luego, al entrar allí, hallaréis una asna atada, y con ella un pollino atado, sobre el que no montó aún hombre alguno: desatadlos y traédmelos.* Demuéstrase en ello Jesús conocedor de las cosas ocultas y distantes: no había precedido pacto alguno con el dueño

de los animales, como han pretendido algunos. Jesús, que siempre había recorrido a pie los duros caminos de la Palestina, quiere ahora entrar montado en la populosa ciudad, rebosante de gente: es su voluntad decidida de manifestarse como Mesías. Manifestación de carácter religioso, como lo demuestra el hecho de que monte en un pollino que nadie ha utilizado aún para este fin, como se hacía con los animales que se consagraban a Dios. *Y si alguien os dijere alguna cosa: ¿Qué hacéis? ¿Por qué los desatáis?, responded que el Señor, Dueño de todas las cosas, los ha menester: y luego los dejará*, como sucedió, revelándose Jesús profeta y dueño de las voluntades, que se inclinan hacia donde Él quiere.

Mateo y Juan señalan en este hecho la realización de una profecía: *Todo esto sucedió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: "Decid a la hija de Sión... (Is. 62, 11): la hija de Sión es locución poética para designar a Jerusalén y sus habitantes. Sión es una de las principales colinas sobre que la ciudad está edificada: No temas: he aquí que viene a ti tu Rey, manso y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de la que está debajo de yugo", locución poética también para designar el asna. La alegación del texto (Zach. 9, 9), es más bien en su sentido que en la letra. Nota aquí Juan que se realizaban todas estas cosas sin que los discípulos se diesen cuenta de que se verificaba un vaticinio: Esto no lo entendieron sus discípulos al principio, cuando sucedieron los hechos: pero, cuando fué glorificado Jesús, entonces recordaron que de él estaban escritas estas cosas, y que esto le hicieron; es decir, que cuando vino sobre ellos el Espíritu de Dios que les enseñó toda verdad (Ioh. 16, 13), o ya antes, cuando Jesús les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, conocieron la relación entre el hecho y la profecía.*

Los discípulos que para ello habían sido designados por el Maestro, fueron a Betfagé, anticipándose a la comitiva, y cumplieron el encargo de Jesús: *Y fueron, pues, los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús*. El cuadro que a la vista se les ofrece al llegar a aquel sitio es re-



producción de la pintura que les ha hecho Jesús: *Y hallaron el pollino que estaba como les había dicho, atado delante de la puerta, como suelen tener los dueños las bestezuelas ante sus alquerías, fuera, en la encrucijada, en el camino que conducía a la casa, y desátanlo.* Tal vez esta nimiedad de detalles legitima la presunción de que Pedro, inspirador de Marcos, fué uno de los enviados.

Sucedió a los discípulos enviados lo que era natural, tratándose de gente forastera: *Y cuando desataban el pollino, dijéronles algunos de los que allí estaban, los dueños de él: ¿Por qué desatáis el pollino?* Los discípulos cumplen escrupulosamente el encargo que les ha dado Jesús: *Ellos respondieron como Jesús les había mandado: que el Señor lo ha menester.* Los dueños nada replican; una gracia de Dios hace que consientan: *Y se lo dejaron.*

Jesús sólo debía utilizar el pollino: el asna madre iría a los flancos de Jesús, para que fuese dócil y manso el asnillo llevando la santísima persona del Señor. Nótese que Mt. habla del asna y del pollino: Mc. y Lc., sólo del pollino: no hay contradicción alguna: los dos últimos Evangelistas sólo se fijan en la cabalgadura que usó Jesús. Por lo demás, el asno de oriente no era el animal innoble de nuestros países: a más de que es más esbelto de formas y más vivaz, los antiguos lo habían usado como cabalgadura de nobles: así lo hizo Abraham (Gen. 22, 3), Moisés (Ex. 4, 20), Balaam (Num. 22, 21), los príncipes de Israel en el cántico de Débora (Jud. 5, 10), etc. En el uso del asnillo hay una razón de simbolismo: la paz, la mansedumbre, la humildad, la naturaleza del Reino mesiánico vienen figurados en ello, por oposición a los caballos de guerra, ricamente enjaezados y fuertemente protegidos, símbolo de la fuerza y del orgullo de los humanos conquistadores.

DETALLES DEL TRIUNFO (7-9). — *Y condujeron, los discípulos, regresando de Betfagé, el asna y el pollino a Jesús,* es de suponer con gran reverencia y temor, al ver la prodigiosa manera como se desarrollaban los hechos: *Y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima, de*

los vestidos o mantos exteriores, ayudándole a montar. Los otros tres Evangelistas sólo nombran al pollino, sobre el que indudablemente se sentó Jesús (Mc. 11, 7; Lc. 19, 35; Joh. 12, 14): sencillamente enjaezados ambos animalejos, el joven sirvió de montura al Señor, mientras el asna daba humilde escolta al divino Triunfador.

Púsose la comitiva en marcha: *Y según él caminaba, una gran muchedumbre*, que había seguido a Jesús desde Betania, y los que desde Jerusalén habían salido a recibir al Señor, *tendió también sus vestidos en el camino*: así lo habían hecho los israelitas otro tiempo con Jehú ungido rey (4 Reg. 9, 12.13): es señal de gran honor. *Y otros cortaban ramos de árboles, y los esparcían por el camino*, como acostumbraban los antiguos hacerlo en las pompas solemnes (1 Mac. 13, 51; 2 Mac. 10, 7): como aun hoy sembramos de flores y hierbas aromáticas las calles al paso de las personas reales o de las procesiones religiosas.

Así llegaron las multitudes, ya llenas de entusiasmo, al punto del Monte de los Olivos en que se domina ya plenamente la ciudad y en que se inicia la bajada hacia el Cedrón: entonces se hizo clamoroso el entusiasmo: *Y cuando se acercaba a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos, llenos de gozo, comenzaron a alabar a Dios en alta voz, por todas las maravillas que habían visto*: es el mismo Jesús quien mueve los ánimos de aquellas gentes para que prorrumpen en voces de alabanza y júbilo: *Y la muchedumbre que iba delante, y la que iba detrás*, en lo que quizás se designan las dos comitivas que acababan de encontrarse, la que venía de Betania y la que salía de Jerusalén, *gritaba diciendo...* Los gritos de la multitud serían variadísimos, como se colige de los diversos textos paralelos, y eran expresivos de la mesianidad y de la realeza de Jesús. *¡Hosanna al Hijo de David!*, prosperidad y salud para el real descendiente de David, para que pueda llevar a feliz término la obra del Reino mesiánico: *¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!* Vengan las bendiciones de Dios sobre el Enviado para la salvación de Israel: *¡Bendito el Reino que llega de nuestro padre David!* *¡Paz en*

*los cielos!*, porque nos ha venido la reconciliación con Dios. ¡*Hosanna*, o salvación desde los cielos, para Él y para el pueblo, y gloria en las alturas!, efecto de la salvación mesiánica.

Juan corrobora la interpretación de las dos comitivas, la que va y la que viene de Jerusalén, formando manifestación imponente en favor del gran Taumaturgo, de quien se espera la restauración del Reino mesiánico: *Una gran muchedumbre de gente que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús estaba para llegar a Jerusalén...* Es espléndido el marco para la glorificación de Jesús: todo Israel se ha congregado en la capital para la gran fiesta de Pascua. Las palmeras, que abundarían en el valle de Cedrón, prestaronles a las multitudes el símbolo del triunfo: *Cogieron ramos de palmas, y salieron a su encuentro, gritando: ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!*, por cuyo advenimiento suspiró hasta ahora nuestro pueblo.

**Lecciones morales.** — A) v. 3. — *Responded que el Señor los ha menester...* — No es poca cosa lo que con estas palabras se anuncia, dice el Crisóstomo: porque ¿quién inclinó sus ánimos para que no contradijesen a los discípulos que desataban los jumentos, antes se los cediesen de buen grado? En lo que enseña a los discípulos que si hubiese querido hubiese también inclinado en su favor las voluntades de los judíos para que no le dañaran, pero no quiso. Les enseña además a dar a los otros cuanto pidan: porque si los que no conocían a Cristo lo hicieron, ¿cuánto más los discípulos de Jesús? Parece, añade el Santo, que los animales fueron devueltos a su dueño después que los hubo utilizado el Señor.

B) v. 5. — *He aquí que viene a ti tu Rey, manso...* — He aquí, sigue el Crisóstomo, que debes ver no con los ojos de la carne, sino con los del espíritu, atendiendo no a las apariencias, sino a las obras del que viene a ti. Y a ti viene para salvarte, si tienes inteligencia: para perderte, si careces de ella, no comprendiendo su persona y su misión. Y viene a ti manso, no para que le temas por su poder, sino para que le ames por su mansedumbre. Por ello no viene sentado sobre carroza de oro, vestido de brillante púrpura: ni monta indómito caballo, amador

de luchas y batallas, sino sobre un asnillo, amigo de la tranquilidad y de la paz. ¡Cómo podemos aplicar con mucho fruto a nuestra alma estas palabras en las venidas espirituales de Jesús, en los toques de su gracia, en las lecciones de la vida, y especialmente en sus visitas por la comunión eucarística! ¡Cuánta es la mansedumbre y benignidad de Jesús para con nosotros!

c) v. 7. — *Y pusieron sobre ellos sus vestidos...* — Nos da en ello Jesús, sigue el Crisóstomo, una medida de sabiduría y prudencia, usando sólo aquello que es de necesidad, no lo que hubiese sido ya ostentación y lujo. Bastó que montara un asno, y no quiso que fuese un caballo: pudo utilizar ricas gualdrapas para enjaezar su montura, y se contentó con las pobres capas de sus discípulos: pudieron alzarle en vilo las muchedumbres entusiasmadas y entrarle así triunfalmente en la ciudad, y quiso que fuesen sus Apóstoles los que penosamente le ayudaran a cabalgar sobre el humilde pollino.

d) v. 9. — *¡Hosanna al Hijo de David!* — Se compendian en este grito todas las glorias y todos los anhelos del pueblo de Israel. Porque en la raza de David estaban vinculadas las esperanzas del pueblo de Dios: de la descendencia del gran rey debía nacer el Mesías que debía fundar el reino espiritual definitivo y eterno. El pueblo que vitorea a Jesús, sea por una convicción hija de la visión de las grandes maravillas obradas por el Señor, sea porque moviera sus ánimos el mismo Jesús, advina la realidad del Mesías, a quien glorifica: por ello grita: “¡Hosanna!”, “que venga la salvación”, por el Hijo de David: ¡Bendito (que sea glorificado) el que viene (por la encarnación) en el nombre del Señor! (es decir, del Padre), que le glorifica, dice la Glosa. Pero aquel mismo pueblo, infiel a la gracia de Dios, prevarica aquella misma semana y grita: ¡Crucifícale!, y pide que su sangre caiga sobre él y sus hijos. Lo que debía ser la salvación de Israel vino a parar en causa de su ruina. Es la obra de la veleidad humana y de los justos juicios de Dios.

## 158. — EPISODIOS DE LA ENTRADA TRIUNFAL

IOH. 12, 17-19; LC. 19, 39-44; MT. 21, 10-12<sup>a</sup>; 14-17

(Mc. 11, 11)

**Evangelio del miércoles después de la Dominica 1.<sup>a</sup> de Cuaresma (Mt. 21, 10-17) y de la Dominica 3.<sup>a</sup> después de Pentecostés (Lc. 19, 41-47).**

<sup>1</sup> <sup>17</sup> Y daba testimonio la gente que estaba con él (Jesús) cuando llamó a Lázaro y le resucitó de entre los muertos. <sup>18</sup> Por eso salió a su encuentro la gente: porque oyeron que él había hecho este milagro. <sup>19</sup> Los fariseos, pues, dijéronse unos a otros: ¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de él. <sup>20</sup> Y algunos de los fariseos que estaban entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. <sup>21</sup> Él les respondió: Os digo que si éstos callaren, las piedras darán voces.

<sup>22</sup> Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: <sup>23</sup> ¡Ah, si tú conocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está oculto a tus ojos. <sup>24</sup> Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes: <sup>25</sup> y te derribarán en tierra, y a tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

<sup>26</sup> <sup>27</sup> Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? <sup>28</sup> Y los pueblos decían: Éste es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea. <sup>29</sup> Y entró Jesús en el Templo de Dios... <sup>30</sup> Y vinieron a él ciegos y cojos en el Templo, y los sanó. <sup>31</sup> Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las maravillas que hizo, y a los niños que gritaban en el Templo y decían: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron. <sup>32</sup> Y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen éstos? Y Jesús les dijo: Sí. ¿Nunca oísteis que de la boca de los niños infantiles y de pecho sacaste perfecta alabanza? <sup>33</sup> Y dejándolos, <sup>34</sup> *después de pasar la vista por todo, como fuese ya tarde*, se marchó fuera de la ciudad, a Betania, <sup>35</sup> *con los doce*, y quedóse allí.

**Explicación.** — En medio de la gloriosa sencillez de la entrada de Jesús en Jerusalén, se producen tres episodios

que presagian por una parte la gran catástrofe de la pasión y muerte del Señor, y por otra la espantosa ruina de la ciudad y pueblo deicidas. Es el primero un pequeño diálogo habido entre Jesús y los fariseos (Ioh. 17-19; Lc. 39.40): el segundo, la predicción de la ruina de Jerusalén que hace Jesús (Lc. 41-44): y el tercero, la manifestación del encono de los príncipes de los sacerdotes y escribas por la glorificación del Señor (Mt. 10-17). En este último fragmento ha intercalado Mateo (vv. 12.13) la expulsión de los mercaderes del templo, que corresponde al día siguiente.

JESÚS Y LOS FARISEOS (Ioh. 17-19; Lc. 39.40). — San Juan da la razón de aquella ovación clamorosa e imponente que las ingentes multitudes tributaban a Jesús. Los que en Betania hacía pocos días habían presenciado el estupendo milagro de la resurrección de Lázaro, se lo contaron a los habitantes de Jerusalén y a los que allí confluían por razón de la Pascua: su testimonio, de testigos presenciales, era irrefragable: *Y daba testimonio la gente que estaba con él (Jesús) cuando llamó a Lázaro y le resucitó de entre los muertos*. La curiosidad de ver al gran Taumaturgo, y quizás al resucitado, hizo que al correrse la noticia de que se acercaba Jesús a la ciudad salieran las gentes a recibirle y vitorearle: *Por eso salió a su encuentro la gente: porque oyeron que él había hecho este milagro*.

Todo ello no hizo más que acuciar la envidia y los celos de los fariseos, que se incitan mutuamente, y se lamentan, y se reprenden por su desidia en no haber ya llevado a ejecución los designios de Caifás de perder a Jesús (Ioh. 11, 49 sigs.): *Los fariseos, pues, dijéronse unos a otros: ¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va en pos de él: su triunfo es nuestra ruina. Y algunos de los fariseos que estaban entre la gente, no contentos con excitarse unos a otros contra el Señor, osaron acercarse a Jesús, y le dijeron: Maestro, reprendes a tus discípulos: no consientas que te vitoreen y te reconozcan por Mesías: no debes tolerar que te adulen. Pero Jesús les contesta sin am-*

bages que ha llegado la hora de la proclamación pública de su mesianidad: *Él les respondió: Os digo que si éstos callaren, las piedras darán voces*: es un proverbio ponderativo, equivalente a: Tan imperiosa es la necesidad de que se cumpla el decreto del Padre sobre mi glorificación, que se cumplirá, aunque debiesen hablar las piedras.

PREDICCIÓN DE LA RUINA DE JERUSALÉN (Lc. 41-44).— La perversidad de los poderosos fariseos y las fatales consecuencias que les acarrearán, causan vivo dolor al Corazón de Jesús. Se hallaba ya la comitiva en la vertiente occidental del Monte de los Olivos, desde la que se dominaba la ciudad en todo su esplendor y grandeza. La visión arranca llanto clamoroso del pecho y de los ojos del Señor: *Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró por ella*: no sólo derramó lágrimas, sino que lloró y se lamentó en alta voz, por la desgracia de la ciudad que tanto amaba, por la que tanto había trabajado, a la que Dios había colmado de dones y promesas, habiendo ella, no obstante, preferido la ruina a la salvación que por él debía venirle. No sólo lloró, sino que, con palabra que aparece entrecortada por los sollozos, habló diciendo: *¡Ah, si tú conocieses también, como mis discípulos, siquiera en este tu día, en el que ante ti, como haciéndote un supremo llamamiento, dan estas multitudes espléndido testimonio de mi dignidad, lo que puede atraerte la paz, que soy yo mismo reconocido como Mesías que te trae la salvación, y los bienes de la paz que de ella derivan! Mas ahora, por tu voluntaria ceguera, está oculto a tus ojos el bien que pudieras recibir y el mal que te fuera dado evitar.*

Y prosigue Jesús formulando una terrible profecía en frases cortadas, breves, unidas sólo por la copulativa y, cuya lectura es de efecto abrumador: *Porque vendrán días sobre ti, de gran adversidad, en que tus enemigos te circunvalarán, haciéndose fuertes en sus trincheras: y te pondrán cerco, encerrándote dentro de un muro: y te estrecharán por todas partes, reduciendo el ámbito de tus defensas: y, cuando estés a su alcance, te derribarán en tierra, nivelán-*



dote con el suelo: y a tus hijos que están dentro de ti, a tus moradores, también los derribarán, matándolos: y no dejarán en ti piedra sobre piedra: porque como refiere Josefo, cuando no tuvieron los soldados qué robar o matar, recibieron del César la orden de arrasarlo todo. La razón de la gran ruina está en haber despreciado el día de la visita del Señor, que no es otro que la vida pública de Jesús, su predicación y milagros, así como la del Bautista y de los discípulos del Señor: *Por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.*

SOLEMNE ENTRADA DE JESÚS: LOS SACERDOTES Y ESCRIBAS (Mt. 10-17). — Entró, por fin, Jesús en Jerusalén: la conmoción de la ciudad fué profunda: para expresar este fenómeno moral, el griego usa un vocablo equivalente a un temblor de tierra: *Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad*: los primates, sacerdotes, escribas y fariseos, sintieron indignación contra Jesús y miedo del pueblo que así se manifestaba en su favor: el pueblo se emocionó ante la aparición del famoso profeta: quizás el mismo poder romano se aprestó para reprimir una probable sedición. Harto conocido era Jesús en Jerusalén: con todo, brota al paso de Jesús por las calles, atestadas de multitudes, una pregunta que revela ignorancia afectada o desdén: *Diciendo: ¿Quién es éste?* Descúbrese en la pregunta la insidia de los enemigos de Jesús. *Y los pueblos*, que ante el temor de los magnates ya no hablan con espontaneidad ni libertad, *declan: Éste es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea*: la respuesta contrasta con la efusión y el sentido mesiánico que rebosan las aclamaciones de los acompañantes de Jesús: es fría, quizás delata la vanidad provinciana de los paisanos de Jesús.

*Y entró Jesús en el Templo de Dios*, donde terminó la clamorosa ovación. Debió entrar en el Templo, ya porque así estaba profetizado por Malaquías (3, 1), ya porque era la hostia que debía ser inmolada al quinto día, y quiso presentarse en el lugar de la inmolación. San Mateo, más atento a reunir los trazos demostrativos de la divinidad de

Jesús, para ponerla en mayor relieve, que al orden cronológico de los sucesos, refiere aquí la expulsión de los mercaderes del Templo, que no tuvo lugar hasta el siguiente día (Mc. 11, 11 sigs.). Pero es lo más probable que fué el mismo día de Ramos cuando curó a numerosos enfermos en el mismo Templo: así daba nueva prueba de su mesianidad: *Y vinieron a él ciegos y cojos en el Templo, y los sanó*: eran tal vez los últimos milagros que hacía de esta clase.

Ellos fueron la causa de que se excitara de nuevo la envidia de los primates: *Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las maravillas que hizo, las curaciones obradas, y a los niños que gritaban en el Templo y decían: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron*. Eran párvulos los que vitoreaban a Jesús, como del contexto se desprende: repetían lo que a los mayores habían oído: era ello como una provocación al afectado orgullo de aquellos hombres, en el mismo santuario, que era como su fortaleza moral. Por ello se indignaron, y, ya que no pudieron destruir la manifestación del poder taumatúrgico de Jesús, *le dijeron*, intentando apagar el clamor de aquella ovación infantil: *¿Oyes lo que dicen éstos? Es blasfemia proclamarte Cristo: debes cohibirlos: tan lejos están ellos de creerle Mesías*.

*Y Jesús les dijo: Sí, oigo estas voces, las apruebo y las acepto*. Y para dar más fuerza a su aseveración, afirma que con los vítores de aquellos infantes se realizan las palabras del Salmo 8, 3: *¿Nunca oísteis que de la boca de los niños infantes y de pecho sacaste perfecta alabanza?* Es Dios, por consiguiente, quien pone en boca de los muchachos la confesión de la mesianidad de Jesús. No pudieron menos de recordar aquellos enemigos irreconciliables de Cristo las palabras que siguen a las pronunciadas por Jesús: "Para que destruyas; o mejor, según el original: para que reduzcas a silencio, al enemigo y vengador": verían en ello una velada amenaza de Jesús que no debía tardar en realizarse.

*Y dejándolos, en su ceguera incurable, después de pasar la vista por todo, escudriñando lo que había en el Templo,*

como Señor que era de él, *como fuese ya tarde, se marchó fuera de la ciudad*, porque su pobreza no le conquistó la generosidad de un hospedaje, o por no hacer sospechoso y víctima en su propia desgracia a ningún huésped, y se fué a Betania, con los doce Apóstoles, a reponerse de las fatigas del cuerpo y del espíritu en casa de sus amigos. *Y quedóse allí*, pernoctando, para volver a la ciudad al día siguiente.

**Lecciones morales.** — A) v. 19. — *¿No veis que nada adelantamos?* — La turba del pueblo, dice San Agustín, conturba a la turba de los poderosos. ¿Por qué recriminan éstos el hecho de que el mundo siga a quien es Autor del mundo? “Mirad que todo el mundo se va en pos de él.” Es el grito antiguo de los envidiosos enemigos de Jesús: a medida que crecen las insidias contra él, se crece Él mismo y aumenta su gloria. Han pasado veinte siglos desde aquellas fechas de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén: las palabras de los príncipes de los sacerdotes tienen hoy tanta actualidad como entonces. “¿No veis que nada adelantamos?”, es lo que deben confesar, hoy y siempre, los enemigos de Jesús: queda Él en pie, cada día más glorioso y más amado, y sucumben uno a uno sus enemigos, por poderosos que parezcan.

B) Lc. v. 41. — *Al ver la ciudad, lloró por ella...* — Lloró Jesús la ruina de la pérfida ciudad, dice San Gregorio, porque la misma ciudad no quiso conocer su futura ruina. Porque Jesús, dice San Cirilo, quiere la salvación de todos: por esto llora, para que por la señal externa de sus lágrimas aparezca esta su voluntad y la tristeza de que no se realice por culpa del hombre. ¡Las solas lágrimas de nuestro Redentor deberían detenernos en el camino del pecado, pensando en la pena que produce a su Corazón el desvío de la voluntad humana y la ineficacia de sus inmensos trabajos en favor nuestro!

C) v. 42. — *¡Ah, si tú conocieses... lo que puede atraerte la paz!* — ¡Cuántas veces podría Jesús dirigirnos esta amarga queja que, entre sollozos, dirigió a su amada Jerusalén! No vendrían entonces para nosotros las horas amargas, como vinieron para la gran ciudad, en que nos vemos como acosados por toda suerte de enemigos de nuestra alma, que nos la ponen en gravísimo peligro. Pero nos ciega la pasión, desoímos la voz interior que nos llama, y no sólo perdemos la paz, apartándonos de Dios, sino que venimos a ser fácil presa de nuestros enemi-

gos. Y no hay paz en nosotros, porque sólo Dios es quien da y conserva la paz. No busquemos la paz fuera de Dios; y pidamos a Dios nos la dé, como lo hace con santa insistencia la Iglesia en su Liturgia. Y pidamos más: que nos dé a conocer lo que nos conviene para la paz, para con Él, para con nosotros mismos, para con nuestros hermanos.

D) v. 44. — *Por cuanto no conociste el tiempo de tu visita-ción.* — Dios se había acercado a Jerusalén para visitarla por medio de los profetas, del Bautista y, por sí mismo y “con entrañas de misericordia” (Lc. I, 78). en la persona de su Hijo Jesús. Pero la ciudad que mató a los profetas y que desconoció al Bautista, va también a matar, después de haberle desconocido y repudiado, al mismo Hijo de Dios. De aquí la gran catástrofe, porque Dios no consiente ser burlado ni siquiera desconocido. También a nosotros visita Dios en mil formas: por las gracias interiores, por las exhortaciones de la Iglesia, por los buenos ejemplos, por la voz tremenda de los castigos ajenos. No desconozcamos el tiempo de la visita del Señor: no le volvamos el rostro, porque estamos irremisiblemente perdidos, no sólo si Dios se aira contra nosotros, sino con sólo apartar de nosotros la luz de su rostro divino.

E) Mt. v. 10. — *Y cuando entró en Jerusalén se conmovió toda la ciudad...* — Fué como una sacudida divina la que sufrió la gran ciudad y la inmensa multitud que en ella moraba aquel día. Glorificábase a un hombre como Dios, dice el Crisóstomo, y en ello era glorificado Dios: creo que ni los mismos que alababan sabían lo que alababan, sino que el Espíritu irrumpió en ellos y les arrancó las palabras de verdad. Para que sepamos que es el Espíritu de Dios el que se apodera cuando quiere y como quiere de las multitudes, y las mueve como le place. Dios gobierna y dirige las colectividades humanas de la misma manera que la actividad de los individuos.

F) v. 15. — *Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas... se indignaron.* — Es mala consejera la envidia, y fácilmente nos lleva a toda ruina espiritual: porque, como dice el Crisóstomo, así como si a una columna ya algo inclinada se le añade más peso acaba de desplomarse y se derrumba todo el edificio, así, si tenemos el corazón malo en tal forma que no sólo no recibamos edificación, sino más bien escándalo de las buenas acciones ajenas, que debieran servirnos para afirmarnos más en el bien obrar, todo nuestro pobre edificio espiritual pue-

de derrumbarse. Porque, como ya dijo Jesús, “si el ojo de nuestra intención está maleado, todo nuestro cuerpo, es decir, toda nuestra vida será tenebrosa” (Mt. 6, 23).

g) v. 17. — *Y dejándolos... se marchó fuera de la ciudad, a Betania...* — Dejólos en su protervia, dice el Crisóstomo, porque mejor se reprime la ira y malicia de los hombres callando y retirándose que respondiendo: porque las palabras y razones excitan la ira, no la calman. Por ello quiso el Señor apaciguar, marchándose, a quienes no había podido acallar con sus respuestas. Demos nosotros a la ira del hermano tiempo para que se calme, cuando se halle enardecida, y no la aticemos imprudentemente con nuestra presencia o con nuestras palabras. Son gran lenitivo el tiempo y el silencio para los propios males y los ajenos.

### 159. — LA HIGUERA MALDITA: EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO

Mc. 11, 12-14; Lc. 19, 45-48

(Mt. 21, 18.19; 21, 12.13; Mc. 11, 15-19)

#### Evangelio de la Dominica 9.<sup>a</sup> después de Pentecostés (Lc. 45-47)

mc 12 Y al día siguiente, *mc por la mañana*, cuando salieron de Betania, *mc de vuelta a la ciudad*, tuvo hambre. 13 Y viendo a lo lejos, *mc junto al camino*, una higuera que tenía hojas, fué allá por si encontraba algo en ella: y cuando llegó a ella, nada halló, sino hojas: pues no era tiempo de higos. 14 Y tomando la palabra, díjole: Nunca más coma nadie fruto de ti, *mc nunca nazca de ti fruto*, para siempre: *mc y se secó al punto la higuera*. Y lo oyeron sus discípulos.

mc Y llegan a Jerusalén, 14 y habiendo entrado en el Templo, comenzó a echar fuera a *mc todos* los que vendían y compraban en él. mc Y derribó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas: y no permitía que nadie transportase mueble alguno por el Templo, y los instruía, 18 diciéndoles: Escrito está: que mi casa, casa de oración es mc para todas las gentes: mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. 19 Y cada día enseñaba en el Templo. mc Y cuando venía la tarde, se salía de

*la ciudad. Mas cuando lo supieron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los principales del pueblo, buscaban <sup>mc</sup> cómo perderlo. <sup>u</sup> Y no sabían qué hacerse con él: <sup>mc</sup> pues le temían, porque todo el pueblo estaba embelesado escuchándole, <sup>mc</sup> y se quedaba admirado de su doctrina.*

**Explicación.**— La narración más completa de los dos episodios de este número es la de Marcos. La truncamos, adoptando el texto de Lc. en lo que a la expulsión de los mercaderes se refiere, por ser los vv. 45-47 continuación de los 41-44, núm. 157, integrando todos ellos el Evangelio del Misal que arriba se indica.

LA HIGUERA MALDITA (Mc. 11, 12-14). — Sólo Mateo y Marcos refieren este interesantísimo hecho. *Y al día siguiente*, el lunes que siguió a la entrada de Jesús en Jerusalén, como salieron de Betania, donde habían pernoctado, *por la mañana, cuando salieron de Betania, de vuelta a la ciudad de Jerusalén, tuvo hambre.* Aunque han supuesto algunos intérpretes que se trataba de un hambre voluntariamente provocada por Jesús para hacer el milagro, no hay razón para ello: pudo naturalmente tenerla, aunque fuese muy de mañana, dadas las fatigas y emociones del día anterior. Es por otra parte muy probable pasara Jesús la noche en oración.

*Y viendo a lo lejos, junto al camino, una higuera que tenía hojas, fué allá por si encontraba algo en ella.* Como la higuera da antes el fruto que las hojas, era de presumir que, verdes o maduros, tendría sus frutos. Jesús obra aquí como puro hombre: no se trata, pues, de la presciencia que como Dios tenía del estado de la higuera. *Y cuando llegó a ella, nada halló, sino hojas: pues no era tiempo de higos:* por una parte, era aquel árbol completamente estéril, a lo menos por aquel año: pero, ¿por qué, si no era tiempo de higos, fué Jesús en busca de frutos? La higuera, en Palestina, como en nuestras latitudes, no da sus brevas maduras o higos primerizos hasta mayo o junio: aunque se lea en el Talmud que los judíos comían los higos cuando empezaban a colorarse por de fuera, no era probable que en el mes de Nisán (marzo-abril) los hubiera sino muy verdes. Es que Jesús,

antes de todo, intentaba dar a sus discípulos una lección de cosas: va a proponerles una parábola-hecho, como antes les había propuesto la parábola descriptiva de la higuera estéril (Lc. 13, 6 sigs.).

*Y tomando la palabra, díjole, como si se dirigiera a un ser inteligente, porque a Dios le responden todas las cosas: Nunca más coma nadie fruto de ti: la prohibición de dar fruto es enérgica: Nunca nazca de ti fruto, para siempre. El efecto es fulminante: Y se secó al punto la higuera, aunque no se conocieron por su aspecto los efectos hasta el siguiente día (Mt. 21, 20).*

Termina el Evangelista este episodio diciendo: *Y lo oyeron sus discípulos*, para significar que se habían hecho cargo de la doctrina que en el simbólico hecho se encerraba. Efectivamente, la tradición cristiana ha visto en el hambre de Jesús su deseo de salvación del pueblo judío: en el árbol, solo y plantado en bonísima tierra, el mismo pueblo, singularmente favorecido por Dios, hasta hacerle frondoso y bello, con la ley, el culto, los profetas, etc.: en la carencia de frutos, su falta de obras buenas y sobra de malas: la justicia vengadora de Dios destruye a su pueblo ingrato, como su maldición había hecho secar la higuera infructuosa.

EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO (Lc. 19, 45-48). — *Y llegan a Jerusalén*: el Templo era aquellos días el corazón de la ciudad, que rebosaba peregrinos por todas partes: allí se dirige Jesús: *Y habiendo entrado en el Templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él*, como lo había hecho tres años antes en ocasión análoga (núm. 26). *Y derribó las mesas de los cambistas*, que especulaban con el cambio de moneda civil por el medio siclo, moneda sagrada que todos los años debía pagar al Templo todo israelita desde los veinte años, *y las sillas de los que vendían palomas: y no permitía que nadie transportase mueble alguno por el Templo*, haciendo servir sus atrios como de lugar de paso para abreviar el camino. *Y, al tiempo que los echaba, los instruía, diciéndoles, entre otras cosas: Escrito está (Is. 56, 7): que mi casa, casa de oración es para*



*todas las gentes*, ya porque había en él un lugar reservado a la oración de los gentiles, ya porque debían los sacerdotes, cuidando del orden y decoro del templo magnífico, atraer a los gentiles al culto del verdadero Dios, aumentando por este concepto el crimen de quienes tales excesos toleraban: *Mas vosotros*, que debíais conservar el respeto a la casa de Dios y el esplendor del culto, la habéis hecho cueva de ladrones (Ier. 7, 11), explotando codiciosamente al pueblo en lo mismo que debe servir para el culto de Dios.

A la narración de este episodio añaden los Evangelistas dos interesantísimos datos. Es el primero relativo a la vida que hacía Jesús aquellos últimos días de su vida mortal: *Y cada día enseñaba en el Templo*: ocupaba el día en adoc-trinar al pueblo: *Y cuando venía la tarde, se salía de la ciudad*, regresando a Betania, donde pernoctaba. El segundo se refiere al odio que contra él concibieron los magnates del pueblo, especialmente por las palabras durísimas que les dirigió por consentir la profanación del Templo: *Mas cuando lo supieron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los principales del pueblo*, es decir, los tres grandes estamentos que disfrutaban de la preeminencia del sacerdocio, de la doc-trina y de la autoridad civil, que disponían a su antojo de aquel pueblo desgraciado, *buscaban cómo perderlo*. La razón de su odio no era otra que el temor de perder su autoridad a medida que crecía la de Jesús. Por otra parte, a pesar de sus proyectos de venganza, no acertaban la forma de llevarlos a cabo: hallaban un obstáculo moral formidable en el amor que el pueblo sentía hacia Jesús: *Y no sabían qué hacerse con él: pues le temían, porque todo el pueblo estaba embelesado escuchándole, y se quedaba admirado de su doctrina*: tanta era la fuerza y la gracia de la elocuencia de Jesús, que quizás el pueblo no hubiese consentido se le echara mano.

**Lecciones morales.** — A) v. 12. — *Y al día siguiente... tuvo hambre...* — Era muy de mañana cuando Jesús hacía el viaje de Betania a Jerusalén: hubiese podido refocilar su cuerpo antes de la salida de la casa de sus generosos y ricos huéspedes:

pero no se preocupa sino de las exigencias del espíritu: sólo cuando el cuerpo reclama lo que es naturalmente suyo advierte la necesidad. ¡Tantas veces sufriría hambre Jesús en sus años de evangelización pública! Condesciende con las necesidades y miserias de nuestra naturaleza para darnos ejemplo de sobriedad, para estimularnos al trabajo, para enseñarnos que sobre la voz de la carne está el clamor y la necesidad del espíritu, que es la parte más noble de nuestro ser. El cuerpo arrastra hacia abajo al alma cuando se le cuida con exceso.

B) v. 13. — *Y viendo a lo lejos... una higuera... nada halló, sino hojas...* — Las hojas son la ley, dice San Beda, los frutos que busca Jesús son las obras de la ley. ¿Somos nosotros quizás higueras de follaje espléndido, plantados como estamos en la tierra fertilísima de la Iglesia, regados con toda suerte de doctrina, fecundados por el sol de una predilección especial de Dios, que con los ejemplos, la gracia, la doctrina de la predicación y de los libros hace circular sana y copiosa la savia divina por el árbol de nuestra vida? Entonces temamos no se convierta todo en hojas, de hermosa apariencia, pero que no sirven sino para ocultar la esterilidad de nuestra existencia. Si no quieres ser condenado por Cristo en el juicio, sigue el mismo Santo, cuida de no ser un árbol estéril, antes ofrece a Cristo pobre el fruto de tu piedad, de que tiene hambre.

C) v. 14. — *Nunca más coma nadie fruto de ti... para siempre...* — Es terrible y eficacísima la maldición de Jesús: quiso con ella demostrar que de la misma manera que maldecía a un árbol y se secaba, así podía maldecir a sus enemigos y destruirlos, dice Teofilacto. Tales serán los terribles efectos de la palabra del Hijo de Dios el día del juicio: “Id, malditos de mi Padre...”: esta maldición llevará consigo toda muerte: porque no hay muerte más absoluta y terrible que la del alma y del cuerpo que no viven sino bajo el peso de la maldición de Dios, fuente de toda vida, porque ello es el desgarró definitivo y eterno del seno de Dios, de donde procede la vida única que merece el nombre de vida.

D) Lc. v. 47. — *Y cada día enseñaba en el Templo.* — Impávido, con la misma tranquilidad con que lo hacía otros días desde la barca en el mar de Genesaret, predica Jesús a diario en el Templo, en los días inmediatos a su pasión, conociendo que sus enemigos le buscan para perderle, teniendo con ellos acérrimas disputas, arguyéndoles por sus crímenes ante la faz del pueblo.

Es que “la palabra de Dios no está atada” (2 Tim. 2, 9), según el Apóstol: menos todavía estaba atada la palabra del que era la Palabra substancial de Dios. En las horas graves del “ministerio de la palabra” (Act. 20, 24), debemos hacerla oír vibrante siempre que las circunstancias lo reclamen: la cobardía y la deserción es un crimen de lesa verdad y puede ser un escándalo para los hijos de la verdad. Y fuera del ministerio, quienquiera que tenga cargo de almas, los padres, los maestros, las autoridades, deben hacer oír la verdad, siempre que de callarla pudiese resultar falta del propio deber o probable ruina de los subordinados.

E) v. 48. — *El pueblo estaba embelesado escuchándole...* — ¿Cómo no debía producir embeleso en los espíritus rectos oír la palabra inefable del que es la Palabra substancial? Si lo primero que ansía, y en lo que más se complace el espíritu del hombre, es la verdad: ¿qué música podría hallarse más suave que la divina música de la doctrina que salía del pensamiento del Hombre-Dios, de su pecho amantísimo, de sus labios que destilaban la dulcísima ambrosía de toda gracia divina? ¡Dichosos oídos los que oyeron la voz sonora y vibrante del Verbo de Dios hecho hombre! ¡Felices ojos que, al tiempo que se apacentaba el alma en la doctrina celestial, podían apacentarse en la visión de los mismos ojos de Jesús, de su rostro hermosísimo, de su gesto noble, todo sublimado a alturas inconcebibles en los momentos de transporte de su elocuencia sin igual! Tenemos su misma palabra, aunque no le veamos: ¡oigámosla siempre con embeleso!

## 160. — FE Y CARIDAD EN LA ORACIÓN: PERVERSIDAD DE LOS SINEDRISTAS: Mc. 11, 20-33

(Mt. 21, 20-27; Lc. 20, 1-8)

<sup>20</sup> Y a la mañana cuando pasaban, vieron que la higuera se había secado de raíz. <sup>21</sup> Y viéndolo los discípulos, se maravillaron, y decían: ¿Cómo se secó al instante? <sup>22</sup> Y se acordó Pedro, y le dijo: Maestro, ¡mira!, la higuera que maldijiste se ha secado. <sup>23</sup> Y respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios. <sup>24</sup> En verdad os digo, <sup>25</sup> que si tuviereis fe y no dudareis, no solamente haréis esto de la higuera, sino que cualquiera que di-

jere a este monte: Levántate, y échate al mar, y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, le será hecho. <sup>24</sup> Por tanto, os digo, que todas las cosas que pidiereis orando, creed que las recibiréis, y os vendrán.

<sup>25</sup> Y al ponerlos a orar, si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonadle: para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados. <sup>26</sup> Porque si vosotros no perdonarais, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestros pecados.

<sup>27</sup> Y llegan otra vez a Jerusalén. <sup>28</sup> Y habiendo ido al Templo, y paseándose Él, <sup>29</sup> júntanse y acércanse a Él, <sup>30</sup> cuando estaba enseñando al pueblo <sup>31</sup> y evangelizando, los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los ancianos <sup>32</sup> del pueblo. <sup>33</sup> Y dícenle: <sup>34</sup> Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? Y ¿quién te ha dado este poder para hacer estas cosas? <sup>35</sup> Y Jesús les respondió, y dijo: Yo también os haré una pregunta: respondedme, y os diré con qué poder hago estas cosas. <sup>36</sup> El bautismo de Juan, <sup>37</sup> ¿de dónde era? ¿Era del cielo o de los hombres? Respondedme. <sup>38</sup> Y ellos estaban entre sí pensando, y decían: Si dijéremos que del cielo, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? <sup>39</sup> Mas si dijéremos que de los hombres, tememos al pueblo, <sup>40</sup> el pueblo todo nos apedreará, porque todos tenían a Juan como verdadero Profeta. <sup>41</sup> Y respondieron a Jesús, diciendo: No sabemos <sup>42</sup> de dónde fuese: y respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

**Explicación.** — Ocurre este episodio y los siguientes, hasta el núm. 181, el martes de la última semana. Señala este día el punto culminante de la lucha entre Jesús y los primates, que no servirá sino para endurecerles más y enfurecerles contra Jesús. Cuando salga Jesús del Templo, ya no volverá a él, a lo menos por lo que de los Evangelios aparece. El miércoles será día de retiro y calma, precursora de las tormentas de los siguientes días: sólo Judas se agitará en las sombras, concertando la venta de Jesús. El episodio de la higuera sólo es narrado por Mateo y Marcos: refieren el siguiente los tres sinópticos: Marcos en su conjunto es el más completo.

LA HIGUERA SECA: PRIMERA CONDICIÓN DE LA ORACIÓN: CONFIANZA EN DIOS (20-24). — Y a la mañana, al volver

de Betania a Jerusalén, *cuando pasaban*, haciendo el mismo camino del lunes, *vieron que la higuera se había secado de raíz*: el día anterior, a la maldición de Jesús murió el árbol instantáneamente (Mt. 21, 19), pero no aparecieron al exterior las señales, ahora tiene el árbol desnudas las antes frondosas ramas, como en pleno invierno. Causó ello estupor en los discípulos: *Y viéndolo los discípulos, se maravillaron, y decían: ¿Cómo se secó al instante?* Pedro, portavoz de la comitiva, recuerda la maldición de ayer; y, quizás para que se revelara el misterio del hecho, interpela a Jesús: *Y se acordó Pedro, y le dijo: Maestro, ¡mira!, la higuera que maldijiste se ha secado.* Nada les dice Jesús del simbolismo del estupendo milagro: pero toma de él pie para persuadirles la eficacia de la confianza en Dios y de la oración bien hecha.

*Y respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe en Dios*, es decir, firmísima persuasión del poder, benignidad y fidelidad de Dios, de donde nace la suma confianza que en Él debemos tener. Y para cerciorarles de que esta confianza es capaz de remover todos los obstáculos, aunque parezcan insuperables, añade en tono solemne: *En verdad os digo, que si tuviereis fe y no dudareis, no solamente haréis esto de la higuera*, haciendo con vuestra palabra se sequen y reverdezcan los árboles, como Dios lo hace (Ez. 17, 24), *sino que cualquiera que dijere a este monte*, locución proverbial para designar un gran obstáculo: *Levántate, y échate al mar, y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, le será hecho*: porque el que duda en su fe es semejante a las movedizas olas del mar, y no puede pretender que Dios le oiga (Iac. 1, 6). Y repite, con afirmación enfática, la misma afirmación de la eficacia de la firme confianza: *Por tanto, os digo, que todas las cosas que pidiereis orando, creed que las recibiréis, y os vendrán*, si tiene Dios decretado concederlas en fuerza de la plegaria confiada: como esta fe absoluta es don de Dios, desde el momento que se tiene es señal de que Dios accede a lo que se pide.

SEGUNDA CONDICIÓN: EL PERDÓN DE LAS INJURIAS (25.26). — No basta la confianza en la oración: son otras varias las condiciones para que sea perfecta: una de ellas es el perdón de las ofensas, que inculca aquí Jesús de un modo especial, ya por la dificultad que importa su práctica, ya por su misma eficacia, que hizo que Jesús la desarrollara de un modo particular en el Padrenuestro: *Y al poner os a orar, al disponer os a ello y como preparación de vuestra alma, si tenéis alguna cosa contra alguno, por una ofensa que de él hayáis recibido, perdonadle.* La razón es la correlación que hay entre el perdón que otorguemos al prójimo y el que hayamos de esperar de Dios para que seamos oídos: *Para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados.* No es ésta una condición de simple consejo, sino necesaria para obtener nuestro perdón: *Porque si vosotros no perdonarais, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestros pecados:* en lo que se cohibe hasta el más mínimo movimiento de venganza.

PERVERSIDAD DE LOS SINEDRISTAS (27-33). — Entretanto, y por tercera vez desde la entrada triunfal, llegaba la comitiva a la ciudad: *y llegan otra vez a Jerusalén. Y habiendo ido al Templo, y paseándose Él, júntese, en lo que aparece la solidaridad de los magnates contra Jesús, y acércanse a Él, cuando estaba enseñando al pueblo y evangelizando, los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los ancianos del pueblo.* El momento es solemne: Jesús recorre las diversas dependencias del atrio y adoctrina a las multitudes dondequiera que se ofrece ocasión de ello. Espíanle representantes de los tres órdenes del Sinedrio, seguramente enviados oficialmente para requerirle en nombre de la gran asamblea: la iniciativa del primer conflicto que va a entablarse este día parte, pues, de los legados del alto tribunal.

*Y dícele: Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? Y ¿quién te ha dado este poder para hacer estas cosas?* Lo abrupto y reiterado de la pregunta delata la impaciencia y

la ira de los enviados: refiérense sin duda a la triunfal entrada de Jesús y a la expulsión de los mercaderes: nadie podía hacer esto sin ser de verdad un gran profeta: el Sinedrio tiene el derecho de discernir entre los verdaderos y falsos profetas: de aquí la vehemencia de las preguntas, cuyo objeto es pararle un lazo a Jesús con el fin de perderle. Jesús frustra sus intentos, eludiendo la pregunta en forma sapientísima, y que revela suma libertad de espíritu: *Y Jesús les respondió, y dijo: Yo también os haré una pregunta; respondedme, y os diré con qué poder hago estas cosas: si vosotros respondéis a mi pregunta, responderé yo a la vuestra.* La pregunta será formidable, por el contenido teológico y por las consecuencias doctrinales y políticas que puede acarrear la respuesta: *El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Era del cielo o de los hombres? Respondedme.* El bautismo se toma aquí por todas las funciones del Bautista, de las que el bautismo era un símbolo: el Bautista había dado elocuentísimo testimonio de la divinidad de Jesús: ¿qué dirán de ello los sinedristas? No es un sofisma, sino el requerimiento de la respuesta a una tesis, la pregunta de Jesús.

Ésta ha desconcertado a sus enemigos, que establecen entre sí, fuera de la presencia de Jesús, un diálogo en que se pone de relieve la gravedad del conflicto: *Y ellos estaban entre sí pensando, contrastando sus juicios, y decían: Si dijéremos que del cielo, que sus funciones eran de un verdadero profeta, nos dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis?, pues entonces ya no tendríamos necesidad de preguntarle con qué potestad hace esto, habiendo Juan dado testimonio de él. Mas si dijéremos que de los hombres, tememos al pueblo, el pueblo todo nos apedreará, como blasfemos, porque, añaden no sin desdén, todos tenían a Juan como verdadero Profeta.* En lo que descubren su maldad, por dos conceptos: primero, porque no buscan la verdad sobre la misión del Bautista, sino sólo condenar, al amparo de un prejuicio, a Jesús, que se decía Mesías: y luego, por el ánimo villano con que temen al pueblo a quien explotan, ya que, como jefes de la nación, tenían el deber de sacarle de su error, si en él se hallaba.



Fruto de su maldad es la mentira con que se presentan a Jesús: *Y respondieron a Jesús, diciendo: No sabemos de dónde fuese*: prefieren declararse ignorantes, ellos, los doctores de Israel, para no encontrarse luego en un mayor embarazo. *Y respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas*. No dice, como ellos, tampoco sé; sino, no os diré lo que sé: no quisisteis decir la verdad sobre lo que os pregunté; también la callaré yo de lo que me preguntáis.

**Lecciones morales.** — A) v. 21. — *La higuera que maldijiste se ha secado*. — Se seca todo lo que es maldecido de Dios; porque toda vida vive por Dios, y la maldición de Dios importa la separación de Dios. Cuando Dios diga a los precitos: “Id, malditos...”, no será sino para una muerte eterna, en que toda verdadera vida se habrá secado de raíz, y donde toda muerte tendrá su raíz. ¿Qué sabía es la Iglesia al prodigar sobre todas las cosas y sobre todos sus hijos las bendiciones de Dios, y cuán puesto en razón que pidamos instantemente a Dios que nos bendiga! Porque la bendición de Dios es gaje de vida, en todos los órdenes, porque es una mayor unión con quien es “Vida de las vidas”, en frase de San Agustín; hasta el punto de que la vida eterna no es más que una suprema bendición que Dios da a su criatura.

B) v. 23. — *Cualquiera que dijere a este monte: Levántate...* — Admiraremos la misericordia de Dios, dice Teofilacto, que cuando nos acercamos a él por la fe, por la confianza en su poder, llega a comunicarnos por su bondad lo que tiene Él por su naturaleza: la potestad de hacer milagros, hasta el punto de que podamos trasladar los montes. Aunque los gentiles, dice San Beda, suelen acusar a los cristianos de que nunca pudieron trasladar los montes, según la promesa de Jesús. A lo que hemos de responder que no todos los hechos ocurridos en la santa Iglesia se han escrito, como consta de la vida del mismo Jesús. A más de que leemos en la vida de San Gregorio de Neocesarea que por la oración obtuvo que un monte cediera tanto espacio como era necesario para la construcción de un templo.

C) v. 28. — *¿Con qué autoridad haces estas cosas?* — La pregunta es capciosa. Si responde que con la autoridad propia, le condenarán por blasfemo: si con la de otro, le rebajarán ante el pueblo, que le tiene como Mesías. Jesús elude una respuesta

directa, proponiéndoles por su parte una cuestión más difícil que la que sus adversarios le habían propuesto. Para que aprendamos, dice un intérprete, a ser santamente astutos con los que nos arman insidias, sacando el clavo de sus dificultades con el clavo de las nuestras. Es la prudencia de la serpiente la que de nuevo recomienda aquí Jesús. No debemos poner candorosamente, neciamente, el tesoro de la verdad en manos de la mentira inicua.

D) v. 29. — *Yo también os haré una pregunta...* — No una, sino miles de preguntas, podemos hacer nosotros a nuestros adversarios en la fe, que son incapaces de responder. Poseedores de la verdad como somos, nunca se nos hallará en flagrante delito de contradicción o de mentira: no sólo esto, sino que tendremos siempre una justa respuesta a todas las insidiosas preguntas de nuestros adversarios: la historia de la filosofía, de la religión, de la crítica, de la ciencia, da testimonio de ello. En cambio, los enemigos de la fe, mil veces se ven obligados a enmudecer ante nuestras preguntas: y si no quieren, como los enemigos de Jesús, confesar su ignorancia, se hallan aún en situación más embarazosa. El error, la mentira y la insidia nunca fueron bastante hábiles para derribar el alcázar de la verdad.

E) v. 31.32. — *Si dijéremos que del cielo...; si dijéremos que de los hombres...* — A los envidiosos, dice San Jerónimo, les da tinieblas la luz. La luz del Bautista es clara; si la reconocen los primates de Israel, deben reconocer con mayor razón la de Jesús, porque Juan dió testimonio de Jesús. Prefieren, los sabios del pueblo, decir que ignoran, antes que confesar una verdad que les es demasiado dura. Piensan, discurren, oscilan, constreñidos por el círculo de hierro de la verdad, que es la más grande ambición del hombre, cuya fuerza no puede evadir el pensamiento del hombre, y acaban por cerrar los ojos y lanzarse al abismo de la negación y del error. Lo que les ocurría a los príncipes de Israel ante la apremiante pregunta de Jesús, les pasa a los sabios de mala voluntad de todos los siglos ante el hecho y la verdad colosal del cristianismo. ¿Quién es Jesús? ¿Qué es la Iglesia? ¿Qué piensas de la verdad católica? Y ante las consecuencias de la respuesta, se acogen a todos los recursos en que se amparan la ignorancia y la mala voluntad, para no rendir pleitesía de pensamiento y de vida a Jesucristo, que sigue siendo el ineludible interrogante de todos los tiempos.

F) v. 33. — *Tampoco yo os digo con qué autoridad hago*

*estas cosas.* — Dos son los motivos que tenemos para ocultar la verdad, aun aquella que en otras ocasiones puede y debe decirse, dice San Beda: cuando el que la pregunta no es capaz de entender lo que respondamos, o bien cuando por el desprecio que hace de la verdad, o por el odio que la profesa, es indigno de conocerla aquel que la pregunta. La verdad es para quien con buena voluntad la busca: tesoro celestial como es ella, divina margarita, la de más precio que pueda el hombre apetecer, no se debe echar a viles animales que la inutilicen o la desprecien.

## 161. — PARABOLAS DE LOS DOS HIJOS Y DE LOS COLONOS REBELDES: MT. 21, 28-46

(Mc. 12, 1-12; Lc. 20, 9-19)

### Evangelio de la Misa del viernes después de la 2.<sup>a</sup> semana de Cuaresma (vv. 33-46)

<sup>28</sup> Mas, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llegando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy, y trabaja en mi viña. <sup>29</sup> Y respondiendo él, le dijo: No quiero. Más después arrepintióse, y fué. <sup>30</sup> Y llegando al otro, le dijo del mismo modo: y respondiendo él, dijo: Voy, señor: mas no fué. <sup>31</sup> ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Dicen ellos: El primero. Jesús les dice: En verdad os digo, que los publicanos y las ramera os precederán en el Reino de Dios. <sup>32</sup> Porque vino Juan a vosotros por camino de justicia, y no le creísteis. Y los publicanos y las ramera lo creyeron: mas vosotros, viéndolo, ni aun hicisteis penitencia después, para creerle.

<sup>1</sup> Y púsose a decir al pueblo: <sup>2</sup> Escuchad otra parábola: Había un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y arrendóla a unos labradores, y se marchó lejos, <sup>3</sup> para mucho tiempo. <sup>4</sup> Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a los labradores sus siervos, para que les pidiesen los frutos de la viña. Mas los labradores, cogiendo a los siervos, hirieron al uno, <sup>5</sup> y le despidieron sin darle nada; mataron al otro, <sup>6</sup> después de malherirle <sup>7</sup> en la cabeza <sup>8</sup> y arrojarle fuera; y al otro le apedrearon, <sup>9</sup> ultrajándole y enviándole vacío. <sup>10</sup> De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros: y los trataron del mismo modo.

“Y dijo el padre de familias: *¿Qué haré? Enviaré a mi hijo querido.*” Y por último les envió su hijo, diciendo: “*Quizá tendrán respeto a mi hijo al verlo.*” Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: *Éste es el heredero: venid, matémosle, y tendremos su herencia.*” Y cogiéndolo, lo echaron fuera de la viña, y lo mataron. “Pues, cuando viniere el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?” Ellos dijeron: “*Vendrá, y perderá estos colonos: a los malos destruirá malamente: y arrendará su viña a otros labradores que paguen el fruto a sus tiempos.*” Al oír esto, dijéronle: *No suceda esto.* “Jesús, *mirándoles*, les dice: *¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, ésta fué puesta por cabeza de esquina? Por el Señor fué esto hecho, y es cosa maravillosa en nuestros ojos.*” Por tanto, os digo, que quitado os será el Reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él. “Y *todo* el que cayere sobre esta piedra, será quebrantado: y sobre quien ella cayere, lo desmenuzará.” Y cuando los príncipes de los sacerdotes, *los escribas* y los fariseos oyeron sus parábolas, entendieron que de ellos hablaba. “Y queriendo echarle mano *en aquella hora*, temieron al pueblo: porque le miraban como un profeta, *y dejándole, se marcharon.*”

**Explicación.** — Seis parábolas propuso Jesús en el mismo día del martes de su última semana, en dos series de tres. Las tres primeras, que pronunciaría probablemente una tras otra, son las dos de este número y la del siguiente. Sólo Mateo refiere la primera y la tercera: la segunda, de los viñadores homicidas, es común a los tres sinópticos. Tienen las tres el mismo objeto: denunciar la reprobación de los judíos, aunque, como se verá, desde distintos puntos de vista: pues en la primera se expone la falta de sinceridad de los jefes de Israel: en la segunda, su manifiesta oposición a la autoridad divina: la tercera es una verdadera profecía de la definitiva reprobación del pueblo de Dios.

PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS ENVIADOS A LA VIÑA (28-32). Está esta parábola íntimamente trabada con el episodio del templo referido en el número anterior. Los sinedristas habían hecho a Jesús una pregunta: Jesús, a su vez, les hace otra: ambas quedan incontestadas. Entonces el Señor les propone

otra cuestión, pero en forma de enigma o parábola: *Mas, ¿qué os parece?*, les dice para interesar su atención, y demostrarles su trabazón con la anterior pregunta.

*Un hombre tenía dos hijos, y llegando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy, y trabaja en mi viña:* la actitud del padre, que se acerca al hijo, y le invita blandamente al trabajo, contrasta con la dura respuesta del hijo: *Y respondiendo él, le dijo: No quiero.* Pero luego reparó su falta: *Mas después arrepintióse, y fué.* La conducta del otro es diametralmente opuesta: la invitación es igualmente amable: *Y llegando al otro, le dijo del mismo modo:* también es atenta y amable la respuesta del hijo, pero falsa: *Y respondiendo él, dijo: Voy, señor: mas no fué.*

Jesús, para condenar con mayor energía la conducta de sus adversarios, les invita a que saquen ellos mismos la moraleja: *¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Dicen ellos: El primero.* Y luego, aplicándosela a ellos, delata y condena en forma solemne su protervia: *Jesús les dice: En verdad os digo, que los publicanos y las rameraos os precederán*, “os preceden ya”, dice el griego, *en el Reino de Dios.* En el hijo primero vienen figurados los que públicamente son tenidos por pecadores, pero que a la predicación del Bautista y de Cristo se convirtieron, como la Magdalena, Mateo y Zaqueo, que antes habían dicho a Dios, a lo menos con las obras: *No quiero servirte* (Ier. 2, 20). En el segundo están representados los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, que dicen de ellos mismos que son justos, y en realidad hacen su voluntad, no la de Dios, que es el padre de familias.

Y da Jesús la prueba histórica de su aserción: *Porque vino Juan a vosotros por camino de justicia, enseñándola con la palabra y con su austerísima vida, y no le creísteis:* ni disteis fe a sus palabras, ni ajustasteis a ellas vuestras obras *Y los publicanos y las rameraos lo creyeron*, haciendo penitencia, como se lo exhortaba el Bautista: *Mas vosotros, viéndolo*, siendo testigos de la conversión de los pecadores, teniendo obligación de hacerla antes que ellos, *ni aun hicisteis penitencia después, para creerle*, haciendo lo que predicaba. Su condición les imponía el deber de ser los primeros:

su orgullo no les permite seguir el ejemplo del pueblo a quien menosprecian.

PARÁBOLA DE LOS COLONOS REBELDES (33-46). — Indica Jesús en ella los bienes inmensos dispensados al pueblo de Dios, los crímenes de sus rectores y su condenación, y profetiza su propia muerte a manos de los mismos. Es como un desarrollo de la anterior y un compendio de toda la historia del pueblo de Israel. El primer Evangelista, que suele ser menos minucioso que los demás en detalles, supone a los siervos enviados globalmente a los colonos por el padre de familias; Marcos y Lucas envían singularmente a tres siervos, uno después de otro, a los que los malos arrendadores infieren diversos ultrajes, llegando a matar al tercero.

*Y púsose a decir al pueblo: Escuchad otra parábola, les dice, reclamando su atención: Había un padre de familias que plantó una viña: es Dios, que escogió para sí el pueblo de Israel, comparado varias veces en la Escritura a una viña (Is. 5, 7; Ps. 79, 9; Jer. 2, 21; Ez. 15, 1-6, etc.). Y la cercó de vallado, para que no la devastaran las bestias (Cant. 2, 15; Ps. 79, 14): esta valla era la ley que separaba y defendía al pueblo de Dios de los gentiles: o la providencia especial que de él tuvo: o la misma tierra de la Palestina. Y cavó en ella un lagar, abierto en la tierra o en la piedra, para recibir el vino de las cosechas, en lo que ven los intérpretes significado el altar, o la ciencia de los profetas, de donde derivaba al pueblo la gracia de Dios. Y edificó una torre para su defensa, en la que se simboliza el Templo, o el monte Sión, o la seguridad de la protección divina. Y arrendóla a unos labradores, a los magistrados civiles y religiosos de la nación, para que la administraran y procuraran su bien. Y se marchó lejos, para mucho tiempo, dejando al libre albedrío de los colonos el cuidado de la viña, la que un tiempo había él cuidado por sí mismo, manifestando en Horeb, Sinaí, el desierto, etc., su presencia personal, por espacio de muchos siglos.*

*Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a los labradores, sus siervos, para que les pidiesen los frutos de la viña, como suele hacerse con los aparceros: no todos los fru-*

tos, sino los que le correspondían según contrato. *Mas los labradores, crueles y malvados, cogiendo a los siervos, a quienes Marcos y Lucas suponen enviados uno después de otro, hirieron al uno, y le despidieron sin darle nada; mataron al otro, después de malherirle en la cabeza y arrojarle fuera, y al otro le apedrearon, ultrajándole y enviándole vacío.* Es viva descripción simbólica de lo que los antiguos jefes de Israel hicieron con los profetas que Dios les enviaba para recordarles sus deberes y argüirles por sus vicios: así, hirieron a Jeremías, mataron a Isaías, aserrándole por en medio, apedrearon a Zacarías, etc. (Cf. Ier. 2, 30; Act. 7, 52; Hebr. 11).

Contrasta con la crueldad de los colonos la bondad y paciencia del padre de familias, que envía otra serie de legados suyos para recibir los frutos de la viña: *De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros: y los trataron del mismo modo:* son los profetas y santos personajes enviados con posterioridad y que, por lo común, fueron maltratados por los jefes de la teocracia. Hasta tal punto llegó la paciencia y benignidad del padre de familias, que, después de plantear en su ánimo el grave problema de la recolección de sus frutos y de quién podría tratar con éxito con aquellos malos colonos, resolvió mandarles a su carísimo unigénito: *Y dijo el padre de familias: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo querido. Y por último les envió su hijo, diciendo: Quizá, sería una enormidad lo contrario, tendrán respeto a mi hijo al verlo.* Pero la condescendencia del señor no hizo más que excitar la codicia de los colonos y hacer su crueldad más odiosa: *Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero: venid, matémosle, y tendremos su herencia.* Aquí aplica ya Jesús a sí mismo la parábola: es el Hijo unigénito del gran Padre de familias, por él enviado para recoger los frutos de la justicia: pero los magnates de Israel se han confabulado ya para perderle: la herencia es el régimen del pueblo: "Si le dejamos así, han dicho ya, todos creerán en él" (Ioh. 11, 47.48). y nos quedaremos sin pueblo: "Conviene que muestre un hombre por el pueblo..." (v. 50). Y sigue Jesús pro-



fetizando por medio de la parábola: *Y cogiéndolo, lo echaron fuera de la viña, y lo mataron*: Jesús fué echado del gremio de su pueblo por la sentencia que le condenó a morir en manos de gentiles, sentencia pronunciada por el Sinedrio, tribunal supremo de los judíos, y murió fuera de las puertas de la ciudad (Hebr. 13, 12).

Para coger a los sinedristas en sus mismas redes, les pregunta Jesús, dispuesto ya a sacar la moraleja de la parábola: *Pues, cuando viniere el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?* Ellos, que probablemente habían entendido que los colonos crueles eran los romanos, y el hijo de Dios el pueblo de Israel (Ex. 4, 22), a quien los romanos vejaban en forma a veces crudelísima, *dijeron: Vendrá, el futuro salvador de Israel, y perderá estos colonos: a los malos destruirá malamente*, acabará con ellos aplicándoles terribles sanciones: de hecho, así murieron los jefes de Israel en la destrucción de la ciudad por los romanos: *y arrendará su viña a otros labradores que paguen el fruto a sus tiempos*: la viña, los bienes del Señor, pasaron a ser herencia de los gentiles. Pero lo que quizás ellos habían entendido mal, que los colonos eran los romanos, Jesús se lo aplica a ellos: *Al oír esto, dijéronle: No suceda esto*.

Al llegar a este punto culminante, en que aquellos magnates se ven ya señalados como malvados y sacrilegos matadores del Hijo de Dios, *Jesús*, sobreponiéndose a ellos, y mirándoles, *les dice*, demostrándoles por medio de la Escritura lo que por la parábola les ha profetizado: *¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que edificaban, ésta fué puesta por cabeza de esquina?* Sois vosotros los arquitectos que teníais la misión de edificar la casa de Dios, que es su pueblo, pero me habéis rechazado a mí: a pesar de ello, yo seré la piedra angular y principal que juntaré y daré estabilidad, unidad y fuerza a todos los pueblos que sobre mí se levanten para formar el gran edificio espiritual del nuevo pueblo de Dios. Y se extasía Jesús, con el antiguo profeta de quien toma el texto (Ps. 117, 22), ante la maravilla de que, quien por permisión de Dios vino a ser reprobado por los jefes de su pueblo, llegue a ser el sostén

espiritual del mundo: *Por el Señor fué esto hecho, y es cosa maravillosa en nuestros ojos.*

A la profecía, velada aún a las obcecadas inteligencias de sus adversarios, y a la prueba ya más clara de la Escritura, añade Jesús la declaración, recia y clarísima, de la reprobación de los sinedristas y de sus futuros castigos: *Por tanto, os digo, que quitado os será el Reino de Dios, y será dado a un pueblo que haga los frutos de él:* es un vaticinio de la vocación de los gentiles, a quienes concederá Dios sus gracias, que producirán frutos copiosos de santidad (Cf. Gal. 5, 22; Eph. 5, 9). Ni vendrá sola la reprobación, sino que llevará anejos terribles e inevitables males: *Y todo el que cayere sobre esta piedra, que es Cristo, el que tropezare con ella sufriendo escándalo de su humildad y de su doctrina, será quebrantado, como vasija de barro que cae sobre una peña.* Y aunque no se tropezare con ella, vendrá esta piedra sobre la cabeza de quien la rechazare para trituitarlo: *Y sobre quien ella cayere, lo desmenuzará,* porque no puede haber salvación más que en el nombre y en la persona de Jesús (Act. 4, 11.12).

El anatema, pronunciado ante la multitud, era demasiado claro y duro para no llevar a la exasperación a aquellos espíritus orgullosos: *Y cuando los príncipes de los sacerdotes, los escribas, y los fariseos oyeron sus parábolas, la de los dos hijos, la de la viña y la piedra angular, entendieron que de ellos hablaba:* no lo han comprendido hasta que, por decirlo así, les ha señalado con el dedo. En vez de doblegarse y convertirse, desean deshacerse de él en aquel mismo momento: *Y queriendo echarle mano en aquella hora, temieron al pueblo, y se reprimieron: porque le miraban las gentes como un profeta.* Prefirieron alejarse y dejarle con el pueblo: *Y dejándole, se marcharon.*

**Lecciones morales.** — A) v. 28. — *Un hombre tenía dos hijos...* — ¿Quién es este hombre, dice el Crisóstomo, sino Dios, creador de los hombres, que prefiere le amen como padre, que no que le teman como Señor? El hijo mayor, que se niega a trabajar, pero que luego se arrepiente y trabaja, es el pueblo gentil: el menor es el judío, que prometió cumplir con el tra-

bajo de la viña, que es la observancia de la justicia, y no cumplió. Y en ellos, añade Orígenes, venimos figurados los demás hombres, que a veces prometemos poco y hacemos mucho: y otras veces, que son las más, lo gastamos todo en promesas y quedamos vacíos de obras. Obedezcamos la voz de nuestro buen Padre de los cielos, que nos llama al trabajo del cumplimiento de su ley y, sin prometer mucho, que podría ser presunción, hagamos cuanto podamos en su servicio y en bien de nuestra alma.

B) v. 31. — *Los publicanos y las ramera os precederán en el Reino de Dios.* — Creo, dice el Crisóstomo, que en el nombre de los publicanos se entienden todos los hombres pecadores, y en el de las ramera, todas las mujeres pecadoras: porque la avaricia es más común en los hombres y la fornicación en las mujeres. Puesto que, viviendo la mujer en el sosiego y en el encierro, da ocasión fácilmente a la lujuria, que nace del ocio: pero el varón, ocupado en el ajeteo de los negocios, con facilidad contrae el vicio de la avaricia, con menos frecuencia el de la lujuria, a no ser que sea muy lascivo, porque la solicitud de los negocios propios de su sexo excluye los placeres. Aunque, añadimos comentando las palabras del Santo, bueno será guardarse hombres y mujeres de todo pecado, que no es patrimonio de ningún sexo ni condición, sino herencia funesta de todos los hijos de Adán: pues, como dice San Agustín, no hay pecado que cometa un hombre, que no pueda cometerlo otro hombre, si falta la gracia de Aquel por quien ha sido hecho el hombre.

C) v. 33. — *Había un padre de familias que plantó una viña...* — La viña es nuestra alma, dice Orígenes, y la palabra de Dios es la vid que en ella se planta. Y así como a los pastores de la Iglesia se les confía la viña del Señor, que es la Iglesia misma y el pueblo de Dios, así a cada uno de nosotros, cuando somos iniciados en la fe por el bautismo, se nos da la viña de nuestra alma para que la cultivemos para Dios, dice un intérprete. Y envía Dios a nuestra viña sus siervos, que son cuantos nos exhortan a que sigamos los caminos de la justicia y trabajemos para Dios. Pero es maltratado y arrojado de nuestra alma el siervo cuando se desprecia su predicación y no se recibe la doctrina de verdad, o, lo que es peor, se la desprecia. Mata al hijo único del Padre, cuanto está de su parte, quienquiera que conculca al Hijo de Dios y ultraja la gracia del espíritu. Y es desposeído el colono perverso y se da a otro la viña, cuando el

don de la gracia que el soberbio despreció se da al humilde que la recibe.

D) v. 34. — *Y cuando se acercó el tiempo de los frutos...* — Los frutos son las buenas obras; el tiempo de darlos es toda la vida; los siervos que manda para recogerlos el Padre de familias, que es Dios, son sus ministros, o los ángeles custodios: los colonos de la viña somos nosotros. ¡Cuánta generosidad la de Dios para con nosotros, y cuánta cicatería, quizás cuánta maldad la nuestra para con Dios! Nos lo da todo: la viña de nuestra alma, las vides de nuestras facultades, el sol y el riego de su gracia multiforme, el crecimiento de todo, según el Apóstol (1 Cor. 3, 7); para dar fruto copioso no falta más que la aplicación de nuestra voluntad. Y no viene el fruto, porque no tenemos voluntad de darlo, o, lo que es peor, tenemos voluntad de no darlo. Correspondamos a la generosidad de Dios, que no tiene más fin que nuestra propia felicidad.

E) v. 37. — *Y por último les envió su hijo...* — Jesús, Hijo de Dios, es el enviado de Dios, no sólo para la redención del mundo, sino a cada uno de nosotros; y ello no una vez, sino cien veces. ¿Qué hemos hecho con el Hijo de Dios, en las inspiraciones, en las exhortaciones, en las comuniones, cuando personalmente o por su gracia se ha hecho presente a nuestro espíritu? “Lo hemos crucificado segunda vez para nuestra propia condenación” (Hebr. 6, 6). No somos apóstatas, como los judíos conversos que retrocedían a la religión de sus mayores y a quienes se dirige el Apóstol; pero hemos sido infieles a la gracia de Dios, ingratos a sus dones, duros a los requerimientos de su amor. Hemos hecho por nuestra parte cuanto es dable para matarle, porque hemos inutilizado en nosotros los frutos de su pasión.

F) v. 40. — *El señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?* — Labraron para sí su viña; ya han recibido la merced. Ultrajaron y mataron al Dios que se la dió en usufructo; caerán bajo el peso tremendo de su mano indignada. Hicieron vana y de ningún precio la sangre que por ellos se derramó; no comprarán con ella el reino feliz y eterno que no puede adquirirse sino con ella. A los malos, mala sentencia, de perdición eterna. Despreciaron a Dios; justo es que no posean a Dios.

G) v. 44. — *El que cayere sobre esta piedra, será quebrantado...* — La piedra es Cristo, dice el Crisóstomo, no sólo por su firmeza, sino porque es quien rompe y desmenuza a sus ene-

migos. Porque, dice San Jerónimo, el que es pecador, y no obstante crece en él, se rompe, pero no se pulveriza, sino que por la paciencia de Dios se le reserva para el arrepentimiento y salvación. Pero sobre quien cae la piedra de Cristo, por la negación y pérdida de la fe, de tal manera queda desmenuzado, que no queda de él un pequeño tiesto con que tomar un poco de agua.

## 162. — PARÁBOLA DE LOS CONVIDADOS A UNA BODA REGIA: Mt. 22, 1-14

### **Evangelio de la Dominica 19.ª después de Pentecostés**

¹ Y respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: ² Semejante es el Reino de los cielos a un hombre rey, que celebró las bodas de su hijo. ³ Y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, y éstos no quisieron venir. ⁴ Envío de nuevo otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: Mirad que he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos, y todo está a punto: venid a las bodas. ⁵ Mas ellos no hicieron caso, y marcharon, el uno a su granja, y el otro a su tráfico. ⁶ Y los demás echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron. ⁷ Y el rey, cuando lo oyó, se irritó: y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas, y abrasó la ciudad de ellos.

⁸ Entonces dijo a sus siervos: Las bodas ciertamente están preparadas, mas los que habían sido convidados, no fueron dignos. ⁹ Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontrareis, convidadlos a las bodas. ¹⁰ Y habiendo salido sus siervos a los caminos, reunieron cuantos hallaron, malos y buenos: y la sala de las bodas se llenó de comensales. ¹¹ Y entró el rey para ver a los comensales, y vio allí a un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda. ¹² Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. ¹³ Entonces el rey dijo a sus ministros: Atado de pies y manos, arrojadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el cruji de dientes. ¹⁴ Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

**Explicación.** — Aunque ofrece esta hermosa parábola algunas semejanzas con la del gran convite, Lc. 14, 16-24

(Cf. núm. 130), con todo, difiere ciertamente de ella, por su misma redacción, por el tiempo en que fué pronunciada, y hasta por el argumento que, siendo en la apariencia análogo, es en el fondo absolutamente distinto. En efecto, en esta parábola enseña Jesús claramente que los judíos, antes nación favorecida de Dios, no secundarán las repetidas invitaciones que se le hacen para que entre en el reino mesiánico; que maquinarán la muerte de los Apóstoles, por lo que perecerán ellos, y su ciudad será destruída por el fuego, siendo en su lugar llamados los gentiles: pero éstos, después de entrar en el reino mesiánico, deberán ser hallados por Dios sin pecado. Es una profecía que se ha realizado ya en casi todas sus partes.

LOS CONVIDADOS PRIMEROS (1-7). — Habían los sine-dristas formado el propósito de perder a Jesús tan luego hubo expuesto la parábola de los viñadores. Entrando en su intención maligna, les propone el Señor otra parábola, cuya doctrina es una explicación o desarrollo de la anterior: en ésta les había anunciado su reprobación: ahora les anuncia su suerte desgraciada. *Y respondiendo Jesús a su pensamiento de venganza, les volvió a hablar en parábolas, diciendo...*

*Semejante es el Reino de los cielos, sucede en el reino mesiánico lo que le sucedió a un hombre rey, que celebró las bodas de su hijo: el rey es Dios Padre; el Mesías, Hijo de Dios, es el esposo (Cf. Ps. 44; Ioh. 3, 29; Mt. 9, 15); la esposa es la Iglesia (Cf. 2 Cor. 11, 2; Eph. 5, 25-27); los convidados son todos los hombres llamados por Dios a los beneficios inmensos de estas bodas divinas.*

Y, conforme era costumbre entre los judíos, *envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, y éstos no quisieron venir*: estos siervos son el Bautista y los apóstoles y discípulos del Señor, que por aquellos tiempos habían llamado al reino mesiánico a los que ya de antiguo habían sido invitados a él por los profetas, esto es, el pueblo judío, que en su mayor parte fué refractario al llamamiento. El rey, Dios, apela a nuevos recursos de su bondad para que vengan los incorrectos convidados a las bodas: *Envió de nuevo*

*otros siervos*, que fueron los mismos Apóstoles después de la ascensión del Señor, anunciando que estaba ya dispuesto todo lo relativo al gran banquete de las bodas del Hijo de Dios humanado con la Iglesia: inmolado el Cordero inmaculado para la redención y santificación del mundo, instituidos los sacramentos, abiertas las fuentes copiosas de la gracia, confirmándolo todo con milagros con que urgían los siervos de Dios la entrada de aquel pueblo en la Iglesia: *Diciendo: Decid a los convidados: Mirad que he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos, y todo está a punto: venid a las bodas.*

Fué indigna la conducta de los invitados con tanta amabilidad a un convite tan regiamente preparado: *Mas ellos no hicieron caso*, altiva y groseramente despreciaron la invitación: *Y marcharon, el uno a su granja, y el otro a su tráfico*: prefirieron vivir despreocupados del reino mesiánico, entregados unos a sus placeres, y otros absorbidos por sus negocios terrenos. Hubo otros que fueron aún más malvados: se rebelaron contra los enviados del rey, que hicieron víctimas de su furor insano: *Y los demás echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron*: son los judíos de la primera generación cristiana, que hicieron víctimas de su odio a Esteban, a Santiago el Mayor y a Santiago el Menor, y movieron contra todos terribles persecuciones, como es de ver en los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de San Pablo.

Contra el crimen de los invitados fulminó Dios sanción terrible, efecto de su justa ira: *Y el rey, cuando lo oyó, se irritó: y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó la ciudad de ellos*. Es la predicción de la ruina de aquel pueblo y del incendio de Jerusalén por el ejército de Tito y Vespasiano, llamado ejército de Dios, aunque fuese reclutado entre los gentiles romanos, porque fué el instrumento de su justicia (Cf. Is. 3, 13; Ez. 29, 18): cuéntase que el mismo Tito atribuyó aquel hecho a la divinidad.

VOCACIÓN DE LOS GENTILES (8-14). — Aunque esta vocación fué simultánea con la de los judíos, se prescinde del

tiempo, como ocurre a veces en las visiones proféticas, para el mejor ordenamiento de la parábola. No quiere el rey que por la descortesía y maldad de los primeros invitados, los judíos, se frustren sus planes y sea frustrada su generosidad: *Entonces dijo a sus siervos, los predicadores posteriores y los mismos que sufrieron repulsa: Las bodas ciertamente están preparadas, mas los que habían sido convidados, no fueron dignos: es la definitiva exclusión de los judíos. Lo que posteriormente hará el Apóstol (Act. 13, 46), lo prelude ya Jesús: dejará a los judíos y llamará a los gentiles: Id, pues, a las salidas de los caminos, a las encrucijadas, a los lugares de las ciudades adonde confluyen las rutas de todo horizonte, y donde se juntan las multitudes, y a cuantos encontrareis, convidadlos a las bodas, a todos, sin distinción alguna.*

*Y habiendo salido sus siervos a los caminos, predicando los Apóstoles en todas las encrucijadas del mundo, reunieron cuantos hallaron, a todos, sin preocuparse de sus cualidades morales, malos y buenos, a saber: aquellos que vivían en el gentilismo vida honrada, siguiendo los dictados de la ley natural, y los que vivían abandonados a sus pasiones. El resultado fué magnífico: y la sala de las bodas se llenó de comensales, aun no pudiendo contarse con los judíos: es la eficacia de la palabra de Dios.*

Pero no basta entrar en la Iglesia. Si Dios llama a todos los hombres a las bodas de su Hijo, ello es a condición de que los invitados trabajen en lograr su santidad personal: *Y entró el rey para ver a los comensales, y vió allí a un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda: es tan diligente el anfitrión real, Dios, que entre tanta multitud no se le escapa un solo hombre que no ha hecho a sus bodas el honor debido, presentándose a ellas con el vestido ordinario. Y le dijo, sin aspereza, antes dejando al juicio del mismo réprobo su propia condenación: Amigo, buen hombre, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? El vestido de boda es la santidad cristiana, la vida ajustada a la ley de Jesús: nadie puede entrar en la Iglesia que no deje las malas obras de su pasada vida. El hombre, que bien sabía a qué le*



obligaba la asistencia al convite, calla, en lo que se reconoce culpable: *Mas él enmudeció.*

*Entonces, convicto el reo, el rey dijo a sus ministros, a los ejecutores de su justicia: Atado de pies y manos, arrojadlo a las tinieblas exteriores.* De pies y manos es atado forzosamente, sin que pueda huir de la justicia divina, el que voluntariamente se ligó al pecado. Las tinieblas exteriores se llaman así por oposición a la sala del festín, espléndidamente iluminada: las tinieblas representan la pena de daño, la exclusión del reino de la luz eterna; y la de sentido, las palabras siguientes: *Allí será el llorar y el crujir de dientes:* sin alivio, sin esperanza, en medio de tormentos y dolor eterno.

Termina Jesús su parábola con estas palabras: *Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* Formulada esta parábola principalmente para indicar la reprobación del pueblo de Dios, debe entenderse la frase en el sentido de que, siendo llamados todos los judíos, sólo algunos respondieron a la invitación. Puede asimismo aplicarse a los gentiles, de los que sólo el menor número han entrado en la santa Iglesia. Y aun puede aplicarse el texto a los pocos que de la misma Iglesia se salvan, habida cuenta del inmenso número de creyentes.

**Lecciones morales.** — A) v. 2. — *Semejante... a un hombre rey, que celebró las bodas de su hijo.* — Estas bodas, regias de verdad, porque son bodas divinas, son las que contrajo el Verbo de Dios humanado con la santa Iglesia. ¡Qué dignidad la de los desposados! El Esposo es el mismo Hijo de Dios hecho hombre: una persona divina con dos naturalezas, la divina y la humana: Persona que es la santidad esencial como Dios, y que es la máxima santidad a que puede llegar una criatura en cuanto es Hombre-Dios. La Esposa no tiene mancha ni arruga: el mismo Jesús la adquirió con su sangre, de precio infinito. Tálamo de estos divinos desposorios es el seno inmaculado de María, la Madre de Jesús y la Madre de adopción de la misma Iglesia. Y el Padre, que hizo estas bodas, llama, hace ya siglos, a todos los hombres, y les dice: ¡Venid a las bodas! Es condición indispensable para vuestra felicidad ser partícipes de ellas: ellas son, no el símbolo, sino el camino único

y verdadero para llegar a las bodas definitivas y eternas del cielo. ¡Qué sabiduría, y qué generosidad, y qué magnanimidad la de Dios al prepararnos estas bodas inefables!

b) v. 3. — *No quisieron venir.* — En su sentido directo, la frase se refiere a los judíos, que rechazaron la predicación de Jesús. Pero, ¿por qué no podemos quejarnos amargamente de que son los mismos cristianos, que ya aceptaron la invitación y entraron en el regio festín de la Iglesia, los que no quieren venir, no quieren estar en el festín, están en él indiferentes. no gustan los divinos manjares que en la Iglesia se les ofrecen, viven como pudiera vivir uno que no perteneciera al gremio de la santa Esposa del Hijo de Dios? ¿Qué les importan a muchos las voces de invitación de los ministros del Esposo, los sacramentos, la gracia, la ley cristiana, las Escrituras, el culto, todo aquello, en fin, que la espléndida generosidad de Dios preparó en la Iglesia para las almas?

c) v. 4. — *Mirad que he preparado mi banquete...* — Este banquete, dicen los Padres, es el opulentísimo banquete de la verdad divina que Dios nos ha revelado: banquete de robustos, porque en él se suministra al humano pensamiento cuanto hay en el mundo de más alto y fuerte en el orden del conocimiento. Banquete regaladísimo, donde los fuertes manjares de la inteligencia se aderezan en las formas más agradables y más fáciles de asimilar por toda criatura racional. “Toros y aves: todo está preparado.” ¡Y los hombres no vienen a este banquete divino! Y con todo, sólo la palabra de Dios, en la que van envueltos estos manjares, es la que puede salvar nuestras almas (Iac. I, 21). Es decir, que nadie puede sentarse en el banquete de la dicha eterna, donde se dará Dios a sí mismo en pasto a nuestras almas, que quedarán saciadas, si antes no se sienta en este banquete de la verdad, que es como preludio y degustación intelectual del banquete eterno de la gloria.

d) v. 9. — *Id, pues, a las salidas de los caminos...* — Los caminos, dice el Crisóstomo, son todas las profesiones de este mundo, como la filosofía, la milicia, etc.; y en este sentido, la invitación se refiere a la universalidad de estados o maneras de vivir. O bien se entiende por caminos las distintas maneras de vivir de los hombres, buenas o malas, como se dice que andamos por buenos o malos caminos; y así la invitación se refiere al orden moral en que cada uno vive. Que nadie desespere, pues. Ni hay condición ajena a la vida cristiana, porque ante Dios no

hay aceptación de estados ni personas (Act. 10, 34; Gal. 3, 28); ni vida tan infeliz que no sienta el llamamiento de Dios, que ha querido que a muchos precedieran los publicanos y meretrices en el Reino de los cielos (Mt. 21, 31).

E) v. 11. — *Y entró el rey para ver a los comensales...* — No que Dios deje de estar en alguna parte, dice el Crisóstomo, sino porque se dice presente donde quiere mirar para juicio, y parece ausente de donde no quiere hacerlo. Y el día del escrutinio judicial es el día del juicio, cuando visitará a los cristianos que se sentaron a la mesa de sus Escrituras.

F) v. 12. — *¿Cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda?* — ¿Qué debemos entender por el vestido nupcial sino la divina caridad?, dice San Gregorio; porque ella fué la que vistió el Señor cuando vino para desposarse con su Iglesia. Entra en las bodas, pero sin vestido nupcial, el que tiene fe, pero carece de la caridad. O entra en la Iglesia sin el vestido nupcial el que no busca la gloria del Esposo, sino la suya propia, dice San Agustín. O el vestido nupcial son los preceptos del Señor y las obras realizadas según la ley y el Evangelio y que constituyen la vestidura del hombre nuevo, dice San Jerónimo.

## 163. — LICITUD DEL TRIBUTO EXIGIDO A LOS JUDÍOS POR EL CÉSAR: Mt. 22, 15-22

(Mc. 12, 13-17; Lc. 20, 20-26)

### Evangelio de la Dominica 22.<sup>a</sup> después de Pentecostés

<sup>15</sup> Entonces los fariseos se fueron, y consultaron entre sí cómo le cogerían en alguna palabra, <sup>16</sup> y para entregarlo a la jurisdicción y potestad del Presidente. <sup>16</sup> Y <sup>17</sup> acechándole, le envían sus discípulos con algunos herodianos <sup>18</sup> espías que se fingiesen justos y le preguntasen, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, <sup>19</sup> que hablas y enseñas rectamente, y que enseñas el camino de Dios con verdad, y no te importa de nadie, porque no miras a la calidad de las personas. <sup>20</sup> Dinos, pues: ¿qué te parece? <sup>21</sup> ¿Nos es lícito pagar tributo al César, o no <sup>22</sup> lo daremos?

<sup>23</sup> Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? <sup>24</sup> Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. <sup>25</sup> Y Jesús les dijo: ¿De quién

es esta imagen e inscripción? <sup>21</sup> Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. <sup>22</sup> Y al oírle, se maravillaron <sup>1</sup> *de su respuesta, y enmudecieron, y no pudieron reprender sus palabras delante del pueblo, y dejándole, se retiraron.*

**Explicación.** — Las tres últimas parábolas, dichas contra los fariseos ante el pueblo, habían concitado en el ánimo de aquellos hombres soberbios una tempestad de odios contra Jesús. No queriendo prevaleciera la autoridad moral del Maestro sobre ellos, convienen en proponerle una cuestión capciosa, en materia gravísima, de orden constitucional y político: si es lícito pagar el tributo que los emperadores romanos habían impuesto al pueblo judío. Un tributo es una señal de sumisión y vasallaje, que el pueblo de Dios, a lo menos en principio y fundándose en la naturaleza de su constitución teocrática y en las mismas promesas de Dios, no quiso rendir jamás a ningún otro pueblo sino por la pura fuerza, a los egipcios, asirios y caldeos. Pero ellos se glorían de no haber servido jamás a nadie (Ioh. 8, 33), y Jahvé les había prohibido constituir rey a quien no fuera de su pueblo (Deut. 17, 15). Por ello era viva la cuestión de la licitud del tributo que el César exigía: pocos años antes originó ello una sedición, la de Judas el Galileo (Act. 5, 37), que los romanos ahogaron en sangre. Cualquiera que sea la respuesta de Jesús, les dará ocasión de perderle, creen ellos: si niega, le entregarán a los magistrados romanos como enemigo del imperio: si afirma, reconocerá la soberanía del enemigo, e incurrirá en las iras del pueblo.

EL CASO DE CONCIENCIA (15-17). — *Entonces, recibida la dura lección que les diera, los fariseos se fueron de la presencia de Jesús, y consultaron entre sí cómo le cogerían en alguna palabra: se concertaron en la pregunta para poder sorprenderlo en la respuesta, y para entregarlo a la jurisdicción y potestad del Presidente.* No se presentaron ellos directamente al Señor, para evitar sus recelos: le envían, para proponerle la cuestión, unos discípulos, probablemente jóvenes de las escuelas rabínicas, que se presentarán a Jesús con

grandes protestas de respeto: *Y acechándole*, buscando la ocasión más oportuna, *le envían sus discípulos con algunos herodianos espías que se fingiesen justos, y le preguntasen...* Eran los herodianos partidarios de la política de Herodes, probablemente contrarios a los romanos desde el punto de vista nacional, pero dispuestos a adularles si han de favorecer su partido: súbdito de Herodes como era Jesús, galileo, la presencia de estos hombres aumenta el peligro de la respuesta que dé a la cuestión que va a proponérsele.

Comienzan los discípulos de los fariseos por un exordio lleno de adulación, puesto en su boca, *diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, sincero, que hablas y enseñas rectamente, y que enseñas el camino de Dios con verdad, das a los hombres las normas verdaderas para que ajusten su vida a la voluntad de Dios, y no te importa de nadie, no te dejas mover por autoridad ni razón de otro, sino que eres independiente en tu criterio: Porque no miras a la calidad de las personas, no atiendes el poder, la dignidad, la fortuna, sino que das tu parecer según la intrínseca justicia de las cosas: por todo ello no debes temer ni al César, y debes dar con toda lealtad tu juicio.*

La adulación es tendenciosa, y se dirige a arrancar a Jesús una declaración contraria al tributo del César: Y le preguntan, abordando de lleno la cuestión: *Dinos, pues: ¿qué te parece? ¿Nos es lícito pagar tributo al César, o no lo daremos?* Todos los emperadores romanos se llamaron Césares, desde el primero, Cayo César. El censo es el tributo que se pagaba por cabezas, o por la riqueza que se poseía. La maldad de los fariseos está aquí en querer perder a Jesús por aquello mismo que ellos profesaban y que creían la mayor gloria de su pueblo: la independencia.

LA RESPUESTA (18-22). — La insidia era demasiado manifiesta y villana para que Jesús, que no hacía acepción de personas, no la pusiese de relieve: lo primero que hace es descubrir ante el pueblo sus intenciones perversas: *Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, por divina intuición, que le consentía leer en los pensamientos de sus adversarios, dijo:*

¿Por qué me tentáis, hipócritas? Es hipócrita quien, siendo una cosa, simula otra: el apóstrofe era duro, pero era verdad: y ésta relevaba a Jesús de toda ulterior respuesta. Pero, para demostrar que no tenía necesidad de declinar la respuesta, y que su pensamiento estaba sobre el mezquino espíritu de sus adversarios, añadió: *Mostradme la moneda del tributo*, la que se utilizaba para pagar el impuesto imperial: *Y ellos le presentaron un denario*, equivalente a 0,87 pesetas.

Es interesantísimo el momento: la sabiduría de Jesús va a confundir la maldad de sus adversarios: *Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen e inscripción?*: la efigie grabada en el anverso de la pieza, probablemente la de Tiberio, entonces reinante, y la leyenda grabada alrededor del busto del emperador. *Dicenle: Del César*: ellos mismos se forjan con la respuesta el lazo, porque desde el momento en que circulaba para las transacciones la moneda imperial, se reconocían súbditos del emperador. *Entonces les dijo*, sacando una naturalísima consecuencia, admitida por los mismos rabinos, que enseñaban que la circulación de una moneda en un país indicaba el príncipe que en el país dominaba: *Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*. Sapientísima respuesta que ha pasado a ser en todos los pueblos un adagio en que maravillosamente se concretan los deberes y derechos de los hombres en las relaciones con Dios y con las potestades de la tierra. Éstas tienen derecho a exigir justos tributos: los súbditos tienen el deber de pagarlos: ello debe ser sin mengua de los derechos de Dios y de la religión: cuando hay colisión, primero es Dios que los poderes de la tierra, que no pueden exigir nada contra la piedad y los preceptos del Señor.

Dos efectos produjo en aquellos hombres insidiosos la respuesta de Jesús: primero, la admiración, que no pudieron disimular: *Y al oírle, se maravillaron de su respuesta, y enmudecieron*: luego, la confusión: *Y no pudieron reprehender sus palabras delante del pueblo, y dejándole, corridos, se retiraron*: habían sido cogidos en el lazo que ellos mismos prepararon.

**Lecciones morales.** — A) v. 15. — *Entonces los fariseos se fueron, y consultaron entre sí...* — Como el agua corriente que se represa por un lado busca su natural salida por otro, así la malicia de los judíos, contenida en un punto se desborda por otro, dice el Crisóstomo. Vencidos y humillados en las anteriores parábolas, apelan ahora a una cuestión difícil, que formulan de acuerdo con otros adversarios de Jesús, los herodianos. Pero, victorioso en un terreno, lo es asimismo Jesús en el que sus mismos adversarios escogen. ¿Cómo no debía la Verdad esencial triunfar, así en la exposición doctrinal como en la solución de las dificultades? Es esto un símbolo y un presagio de lo que ha sucedido en el decurso de la historia: la verdad de Jesús ha triunfado, en sus dos formas de combate, del pensamiento humano: en cuanto lo ha conquistado con los prestigios de la verdad misma; y en cuanto ha deshecho todo reparo, todo error, toda insidia de la inteligencia del hombre, en todos los siglos y en todos los planos en que se ha entablado la disputa.

B) v. 16. — *Maestro, sabemos que eres veraz...* — La primera forma de engañar que los hipócritas tienen, dice el Crisóstomo, es que alaban a quienes quieren perder. Llámanle maestro, para que, honrado y alabado con tal nombre, les abra con sencillez los secretos de su corazón, como queriendo tenerlos por discípulos. Evitemos la hipocresía adulatora. Es la gran desgracia de los grandes hombres, o de aquellos que ocupan puestos elevados y de responsabilidad. Reptan ante ellos villanos seres, que si no quieren perderles directamente, les acarrearán el descrédito, llevándolos a desaciertos, a injusticias, a aceptación de personas, al ridículo, al fracaso. La hipocresía de los adulaadores ha malogrado las esperanzas mejor fundadas en las cualidades personales de los superiores.

C) v. 17. — *¿Nos es lícito pagar tributo al César...?* — Implica esta pregunta un caso doble de moral, en el orden ciudadano y en el religioso. El César es un intruso en el régimen del pueblo teocrático: por este lado no le debemos el tributo. Por otra parte, Dios es celoso de su soberanía sobre nosotros, y quiere que no tengamos más rey que a él: y por aquí, pagando el censo podemos ofender a Dios. Patriotismo y religión ¿están aquí en pugna, obligándonos a acciones contrarias, o bien concurren ambos sentimientos a exigirnos un mismo acto? No puede negarse que en la vida de los pueblos se plantean a las conciencias conflictos análogos: sin duda puede el poder civil abu-

sar, en el orden doctrinal o de los hechos, de su posición e invadir el campo del poder espiritual. Aprendamos en estos casos graves a acudir, como los discípulos de los fariseos, no con espíritu insidioso, a los maestros que puedan enseñarnos el camino de la verdad, con la sinceridad de quien no teme a los hombres y no ama sino la verdad.

1) v. 21. — *Dad al César lo que es del César...* — Cuando oigas estas palabras, dice el Crisóstomo, sepas que ellas sólo se refieren a lo que no es en perjuicio de la piedad y del servicio de Dios: que si así no fuera, no es tributo del César, sino del diablo. Paguemos, añade San Hilario, a Dios lo que de Dios es: el cuerpo, el alma, la voluntad: somos la moneda de Dios, que llevamos grabada su efigie, y a Dios nos debemos. Pero el oro, que lleva la efigie del César, démoslo al César, en la justa medida que él lo reclame. Al César las riquezas; pero a Dios la conciencia, que es la máxima de las riquezas.

2) v. 22. — *Y al oírlo, se maravillaron... y dejándolo, se retiraron.* — La gradación natural de pensamiento es: le oyeron, se maravillaron, creyeron. Pero no es ésta la lógica de los maliciosos y obstinados, sino: se maravillaron, y le dejaron. Es que para creer se necesita docilidad de entendimiento y de voluntad: con el corazón se cree, dice el Apóstol (Rom. 10, 10), y es inútil toda la luz de pensamiento si la voluntad no se pliega a la gracia de Dios: la historia es elocuente en este punto. O bien puede notarse el contraste entre "se maravillaron" y "se retiraron". Porque son muchos los que se maravillan ante la luz de nuestros dogmas y las glorias de nuestra Iglesia, pero no dejan que este estado mental influya para nada en la ordenación de su vida.

## 164. — INTERROGAN LOS SADUCEOS A JESÚS SOBRE LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

Mr. 22, 23-33

(Mc. 12, 18-27; Lc. 20, 27-40)

### Evangelio de la Misa de San Luis Gonzaga (vv. 29-40)

"En aquel día se llegaron a él algunos saduceos que dicen no haber resurrección: y le preguntaron," diciendo: Maestro, Moisés dijo: Si muriere alguno "y dejara mujer, sin tener hi-



Jon, su hermano case con la mujer de aquél, y dé descendencia a su hermano. <sup>10</sup> Había, pues, entre nosotros siete hermanos: y habiéndose casado el primero, murió: y no teniendo sucesión, dejó su mujer a su hermano. <sup>11</sup> Igualmente el segundo <sup>12</sup> se casó con ella, y murió también sin sucesión: y el tercero <sup>13</sup> así mismo hasta el séptimo, <sup>14</sup> se casaron con ella: y no dejaron descendencia, <sup>15</sup> y murieron. <sup>16</sup> Y después de todos, murió también la mujer. <sup>17</sup> En la resurrección, pues, <sup>18</sup> cuando hayan resucitado, ¿de cuál <sup>19</sup> de estos siete será la mujer? Porque todos la tuvieron <sup>20</sup> por mujer.

<sup>21</sup> Y respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios. <sup>22</sup> Los hijos de este siglo se casan, y son dados en casamiento. Mas los que serán juzgados dignos del otro siglo, <sup>23</sup> en la resurrección <sup>24</sup> de los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento, <sup>25</sup> pues ya no podrán morir jamás, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo <sup>26</sup> e hijos de Dios, <sup>27</sup> porque son hijos de la resurrección. <sup>28</sup> Y de la resurrección de los muertos, <sup>29</sup> que los muertos resucitan, ¿no habéis leído <sup>30</sup> en el libro de Moisés, en el pasaje de la serpiente, las palabras que Dios os dice: <sup>31</sup> Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos: <sup>32</sup> por Él todos viven. <sup>33</sup> Luego vosotros erráis mucho. <sup>34</sup> Al oírlo, las turbas se maravillaban de su doctrina. <sup>35</sup> Y respondiendo algunos de los escribas, dijeronle: Maestro, has dicho bien. Y de allí adelante ya no se atrevían a preguntarle nada.

**Explicación.** — Tuvo Jesús que sufrir, en este último día de su predicación, los embates de todos sus adversarios: fueron primero los sinedristas los que le obligaron a discusión (Mt. 2, 23); luego, los fariseos, por medio de sus discípulos (22, 26); ahora, los saduceos: seguirán otra vez los fariseos abiertamente (22, 34). Cada uno le impugnaba según su punto de vista: los saduceos, que negaban la resurrección de los muertos, le ponen el siguiente.

**Caso de conciencia (23-28).** — En aquel día, el martes de la última semana, en medio del movimiento que había en el atrio del templo, donde había cátedra abierta a todos, se llegaron a él algunos saduceos que dicen no haber resurrección: negaban el dogma de la resurrección de los muertos, admitido por los demás judíos, afirmando que cuerpo

y alma morían simultáneamente, y que no había premios ni castigos en la otra vida. *Y le preguntaron, diciendo: Maestro, quizás con ironía, propia de materialistas que creían iban a poner en aprieto al Doctor de Galilea: Moisés dijo (Deut. 25, 5): Si muriere alguno y dejare mujer, sin tener hijos, su hermano case con la mujer de aquél, y dé descendencia a su hermano; es la ley llamada del levirato, en virtud de la cual el hijo nacido de la mujer de quien no lo tuvo, se reputaba legalmente hijo del difunto: tendía la ley a conservar la memoria de los padres y a conservar su herencia.*

Supuesta la ley, fingen un caso de conciencia a que la misma ley da pie: *Había, pues, entre nosotros siete hermanos: y habiéndose casado el primero, murió: y no teniendo sucesión, dejó su mujer a su hermano. Igualmente el segundo se casó con ella, y murió también sin sucesión: y el tercero asimismo, hasta el séptimo, se casaron con ella: y no dejaron descendencia, y murieron.* Es, evidentemente, una burda invención, pues, como dice el Crisóstomo, el tercero ya no hubiese aceptado la mujer de sus dos hermanos difuntos, por sospechosa, cuanto menos los demás: así lo hacían los judíos, aun contraviniendo a la ley. *Y después de todos, murió también la mujer: ello plantea el grave problema que debe resolver Jesús: En la resurrección, pues, cuando hayan resucitado, ¿de cuál de estos siete será la mujer?; ¿a quién se dará en matrimonio? Porque todos la tuvieron por mujer.*

LA SOLUCIÓN (29-33). — Es fácil para el Señor, que empieza por acusarles de error e ignorancia: *Y respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios.* Ignoran y yerran sobre las Escrituras, que no enseñan una resurrección como ellos creen, teniendo los resucitados las mismas exigencias y costumbres, el mismo estado de la vida presente: *Los hijos de este siglo se casan, y son dados en casamiento. Mas los que serán juzgados dignos del otro siglo, en la resurrección de los muertos, dice hablando Jesús de solos los bienaventurados, como lo hará*

más tarde el Apóstol (1 Cor. 15), pues ya en otra ocasión ha enseñado la resurrección general (Ioh. 5, 28.29), *ni se casarán, ni serán dados en casamiento*: será una vida completamente distinta de la presente: hará el poder de Dios que no tengan necesidad de comer, ni beber, ni engendrar: *pues ya no podrán morir jamás*: no habiendo nacimientos tampoco matrimonio, que para ellos se instituyó. *Sino que serán como ángeles de Dios en el cielo*: llevarán vida celestial: glorificados y espiritualizados los cuerpos, ya no sentirán ningún apetito carnal, el menor estímulo de la carne; serán *hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección*: la resurrección es una generación a una vida espiritual: obra exclusiva de Dios, son resucitados los especialmente hijos de Dios.

Y sigue Jesús su argumentación contra los saduceos. Ha demostrado el poder de Dios, que da un estado particular a los resucitados, distinto de la condición presente: ahora les demuestra su ignorancia de las Escrituras, que enseñan la resurrección: *Y de la resurrección de los muertos, que los muertos resucitan*, no es mera cuestión, sino un hecho cierto, *¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza, las palabras que Dios os dice: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?* (Ex. 3, 6). El argumento es concluyente: Dios se llama a Sí mismo Dios de aquellos patriarcas, ya de siglos difuntos: luego, aunque muertos cuanto al cuerpo, existen, por lo mismo, en el alma, que es inmortal: si ni en cuanto al alma existiesen, Dios no se llamaría Dios de ellos, porque Dios no se dice de la nada, sino de lo que existe: *No es Dios de muertos, sino de vivos: por Él todos viven*. Pero como quiera que la resurrección de la carne es una consecuencia de la inmortalidad del alma, hasta el punto que los judíos juntaban estas ideas de un modo solidario (2 Mac. 12, 43-46), se sigue que la resurrección es una verdad enseñada por la Escritura. No alega Jesús otros pasajes de los profetas, más claros en este punto, seguramente porque los saduceos admitían sólo como libros fundamentales los del Pentateuco. Cierra Jesús su respuesta con estas palabras, que

demuestran lo concluyente de sus razones: *Luego vosotros erráis mucho.*

Ante la facilidad con que Jesús, de la simple noción de Dios deriva la verdad que los saduceos impugnan, callan éstos, y corre la voz de que les ha impuesto silencio (v. 34). Las turbas que le han oído vienen a parar en el estupor, por la sabiduría, facilidad y elocuencia del Maestro: *Al oírlo, las turbas se maravillaban de su doctrina.* Hasta los escribas allí presentes aplauden, adversarios de escuela como son de los saduceos: *Y respondiendo algunos de los escribas, dijéronle: Maestro, has dicho bien. Y de allí adelante ya no se atrevían a preguntarle nada.*

**Lecciones morales.** — A) v. 23. — *En aquel día se llegaron a él algunos saduceos...* — Se le presentan el mismo día sus adversarios, uno tras otro, a fin de que, ya que no puedan vencerle con razones, dice el Crisóstomo, perturben su mente con la rápida sucesión de graves cuestiones. Pero nada hay más descarado que la presunción, ni más impertinente, ni más audaz, sigue el mismo Santo. Ella fué la causa de su derrota, pues la de los anteriores arguyentes debía hacerles más reservados y sensatos. Aprendamos que las malas causas se hacen peores con la defensa: y veamos en este suceso el símbolo de la serenidad, sabiduría y mesura de la Iglesia en defender el depósito de las verdades que Jesús la confiara, y la impudencia, el orgullo, la multitud de defensores de la mentira, que sucumben uno tras otro en el decurso de la historia.

B) v. 29. — *Erráis, no sabiendo las Escrituras, ni el poder de Dios.* — Con agudeza reprende Jesús a los saduceos, primero por su necedad, porque no leen: segundo por su ignorancia, porque desconocen a Dios: porque de la diligencia en el estudio nace la ciencia, y la ignorancia es hija de la negligencia. Por esto erraban, añade San Jerónimo, porque ignoraban las Escrituras: y como consecuencia de ello desconocían a Dios. Es un tremendo reproche que podría Dios dirigir a muchos que tienen el deber de saber más de lo que saben. Es un hecho lamentable el descuido de las Escrituras Sagradas, aun por parte de quienes deberían hacer de ellas el cotidiano manjar de su espíritu. Ellas son la carta de Dios a su criatura, y el medio normal, juntamente con la tradición, y todo bajo el magisterio de la Igle-

sia, de ser los hombres adoctrinados en el conocimiento de Dios. Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo, dice San Jerónimo. Por ello se yerra tanto en lo que atañe a Dios y a las cosas de Dios. Creemos ser éste uno de los males gravísimos que aquejan a la actual generación cristiana.

c) v. 30. — *Serán como ángeles de Dios en el cielo...* — Aunque resucite cada cual con su sexo, dice San Agustín, no habrá en la otra vida la concupiscencia, que es causa del rubor y confusión: como antes de que pecasen los primeros padres, que estaban desnudos y no sentían vergüenza de ello. Será cada cual como es, no para mover a liviandad, que no tendrá allí lugar, sino para alabar la sabiduría y clemencia de Dios, que nos hizo de la nada y nos libró de la corrupción. Cuanto al espíritu, dice San Dionisio, entonces, cuando seremos incorruptibles e inmortales, nos veremos saciados con la contemplación castísima de la presencia visible de Dios: como los ángeles del cielo, se comunicará a nuestra mente una participación de la luz inteligible en la que veamos a Dios, a semejanza de los ángeles mismos. ¡Cuánto distan estos conceptos de los que los saduceos y hasta muchos cristianos tienen de la futura vida bienaventurada!

D) v. 32. — *No es Dios de muertos, sino de vivos...* — ¿Cómo, entonces, se llama a Dios juez de vivos y muertos? Debe entenderse en el sentido de que cuando vendrá Dios a juzgar al mundo, hará juicio de los que entonces vivan y de los que hubieren muerto. O bien, a los que fueren vivos por la vida sobrenatural y a los que fueren muertos por el pecado, del que, como dice San Agustín, deriva toda muerte, la del cuerpo y la del alma. En cambio, el sentido de este versículo es que Dios no es el Dios de los que no existen, ni en este mundo ni en el otro, porque no les participa la vida ni los bienes de la vida.

E) v. 33. — *Las turbas se maravillaban de su doctrina.* — Las turbas se maravillan de la sabiduría de Jesús: Lucas dice que algunos escribas le dijeron al Señor que había hablado bien. Es, dice Remigio, un fenómeno que se produce siempre en la Iglesia: el pueblo sencillo aplaude los triunfos de la doctrina cristiana sobre sus enemigos. De los próceres de pensamiento, algunos espíritus rectos reconocen los fueros y los triunfos de la verdad; pero la generalidad dejan a la Iglesia sus triunfos y siguen empedernidos en sus errores. Una palabra o un gesto de olímpico desdén les parece que anulan las verdades mejor demostradas.

## 165. — EL MANDATO MAXIMO: JESÚS, HIJO Y SEÑOR DE DAVID: Mt. 22, 34-46

(Mc. 12, 28-37; Lc. 20, 41-44)

**Evangelio de la Dominica 17.<sup>a</sup> después de Pentecostés  
(vv. 35-46). Continuación del Evangelio de la Misa de  
San Luis Gonzaga (vv. 34-40).**

“ Mas los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, se mancomunaron. ” Y uno de ellos, doctor de la Ley, *“ que los había oído disputar, y visto lo bien que les había respondido, acercóse y le preguntó, tentándole: ”* Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la Ley, *“ el primero de todos? ”* Jesús le dijo: *“ El primero de todos los mandamientos es: ¡Oye, Israel! El Señor tu Dios es el solo Dios: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento, ” y con todas tus fuerzas. ”* Éste es el mayor y el primer mandamiento. ” Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. *“ No hay otro mandamiento mayor que éstos. ”* De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los profetas. *“ Y díjole el escriba: Bien, Maestro; has dicho con verdad que Dios es uno solo, y no hay otro fuera de él: y que el amarle de todo corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y el amar al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Viendo Jesús que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del Reino de Dios. Y ya nadie osaba preguntarle.*

“ Y estando reunidos los fariseos, Jesús, *“ que enseñaba en el Templo, les preguntó, ”* diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícenle: De David. ” Díceles: Pues, ¿cómo David *“ mismo lo llama Señor, ” en el libro de los Salmos, inspirado por el Espíritu ” Santo, diciendo: “* Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que yo haga de tus enemigos escabel de tus pies? *“ Si, pues, ” el mismo David lo llama Señor, ¿cómo es su hijo? ”* Y nadie podía responderle palabra: ni se atrevió alguno, desde aquel día, a preguntarle jamás. *“ Y la numerosa turba oyóle con gusto.*

**Explicación.** — Fariseos y herodianos se habían confabulado para plantear a Jesús la difícil cuestión del tributo: siguen después los saduceos con la no menos delicada de la resurrección de los muertos: ahora se juntan en consejo los fariseos y mandan uno de su gremio, escriba él, para proponerle otra cuestión, que resolverá Jesús con la misma sabiduría de siempre (34-40). A su vez, Jesús propone a los fariseos la gran cuestión de la filiación del Cristo (41-46).

EL MANDATO MÁXIMO O PRINCIPAL (34-40). — *Mas los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar a los saduceos, cerrándoles el camino a toda réplica, no sin íntima satisfacción de aquéllos, que tenían en los saduceos sus más formidables adversarios doctrinales, se mancomunaron: la envidia y la malevolencia son madres de la audacia impudente: la derrota de los contrarios debía haberlos hecho más cautos. Y uno de ellos, doctor de la Ley, del partido de los fariseos, que los había oído disputar, y visto lo bien que les había respondido, y por ellos deputado en aquel conventículo para proponer a Jesús la cuestión en que habían convenido, acercóse y le preguntó, tentándole, con intención aviesa, aunque la respuesta de Jesús le impresionó, alabando a Jesús y llegando a su vez a merecer la alabanza del Señor.*

La pregunta que el escriba hace a Jesús es capital, y capciosa al propio tiempo. Para quienes admitían 613 preceptos, 248 positivos, tantos, decían, como huesos tiene el cuerpo humano, 365 negativos, tantos como días tiene el año: y para quienes había establecidas una serie complicada de reglas para determinar la categoría, grave o leve, mayor o menor, de dichos preceptos, no era fácil una respuesta sencilla y categórica: y menos aún lo era no chocar con algunas de las preocupaciones rabínicas sobre precedencia y categoría de los preceptos. *Macstro*, le dice el escriba abordando la cuestión: *¿cuál es el gran mandamiento de la Ley, el primero de todos los mandamientos?*

*Jesús le dijo: El primero de todos los mandamientos es: ¡Oye, Israel! El Señor tu Dios es el solo Dios (Deut. 6, 4):*

*Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas* (Deut. 6, 5): el amor del israelita a su Dios debe ser sobre todos los amores, y debe invadir toda su actividad consciente. *Este es el mayor y el primer mandamiento*, el principal y el primero por la dignidad y amplitud con que comprende todos los deberes del hombre con Dios. *Y el segundo es semejante a éste*, por su dignidad y por la gravedad de los deberes que impone: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Lev. 19, 18). Son semejantes los dos mandamientos, porque una misma es la caridad con que amamos a Dios y al prójimo: porque amamos al prójimo en cuanto es imagen de Dios, como nosotros: porque ambos amores tienen un mismo objeto, que es Dios. Y debemos amar al prójimo como a nosotros mismos, con el mismo afecto, por esta misma razón de semejanza y por ser todos de Dios.

Sentadas las primeras categorías de la ley, Jesús, para redondear su pensamiento, sistematiza todo el orden moral con estas frases: *No hay otro mandamiento mayor que éstos*, por su ámbito y por su excelencia, a pesar de todas las argucias y disquisiciones de los escribas. *De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los profetas*: todo el orden moral encerrado en la revelación tiene su consistencia y fundamento en estos dos preceptos, cada uno de los cuales comprende todos los preceptos de su tabla respectiva: la plenitud de la ley es el amor (Rom. 13, 10), como es el fin de la misma ley (1 Tim. 1, 5).

Satisfecho y admirado quedó el escriba de la respuesta de Jesús: *Y díjole el escriba: Bien, Maestro; has dicho con verdad que Dios es uno solo, y no hay otro fuera de él: y que el amarle de todo corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y el amar al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios*. Difiere el sentir de este escriba del de los demás de su secta, que hacían consistir la observancia de la ley en las minucias del ritualismo. Por esto, *viendo Jesús, a su vez, que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del Reino de Dios*: has rectificado los prejuicios de



tu secta: tiene sólidos fundamentos religiosos: sólo le falta la fe en Jesús. Con esto redujo también a silencio a los fariseos, y ya *nadie osaba preguntarle*.

EL CRISTO, HIJO Y SEÑOR DE DAVID (41-46). — Los fariseos que han enviado al escriba para tentar a Jesús, se acercan curiosamente al grupo para presenciar los incidentes de la discusión. Entonces es cuando Jesús tienta recíprocamente a sus tentadores, no con su malignidad, sino para enseñarles la verdad: *Y estando reunidos los fariseos, Jesús, que enseñaba en el Templo, les preguntó, diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? Es una pregunta general, para concentrar la atención de sus oyentes en ésta, más concreta: ¿De quién es hijo? Dícenle: De David*. Era fácil la respuesta, porque eran copiosos en la Escritura los testimonios sobre la filiación davídica del Mesías, y era éste el común sentir de los contemporáneos (Ioh. 7, 42).

Pero Jesús trata de arrancar un prejuicio del espíritu de sus oyentes: creen ellos que será un simple descendiente de aquel rey, que restaurará el trono de su progenitor y arrojará a los romanos, injustos dominadores: Jesús quiere levantar su consideración a una más alta filiación: *Dícelles: Pues, ¿cómo David mismo lo llama Señor, en el libro de los Salmos, inspirado por el Espíritu Santo, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que yo haga de tus enemigos escabel de tus pies?* Demuestran las palabras de Jesús que el Salmo (109) es divinamente inspirado, que su autor es David, y que era tenido como mesiánico. En estas palabras del Salmo (v. 1) funda Jesús un argumento irrefutable: *Si, pues, el mismo David lo llama Señor, al Mesías, ¿cómo es su hijo?* Si aquel gran rey, divinamente inspirado, levantado por ello sobre toda dignidad humana, reconoce como Señor suyo a su hijo, como tal inferior a él, ¿cómo no reconocer que este hijo suyo debía tener una filiación superior a la suya por otro concepto? ¿Cómo no decir que le reconocía Dios, y no un simple dominador temporal, por glorioso que se le suponga?

No tiene réplica el argumento: *Y, por esto, nadie podía*

*responderle palabra: ni se atrevió alguno, desde aquel día, a preguntarle jamás.* Vencidos los adversarios en toda la línea, y ante el pueblo, cuando creían triunfar de Jesús, lejos de confesarle y admitir su doctrina, se retiran, miedosos de su poder, dejando el campo de las disputas doctrinales para perderle en el de la intriga política y religiosa, en que eran maestros. *Y, en cambio, la numerosa turba del pueblo oyóle con gusto, por la fuerza y verdad y gracia de su elocuencia, y por los brillantes triunfos que lograba sobre sus adversarios.*

**Lecciones morales.** — A) v. 34. — *Mas los fariseos... se mancomunaron.* — ¿Qué le importa a Jesús que se mancomunen todos sus enemigos, si con su mirada de Dios escudriña el pensamiento de todos; si conoce, mejor que ellos, la resultancia que pueda dar la malicia concentrada de todos; si Él, Autor del pensamiento y Verdad esencial, conoce todas las facetas que pueda presentar el error ante la verdad o contra ella, y la manera de resolver todas las cuestiones que puedan sentarse en cualquier campo del saber humano? La inteligencia de Jesús, en cuanto es el Verbo de Dios, es infinita; en cuanto es hombre, está directamente iluminada por los rayos de la sabiduría de Dios, que la inunda de verdad. Como callaron los saduceos, así deberán callar avergonzados los fatuos fariseos, que no han sabido medir las fuerzas de su presunto adversario. ¡Si ante Jesús han debido callar todos los sabios de todos los tiempos, aunque se mancomunen acumulando errores sobre errores, siglo tras siglo!

B) v. 36. — *¿Cuál es el gran mandamiento de la Ley...?* — Pregunta por el mayor de los mandamientos, dice el Crisóstomo, quien ni siquiera cumplía los menores: no deben preguntar o aspirar a mayor justicia sino los que han obrado ya la justicia en lo que es de menor importancia. Aunque, tratándose de preceptos que urgen gravemente todos, no debemos ser cicateros, buscando de cuál podamos excusarnos, o inventando subterfugios con que substraernos a su fuerza. La lealtad para con Dios y con nuestra conciencia reclama que miremos en un mismo nivel todo mandato que con claridad se imponga a nuestra voluntad, porque todos ellos son una manifestación y promulgación de la voluntad de Dios hecha a nuestro espíritu por nuestra propia conciencia.

c) v. 40. — *De estos dos mandamientos depende toda la Ley, y los profetas.* — Todos los preceptos del Decálogo se reducen a estos dos, decimos en el Catecismo: Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos: en el primero se encierran los mandamientos de la primera tabla: los de la segunda, en el segundo. Y de tal manera están trabados estos dos mandamientos capitales, que es solidaria su observancia, en el sentido de que, quien ama debidamente a Dios, ama asimismo al prójimo, y viceversa: y que aquel que dice amar a Dios y no ama al prójimo, miente. Hasta el punto de que San Juan dijese en su vejez a sus discípulos que el amor al prójimo era mandato de Jesús, y que si se observa, basta él solo para el cumplimiento de toda la ley.

D) vv. 41.42. — *Jesús... les preguntó, diciendo: ¿Qué os parece del Cristo?* — Pensaban ellos que Jesús era puro hombre, y por esto le tentaban: si hubiesen creído que era Dios, no le hubiesen tentado. Por ello, queriendo indicarles Jesús que conocía el engaño de su corazón y manifestarles que era Dios, ni quiso enseñarles la verdad en forma manifiesta, para que, tomando pie de la blasfemia, no se enfureciesen más: pero tampoco quiso callarla, porque había venido para anunciar la verdad. En lo que debemos ver la traza de Dios que da la iluminación a las inteligencias, acomodándose a sus necesidades y exigencias.

E) v. 44. — *Dijo el Señor a mi Señor...* — La cuestión que propone aquí Jesús a sus adversarios es la cuestión formidable de su propia divinidad. Porque David, dice San Jerónimo, llama aquí al Mesías "su Señor", no en cuanto es hijo de él, sino en cuanto es Hijo del Padre: y no le llama así por error, sino inspirado por el Espíritu Santo. ¡Cómo Jesús fijaría sus ojos en los ojos falaces de sus adversarios al hacerles la trascendental pregunta, Él, que se había presentado ante ellos como Mesías y que de ellos había requerido tantas veces el reconocimiento de su divinidad! Vencidos, quedarán mudos ante Jesús; pero, orgullosos, no querrán caer a sus pies para adorarle. Es la posición mental de muchos millares que vendrán, después de los fariseos, a tentar a Jesús.

F) v. 46. — *Y nadie podía responderle palabra...* — Porque la verdad se impone con tal fuerza al espíritu del hombre, hecho para la verdad, que por una natural exigencia debe el hombre enmudecer cuando la razón se ve abrumada de razón, si puede

hablarse así. Ésta es la gran fuerza de la verdad cristiana: los prejuicios, los errores, las invenciones, los mismos hechos de la historia, dan a veces pie a los espíritus menos rectos, o impacientes, o menos sabios, para impugnar las verdades de la fe; pero éstas definitivamente triunfan: mil veces, en el decurso de la historia, han tenido que enmudecer sus enemigos ante la fuerza abrumadora que llevan consigo.

## 166. — DISCURSO DE JESÚS CONTRA LOS FARISEOS. PRIMERA PARTE: SU AMBICIÓN E HIPOCRESÍA: Mt. 23, 1-12

(Mc. 12, 38.39; Lc. 20, 45.46)

### Evangelio del martes después de la 2.<sup>a</sup> Dominica de Cuaresma

<sup>1</sup> Entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, <sup>2</sup> diciendo en sus instrucciones: Sobre la cátedra de Moisés sentáronse los escribas y los fariseos. <sup>3</sup> Guardad, pues, y haced todo lo que os dijeren: mas no hagáis según sus obras: porque dicen, y no hacen. <sup>4</sup> Pues atan cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres: mas ni aun con su dedo las quieren mover. <sup>5</sup> Y hacen todas sus obras por ser vistos de los hombres: y así, ensanchan sus filacterias, <sup>6</sup> *gustan andar con largos hábitos*, y extienden sus franjas. <sup>7</sup> Y quieren los primeros puestos en los convites, y en las sinagogas las primeras sillas, <sup>8</sup> y los saludos en la plaza, y que los hombres los llamen Rabbi. <sup>9</sup> Mas vosotros no queráis ser llamados Rabbi: porque uno solo es vuestro Maestro, y vosotros todos sois hermanos. <sup>10</sup> Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra: porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. <sup>11</sup> Ni os llaméis maestros: porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. <sup>12</sup> El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo. <sup>13</sup> Porque el que se ensalzare, será humillado: y el que se humillare, será ensalzado.

**Explicación.** — Triunfante Jesús de toda la serie de sus soberbios enemigos, y confundida la impostura de unos hombres que, so capa de religión, oprimían y explotaban al pueblo, mientras vivían ellos en el fausto y molicie,

arremete con brío contra todos ellos, denunciando al pueblo su hipocresía y ambición, y fulminando contra ellos terribles anatemas, en un discurso que sólo Mateo nos ha conservado y del que tienen breves reminiscencias los otros dos sinópticos, Lucas (11, 39-52) tiene una serie de reproches dirigidos por el Señor contra los fariseos, semejantes a los de este discurso: lo que prueba que el Señor condenaría sus principios y conducta más de una vez. En esta primera parte del discurso, Mateo describe la

HIPOCRESÍA Y AMBICIÓN DE LOS FARISEOS. — Las turbas, que en número extraordinario habían confluído al Templo con ocasión de las fiestas de la Pascua, habían sido testigos de la petulancia y perversidad de los fariseos, de la humillación que Jesús les había causado, de la sabiduría invencible del Señor: los ánimos estaban preparados para oír la tremenda requisitoria: al pueblo, pues, y a los discípulos dirige la palabra el Maestro: *Entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, diciendo en sus instrucciones...* Empieza Jesús reconociendo la autoridad de los escribas y fariseos: ellos eran los sucesores de Moisés en la interpretación y aplicación de la ley: *Sobre la cátedra de Moisés sentáronse los escribas y los fariseos*: la metáfora está tomada de la antigua costumbre de sentarse sobre un lugar elevado los que ejercen un magisterio. La consecuencia es obvia: si su autoridad es legítima, deben observarse sus prescripciones: *Guardad, pues, y haced todo lo que os dijeren*: referíanse las leyes que del Sinedrio emanaban al culto externo de Dios, sacrificios, purificaciones, días festivos, tributos, etc. Jesús, por lo mismo, mientras oficialmente perdura la Sinagoga, quiere que el pueblo se atenga a su autoridad.

Pero otra cosa es si se trata de la conducta personal de los legisladores: ellos no cumplen según la ley, de la que son custodios e intérpretes: hay, por lo mismo, que atender a la ley, pero no imitar sus obras: *Mas no hagáis según sus obras: porque dicen, y no hacen*. A esta aserción general añade Jesús la prueba, expresiva de todo un sistema jurí-

dico: *Pues atan cargas pesadas e insoportables*, a la manera como se atan muchos objetos en haces: uno a uno son los objetos llevaderos, pero el haz es pesadísimo: *Y las ponen sobre los homeros de los hombres*: eran las mil prescripciones de detalle, con las que querían asegurar el respeto a la ley, ya de sí pesada (Act. 15, 10), pero que en junto resultaban intolerables. Contrastaba con este rigor la relajación de los fariseos y escribas legisladores, que rehuían en absoluto el cumplimiento de las leyes que promulgaban: *Mas ni aun con su dedo las quieren mover*: eran inexorables con los demás.

A la relajación y dureza, añaden los escribas la ambición e hipocresía: *Y hacen todas sus obras por ser vistos de los hombres*: y así, prueba de su vana ostentación, *ensanchan sus filacterias, gustan andar con largos hábitos y extienden sus franjas*. Eran las filacterias unas membranas o pergaminos en que se inscribían estas cuatro secciones de la ley mosaica: Ex. 13, 10; 13, 11-16; Deut. 6, 4-9; 11, 13-21: encerradas en pequeñas cajas de piel negra, se ataban, por medio de cintas, especialmente en las horas de oración, en la frente y en el brazo izquierdo: así creían cumplir el precepto del Deuteronomio (6, 8): “Las atarás (las palabras de Dios) como por señal en tu mano, y estarán y se moverán entre tus ojos”: para ostentación de su piedad, los fariseos las llevaban muy grandes. Lo mismo hacían con las franjas o fimbrias, y vistiendo túnica hasta los pies, señal de cierta preeminencia y majestad.

A esta ostentación religiosa añadían los fariseos la ambición descocada de toda suerte de preeminencias: *Y quieren los primeros puestos en los convites, y en las sinagogas las primeras sillas*, colocándose en las asambleas en los lugares más honoríficos y vistosos: *Y los saludos en la plaza*, recibiendo públicas y exageradas manifestaciones de respeto: *Y que los hombres los llamen Rabbi*: era una denominación reciente en tiempo del Señor, equivalente a “mi maestro”: la vanidad del fariseo se nutría de todas estas futilidades.

A la hipocresía y ambición de los fariseos opone Jesús

la insistente recomendación de la sinceridad y de la humildad: *Mas vosotros no queráis ser llamados Rabbi*: no que no deba haber dignatarios y titulares del magisterio, sino que no debe ponerse el afecto en los títulos por vanagloria. La razón es, porque pequeña es la sabiduría y la dignidad magistral de los hombres delante del único Maestro que posee todos los tesoros de la ciencia de Dios, que es Dios mismo, o su Cristo, *porque uno solo es vuestro Maestro*, ante quien, como hermanos, todos somos iguales: *Y vosotros todos sois hermanos*.

Como a los doctores se les llamaba también con frecuencia “padre”, y de esta paternidad espiritual estaban ufanos los fariseos, recomiéndales que no les imiten en esto tampoco: *Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra*. Y da una razón semejante a la anterior: *Porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos*, de quien viene toda paternidad, natural y sobrenatural, en el orden del cuerpo y del espíritu, porque toda filiación intelectual de Él trae origen.

Tampoco quiere que los doctores de la nueva Ley se llamen jefes espirituales, guías, maestros de maestros, como los doctores-cumbres de las dos grandes facciones o partidos doctrinales, Hillel y Schamai, en tiempo de Jesús: *Ni os llaméis maestros*. La razón es que es único el maestro que ilumina las almas, camino, verdad y vida de las inteligencias, por el magisterio externo y por el interno de la gracia: *Porque uno es vuestro Maestro, el Cristo*.

Por fin, el discípulo de Jesús debe obrar inversamente a la conducta de los fariseos: éstos quieren elevarse sobre los demás: aquéllos, aun ejerciendo autoridad o magisterio sobre los otros, deben reputarse siervos de los demás: *El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo*. De ello da Jesús una razón, que es al propio tiempo un estímulo para los humildes, una amenaza para los ambiciosos y vanos: *Porque el que se ensalzare, será humillado*: y *el que se humillare, será ensalzado*: el camino de la gloria es la humildad: el orgullo lleva a la ruina. Jesús nos dió el ejemplo de lo primero: en los fariseos vemos la realización de lo segundo.

**Lecciones morales.** — A) v. 2. — *Sobre la cátedra de Moisés sentáronse los escribas y los fariseos.* — Siéntanse sobre la cátedra de Moisés, dice Orígenes, los que se glorian de profesar su ley e interpretarla: los que no se apartan de la letra se llaman escribas: y fariseos los que añaden algo más, profesando mayor perfección que los otros. No eran malos porque se sentaran en la cátedra de Moisés, antes era ello un ministerio necesario para la custodia de la ley y el régimen del pueblo. Lo malo era que con su modo de obrar profanaban la santidad de su cátedra. Porque, dice el Crisóstomo, debe atenderse cómo alguien se sienta en su cátedra: porque no es la cátedra la que hace el sacerdote, sino el sacerdote la cátedra: no es el lugar el que santifica al hombre, sino el hombre al lugar: por lo mismo, el mal sacerdote deriva del sacerdocio no la dignidad, sino el crimen. ¡Tremenda responsabilidad la que importa el lugar que ocupamos, si es elevado y santo! Sacerdotes, padres, maestros, gobernantes, publicistas, debieran pesar el valor de estas palabras de Jesús: “Sobre la cátedra...”

B) v. 3. — *No hagáis según sus obras...* — Nada hay más miserable, dice Orígenes, que aquel doctor cuyos discípulos se salvan cuando no le siguen: se pierden cuando le imitan. Lo cual demuestra que se halla, en el orden de la vida, en el polo opuesto de la verdad. ¿Qué importa para él que enseñe la verdad, si con su vida la desmiente? No sola la verdad es la que salva, sino la verdad que informa todos los actos de la vida. Si por desdicha nuestra nos hallamos sometidos a un magisterio tal, dice el Crisóstomo, hagámoslo como acostumbramos con los frutos buenos de la tierra: cogemos los frutos y dejamos la tierra: así debemos cosechar la buena doctrina que nos da el doctor de mala vida, y dejar de lado sus perversos ejemplos.

C) v. 5. — *Y hacen todas sus obras por ser vistos de los hombres...* — De las entrañas mismas de todas las cosas nace lo que las destruye: de la madera, el gusano; del vestido, la polilla, dice el Crisóstomo. Así se empeña el diablo en corromper y destruir el ministerio de los sacerdotes, que están puestos para la edificación del pueblo, en forma que el mismo bien lleve en sus entrañas el mal. Quitad del clero este vicio, de la ostentación y vanagloria, y fácilmente se remediará todo lo demás. Atenuando este concepto del santo Obispo de Constantinopla, diremos que, gracias a Dios, no es la vanidad lo que esterilice la acción sacerdotal de nuestros días: pero sí que los ministros de



Dios deben cuanto puedan rectificar su intención e informarla del sentido y del espíritu de Jesús, para que sus obras tengan la eficacia que de ellas puede esperarse en el Señor.

D) v. 8. — *Vosotros no queráis ser llamados Rabbi...* — A fin de que, dice el Crisóstomo, no nos levantemos con una gloria que es de sólo Dios. Porque si la gloria de adoctrinar a los hombres fuese de los doctores, dondequiera que hubiese doctores, habría quienes aprendiesen la doctrina. Pero ahora no sucede así, sino que muchos se quedan sin aprender. Y es que Dios es el que da la inteligencia, no el doctor, que no hace más que ejercitarla en los que le oyen. Y siendo muy glorioso el oficio de doctor, esta consideración le da su legítimo valor, inferior al que nosotros juzgamos. Dios es siempre quien da el incremento.

E) v. 9. — *Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra...* Se entiende, atribuyéndole en absoluto la paternidad sobre nosotros. Tenemos padres según el cuerpo y según el espíritu; pero unos y otros no ejercen más que un ministerio de paternidad en nombre del Padre de nuestros cuerpos y de nuestras almas que está en los cielos, y “de quien viene toda paternidad en los cielos y en la tierra” (Eph. 3, 15). Dios es vida esencial, de quien procede toda vida: así es también Padre de quien procede toda filiación, porque de Él arranca toda paternidad. Agradecemos a nuestros padres, del cuerpo y del espíritu, cuantos beneficios de ellos recibimos, pero acostumbremos a referirlos al “Padre de las luces, Dios, de quien viene toda óptima dádiva y todo don perfecto” (Iac. 1, 17).

F) v. 11. — *El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo.* — No sólo no quiere el Señor, dice el Crisóstomo, que ambicionemos los lugares de preeminencia, sino que nos manda tener tendencia a lo contrario. Es la única manera de refrenar este afán de subir, que es innato en el hombre. Como al caballo se le hace tascar el freno y se le tira de las riendas para que no se desboque, así hemos de hacerlo con las fuerzas bajas de nuestra vida.

## 167.—SEGUNDA PARTE: LOS OCHO ANATEMAS CONTRA ESCRIBAS Y FARISEOS: Mt. 23, 13-33

(Mc. 12, 40; Lc. 20, 47)

<sup>13</sup> Mas, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el Reino de los cielos a los hombres. Pues ni vosotros entráis, ni a los que entrarían dejáis entrar. <sup>14</sup> ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que devoráis las casas de las viudas, <sup>15</sup> *con el pretexto de que estáis* haciendo largas oraciones: por eso recibiréis sentencia más rigurosa. <sup>16</sup> ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito: y después de haberlo hecho, lo hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros. <sup>17</sup> ¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: Todo el que jurare por el Templo, (esto) nada es: mas el que jurare por el oro del Templo, deudor es. <sup>18</sup> ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro, o el Templo que santifica al oro? <sup>19</sup> Y todo el que jurare por el altar, (esto) nada es: mas cualquiera que jurare por la ofrenda, que está sobre él, deudor es. <sup>20</sup> ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda, o el altar que santifica a la ofrenda? <sup>21</sup> Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él, y por todo cuanto sobre él está. <sup>22</sup> Y todo el que jura por el Templo, jura por él, y por el que mora en el mismo. <sup>23</sup> Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado sobre él. <sup>24</sup> ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que pagáis diezmos de la hierbabuena, y del eneldo, y del comino, y habéis dejado las cosas que son más importantes de la ley: la justicia, y la misericordia, y la fe. Éstas debierais observar, sin omitir aquéllas. <sup>25</sup> ¡Guías ciegos! que coláis el mosquito, y os tragáis el camello. <sup>26</sup> ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato: y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia. <sup>27</sup> ¡Fariseo ciego!, limpia primero lo interior del vaso, y del plato, para que sea limpio lo que está fuera. <sup>28</sup> ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos a los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad. <sup>29</sup> Así también vosotros, de fuera os mostráis en verdad justos a los hombres: mas de dentro estáis llenos de hipo-

cresía y de iniquidad.<sup>20</sup> ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos,<sup>20</sup> y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la muerte de los profetas.<sup>21</sup> Y así atestiguáis de vosotros mismos que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas.<sup>22</sup> Colmad, pues, vosotros la medida de vuestros padres.<sup>23</sup> ¡Serpientes! ¡raza de víboras!, ¿cómo escaparéis de la condenación al infierno?

**Explicación.** — Ya se ha indicado la coincidencia de algunos de los conceptos de este discurso con el análogo del tercer Evangelista (Lc. 11, 39 sigs.: núm. 121 y sigs.): creen algunos, entre ellos Maldonado, que se trata de un solo discurso, que los Evangelistas refieren a distintos tiempos: es más general la opinión que patrocina la diversidad de discursos: el mismo Lucas, a más del ya citado, reproduce algo de este segundo discurso pronunciado por Jesús contra los fariseos el martes de su última semana (Lc. 20, 45-47).

LOS ANATEMAS. — Algunos de ellos se hallan casi con las mismas palabras en el pasaje de Lucas ya citado, y comentados en el núm. 121. Creen algunos que todos estos anatemas deben referirse al tiempo en que los sitúa Lucas, mientras hacía Jesús camino a Jerusalén. Lo más verosímil es que, aprovechando la gran confluencia del pueblo en Jerusalén y en el Templo con motivo de la Pascua, reprodujera los terribles *vae!* en los últimos días de su vida para apartar a las gentes de la pésima dirección de aquellos malvados e hipócritas. De estas maldiciones, podríamos decir que la primera y tercera van contra la verdad de la doctrina; la segunda, cuarta y quinta, contra la verdad de la justicia; las tres últimas, contra la verdad de la vida.

PRIMERO: Se denuncia en él la funesta autoridad de escribas y fariseos sobre el pueblo: *Mas, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que cerráis el Reino de los cielos a los hombres.* El Reino de los cielos es el reino mesiánico, preparado por el Bautista y predicado por Jesús y sus discípulos: los fariseos lo cierran, metáfora tomada de

un gran salón abierto a todo el mundo, en cuanto no dejan entrar, porque condenan la doctrina de Jesús y le tachan de impostor: lo que hace queden excluidos ellos y los que les siguen: *Pues ni vosotros entráis, ni a los que entrarían dejáis entrar.*

SEGUNDO: Acusa en él su ambición de riquezas y sus fraudes: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que devoráis las casas de las viudas, con el pretexto de que estáis haciendo largas oraciones:* la mujer, débil, es fácilmente seducida por las apariencias de piedad: quien tras ella se esconde, fácilmente se apoderará de sus tesoros. Pero ello será terriblemente castigado por Dios: *por eso recibiréis sentencia más rigurosa, por despojar a las desvalidas viudas y por abusar de la religión para el engaño.*

TERCERO: Por él se nos revela el espíritu de proselitismo de los fariseos, pero que no daba frutos de justicia, sino de perdición: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito.* Un prosélito era un secuaz, un hombre conquistado para el judaísmo: los había de dos clases: los llamados “de la puerta”, quienes, dejada su idolatría, cumplían solamente los preceptos llamados de Noé, evitar la blasfemia, la idolatría, el homicidio, el latrocinio, el incesto, la manducación de sangre, etc.: y los que se decían “de justicia”, que se sometían a la circuncisión y a todos los preceptos de la ley mosaica. Tales eran los esfuerzos de conquista espiritual del pueblo judío, que había muchos millares de prosélitos en Asia y Europa. Pero Jesús condena a los fariseos, porque hacen peores a los prosélitos: *Y después de haberlo hecho, lo hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros:* ya porque juntan a sus pecados de origen los pecados de los fariseos, ya porque los discípulos suelen aventajar a los maestros en lo malo que éstos tienen.

CUARTO: Condena Jesús en este anatema la maldad de los fariseos que, llamándose guías de su pueblo, le engañan, falseando hasta la noción del juramento, último sostén de

la verdad en el orden social: *¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: Todo el que jurare por el Templo, (esto) nada es, no está obligado a cumplir el juramento: mas el que jurare por el oro del Templo, deudor es, debe cumplir lo jurado.* Creían ellos que sólo el juramento prestado en el nombre de Dios o de las cosas a él íntimamente unidas o dedicadas obligaba: y habían inventado una serie de distinciones entre los varios juramentos que les permitían resolver los casos probablemente en beneficio de su avaricia. El oro del Templo es el tesoro sagrado, vasos y utensilios, probablemente el mismo numerario que en él había en depósito para el sostén del culto: se reputaba más sagrado que el mismo Templo, porque había en éste muchas dependencias no afectas directamente al culto de Dios. Jesús los llama por ello: *¡Necios y ciegos!, por cuanto si el oro es sagrado es porque pertenece al Templo: ¿Qué es más, el oro, o el Templo que santifica al oro?* Y añade otro ejemplo, que se aclara con la misma explicación: *Y todo el que jurare por el altar, (esto) nada es: mas cualquiera que jurare por la ofrenda, que está sobre él, deudor es. ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda, o el altar que santifica a la ofrenda? Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él, y por todo cuanto sobre él está. Y todo el que jura por el Templo, jura por él, y por el que mora en el mismo.* Y añade un tercer ejemplo: *Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado sobre él.* Enseña, pues, Jesús, que el que jura por una criatura, jura por Dios, autor de la misma e íntimamente presente a ella, pues sería necedad invocar como testimonio de la verdad una criatura insensible.

QUINTO: Va este anatema contra la hipocresía religiosa de los fariseos: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que pagáis diezmos de la hierbabuena, y del eneldo, y del comino:* son hierbas aromáticas de que hacían mucho uso los judíos para condimentar manjares y aromatizar el ambiente de casas y sinagogas: la Ley (Lev. 27, 30; Deut. 14, 22) mandaba pagar el diezmo de la simiente de la tierra (el trigo) y de los frutos de los árboles: pero los fari-

seos iban más allá de lo que la Ley mandaba, pagando el diezmo de aquellas humildes hierbas: en cambio, les reprochaba Jesús: *Y habéis dejado las cosas que son más importantes de la Ley: la justicia, que manda dar a cada uno lo que se le debe; y la misericordia, que debe traducirse en obras de caridad; y la fe, la fidelidad, que condena todo fraude y mentira. Si se hace aquello, conviene no olvidar esto: Estas debierais observar, sin omitir aquéllas.* Pero tan lejos estaban de obrar así, que cumplían con escrúpulo lo insignificante, dejando de hacer lo esencial: *¡Guías ciegos!, que coláis el mosquito, y os tragáis el camello:* ambos eran animales inmundos: para no tragar ningún bicho prohibido por la ley, filtraban sus bebidas: en cambio, tragaban sin miramientos la carne de camello: es hipérbole, no realidad.

SEXTO: Es un nuevo detalle del anterior, y va contra el espíritu de falsa religión y de injusticia de los fariseos: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato:* se refiere a las minuciosas y complicadas abluciones de los utensilios de comer: *y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia,* porque coméis manjares que son fruto de vuestras injusticias, y tenéis un corazón lleno de malos deseos. *¡Fariseo ciego!,* dice Jesús singularizando, para dar más fuerza a su reproche, *limpia primero lo interior del vaso* en que bebes, *y del plato* en que comes, *para que sea limpio lo que está fuera:* en el orden moral, es lo primero la limpieza de conciencia y la pureza de intención: si lo que toca el inmundo es inmundo (Num. 19, 22), es inútil limpiéis la vajilla en que coméis el fruto del robo y del fraude.

SÉPTIMO: Tal es la maldad de los fariseos, demostrada por los ejemplos anteriores, que los fariseos, bajo ostentosas apariencias, ocultan un alma llena de corrupción, como están llenas de podre las tumbas: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados, que de fuerza parecen hermosos a los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad:* el día 10 de Adar, mes anterior al de

la Pascua, blanqueaban los judíos las tumbas, que solían estar junto a las rutas, a fin de que fuesen más visibles y no las tocasen impensadamente los viajeros. *Así también vosotros, de fuera os mostráis en verdad justos a los hombres: mas de dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.*

OCTAVO: Condénase en él el celo hipócrita que manifiestan los fariseos honrando a sus santos antepasados mártires, mientras de hecho se dan la mano con sus verdugos: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, se trata de construcciones de mausoleos nuevos o de reparaciones de los antiguos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la muerte de los profetas, sino que nos hubiésemos puesto al lado de los profetas y santos, injustamente perseguidos y muertos: Y así, con vuestra conducta que tanto dista de las enseñanzas y ejemplos de aquellos hombres virtuosos, atestiguáis de vosotros mismos, llamando vuestro padres a sus matadores, que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas, informados de su mismo espíritu de injusticia y maldad. Y sigue diciéndoles Jesús, lleno de santa indignación: Colmad, pues, vosotros la medida de vuestros padres: lo que ellos no pudieron hacer, cumplidlo vosotros, dando muerte al Mesías: ellos mataron a los profetas: matad vosotros al que fué por los profetas anunciado, ya que así lo habéis decretado.*

Termina Jesús con un vibrante apóstrofe: *¡Serpientes! ¡raza de víboras!,* dañinos reptiles, dignos hijos de quienes os engendraron, si vais a colmar la medida de vuestra iniquidad dándome la muerte, y estos mis anatemas no harán sino endureceros en vuestro propósito, *¿cómo escaparéis de la condenación al infierno?*, esto es, no podréis evitar el tremendo juicio que os condenará al infierno.

**Lecciones morales.** — A) v. 13. — *Ni vosotros entráis, ni a los que entrarían dejáis entrar.* — Abren el Reino de los cielos los que viven bien y enseñan bien, dice Orígenes: los cuales,

mientras entran ellos, empujan a los demás a que entren. Pero hay muchos que no permiten entrar en el Reino de los cielos a los que quieren entrar, como son aquellos que, siendo pastores, repelen con inmoderada violencia a los que se acercan a ellos para adoctrinarse, o bien presumen ejercer un ministerio para el que no están preparados, defraudando a quienes confían en sus enseñanzas.

B) v. 14. — *¡Ay de vosotros...!, que devoráis las casas de las viudas...* — Son incautas las mujeres, dice el Crisóstomo, porque no pesan con la razón aquello que ven u oyen: son también débiles, y fácilmente se inclinan del bien al mal, y del mal al bien. Pero los hombres son más cautos y recios: por ello, so capa de religión, suelen hacer buenos negocios con las mujeres, que fácilmente se inclinan a ellos por las apariencias de religión. Y ocurre esto más con las viudas: primero, porque la casada no deja engañarse fácilmente, porque tiene por consejero al marido: y luego, porque, estando bajo la potestad marital, le cuesta más de dar de su hacienda. Por ello el Señor, al tiempo que confunde a los fariseos, enseña a los cristianos a no tratar más con las viudas que con las otras: porque aunque no sea mala la voluntad, lo es la sospecha.

C) v. 15. — *Recorréis el mar y la tierra para hacer un prosélito...* — El proselitismo para la verdad y el bien es una gran virtud; el de la mentira y el pecado es un mal gravísimo para la sociedad. El primero es el ejercicio de un apostolado santo; el segundo, una colaboración decidida en la obra de perdición del demonio, "homicida desde el principio" (Ioh. 8, 44). Por el primero se hacen las almas buenas; por el segundo, como dice aquí Jesús, suelen hacerse los prosélitos dos veces más dignos del infierno que los que los conquistaron para el error y el mal: porque al mal que aprendieron del falso apóstol suelen añadir el que les sugiere su propia perversidad. Toda la historia del cristianismo, con todas sus glorias y grandezas, se debe al proselitismo del bien, porque nuestra religión se propaga por el apostolado (Rom. 10, 17): toda la historia de la mentira, del error, de las herejías, de las grandes prevaricaciones de la moral en el orden social, se deben al proselitismo del mal. Si somos llamados al ejercicio del apostolado, en el orden particular o en el autorizado y oficial de la Iglesia, esforcémonos en hacer prosélitos de la verdad y del bien, y hagamos cuanto podamos para matar el proselitismo del mal.



D) v. 23. — *Pagáis diezmos de la hierbabuena, y del eneldo...* Invertían los términos de su misión y oficio, dice el Crisóstomo. Sacerdotes, debían dar al pueblo las cosas de Dios, la verdad, la santidad, la justicia, el ejemplo; en cambio, Dios había proveído para su sustento, para que estuviesen despreocupados de las cosas de la tierra, ordenando el pago del diezmo de los comestibles. Pero se corrompieron, por cuanto, llevados de la avaricia, exigieron el diezmo hasta de las cosas insignificantes; y, olvidados de su misión, no les dieron a sus subordinados las cosas de Dios, más grandes que todas las riquezas de la tierra. Es decir, vendieron lo santo por un puñado de lentejas; vinieron a prevaricar hollando la santidad de que eran representantes y haciéndose reos de repugnantes codicias. Es la avaricia mal gravísimo para el sacerdote.

E) v. 25. — *¡Ay de vosotros...!, que limpiáis lo de fuera del vaso...* — Nos enseña Jesús con estas palabras que trabajemos para ser justos, no sólo parecerlo: porque el que trabaja para parecer justo, éste es el que limpia por de fuera el vaso: y el que procura que sea limpio su interior, pensamientos y conciencia, es consiguiente que sea también limpio según lo que de fuera aparece. Y todos los falsos maestros son como vasos limpios de fuera, en cuanto simulan religión, o ciencia, pero interiormente están llenos de rapiña, porque roban a Dios las almas de aquellos a quienes pervierten con sus doctrinas.

F) v. 29. — *¡Ay de vosotros...!, que edificáis los sepulcros de los profetas...* — Si juntamente con las obras buenas levanta el hombre edificios santos, añade bien al bien: pero si lo hace sin hacer buenas obras, no es ello sino pasión de vanagloria. Porque no se alegran los mártires y santos cuando se les honra con los dineros, por cuya carencia los pobres lloran, dice el Crisóstomo. Esto nos enseña que el bien fundamental es el bien personal, la virtud legítima, no las buenas obras de simple carácter externo. Y nos enseña con cuánta prudencia debemos invertir nuestros caudales en el bien, que también en ello hay jerarquías. Antes que la suntuosidad está la caridad.

G) v. 33. — *¡Serpientes! ¡rasa de víboras!...* — Tal vez no se halle en todo el Evangelio un apóstrofe tan terrible como el que se encierra en estas palabras. Cara a cara, con santa indignación, delante del pueblo, Jesús lanza contra los hipócritas santones de Israel estas frases formidables. Es que para Dios no hay nada más aborrecible que vestirse de la justicia para come-

ter a mansalva la injusticia. Ni le duele nada tanto como el que se trueque el oficio sacerdotal, que es sagrado en sí y que debe ser obrador de santidad en el mundo, en ministerio de maldad. Son los tales serpientes dignos descendientes de la vieja serpiente que en el paraíso corrompió la obra de Dios; raza de víboras que dejan su ponzoña donde muerden. No podrán escapar del juicio de Dios y del infierno, porque Dios es especial vengador de los agravios que se hacen a los ministerios sagrados y a las cosas santas que ha puesto en el mundo para que el mundo se acerque a Él.

### 168. — TERCERA PARTE: AMENAZAS DE JESÚS LA RUINA DE JERUSALÉN: Mt. 23, 34-39

#### **Evangelio de la Misa de San Esteban Protomártir**

“ Por esto, he aquí que yo envío a vosotros profetas, y sabios, y doctores, y de ellos mataréis a unos, crucificaréis a otros, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad: “ para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el templo y el altar. “ En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generación.

“ ¡Jerusalén! ¡Jerusaién!, que matas a los profetas, y apedreas a aquellos que a ti son enviados, ¿cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste? “ He aquí que os quedará desierta vuestra casa. “ Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

**Explicación.** — Jesús ha indicado en la primera parte cuáles sean los fariseos: en la segunda, ha fulminado contra ellos sus anatemas: en esta última profiere tres profecías: la futura conducta de los fariseos con los enviados de Jesús (34-36): la ruina de Jerusalén (37.38): se indica la conversión de algunos judíos (v. 29).

AMENAZAS DE JESÚS (34-36). — Ha dicho el Señor a los fariseos que nadie les librará del juicio que les acarreará

el infierno: *Por esto*, para que llegue al colmo vuestra iniquidad, y sea más justificada aún mi condenación, *he aquí que yo envío*, vendrá un día en que enviaré, *a vosotros profetas, y sabios, y doctores*: enviar profetas es propio de Dios: Jesús indica aquí su naturaleza divina: los distintos nombres de los enviados de Jesús indican las distintas funciones de sus discípulos en cuanto recibirán diversas gracias del Espíritu Santo, unos dirán los oráculos divinos, otros interpretarán, otros enseñarán (Cf. 1 Cor. 12 sigs.; Eph. 4, 11).

Jesús enviará a sus legados: pero los judíos los matarán: *Y de ellos mataréis a unos, crucificaréis a otros, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad*. Todo ello se realizó en los primeros tiempos del cristianismo, como se lee en los escritos apostólicos (Act. 5, 40.41; 7, 54 sigs.; 12, 1; 13, 45; 2 Cor. 11, 24; Gal. 4, 29, etc.). Ello será causa de las sanciones tremendas con que castigará Jesús sus crímenes: *Para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra*: la sangre derramada y no absorbida aún por la tierra, no borrada, clama venganza contra el que la derramó, porque es como la manifestación y continuación del crimen (Cf. Job 16, 19; Ez. 24, 7). Ellos tienen sobre sus cabezas acumulada toda la sangre de los justos: *Desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el templo y el altar*. De consiguiente, el crimen que Jesús condena es un verdadero crimen de raza, un pecado nacional: hasta en el orden histórico tienen las culpas de tradición sus sanciones, mayormente si los hijos han seguido las pisadas de sus antepasados: todos los crímenes de la raza judía pesarán sobre la generación actual, porque ha llegado la hora de la divina venganza: *En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generación*.

LA RUINA DE JERUSALÉN (37.38). — En este momento, Jesús aparta su consideración del crimen de los judíos para dirigir un sentidísimo apóstrofe a la ciudad, de él tan querida, tan privilegiada de parte de Dios, y que va a ser víc-

tima, como capital de la nación, del gran pecado de la raza: *¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas, y apedreas a aquellos que a ti son enviados*: duplica el nombre de la ciudad, en señal de tierno amor y compasión: habla en presente, para significar un hábito en la conducta de Jerusalén con los profetas. Y en imagen bellísima, concreta Jesús sus esfuerzos reiterados en pro de la ciudad: *¿Cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste?*

*He aquí*, añade Jesús, como si tuviese ante sus ojos el tremendo espectáculo, *que os quedará desierta vuestra casa*. La casa es la ciudad: casa comunal de todo el pueblo judío, que socialmente será castigado con la destrucción de la metrópoli gloriosa.

Anuncia, por fin, el Señor el término de su misión, que es inminente: es el martes de la semana de la Pascua judía; el viernes morirá en cruz, a manos de aquel pueblo: *Porque os digo que desde ahora, cuando por mi muerte desaparezca de entre vosotros, no me veréis*. Con todo, deja un portillo abierto a la esperanza: muchos judíos le verán; en el decurso de la historia, principalmente al fin del mundo (Rom. 11, 25 sigs.), haciendo para con ellos los oficios de Salvador, a condición de que lo reconozcan como Mesías, enviado de Dios: *Hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor*.

**Lecciones morales.** — A) v. 34. — *He aquí que yo envío a vosotros profetas...* — Jamás faltaron en la Iglesia de Jesucristo hombres llenos del Espíritu Santo, que ejercieran, sobre todas las generaciones, los múltiples ministerios que para la edificación del cuerpo místico de Cristo se requieren, según la multiforme gracia de Dios. Quizás sea ello una de las notas específicas de nuestra religión santísima, y es desde luego una señal de la especialísima providencia de Dios sobre la vida de la Iglesia. Por desgracia, no siempre los heraldos de Cristo son tenidos en el honor debido, antes sufren crueles persecuciones. Hagamos nosotros cuanto podamos para que sea fecunda su misión.

B) v. 35. — *Para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente...* — Dios es el vengador acérrimo de toda injuria que a

sus enviados se hace. Quien toca a sus enviados, toca la pupila de sus ojos (Zach. 2, 8); y no se puede tocar malignamente a Jesús, el Enviado por antonomasia, sin que este contacto acarree tremendas sanciones: como no se le puede tocar con fe y con amor, sin que de él deriven torrentes de bendiciones. Por esto debe horrorizarnos siempre todo crimen cometido contra la religión, templos, personas, funciones sagradas: si estos crímenes son de carácter social, jamás Dios los deja impunes, ya en esta vida.

C) v. 37. — *¡Jerusalén! ¡Jerusalén!...* — La suerte de Jerusalén estaba echada: Jesús no debía perdonarla: vendrá sobre la ciudad, que pronto será deicida, el castigo más terrible que la historia registra. Para nosotros no es así. Crímenes horribles se han cometido contra Él, en el orden personal y social. Blasfemias que no cesan, profanaciones, sacrilegios, injurias a su verdad, desprecio de su santidad. ¡Y Él extiende aún sobre nosotros sus alas, como la gallina, para que los milanos del infierno no nos destruyan, desencadenando sobre nosotros sus furias! Acojámonos a la misericordia de Jesús y a la sombra de sus alas.

D) v. 38. — *Os quedará desierta vuestra casa.* — Retirá Dios su protección, y vendrá la ruina total. Es, dice el Crisóstomo, la imagen de lo que en nosotros sucede cuando nos abandona, porque le expulsamos, el Espíritu de Dios. Así como cuando el alma deja al cuerpo, se enfría éste y luego se resuelve por la putrefacción, así nuestro templo espiritual, cuando queda vacío de Dios, empieza por enfriarse, viene la discordia interior y la indisciplina de las pasiones, hasta que se consuma su completa ruina.

E) v. 39. — *No me veréis, hasta que digáis...* — Después de los terribles anatemas que ha pronunciado Jesús contra sus enemigos, en que les ha hecho ver sus crímenes enormes y les ha enseñado abiertas las fauces del infierno, que se los tragará sin remedio, aun abre sus brazos para esperar a quienes se arrepientan. Es la eterna política de Dios en su trato con el hombre: Hasta "cuando se aira no se olvida de la misericordia" (Hab. 3, 2). Toda la historia de la revelación podríamos compendiarla en estas dos palabras: miseria del hombre y misericordia de Dios.

## 169. — EL ÓBOLO DE LA VIUDA: Mc. 12, 41-44

(Lc. 21, 1-4)

“Y estando Jesús sentado frente al arca de las ofrendas, contemplaba cómo echaban las gentes el dinero en el arca: y muchos ricos echaban mucho.” Y vino una pobre viuda, y echó dos pequeñas piezas <sup>1</sup> *de cobre*, del valor de un cuadrante: “y llamando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que más echó esta pobre viuda que todos los que echaron en el arca. “Porque todos <sup>1</sup> *éstos* han echado, <sup>1</sup> *en ofrenda a Dios*, de aquello que les sobraba: mas ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, <sup>1</sup> *de lo que ella había menester*, todo su sustento.

**Explicación.**— El discurso anterior lo había pronunciado Jesús probablemente en el atrio de las mujeres, así llamado, no porque sólo las mujeres podían entrar en él, sino porque no podían pasar de allí: denominación equivalente tenía el atrio de los gentiles. En el de las mujeres había un lugar llamado gazofilacio, o lugar del tesoro, y en él estaban dispuestas trece arquillas o troncos en que se recibían las ofrendas en metálico destinadas al Templo: tenían las bocas, por donde se echaban las monedas, dilatadas en forma de pabellón de trompeta, y con este nombre se las llamaba: como también se las denominaba “gazofilacio”, del destino que tenían y del lugar en que se hallaban (v. 41). De una pequeña escena que en el gazofilacio ocurre, saca Jesús bellísima lección, que contrasta con los anatemas que acaba de pronunciar contra los fariseos.

*Y estando Jesús sentado frente al arca de las ofrendas, o gazofilacio, contemplaba cómo echaban las gentes el dinero en el arca.* Había enorme concurrencia en el templo, por razón de los días pascuales, y eran numerosos los donantes, venidos de toda región. *Y muchos ricos echaban mucho*, sin duda con ostentación vanidosa (Cf. Mt. 6, 2). Los ricos eran muchos y daban mucho: viene ahora el contraste: *Y vino una pobre viuda*, sola, viuda y pobre, tres calamidades

para una mujer, y echó dos pequeñas piezas de cobre, del valor de un cuadrante: era la moneda griega más pequeña en circulación entre los judíos: el valor de las dos importaba poco más de un céntimo (1,35 céntimos).

Pudo parecerles a los concurrentes, y más a los ricos, cosa despreciable la ofrenda de la viuda. No así a Jesús, que saca de ello una elocuente lección: *Y llamando a sus discípulos, como cosa importante que era la que iba a enseñarles, les dijo: En verdad os digo, que más echó esta pobre viuda que todos los que echaron en el arca*, se entiende relativamente, como aparece de la explicación que da Jesús de su paradoja: *Porque todos éstos han echado, en ofrenda a Dios, de aquello que les sobraba: mas ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, de lo que ella había menester, todo su sustento*. No mira, pues, Jesús, lo que se da, sino de lo que se da y cómo se da. Y en esto aparece otra vez la naturaleza del reino mesiánico: nadie hizo caso de la pobre viuda: tendrían muchas palabras de admiración para la generosidad de los ricos: sólo Jesús se fija en la caritativa mujer, para concretar en su ejemplo una profunda lección de humildad y caridad.

**Lecciones morales.** — A) v. 41. — *Jesús... contemplaba cómo echaban las gentes el dinero en el arca...* — Dios fiscaliza hasta nuestras acciones buenas, alabando y premiando lo que ellas tienen de bueno o mejor, reprobando lo que pudiera adherirseles del polvo de la defectuosa intención, de la elevación del motivo, de la largueza del don en este caso, etc. Sentado ante nosotros deberíamos representarnos a Jesús, mirando cómo echamos en el gazofilacio o tesoro de nuestras buenas obras las que ejecutamos a medida que vivimos: la presencia de Jesús ante nosotros sería estímulo para que diéramos cuanto podamos y del máximo valor intrínseco que podamos.

B) v. 41. — *Y muchos ricos echaban mucho.* — Si echaban mucho y bien, de gran valor eran sus ofrendas: si echaban mucho con intención vana, ésta neutralizaba, si no es que la hacía mala, el valor de la obra buena. Debemos entender esto, no sólo de las limosnas u ofrendas que podamos brindar a Dios o a su culto o a sus pobres, sino de toda acción, pues todas las acciones son parte de las riquezas que nos haya dado Dios en el

orden total de la vida. Así, dice San Jerónimo, son los ricos los que del tesoro de su corazón sacan las riquezas nuevas y antiguas, que son las verdades del nuevo y viejo Testamento: yo, sigue el santo, soy la pobre viuda que os doy todo lo que puedo de mi pobre ciencia, porque mira Dios, no lo que se da, sino de lo que se da y cómo se da.

c) v. 43. — *Más echó esta pobre viuda que todos...* — No pesa Dios el oro, dice San Beda, sino la conciencia. Y la conciencia de esta pobre viuda debió quedar llena de la bendición de Dios, al caer de las dadivosas manos el único recurso que tenía para su sostén. Poco era para vivir cantidad tan insignificante, pero el texto griego llama a estas dos monedas de la viuda "su vida". Hay una equivalencia entre lo que tenemos para vivir y nuestra vida: porque vivimos de lo que tenemos para nutrirla. ¿Qué más podía dar la pobre viuda, cuando dió lo único que tenía para vivir? ¿No merecía esta acción tener por panegirista al mismo Hijo de Dios?

d) v. 44. — *Todos éstos han echado... de aquello que les sobraba...* — De lo que nos sobra damos a Dios, de quien nos viene no sólo lo sobrante, sino lo que necesitamos para vivir. Y ¡ojalá que le diéramos de lo que nos sobra! Los templos, el culto, los pobres, las obras sociales, la prensa católica, todo tendría vida pletórica si los católicos dieran no más que un poco de lo que sobra. Pero somos egoístas: y preferimos echar lo que nos sobra en nuestro gazofilacio, en nuestras gavetas, aumentando nuestra posesión, en forma de haciendas, alhajas, valores cotizables, vestidos y muebles suntuosos, espectáculos profanos, etc., antes que echarlo en el gazofilacio de Dios y de sus pobres. ¡Hay muchos más ricos fariseos que pobres viudas entre los discípulos de Cristo pobre!

e) v. 44. — *Echó todo lo que tenía, todo su sustento.* — Jesús, en frase ponderativa, describe el gran desprendimiento de aquella pobre mujer. Ha dado aquello sin lo cual no puede vivir: es decir, ha dado algo equivalente a su propia vida. Pero lo ha dado por Dios. Es un acto sublime del culto que la criatura debe a su Dios; es una especie de sacrificio por el cual la buenísima viuda destruye para sí y en protesta del supremo dominio de Dios, algo que necesita para sí. ¡Feliz mujer, dentro su miseria! Dios recompensará esta pobre dádiva con grandes dones: el perdón de sus pecados, el amor de Dios, la protección del cielo, la vida eterna.



## 170. — UNOS GENTILES DESEAN VER A JESÚS DISCURSO DEL SEÑOR: IOH. 12, 20-36

**Evangelio de la Exaltación de la Santa Cruz (vv. 31-36),  
del sábado de Pasión (vv. 10-36, vide núm. 155-157)  
y del Común de Mártires (vv. 24-26).**

<sup>20</sup> Y había allí algunos gentiles de aquellos que habían subido a adorar en el día de la fiesta. <sup>21</sup> Éstos, pues, se llegaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. <sup>22</sup> Vino Felipe, y lo dijo a Andrés: y Andrés y Felipe lo dijeron a Jesús.

<sup>23</sup> Y Jesús les respondió, diciendo: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. <sup>24</sup> En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda: mas si muere, mucho fruto produce. <sup>25</sup> Quien ama su alma, la perderá: y quien aborrece su alma en este mundo, para la vida eterna la guarda. <sup>26</sup> Si alguno me sirve, sígame: y en donde yo estoy, allí también estará mi servidor. Y si alguno me sirviere, le honrará mi Padre.

<sup>27</sup> Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas, por eso he venido a esta hora. <sup>28</sup> Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo, que dijo: Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré. <sup>29</sup> Las gentes que estaban allí, cuando oyeron la voz, decían que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. <sup>30</sup> Respondió Jesús, y dijo: No ha venido esta voz por mí, sino por vosotros. <sup>31</sup> Ahora es el juicio del mundo: ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. <sup>32</sup> Y si yo fuere alzado sobre la tierra, todo lo atraeré a mí mismo.

<sup>33</sup> Y decía esto, para mostrar de qué muerte había de morir. <sup>34</sup> Y la gente le respondió: Nosotros sabemos por la ley que el Cristo permanece para siempre. Pues, ¿cómo dices tú: Conviene que sea levantado en alto el Hijo del hombre? ¿Quién es este Hijo del hombre? <sup>35</sup> Jesús les dijo: Aun por un poco de tiempo la luz está con vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas: que quien anda en tinieblas, no sabe adónde va. <sup>36</sup> Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz. Esto dijo Jesús: y se fué, y se escondió de ellos.

**Explicación.** — Sólo San Juan narra este episodio, el último del ministerio público de Jesús. Ocurre el mismo martes: después de este hecho y el discurso que le sigue, Jesús saldrá del templo para no volver más a él. Dejará la ciudad para regresar dos días después, para celebrar la Cena pascual, con los hechos que le siguieron.

PETICIÓN DE UNOS PROSÉLITOS PAGANOS (20-23). — *Y había allí*, en el Templo, probablemente en el atrio de los gentiles, que atravesaría Jesús al querer salir del Templo, *algunos gentiles de aquellos que habían subido a adorar en el día de la fiesta*. Por lo mismo, habían subido a adorar al Dios verdadero, y ofrecerle los sacrificios especiales que se consentían a los gentiles y que no importaban comunión con el pueblo de Dios. Los armenios creen que eran enviados de Abgar, rey de Edesa: pero no es ello probable, por más que críticos de nota hayan concedido valor histórico a las cartas que envió dicho rey a Jesús: si hubiesen sido enviados de aquel rey, no lo hubiese callado el Evangelista, tan minucioso en este pequeño relato. Más probable es que se tratara de prosélitos.

*Éstos, pues, se llegaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea*: se llegan a Felipe porque sería el primero que encontraron, no pudiéndose atribuir a una razón especial: *Y le rogaban, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús*: le piden les sirva de intermediario para presentarles a Jesús y rendirle sus homenajes. *Vino Felipe, y lo dijo a Andrés*, por ser el más antiguo de los discípulos, o el más familiar de Jesús y como el mayor de todos: *Y Andrés y Felipe lo dijeron a Jesús*. Esta minuciosidad de detalle es prueba indudable de la autenticidad e historicidad del cuarto Evangelio. No consta del Evangelio si lograron los gentiles su objeto. Ello fué causa del siguiente

DISCURSO DE JESÚS: ANUNCIA SU MUERTE (23-26). — La presencia de aquellos paganos evoca en el alma de Jesús el pensamiento de su misión universal: la defección de los judíos no será obstáculo a la glorificación del Señor: soli-

citado el Evangelista por la importancia de las ideas que emite Jesús en aquel momento, no habla ya más de los gentiles que le pidieron audiencia: *Y Jesús les respondió, diciendo: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre:* es la hora de su muerte, condición y comienzo de su gloria (Lc. 24, 26): los milagros en ella ocurridos fueron magnífico testimonio de la divinidad de Jesús: a más, ella es el gaje de la salvación y santificación del mundo: ella es el punto inicial de la predicación del nombre de Jesús a las naciones.

Pero antes de la glorificación es preciso pasar por la tortura y la humillación: lo que propone Jesús con un símil, exacto y profundo: *En verdad, en verdad os digo, fórmula de aserción solemne, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo queda: mas si muriere, mucho fruto produce:* el grano de trigo que no se esconde en el seno de la tierra y no se corrompe, no da fruto: de un solo grano que se siembra nace lozana espiga, con muchos granos. Jesús es el grano que ha de morir y ser sepultado: sin que haga presa en él la corrupción, su muerte será germen fecundo de vida, para él y para los que crean en él: toda la vida sobrenatural de los hombres, toda la gloria que en el cielo disfrutan, de la muerte de Jesús arranca.

De la muerte que va a sufrir, pasa Jesús a la mortificación, y si es preciso, a la misma muerte de sus discípulos: quien quiera participar de su gloria, debe ser partícipe de su pasión: quien quiere la vida eterna, no debe temer la muerte temporal: *Quien ama su alma, la perderá: y quien aborrece su alma en este mundo, para la vida eterna la guarda.* Este seguimiento de Jesús, hasta la muerte si él la reclamare, es condición indispensable en aquellos que se ponen a su servicio: *Si alguno me sirve, sígame, imíteme:* no podrá servirme debidamente quien no pueda seguir mis pisadas. En cambio, el premio será, en la proporción debida, el mismo que él goza: *Y en donde yo estoy, allí también estará mi servidor:* él está en el cielo (Ioh. 3, 13), en el seno del Padre (Ioh. 1, 18): allí gozará, quien le siga, de su compañía inefable. El mismo Padre de Jesús, que es el que

da el reino celestial (Lc. 12, 32), honrará a los que siguieren a su Hijo, dándoles la gloria bienaventurada: *Y si alguno me sirviere, le honrará mi Padre.*

**TURBACIÓN Y GLOSIFICACIÓN DE JESÚS (27-32).** — La aprehensión de la muerte dolorosísima y llena de afrenta que le aguardaba había ya turbado el alma de Jesús en otras ocasiones (Lc. 12, 50; Ioh. 11, 33.38): dentro de dos días la acongojará en Getsemaní en forma terrible e insólita. También en este momento, en que habla de ella y la ve cercana, se turba el alma santísima de Cristo, y dice: *Ahora mi alma está turbada*: es la pasión del temor sensible y de la tristeza que, sin perturbar la razón, antes con pleno conocimiento y voluntad, invaden el alma en su parte emocional. *Y ¿qué diré?*, exclama Jesús, ¿qué socorro invocaré?, como suelen hacerlo los que se hallan en inminente peligro de morir. La respuesta es análoga a la de Getsemaní: *Padre, sálvame de esta hora*, librame de la muerte, pasa de mí este cáliz: es la voz de la pasión. Pero se sobrepone en seguida la parte superior del espíritu, y dice, a semejanza de lo que dirá en el huerto: *Mas, por eso*, para sufrir pasión y morir, *he venido con voluntad deliberada a esta hora*, aceptando la que me tienes señalada. Y añade esta breve plegaria, que ya no es hija del temor, sino de la razón y de la libertad: *Padre, glorifica tu nombre*: aunque yo sé que para que sea glorificado he de sufrir tormentos y muerte: de ellos depende la redención, la predicación del Evangelio, la institución del Reino de Dios en el mundo.

*Entonces* ocurrió un suceso maravilloso: *vino una voz del cielo, que dijo: Ya lo he glorificado, mi nombre, y otra vez lo glorificaré.* Es la voz del Padre, que, como se dejó oír a orillas del Jordán, cuando el bautismo de Jesús, al inaugurar su ministerio público, así se deja oír ahora, cuando está para terminarlo. Se dice voz del cielo, porque se oyó en la región superior del aire. La voz "dijo", y por lo mismo fué una locución clara de un concepto: el de la glorificación del nombre del Padre, que ya había tenido lugar por la predicación y milagros de Jesús, y principalmente por su santi-

alma vida, y que se renovará en los misterios posteriores de su vida, su resurrección y ascensión, la misión del Espíritu Santo y la predicación del Evangelio en todo el mundo, con toda la gloria que consigo lleva en la historia.

Pero *las gentes que estaban allí*, muchas de ellas distraídas, ocupadas en otros negocios, en medio del murmullo confuso de las multitudes, cuando oyeron la voz, decían que *habla sido un trueno*, tan recia fué la voz, aunque no percibieron sino un ruido confuso. Otros, que habían oído distintamente las palabras, decían: *Un ángel le ha hablado*, como solían los ángeles hablar a los profetas en el Antiguo Testamento (Gen. 16, 9; 21, 17; 22, 11; Num. 22, 32; Jud. 2, 1, etc). A éstos, que habían entendido los conceptos expresados por la voz, respondió Jesús, y dijo: *No ha venido esta voz por mí*, para decirme lo que yo ya sabía en virtud de mis relaciones con el Padre, *sino por vosotros*, para que no podáis negaros a creer en mí en virtud de este testimonio del cielo.

Explicado el sentido de esta voz milagrosa, Jesús se para un momento en la visión de la trascendencia de aquella hora: *Ahora*, dice con énfasis que revela la próxima repetición del mismo adverbio, *es el juicio del mundo*, la crisis del mal, por decirlo así: porque es la hora de mi victoria sobre el inundo: porque lo es de mi victoria sobre Satanás, cuyo espíritu informa al mundo: *Ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo* (Gen. 3, 15; Hebr. 2, 14; Col. 2, 15; Rom. 16, 20): lo será por derecho en la hora de mi muerte: de hecho, lo será en la perduración de los siglos. A esta victoria sobre el espíritu infernal, seguirá el levantamiento triunfal de todas las cosas con el propio levantamiento de Jesús: *Y si yo fuere alzado sobre la tierra*, cuando seré clavado en la cruz y alzado en ella, *todo lo atraeré a mí mismo*: hombres, instituciones, leyes, costumbres, todo lo atraerá Jesús hacia sí, como él es atraído por el Padre (Ioh. 6 44): así todo será acercado a Dios, de cuyas alturas había todo caído.

RESPONDE JESÚS A UNA OBJECIÓN DE LAS TURBAS (33-36).  
Jesús se había referido claramente al género de muerte que le aguardaba: el Evangelista, probable testigo de la conversa-

ción de Jesús con Nicodemo, en que había hecho el Señor alusión análoga (Ioh. 3, 14), interpreta el pensamiento del Maestro, añadiendo a sus palabras esta explicación personal: *Y decía esto, para mostrar de qué muerte había de morir.* Pero las turbas, imbuídas del prejuicio de que el reino de David había de perdurar para siempre, no conciben cómo Jesús, que se predica a sí mismo Hijo del hombre y Mesías, contradiga el testimonio de las Escrituras, que hablan de una duración indefinida del futuro reino mesiánico: *Y la gente le respondió: Nosotros sabemos por la ley, leída en los oficios sabáticos de la sinagoga, que el Cristo permanece para siempre* (Cf. 2 Reg. 7, 16; Ps. 109, 4; Jer. 33, 17, etc.): *Pues, ¿cómo dices tú: Conviene que sea levantado en alto el Hijo del hombre, lo cual supone que dejarás la tierra? ¿Quién es este Hijo del hombre, expresión maligna y desdeñosa? ¿Qué viene a ser este Mesías que tú predicas contra la ley? Jesús,* que no suele responder directamente a esta especie de preguntas, sino que da a la respuesta un giro moral, más provechoso a los oyentes, *les dijo: Aún por un poco de tiempo la luz está con vosotros: alude a sí mismo, que es la Luz por antonomasia* (Ioh. 3, 19; 8, 12), y a la de sus legados, que estarán entre ellos predicando por algún tiempo. Les exhorta a que aprovechen este escaso tiempo de luz que les resta para ir a Dios, creyendo en su Mesías: *Caminad mientras tenéis luz.* Si se apaga la luz, vienen las tinieblas, que cierran el paso a todo camino: si no la aprovechan, no tendrán ya lugar a salvación: *Para que no os sorprendan las tinieblas: que quien anda en tinieblas, no sabe adónde va.* E insiste Jesús en este grave y fundamental pensamiento: *Mientras tenéis luz, creed en la luz: mientras os hago la gracia de mi presencia y de la de mis legados, aprovechadla, creyendo en mí.* Si así lo hacéis, tendréis íntima participación de mi luz, hasta el punto de poderos llamar hijos de la luz: *Para que seáis hijos de la luz.* La fe es luz (2 Cor. 4, 6); quien vive según la fe, anda por camino de luz, es semejante a la Luz, Jesús, y gozará en su luz la bienaventuranza de la luz eterna.

Y con este pensamiento tan profundo, tan "cristiano"

si así puede decirse, termina Jesús su ministerio público: *Esto dijo Jesús: y se fué*, como todos aquellos días, a Betania, por la noche (Mt. 21, 17; Mc. 11, 11), que pasaba también en el Monte de los Olivos, probablemente orando (Lc. 21, 37): *Y se escondió de ellos*. El epílogo que se comenta en el siguiente número es un sumario de la predicación de Jesús y sus efectos, que formula el Evangelista. Los números siguientes contienen enseñanzas dadas aquel mismo día por Jesús en conversación particular con sus Apóstoles.

**Lecciones morales.** — A) v. 21. — *Queremos ver a Jesús.* — He aquí, dice San Agustín, que los gentiles quieren ver a Jesús, y los judíos quieren matarlo. Pero también eran judíos los que poco antes decían: “Bendito el que viene en el nombre del Señor.” Unos vienen del prepucio, otros, de la circuncisión, como dos paredes que vienen de partes opuestas y que se juntan en el ósculo de la fe en Cristo. Viene en ello representada la universalidad de la redención, la justicia de Dios, que no es aceptador de personas, y especialmente, la fortísima y dulcísima atracción de la persona y de la palabra de Jesús, imán del mundo, que ha aglutinado a sí a las gentes más diversas por la raza, las costumbres, la civilización, las creencias religiosas.

B) v. 24. — *Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda...* — Jesús es la divina semilla que sale de los patriarcas, dice San Beda, y que fué sembrada en el campo de este mundo cuando se encarnó, para que, muriendo, resucitara multiplicado: porque murió solo, resucitó con muchos. Es asimismo, dice San Agustín, el grano que debía morir en el campo de la infidelidad de los judíos, y que debía multiplicarse por la fe de los pueblos gentiles. Pero sepamos que no se multiplicará en nosotros Jesús, ni resucitaremos con Él de una manera necesaria y automática: porque Jesús se multiplica en nosotros cuando nosotros voluntariamente nos adherimos a Él. Ni resucitarán con Él sino los que voluntariamente se han hecho de Él, por la fe y por el amor. Caben aquí las palabras de Santo Tomás, aplicadas a la Comunión eucarística: “El cuerpo de Cristo aumenta cuando se le come”, porque la Santa Eucaristía es la aplicación personal de la redención y el medio más eficaz de que se multipliquen en nosotros sus frutos.

C) v. 25. — *Quien ama su alma, la perderá...* — Nada debe

haber tan querido para el hombre como la propia alma: el profeta la llama "su única" (Ps. 21, 21; 34, 17). Desde el punto de vista de nuestro ser, el alma es el asiento de las facultades específicas del hombre: la racionalidad y la voluntad: bajo el aspecto moral, el alma es el hombre, buena o mala, hace al hombre bueno o malo; si atendemos a nuestro fin, todo él se reduce a salvar el alma: "¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?" (Mt. 16, 26). Pero, ¡ay del que ama su alma indebidamente!, es decir, haciendo de ella la regla y el fin de su vida. La perderá, malogrará sus destinos, hasta el punto de que mejor le fuera no haber nacido; porque Dios quiso que poseyéramos nuestra alma a condición de que no la substrajéramos a su ley: y que la amáramos en forma de que subordináramos el alma a la ley y al amor de Dios. Si queremos no perderla, pongámosla en las manos de Dios, que nos la dió.

D) v. 27. — *Ahora mi alma está turbada.* — Cuando se acerca la hora de la cruz, túrbase Jesús, demostrando que es hombre pasible, porque a la naturaleza repugna morir, y está apegada a la presente vida, dice el Crisóstomo. Con ello demuestra que no estaba sin pasiones, porque como no es pecado el tener hambre, así tampoco lo es apetecer la vida. Jesucristo estaba libre de pecado, pero no quiso librarse de las humanas necesidades. En lo que, dice San Agustín, debemos admirar la misericordia del Señor, quien al sufrir esta turbación por voluntad de caridad, consuela y libra de la desesperación a aquellos que con tanta frecuencia y por tantos motivos sienten turbación. Turbóse a sí mismo. Él, que es nuestra cabeza, para recibir y sustentar en sí todos los afectos de nosotros sus miembros.

E) v. 28. — *Lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré.* — Dios es el glorioso por esencia y comunica su gloria a quien quiere. Se la comunicó a su Hijo Jesús, en el Jordán, en el Tabor y sobre todo en la resurrección y ascensión; y más que todo en esta gloria, que supera toda gloria de pura criatura y de las criaturas juntas y que le constituye "Rey de la gloria, Jesucristo", como canta la Iglesia en el "Gloria" de la misa. Pero nosotros, miembros de Jesucristo, también seremos glorificados, hechos partícipes y herederos y compañeros de su gloria: seremos "conglorificados", dice el Apóstol (Rom. 8, 17). La gloria es el fin del hombre: Dios nos glorificará comunicándonos una fuerza especial de orden intelectual y sobrenatural, el



“lumen gloriae”, para que le podamos ver como es: y de aquí resultará el gozo que nos hará gloriosos y que redundará hasta en nuestra pobre carne mortal. La realidad de la glorificación de Jesús es gaje de nuestra futura glorificación.

F) v. 35. — *Caminad mientras tenéis luz...* — Estas palabras, dice el Crisóstomo, deben entenderse dichas a aquellos que las oyeron y a los de los tiempos posteriores a ellos. Y deben entenderse, podemos añadir, no sólo de los que son llamados a entrar en la región de la luz, que es el Cristo, sino a los que, por dicha nuestra, hemos sido iluminados por el Cristo. Porque, cierto que somos hijos de la luz, que queremos la luz, que nos gloriamos de seguir la ruta luminosa que nos traza Jesús: pero, ¿cuántas veces hemos obrado como hijos de las tinieblas? ¿Cuántas, quizás, nos habremos sumado a los hijos de las tinieblas? Tenemos todavía un poco de luz: es el tiempo que nos tiene Dios destinado para la presente vida: moriremos: será la noche de la vida: ¡ay de nosotros si nos coge la noche sin la luz de la fe y de las obras! ¡Felices nosotros si la luz del Cristo nos ilumina en aquella hora!: tendremos un día eterno y luminosísimo de gloria.

G) v. 36. — *Mientras tenéis luz, creed en la luz...* — Mientras tenéis algo de luz de la verdad, dice San Agustín, creed en la verdad, para que podáis resurgir a la verdad. Es la verdad como el fuego y la luz: hay esperanza de reanimarlos mientras queda una centella o una chispa: si se acaba, no hay manera de hacerlos revivir. La pérdida total de la fe es la mayor desgracia del hombre; porque no hay medio en lo humano de avivar su llama y poner otra vez al alma desgraciada en el camino de Dios. Pidamos a Dios que no consienta se pierda en nosotros esta centella de vida divina, germen de todo lo divino que puede haber en nosotros, y que nos la mantenga hasta que, en el cielo, sea substituída por la misma claridad de Dios.

## 171. — EPILOGO DEL MINISTERIO PÚBLICO DE JESÚS: Ioh. 12, 37-50

“Mas, aunque había hecho a presencia de ellos tantos milagros, no creían en él:” para que se cumpliese la palabra que dijo el profeta Isaías: Señor, ¿quién creyó lo que oyó de nos-

otros? Y ¿a quién ha sido revelado el brazo del Señor? " Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: " Les cegó los ojos, y les endureció el corazón: para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón, y se conviertan, y los sane. " Esto dijo Isaías, cuando vió su gloria, y habló de él. " Sin embargo, aun muchos de los príncipes creyeron en él; mas por causa de los fariseos no lo manifestaban, por no ser echados de la sinagoga: " porque amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

" Y Jesús alzó la voz, y dijo: Quien cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me envió. " Y el que me ve a mí, ve a Aquel que me envió. " Yo, que soy la luz, he venido al mundo: para que todo aquel que en mí cree, no permanezca en tinieblas. " Y si alguno oyere mis palabras, y no las guardare, no le juzgo yo. Porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. " El que me desprecia, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. " Porque yo no he hablado de mí mismo: mas el Padre que me envió, Él me dió mandamiento de lo que debo decir, y de lo que he de hablar. " Y sé que su mandamiento es la vida eterna. Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo.

**Explicación.** — Contiene este fragmento un doble resumen del ministerio público de Jesús: uno que podríamos llamar histórico, que hace por su cuenta el Evangelista, en que acusa a los judíos de ceguera espiritual, de dureza y cobardía (37-43): y otro de carácter doctrinal, en que el mismo Evangelista recopila las enseñanzas más capitales de Jesús (37-50).

**RESUMEN HISTÓRICO (37-43).** — Antes de que pase Juan a la segunda parte de su Evangelio, que empieza con el capítulo 13 y en la que narra la pasión y muerte y la gloria definitiva de Jesús, se ocupa de los escasos resultados de la predicación del Señor entre los judíos, y explica las causas de ello. Sienta primero el hecho: *Mas, aunque había hecho a presencia de ellos tantos milagros*, supone Juan conocidos ya de sus lectores los narrados por los sinópticos, y añadirá luego que Jesús hizo otros muchos (20, 30), *no creían en él*: no era pequeña dificultad en los primeros tiempos del cris-

tianismo, para lograr adeptos a la fe, el hecho de que hubiesen sacado tan poco fruto de la predicación los mismos que la oyeron. Pasa luego a indicar la causa, resolviendo de paso la dificultad que ello pudiera ser para los simples: era un hecho ya profetizado, que debía cumplirse: *Para que se cumpliese la palabra que dijo el profeta Isaías (53, 1): Señor, ¿quién creyó lo que oyó de nosotros? Y ¿a quién ha sido revelado el brazo del Señor?*, es decir: ¿quién ha visto en los prodigios obrados por Jesús la intervención directa de la omnipotencia de Dios? Dios había previsto la incredulidad de los judíos: lo que previó, lo comunicó al profeta: la realización del hecho en la historia, lejos de ser un argumento contra la predicación de Jesús, es prueba de su verdad. *Por esto no podían creer*, porque no podía dejar de cumplirse un oráculo divino, fundado en la presciencia que tenía Dios de la voluntaria ceguera de los judíos.

Y añade para corroborarlo otro testimonio de Isaías: *Porque también dijo Isaías (6, 10): Les cegó los ojos, y les endureció el corazón: para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón, y se conziertan, y los sane.* Ya el mismo Jesús había utilizado el mismo texto para condenar la conducta de aquellos que, a pesar de ser testigos de su predicación y milagros, rehusaban creer (Mt. 13, 14.15): el sentido es que, a pesar de que prevé Dios que la predicación de sus profetas, y de Cristo en este caso, debía servir para endurecer más sus corazones, no deja, con todo, de hacerlo, en lo que no hay más que una sobreabundancia de misericordia: pero el hecho de estas gracias extraordinarias es causa objetiva del endurecimiento y ceguera, aunque la causa moral es la perversa disposición de los oyentes (Cf. núm. 62).

Al resumir Juan, con una afirmación solemne, el doble testimonio de Isaías, da un clarísimo argumento de la divinidad de Jesús: *Esto dijo Isaías, cuando vió su gloria, y habló de él.* Las palabras están tomadas del pasaje en que Isaías ve a Jahvé (6, 1 sig.) y su gloria inmensa: refiriendo estas palabras a Jesús, como lo delatan el pronombre “su” y “de él”, es claro que el Evangelista identifica a Jesús, el Verbo eterno, con Jahvé.

Con todo, la general ceguera de los judíos tuvo muchas excepciones, y ello quita también fuerza al argumento de quienes se prevalen de la esterilidad de la predicación de Jesús para restarle adeptos: *Sin embargo, aun muchos de los príncipes creyeron en él.* En efecto, de algunos de los jefes de Israel, consta en el mismo Evangelio, como de Nicodemo y de José de Arimatea (Ioh. 3, 1; 7, 50; 19, 38). Pero estos hombres de buena voluntad tuvieron frente de ellos a los omnipotentes fariseos, enemigos irreconciliables de Jesús, que llevaron el miedo al corazón de aquellos hombres rectos: *Mas por causa de los fariseos no lo manifestaban, por no ser echados de la sinagoga,* especie de pública excomunión, con consecuencias de orden religioso y social (Cf. núm. 110). Este respeto humano fué la causa de su incredulidad, que en algunos de ellos pudo ser definitiva: *Porque amaron más la gloria de los hombres,* la reputación, el buen concepto social, *que la gloria de Dios,* la alabanza con que premia Dios a quienes libremente le confiesan.

RESUMEN DOCTRINAL (44-50). — Contienen estos versículos una síntesis doctrinal del ministerio de Jesús, que el Evangelista hace por su cuenta: *Y Jesús alzó la voz,* en varias ocasiones, y proclamó solemnemente, *y dijo: Quien cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me envió:* no cree en un puro hombre, como podría juzgarse por las apariencias, sino que cree en Dios Padre, con quien soy consubstancial y que es quien me envió (Ioh. 5, 36 sig.; 6, 45; 7, 16.28; 10, 30, etc.). Y, para que no se entienda que se trata de un puro legado, como los otros profetas, añade: *el que me ve a mí, ve a Aquel que me envió,* porque tengo la misma naturaleza que el Padre (Ioh. 1, 14.18; 3, 11; 5, 17, etc.).

Concretada la naturaleza y misión de Jesús, Juan pone en boca del mismo la descripción de sus funciones ministeriales: *Yo, que soy la luz, he venido al mundo:* es la luz verdadera que ha venido a iluminar a todo hombre con la luz del cielo, que son las verdades de la fe: es pensamiento caro al cuarto Evangelista (Ioh. 1, 5-9; 8, 12; 12, 35.36, etc.): el objeto de esta iluminación por Cristo es ilustrar y dirigir

la vida de los hombres hacia Dios: quien no abre a esta luz los ojos de su pensamiento, no sale de las tinieblas de su ignorancia: *Para que todo aquel que en mí cree, no permanezca en tinieblas.*

Vienen luego las sanciones para quienes no se dejan iluminar por la fe: *Y si alguno oyere mis palabras, y no las guardare, no ajustando su vida a mis enseñanzas, no le juzgo yo, porque no es ahora, mientras vivo, tiempo de justicia, sino de misericordia (Cf. Ioh. 3, 17; 5, 25-27; 8, 15): Porque no he venido, en esta mi primera venida, a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. Mas, aunque no ejerza ahora las funciones judiciales, la palabra que ahora pronuncia, la doctrina que enseña, será testimonio irrecusable en el día del juicio contra aquellos que la rechacen o rehusen practicarla: El que me desprecia, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero, porque es palabra de Dios, y Él mismo vendrá con ella para hacer juicio contra los que no la quisieron recibir.*

Da, finalmente, la razón de estas sanciones: quien desprecia mis palabras, desprecia la palabra de Dios: *Porque yo no he hablado de mí mismo, como puro hombre: Mas el Padre que me envió, Él me dió mandamiento de lo que debo decir, y de lo que he de hablar: el ultraje hecho a mi palabra va contra el Padre, que me la confió y me mandó la notificara a los hombres (Ioh. 5, 19.20.24.30; 7, 16; 8, 16.28.29.55). No sólo es un crimen de lesa palabra divina el despreciar la de Jesús, sino que acarrea eterna desgracia a quien lo hace: Y sé que su mandamiento, la palabra que me ha confiado, es la vida eterna: por lo mismo, se excluye voluntariamente de la vida y se condena a muerte eterna el que no la acepta. Termina Jesús reforzando su argumento con el concepto de su absoluta fidelidad al mandato que recibió del Padre: Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo, no discrepando ni en las ideas ni en el ámbito de mi misión.*

**Lecciones morales.** — A) v. 37. — *Aunque había hecho a presencia de ellos tantos milagros, no creían en él...* — Más que los judíos han visto los modernos incrédulos, y tampoco creen.

Porque es tan irrecusable el testimonio de la historia, para quienes sin prejuicios la leen, como el de los mismos sentidos para quienes pudieron ver los milagros de Jesús. Con todo, por una y otra parte hay incredulidad. Es que el milagro, si es motivo de credibilidad, no es causa necesaria de la fe, la cual supone siempre rectitud de voluntad y la gracia de Dios, que jamás falta. También el procaz novelista Zola vió los milagros de Lourdes, a lo menos tres de ellos, y no sólo no creyó, sino que los desfiguró en la novela que sobre aquéllos inventó. Increpóle el Dr. Boissérie, médico famoso, por su proceder, y el novelista respondió que era dueño de los personajes de sus novelas, y que jamás creería, aunque viera curarse repentinamente todos los enfermos. No hay ciego peor que el que no quiere ver.

B) v. 40. — *Les endureció el corazón: para que no vean...* ¿Qué culpa tenían, dice San Agustín, si no podían hacer aquello que Dios impedía hiciesen, enviándoles la ceguera de los ojos y el endurecimiento del corazón? La tenían toda, responde, porque si no podían era porque no querían: debía fatalmente realizarse el oráculo de Isaías, pero ello era consiguiente a la resistencia de su voluntad. Si no se hubiesen resistido, el profeta no lo hubiese visto, ni lo hubiese anunciado. También nosotros, dice el Crisóstomo, decimos: "No puedo quererle", tratando de una persona que no nos es grata. No hacemos con ello más que expresar la vehemencia de nuestra voluntad, que nos lleva al odio: pero podemos quererle, porque, como dice San Agustín, nada hay que esté más en nuestra potestad que nuestra propia libertad.

c) v. 43. — *Amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.* — La gloria de Dios es aquí la pública confesión de Cristo, dice Alcuino; y la gloria de los hombres es gloriarse en las cosas de los mundanos. No basta creer, como creyeron estos príncipes de los judíos, sino que es preciso confesar la fe con las obras, y no gloriarse en los principios ni en las obras que sean opuestos a la fe. Aunque para ello debamos arrostrar el ser echados de las sinagogas o conventículos de los mundanos, como temieron serlo de las suyas los judíos. No es fe que proceda de la voluntad la que no llega a traducirse en obras: sólo aprovechan en el camino de la fe los que creen y obran.

D) v. 44. — *Quien cree en mí, no cree en mí...* — Como si dijese: No os desdeñéis de creer en mí porque tenga pobrísima apariencia. Soy hombre, pero soy Dios. Las palabras que como

hombre os digo me las dicta Dios, que está en mí, porque soy Dios. Han sido muchos en la duración de la historia los que han considerado depresivo para su pensamiento humillarlo ante el pensamiento de Jesús. Pero si se atiende su legación divina, de la que son magnífica ejecutoria sus milagros, sus profecías, la misma excelsitud de su doctrina, debieran tener a honra altísima, no a confusión, que el Dios infinito se abajara hasta vestir la forma de hombre, hablar como los maestros humanos y proponer la doctrina divina en la forma de las humanas disciplinas. Porque ya no nos inclinamos ante el pensamiento de un puro hombre, sino ante el mismo Dios, de quien es la doctrina de Jesús, como dijo Él mismo: "Mi doctrina no es mía..." (Ioh. 7, 16). Cristo es Legado del Padre; cuando creemos en Él, creemos en el Padre que le envió.

E) v. 45. — *Y el que me ve a mí, ve a Aquel que me envió.* Luego, dice el Crisóstomo, ¿diremos que Dios es cuerpo o que tiene cuerpo? No, porque aquí no se trata de la visión de los ojos del cuerpo, sino de los del espíritu. Equivale esta frase de Jesús a: Quien me considera a mí, quien cree en mí, abriendo los ojos de su pensamiento a la luz que de mí viene, considera al Padre, y cree en el Padre y recibe la misma luz del Padre, porque Jesús y el Padre son una misma cosa: Dios. Debe esta consideración servir de gran consuelo a nuestra alma: ya no es la infinidad de Dios la que nos separa de Dios: tenemos un puente para salvarla: es el Mediador Jesús, que es Hombre-Dios. El paso de nosotros a Jesús es a nivel, por decirlo así, porque es hombre como nosotros: pero cuando hemos llegado a Jesús hemos llegado a Dios, porque en él se abrazan la naturaleza divina y la humana. Quien ve a Jesús ve al Padre: luego quien pide a Jesús, quien ama a Jesús, quien trabaja por Jesús, quien vive de Jesús y por Jesús, pide, ama, trabaja, vive de Dios y por Dios.

F) v. 46. — *Yo, que soy la luz, he venido al mundo...* — ¿Quién pudo jamás decir, sin que se le dijera de loco: "Yo, que soy la luz..."? Cristo es la luz; no sólo es luz, porque hay muchos hombres que son luz; sino que es "la Luz", por antonomasia, esencial. Es "Luz de Luz", como decimos en el Credo, Dios verdadero de Dios verdadero; y precisamente es Luz porque es Dios; puesto que sólo "Dios es Luz substancial y en Él no hay tinieblas de ninguna clase" (1 Ioh. 1, 5). Y vino al mundo para hacer la función de la luz, que es iluminar y expeler las tinie-

blas espirituales, en las que estaba sumido todo el mundo. Dejémonos iluminar, totalmente, plenamente, por esta Luz: es condición indispensable para que también nosotros seamos "luz en el Señor" (Eph. 5, 8).

g) v. 50. — *Y sé que su mandamiento es la vida eterna.* — Si el mismo Jesucristo es la vida eterna, dice San Agustín, como Él mismo afirma (Ioh. 11, 25; 14, 6), luego Él es el mandamiento del Padre. Es decir, que en Jesucristo lo mismo es la vida divina, que la doctrina. Con la vida, que recibió de toda la eternidad como Verbo del Padre, recibió la doctrina, que es substancialmente su misma vida, porque el Verbo es la Doctrina del Padre. Y vino al mundo para comunicarnos esta vida, y para ello empezó a comunicarnos su doctrina. Ésta es toda la teoría de la fe: es la doctrina de Dios que nos viene por Jesús, Doctrina de Dios, y que tiene por fin llevarnos a la vida eterna por el conocimiento de Dios y de su Cristo. Es lo que decía Jesús en otra ocasión: "Ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti y a quien enviaste, Jesucristo" (Ioh. 17, 3).

## DISCURSO ESCATOLÓGICO DE JESÚS: Mt. cc. 24.25 Mc. c. 13; Lc. 21, 5-36: GENERALIDADES

Después del episodio del óbolo de la viuda, y saliendo ya probablemente del Templo para no volver más a él, los discípulos dirigen al Señor unas palabras para llamar su atención sobre la magnífica mole del templo herodiano. Jesús contesta afirmando solemnemente la destrucción de aquella maravillosa obra: Fíjase la respuesta del Maestro en la mente de los discípulos: atraviesan todos la ciudad y el torrente Cederón, ascienden por la ladera del Monte de los Olivos, camino de Betania, como solían aquellos días, cuando al llegar a un punto en que se domina la ciudad y el Templo, siéntase Jesús, mientras sus discípulos aprovechan la oportunidad para escudriñar su pensamiento sobre la gran catástrofe que ha anunciado. Entonces es cuando Jesús pronuncia el importantísimo discurso que vamos a comentar, el último de su vida, y que porque contiene la "última pa-



labra" o la predicción de los "últimos hechos", se llama "escatológico".

Sólo los tres sinópticos lo reproducen. Por ello se llama también "Apocalipsis sinóptica" a este discurso, o "visión que narran los sinópticos".

Abarca el discurso los capítulos, íntegros, 24 y 25 de Mateo; el 13, también íntegro, de Marcos; y del 21 de Lucas, los vv. 5-36.

De los discursos de Jesús, quizás sea éste el que ha dado lugar a mayor número de objeciones por parte de la crítica racionalista, y tal vez el que, en el mismo campo de la exégesis católica, ha traído más divididos a los autores, en lo que atañe a la delimitación y objeto de las profecías que en él se contienen y a la división ideológica del mismo. Son materias completamente opinables, se entiende dentro del ámbito en que se mueve la interpretación tradicional, y es lícito opinar en ello, mientras no defina la Iglesia y no se deje el seguro camino de la tradición, según la estimación personal del comentarista.

Una tesis podemos sentar, incontestable en su primera parte, y que prevalece hoy en su parte segunda entre los exégetas católicos: y es que Jesús pronunció en este discurso una serie de oráculos relativos a la destrucción de la ciudad y del Templo de Jerusalén, a su segundo advenimiento y al fin del mundo: pero que, teniendo el discurso una finalidad moral inmediata, que era el mantener en continua vigilancia a sus discípulos, no quiso revelar el tiempo en que se verificarían estos grandes acontecimientos, dejando en la penumbra la relación concreta entre los signos precursores y el hecho que deberán anunciar, y situando promiscuamente y en un mismo plano, como sucede con frecuencia en la visión profética, hechos y señales que pueden indistintamente referirse a uno o dos sucesos a la vez, o que pueden verificarse en orden distinto del en que están predichos.

Ésta es la principal causa de la obscuridad, que explica las diferencias de interpretación entre católicos. La mayor parte del contenido de este discurso, en su parte profética, está oculto aún en los arcanos de la ciencia de Dios: no

quiso revelárnoslo por su Hijo, para que también nosotros estemos en continua vigilancia: sólo quiso levantar el Señor una punta del velo que oculta los grandes acontecimientos de los últimos días de la humana historia. Pero la parte de los vaticinios que se ha cumplido ya fidelísimamente, es garantía de que se cumplirán también los demás, con la fidelidad con que responden los hechos a la palabra de Dios.

La explicación del discurso abarca los ocho números siguientes. Tomaremos por base de concordia el texto de Mateo, por ser el más completo en su totalidad, aunque se lee también en el Misal algún fragmento de los otros dos Evangelistas.

He aquí la división general del discurso:

PRIMERA PARTE: *a)* Introducción, y signos precursores de la destrucción del Templo: *b)* Destrucción del Templo y ciudad: *c)* Signos precursores y venida del Hijo del hombre: *d)* Tiempo de la ruina del Templo y del mundo.

SEGUNDA PARTE: Exhortación a la vigilancia y trabajo por medio de las parábolas: *a)* La del ladrón y la de los siervos: *b)* La de las diez vírgenes: *c)* La de los talentos. Finalmente: *d)* El último juicio.

Los fragmentos de este discurso que hay en el Misal son:

De Mt.: Se concretarán en los números siguientes.

De Mc.: 13, 33-37, Evangelio del Común de Confesores Pontífices.

De Lc.: 21, 9-19, Evangelio de la 1.<sup>a</sup> Misa del Común de Mártires: 25-33, Evangelio de la Domínica primera de Adviento.

## 172. — PRIMERA PARTE. A) INTRODUCCIÓN Y SIGNOS PRECURSORES DE LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO: Mt. 24, 1-14

(Mc. 13, 1-13; Lc. 21, 5-19)

### Evangelio de la Misa 3.<sup>a</sup> del Común de muchos Mártires (vv. 3-13)

<sup>1</sup> Y habiendo salido Jesús del Templo, caminaba. Y se llegaron a él sus discípulos, para mostrarle los edificios del Templo, <sup>2</sup> *diciendo que estaba adornado de hermosas piedras y de dones:* <sup>3</sup> *Mc y díjole uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras y qué edificios.* <sup>4</sup> Mas él les respondió, diciendo: ¿Veis todo esto, <sup>5</sup> *Mc todos esos grandes edificios?* En verdad os digo: <sup>6</sup> *Mc Día vendrá en que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.*

<sup>7</sup> Y estando él sentado en el Monte de los Olivos, <sup>8</sup> *Mc frente al Templo,* llegaron a él sus discípulos en secreto. <sup>9</sup> *2 y preguntáronle Mc separadamente Pedro, y Juan, y Santiago, y Andrés,* diciendo: <sup>10</sup> *2 Maestro, dinos: ¿cuándo sucederá esto? Mc Y ¿qué señal habrá de que todas estas cosas están a punto de cumplirse?* <sup>11</sup> *¿Y cuál es la señal de tu venida y del fin del mundo?* <sup>12</sup> Y respondiendo, Jesús les dijo: Mirad que nadie os engañe: <sup>13</sup> *6 porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; 2 y: Ya ha llegado el tiempo, y a muchos engañarán: 2 no vayáis en pos de ellos. 9 Y también oiréis guerras y rumores de guerras y sediciones. Mirad que no os conturbéis: porque conviene que esto suceda. Pero aun no es 2 luego el fin. 2 Y entonces les decía: 7 Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá pestes y hambres, y 2 grandes terremotos en varios lugares, 2 y en el cielo cosas espantosas y grandes prodigios. 8 Pero todas estas cosas son el comienzo de los dolores. Mc Mirad por vosotros mismos. 9 2 Mas, antes de todo esto, pondrán en vosotros sus manos, y os perseguirán. Mc Pues os entregarán a los concilios, seréis agotados en las sinagogas, 2 y os meterán en las cárceles, Mc y seréis presentados por causa mía ante los gobernadores y reyes: 2 y esto os acontecerá en testimonio Mc a ellos. Y cuando os conduzcan al tribunal los que os entreguen, 2 tened*

*fijo en vuestros corazones de no pensar antes cómo habéis de responder: <sup>mc</sup> sino decid lo que os será inspirado en aquel momento: porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu Santo. <sup>l</sup> Pues yo os daré elocuencia y sabiduría, a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. <sup>o</sup> Entonces os entregarán a la tribulación <sup>l</sup> vuestros padres y hermanos, parientes y amigos, y os matarán. Y seréis odiados por todas las gentes, a causa de mi nombre, <sup>l</sup> y ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. <sup>u</sup> Con lo que muchos padecerán entonces escándalo, y se traicionarán unos a otros, <sup>mc</sup> y entregará el hermano al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres, y les quitarán la vida, y mutuamente se odiarán. <sup>u</sup> Y se levantarán muchos falsos profetas, y engañarán a muchos. <sup>u</sup> Y por haberse multiplicado la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. <sup>u</sup> Mas el que perseverare hasta el fin, será salvo: <sup>l</sup> mediante vuestra paciencia, salvaréis vuestras almas. <sup>mc</sup> Mas primero debe ser predicado el Evangelio a todas las naciones. <sup>u</sup> Y será predicado este Evangelio del Reino por todo el mundo, en testimonio para todas las gentes: y entonces vendrá el fin.*

**Explicación.**— Con pena e indignación, por la protervia de los primates judíos, salía Jesús del Templo, después de pronunciada la tremenda frase: “Quedará vuestra casa desierta”, es decir, destruída vuestra ciudad. Los discípulos, que han oído la profecía, no pueden convencerse de que haya de quedar aniquilado el magnífico edificio, gloria de Israel. Sea para que les diera el Señor más detalles, o para moverle a que cambiase su decreto, le dirigen la pregunta que, con la respuesta de Jesús, constituye la

INTRODUCCIÓN DEL DISCURSO (1.2). — *Y, habiendo salido Jesús del Templo, caminaba, alejándose del mismo en dirección al Monte de los Olivos. Tan luego dejaron los pórticos, recaería la conversación de los discípulos sobre las bellezas de la excelsa fábrica, cuya ruina acababa de predecir el Maestro. Y, sea a la misma salida, o costeano el Monte de los Olivos, desde donde aparecía con toda su majestad la fastuosa fábrica, se llegaron a él sus discípulos, para mostrarle los edificios del Templo, esta serie de cons-*

trucciones, en las que tantos años se había trabajado, para formar un conjunto grandioso y bello, *diciendo que estaba adornado de hermosas piedras*, labradas con arte exquisito, *y de dones*, aludiendo sin duda a los riquísimos presentes que encerraban aquella "construcción de inmensa opulencia", como le llamó Tácito al templo herodiano. *Y díjole uno de sus discípulos*, probablemente Pedro, inspirador de Marcos: *Maestro, mira qué piedras y qué edificios*. La pregunta admirativa de los Apóstoles estaba justificada: debía formar un contraste profundo en sus simples espíritus la visión de aquel portento de riqueza y arte, y la imaginación de la tremenda ruina que le esperaba.

*Mas él*, llamando la atención de todos sobre el edificio, *les respondió, diciendo: ¿Veis todo esto, todos estas grandes edificios? En verdad os digo*, añade con solemnidad, refrendando su anterior vaticinio, *día vendrá en que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada*.

La profecía se cumplió a la letra, aunque lo ingente de los bloques de piedra de sus muros la hacían inverosímil: los soldados de Tito, cuando no tuvieron ya qué matar ni robar en la ciudad, recibieron orden de arrasarlo todo, incluso el Templo, excepto sus más altas torres y la parte de muralla que ceñía a la ciudad por el lado de poniente: más tarde, el general de los ejércitos romanos mandó roturar con el arado el área ocupada por el Templo, según cuenta Maimónides: hasta que en tiempo de Juliano el Apóstata, según testimonio de Amiano Marcelino, queriendo el impío emperador desmentir la profecía de Jesús, cavó los antiguos cimientos del Templo para levantarlo de nuevo, saliendo de ellos milagroso fuego que hizo imposible la prosecución de las obras. Ello acabó de justificar la palabra del Señor. Más total ha sido si cabe la destrucción del culto judío que allí se daba a Dios: aquel pueblo ha sido totalmente expulsado del recinto donde estaba emplazado el Templo; ni puede un judío entrar en el recinto de la actual mezquita de Omar, donde se levantó un día el altar de los holocaustos, cuando puede hacerlo un pagano. Estos mismos días la sangre judía ha corrido por las calles de Jerusalén, por expulsarles

los árabes del pequeño recinto donde está el "muro de los lamentos", enormes bloques que formaron un día la subestructura de la grandiosa fábrica, ante los cuales, como único consuelo en medio de su desgracia, llora y espera el pueblo maldito de Dios.

SIGNOS PRECURSORES DE LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO (3-14). — Las últimas palabras, que había pronunciado Jesús a la salida del Templo, impresionaron profundamente a sus discípulos. Llegada la comitiva a la parte de la colina de los Olivos desde donde se domina la ciudad y el Templo, sentóse Jesús: *Y estando él sentado en el Monte de los Olivos, frente al Templo*, que desde el monte se dominaba a vista de pájaro, *llegáronse a él sus discípulos en secreto*, aparte de los demás, y *preguntáronle separadamente Pedro, y Juan, y Santiago, y Andrés*, los tres discípulos más íntimos y el más antiguo de todos, *diciendo: Maestro, dínos: ¿cuándo sucederá esto? Y ¿qué señal habrá de que todas estas cosas están a punto de cumplirse? ¿Y cuál es la señal de tu venida y del fin del mundo?* Las preguntas son varias y apremiantes. Los Apóstoles acaban de oír la predicción de la ruina del Templo: para un judío, la ruina de la ciudad y del Templo es equivalente a la ruina del mundo: por esto juntan preguntas que se refieren a sucesos totalmente distintos, recordando la otra predicción de Jesús sobre el fin del mundo y el advenimiento del Hijo del hombre para juzgarle (Mt. 13, 40.49; 16, 27; 19, 28).

Jesús les responde en forma que algunos creen referirse solamente a la destrucción del Templo, y otros al fin del mundo; mientras creen otros que en su sentido material se refieren a lo primero, y a lo segundo en su sentido simbólico. La primera señal será la aparición de falsos cristos. Para prevenir a sus discípulos, les exhorta, ante todo, a la vigilancia: *Y respondiendo, Jesús les dijo: Mirad que nadie os engañe: porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y: Ya ha llegado el tiempo de la redención mesiánica, y a muchos engañarán: no vayáis en pos de ellos.* Refiérese Jesús a los falsos cristos que pulularon

en la Palestina, antes y después de su muerte, y que arrastraron a gran parte del pueblo (Cf. Act. 5, 36; 21, 38): como fueron Simón Mago y su discípulo Dositeo el Samaritano, otro impostor llamado Teudas, y otros muchos. También antes del fin del mundo aparecerán falsos mesías.

La segunda señal serán las guerras atroces: *Y también oiréis guerras* en las regiones limítrofes, *y rumores de guerras*, fama de guerras lejanas, *y sediciones*, o guerras civiles. Todo ello no debe espantar a los discípulos, porque entra en el plan de Dios, y no es aún señal inmediata de la ruina de la ciudad y del mundo: *Mirad que no os conturbéis: porque conviene que esto suceda. Pero aun no es luego el fin.* No faltaron, caso de que estas palabras se refieran a la destrucción de la ciudad, sediciones en la misma Palestina y frecuentes guerras en todas partes. Explica luego Jesús la forma de aquellas guerras y sus consecuencias: *Y entonces les decía: Porque se levantará nación contra nación*, en las sediciones populares, *y reino contra reino*, en las guerras internacionales: y, consecuencia de las guerras, *habrá pestes y hambres*: y a ello se añadirán *grandes terremotos en varios lugares*, en distintas regiones: *y en el cielo cosas espantosas y grandes prodigios*, como refiere Josefo se vieron en el asedio de Jerusalén; bien que otros refieran esta predicción al fin del mundo. Todo ello es aplicable a la futura destrucción de la ciudad: en realidad hubo de todo ello, según cuenta la historia. *Pero todas estas cosas son el comienzo de los dolores*, añade, para significarles que no ha llegado todavía el fin: son como preludios de mayores catástrofes.

Otra señal más particular serán los vejámenes de toda suerte que experimentarán personalmente sus discípulos: *Mirad por vosotros mismos. Mas, entonces simultáneamente con estas señales de orden general, antes de todo esto, pondrán en vosotros sus manos, y os perseguirán. Pues os entregarán a los concilios, seréis azotados en las sinagogas, y os meterán en las cárceles, y seréis presentados por causa mía ante los gobernadores y reyes: y esto os acontecerá en testimonio a ellos*, es decir, para mayor estima ante ellos.

como prueba de vuestra fidelidad, para demostrar al mundo vuestra fe.

Como uno de los vejámenes que sufrirán los discípulos será tener que comparecer ante los tribunales, de la nación y de fuera, porque Jesús tiene en este momento ante su vista la larga serie de discípulos que deberán predicar su Evangelio, les amonesta sobre la forma con que deberán presentarse ante los tribunales: *Y cuando os conduzcan al tribunal los que os entreguen, tened fijo en vuestros corazones de no pensar antes cómo habéis de responder: sino decid lo que os será inspirado en aquel momento: porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu Santo. Pues yo os daré elocuencia y sabiduría, a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos.* No les manda que no cuiden de precaverse en los trances difíciles en que se encontrarán: sino que no se acongojen por ello, porque en los momentos de crisis más agudas podrán contar con la inspiración especial de Dios. La historia de las persecuciones nos atestigua cuán espléndidamente se ha realizado esta profecía.

A los vejámenes que deberán sufrir de parte de los enemigos, se añadirá un mal más grave, que es la deserción y la traición en las propias filas: *Entonces os entregarán a la tribulación vuestros padres y hermanos, parientes y amigos, y os matarán. Y seréis odiados por todas las gentes, a causa de mi nombre, incluso por los de vuestra sangre y amistad: y ni un cabello de vuestra cabeza perecerá, porque o Dios os guardará de las persecuciones con especial protección, o, si tiene a bien aceptar vuestro sacrificio, os premiará con amplia recompensa. Con lo que muchos padecerán entonces escándalo, y se traicionarán unos a otros: aquellas persecuciones harán vacilar y sucumbir la fe de los débiles, que llegarán a ser los delatores de sus hermanos creyentes: Y entregará el hermano al hermano a la muerte, como sucede en las luchas intestinas: rotos por el odio los más sagrados vínculos de carne y sangre, se cometerán los crímenes más atroces contra la naturaleza: Y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres, y les quitarán la vida,*



y *mutuamente se odiarán*. El Apóstol se lamentará más tarde de estas defecciones (2 Cor. 7, 5; 11, 26), que fueron numerosísimas, sobre todo en la persecución de Nerón.

A las persecuciones de los enemigos y defecciones de los afines, deberá añadirse una gran calamidad: la de los falsos doctores, que enseñarán doctrinas contrarias a las de Cristo y harán muchos prosélitos: son los herejes: *Y se levantarán muchos falsos profetas*, como ha sucedido en todos los siglos, desde los tiempos apostólicos, y *engañarán a muchos*. *Y por haberse multiplicado la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos*: en tiempo de grandes prevaricaciones hasta los buenos se hacen tibios. Con todo, en medio de las defecciones y tibiezas, quedarán los fuertes, los que guardarán la fe y las buenas costumbres cristianas: éstos se salvarán: *Mas el que perseverare hasta el fin, será salvo: mediante vuestra paciencia, salvaréis vuestras almas*: siendo constantes lograréis la salvación.

Con todo, no hay que temer ni perder la esperanza: a las persecuciones sucederá la paz: las tormentas no acabarán con la semilla del Evangelio: *Mas primero debe ser predicado el Evangelio a todas las naciones*. *Y será predicado este Evangelio del Reino por todo el mundo, en testimonio para todas las gentes*, para que a todas partes llegue el testimonio de la salvación por Cristo, que traerán a todas partes los predicadores del Evangelio. *Y entonces vendrá el fin*, no antes de que el Evangelio sea predicado por todo el orbe. Aun así, queda incierto el fin del mundo: porque ignoramos si, predicado ya el Evangelio, perdurará todavía la humana historia.

**Lecciones morales.** — A) v. 3. — *Dinos: ¿cuándo sucederá esto?* — Preguntan los discípulos a Jesús cosas trascendentes, y se lo preguntan en secreto. Es deseo innato en el hombre conocer lo futuro y lo escondido, y más aquello que a nosotros atañe directamente. Jesús les responde con un lenguaje enigmático, dentro de la verdad y de la precisión de los vaticinios que les hace. El tiempo cuidará de aclararlos. Cuando podía decirles en pocas palabras cuándo sería la destrucción de Jerusalén, y su advenimiento glorioso, y su juicio, emplea lar-

gos razonamientos en que predomina el orden moral de las ideas. Es que Jesús, sin dejar de responder a la pregunta con bastante claridad para que se pudieran conjeturar los hechos vaticinados, iba principalmente con su discurso a la instrucción de los Apóstoles en orden a su vida práctica. Porque, ¿qué sacaríamos de conocer todos los secretos de la historia, si lleváramos mala vida que nos llevase a la condenación el día del fin de la humana historia? Si tuviese toda ciencia y no tuviese la caridad, dice el Apóstol, nada soy.

B) v. 4. — *Mirad que nadie os engañe...* — Estas palabras de Jesús, dichas a los Apóstoles para prevenirles contra los falsos cristos que a su muerte debían pulular en tierras de Palestina, tendrán su valor moral hasta la consumación de los siglos. Porque jamás le faltarán a la Iglesia anticristos que traten de engañar a los hijos de Cristo. Yo creo, dice San Jerónimo, que todos los heresiarcas son anticristos, porque enseñan en el nombre de Cristo doctrinas contrarias a las de Cristo. Y no sólo los heresiarcas, sino todos aquellos que enseñan doctrinas de las que llaman hoy redentoras, principalmente en el orden social, tergiversando el sentido y el alcance de la doctrina de Cristo para hacerle predicar lo que jamás salió de su boca divina. Que nadie nos engañe, presentándonos al Cristo deformado, o su Evangelio mutilado o perversamente interpretado. Es una y absoluta la verdad, y uno y absoluto el magisterio que nos la impone y debe explicárnosla.

c) v. 8. — *Todas estas cosas son el comienzo de los dolores.* Tanto fueron el comienzo de los dolores para el pueblo judío, que aquéllos pasaron en breve espacio de tiempo, y siguen todavía los dolores del desgraciado pueblo. Porque, ¿qué mayor dolor para una nación que verse dispersa por todo el mundo, odiada de todas las naciones, fallidas todas sus esperanzas, sin religión, ni sacerdocio, ni culto, arrastrando a través de todos los siglos la pena de su deicidio, llevando la marca de la maldición de Dios, que mereció un pueblo matador de Dios? Místicamente, al decir de Orígenes, en los comienzos de los dolores vienen representados todos los de la tierra, por duros que sean, que son, para los malos, preludio de los verdaderos dolores que se cebarán en ellos, acerbísimos, por los siglos de los siglos.

D) v. 10. — *Con lo que muchos padecerán entonces escándalo...* — Padecer escándalo es aquí sinónimo de defección, de

claudicación en los principios que se profesan. El escándalo puede darse y puede recibirse; y de ordinario el escándalo activo produce el pasivo. La profecía de Jesús se ha cumplido cada vez que la Iglesia ha pasado por grandes tribulaciones. Ciertamente que son muchos los valientes que dan su pecho a los enemigos y prefieren sucumbir a traicionar su fe y sus conciencias; pero los de convicciones débiles y de voluntad fluctuante, ante las amenazas, las promesas, los halagos, los ejemplos, caen en la prevaricación del pensamiento y de la vida. Así se vió en las persecuciones de los primeros siglos; así en la invasión de los árabes en nuestra patria. Fuera de estas grandes conmociones espirituales, ¿cuántos escándalos hay que lamentar cada día ante nuestros mismos ojos, por cobardía, por interés, por respetos humanos, por congraciarse con los poderosos, etc.?

E) v. 12. — *Por haberse multiplicado la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos.* — Cuanto más aumenta la iniquidad en los corazones, tanto más se enfría en ellos el amor de Dios y del prójimo. Y cuando aumenta lo que podríamos llamar iniquidad social, tanta es mayor la frialdad social de los corazones. Es la fuerza de repercusión del mal ejemplo que, a medida que se reproduce, causa el enfriamiento en la masa social, que paulatinamente va corrompiéndose. En nuestra conducta personal no debíamos nunca olvidar este aspecto social de nuestra vida. Debemos obrar en forma que iluminemos y calentemos a los demás: no seamos tinieblas y causa de enfriamiento.

F) v. 14. — *Y entonces vendrá el fin.* — Nadie sabe cuándo vendrá el fin del mundo: porque nadie sabe cuándo el Evangelio habrá sido absolutamente predicado a todo el mundo, dice San Agustín. Y cuando lo haya sido, aun no será ésta la condición puesta por Dios para que el mundo se acabe. Todas las conjeturas que se hagan fundadas sobre la revelación divina, son vanas. Todos los cálculos que se basen en las conclusiones de la ciencia, son aventurados. Se acabará el mundo cuando Dios querrá, sea por agotamiento de sus fuerzas naturales, sea por la acción violenta del brazo de Dios. Pero Dios guarda su secreto.

## 173. — B) DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO Y DE LA CIUDAD: Mt. 24, 15-22

(Mc. 13, 14-20; Lc. 21, 20-24)

### Evangelio de la Misa de la Dominica 24.<sup>a</sup> después de Pentecostés

<sup>1</sup> *Cuando viereis a Jerusalén cercada de un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca.* <sup>25</sup> Por tanto, cuando viereis que la abominación de la desolación, que fué dicha por el profeta Daniel, está <sup>mc</sup> *donde no debe*, en el lugar santo (el que lee, entienda). <sup>26</sup> Entonces los que están en la Judea, huyan a los montes, <sup>1</sup> *y los que en medio de ella* (de la ciudad), *sálganse, y los de las cercanías, no entren en ella:* <sup>27</sup> *y el que en el terrado, no baje* <sup>mc</sup> *a casa, ni entre a coger cosa alguna de su casa:* <sup>28</sup> *y el que en el campo, no vuelva* <sup>mc</sup> *atrás a tomar su túnica.* <sup>1</sup> *Porqué éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas.* <sup>29</sup> Mas, ¡ay de las que estén encinta y de las que estén amamantando en aquellos días! <sup>30</sup> Rogad, pues, para que vuestra huída no suceda en invierno, ni en sábado. <sup>31</sup> Porque habrá entonces gran tribulación <sup>1</sup> *sobre la tierra*, cual no hubo desde el principio del mundo, <sup>mc</sup> *que Dios creó*, hasta ahora, ni habrá. <sup>1</sup> *Y la ira descargará sobre este pueblo. Caerán a filo de espada: y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles: hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.* <sup>32</sup> Y si no fuesen abreviados <sup>mc</sup> *por el Señor* aquellos días, no se salvaría hombre alguno: mas, por los escogidos <sup>mc</sup> *que él eligió*, aquellos días serán abreviados.

**Explicación.** — Refiérense estas palabras especialmente a la ruina de Jerusalén, según la mayoría de los intérpretes. Con todo, algunos trazos (v. 21.22) pueden asimismo referirse al fin de los tiempos. Podría considerarse el fragmento anterior como una especie de digresión en que Jesús no responde directamente a las preguntas de sus discípulos, sino que les da documentos relativos a toda la duración de los tiempos. En esta hipótesis, Jesús comienza a responder con

este fragmento a la primera pregunta de sus discípulos: ¿Cuándo sucederán estas cosas?

La primera señal de la destrucción de la ciudad será el cerco que la pondrán poderosos ejércitos: *Cuando viereis a Jerusalén cercada de un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca*: Tito fué el que desde la Galilea y Perea llevó sus ejércitos a la capital judía, ya trabajada por discordias intestinas: a más de cuatro legiones romanas, disponía de fuertes núcleos de combatientes de los reinos vecinos aliados. Simultáneamente con los ejércitos extranjeros que se aprestarán a la toma de la ciudad, se producirá en el templo una abominable desolación: *Por tanto, cuando viereis que la abominación de la desolación, que fué dicha por el profeta Daniel (9, 27), está donde no debe, en el lugar santo...* Creen algunos que esta abominación se cometió cuando fueron las águilas romanas introducidas en el recinto del Templo, o cuando en él se levantó la estatua de Tito, o la ecuestre de Adriano. Más probable es que se refiera la profecía a los excesos de los zelotes, patriotas exaltados, que, a pretexto de defender la ley contra los extranjeros, y cuando estaban ya casi a la vista los ejércitos romanos, cometieron horribles profanaciones en el mismo Templo, hasta el punto de que un solo día amaneciera con ocho mil cadáveres de pacíficos ciudadanos en su recinto.

Indicada la profecía de Daniel, Jesús amonesta a sus discípulos a que, cuando la lean, se fijen en ella y la interpreten según los documentos que va a darles: *El que lee, entienda. Entonces, cuando se acerquen los ejércitos, y en el interior de la ciudad se produzcan aquellos sacrilegios, los que están en la Judea, huyan a los montes, porque no habrá salvación para la ciudad, ni manera de escapar después de ella. Y los que (estén) en medio de ella (de la ciudad), sálganse, y los de las cercanías, no entren en ella*: así lo hicieron, según Eusebio, muchos cristianos, aprovechándose de este aviso de Jesús, y recogiendo en Pella, en la otra parte del Jordán. *Y el que en el terrado, no baje a casa, ni entre a coger cosa alguna de su casa, sino que huya rápidamente sin entrar en ella. Y el que en el campo, donde se halla tra-*

bajando con la ropa ligera interior, *no vuelva atrás a tomar su túnica*, yendo a buscarla en el lugar de descanso, donde la dejó. La razón de esta premura es que no hay ya lugar a la dilación, sino a la venganza: *Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas.*

Mas, como quiera que la fuga, para quienes quieran ponerse a salvo, deberá ser tan precipitada, *¡ay de las que estén encinta y de las que estén amamantando en aquellos días!* Unas por la carga que en su seno llevan, otras por la que traen colgada de sus pechos, apremiadas todas por el natural amor, que no consiente se dejen los hijos como se abandonan los utensilios, las joyas, las ropas de casa, se verán todas en gravísima apretura: se trata de un castigo de Dios, y ni las madres serán respetadas en sus más tiernas funciones, como suelen serlo en todas las guerras. Para persuadirles la necesidad de la huída, les dice: *Rogad, pues, para que vuestra huída no suceda en invierno*, en que los días son cortos, los caminos malos, el tiempo inclemente, *ni en sábado*, cuando el miedo de violarlo, porque no consentían los rabinos más camino que un kilómetro aquel día, aumentaría vuestras congojas.

Y para que no lo tomen como hipérbole, añade: *Porque habrá entonces gran tribulación sobre la tierra, cual no hubo desde el principio del mundo, que Dios creó, hasta ahora, ni habrá.* En tal forma se realizaron estas palabras, que Josefo dice que todo lo que sufrieron en los pasados siglos las ciudades en las guerras, fué superado por lo acaecido en Jerusalén: todos los días eran cogidos por los romanos quinientos o más judíos, que eran clavados en cruz en las murallas: los prisioneros hechos fueron más de noventa mil: los muertos, rebasaron el millón. Lo había dicho también Jesús: *Y la ira descargará sobre este pueblo. Caerán a filo de espada: y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles: hasta que se cumplan los tiempos de las naciones*, es decir, que ya no será más capital del pueblo judío, sino que vivirá para siempre bajo el yugo de otras naciones. Con todo, hasta en aquel

torbellino de la justicia, deja entrever Dios su misericordia: *Y si no fuesen abreviados por el Señor aquellos días, del asedio de la ciudad, no se salvaría hombre alguno: mas, por los escogidos que él eligió, aquellos días serán abreviados:* el sitio de Jerusalén no duró más allá de seis meses: los escogidos serían aquí quizás los cristianos que hubiese por entonces en la ciudad. Aunque es lo más probable que estas últimas palabras se refieran ya a los últimos tiempos, y correspondan mejor, por lo mismo, al siguiente fragmento, al que pueden considerarse como una transición.

**Lecciones morales.** — A) v. 15. — *Cuando viereis que la abominación de la desolación...* — Admiramos, dice el Crisóstomo, el poder de Cristo y la fortaleza de los Apóstoles, que predicaban en tiempo en que todo lo judío era perseguido e impugnado. Porque los Apóstoles, que eran de los judíos, introdujeron nuevas leyes, contrarias a los romanos que dominaban entonces. Y habiendo éstos apoderádose de muchísimos miles de judíos, no pudieron vencer a doce hombres, inermes y pobres. Para que aprendamos que la justicia de Dios no daña sino a quien quiere: que la fuerza de los hombres no es más que un instrumento del brazo de Dios, que trabaja en el sentido que Dios quiere: y que en medio de las vicisitudes de hombres y tiempos, se salva y prospera lo que Dios quiere, aunque por sus apariencias parezca debiera ser lo primero en sucumbir.

B) v. 16. — *Entonces los que están en la Judea, huyan a los montes...* — Es una señal de la misericordia de Jesús, que quiere se salven los suyos en medio de la tempestad desencadenada de la justicia de Dios. Pero, para ello, es preciso que quienes quieran salvarse se ajusten en su conducta a las palabras de Dios, que se abandonen a su Providencia, que no se apeguen a las cosas de la tierra, que tengan absoluta fe y confianza en las promesas del Señor. Entonces no temeremos ningún mal, porque el Señor estará con nosotros, como decía el Salmista (Ps. 22, 4).

C) v. 21. — *Habrà entonces gran tribulación...* — ¿Por qué, dice el Crisóstomo, vinieron sobre el pueblo judío tamañas calamidades? Por el enorme crimen de la cruz, en que clavarón al Señor. Pero es más grande que el crimen de la criatura la misericordia de su Dios. Porque, habiendo hecho los hombres cuanto pudieron para perder a Jesús, hasta sacarle del número

de los vivos, él abrevia los días de la tribulación para que no perezcan todos los judíos. Lo que, si debe espantarnos cuando se trata de la ofensa de Dios, que suele castigarla con atroces penas, debe infundirnos grandes alientos una vez hayamos pecado, seguros de que, hasta en los mismos días del crimen y de la justicia, se acordará de su misericordia.

D) v. 22. — *Mas, por los escogidos... aquellos días serán abreviados.* — Admiramos, sigue el Crisóstomo, la especial dispensación del Espíritu Santo: San Juan nada escribió de este vaticinio de la ruina de Jerusalén, porque, habiendo vivido muchos años después de ella, hubiese podido decirse que era un vaticinio escrito después de la realización de los sucesos en la historia. En cambio, los otros tres Evangelistas, que murieron antes de la destrucción de Jerusalén y no vieron nada de lo profetizado por el Señor, lo consignaron en sus escritos, para que aparezca siempre la verdad de las divinas Escrituras y el espíritu profético de Jesús, que pudo minuciosamente predecir los sucesos mucho antes de que ocurrieran.

## 174. — C) SIGNOS PRECURSORES Y VENIDA DEL HIJO DEL HOMBRE: Mt. 24, 23-31

(Mc. 13, 21-27; Lc. 21, 25-28)

### **Sigue el Evangelio de la Misa de la Dominica 24.<sup>a</sup> después de Pentecostés**

“Entonces, si alguno os dijere: Mirad, el Cristo está aquí, o allí: no lo creáis.” Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas y prodigios, de modo que (a ser posible) caigan en error aun los escogidos. <sup>26</sup> *Mc* ¡Mirad, pues, vosotros! ¡Ved que <sup>27</sup> *Mc* todo os lo he predicho! “Por lo cual, si os dijeren: He aquí que está en el desierto, no salgáis. Mirad que está en lo más retirado de la casa, no lo creáis. <sup>28</sup> Porque como el relámpago sale del oriente, y se deja ver hasta el occidente: así será también la venida del Hijo del hombre. <sup>29</sup> Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas. <sup>30</sup> Y luego después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo temblarán,



<sup>1</sup> y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas; secándose los hombres de temor y sobresalto, por las cosas que sobrevendrán a todo el universo.

<sup>20</sup> Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entonces prorrumpirán en llanto todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad <sup>21</sup> y gloria. <sup>22</sup> Y enviará sus ángeles, que, a la voz de trompeta sonora, congregarán a sus escogidos de los cuatro vientos, del uno al otro extremo de los cielos. <sup>23</sup> Cuando, pues, comenzaren a cumplirse todas estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención.

**Explicación.** — Entre lo que en este fragmento se narra y lo contenido en el anterior habrá un intervalo de muchos siglos, todos los de la historia del cristianismo: el anterior se refería a hechos ocurridos en los comienzos; el presente, a los de los últimos tiempos del mundo. Se describen las señales precursoras verdaderas, para distinguirlas de las falsas, que tendrán lugar por efecto de la misma conturbación de los últimos días (23-27): y luego el mismo advenimiento del Señor (30.31).

SIGNOS PRECURSORES DE LA VENIDA DEL HIJO DEL HOMBRE (23-29). — Jesús ha respondido con el fragmento anterior a la primera pregunta de los discípulos: ¿Cuándo serán estas cosas? Ahora responde a la segunda: ¿Qué señal habrá de tu venida? La primera será la aparición de muchos que anunciarán falsamente la inminencia del advenimiento del Cristo: contra ellos precave Jesús a sus discípulos: *Entonces, si alguno os dijere: Mirad, el Cristo está aquí, o allí: no lo creáis.* La razón es porque aquellos hombres harán tales prodigios, que parecerán obrar por virtud y como enviados de Dios: *Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas y prodigios:* ello será debido a la fuerza del demonio, cuya acción sobre la naturaleza es más poderosa que la del hombre, si Dios le permite desarrollarla: trabajarán entonces los espíritus de las tinieblas para corroborar con apariencias de

milagro las doctrinas de sus emisarios (Cf. 2 Thess. 2, 9.10; 2 Cor. 11, 15). Si no fuese que Dios tiene contado el número de sus predestinados, que utilizarán las gracias que no les deben faltar, hasta ellos correrían peligro de ser engañados por aquellos portentos: *De modo que (a ser posible) caigan en error aun los escogidos.*

Para que nadie pueda llamarse a engaño cuando la venida de los seudocristos, les repite la misma idea, concretándola en dos formas distintas: *¡Mirad, pues, vosotros! ¡Ved que todo os lo he predicho!*, y por lo mismo no podréis alegar ignorancia: *Por lo cual, si os dijeren: He aquí que el Cristo está en el desierto, como lo hizo el Bautista y algunos profetas antiguos, no salgáis.* Y si os dijeren: *Mirad que está en lo más retirado de la casa, predicando como he solido yo mismo hacerlo entre vosotros, no lo creáis:* el advenimiento del Hijo del hombre no será ni en una ni en otra forma. La aparición será súbita, universal, indudable: *Porque como el relámpago sale del oriente, y se deja ver hasta el occidente: así será también la venida del Hijo del hombre.* No estará en un punto, sino en todos a la vez; con tanta claridad que a nadie podrá ocultarse, ni será nadie engañado: será un milagro del poder de Dios, en virtud del cual aparecerá el Hijo del hombre probablemente en los aires, en la atmósfera, visible a todo el mundo (1 Thess. 4, 16).

Siendo ello así, que no estén con ansia, por si conocerán o no el advenimiento del Señor: ni vacilen ante la predicción y prodigios de los falsos cristos: como el águila tiene el instinto de la presa, que huele a distancia y atisba con ojo certero y se echa con fuerza irresistible sobre ella, así lo harán los justos al advenimiento del Señor: todos irán a él: *Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas.*

A la aparición de los falsos profetas, cuya duración no indica el Señor, seguirán inmediatamente señales en el sol, en la luna y en las estrellas: *Y luego después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá*, sea para solos los hombres, por la interposición de densísimas nubes, sea por un cataclismo de orden sideral: *y la luna no dará su*

*resplandor, y las estrellas caerán del cielo, no sobre la tierra, que son inmensamente mayores que ella, sino por una dislocación de los cuerpos celestes con respecto a la tierra: y las virtudes del cielo, las fuerzas que gobiernan el cosmos, temblarán, serán conmovidas. Todo ello indica un trastorno de carácter universal, semejante a los antiguamente anunciados por los profetas (Is. 13, 9 sig.; 14, 18.19; 34, 4 sig; Ez. 32, 7; Ier. 4, 28, etc.): como la justicia de Dios se ha manifestado con señales locales de orden atmosférico o meteorológico en casos particulares, en el juicio universal será toda la naturaleza la que tomará parte. Consecuencia de todo ello será el universal pavor de la humanidad de aquellos días. Y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas. Ante este desconcierto de la máquina del mundo, los habitantes de esta tierra quedarán atónitos, sin fuerzas ni aliento: secándose los hombres de temor y sobresalto, porque verán totalmente subvertido el orden del mundo visible: por las cosas que sobrevendrán a todo el universo.*

APARICIÓN DEL HIJO DEL HOMBRE (30.31). — A la terribilidad de los signos precursores del advenimiento del Hijo del hombre seguirá la magnificencia de su personal advenimiento: *Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo*: será la cruz, señal de Cristo por antonomasia, instrumento de la redención, que así será glorificada para gozo de los justos y terror de los réprobos, apareciendo luminosa en las regiones superiores, substituyendo su luz a la de los astros en tinieblas: la Iglesia hace suya esta interpretación — que tiene en su favor gran peso de tradición — en la fiesta de la Invención de la Santa Cruz (3 de mayo).

*Y entonces, por los trastornos de carácter cósmico que habrán precedido y por la aparición de la cruz, prorrumpirán en llanto todas las tribus de la tierra*: todos los hombres, justos y pecadores, porque nadie está cierto de su justicia, estarán consternados ante la inminencia del juicio. Y, en medio del universal terror y expectación, *verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad y*

*gloria*: es ello una alusión a la profecía de Daniel (7, 13; Cf. 1 Thess. 4, 15; 2 Thess. 1, 7; Apoc. 1, 7).

Entonces el supremo Juez y Rey magnífico enviará a sus heraldos, los ángeles, para que llamen a todo el mundo a juicio: *Y enviará sus ángeles, que, a la voz de trompeta sonora, con grande estrépito, con una señal evidente, más sonora que el sonido de las trompetas (1 Cor. 15, 22; 1 Thess. 4, 15), congregarán a sus escogidos de los cuatro vientos, de los cuatro puntos cardinales, desde lo sumo de los cielos hasta los términos de ellos, del uno al otro extremo de los cielos.*

Termina Jesús las terribles predicciones con unas palabras de consuelo y aliento para los suyos: *Cuando, pues, comenzaren a cumplirse todas estas cosas, cuando veáis que empieza a trastornarse en forma insólita la máquina del mundo, mirad, alzad los ojos y tras ellos los ánimos; y levantad vuestras cabezas, porque es propio de gente aturdida llevarlas inclinadas al suelo; porque cerca está vuestra redención;* después de la universal conmoción y del juicio, el premio indefectible y eterno que Dios os tiene preparado. Supone aquí Jesús que sus discípulos verán aquellos días, para que estén prevenidos no sabiendo la hora; o bien, como quieren otros intérpretes, habla en ellos a los que vivirán en los días del fin del mundo; si no es que se refiera a los elegidos todos después de la universal resurrección de la carne.

**Lecciones morales.** — A) v. 24. — *Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes maravillas...* — Nos enseña aquí el Señor, dice San Agustín, que a veces los hombres perversos pueden obrar tales prodigios cuales los santos no pudieron hacer. Y, no obstante, no son aquéllos superiores a éstos a los ojos de Dios: como no fueron los magos de Egipto mejores que el pueblo de Dios, aunque obraron prodigios que el pueblo no obró. Es que Dios no consiente que todos los justos hagan milagros, a fin de que no juzguen los ignorantes y débiles que el grado de santidad corresponde al mayor o menor poder taumatúrgico. En cuanto a los hombres malos que obran prodigios, los hacen porque el espíritu maligno tiene sobre la naturaleza un poder que no tiene el hombre: pero nótese que en este caso el malo que hace obras maravillosas las hace por

su propia gloria, no por la de Dios: en provecho particular, no como dispensador oficial del poder de Dios en pro de la justicia y de la verdad.

B) v. 27. — *Como el relámpago sale del oriente...* — Como ha predicho antes Jesús el advenimiento de los seudoprofetás, así anuncia ahora el suyo. Pero no será éste como el de aquéllos, que hará dudar si son o no verdaderos cristos, sino que el advenimiento del Señor será rápido, luminoso, universal, sin que ofrezca lugar a dudas. Como el rayo ilumina simultáneamente todo el horizonte, y su luz se mete hasta el interior de las casas, dice el Crisóstomo, así será, por su gloria y resplandor, el advenimiento del Señor. Nótese la contraposición entre la primera y la segunda venida de Cristo al mundo: cuando vino para salvarnos, lo hizo en lugar pobre, fué casi desconocido de todo el mundo, en la forma más humilde, que es la de un niño desvalido. Pero cuando vendrá para juzgarnos lo hará con todo el aparato de su gloria. Porque no se tratará ya de la benignidad y humanidad con que vino a conquistarnos, sino de la severidad con que vendrá a dar a cada uno lo que haya merecido según sus obras.

c) v. 28. — *Dondequiera que estuviere el cuerpo...* — Las águilas representan a los justos, cuya juventud se renueva como la del águila (Ps. 102, 5), y que al fin del mundo se congregarán todos donde está el Señor. O, según expone San Jerónimo, pueden entenderse de los herejes, que en todo tiempo se han lanzado con ímpetu contra la Iglesia, que es el cuerpo místico de Jesucristo. En el primer sentido, vayamos a Cristo, con el ímpetu con que se lanza el águila sobre su presa, con el ansia con que el cervatillo, en frase del Salmista, busca la fuente de aguas cristalinas: y unidos a Jesucristo, hechos una cosa con Él, defendámosle, a Él y a su santa Iglesia, contra los ataques de sus enemigos, águilas rapaces y voraces que se empeñan en destruir la unidad de la verdad, que es la fe, y la unidad del amor, que es la santa caridad.

D) v. 29. — *Y las estrellas caerán del cielo...* — No caerán sobre la tierra, incomparablemente más pequeña que ellas. Quizás, como dice Rábano Mauro fundándose en la lección de Marcos, sólo se eclipsarán: tal vez, como interpreta algún autor moderno, será un enjambre de bólidos que caigan sobre la tierra, y produzcan todos los trastornos anunciados por el Señor. Ni debe entenderse todo ello en el sentido de que se aniquile la

máquina del universo. Perecerá toda la humanidad en medio de grandes convulsiones de la naturaleza, acabándose así la historia del hombre: pero podrá seguir el universo cumpliendo los fines que Dios se proponga en ello. Para que aprendamos que cada uno de nosotros y la humanidad en general tiene en el mundo una misión moral y espiritual que llenar: y que Dios quiere acompañar las sanciones definitivas del bien y del mal obrar con gravísimos trastornos de la naturaleza, ya que ella fué como el teatro en que se desarrolló la historia humana y el instrumento que utilizaron los hombres en muchas de sus obras, buenas y malas.

E) v. 30. — *Y verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes del cielo...* — Le verán los hombres con los ojos corporales, viniendo, en su mismo aspecto humano, montado en nubes sobre los aires. Como cuando se transformó en el Tabor salió una voz de la nube, ahora aparecerá transformado para todo el mundo, no sobre una nube, sino sobre muchas, que serán su carroza, dice Orígenes. Si cuando debió entrar en Jerusalén sus discípulos cubrieron la tierra con sus vestidos para que no tuviera que hollarla su planta, ¿cómo no honrará el Padre al Hijo poniendo bajo sus pies las nubes del cielo, cuando venga a la tierra para la grande obra de la consumación?

## 175. — D) TIEMPO DE LA RUINA DEL TEMPLO Y DEL MUNDO: Mt. 24, 32-41

(Mc. 13, 28-32; Lc. 21, 28-33)

### Conclusión del Evangelio de la Dominica 24.<sup>a</sup> después de Pentecostés (vv. 32-35)

“Aprended de la higuera una comparación: Cuando sus ramos están ya tiernos, y las hojas han brotado, <sup>1</sup> y todos los árboles cuando dan su fruto, sabéis que está cerca el verano. “Pues del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca, a las puertas, <sup>2</sup> el Reino de Dios.” En verdad os digo, que no pasará esta generación, hasta que se cumplan todas estas cosas. “El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

“Mas de aquel día, ni de aquella hora, nadie sabe, ni los ángeles de los cielos <sup>3</sup> ni el Hijo, sino sólo el Padre.” Y como

en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. <sup>33</sup> Porque así como en los días antes del diluvio continuaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca: <sup>34</sup> y no lo entendieron hasta que vino el diluvio, y los llevó a todos: así será también la venida del Hijo del hombre. <sup>35</sup> Y entonces estarán dos en el campo: el uno será tomado, y el otro será dejado. <sup>36</sup> Dos mujeres molerán en un molino: la una será tomada, y la otra será dejada.

**Explicación.** — En este fragmento, final de la primera parte del discurso escatológico, responde Jesús a la tercera pregunta de sus discípulos: ¿Cuándo sucederá esto?, refiriéndose a la ruina de la ciudad y a la del mundo. La destrucción de la capital judía ocurrirá antes que pase la generación contemporánea de Jesús (vv. 32-35): la destrucción del mundo llegará de improviso, sin que nadie sepa la hora, sino Dios (vv. 36-41).

TIEMPO DE LA RUINA DE JERUSALÉN (vv. 32-35). — Por tercera vez saca Jesús una comparación de la higuera (Mt. 21, 18-22; Lc. 13, 6-9): árbol abundante en la Palestina, la metáfora o comparación que de él se tomara debía ser fácilmente entendida: *Aprended de la higuera una comparación.* Hablaba Jesús en plena primavera, cuando empezaba aquel árbol primerizo a echar sus brotes: *Cuando sus ramos están ya tiernos, por la circulación de la savia, y las hojas han brotado, y todos los árboles cuando dan su fruto, sabéis que está cerca el verano,* que sigue a la primavera de una manera fatal: *Pues del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto,* especialmente lo predicho en los vv. 15-22, si esta comparación se entiende sólo de la ruina de Jerusalén, o lo anunciado en los siguientes si, como quieren algunos, debe referirse al fin del mundo, *sabed que está cerca, a las puertas, el Reino de Dios:* es inminente lo que se anuncia, como lo es el estío después de la primavera.

Y añade Jesús esta afirmación en tono solemne: *En verdad os digo, que no pasará esta generación, hasta que se cumplan todas estas cosas.* Si las palabras se refieren a la ruina

de Jerusalén, el sentido es obvio: muchos de los que vivían en tiempo de Jesús pudieron presenciar la gran catástrofe, ocurrida pocos años más tarde. Si se refieren al fin del mundo, "generación" debe entenderse de la especie humana, o mejor, de la raza judía, cuya perduración hasta el fin de los siglos quedaría así profetizada por Jesús.

Al juramento añade el Señor una afirmación, rotunda y llena de majestad, de la certeza absoluta con que se cumplirán sus palabras: *El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán*: más incommovibles son mis palabras que la máquina del mundo, que parece indestructible: o mejor, los cielos y la tierra sufrirán las convulsiones anunciadas, pero la palabra de Jesús no puede fallar ni quedar sin efecto.

TIEMPO DE LA RUINA DEL MUNDO (36-41). — Ha predicho Jesús de un modo parecido el tiempo de la destrucción de la ciudad. Cuanto a la destrucción del mundo, nadie sabe cuándo sucederá: *Mas de aquel día, ni de aquella hora, nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo*, porque aunque lo sepa como Dios y como hombre, por la plenitud de su ciencia, no lo sabe como legado del Padre a los hombres, y por lo mismo no se lo puede revelar: *sino sólo el Padre*, y como es obvio, el Hijo y el Espíritu Santo, consubstanciales con el Padre.

Tan ignorado es aquel día, que vendrá de improviso, como vino el diluvio en los días de Noé: *Y como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre*. Para hacer más gráfica la descripción de lo subitáneo de la llegada de aquella hora, propone unos ejemplos sacados de la vida ordinaria de los judíos: *Porque así como en los días antes del diluvio continuaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, completamente despreocupados de la catástrofe que amagaba, hasta el día en que entró Noé en el arca: y no lo entendieron hasta que vino el diluvio, porque no había señales de él, y los llevó a todos: así será también la venida del Hijo del hombre*. Al ejemplo de la historia añade los de la vida casera: *Y entonces estarán dos en el campo, ocupados en el mismo trabajo: el uno será tomado, por los ángeles, que reunirán a los elegidos para el Reino de Dios (v. 31), y el otro*



*será dejado, excluido del reino y destinado a la condenación. Dos mujeres molerán en un molino: la una será tomada, y la otra será dejada.*

Nótese que en ninguna ocasión de este discurso escatológico hace Jesús alusión a la muerte de los contemporáneos de los acontecimientos del fin del mundo. ¿Morirán todos los hombres de aquellos días, aunque no sea más que por un instante, para resucitar luego y comparecer con los demás a juicio, como han pretendido algunos intérpretes? Ningún pasaje de la Escritura nos impone la creencia de la muerte universal de los hombres antes del juicio: tomando este pasaje en su sentido literal, y concordando con otros de la Escritura, una regla elemental de exégesis nos induce a admitir que no morirán los hombres de la última generación (Cf. 1 Thess. 4, 14-17; 2 Cor. 5, 2-5).

**Lecciones morales.** — A) v. 32. — *Aprended de la higuera una comparación...* — Si en el sentido literal de estas palabras quiere enseñarnos Jesús la correlación entre los signos del fin del mundo y la consumación de los tiempos, podemos, en el sentido moral, entenderlas de las lecciones que de la naturaleza podemos sacar en orden a nuestra vida cristiana. Hay relación tan íntima entre el mundo físico y moral, entre el orden natural y el sobrenatural, que en ella hallamos la razón de las parábolas y de las comparaciones con tanta frecuencia usadas por Jesús en el Evangelio. Ello se debe a que todas las cosas proceden de un mismo principio, que es Dios, y, por lo mismo, todas son hermanas, como ha dicho alguien. Miremos siempre en la naturaleza la maestra del bien vivir: y pensemos que, como dice San Agustín, también las cosas son palabras de Dios, más elocuentes a veces que la palabra hablada o escrita.

B) v. 35. — *El cielo y la tierra pasarán...* — Como si dijera, dice San Jerónimo: Cosa más fácil es que se derrumbe y destruya lo que parece incommovible, como es la máquina del mundo, que falte un solo ápice de mi palabra. Porque, nota San Hilario, el cielo y la tierra, por ser cosas creadas, no importan ninguna necesidad de ser: pero las palabras de Jesucristo, sacadas del seno de la eternidad, contienen en sí mismas la fuerza que debe hacerlas eternamente perdurables. Debe ser ello de gran consuelo para los discípulos de Jesús, al pensar que sus pala-

bras tienen hoy, y tendrán siempre, la misma fuerza que el día que fueron pronunciadas: como, por el contrario, deben pesar terriblemente sobre la conciencia de pecadores e impíos, por la misma razón de la perennidad de su eficacia intrínseca en orden a las amenazas y castigos que contienen.

c) v. 36. — *De aquel día, ni de aquella hora, nadie sabe...* — Sólo el Padre sabe el día de la consumación de los tiempos: el Padre comunica esta ciencia, como toda ciencia, al Hijo, que es su Sabiduría: pero se dice en los Evangelios que ni el Hijo sabe la hora que el Padre se reserva, no porque absolutamente la ignore, dice San Agustín, sino que no la sabe para comunicarla a los hombres. Orígenes añade una bella razón: la Iglesia, dice, es el cuerpo místico de Cristo: mientras la Iglesia no haya recibido la revelación del último día del mundo, puede en cierta manera decirse que ni el mismo Hijo la sabe. Pero que Jesucristo sabía la hora postrera del mundo, aparece, dice San Jerónimo, de aquellas palabras: "No os corresponde saber los tiempos y momentos que el Padre puso en su poder" (Act. 1, 7). La razón de esta reserva absoluta del Padre y del Hijo en lo tocante al fin del mundo, para cada uno de nosotros y para la historia en general, es que estemos siempre en vela, para recibir al Hijo de Dios siempre que él fuere servido venir a llamarnos.

d) v. 39. — *Y no lo entendieron hasta que vino el diluvio...* El diluvio es aquí el símbolo de la muerte, que abre las cataratas del cielo sobre el infeliz mortal. Cataratas de luz y de bendiciones, si la muerte es la del justo; de terrores y de maldición y de tormento eterno, si el que muere es pecador. Feliz el que, como Noé, con la mente puesta en el diluvio que se aproxima, labra el arca de su vida en forma que en ella pueda seguramente cobijarse a la hora imprevista de la muerte. Loco y digno de lástima el que no entiende el problema de la vida, que se reduce a resolver bien el problema de la muerte. Vendrá el diluvio y, sin albergue de buenas obras donde se ampare, perecerá en las aguas de la indignación de Dios.

e) v. 40. — *El uno será tomado, y el otro será dejado.* — El campo en que será uno tomado y el otro dejado, dice San Jerónimo, representa la igualdad de ocupaciones y profesiones y la desigualdad de suerte definitiva. Mientras unos se santifican y lucran el cielo en una labor, otros atesoran en el mismo trabajo la ira de Dios que un día les condenará. Es que no es la

profesión la que hace santos, aunque sea santa, sino las condiciones de los que en ella se ocupan. Todos los estados son buenos, y todos pueden ser camino del cielo, si es que los abrazamos con vocación: pero todos los estados pueden ocasionar nuestra ruina si no cumplimos los deberes que nos imponen.

## 176. — SEGUNDA PARTE: EXHORTACIÓN A LA VIGILANCIA Y TRABAJO: A) LA VIGILANCIA: PARÁBOLAS DEL LAZO Y DEL LADRÓN

Mt. 24, 42-44; Lc. 21, 34-36

(Mc. 13, 33)

<sup>mc</sup> *Mirad*, <sup>m</sup> <sup>42</sup> pues, velad <sup>mc</sup> y *orad*, porque no sabéis <sup>mc</sup> *cuándo será el tiempo*, a qué hora ha de venir vuestro Señor. <sup>43</sup> Mas entended, que si el padre de familias supiese a qué hora ha de venir el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría que fuera minada su casa. <sup>44</sup> Por tanto, estad apercebidos también vosotros: porque a la hora que menos pensáis, ha de venir el Hijo del hombre.

<sup>L</sup> <sup>34</sup> ¡Mirad por vosotros!, no sea que vuestros corazones se emboten con la crápula, la embriaguez y los afanes de esta vida: y os sobrevenga de repente aquel día: <sup>35</sup> porque como un lazo vendrá sobre todos los que están sobre toda la tierra. <sup>36</sup> Velad, pues, orando en todo tiempo, para que seáis dignos de evitar todas estas cosas, que han de venir, y de estar en pie delante del Hijo del hombre.

**Explicación.** — Los terribles e imprevistos acontecimientos predichos por el Señor en la primera parte del discurso escatológico, reclaman vigilancia asidua y trabajo, de lo contrario vendrá el Señor y nos encontrará desprevenidos y con las manos vacías de buenas obras. Es la tesis de esta segunda parte, que ilustra Jesús con las parábolas del ladrón, del lazo, de los siervos, de las vírgenes y de los talentos. Las dos primeras son objeto de este número.

**HAY QUE VIGILAR: PARÁBOLA DEL LADRÓN (Mt. vv. 42-44).** Si el advenimiento del Hijo del hombre ha de ser rápido e imprevisto, como vino la inundación del diluvio, la consecuen-

cia es natural: hay que estar en vela: *Mirad, pues, velad y orad.* No quiere el Señor que sus discípulos sepan el tiempo ni la hora del advenimiento, para que estén siempre sus ánimos en suspenso, esperándole: *Porque no sabéis cuándo será el tiempo, a qué hora ha de venir vuestro Señor.*

Ilústrase esta tesis, primero con la parábola del padre de familias y el ladrón, clásica en el Nuevo Testamento para concretar esta verdad (Cf. 1 Thess. 5, 2; 2 Petr. 3, 10; Apoc. 3, 3). Jesús reclama la atención de sus discípulos: *Mas entended, que...* Un jefe de casa que sabe ha de venir el ladrón, no duerme, sino que se hace todo ojos y oídos para advertir su llegada: *Si el padre de familias supiese a qué hora ha de venir el ladrón, velaría sin duda.* Solían en la Palestina construirse las casas con muros de adobe o barro apisonado, o con ladrillos crudos: no era difícil abrir de noche un boquete por el exterior sin que lo advirtiesen los moradores: en este caso, el padre de familias evitaría la intrusión de la gente maleante: *Y no dejaría que fuera minada su casa.* Como éi deben estar en vela los discípulos de Cristo, porque el Hijo del hombre vendrá impensadamente como ladrón, de noche: *Por tanto, estad apercebidos también vosotros: porque a la hora que menos pensáis, ha de venir el Hijo del hombre.*

PARÁBOLA DEL LAZO (Lc. vv. 34-36). — Nuestro interés personal, pues en ello van envueltos nuestros destinos eternos, exige que evitemos todo aquello que pueda embotar este agudo sentido de la vigilancia: lo que adormece nuestro espíritu es la sensualidad en todas sus formas y la absorción de los negocios mundanos: *¡Mirad por vosotros!, no sea que vuestros corazones se emboten con la crápula, la embriaguez y los afanes de esta vida.* ¡Ay de aquellos que se entreguen a la crápula, y a la disipación, que verán precipitarse sobre ellos el día tremendo!: *Y os sobrevenga de repente aquel día...*

EL LAZO (35.36). — Los peces son cogidos en la red y las aves en trampas y lazos cuando menos advertidos están: así serán cogidos de improviso todos los hombres en la gran redada del último día: *Porque como un lazo vendrá sobre*

*todos los que están sobre toda la tierra* (Cf. Eccl. 9, 12; Is. 8, 14.15; 24, 17).

Como consecuencia de ello, incúlcase otra vez la idea de la vigilancia: *Velad, pues...* A los obstáculos de la vigilancia, la sensualidad y la disipación, se contrapone el espíritu y la práctica de la oración: *Orando en todo tiempo*. De esta suerte se evitarán los grandes males de aquel último día, que fatalmente deben venir, el juicio adverso y la condenación: *para que seáis dignos de evitar todas estas cosas, que han de venir*: y podremos presentarnos sin temor de reprobación ante el tribunal del Señor: *y de estar en pie delante del Hijo del hombre*, no sucumbiendo en juicio, en aquel día de su venida.

**Lecciones morales.** — A) Mc. v. 42. — *Mirad, pues, velad...* — Está en vela, dice San Gregorio, quien tiene los ojos abiertos para ver toda luz verdadera que ante ellos brille: está en vela quien practica aquello que cree: está en vela quien ahuyenta de sí las tinieblas de la pereza y de la negligencia. Y esta palabra, añade San Agustín, la dijo Jesús no sólo para los discípulos a quienes hablaba, sino para cuantos nos precedieron, y para nosotros mismos, y para cuantos vivirán después de nosotros hasta el día de su advenimiento final, que será el día de todos. Porque entonces viene para nosotros aquel día, cuando viene “nuestro” día, pues tales seremos juzgados el último día del mundo cuales salgamos de esta vida el día último de la nuestra. Por esto debe estar en vela todo cristiano, para que no lo halle mal dispuesto el día del advenimiento del Señor: sin preparación hallará aquel día a quien sin preparación cogió su último día.

B) vv. 43.44. — *Ha de venir el ladrón... a la hora que menos pensáis...* — Guardamos celosamente las riquezas para que no caigan en manos de ladrones, y dejamos abierta la casa de nuestra alma para que penetren en ella los ladrones de las verdaderas riquezas, que son las de nuestro espíritu, dice el Crisóstomo. ¡Peligro tremendo el que corren nuestros destinos eternos! Porque a la hora que menos pensemos vendrá el Hijo del hombre. Vendrá la muerte, en la que nadie piensa, porque hasta los que piensan morir, o no piensan en el advenimiento de quien les ha de juzgar, o piensan que aun tienen tiempo de más vivir.

Y el día del Señor es inexorable: nos cogerá cuales seamos y como estemos: vigilantes y llenos de buenas obras en el Señor, o descuidados y con nuestra alma en posesión del infernal ladrón, para quien el último día del pecador es el día del dominio definitivo y eterno sobre él mismo.

c) Lc. v. 34. — *¡Mirad por vosotros!*... — No dice Jesús: Mirad por lo vuestro, o por los vuestros, o por los que tenéis a vuestro rededor; sino: “Mirad por vosotros”, dice Teofilacto: y nosotros somos nuestro entendimiento y nuestra alma, nuestro cuerpo y nuestros sentidos: así como lo nuestro es las posesiones, riquezas, etc., sobre las que no nos advierte cuidemos. Nosotros somos los que debemos evitar la sensualidad y el vértigo que dan las cosas de la vida, para que no nos aturdamos y seamos cogidos en el lazo cuando menos pensemos. En esto son más prudentes los irracionales que nosotros; por cuanto ellos escogen por instinto aquello que les conviene, dejando lo que les es nocivo; mientras nosotros hacemos servir nuestra razón y nuestros sentidos para nuestra ruina.

d) v. 36. — *Y de estar en pie delante del Hijo del hombre.* — No estar en pie ante el Hijo del hombre es sucumbir en el último juicio que Él hará de los actos de nuestra vida. Es, además, caer de nuestro destino eterno, que no es otro que ver a nuestro Dios cara a cara en el cielo, por los siglos de los siglos. Pero, ¿quién, Dios mío, podrá no sucumbir ante Vos, Juez santísimo y justísimo? ¿Quién será capaz de ver vuestra cara y no morir? Nosotros; podemos decir confiados en la gracia de Jesucristo. Si le seguimos imitándole, nos llamará en su mismo tribunal “benditos de su Padre”, y nos introducirá Él mismo en el reino que se nos ha preparado desde el principio del mundo. Como Dios nos da su gracia en este mundo para que seamos santos y podamos presentarnos ante el tremendo Juez y ser colocados a su diestra, así nos dará en el cielo una gracia especialísima, que los teólogos llaman “luz de la gloria”, para que podamos verle cara a cara, tal como es. La visión de la esencia de Dios y el gozo que la acompaña es el fin de nuestra vocación y de nuestra vida de cristianos.

## 177. — B) PARÁBOLAS DE LOS SIERVOS

Mt. 24, 45-51; Mc. 13, 34-37

“ ¿Quién crees que es el siervo fiel y prudente, a quien su señor puso sobre su familia, para que les dé de comer a tiempo? “ Bienaventurado aquel siervo a quien hallare su señor así haciendo, cuando viniere. “ En verdad os digo, que lo pondrá sobre todos sus bienes. “ Mas si dijere aquel siervo malo en su corazón: Tarda mi señor en venir: “ y comenzare a maltratar a sus compañeros, y a comer y beber con los que se embriagan: “ vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera, y a la hora que no sabe: “ y lo separará, y pondrá su parte con los hipócritas. Allí será el llorar y el crujir de dientes.

“ Así como un hombre que, partiéndose lejos, dejó su casa, y encargó a cada uno de sus siervos todo lo que debían hacer, y mandó al portero que velase. “ Velad, pues, (porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa: si de tarde, o a media noche, o al canto del gallo, o a la mañana). “ No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo. “ Y lo que a vosotros digo, a todos digo: Velad.

**Explicación.** — Jesús, como consecuencia de lo imprevisto y rápido de los sucesos que ha predicho, ha sentado esta tesis: Es preciso estar en vela, y la ha ilustrado con las parábolas del ladrón y del lazo. Con las parábolas de esta lección enseña la manera de velar y les estimula con la esperanza del premio.

PARÁBOLA DEL SIERVO FIEL Y DEL INFIEL (Mt. 45-51). — Para excitar la atención de sus discípulos, empieza el Señor la parábola con una pregunta, cuya respuesta deja a su recto juicio: *¿Quién crees que es el siervo fiel y prudente, a quien su señor puso sobre su familia, para que les dé de comer a tiempo?* La parábola va dirigida en primer término a los mismos Apóstoles y a los que les sucederán en la dispensación de los misterios de Dios, obispos, prelados, sacerdotes y doctores: ellos son los encargados por el Señor Jesús del

régimen de su familia, que es la Iglesia: ellos deben velar y administrar la doctrina, la gracia, la corrección, si es necesario, a los hijos del Padre de familias. Deben ser fieles, no teniendo otra norma en su ministerio que la voluntad de su Señor: prudentes, de celo discreto, para acomodar su acción a las condiciones de hombres y tiempos. El siervo que así lo hiciere y perseverare en su bien obrar, será feliz: *Bienaventurado aquel siervo a quien hallare su señor así haciendo, cuando viniere*: el Padre de familias le galardonará munificamente: *En verdad os digo, que lo pondrá sobre todos sus bienes*, por cuanto se le dará en posesión El mismo, que es el Bien Sumo y fuente de todos los bienes. En ello se designa la gloria especial que gozarán aquellos que hayan sido fieles ministros del Señor (1 Tim. 5, 17; Dan. 12, 3). Con la debida proporción, debe esta parábola aplicarse a todo fiel, aunque no ejerza ministerio.

Contrasta con el anterior la conducta y la suerte del siervo infiel que, fiado en la tardanza del señor y más atento a sus concupiscencias que a sus graves deberes, busca interiormente la manera de satisfacer sus perversas inclinaciones: *Mas si dijere aquel siervo malo en su corazón: Tarda mi señor en venir...* Los pecados más comunes de los malos siervos son: las injusticias, con las que defraudan y atropellan a sus subordinados, y la satisfacción de las bajas pasiones dilapidando los bienes que el señor puso en sus manos: *Y comensare o maltratar a sus compañeros, y a comer y beber con los que se embriagan*. La vana confianza en que descansó no le salvará, porque también a él le llegará de improviso la hora: *Vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera, y a la hora que no sabe*. Tanto cuanto el siervo fué feliz, será el infiel desgraciado, porque el señor lo arrojará de su familia, si no es que le parta en dos con su espada, como parece indicar el griego y no era infrecuente castigo en la antigüedad: *Y lo separará*. Su destino definitivo será con los hipócritas, con los desgraciados ministros del Señor, que habiendo profesado un estado y un ministerio santos, lo han utilizado para la maldad: *Y pondrá su parte con los hipócritas*. Ello importará la condenación eterna, suma de toda pena



y de todo llanto: *Allí será el llorar y el crujiir de dientes* (Cf. Mt. 13, 42: núm. 65).

**PARÁBOLA DE LOS SIERVOS QUE ESTÁN EN VELA** (Mc. 34-37). — Repítase la misma enseñanza con esta pequeña parábola. El señor es así como un hombre que, partiéndose lejos, dejó su casa: Jesús, según su presencia corporal y visible, dejó su Iglesia cuando subió a los cielos: pero dejó a cada uno de nosotros su oficio o misión especial, según nuestro estado: *Y encargó a cada uno de sus siervos todo lo que debían hacer*. Les encargó asimismo la vigilancia en el cumplimiento de sus deberes: concrétese de una manera especial el encargo en aquel que tiene por misión principal la vigilancia, que es el custodio de la casa: *Y mandó al portero que velase*. Lo que el señor de la casa hizo con sus familiares, lo hace Jesús con nosotros: *Velad, pues*. La razón es la incertidumbre de su venida: *Porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa*. De las seis de la tarde a las seis de la mañana, dividían los romanos la noche — y los judíos lo aceptaron después de Pompeyo — en cuatro vigiliás de tres horas: en cualquiera de ellas puede presentarse el dueño: *Si de tarde, o a media noche, o al canto del gallo, o a la mañana*. Como la venida del jefe de la casa será súbita, sin aviso previo, es preciso no dormir, para evitar la sorpresa: *No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo*. Concluye el Señor con esta frase enfática: *Y lo que a vosotros digo, a todos digo: Velad*: todo hombre es siervo del Señor Jesús: todo cristiano debe velar: vendrá el Señor con la impensada muerte para cada uno de nosotros, antes que venga para todos el último día del mundo.

**Lecciones morales.** — A) Mt. v. 45. — *¿Quién crees que es el siervo fiel y prudente...?* — No es cosa común hallar la fidelidad y la prudencia hermanadas en quienes han recibido de Dios la misión de gobernar y administrar al pueblo, sean eclesiásticos o seculares, pues también de éstos se ha dicho esta parábola, según el Crisóstomo. La fidelidad dice relación al Señor, que ha puesto en nuestras manos los tesoros de su doctrina y de su ley para que los administremos tales cuales son y tal

como Él quiere. La prudencia se refiere especialmente a la utilización de estos mismos tesoros en orden al bien de nuestros subordinados. Ello reclama unión de pensamiento, de voluntad, de intención, de acción, con Jesús: sin esto sería imposible la fidelidad: y exige atención, conocimiento, sagacidad, oportunismo y, sobre todo, caridad con nuestros administrados, sin lo cual faltaría la prudencia. Situado el ministro de Dios entre Jesús y sus administrados, debe estar unido, con toda su vida, a! Maestro y a las ovejas, para que en él y por él se junten Dios y los hombres, cuanto más mejor, en virtud de estas dos grandes leyes de su vida ministerial: la fidelidad y la prudencia. La responsabilidad es tremenda.

b) v. 47. — *Lo pondrá sobre todos sus bienes.* — Es munífico el Señor para cuantos le sirven: pero especialmente para cuantos, unidos a Él por la vocación y el ministerio, son sus cooperadores en la obra de la evangelización del mundo. Recuérdense las delicadas palabras que tiene Jesús para sus Apóstoles en el Evangelio; son sus “amigos”, sus “hijitos”; quien les oye, a Él oye; quien les desprecia, a Él desprecia (Ioh. 13, 33; 15, 14; Lc. 10, 16); según el profeta, quien les toca, toca la pupila del ojo del Señor (Zach. 2, 8). Esta predilección, hija de la unión sacerdotal con el Sacerdote eterno y único de la nueva Ley, importa un galardón especial para quienes con fidelidad y prudencia llenan sus deberes ministeriales. ¿Quién podría barruntar siquiera ni describir las finezas que tiene reservadas el Sacerdote Jesús para sus buenos sacerdotes?

c) v. 48. — *Tarda mi señor en venir...* — Todos nos formamos la ilusión de que retrasa el Señor su venida para pedirnos cuenta de nuestra vida. Tan aferrados estamos a ella, que se nos antoja a veces que somos inmortales. Se necesita la experiencia de cada día para convencernos de que será un hecho fatal nuestra muerte. Aun así, ¿quién no piensa vivir un año más? Miramos a los que viven siendo más viejos que nosotros, y no vemos a los miles que han sucumbido sin llegar a nuestra edad. Como dice el refrán, no pasaremos de viejos; y para ser viejos no necesitamos esperar largos años: aunque sean largos, la espera es corta, porque pasan fugaces, y nunca son muchos en número, aunque sean cien. No tardará el Señor en venir...

d) v. 51. — *Lo separará, y pondrá su parte con los hipócritas.* — Hipócrita, dice San Jerónimo, es ser una cosa y aparentar otra, ser malo y parecer bueno, ejercer un ministerio sa-

grado y ser indigno de él. A este tal le sucederá lo que a aquellos dos que estaban en un mismo campo, o lo que a aquellas dos que movían una misma muela: aparentaban ser y hacer lo mismo, y uno fué tomado por los ángeles buenos, y otro dejado, es decir, condenado. ¡Qué pena para dos que han ejercido un mismo ministerio, quizás unidos por lazos de amistad, que uno se salve, y otro tenga su porción con los hipócritas! Lo mismo puede decirse de todos los cristianos. Hagamos nuestra vida digna de nuestro nombre y de nuestro estado.

E) Mc. v. 35. — *No sabéis cuándo vendrá...: si de tarde, o a media noche...* — ¡Triste condición la del hombre! Nace como una flor, y como una flor es tronchado por el tiempo: su vida es efímera, aunque dure cien años. Pero aun su brevedad está llena de la zozobra de la muerte: puede ésta venir a la mañana de la niñez, al canto del gallo de la juventud florida, a la tarde de la edad madura, a la noche de la senectud. ¡Bien venida la muerte, si viene a buena hora! “¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!” (Apoc. 14, 13). La muerte en este caso no es más que un tránsito, un paso a otra vida mejor. Pero sólo logran vida mejor aquellos a quienes la muerte coge en vela. ¡Ay de los dormidos cuando venga el Señor! Velad.

## 178. — C) PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES

### MT. 25, 1-13

#### **Evangelio de la Misa del Común de Santas Vírgenes**

<sup>1</sup>Entonces será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo y de la esposa. <sup>2</sup>Mas cinco de ellas eran fatuas, y cinco prudentes: <sup>3</sup>y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite. <sup>4</sup>Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. <sup>5</sup>Y como tardara el esposo, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas. <sup>6</sup>Mas a media noche se oyó gritar: ¡Mirad que viene el esposo! ¡Salid a su encuentro! Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. <sup>7</sup>Y dijeron las fatuas a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. <sup>8</sup>Respondieron las prudentes, diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes a los

que lo venden, y comprad para vosotras.<sup>10</sup> Y mientras ellas fueron a comprarlo, vino el esposo: y las que estaban prestas entraron con él a las bodas, y fué cerrada la puerta.<sup>11</sup> Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!<sup>12</sup> Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco.<sup>13</sup> Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

**Explicación.** — Pertenece esta parábola al llamado “ciclo de la vigilancia”: es propia de Mateo y una de las más hermosas del Evangelio. Su exposición es de extraordinaria delicadeza y su conclusión impresiona por lo rápida y trágica. Se ha dicho con razón que tiene esta parábola el encanto de Lucas, la vivacidad de Marcos, con algo de tierno y melancólico que hace recordar a Juan.

*Entonces, en el tiempo en que Cristo ha de venir, será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes...*; es decir, en el reino mesiánico, en la Iglesia y en el cielo sucederá algo semejante a lo que les ocurrió a las diez vírgenes... Toma Jesús la parábola de las costumbres judías en la celebración de la boda: la esposa o prometida está en casa de sus padres, hacia la caída del día, rodeada de diez amigas, esperando al esposo, que saldrá de la suya con sus amigos para ir a buscarla y llevarla consigo: se formará alegre cortejo de jóvenes de ambos sexos, cada uno de los cuales llevará su lámpara encendida colgada de un palo, y entre cantos y al son de músicos instrumentos se dirigirán a casa del esposo, donde se celebrará suntuoso festín, entrada ya la noche (Vide t. I, página 134). El número diez es número de totalidad o universalidad: con los diez números se escribe toda cantidad (Cf. Gen. 31, 7.41; Lev. 26, 26; Luc. 19, 13). La virginidad es aquí idea secundaria: todo lo más podría significar la pureza de cuerpo y espíritu, ya que en las diez vírgenes la mayor parte de los intérpretes entiende la totalidad de los fieles cristianos.

Tomaron las diez vírgenes sus lámparas, semejantes a pequeñas escudillas donde había una corta cantidad de aceite con un pabilo, colgaronlas en sendos bastones o pértigas y fueron a casa de la esposa para recibir con ella al esposo y su acompañamiento: *Que, tomando sus lámparas, salieron al en-*

*cuently del esposo y de la esposa.* En las lámparas encendidas viene significada la gracia santificante o caridad. El esposo es Jesús, que viene a celebrar sus bodas con la Iglesia (Mt. 9, 15; 2 Cor. 11, 2; Apoc. 19, 7, etc.): todos debemos formar en el cortejo de la Esposa para entrar en el celestial convite.

No fué igual en las diez vírgenes el espíritu de previsión y diligencia: cinco de ellas eran ligeras, casquivanas; las otras cinco, sesudas, de sentido práctico: *Mas cinco de ellas eran fatuas, y cinco prudentes.* Las primeras, que juegan en esta parábola el principal papel, tomaron las lámparas con su aceite, pero sin llevar repuesto en alcucias o vasos: *Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite.* En cambio, las prudentes, a más del aceite de las lamparillas, llevaron consigo mayor cantidad en sendas vasijas: *Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas.* El aceite significa las buenas obras y el ejercicio de las virtudes, fuga del pecado, oración, uso de los sacramentos, etc., con todo ello se alimenta la llama de la caridad, como la de la lámpara con el aceite.

Tardó en venir el esposo: es el espacio de tiempo que se nos concede para el bien obrar. Las diez vírgenes, como suele suceder a quienes de noche tienen que esperar mucho, empezaron por dormitar y luego se durmieron completamente: *Y como tardara el esposo, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas.* En este sueño se simboliza el olvido y despreocupación, en que suelen incurrir buenos y malos, en lo tocante a la venida del Señor. Pero súbitamente, en pleno olvido de la venida del esposo, significado por las tinieblas de la media noche, se oye el vocerío de los que han visto de lejos venir al esposo con su acompañamiento y que llaman a quienes deben juntarse a la comitiva: *Mas a media noche se oyó gritar: ¡Mirad que viene el esposo! ¡Salid a su encuentro!* Este clamor súbito en medio de las tinieblas representa la voz de la trompeta con que los ángeles del Señor llamarán a los humanos a juicio cuando menos piensen.

Despertaron al clamor las dormidas vírgenes, se levantaron y despabilaron sus lámparas: *Entonces se levantaron to-*

*das aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas.* Las cinco necias advierten entonces su imprevisión: sus lamparillas tienen ya escaso aceite, y van a quedar sin luz: como no llevaron aceite para rellenarlas, se lo piden a las prudentes: *Y dijeron las fatuas a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.* Este versículo y el siguiente son de mero adorno literario de la parábola, pues el día de la venida del Señor no podrá haber ya intercambio de buenas obras: cada cual deberá esperar solamente de las suyas. En la respuesta de las prudentes aparece el legítimo temor de que en el tremendo día ni la abundancia de buenas obras dará la seguridad de la salvación: "apenas si el justo estará seguro", dice la Iglesia: *Respondieron las prudentes, diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes a los que lo venden, y comprad para vosotras.* Es caritativo consejo, pero ineficaz y fuera de tiempo.

No es tiempo de comprar lo que falta cuando ha llegado el esposo: no hay tiempo de trabajar ni de hacer penitencia cuando viene la noche del juicio, sino que es hora de pagar los descuidos y la necesidad pasada: *Y mientras ellas fueron a comprarlo, vino el esposo: y las que estaban prestas entraron con él a las bodas, y fué cerrada la puerta: no pueden entrar en el festín del Señor sino aquellos a quienes halla preparados en su visita.*

Llegaron las vírgenes necias cuando todo el cortejo había ya entrado en casa del esposo: llamaron a las cerradas puertas con voz acongojada y suplicante: *Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!* Todo inútil: la respuesta del Señor es cerrada negativa, repulsa trágica, que importa la separación definitiva de las necias: *Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco.* El Señor sólo conoce a los que son suyos por la caridad, a los que son miembros de su cuerpo místico.

Termina la parábola con la aplicación, que no es más que la reiteración del precepto de la vigilancia, tan inculcado en el discurso escatológico: *Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.*

**Lecciones morales.** — A) v. 2. — *Mas cinco de ellas eran fatuas...* — Es escaso el número de los prudentes según Cristo, e incontable el número de los necios, que no tienen el sentido práctico de las cosas de Dios. Porque si, como dice San Gregorio, es prudente aquel que cree bien y vive bien, y es necio y fatuo aquel que tiene la fe de Jesús, pero no cuida de prepararse con buenas obras, ¿quién será capaz de medir la desproporción que en la Iglesia hay entre los necios y los prudentes? El número de los que se salvan, que son en definitiva los prudentes de esta parábola, sólo por Dios es conocido: pero tengamos la certeza de que no se salvan sino aquellos que llegan al día del Señor con la llama de la caridad encendida en sus almas. ¿Somos prudentes o necios?

B) v. 4. — *Las prudentes tomaron aceite en sus vasijas...* — La caridad, que es la luz de nuestra lámpara, es decir, de nuestra vida, es de suyo inamisible. Los dones del Señor son sin arrepentimiento, y no retira jamás el ósculo de su amor que con él nos une. Pero las terribles concupiscencias, que militan en nuestros miembros y son las formidables adversarias de la caridad, pueden arrebatárnosla, matando la luz y el calor de Cristo en nosotros. Es preciso atenuar la fuerza de la concupiscencia y aumentar la de la caridad, que están siempre en razón inversa: y para ello necesitamos el continuo esfuerzo del bien obrar; es el aceite de repuesto con que alimentaremos la llama de la caridad. Oración, ayuno, mortificación interior y exterior, obras de misericordia, recepción de sacramentos: he aquí los recursos ordinarios para mantener a raya la concupiscencia y avivar la caridad de Cristo en nosotros. Tengamos siempre abundante repuesto del aceite del bien obrar para que no se extinga la vida luminosa de nuestro espíritu, que es el vivir en Cristo.

c) v. 8. — *Dadnos de vuestro aceite...* — Mientras vivimos esta vida mortal podemos ayudarnos mutuamente, en orden a las necesidades temporales y hasta de las eternas. Dios ha querido que los hombres estuviésemos unidos por los lazos de una solidaridad que tiene imponderable eficacia mutua. Pero en el momento preciso en que nos llame el Señor, quedaremos absolutamente solos ante Él: todo esfuerzo ajeno, toda buena voluntad ajena nos será inútil: ni los mismos bienes que Dios puso a nuestro alcance para nuestra salvación podrán servirnos: predicación, sacramentos, gracia, serán como si no fuesen

para nosotros. ¡Solos con Dios juzgador! “¿Qué diré yo entonces, miserable?”, podemos decir con la Iglesia. ¿Diremos tal vez a nuestros amigos, a los sacerdotes, a la misma Iglesia: Dadnos de vuestro aceite? Será inútil: como las buenas obras de los demás son inalienables, así será imposible hacernos con ellas por cuenta nuestra. Ya no hay tiempo: y para bien obrar se necesita tiempo. Sólo en esta tierra se da el aceite de las buenas obras: y Dios nos habrá llamado ya fuera de la tierra, para juzgarnos. ¡Cuán prudentes debiéramos ser, llenando a rebosar el vaso de nuestras almas del aceite del bien obrar, para brillar en el juicio y luego en eternidades perpetuas!

D) v. 11. — *¡Señor, Señor, ábrenos!* — Magnífica confesión del poder del Señor, dice San Jerónimo: egregia manifestación de la fe cristiana: pero ¿qué aprovechará llamar de boca a quien desconocimos por las obras? No los que dicen: “Señor, Señor”, se salvan; sino los que cumplen la ley, éstos son los justificados, dice el Apóstol (Rom. 2, 13). Por ello es que el Señor, a las vírgenes necias, a pesar de que le confiesan por la fe, lo cual prueba que le conocen, les da esta terrible repulsa: “No os conozco.” Porque si bien la fe es un contacto de nuestra inteligencia con el pensamiento de Dios, pero no es lo que da forma cristiana a nuestra vida: esto lo hace la caridad, que es la que imprime en nosotros el sello del Espíritu Santo por el que nos conoce Jesús como suyos, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús.

E) v. 12. — *En verdad os digo, que no os conozco.* — Conoce el Señor a los que son de Él (2 Tim. 2, 19); no conoce a quienes le desconocen (1 Cor. 14, 38). El Señor lo conoce todo y conoce a todos, porque es el Señor de todo y de todos; pero se trata aquí del conocimiento en orden a la vida eterna. Dios predestinó un mundo de almas, que son las de los elegidos, para darles una participación de su bienaventuranza: quien no ha correspondido a su vocación y a su predestinación queda excluido de este número, y es desconocido del Señor. ¡Que nos conozca el Señor como suyos el día de las eternas bodas! ¡Que no oigamos la terribilísima palabra que oyeran las vírgenes necias: “No os conozco”!



**179. — D) PARÁBOLA DE LOS TALENTOS****Mt. 25, 14-30****Evangelio de la Misa del Común de Confesores Pontífices  
(vv. 14-23)**

<sup>14</sup> Porque así es, como un hombre que, al marcharse lejos, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes: <sup>15</sup> y dió a uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dió uno, a cada uno según su capacidad, y se marchó luego. <sup>16</sup> El que había recibido los cinco talentos, se fué a negociar con ellos, y ganó otros cinco. <sup>17</sup> Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos. <sup>18</sup> Mas el que había recibido uno, fué y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor.

<sup>19</sup> Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y los llamó a cuentas. <sup>20</sup> Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí que he ganado otros cinco de más. <sup>21</sup> Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor. <sup>22</sup> Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado. <sup>23</sup> Su señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor.

<sup>24</sup> Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición, siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste: <sup>25</sup> y temiendo, me fuí, y escondí tu talento en tierra: ahí tienes lo que es tuyo. <sup>26</sup> Y respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro, y que allego en donde no he esparcido: <sup>27</sup> pues debías haber dado mi dinero a los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mío. <sup>28</sup> Quitadle, pues, el talento, y dádsele a quien tiene diez talentos: <sup>29</sup> porque a todo el que tuviere, le será dado: mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene. <sup>30</sup> Y al siervo inútil, echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes.

**Explicación.** — También esta parábola es propia de Mateo, aunque Lucas tiene la de las minas (19, 11-28), que ofrece muchas semejanzas con esta de los talentos. Maldonado y Bossuet las identifican, pero son tan notables las diferencias de lugar, tiempo, descripción y hasta finalidad moral de los dos fragmentos, que hoy se tiene por indudable que son dos parábolas propuestas por el Señor en distintas ocasiones. Ni obsta la semejanza de argumento y de moraleja, por cuanto se dan en los Evangelios varios casos de repeticiones análogas. Por su claridad, bástale a esta parábola brevísimo comentario.

EL HOMBRE QUE DA LOS TALENTOS A SUS SERVIDORES (14-18). — *Porque así es, en el reino de los cielos, como un hombre que, al marcharse lejos, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes:* es la imagen de Jesús quien, después de fundar su Iglesia, dejó la tierra y subió a los cielos, dejando a los suyos, que son todos y cada uno de los cristianos, todos sus bienes: sacramentos, doctrina, sacerdocio, gracia, etc. No se los distribuyó en igual medida, sino que dió a unos más y a otros menos: *Y dió a uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dió uno:* consideró las fuerzas, la capacidad, el ingenio de cada uno, y les repartió proporcionalmente sus bienes: *A cada uno según su capacidad.* El talento es representativo de los grandes dones que al hombre hace Dios, en el orden de la naturaleza y de la gracia: dotes de alma y cuerpo, dignidades, riquezas, elocuencia, prestigio, todo aquello, en fin, que podemos utilizar para la gloria de Dios y bien de las almas. No da Dios los dones naturales y sobrenaturales según la misma medida, sino que atiende las cualidades y fuerzas de los hombres de tal manera que ninguno de ellos pueda quejarse de que le haya concedido más o menos de lo que convenía. Distribuidos sus dones según su liberalidad, el hombre se marchó en seguida, sin decir el tiempo de su vuelta, dejando a los siervos negociaran el dinero según su criterio e ingenio: *Y se marchó luego.* La ausencia representa el tiempo que se nos concede para negociar el reino de los cielos.

Los vv. 16-18 refieren brevemente la conducta de los siervos: dos de ellos trabajaron con tanta inteligencia y tesón, que doblaron el capital recibido: *El que había recibido los cinco talentos, se fué a negociar con ellos, y ganó otros cinco*: es el símbolo de los que cumplen fielmente sus deberes, cooperan a la gracia, se afanan en trabajar para Dios, para sí y para sus prójimos. Lo mismo hizo el segundo: *Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos*. Nótese que los siervos negocian con los talentos que han recibido; porque en orden al reino de los cielos nada podemos hacer sino con lo que Dios nos da. El tercero, indolente y perezoso, no malbarata el talento recibido: se contenta con esconderlo en lugar seguro para devolverlo sin ganancia a su señor: *Mas el que había recibido uno, fué y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor*: en él se figuran los que reciben en vano la gracia del Señor (2 Cor. 6, 1), que no hacen el bien que pudieran y debieran, ni levantan el corazón de las cosas de la tierra.

EL SEÑOR LLAMA A CUENTAS: LOS SERVIDORES FIELES (19-23). — Dinero abundante y tiempo prolongado les concedió el Señor a sus siervos para que negociaran: por fin regresó y pidióles cuentas: *Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y los llamó a cuentas*: es la visita del Señor al fin de nuestra vida: cuanto más tiempo y mayores dones, más exigente será el Señor. El siervo de los cinco talentos ofrece a su dueño el capital duplicado: *Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos*: el fruto que debemos reportar de los dones de Dios debiera ser equivalente a los mismos. El siervo fiel no se ufana con la exhibición de su lucro, antes reconoce primero el don recibido, sin el que le hubiese sido imposible negociar, diciendo: *Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí que he ganado otros cinco de más*. Alaba y premia el Señor la diligencia del buen siervo: *Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor*: la parábola pasa aquí de la alegoría a la realidad: no es cosa escasa cinco talentos

si eran de oro, valían sobre 650.000 pesetas: pero es poca cosa toda la riqueza del mundo comparada con el gozo del Señor, la visión de Dios en el cielo, que dará el Señor a quienes correspondan a sus dones.

El siervo de los dos talentos es tratado como el de los cinco: *Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado*: tanto hizo éste como el otro, porque sacó de su capital un lucro proporcional. Por ello tiene para él el Señor las mismas palabras de alabanza y la misma recompensa, porque no mira Dios cuánto hemos hecho, sino la diligencia, el ahinco, la fidelidad con que hemos trabajado: *Su señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor.*

EL MAL SERVIDOR (24-30). — El tercer siervo no dilapidó el capital recibido de su dueño, pero no lo hizo trabajar por desidia. Convencido de que ha obrado mal, lejos de confesar su pereza, increpa a su señor, tratándole de ambicioso y duro, justificando con ello su pusilanimidad y abandono: *Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición, siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste*: te gustan negocios copiosos sin recompensar a quienes te sirven. Por esta tu dureza te temí, y guardé en lugar seguro tu talento, no fuese caso lo perdiese en mis negocios: *Y temiendo, me fui y escondí tu talento en tierra.* Y añade en forma grosera: *Aquí tienes lo que es tuyo*, no es justo te enriquezcas con mi trabajo.

Increpa el Señor al siervo por su desidia: *Y respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso*: malo es quien no cumple su deber de hacer el bien. Y luego retorciendo el argumento de la dureza y ambición, añade: *Sabías que siego en donde no siembro. y que allego en donde no he esparcido*, dice en forma interrogante, pues el trato que ha dado a los siervos buenos no le denuncia como ambicioso y duro: luego, motivo de más para que te afanaras en contentarme. Y cuan-

do no quisieras aumentar mi capital con tu personal esfuerzo, podías llevar a la banca mi dinero para que me diera una renta que hubiese sido bien mía: *Pues debías haber dado mi dinero a los banqueros, y viniendo yo, hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mío.* Y añade el Señor el castigo del siervo por su cobarde conducta: *Quitadle, pues, el talento, y dádsele a quien tiene diez talentos:* suele el Señor quitar a los hombres aquellos dones y gracias que con su pereza han hecho inútiles.

Termina la parábola con una admonición gravísima y con la sanción que mereció el siervo malo: *Porque a todo el que tuviere, le será dado;* el esfuerzo y la cooperación a la gracia, atraen otras gracias de la liberalidad de Dios. En cambio, los indolentes y perezosos, que tienen ociosos los talentos o dones que han recibido, se verán privados, en mil formas, de aquello que recibieron, aunque conserven las apariencias de lo que tuvieron: *Mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene.* Esto, por durante la vida, en la que tiene también su aplicación esta parábola. Más terrible es sin comparación el castigo definitivo: *Y al siervo inútil, echadle en las tinieblas exteriores, al infierno: Allí será el llorar y el crujir de dientes* (Vide Mt. 8, 12: núm. 56): no sólo los que obran mal serán condenados, sino también los que no hicieron el bien que debieron: “¡Ay de mí, si no evangelizare!”, dice el Apóstol (1 Cor. 9, 16).

**Lecciones morales.** — A) v. 15. — *A cada uno según su capacidad...* — No quiere ello decir que los dones de gracia correspondan a los de naturaleza: ni que nuestra capacidad receptora de la gracia, por decirlo así, condicione la largueza del Señor, dador de todo bien. Dios es libérrimo en la colación de sus dones. Él, que da la capacidad, da la gracia: y cuando quiere, aumenta con la gracia la capacidad. Pero suele el Señor dar sus dones de gracia en forma que hasta en nuestro ser sobrenatural resulte la armonía, que es la característica de las obras de Dios. La desarmonía resulta de que nosotros no cooperemos a los dones de Dios, estableciendo un desnivel entre nuestra actividad y la generosidad de Dios para con nosotros. San Pablo se gloriaba de que la gracia de Dios no había sido en él

vacía o inútil: es que Dios llenó el vaso del Apóstol según su capacidad: y el Apóstol llenó, por decirlo así, la gracia de Dios con la plenitud de su actividad. Esto es lo que hace las vidas llenas y provechosas, aunque sean desiguales en capacidad y en gracia recibida.

B) v. 20. — *He aquí que he ganado otros cinco de más.* — ¡Cuánta es la generosidad de Dios para con nosotros! Porque Él, que nos da los dones de naturaleza y gracia, hace que podamos hacerlos fructificar todos en abundancia para lograr la vida eterna. Él da el ser y la manera del ser, en el orden natural y sobrenatural: sin Él, nada podemos hacer en orden a la vida eterna: pero basta que pongamos nuestra voluntad al servicio de sus dones para que nazca el mérito, y podamos enriquecernos, no a Él, sino a nosotros, con los dones que Él nos dió. Es como si un capitalista nos diera su dinero, y nos enseñara la manera de negociarlo, y lo negociara con nosotros, y nos asegurara enormes ganancias, todas para nosotros, a condición de que nosotros acopláramos nuestra voluntad a la suya, nuestro esfuerzo a su esfuerzo.

C) v. 24. — *Señor, sé que eres un hombre de recia condición...* — Hay quienes se figuran a Dios como un señor austero e implacable, que sólo es capaz de infundir temor, dice Orígenes. Y otros, añadimos nosotros, piensan que Dios es tan tolerante, que hallan en su bondad “excusas para sus pecados” (Ps. 140, 4). Ni lo uno ni lo otro. Dios es lleno de austeridad, porque es la rectitud esencial y la autoridad infinita; pero es la suma bondad y la inmensa misericordia. Nadie tan padre como Él, en quien se suma la gravedad máxima y la máxima bondad. Y es lleno de tolerancia en el sentido de que “disimula los pecados de los hombres” (Sap. 11, 24) cuando se arrepienten de ellos; pero nunca justifica sus desviaciones sin la debida compensación a su justicia. Tan austero es, que no quiere nos levantemos con ningún talento para aplicarlo a nuestras conveniencias con daño de su ley; tan generoso, que nos permite segar en la vida eterna lo que hemos sembrado en la temporal; y recoger en forma de bienaventuranza sin lo poco que hemos depositado en manos de los pobres.

D) v. 25. — *Y temiendo, me fui, y escondí tu talento...* — Con razón son comparados a este siervo perezoso los pusilánimes, dice Cayetano, a quienes se ocurren preocupaciones como ésta: “Me pedirá Dios estricta cuenta de este negocio, v. gr., de

la cura de almas, de oír confesiones y de otras cosas análogas que sirven para el bien espiritual de los demás y propio; pero como quiera que hay en ello grandes peligros, lo mejor será no consagrarme a estos ministerios..." Fíjense, dice A Lápide, fíjense en ello los que no emplean los talentos, la doctrina, la prudencia y otras dotes en el bien propio y ajeno por desidia, por miedo de pecar, o por otra causa cualquiera: Cristo les exigirá por ello estrecha cuenta.

E) v. 26. — *Siervo malo y perezoso...* — Llámase malo este siervo, porque injurió a su señor: perezoso, porque no hizo trabajar su talento. Lo primero es pecado de soberbia: lo otro, de negligencia, dice San Jerónimo. Peca contra Dios, y contra sí, y quizás contra el prójimo, quien retiene la gracia de Dios en la inacción. Dios quiere que produzca frutos de vida eterna.

F) v. 27. — *Debías haber dado mi dinero a los banqueros...* No dice "el dinero", sino "mi dinero"; para que sepamos que no somos más que usufructuarios de todo cuanto hemos recibido de Dios: el ser, las facultades de cuerpo y alma, las pertenencias de todo género. Los banqueros son todos cuantos pueden beneficiarse de lo que nosotros tenemos: los súbditos, de nuestra autoridad; los ignorantes, de nuestra ciencia; el pueblo, de nuestra predicación y ejemplos; los pobres, las obras de caridad y beneficencia, de nuestras riquezas o de nuestro sencillo óbolo. Todo es caudal puesto a renta, y todo produce para Dios.

G) v. 30. — *Echadle en las tinieblas exteriores...* — Quien por su culpa cayó en las tinieblas interiores, utilizando, ciego, para sí lo que le dió Dios para negociar para Él, es castigado con las tinieblas exteriores, es decir, privado de la luz de Dios, que debió guiar sus pasos en vida y que fué por él despreciada. No hay tinieblas comparables a las que produce la ausencia de la luz de Dios: son la privación de la luz esencial, mil veces más negras que las que resultan de la ausencia de esta luz que Dios creó.

## 180. — TERCERA PARTE: EL JUICIO FINAL

Mt. 25, 31-46

<sup>1</sup> Y cuando viniere el Hijo del hombre con su majestad, y todos los ángeles con él, se sentará entonces en el trono de su majestad: <sup>2</sup> y serán todas las gentes reunidas ante él, y sepa-

rá a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: <sup>33</sup> y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. <sup>34</sup> Entonces dirá el rey a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde que se hizo el mundo: <sup>35</sup> porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era huésped, y me hospedasteis: <sup>36</sup> desnudo, y me cubristeis: enfermo, y me visitasteis: estaba en la cárcel, y vinisteis a verme.

<sup>37</sup> Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer: o sediento, y te dimos de beber? <sup>38</sup> Y ¿cuándo te vimos huésped, y te hospedamos: o desnudo, y te vestimos? <sup>39</sup> O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te fuimos a ver? <sup>40</sup> Y respondiendo el rey, les dirá: En verdad os digo, que siempre que lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí lo hicisteis.

<sup>41</sup> Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. <sup>42</sup> Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: <sup>43</sup> era huésped, y no me hospedasteis: desnudo, y no me cubristeis: enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. <sup>44</sup> Entonces ellos también le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? <sup>45</sup> Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeños, ni a mí lo hicisteis. <sup>46</sup> E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.

**Explicación.** — A la reiterada exhortación a la vigilancia, por la proximidad del juicio, añade Jesús, como conclusión del magnífico discurso, la grandiosa descripción del juicio final. Oportunísimo es este cuadro final de la enseñanza pública de nuestro Señor; ya porque convergiendo a él todas las enseñanzas del sermón escatológico, las conveniencias oratorias demandaban la descripción de un cuadro plástico que fijara la doctrina en el espíritu de sus discípulos; ya para que en las horas de humillación que se le acercaban levantasen su mente, recordando la majestad futura del Juzgador de todos los hombres.



FORMA DEL JUICIO: LOS ELEGIDOS (31-36). — Jesús había anunciado la venida del Hijo del hombre, entre espasmos del mundo, en este mismo discurso (24, 30: núm. 174). Ahora va a describir la forma con que aparecerá: *Y cuando viniere el Hijo del hombre con su majestad...* Cristo hará el juicio de la humanidad como Hijo del hombre, es decir, como Dios-Hombre. El Padre le dió esta potestad como tal (Ioh. 5, 27): y vendrá en su majestad, en su gloria, en magnífica y terrible manifestación de su poder. Formarán su corte todos los ángeles del cielo: así conviene a la majestad del Rey de la gloria: así lo reclama su cualidad de testigos de los hombres a quienes ministraron: *Y todos los ángeles con él*. Los jueces pronuncian sentados sus sentencias: Cristo aparecerá sentado en gloriosísimo trono, quizás sobre una nube resplandeciente (Act. 1, 9.11): *Se sentará entonces, por contraposición a su actual humildad, en el trono de su majestad*.

Magnífico y terrible es el aspecto del tribunal: no lo es menos la magnitud de la asamblea que ante él se congrega: *Y serán todas las gentes reunidas ante él*, todas las generaciones, razas, pueblos que fueron, de cualquier religión. Durante el curso de los siglos vivieron buenos y malos mezclados; quizás no había manera de distinguirlos: ahora el Sumo Juez los separa; *Y separará a los unos de los otros*. Como Dios que es, con imperio sobre todo ser, los separa con la facilidad con que un pastor divide las ovejas del rebaño cabrío: *Como el pastor separa las ovejas de los cabritos*, sin error, sin vacilación. Las ovejas son símbolo de los buenos, por su mansedumbre: los cabritos lo son de los malos, por su carácter arisco: sobre el macho cabrío confesaba el gran sacerdote todos los pecados del pueblo de Israel (Lev. 16, 20 sigs.). Por ello son colocadas las ovejas a la diestra, lugar de honor, y a la izquierda los del ganado cabrío: *Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda*.

El Hijo del hombre es Rey supremo de los hombres: al rey corresponde la suprema potestad judicial: Cristo, Rey-Mesías, juzgará a la humanidad en cualidad de tal: *Entonces dirá el rey a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, llenos de bienes de gracia y gloria por la sobre-*

eminencia de la bendición divina: como hijos de Dios por la redención de Cristo, y como tales herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom. 8, 17), recibid en herencia, como cosa propia, el reino magnífico que al crear el mundo dispuso el Padre para quienes desde la eternidad predestinó: *Poseed el reino que os está preparado desde que se hizo el mundo.*

Y da Jesús la razón de la magnificencia del premio: son las buenas obras que practicaron los buenos: *Porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber,* lo que en una tierra árida como la Palestina es muy de agradecer: *era huésped, y me hospedasteis,* recibíendome en vuestra casa como individuo de vuestra familia: *desnudo,* mal vestido, *y me cubristeis: enfermo, y me visitasteis: estaba en la cárcel, y vinisteis a verme.* Pone Jesús estas obras de misericordia por vía de ejemplo, no porque ellas basten para alcanzar el cielo: pero ordinariamente no se producen si no hay gran amor de Dios y del prójimo, que son los fundamentos de la vida cristiana, a más de que nada recomendó tanto Jesús como la caridad con el prójimo.

EL PORQUÉ DE LA SENTENCIA FELIZ (37-40). — En el humilde concepto que suelen los buenos tener de sí, se pasarán de la desproporción entre sus obras, en apariencia sencillas, y la estupenda grandeza del premio: *Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer: o sediento, y te dimos de beber? Y ¿cuándo te vimos huésped, y te hospedamos: o desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te fuimos a ver? ¿Tendrán lugar estos razonamientos entre el divino Juez y los elegidos? No es de creer: todo ello no es más que una manera sensible de ilustrar a sus discípulos sobre la forma del juicio. Hay quienes admiten que Cristo pronunciará sólo la sentencia en alta voz: ni esto admite Santo Tomás. Más bien parece que una especie de instinto divino ilustrará a los elegidos interiormente para que conozcan la razón del felicísimo fallo.*

Y manifestando Jesús su pensamiento, que no es otro que la solidaridad indestructible que hay entre la caridad de Dios

y la del prójimo, les hace ver el sumo valor que tienen las buenas obras, aunque sean hechas en favor de los desconocidos, de los pobres y abyectos ante los hombres, a todos los cuales llama con el dulce nombre de "hermano", como sean hechas en su nombre y por su amor: *Y respondiendo el rey, les dirá: En verdad os digo, que siempre que lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis.*

LA SENTENCIA DE LOS MALOS (41-46). — Es tan terrible como dulce es la de los buenos. *Entonces dirá también a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí:* he aquí la pena de daño, la privación de la visión y compañía de Dios, y con ella, la privación de todo Bien, porque no hay bien alguno fuera del Sumo Bien. Luego les maldice, o les declara *malditos*; y como la palabra de Dios es eficacísima, con la maldición de Cristo serán cargados los réprobos con toda suerte de males. Añade la pena de sentido: *Al fuego eterno*, fuego verdadero, aunque de distinta naturaleza del nuestro, *que está aparejado para el diablo y para sus ángeles*. Dios no hizo el fuego para los hombres: éstos lo han hecho suyo, siguiendo al demonio, para quien se creó. Nótese la contraposición de las dos sentencias: Venid — Apartaos: Benditos — Malditos: Poseed el reino — Al fuego eterno: Preparado por el Padre — Aparejado para el diablo.

Y prosigue Jesús razonando su sentencia: *Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: era huésped, y no me hospedasteis: desnudo, y no me cubristeis: enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.* Repróchales a los malos su falta de caridad con el prójimo: y si no la tuvieron con sus hermanos, que se ven, ¿cuánto menos la tendrían para Dios, que no se ve? Por esto reputa Cristo como tenida para sí la dureza que tuvieron para sus hermanos.

Como suelen los delincuentes, tratan de negar su culpa los réprobos: *Entonces ellos también le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?* Pero Jesús les reduce fácilmente al silencio con la misma

razón, aunque en sentido contrario, de la solidaridad de la caridad: *Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicisteis.*

Promulgada la sentencia y alegadas las razones de ella, el Juez divino manda sin demora su ejecución: *E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.* No sólo el fuego es eterno, sino el suplicio, como será eterna la vida bienaventurada.

**Lecciones morales.** — A) v. 31. — *Cuando viniere el Hijo del hombre con su majestad...* — ¿Quién es capaz de ponderar la majestad de Cristo en el último juicio? Él es el Hijo del hombre, es decir, el Hombre por antonomasia, el tipo supremo del hombre, el hombre máximo que trasciende sobre todo hombre. Es el Hombre, porque se hizo hombre para centrar a los hombres y llevarlos a Dios. ¡Ay, en estos momentos del juicio, los que no se han dejado llevar a Dios por el Hombre-Dios! Vino al mundo en la benignísima forma de un hombre semejante en todo a los demás, excepto el pecado. Pero su obra de Redentor está acabada: ahora es ya Juez: Juez universal, que viene con toda la majestad del Hombre a quien dió Dios el señorío sobre toda criatura: Juez inexorable, que fallará en estricta justicia: Juez supremo, del que no hay apelación. Ningún genio, en la literatura universal, ha sido capaz de crear un hombre como este Hombre; un juicio como este juicio; un espectáculo semejante a éste; una epopeya tan grandiosa como la epopeya cuyo héroe es Cristo Juzgador del mundo.

B) v. 32. — *Y separará a los unos de los otros...* — Los buenos, representados por las ovejas, dóciles a la ley y fecundas en buenas obras, de los malos, representados por los machos de cabrío, infecundos, lascivos y montaraces. Será el día de la gran clasificación de la humanidad, en solos dos bandos, los del bien y los del mal, los bienaventurados y los precitos. Grano y paja; cizaña y trigo: y nada más. Se habrá acabado la historia, y las luchas y los afanes de la vida. Se terminó lo pasajero para dar lugar a lo eterno. Ni habrá ya bien ni mal en el sentido moral; porque no habrá ya juego de la libertad, que quedará fija para siempre, en la posesión del Sumo Bien o en la desesperación del sumo mal. Digámosle a Jesús, con la Iglesia, en la "Secuencia"

de Difuntos: "Sepárame de los machos de cabrío; sitúame a tu diestra."

c) v. 35. — *Tuve hambre, y me disteis de comer...* — He aquí el premio de las obras de misericordia. El bien que hacemos a nuestros hermanos, si se lo hacemos por Dios, es de tal trascendencia que nos lleva a la posesión del reino del Padre, que es la misma visión personal de Dios. El mundo no ha sabido comprender esta profunda relación que hay entre la misericordia cristiana y nuestros destinos eternos. Como si Dios se empeñara en hacérsela conocer, condena a la inquietud, a los odios sociales, a las guerras fratricidas, al retroceso, a aquellos pueblos cristianos que no ponen como base social de su existencia la ley de la caridad mutua de los hombres. El egoísmo y la dureza, como destruyen la vida social del hombre, así preparan la catástrofe definitiva de la condenación en el orden individual. En verdad que la misericordia para con el prójimo puede decirse que es el gran factor de la felicidad en el tiempo y en la eternidad.

D) v. 37. — *¿Cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer...?* — Dirán esto los justos, dice Rábano Mauro, no porque desconfíen de la palabra de Dios, sino como espantados de la magnitud del premio que merecieron sus obras, pequeñas en la apariencia. Es lo que dice el Apóstol: "No hay comparación entre los trabajos de este tiempo y la gloria venidera que se manifestará en nosotros" (Rom. 8, 18). Sólo la generosidad y munificencia de nuestro Padre que está en los cielos es la llave para explicar este misterio de una pequeña semilla que sembramos en la tierra al hacer una buena obra, que se convierte en el árbol que da los frutos dulcísimos y eternos de la gloria.

E) v. 41. — *Apartaos de mí...* — Jamás promulgación de ninguna sentencia habrá tenido la amplitud, la terribilidad, la eficacia de estas palabras de Jesucristo Juez. Será la escisión de Dios de toda criatura humana prevaricadora sin arrepentimiento: una verdadera vivisección de cosa tan fuerte y vivaz como es el alma humana de Quien es la vida esencial. Es el Padre que desconoce y desposee a sus malos hijos. Es el Criador que repudia a su criatura. Es el Redentor que arroja de sí a quienes han hollado su sangre. Es el Salvador, que pierde para siempre a quienes no han querido su salvación. Es Dios infinito, infinitamente ultrajado, que castiga infinitamente a quienes le agraviaron y no quisieron lanzarse en los senos infinitos de su misericordia in-

finita. Este “apartaos” importa un inmenso desamparo. “No nos desampares, Señor, Dios nuestro” (Ps. 37, 22).

F) v. 46. — *Irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.* — ¡Suplicio eterno, vida eterna! Debieran bastar estas palabras para regular toda nuestra vida. Porque el término de nuestra vida es la eterna vida: y si no lo logramos, será fatalmente la eterna muerte. No una muerte que importe negación de vida; sino una vida que será una continua muerte, porque será el desgarró eterno de quien debiera ser nuestra vida, y el tormento eterno capaz de causar toda muerte. Así como la eterna vida es la unión eterna a quien es la Vida esencial, con el eterno goce que importa el estar anegado en la fuente de toda vida. Vivamos en el tiempo en forma que podamos vivir eternamente.

**181. — ÚLTIMOS DÍAS: Lc. 21, 37.38: EL SINEDRIO  
DECRETA LA MUERTE DE JESÚS: Mt. 26, 1-5  
TRAICIÓN DE JUDAS: Lc. 22, 3-6**

(Mc. 14, 1.2; Lc. 22, 1.2; Mt. 26, 14-16)

**Estos textos, excepto Lc. 21, 37.38, forman parte del  
“Passio” de las Misas de Domingo de Ramos (Mt.),  
martes (Mc.) y miércoles (Lc.) de Semana Santa.**

<sup>L 37</sup> Y estaba enseñando de día en el Templo: y de noche salía, y la pasaba en el monte llamado de los Olivos. <sup>38</sup> Y todo el pueblo madrugaba por venir a oírle en el Templo.

<sup>Mc</sup> Y dos días después era <sup>L</sup> la fiesta de los Ácimos, que se llama la Pascua. <sup>M 1</sup> Y aconteció que cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, dijo a sus discípulos: <sup>2</sup> Sabéis que de aquí a dos días será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. <sup>3</sup> Entonces se juntaron los príncipes de los sacerdotes, <sup>L</sup> y los escribas, y los magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás: <sup>4</sup> y tuvieron consejo para prender a Jesús con engaño, y hacerlo morir. <sup>5</sup> Mas decían: No en el día de la fiesta, no sea caso que ocurriese alboroto en el pueblo.

<sup>L 5</sup> Y Satanás entró en Judas, que tenía por sobrenombre Iscariotes, uno de los doce. <sup>4</sup> Y fué, y trató con los príncipes de

los sacerdotes, y con los magistrados, de cómo se lo entregaría: *“y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré?”* Y *“al oírlo se holgaron, y concertaron de darle dinero, “y le señalaron treinta monedas de plata.”* Y quedó con ellos de acuerdo, y *“desde este momento buscaba sazón para entregarlo sin concurso de gentes.*

**Explicación.** — Todos los episodios anteriores, desde la maldición de la higuera (núm. 158), ocurrieron el martes de la gran semana de la pasión y muerte del Señor, día tercero de la semana judía, que empezaba en nuestro domingo. San Lucas nos ha dejado en un trazo sintético la manera de vivir de Jesús estos cuatro últimos días de su vida. Helo aquí.

LOS ÚLTIMOS DÍAS (Lc. 21, 37.38). — Aprovechando Jesús la gran concurrencia de judíos en Jerusalén con motivo de la Pascua, ejercía con diligencia su magisterio, que pronto iba a terminar, en el Templo, lugar ordinario de las enseñanzas de los maestros de Israel: *Y estaba enseñando de día en el Templo.* Por las noches dejaba la ciudad y se dirigía al Monte de los Olivos; ya sea para esperar el día siguiente en Betania, situada detrás de este monte, en compañía de la familia de Lázaro, como lo indican los otros Evangelistas a lo menos para el primer día (Mt. 21, 17.18; Mc. 11, 11); ya para pasarlo en oración en la soledad, como lo hizo el jueves en Getsemaní: *Y de noche salía, y la pasaba en el monte llamado de los Olivos.*

El pueblo, que por la proximidad de la Pascua llenaba ya la gran ciudad, no obstante el odio de los sinedristas, que habían ya decretado la muerte de Jesús (Ioh. 11, 47-53), correspondía a las enseñanzas de Cristo, madrugando mucho y asistiendo asiduamente a sus lecciones en el Templo: *Y todo el pueblo madrugaba por venir a oírle en el Templo.*

JESÚS PREDICE SU MUERTE: EL SINEDRIO LA DECRETA POR SEGUNDA VEZ (Mt. 26, 1-5). — Ha terminado Jesús su magisterio público dos días antes de la celebración de la gran fiesta nacional: *Y dos días después era la fiesta de los Acimos, que se llama la Pascua.* Descansará probablemente el

miércoles, en que concierta el mal discípulo con sus enemigos para entregárselo, y entrará el jueves en el mar amargo de su pasión. Cerrado el ciclo de sus enseñanzas con las interesantísimas de aquellos dos días, va a darles a sus discípulos una doble prueba de su divinidad: *Y aconteció que cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, dijo a sus discípulos...* Anuncia ante todo proféticamente su muerte: *Sabéis que de aquí a dos días será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.* Como se verá (v. 5), sus enemigos no querían muriese Jesús el día de la gran fiesta: a pesar de ello, el Cordero inmaculado ha elegido la Pascua para su inmolación: Él, como Dios que es, prevé los hechos y los dispone como quiere. Demuestra, además, su libertad absoluta en el morir. Sus discípulos no podrán llamarse a engaño.

Y en verdad que sus enemigos maquinaban su muerte. Ya la habían decretado por boca de Caifás con ocasión de la resurrección de Lázaro. Pero estos últimos días se ha exacerbado el odio de los poderosos de Israel contra Jesús: su entrada triunfal del domingo; la vergonzosa derrota que a todos ellos ha infligido en el terreno doctrinal; el entusiasmo de las multitudes por el Maestro de Galilea, les hace presentir su definitivo descrédito. Es en este momento cuando se congrega el Sinedrio, no en el lugar ordinario de las sesiones, sino en una aula del palacio de Caifás, presidente de los magistrados de Israel: *Entonces se juntaron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás, nombrado Sumo Sacerdote por el Procurador romano Valerio Grato, predecesor de Pilatos.* Caifás, hombre cruel y ambicioso, era el que había dado el consejo que convenía muriera un solo hombre, y no que pereciera la nación entera (Ioh. 11, 50). Ostentó durante diecisiete años la dignidad de Sumo Sacerdote. Acérrimo enemigo de Jesús, lo fué también de sus discípulos (Act. 4, 3-7; 5. 17-40).

Dos resoluciones tomaron los sinedristas en esta sesión: la de prender a Jesús furtivamente y con engaño y matarle: *Y tuvieron consejo para prender a Jesús con engaño, y ha-*



*cerlo morir*: ya habían intentado varias veces hallar un motivo legal para prenderle y matarle, mas Jesús les había burlado: ahora se valdrán de la insidia. La otra resolución es la de matarle pasados aquellos días de fiesta: *Mas decían: No en el día de la fiesta*, que duraba toda la semana. La razón de ello es el miedo que tenían al pueblo: había en la ciudad aquellos días muchos galileos, y otros muchos que, sin serlo, se habían demostrado partidarios de Jesús aquellos días, especialmente el domingo: *No sea caso que ocurriese alboroto en el pueblo*. Pero la traición de Judas, que demostró que contaba con enemigos hasta entre sus íntimos, les hizo más audaces, haciéndoles cambiar de resolución y prendiendo a Jesús dentro de las fiestas pascuales.

TRAICIÓN DE JUDAS (Lc. 3-6). — Buscaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas el modo de matar a Jesús, cuando se les brinda la ocasión por donde menos pensaban. Satanás, el gran enemigo de Dios, es el gran enemigo de Cristo, a quien ve íntimamente unido a Dios: para vengarle, o matarle si puede, entra en Judas, a quien utilizará como instrumento: *Y Satanás entró en Judas*: entra en aquel hombre infeliz, no personalmente, haciendo de Judas un energúmeno, sino por sugestión: un año hacía que Jesús había ya llamado diablo a Judas (Ioh. 6, 71). El Evangelista especifica el apodo de Judas, *que tenía por sobrenombre Iscariotes*, “el hombre de Keriot”, para no confundirle con el otro discípulo Judas, y le llama *uno de los doce*, para indicar su dignidad e ingratitud.

La sugestión diabólica tiene en Judas espantosa eficacia: deja la compañía del Maestro y demás apóstoles: *Y fué*: y trata personalmente con los enemigos encarnizados de su Señor, los príncipes de los sacerdotes y magistrados que presidían las funciones del Templo, la manera de entregarles a Jesús: *Y trató con los príncipes de los sacerdotes, y con los magistrados, de cómo se lo entregaría*. El trato es infame: Judas pacta la venta del Maestro, y, colmo de la villanía, deja a la estimación de sus enemigos el precio de venta del Señor: *Y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entre-*

*garé?* La propuesta de Judas es del agrado de los sinedristas: *Y al oírlo se holgaron.* Han conocido la avaricia del discípulo, y quieren satisfacerla prometiéndole dinero: *Y concertaron de darle dinero.* ¿Cuánto? Treinta siclos, unas cien pesetas: *Y le señalaron treinta monedas de plata,* convinieron, se las prometieron para cuando cumpliese por su parte. La avaricia y la venganza habían coincidido: *Y quedó con ellos de acuerdo.* El mercader infame, acuciado por la futura ganancia, púsose en acecho buscando la oportunidad de entregarle con dolo a sus enemigos: *Y desde este momento buscaba sazón para entregarlo sin concurso de gentes.*

**Lecciones morales.** — A) Mt. v. 2. — *El Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.* — De muchas maneras es entregado Jesús, dice Orígenes: por ello dice en impersonal “será entregado”. Porque Dios le entregó por su misericordia para con el género humano: Judas, por su avaricia: los sacerdotes, por la envidia: el diablo, por el temor de que se le escapara de las manos el género humano por la predicación de Jesús, no advirtiéndole que más debía serle arrebatado por su muerte que por su predicación y milagros.

B) v. 4. — *Tuvieron consejo para prender a Jesús con engaño, y hacerlo morir.* — Los que no pudieron hallar motivo legal para prender a Jesús, acuden a la astucia y engaño. Es ello argumento terrible de la obcecación y malicia de aquellos hombres soberbios. La rectitud de procedimientos quizás les hubiese llevado a la verdad: prefieren, llevados de sus prejuicios, adoptar procedimientos desleales, aunque ello haya de llevarles a la reprobación. La historia del cristianismo está llena de procedimientos análogos a los de los sinedristas. Ningún enemigo de Cristo, se entiende de los directores de la opinión en el orden doctrinal o de los hechos, ha procedido con lealtad contra el Señor. Se ha falsificado su doctrina, se han tergiversado los hechos, se han buscado inconfesables alianzas con el poder, con el dinero, con las pasiones de los grandes y del pueblo para combatir la persona y la obra de Jesús. La mentira triunfa un momento: pero la victoria definitiva es siempre de Jesús: porque tal es la providencia de Dios en el régimen del mundo y de la Iglesia, que las mentiras sucumben una tras otra, y la verdad hace impávida su camino.

c) Lc. v. 3. — *Y Satanás entró en Judas...* — Entró en él, dice un comentarista, no empujando la puerta, sino pasando fácilmente por la que halló abierta, que era la avaricia. Por aquí suele Satanás entrar en las almas: por el boquete de la pasión dominante, por el punto débil de nuestras inclinaciones perversas. “Cada uno de nosotros es tentado según su concupiscencia” (Iac. 1, 14). ¡Ay del vencido una, dos, tres, cien veces, por el mismo enemigo, en el mismo punto de pecado! Satanás entrará en él sin esfuerzo, como en casa propia. Señor despótico como es, sojuzgará toda la vida del vencido y la mantendrá en ominosa servidumbre. ¿Qué es ser esclavo de Satanás, sino ser esclavo de la pasión, cualquiera que ella sea?

d) v. 5. — *Y concertaron de darle dinero...* — El dinero es el gran factor en la vida moral de los hombres, así para el bien como para el mal. Judas vende por dinero al que era la misma inocencia y santidad esencial. Dentro de dos días los guardias del sepulcro de Jesús venderán por dinero la verdad histórica. Por dinero vendió Renán la ciencia y la verdad a los judíos enemigos de Cristo, escribiendo su “Vida de Jesús”. Por dinero se violan los pactos, se vende la honra, se quiebra la vara de la justicia, se traiciona la patria. Pero el mismo dinero es el gran aliado de la causa del bien: él cubre la miseria de los prójimos, dilata los dominios de la verdad con la buena prensa y el buen libro, embellece la casa de Dios y su culto, sostiene las grandes instituciones cristianas. Pactemos dar o recibir dinero para el bien, y no vendamos jamás. ni por montañas de oro, un ápice de la verdad o de la justicia.

e) v. 6. — *Y quedó con ellos de acuerdo...* — Fácilmente se ponen de acuerdo los malos cuando persiguen un fin común. En esto tal vez nos aventajan a los que militamos en las filas de los buenos. Ya lo había dicho Jesús (Lc. 16, 8). Es que hay mayor facilidad para hacer el mal que para el bien; y suele haber más ímpetu y acritud en las obras malas que en las buenas. En el caso de Judas, concurren él y los príncipes para perder a Jesús: él no lo quiere como un fin; sólo quiere enriquecerse: los príncipes quieren el fin, y nada les importaría la avaricia de Judas: la resultancia de las dos pasiones, la avaricia de uno y la sed de venganza de los otros, es espantosa: la muerte del Justo. Para que aprendamos a no andar en consejos de impíos ni por caminos de malvados (Ps. 1 1).

## 182. — PREPARATIVOS DE LA ÚLTIMA CENA

### Mc. 14, 12-16

(Mt. 26, 17-19; Lc. 22, 7, 13)

**Los tres fragmentos integran el "Passio" en el mismo orden de los anteriores**

<sup>12</sup> Y el primer día de los Ácimos, cuando sacrificaban la Pascua, <sup>13</sup> *cuando era necesario sacrificar el Cordero pascual*, le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos a disponerte, para que comas la Pascua? <sup>14</sup> Y envía dos de sus discípulos, <sup>15</sup> *a Pedro y a Juan*, y les dice: Id a la ciudad, y <sup>16</sup> *he aquí que así que entréis en ella, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle hasta la casa en que entre:* <sup>17</sup> y en dondequiera que entrare, decid al <sup>18</sup> *padre de familias*, dueño de la casa: El Maestro dice: <sup>19</sup> *Mi tiempo está cerca. ¿Dónde está mi aposento, en donde he de comer la Pascua con mis discípulos?* <sup>20</sup> Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado: disponed allí para nosotros. <sup>21</sup> Y partieron los discípulos, y fueron a la ciudad: y lo hallaron, como les había dicho, <sup>22</sup> *hicieron lo que les mandó*, y prepararon la Pascua.

**Explicación.**— Jesús, a tenor de su predicción, iba a ser inmolado en uno de los días de la gran Pascua judía. Celebrábase la Pascua en memoria de la liberación del pueblo de Dios de la servidumbre de Egipto: Jesús debía liberar a todo el género humano de la servidumbre más ominosa del pecado. La sangre del cordero pascual libró del ángel exterminador al pueblo de Israel: la de Jesús debía ser la señal de la salvación de los verdaderos hijos de Dios. El cordero pascual es el tipo del Cordero inmaculado que borra los pecados del mundo (vide I, 259). Por todo ello era conveniente que Jesús, Cordero de Dios, fuese inmolado el mismo día de la inmolación legal del cordero de Pascua. Va, pues, a realizarse el sacrificio del verdadero Cordero: pero antes quiere el mismo Cordero Jesús, comer el

cordero de la cena legal. Así, en el hecho histórico de la última cena de Jesús se juntarán el símbolo y la realidad, el tipo y el antitipo: quedará abolido el primero para que quede definitivamente, hasta la consumación de los siglos, el sacrificio de la verdadera Pascua, que es Cristo Jesús, “nuestra Pascua”, como le llama la Iglesia.

EL DÍA DE LA ÚLTIMA CENA (v. 12). — *Y el primer día de los Acimos, cuando sacrificaban la Pascua, cuando era necesario sacrificar el Cordero pascual...* En este día tuvo lugar la última cena: era el día en que empezaba la solemnidad pascual, con el uso del pan sin levadura o ácimo, que debía durar siete días, y en que se inmolaba el cordero. Pero ¿en qué día de la semana y del mes coincidió la última cena? Los cuatro Evangelistas están conformes en fijar la cena de Jesús el jueves por la noche (Mt. 26, 20; Mc. 14, 17; Lc. 22, 14; Ioh. 13, 1); la muerte el viernes (Mt. 27, 62; Mc. 15, 42; Lc. 23, 54; Ioh. 19, 42), y la resurrección el día siguiente al sábado (Mt. 28, 1; Mc. 16, 2; Lc. 24, 1; Ioh. 21, 1). La dificultad está en fijar el día del mes. Los tres sinópticos sitúan la última cena el 14 de Nisán y la muerte el 15, día solemne de la Pascua: pero San Juan parece suponer que la cena se celebró el 13 de Nisán y la muerte el 14, ya que los judíos no quieren entrar en el Pretorio de Pilatos, habiendo todavía de comer la Pascua (Ioh. 18, 28). He aquí las opiniones de los diversos intérpretes para conciliar las diversas narraciones evangélicas. sin duda objetivamente acordes, no sólo por la inspiración divina bajo la que fueron redactados los Evangelios, sino porque no es creíble que testigos contemporáneos y fidedignos discreparan en asunto tan capital.

PRIMERA OPINIÓN: Los cuatro Evangelistas coinciden en señalar el mismo día de la semana y del mes, la noche del jueves 14 de Nisán; sólo que los sinópticos cuentan al estilo hebreo, anticipando los días, como sucede en el cómputo litúrgico, y Juan contaba al estilo de griegos y romanos, por días astronómicos. El hecho de que no quisieran los judíos entrar en el Pretorio para poder comer los áci-

mos, debe entenderse no del cordero pascual, sino de los sacrificios de todos aquellos días pascales.

SEGUNDA: Coloca la última cena la noche del 13 al 14 de Nisán. En esta hipótesis, Jesús hubiese anticipado la cena legal veinticuatro horas en relación con la de los demás judíos: podía hacerlo, porque todo el 14 era considerado como primer día de los Ácidos, y por lo mismo el 13 por la noche. En este caso, Jesús, aunque cumplió todas las ceremonias de la cena legal, no hubiese comido el cordero, en vez del cual dió su Cuerpo a comer a sus discípulos, instituyendo así la verdadera Pascua cristiana. Su muerte hubiese coincidido con el sacrificio de los corderos el día siguiente.

TERCERA: La cena pudo celebrarse el 13 o el 14 de Nisán. No siendo materialmente posible que se inmolaran en tres horas doscientos cincuenta mil corderos, se facultaría a los forasteros para anticipar un día la inmólación. Así Jesús hubiese comido la Pascua el 13 y los demás judíos el 14 de Nisán. No parece pueda esta opinión concordarse con la frase de Marcos: "El primer día de los ácidos."

CUARTA: La cena pascual podía celebrarse indistintamente el 14 o el 15 de Nisán. Una de las ceremonias que debía celebrarse el día de la Pascua al atardecer, y por lo mismo el 15 de Nisán, era salir al campo a recoger algunas espigas para ofrecerlas al Señor como primicias de la cosecha futura. Si el 15 de Nisán caía en viernes, como ocurrió el año de la muerte del Señor, esta ceremonia hubiese tenido que celebrarse la tarde del viernes, en que se observaba ya el reposo sabático, que prohibía toda suerte de trabajo. En este caso, y así prevaleció la costumbre, debía trasladarse la Pascua del 15 al 16 de Nisán. Jesús hubiese celebrado la cena el día legal, 14 de Nisán, y a esta fecha se refieren los sinópticos. Los demás judíos la celebrarían el día siguiente, siguiendo a los fariseos, y a ellos se referiría San Juan.

Análoga a esta solución es la que propone Knabenbauer,

según el cual, el cordero pascual debía ser sacrificado, ofrecido, asado y comido entre la noche que terminaba el 14 y la que empezaba el 15 de Nisán. Si el 14 de Nisán caía en viernes, era imposible a lo menos asar el cordero sin entrar en la hora del reposo sabático. En este caso solíase trasladar la inmolación del cordero al jueves precedente, originándose de aquí una doble costumbre: pues mientras unos comían el cordero el mismo día de su inmolación, otros esperaban la noche del viernes. Jesús fué de los primeros. Estas dos últimas opiniones parecen las más probables y satisfactorias.

PREPARACIÓN DE LA CENA (13-16). — Hallábase probablemente Jesús en Betania el día primero de los Ácimos, 14 de Nisán, cuando *le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos a disponerte, para que comas la Pascua?* Solían los habitantes de Jerusalén alquilar habitaciones o dependencias de sus casas a los forasteros, en las que celebraran éstos la Pascua, y que se preparaban debidamente con antelación a la ceremonia. *Y entría dos de sus discípulos, a Pedro y a Juan, y les dice: Id a la ciudad, y he aquí que así que entréis en ella, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle hasta la casa en que entre.* Con ello demuestra Jesús ser conocedor de los hechos futuros y lejanos. *Y en dondequiera que entrare, decid al padre de familias, dueño de la casa: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca. ¿Dónde está mi aposento, cenáculo o refectorio, en donde he de comer la Pascua con mis discípulos?*

Creer algunos que Jesús dió en esta forma las señas del lugar donde pensaba comer la Pascua para evitar que lo conociese Judas a tiempo e interrumpiese con los satélites de los sinedristas la mística ceremonia. Ni faltan racionalistas que quieran haberse ya entendido previamente Jesús con el dueño de la casa donde debía celebrarse la cena. Aun así, cosa que no se deduce del texto, la predicción del Señor es absolutamente profética, porque debió saber el tiempo preciso de la entrada de los discípulos en la ciudad y de que les saldría al encuentro un hombre con un cántaro

de agua, cuando tantos podían circular por las calles de la gran ciudad en la misma forma.

*Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado, una habitación de respeto, en la parte superior de la casa, adornada y dispuesta ya con los divanes o triclinios en que acostumbraban recostarse para comer: dispomed allí para nosotros lo necesario para la cena, el cordero ya adetezado, los panes ácidos, las lechugas amargas, los cálices con vino, etc.*

Aconteció como Jesús predijo: *Y partieron los discípulos, y fueron a la ciudad: y lo hallaron, como les había dicho, hicieron lo que les mandó, y prepararon la Pascua.* Bien pudo San Pedro, uno de los enviados, contárselo detalladamente a su discípulo San Marcos, autor de esta narración.

**Lecciones morales.** — A) v. 12. — *¿Dónde quieres que vayamos a disponerte...?* — Nos enseñan estos discípulos a entregarnos en manos de Dios para que nos enseñe los caminos que debemos seguir: es lo que le pedía el profeta: “Muéstrame tu camino, y enséñame tus senderos” (Ps. 24, 4). Cristo es nuestra Pascua: con Él hemos de convivir y ser comensales en el convite de la gracia en esta vida y sobre todo en el banquete de la eterna Pascua de la bienaventuranza. No podremos lograrlo, sino siguiendo los caminos del Señor. Toda la filosofía de la vida cristiana está en acoplar nuestra voluntad a la de Dios, no presumiendo traer la voluntad de Dios a la nuestra, sino dejando absorber la nuestra por la suya. Entonces es cuando Dios se comunica con nosotros. “Enséñame, Señor, a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios, le decía el Salmista (Ps. 142, 10).

B) v. 14. — *¿...En donde he de comer la Pascua con mis discípulos?* — Comió Jesús la Pascua, no la nuestra, sino la de los judíos, dice el Crisóstomo: aunque después de comer la suya no sólo instituyó la nuestra, sino que él se hizo personalmente nuestra Pascua. Entonces, ¿por qué comió aquella? Porque quiso sujetarse a la ley, a fin de redimir a los que estaban bajo la ley (Gal. 4, 5), y para dar fin definitivamente a la ley. Y para que nadie dijera que por hallar la ley pesada no pudo cumplirla, quiso sujetarse primero a sus preceptos, para luego abrogarla. Ejemplo admirable de obediencia, mortificación y respeto a lo que Dios había instituido.



c) v. 15. — *Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado...* — El señor de la casa, que guía a la parte alta de la misma, donde está el refectorio de Jesús, es Pedro, dice San Jerónimo: a él confió el Señor su casa, para que sea una misma la fe bajo un solo pastor. El cenáculo grande es la dilatadísima Iglesia, en que se predica y alaba el nombre del Señor. Y está aderezada con toda suerte de virtudes y carismas. Sólo en esta casa se halla el cenáculo donde el Señor da las grandes cenas de su palabra y de su Cuerpo santísimo. Sólo de esta casa se va a disfrutar el banquete eterno de la gloria en el celestial cenáculo.

d) v. 16. — *Y prepararon la Pascua.* — Nuestra Pascua es Cristo: es, de una manera especial, la cena eucarística. Ella está dispuesta ya. Objetivamente, no puede ser más óptima. Contiene el Cuerpo del Señor, y con él, su sangre, alma y divinidad. Pero cada uno de nosotros debemos aderezar esta Pascua según nuestra manera, de ser personal. Debemos adaptarla, adaptándonos nosotros a ella. Como el maná tenía todo sabor, así la Eucaristía. Pero para hallar el sabor que podríamos llamar "nuestro", porque el gusto, en el orden fisiológico como en el moral y sobrenatural, es cosa personalísima, debemos aderezar la Pascua del Señor, poniendo todos aquellos anejos que son necesarios en cada una de las circunstancias en que la comamos: las lechugas de la mortificación, si somos sensuales, el vino generoso de la caridad, si somos egoístas, el pan sin levadura de la humildad, si padecemos de hinchazón de soberbia, etc.

### 183. — PRINCIPIO DE LA CENA: DISCUSIÓN ENTRE LOS APÓSTOLES: Lc. 22, 14-18, 24-30

(Mt. 26, 20; Mc. 14, 17)

#### **Sigue la lección del "Passio" en el mismo orden indicado**

<sup>14</sup> <sup>mc</sup> *Llegada la tarde, fué con los doce, y cuando fué la hora, se sentó a la mesa, y los doce apóstoles con él.* <sup>15</sup> Y les dijo: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca. <sup>16</sup> Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que tenga cumplimiento en el Reino de Dios. <sup>17</sup> Y tomando el cáliz, dió gracias, y dijo: Tomad, y distribuidlo entre vos-

otros: "porque os digo, que no beberé más del jugo de la vid, hasta que venga el Reino de Dios.

"Y suscitóse también entre los mismos contienda, cuál de ellos parecía ser el mayor. "Mas él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas: y los que tienen poder sobre ellas, son llamados bienhechores: "mas vosotros, no así: antes, el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor: y el que precede, como el que sirve. "Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve. "Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tribulaciones. "Y por eso os preparo yo el reino, como mi Padre me lo preparó a mí. "Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino: y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.

**Explicación.** — Los diversos episodios que tuvieron lugar durante la última cena, son ordenados en distintas formas por los intérpretes, ya que las narraciones de los Evangelistas no exigen una determinada forma de disposición de los mismos. Particularmente la disputa de los Apóstoles sobre la preeminencia, es situada ora antes de sentarse a la mesa, disputándose los primeros puestos cerca de Jesús, ora después del anuncio de la traición de Judas, ora después que hubo Jesús hablado de su reino, lo que excitó la ambición de sus discípulos. Con Salmerón, Fillion, Bover y otros ponemos este episodio como originado por la pretensión de sentarse cerca de Jesús, siguiendo luego el lavatorio de los pies, lección de cosas con que el Señor combate la ambición y enseña la humildad.

**COMIENZA LA CENA (14-18).** — *Llegada la tarde, fué con los doce a la ciudad: no había estado en ella desde que dos días antes había salido por la noche, antes del discurso escatológico, dicho en el Monte de los Olivos, frente a Jerusalén. Y cuando fué la hora, la prescrita por la ley, a la que se ajustó en todo Jesús, se sentó a la mesa, y los doce apóstoles con él. Era ya de noche, pues la cena legal no podía comenzar sino después de la puesta del sol. Y les dijo: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes*

*que padezca*: sentía Jesús ansias vehementes de llegar a esta cena pascual, más que las otras: primero, porque le acosaba el deseo de acabar la redención del mundo, que el Padre le había confiado: y luego, porque terminada la cena típica, iba a dar al mundo la estupenda prueba de amor que es la santísima Eucaristía. Insiste en la primera razón de su deseo vehemente: es la última Pascua que come con sus discípulos: *Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que tenga cumplimiento en el Reino de Dios*, en el cielo, que debe considerarse como la última realidad de todas las fiestas, especialmente de la Pascua o tránsito.

En la cena se come y se bebe: como Jesús no comerá más de aquella Pascua, así tampoco no beberá más hasta que llegue la Pascua definitiva en el Reino de Dios: *Y tomando el cáliz, dió gracias, y dijo: Tomad, y distribuidlo entre vosotros: porque os digo, que no beberé más del jugo de la vid, hasta que venga el Reino de Dios*. Esta copa no es la eucarística, de la que habla Lucas en el v. 20, sino la que al principio de la cena acostumbraba ofrecer el padre de familias o jefe de la mesa, quien después de bendecirla la acercaba a sus labios y la hacía luego pasar a todos los comensales. Mateo y Marcos, que no hacen mención de esta primera copa, refieren estas palabras a la consagración del cáliz.

DISCUSIÓN SOBRE PREEMINENCIA ENTRE LOS APÓSTOLES (24-30). — Muchas veces habían surgido querellas entre los Apóstoles en lo tocante a derechos de preeminencia (Cf. Lc. 9, 46-48; 18, 1-5; 20, 24-28; Mc. 9, 33-37; 10, 41-45, etc.). En estos graves momentos, sea por la precedencia en el orden de sentarse, sea porque sospechaban que se acercaba el establecimiento del Reino de Jesús, se repite la exhibición, del todo terrena, del ansia de ser: *Y suscitóse también entre los mismos contienda, cuál de ellos parecía ser el mayor*.

Jesús les da una lección gravísima: *Mas él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, ejercen dominación, imperio, sobre ellas: es la primera señal de la superio-*

ridad que se arrogan: y la segunda es la gloria y alabanza que tratan de reportar de esta misma dominación: *Y los que tienen poder sobre ellas, son llamados bienhechores, padres, salvadores, "evergetas" en griego*: alude Jesús a la práctica de algunos príncipes de los tiempos antiguos, que tomaron el sobrenombre de Evergetas, como lo hicieron algunos Tolomeos de Egipto y varios Seléucidas: Antíoco se llamó "Soter", o salvador.

No debe ser así en el Reino de Cristo, que es de distinta naturaleza que aquéllos: *Mas vosotros, no así: antes, el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor*, como el más joven, a quien corresponde honrar a los demás. No dice que no haya jerarquías en su reino: habrá, como en toda sociedad humana bien organizada, quienes precederán a los demás en poder y dignidad: pero éstos deberán ponerla al servicio de sus administrados: *Y el que precede, como el que sirve a los demás sentados a la mesa*.

Y confirma la lección con su ejemplo: *Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado a la mesa?* La lección sería viva, pues no faltarían servidores de la mesa en que comían juntos la cena: *Pues yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve*. Y a la verdad, ¿qué otra cosa fué la vida de Jesús que un continuo ministerio en obsequio de los hombres? Entonces mismo, ¿no les iba a dar, si no les ha dado ya, la estupefaciente lección del lavatorio de los pies?

Luego les alienta, alabando la ejemplaridad de su conducta y mostrándoles la grandeza del premio que les tiene preparado. Ellos no serán príncipes a guisa de los que gobiernan las naciones; pero serán más que todos ellos. *Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tribulaciones*, en las pruebas que he sufrido en mi vida pública: de tantos discípulos, sólo ellos han quedado fieles. Por esto Jesús hace testamento en favor de ellos: *Y por eso os preparo yo el reino, como mi Padre me lo preparó a mí*: con la misma autoridad que el Padre me dió mi reino, así os lo doy yo: disfrutaréis de mi mismo reino. Y como los magnates se sientan a la mesa de su rey, así ellos: *Para que comáis y*

*bebáis a mi mesa en mi reino: con ellos dividirá su autoridad y su potestad judicial: Y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.*

**Lecciones morales.** — A) v. 15. — *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua...* — Empieza Jesús la última cena con estas palabras, con las que excita la curiosidad y la atención de sus discípulos. ¡Bien merecía la atención de la nueva Iglesia, constituida por los Apóstoles, un acto en que la verdad sucede al tipo, la realidad a la figura, el Cordero divino que borra los pecados del mundo al cordero pascual! Porque en la última cena se concentra lo más grande de nuestra religión: en ella son ordenados sacerdotes los Apóstoles; se instituye un sacramento que es el centro del culto cristiano y el resorte más poderoso de la vida sobrenatural de las almas y de la Iglesia; se ofrece por primera vez, aunque en forma incruenta, el sacrificio de la nueva ley, representativo del único sacrificio que tendrá lugar el día siguiente en el Calvario; se dan las lecciones más subidas de caridad que salieran de la boca del Hijo de Dios; comulga por vez primera la humanidad en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, verificándose esta unión íntima de Dios con los hombres y de los hombres con Dios, la máxima que puede lograrse después de la unión hipostática en Cristo y de la Encarnación en la Virgen. ¿Qué extraño que Jesús, que quería dar sus mayores pruebas de amor en la última cena, la deseara con ansia, y que quisiese excitar la atención de sus Apóstoles, para que comprendieran la excelsitud de tantos dones?

B) v. 16. — *Os digo, que no comeré más de ella...* — Hasta este momento Jesús, seguidor de la ley mosaica, ha aprobado la Pascua ritual de los judíos: la ha aprobado y la ha celebrado todos los años. Pero ésta es la última Pascua del rito viejo, y pronto va a sustituirla el mismo Jesús por el rito pascual de la Ley nueva, en que se inmola místicamente la Pascua nueva, que es Él mismo (1 Cor. 5, 7). De modo que la última Cena es la conjunción de las dos Pascuas: la vieja, que deja de ser en este momento, y la nueva, que se celebra por vez primera. Diríamos que la última cena, como el Calvario, es el vértice donde se juntan las dos pendientes de la historia del mundo.

C) v. 17. — *Y tomando el cáliz, dió gracias...* — Acuérdate, por lo mismo, dice el Crisóstomo, cuando te sientas a la mesa, que después de comer debes orar. Por lo mismo, sé sobrio y moderado en la comida, no sea que luego la pesadez no te deje

doblar las rodillas y rogar a Dios. Así, no vayas inmediatamente después de la comida al lecho, sino a la oración. Esto quiso evidentemente significar aquí Cristo, que a la refección corporal debe seguir la plegaria y la lectura de las Escrituras Sagradas.

D) v. 24. — *Y suscitóse también entre los mismos contienda...* — Cuando Jesús se abaja hasta lavar los pies de sus discípulos del Señor: cuando haya venido sobre ellos el Espíritu y Sangre en un bocado de pan y en una copa de vino, cuando saben los Apóstoles por repetidas predicciones que va a humillarse hasta la muerte, se disputan delante del Maestro mismo los derechos de preeminencia. Pero eran todavía carnales los discípulos del Señor: cuando haya venido sobre ellos el Espíritu Santo, se disputarán el primer iugar en las persecuciones y tormentos: “Salían gozosos de los tribunales, porque se vieron dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús” (Act. 5, 41). La vergüenza debiera ser nuestra, cuando después de tanto ejemplo aun sentimos los estímulos de la pasión de ser y de ser tenidos, quizás en el mismo coto de la Iglesia, que es el reino de los humildes.

D) v. 27. — *Yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve.* — Fijémonos en los nombres de Jesús: Emanuel, Consiliario, Salvador, Cristo, Pastor, Redentor, Cordero, etc.: todos ellos denotan los oficios ministeriales que vino a ejercer en favor de los hombres: es el caritativo y abnegadísimo bienhechor de la humanidad, en orden al alma y al cuerpo, a la vida natural y sobrenatural, a nuestros destinos temporales y eternos, como individuos y en el orden social. La jerarquía eclesiástica, prolongación del poder y ministerio de Jesús, la verdad cristiana, dogmática y moral, los sacramentos, el culto, los ejemplos de los santos, en los que se transparenta la vida misma de Jesús: todo es un ministerio universal y perpetuo del Señor en favor nuestro. Son mucha verdad las palabras de este versículo; como es mucha verdad que nosotros no correspondemos a tanta generosidad de Jesús.

E) v. 30. — *Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino...* He aquí el Reino de Cristo, por el que debemos disputarnos y hacernos violencia: el reino de la beatitud, donde recibamos una participación de la misma felicidad de Dios por la visión de su misma esencia. A este reino de grandeza suma nos llama el Señor por los caminos de la humildad y desprendimiento. Quien va por las sendas de la ambición de puestos y posesiones

y honores, ya ha recibido, como los príncipes gentiles, su galardón. Es preciso permanecer con Jesucristo en sus tribulaciones, es decir, aniquilarnos, como él, en esta tierra, para llegar a la máxima grandeza del cielo: renunciar al pequeño reino que en este mundo podemos hacernos, para tener un eterno reino en la gloria. Para ello es preciso ser mansos, pobres, pacíficos, castos, humildes, amadores de la justicia, mortificados: abrazarnos, en una palabra, con la cruz de Jesús.

### 184. — EL LAVATORIO: ION. 13, 1-17

#### Evangelio de la Misa del Jueves Santo y del Lavatorio

<sup>1</sup> El día antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre: habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. <sup>2</sup> Y, acabada la cena, como el diablo hubiese sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariotes, el designio de entregarle: <sup>3</sup> sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que de Dios había salido, y a Dios iba; <sup>4</sup> levántase de la cena, quítase sus vestiduras, y tomando una toalla, se la ciñó. <sup>5</sup> Echa después agúa en un lebrillo, y comienza a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.

<sup>6</sup> Vino, pues, a Simón Pedro. Y Pedro le dice: Señor, ¿tú me lavas a mí los pies? <sup>7</sup> Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después. <sup>8</sup> Pedro le dice: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. <sup>9</sup> Simón Pedro le dice: Señor, no solamente los pies, mas las manos también y la cabeza <sup>10</sup> Jesús le dice: El que está lavado, no necesita sino lavar los pies, pues está todo él limpio. Y vosotros limpios estáis, mas no todos. <sup>11</sup> Porque sabía quién era el que le había de entregar: por esto dijo: No todos estáis limpios.

<sup>12</sup> Y después que les hubo lavado los pies, y hubo tomado su ropa, volviéndose a sentar a la mesa, les dijo: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? <sup>13</sup> Vosotros me llamáis Maestro, y Señor: y bien decís: porque lo soy. <sup>14</sup> Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies: vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. <sup>15</sup> Porque ejemplo os he dado para que,

como yo he hecho a vosotros, así también vosotros hagáis. " En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor: ni el enviado es mayor que aquel que le envió. " Si estas cosas sabéis, bienaventurados seréis, si las practicareis.

**Explicación.** — El episodio del lavatorio de los pies es propio del cuarto Evangelista. De los hechos ocurridos en la última cena, narra Juan los que no consignaron los sinópticos, dejando aquellos que habían ya sido por éstos referidos, como la institución de la Eucaristía y la manducación de la Pascua. Recuérdese que el Evangelio de San Juan es el último cuanto al tiempo de su redacción.

EL ACTO SIMBÓLICO DE JESÚS (1-5). — El versículo primero es como el solemne anuncio de las delicadísimas pruebas de amor que dió Jesús a sus discípulos durante la cena, el lavatorio, la Eucaristía y el sermón que después pronunció: todo ello se comprende en los capítulos íntegros 13-17 de Juan: *El día antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre...* Nótese que Pascua significa "paso" o tránsito: ha llegado la hora del tránsito de Jesús, que es la verdadera Pascua. Jesús había amado a los suyos, a sus Apóstoles, con especial predilección: un padre, un amigo, dan especiales pruebas de amor al despedirse del hijo o del amigo: por esto el Señor, *habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo*, que no debían acompañarle todavía en su tránsito, *los amó hasta el fin*, es decir, hasta el colmo del perfectísimo amor.

La primera prueba de amor que les da es lavarles los pies: *Y, acabada la cena*, mejor, en curso ya o durante la cena, como se colige del v. 12, y por consiguiente antes de la institución de la Eucaristía, que lo fué después de cenar (1 Cor. 11, 25), *como el diablo hubiese sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariotes, el designio de entregarle...* Es un detalle que avalora el acto de amor que va a realizar Jesús: no le detiene el hecho de que haya entre sus Apóstoles quien se ha dejado sugerir por Satanás la venta del Maestro. Otro detalle es la conciencia que tiene



Jesús de su infinita grandeza, a pesar de la cual va a practicar un acto de humildad profunda: *Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos* (Mt. 28, 18): Él sabe que procede del Padre por generación eterna, como Dios que es, y que ha venido al mundo por la Encarnación: como sabe la suprema exaltación que recibirá cuando vaya a sentarse a la diestra del Padre, cumplida su obra: *Y que de Dios había salido, y a Dios iba...*

A pesar de todo ello, *levántase de la cena, quítase sus vestiduras*, el turbante con su velo y el palio, que podrían serle estorbo: *y tomando una toalla, se la ciñó. Echa después agua en un lebrillo, y comienza a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.* La descripción es sobria, justa, gráfica, como de testigo presencial. ¡Con qué estupor contemplarían los discípulos aquel aparato!

RESISTENCIA DE PEDRO (6-11). — El primero ante quien se inclina Jesús para lavarle los pies es Pedro: ésta es la opinión más común, y la única que explica la resistencia del apóstol: si los demás dejaron lavarse los pies, ¿cómo él debía singularizarse? *Vino, pues, a Simón Pedro:* hasta aquí el Evangelista ha descrito el episodio del lavatorio de un modo general: ahora particulariza. Pedro queda estupefacto ante la actitud de Jesús y cuando adivina su intención. *Y Pedro le dice*, con la vehemencia con que suele manifestarse su carácter: *Señor, ¿tú me lavas a mí los pies?* Nótese la contraposición entre “tú” y “mí”, que expresa el doble sentimiento de la propia indignidad y de la grandeza del Señor. Con la blandura que se transparenta en sus palabras, *respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después*, cuando recibas el Espíritu Santo, o mejor, cuando yo te lo explique luego (v. 13).

Todavía no se rinde Pedro, aunque Jesús le insinúe que le explicará la causa: la reverencia que siente por el Maestro previene todo juicio y, con más vehemencia aún, *Pedro le dice: No me lavarás los pies jamás:* nunca consentiré tal cosa. Jesús, elevándose sobre la acción material del lavatorio y

fijándose en lo que él simbolizaba, *le respondió: Si no te lavaré, no tendrás parte conmigo*, no recibirás lo que con esta mi acción se significa y se concede, la limpieza de conciencia, efecto de la redención y de la gracia que de ella deriva (v. 10), y la imitación de lo que yo hago (vv. 13 sigs.): por lo mismo, no participarás de mi reino, ni en la tierra por el ejercicio del apostolado, ni en el cielo por la fruición de Dios. Otros, sin embargo, no dan tanto alcance a las palabras de Jesús, que no significarían más que la separación de la familiaridad y consorcio de Jesús, propia del apostolado, con la pérdida consiguiente de la unión e intimidad espiritual con el Maestro.

Pedro adivina todo el alcance de la acción y de la amenaza de Jesús: y de la exageración de su celo indiscreto, pasa, manifestando otra vez la índole vehemente de su carácter, a la exageración contraria: *Simón Pedro le dice: Señor, no solamente los pies, mas las manos también y la cabeza*: es prueba de su amor a Jesús y del deseo de no separarse de Él. *Jesús le dice: El que está lavado*, que ha tomado un baño y vuelve a su casa, *no necesita sino lavar los pies*, que habrán tomado del polvo del camino, *pues está todo él limpio*. Y explicando el simbolismo de su acción, añade: *Y vosotros limpios estáis*: es decir, vosotros tenéis la limpieza necesaria para el ejercicio de vuestro ministerio y para recibir la Eucaristía, en cuanto estáis limpios de pecado mortal: ahora os concedo con este lavatorio la limpieza perfecta, borrándoos incluso los pecados veniales y librándoos de las imperfecciones sin las que no se puede vivir. Pero con íntimo dolor de su Corazón añade Jesús: *Mas no todos*: hay entre vosotros quien tiene la conciencia horriblemente manchada: es un toque discreto de la gracia al traidor que está presente. Y añade el Evangelista por su cuenta: *Porque sabía quién era el que le había de entregar: por esto dijo: No todos estáis limpios*. La bondad de Jesús no vence la obstinación de Judas, que se deja lavar los pies.

LA LECCIÓN DE HUMILDAD Y CARIDAD (12-17). — *Y después que les hubo lavado los pies, y hubo tomado su ropa,*

*volviéndose a sentar a la mesa, les dijo, explicándoles el simbolismo del lavatorio: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Es una hábil pregunta para excitar su atención, como si dijera: ¿Comprendéis lo que significa lo que acabo de haceros? Y sigue sentenciosamente el Señor: Vosotros me llamáis Maestro, y Señor: y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies: vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Pone Jesús la especie por el género, un caso particular por la ley general: por el lavatorio de los pies se significan todos los ejemplos de humildad y caridad.*

Y lo confirma con el argumento general de su conducta para con los discípulos: *Porque ejemplo os he dado para que, como yo he hecho a vosotros, así también vosotros hagáis:* no “lo que” yo he hecho, sino “como” yo he obrado, con humildad, caridad, mansedumbre, asiduidad, etc. Lo que declara aún más con una locución proverbial: *En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor: ni el enviado es mayor que aquel que le envió:* muy inferiores sois a mí, y yo he hecho así con vosotros.

A la lección, añade Jesús el premio para quienes la cumplen: *Si estas cosas sabéis, bienaventurados seréis, si las practicaréis:* no basta saberlo, es preciso hacerlo.

**Lecciones morales.** — A) v. 1. — *Los amó hasta el fin.* Los amó hasta el fin de la vida, que es la muerte: los amó hasta donde puede amarse en vida, que es hasta ofrecerla en holocausto del amor, muriendo: los amó hasta el fin, es decir, hasta la eternidad, dice San Agustín, porque no puede acabar el amor de Aquel que no ha acabado de vivir. El amor de Jesús es como un círculo infinito, en el que se encierra toda la humanidad: sale del seno del Padre por amor a la humanidad: conquista a la humanidad con las estupendas obras de su amor encerradas en la complejidad de su obra redentora; y vuelve al seno del Padre cargado con el botín del amor de los hombres, y atrayendo a sí, con las cadenas de la caridad, a todo el mundo, para hacerle participe en el cielo de los goces de su amor. En verdad que nos ha amado Jesús hasta el fin.

B) v. 5. — *Y comienza a lavar los pies de los discípulos...* Mira la humildad incomprensible de Jesús, dice el Crisósto-

mo. Porque se levanta cuando están todos sentados; y Él mismo se aligera de sus vestiduras; y Él mismo se cife la toalla; y Él mismo llena el lebrillo; y así es como, de rodillas a los pies de sus discípulos, empieza a lavarles los pies. Es el Dios de los cielos que ha revestido forma humana para enseñarnos el camino de llegar a las alturas de Dios, que es el del abajamiento en todo.

c) v. 6. — *¿Tú me lavas a mí los pies?* — Que Cristo quisiera lavarle los pies, cosa era durísima para la humildad de Pedro: por esto se resiste. Pero ¿acaso no ha condescendido Jesús mil veces más con nosotros? ¿No ha venido a lavarnos completamente con las aguas del Bautismo? ¿No ha extendido sobre nosotros sus manos, que suyas son las de sus ministros, sobre nuestras almas llenas del fango de todo pecado, limpiándonos con la palabra y el gesto de la absolución sacramental? ¿No nos ha dado su misma sangre en bebida para que nos purificara en la comunión eucarística? No podía hacer Jesús más para lavarnos. Ni nosotros podíamos resistir más a su acción; no por humildad, como Pedro, o por espíritu de reverencia, sino por voluntad proterva, por desidia, no prestándonos generosamente a la acción purificadora del Señor, que nos quiere limpios, del barro de los pecados mortales y del polvo de los veniales.

d) v. 8. — *No me lavarás los pies jamás.* — Se resiste Pedro al lavatorio por humildad y reverencia, lo que parece buen espíritu según Jesús: pero es indiscreto este espíritu, porque ya conoce claramente la voluntad de Jesús, que le ha dicho ya que le explicará después el sentido de aquella acción. Para que aprendamos a inclinarnos ante los avisos suaves del Señor, que puede darnoslos por nuestros superiores, por toques interiores de la gracia, por lecturas y predicaciones, etc., y no consintamos nos llegue nuestro amor propio a tal protervia, aun a pretexto de obrar bien, que merezcamos ser amenazados con no tener parte en el Reino de Jesús.

e) v. 10. — *El que está lavado, no necesita sino lavar los pies...* — Quien ha sido lavado está ya todo limpio: todo menos los pies, dice San Agustín. Somos totalmente lavados, hasta de los pies, por el bautismo; pero luego el trato de las cosas humanas hace se nos pegue la miseria humana por donde la tocamos, que es por la parte inferior de la vida, que es como los pies en el cuerpo. Nadie hay que en este sentido no necesite ser lavado; porque "si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a

nosotros mismos, y no estamos en la verdad" (Ioh. 1, 8). Si confesamos nuestros pecados, el que lavó los pies de sus discípulos lavará también nuestros pies, que son los pecados y los afectos terrenales.

F) v. 15. — *Como yo he hecho a vosotros, así también vosotros hagáis.* — Hay entre nosotros, dice San Agustín, la costumbre de lavar los pies a quienes llegan a nuestra casa para hospedarse en ella. Mejor es que así se haga, para hacer aquello mismo que hizo Cristo. Cuando nos inclinamos ante el hermano para prestarle este servicio, el alma se inclina también para ser humilde y caritativa para con él. Pero prescindiendo de esta acción material,    podemos lavarnos espiritualmente unos a otros? Confesemos mutuamente nuestros pecados, perdon  monoslos mutuamente; oremos unos por otros, y así nos habremos lavado los pies espiritualmente.

G) v. 16. — *El siervo no es mayor que su señor...* — Es una lección de igualdad espiritual. Debían los Apóstoles ser elevados dentro de poco a gran dignidad, dice Teofilacto. unos más alta, otros no tanto; para que todos sientan igual y obren igual.   l, que es el mayor de todos, se hace inferior a todos. El siervo no sólo no es mayor, sino menor que el señor: si el señor se abaja más que todos los siervos,    qué no deberán hacer los siervos unos con otros?

### 185. — EL TRAIÐOR: IOH. 13. 18-21

(Mt. 26, 21; Mc. 14, 18; Lc. 22, 21)

Mt. 26, 22-24

(Lc. 22, 22; Mc. 14, 19-21)

IOH. 13. 22-30

(Mt. 26, 25; Mc. 14, 19; Lc. 22, 23)

**Los versículos de los sinópticos se leen en el "Passio"  
de los días respectivos**

<sup>1</sup> "No hablo de todos vosotros: yo s   los que escogí: mas para que se cumpla la Escritura: El que come el pan conmigo, levantará contra mí su calca  n." Desde ahora os lo digo, antes que acontezca, para que cuando aconteciere, cre  is que yo soy.

“ En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que yo enviare, a mí me recibe: y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me envió. ” Cuando esto hubo dicho Jesús, se turbó en el espíritu: y, <sup>10</sup> *mientras estaban sentados a la mesa y comían*, protestó, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me entregará, <sup>11</sup> *el que come conmigo.* <sup>12</sup> *He aquí que la mano del que me hace traición está conmigo en la mesa.*

“ Y ellos, muy entristecidos, comenzaron, cada uno de por sí, a decir: ¿Por ventura soy yo, Señor? Y él respondió, y dijo: <sup>13</sup> *Uno de los doce,* ” el que mete conmigo la mano en el plato, ése es el que me entregará. “ El Hijo del hombre se marcha ciertamente, como está escrito de él, <sup>14</sup> *como está definido;* pero, ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! Más le valiera a aquel hombre no haber nacido.

“ Y los discípulos se miraban los unos a los otros, dudando de quién decía. <sup>15</sup> *Y ellos comenzaron a preguntarse unos a otros, quién de ellos sería el que esto había de hacer.* ” Y uno de sus discípulos, al cual amaba Jesús, estaba recostado a la mesa en el seno de Jesús. “ A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro, y le dijo: ¿Quién es de quien habla? ” Él entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? ” Jesús le respondió: Aquel es a quien yo diere el pan mojado. Y mojado el pan, se lo dió a Judas, hijo de Simón Iscariotes. “ Y tras el bocado entró en él Satanás. ” Judas, que lo entregaba, respondiendo dijo: ¿Acaso soy yo, Maestro? Díjole: Tú lo has dicho. Y Jesús le dijo: Lo que haces, hazlo presto. “ Mas ninguno de los que estaban a la mesa supo por qué se lo decía. ” Porque algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le había dicho Jesús: Compra lo que tenemos menester para el día de la fiesta: o que diese algo a los pobres. “ Y cuando él hubo tomado el bocado, luego se salió. Y era de noche.

**Explicación.** — En el episodio de la denuncia de Judas el traidor, uno de los principales que integran la narración de la última cena, se entrecruzan los cuatro Evangelistas, en forma que se hace difícil reconstituir el hecho en la forma en que con certeza ocurrió. De Mateo, Marcos y Juan se colige que la totalidad del episodio pasó antes de la institución de la Eucaristía: en cambio, Lucas narra el hecho como ocurrido después. De aquí que muchos comentaristas dividan la narración, en forma tal, que antes de la institución de la

Eucaristía Jesús denuncia al traidor en forma general, y después de la consagración del pan y del vino señala ya concretamente al traidor. Tiene esta cuestión gran importancia, porque de su solución depende el que Judas recibiera o no el Cuerpo y la Sangre del Señor. Nos inclinamos a la solución que unifica las cuatro narraciones y sitúa el hecho antes de la institución de la Eucaristía: lo reclama la armonía de los textos evangélicos, de cuyo cotejo resulta un hecho único, completo y sin repeticiones. La discrepancia de Lucas en este caso se debe a que dispuso la narración de la cena en forma sistemática, refiriendo primero los hechos, la cena pascual y la eucarística, y luego los dichos o palabras que la acompañaron. Aumenta la probabilidad de que así fuese, el hecho de que Juan narra la ocurrencia de la denuncia del traidor inmediatamente después del lavatorio. Judas, en esta hipótesis, no hubiese comulgado, sino que salió antes de la cena eucarística, acabada la legal. La mayor parte de los comentaristas modernos se inclinan a ella, no faltándole arraigo en la tradición, ya desde el siglo II, en que Taciano la defendió.

JESÚS DENUNCIA EL HECHO DE LA TRAICIÓN (Ioh. 18-21). Las últimas palabras de Jesús, después del lavatorio, han sido para ofrecer la bienaventuranza a todos sus discípulos si guardan lo que les enseña: Bienaventurados seréis, si así lo hicieréis: pero, *no hablo de todos vosotros*, añade con pena profunda, aludiendo tácitamente a Judas y dándole lugar a la reflexión y penitencia. *Yo sé los que escogí*, añade: yo conozco perfectamente a quienes elegí para el apostolado, sin que me haya engañado en lo que son, ni en lo que serán: *Mas*, aunque supiese quién debía ser el traidor, lo elegí a pesar de todo, *para que se cumpla la Escritura*, ya que el Padre así lo tiene destinado: *El que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar*: mi íntimo amigo me atropellará pisoteándome. La cita, aunque no literal, es del Salmo 40, 10: en este lugar habla David de su amigo Achitófel, por quien fué villanamente traicionado al pasarse al partido de Absalón (Cf. 2 Reg. 15, 12.31 sigs.; 16, 20; 17, 1 sigs.):

David es el tipo de Jesús; Achitófel, de Judas: los dos traidores se suicidaron, colgándose.

Y da la razón de la denuncia que va a hacerles: *Desde ahora os lo digo, antes que acontezca*: a fin de que, viéndole víctima de traición villana, no le tengan por imprevisor y disminuya su fe: antes por el contrario, el cumplimiento de la profecía sea un motivo más de credibilidad para ellos: *Para que cuando aconteciere, creáis que yo soy*. Y para que no creyesen los demás apóstoles que la defección de uno de ellos podía afectar a la dignidad y honor de todos, confirmados en los honores y funciones del apostolado que les confirió (Mt. 10, 40), y ello con juramento: *En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que yo enviare, a mí me recibe: y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me envió*.

Después de estos preámbulos, en que Jesús demuestra su presciencia, ha tocado el corazón del apóstol malvado y ha robustecido la fe y la grandeza de los Apóstoles fieles, Jesús experimenta una emoción profunda: *Cuando esto hubo dicho Jesús, se turbó en el espíritu*: turbóse por lo horrendo del crimen cometido por un amigo elevado por él a la dignidad excelsa del apostolado; por la visión de la muerte próxima, que iba a ser determinada por la traición de Judas; por la terrible suerte que le aguardaba al traidor. A la turbación sigue la afirmación rotunda, solemne, confirmada por el juramento, de la traición: debió ser de gran emoción el momento que precedió a la revelación de la traición villana: están Maestro y discípulos comiendo fraternalmente el Cordero: *Y, mientras estaban sentados a la mesa y comían*, adopta Jesús un tono solemne, quizás acompaña un gesto categórico: *Protestó, dió testimonio, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me entregará, el que come conmigo. He aquí que la mano del que me hace traición está conmigo en la mesa*. La denuncia es clara: el traidor es uno de los comensales.

SENTIMIENTOS DE LOS COMENSALES: EL ANATEMA (Mt. 22-25).—Como un rayo ha caído la tremenda predicción en el Colegio apostólico. El primer sentimiento en los inocentes



es de profunda pena: *Y ellos, muy entristecidos...* Luego intuitivamente se refleja su pensamiento sobre su conciencia, aterrizados todos de que su fragilidad pueda llevarlos al crimen, y creyendo más en la palabra de Jesús que en su propia lealtad y firmeza: *comenzaron, cada uno de por sí, a decir: ¿Por ventura soy yo, Señor?, esperando ansiosos una respuesta negativa.*

Jesús no rasga todavía el velo: su denuncia, que reitera, no sale de la primera forma general: *Y él respondió, y dijo: Uno de los doce, el que mete conmigo la mano en el plato, ése es el que me entregará.* Desconocidos como eran entre los judíos la cuchara y el tenedor, cada comensal tomaba de la fuente o plato común lo que le convenía, directamente con la mano. La designación es vaga por lo mismo, porque todos tomaban del plato. Es evidente alusión al Salmo 40, 10, ya citado: "El que come, o suele comer, conmigo levantó contra mí su calcañar."

Y sigue el tremendo anatema: *El Hijo del hombre se marcha ciertamente, como está escrito de él:* es verdad que yo voy de mi libre voluntad a morir, *como está definido* por las Escrituras: *Pero, ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre!*: es una misericordia más que hace Jesús al traidor, la terrible amenaza del castigo eterno: *Más le valiera a aquel hombre no haber nacido:* vale más no ser, que vivir eternamente bajo el infortunio de la reprobación de Dios.

JESÚS REVELA A JUAN EL TRAIDOR: SALIDA DE JUDAS (Ioh. 22-30). — La respuesta de Jesús a cada uno de los apóstoles, por su misma imprecisión, les dejó perplejos y más ansiosos de conocer al traidor: *Y los discípulos se miraban los unos a los otros, dudando de quién decía:* es natural escudriñar con la mirada el rostro de quienes podemos sospechar un crimen: la palabra de Jesús en este caso no dejaba lugar a duda. Y de las miradas pasan a las palabras de mutua inquisición: *Y ellos comenzaron a preguntarse unos a otros, quién de ellos sería el que esto había de hacer.*

Todo fué inútil: el nombre del traidor permanecía en

secreto impenetrable. Pedro, impetuoso e impaciente, es el que aborda directamente la cuestión ante el Maestro, valiéndose de Juan: *Y uno de sus discípulos, al cual amaba Jesús, el mismo Juan, autor de la narración (Cf. 18, 15; 21, 7.20), estaba recostado a la mesa en el seno de Jesús.* Solían los judíos comer reclinados sobre los divanes, teniendo horizontal la mitad inferior del cuerpo, incorporada la superior, que se apoyaba en el codo izquierdo. Situado Juan a la derecha de Jesús y apoyado en su brazo izquierdo, su cabeza venía naturalmente sobre el pecho de Jesús: no tenía más que dejarla para que descansara sobre él. Pedro pudo estar situado a la izquierda de Jesús y a sus espaldas, pudiendo en esta posición hacer señas a Juan, o quizás estuvo sentado al lado de éste, y hablarle secretamente: *A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro, y le dijo: ¿Quién es de quien habla? Él entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, acercándose más a él, o descansando su cabeza sobre él, le dijo: Señor, ¿quién es?* El Señor le da la señal predicha por el profeta (Ps. 40, 10): *Jesús le respondió: Aquel es a quien yo diere el pan mojado en la salsa, o "carosset", de la fuente del centro de la mesa: era una señal de predilección. Y mojado el pan, se lo dió a Judas, hijo de Simón Iscariotes.* Inútilmente había llamado Jesús por todos los medios al corazón de aquel hombre empedernido: cuanto más hacía Jesús, más Judas se obstinaba en el mal: *Y tras el bocado, entró en él Satanás: entró para tomar posesión llena y definitiva de un alma en que hacía tiempo habitaba ya.*

Judas, temeroso de que su mismo silencio le hiciera traición y le descubriera, aprovecha el momento de esta delicadeza de Jesús para con él, y le pregunta, no llamándole Señor, como los demás, sino simplemente Maestro: *Judas, que lo entregaba, respondiendo dijo: ¿Acaso soy yo, Maestro?* A la pregunta, llena de astucia e impudencia, díjole Jesús: *Tú lo has dicho: tú eres el traidor.* Estas palabras se las dice el Señor en voz baja, sólo del traidor oídas, lo que demuestra que se hallaba cerca de Jesús en la mesa. Es otra merced que le hace el Señor: aun puede renunciar a su criminal intento. *Y Jesús entonces, vista la protervia de Judas, y para que no*

sospechara que obedecían a miedo las pruebas de amor que le había dado, *le dijo: Lo que haces, hazlo presto: ya puedes llevar a cabo lo que tanto tiempo llevas entre manos.*

Judas ha entendido perfectamente a su Maestro: los demás discípulos, excepto Juan y Pedro, ni siquiera han sospechado fuera él el traidor: *Mas ninguno de los que estaban a la mesa supo por qué se lo decía.* Era Judas el ecónomo de la comunidad de Jesús: creyeron que "lo que haces", se refería a compras o limosnas sobre las que estuviesen ya entendidos el Maestro y el discípulo malvado: *Porque algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le había dicho Jesús: Compra lo que habemos menester para el día de la fiesta: o que diese algo a los pobres.*

*Y cuando él hubo tomado el bocado que le ofreció Jesús, luego se salió,* en seguida, "hazlo presto". Con esto, dice Knabenbauer, queda resuelta la cuestión de si comulgó o no Judas en el Cuerpo y Sangre del Señor. Este bocado no es la Eucaristía, ello es evidente: en seguida de tomarlo, salió Judas del cenáculo: luego no comulgó. A no ser que, con Baronio, digamos que "luego", *continuo* en la Vulgata, quiera entenderse de un tiempo bastante para que asistiera Judas a la institución y comunión eucarísticas.

Termina San Juan su relato con esta frase simbólica, que pone espanto en el ánimo del lector: *Y era de noche.* Era de noche en la atmósfera: pero más lo era en el alma de Judas, sumergida en las tinieblas de la obcecación, separada para siempre de quien era la Luz del mundo. Más lo era también en el orden moral, porque con la salida de Judas empezaba la acción del poder de las tinieblas contra Jesús (Lc. 22, 53).

**Lecciones morales.** — A) v. 18. — *Yo sé los que escogí...* Se encierra en estas palabras de Jesús un misterio tremendo: el de la predestinación. Dios conoce a sus elegidos, como a los que no lo son, es decir, tiene clarísimo conocimiento, no sólo de las intimidades de la conciencia de cada uno de nosotros, sino de lo que hemos sido, de lo que seremos y de los destinos eternos que nos aguardan: Dios no fuera Dios si no lo supiera. Pero ello no es obstáculo a la libertad del hombre. Dios es quien predestina, Dios ayuda, Dios salva o reprueba: pero

la voluntad del hombre queda intacta y a él, junto con la gracia de Dios, deberá atribuirse su salvación; como a él, por haber resistido a la gracia de Dios, deberá culparse de su condenación. Obremos con temor y temblor la obra de nuestra salvación, pensando que en último término sólo de nosotros depende, contando siempre con la gracia de Dios, que a ninguno falta.

B) v. 21. — *Se turbó en el espíritu...* — Quiso con ello significar, dice San Agustín, que cuando la Iglesia se ve obligada a separar a algún hijo de sí, no lo hace sin turbación: y se turbó Jesús en el espíritu porque en semejantes escándalos los hombres espirituales son turbados no por la maldad, sino por la caridad, por si junto con la cizaña se arranca algo de trigo. Y se turbó a sí mismo, no fué turbado, porque era absolutamente dueño de sí: para enseñar a quienes se turban ante la inminencia de la muerte que no es ello señal alguna de reprobación.

C) v. 21. — *Os digo: Que uno de vosotros me entregará...* Debieran poner espanto en nuestra alma estas palabras de Jesús. Porque nadie piense que no pueda ser un Judas; pues, como dice San Agustín, no hay pecado que haga un hombre que no pueda cometerlo otro hombre, si falta Aquel por quien ha sido hecho el hombre. ¿Qué más santo que el Colegio apostólico? Y uno cayó. Y en la historia de la Iglesia, ¿cuántos hombres, sabios y apostólicos, empezaron bien, y acabaron desastrosamente? Y en el orden de la miseria moral, ¿no podemos ser como el siervo de quien habla el Apóstol, “que está firme, o cae”? (Rom. 14, 4). Roguemos a Dios, “que es poderoso para darnos estabilidad” (Ibíd.), que no consienta prevariquemos, ni por el pensamiento ni por la voluntad.

D) v. 25. — *Él entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús...* — El pecho es el símbolo y el reconditorio de los secretos del hombre: el pecho de Jesús es el reconditorio de los secretos del Hombre-Dios. Y Juan, que quiso saber un profundo secreto que guardaba Jesús en su pecho, reclinó sobre él la cabeza, y mereció que el secreto se le revelara. ¿Cuántos secretos tiene Jesús para cada uno de nosotros! Secretos nuestros, especiales, que quiere comunicarnos Jesús para nuestro bien; secretos de amor, porque como el padre y la madre tienen para cada hijo un afecto especial, así Jesús para cada uno de nosotros. Jesús nos espera: si nos recostamos sobre su pecho, nos revelará los secretos que buscamos, como a Juan, y aquellos otros secretos que ni siquiera nosotros barruntamos.

E) v. 26. — *Y mojando el pan, se lo dió a Judas...* — Se lo

dió, dice el Crisóstomo, para que ya que no había sentido vergüenza de sentarse a la mesa con los demás, la sintiera ahora al recibir un bocado del mismo pan del Señor. Tienen esta cualidad las almas bien nacidas, que las ablandan los dones y las pruebas de amor, contra el proceder de Judas, que se endurece más a medida que más le distingue Jesús. En ello debemos aprender a recibir con gratitud las gracias del Señor, no sea que nuestra indiferencia o maldad le obligue a retirar de nosotros su mano, y caigamos en la ofuscación y en la impenitencia.

F) v. 27. — *Y tras el bocado, entró en él Satanás.* — No había entrado aún, a pesar de sus anteriores crímenes; sólo había herido su corazón con los dardos de sus tentaciones. Ahora ya se posesiona del desgraciado: ya no será él quien obre, sino Satanás en él y con él. Y entró en él Satanás, si el pan no estaba aún consagrado, porque era la revelación del misterio de su iniquidad y como la señal de su expulsión del Colegio apostólico; y si era ya el cuerpo del Señor, como quieren otros, porque era justo que se apoderara Satanás de quien, no habiendo discernido el cuerpo de Cristo del pan ordinario, había comido su juicio y condenación. ¡Es tremenda sanción del sacrilegio!

G) v. 29. — *Judas tenía la bolsa...* — Dos lecciones podemos recibir de estas palabras. Es la primera, que Jesús tenía su capital, más o menos grande, dice San Agustín, guardando lo que los fieles le ofrecían y distribuyéndolo para subvenir a las necesidades de los suyos y a las indigencias de los demás. Entonces fué instituída la forma de los haberes de la Iglesia, para que entendiésemos que aquellas palabras suyas: “No penséis en el día de mañana...” (Mt. 6, 34), deben entenderse en el sentido de que no debemos guardar dinero alguno, sino en cuanto no hemos de servir a Dios por ello, ni dejar la justicia por temor a la indigencia. Es la segunda, el fin desgraciado de Judas, que cobró desmedida afición a las riquezas que guardaba, y para multiplicarlas llegó al horrendo crimen de vender a su Dios. Vende a Dios, porque vende la gracia de Dios, única que puede llevar a la posesión de Dios, aquel que llevado del hambre de poseer conculca la justicia y la ley de Dios.

H) v. 30. — *Y era de noche.* — Noche cerrada se hizo en el alma del infeliz que, obstinadamente, había repelido la luz del Señor que con tanta insistencia quería rasgar el velo de su alma tenebrosa. Noche que no verá alborada, porque el desventurado no hará más que debatirse consigo mismo, dentro de la densísima tiniebla, para caer en mayores abismos. Noche que empal-

mará con la noche eterna que le aguarda. Dentro de pocas horas se colgará de un árbol, y dará su negra alma al "príncipe de las tinieblas" (Eph. 6, 12), que la llevará a la "tierra de miseria y de tinieblas, donde no hay orden alguno, sino que mora en ellas el horror sempiterno" (Ioh. 10, 22).

## 186. — INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

MT. 26, 26-29

(Mc. 14, 22-25; Lc. 22, 19.20)

### Lección del "Passio" los días indicados

\* Y cuando ellos estaban cenando, tomó Jesús el pan, <sup>L</sup> *dió gracias*, y lo bendijo, y lo partió, y lo dió a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo, <sup>L</sup> *que se da por vosotros: haced esto en memoria mía.* \* Y <sup>L</sup> *asimismo*, tomando el cáliz, <sup>L</sup> *después que hubo cenado*, dió gracias, y dióselo, diciendo: Bebed de él todos. \* Porque ésta es mi sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos, <sup>L</sup> *por vosotros*, para remisión de los pecados. \* <sup>Mc</sup> *Y bebieron de él todos.* \* Y dígoos, que desde ahora ya no beberé de este fruto de la vid, hasta el día aquel en que lo beba nuevo con vosotros en el Reino de mi Padre.

**Explicación.** — La institución de la Eucaristía es el hecho culminante de la última cena y uno de los grandes pilares de la obra espiritual que vino Jesús a edificar en el mundo. Convenía que se celebrara la institución de la Eucaristía en la cena pascual, para significar el tránsito de Jesús al Padre, cuando por el derramamiento de su sangre nos redimió y arrancó del poder de las tinieblas y nos hizo reino suyo. Así se abolía el rito legal y se substituía por la verdadera Pascua, Jesús, que se inmolaría perpetuamente en la Iglesia bajo signos visibles por el sacerdocio de la nueva Ley, cuya cabeza es él mismo. No puede fijarse con certeza el lugar que la cena eucarística ocupa en relación con el rito pascual: los comentaristas la han situado ora al principio, ora en medio, ora al fin del mismo. Atendiendo los textos de Lc. 22, 20,

y I Cor. 11, 25, creemos debe ponerse hacia el fin del banquete pascual, cuando, comido ya el cordero, se hallaban aún los comensales reclinados sobre sus divanes.

*Y cuando ellos estaban cenando*, mientras estaban aún ante la mesa y no se había acabado la cena, *tomó Jesús el pan*, uno de los panes ácidos, circulares y delgados, en forma de torta, como debían serlo los que se comían en la cena legal (Ex. 12, 18): por esto también la Iglesia emplea para el sacrificio eucarístico el pan sin levadura: *dió gracias*, orando al Padre e implorando también su bendición y su favor; *y lo bendijo*, implorando la beneficencia y el poder de Dios sobre él, con lo que lo preparó para la consagración: *Y lo partió*: también en la cena legal el padre de familias bendecía y partía los panes ácidos: Jesús repetiría el rito, pero sobre-elevándolo: su bendición era nueva y designaba una santificación especial del pan en orden al sacrificio místico a que se destinaba: la fracción era imagen de su muerte, hasta el punto de que "la fracción del pan" vino a ser la designación solemne y pública del sacrificio eucarístico (Act. 2, 42): *Y lo dió a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo*, es decir: esto que os presento y que tiene la apariencia de pan es mi cuerpo. A estas palabras del Señor, tan simples y tan claras que no es posible tergiversarlas, el pan se transubstanció en su cuerpo santísimo, real y verdadero. Así lo ha entendido siempre la Iglesia católica, sin que haya jamás acudido a interpretaciones simbólicas. Es la realización de la promesa hecha por aquellos mismos días el año anterior (Ioh. 6, 26-64: Cf. núm. 84). Y para hacerles más patente la realidad de su cuerpo encerrado en las especies de pan, añade: *Que se da por vosotros*, que es entregado a la muerte en vez de vosotros, y para rescataros. *Haced esto en memoria mía*: con estas palabras reciben los Apóstoles la potestad sacerdotal de ofrecer el cuerpo del Señor: lo harán en memoria de él: como la Pascua legal era la memoria de la liberación de la servidumbre de Egipto, así la cena eucarística representa la muerte del Señor por la que le vino al mundo la liberación espiritual.

Jesús había prometido a sus discípulos su carne y su san-

gre (Ioh. 6, 25-59): además, debiendo ser la cena eucarística memorial de su muerte y de nuestra redención, a la entrega del cuerpo debía seguir la de la sangre. Es lo que va a hacer Jesús: *Y asimismo, tomando el cáliz, después que hubo cenado*, para distinguirlo de los que se bebían durante la manducación del cordero pascual: era el cáliz una copa baja y ancha de las que usaban los judíos: *dió gracias*, como solía hacerlo antes de hacer algún milagro, en los que se manifestaba la gloria del Padre, su propia misión y la beneficencia de Dios para con los hombres: en ningún milagro se expresa mejor este triple fin que en la Eucaristía: *y dióselo, diciendo: Bebed de él todos*. ¿Qué copa de vino es la que consagró el Señor? Los comensales no usaban más que una copa, que corría de mano en mano y de la que debían beber todos: las bebidas de ritual eran hasta cuatro: una al sentarse a la mesa: la segunda, después que el presidente había explicado la significación del cordero, y comidas ya las lechugas amargas: la tercera, después de comer el cordero: la cuarta, después de rezar las últimas preces: aun podía añadirse una quinta copa, a discreción de los comensales: las cuatro primeras eran de ritual. Suponen muchos que fué el cáliz tercero el consagrado, por cuanto se le llamaba "cáliz de bendición", nombre con que designa el Apóstol el cáliz eucarístico (I Cor. 10, 16): otros optan por el cuarto, y hasta por el quinto, ya del todo terminada la cena pascual, lo que justificaría la frase de Lucas: "después que hubo cenado"

Solían los judíos beber en la cena pascual el vino tinto, mezclado con un poco de agua. Al alargarles el cáliz profiere estas palabras: *Porque ésta es mi sangre*: esto que tiene la apariencia de vino es mi propia sangre. Es la sangre *del nuevo Testamento*: como la antigua alianza entre Dios y el pueblo de Israel fué sellada con sangre (Ex. 24, 8), así lo será también la nueva Alianza que Dios contrae con la humanidad por la redención (Ier. 31, 33): pero no con sangre de animales, sino con la sangre de Jesucristo (Hebr. 8, 8; 9, 15-20). Luego, como la sangre derramada en la antigua Ley era un sacrificio, así lo es la que pone Jesús en el cáliz con sus palabras: porque aquellos sacrificios no eran más que figurativos de



éste. La razón de sacrificio se descubre aun en estas palabras que añade Jesús: *Que será derramada por muchos*, es decir, por todos, como por todos murió Cristo; si bien no todos se aprovechan de la sangre preciosísima de Cristo: *por vosotros*, añade Lucas, representando los Apóstoles entonces a toda la humanidad: *para remisión de los pecados*: que es derramada, dice el griego: derramar la sangre por los pecados siempre ha sido una función sacrificial, verificada por el sacerdote. *Y bebieron de él todos*, comulgando en la sangre del Señor, como lo habían hecho con su cuerpo.

Instituída la Eucaristía, Jesús indica otra vez a sus discípulos la inminencia de su muerte, al tiempo que levanta su espíritu con la perspectiva de una bienaventuranza que disfrutarán todos junto con Él: *Y dígoos, que desde ahora ya no beberé de este fruto de la vid*: no se refiere Jesús al cáliz eucarístico, sino al vino en general, quizás a la última copa tomada después de la Eucaristía, como si dijera: Vamos a separarnos, ya no beberé más con vosotros: *Hasta el día aquel*, el de la bienaventuranza eterna, *en que lo beba nuevo con vosotros en el Reino de mi Padre*, donde nos veremos inundados en el torrente de las delicias (Ps. 35, 9; Lc. 12, 37; Apoc. 21, 5, etc.).

**Lecciones morales.** — A) v. 26. — *Tomó Jesús el pan...* Quiso el Señor, dice San Agustín, utilizar para la consagración de su Cuerpo y Sangre aquellas cosas que llegan a ser algo especial por la reunión de muchas otras: como el pan, que es pan por la concurrencia de muchos granos de trigo; y el vino, que es tal por ser producto de muchos granos de uva. Para que aprendamos a ver en este Sacramento el misterio de la paz y de la unidad. Porque, como dice el Apóstol, “muchos somos un cuerpo en Cristo” (Rom. 12, 5).

B) v. 26. — *Éste es mi cuerpo...* — No dice Jesús: “Aquí está mi cuerpo”, o: “Esto es el signo de mi cuerpo”; sino: “Éste es mi cuerpo”, en verdad, según la realidad, según su substancia, dice el Tridentino. Antes de la consagración, el pan es pan, dice San Agustín: después, ya es el cuerpo de Cristo. Comámosle, no sólo sacramentalmente, dice el mismo Santo, lo cual hacen también muchos malos al comulgar sacrílegamente;

sino también espiritualmente, uniéndonos a Él por la caridad, de la que el sacramento es signo y alimento.

c) v. 27. — *Tomando el cáliz..., dió gracias...* — Dió gracias, dice el Crisóstomo, para que aprendamos cómo debemos celebrar este misterio, y para que sepamos que vino a la muerte no forzado, sino libremente y dando por ello gracias al Padre. Asimismo nos enseña a recibir el cáliz de las tribulaciones con la debida acción de gracias.

d) v. 28. — *Ésta es mi sangre del nuevo Testamento...* — ¡Cuán grande la dignidad del cristiano! Pertenece a una sociedad, la santa Iglesia, no sólo adquirida con el precio de la sangre de Jesús, que es la sangre de Dios; sino unida a Jesús con pacto eterno, sellado con la misma sangre divina. Como en el pueblo de Dios, en la ley antigua, todo estaba marcado con la sangre de los animales, según el Apóstol, así en la Iglesia todo lleva la marca de la Sangre de Dios: sin ella no hay sacrificio, ni sacramentos, ni remisión de pecados, ni ascensión de virtudes. En verdad que pertenecemos a una raza de dioses, a un pueblo que Dios adquirió para sí a alto precio. Pero es más: no sólo la Iglesia, sino cada uno de nosotros llevamos la marca de la sangre de nuestro Redentor Jesús: de ella ha derivado para nosotros la gracia, en todas sus formas, y la gloria. Dios no reconocerá en el cielo sino a aquellos que estén marcados con la sangre del Cordero. Llevemos con suma dignidad de vida la suma dignidad de estar marcados con la sangre del Hijo de Dios.

e) v. 29. — *Hasta el día aquel en que lo beba nuevo...* — Ya no beberá Jesús más vino de vid en la tierra. Como se despiden los amigos, levantando la copa y haciendo votos para volver a juntarse en íntimo ágape, después de larga ausencia, así se despide ahora Jesús de sus discípulos. Al tiempo que les recuerda la próxima muerte, inminente ya, entreabre a sus queridos los horizontes de la vida eterna, cuando se juntarán en el celestial banquete de la visión de Dios y se “embriagarán de las delicias de la casa de Dios” (Ps. 35, 9). No será ya entonces vino de cepa; será un vino “nuevo”, que preparará Dios en “el cielo nuevo y en la tierra nueva”, que será la bienaventuranza eterna (Apoc. 21, 1).

## 187. — DISCURSO DE JESÚS DESPUÉS DE LA CENA IOH. 13, 31; 17, 26

### GENERALIDADES

EL TEXTO: LUGAR EN QUE FUÉ PRONUNCIADO. — Este discurso, que empezó Jesús inmediatamente después de la salida de Judas del Cenáculo, fué pronunciado terminadas ya la cena legal y la eucarística, el día antes de su muerte; y abarca, a más de la introducción (Ioh. 13, 31-38), los capítulos 14-17 del mismo Evangelio en toda su extensión.

Por lo que atañe al lugar en que fué pronunciado, todos los exégetas están conformes en que empezó en el mismo Cenáculo: pero mientras afirman unos que en el mismo lugar se continuó hasta el fin (Maldonado, A Lapide, Knabebauer, etc.), pretenden otros (Cayetano, Corluy, Fillion, Fouard, etc.) que, a partir del primer versículo del capítulo 15, no se hallaba ya Jesús en el Cenáculo, sino que prosiguió su conferencia con sus discípulos en el trayecto que hay de Jerusalén al huerto de Getsemani.

Favorece la primera opinión la consideración de que no es verosímil que discurso tan alto y tan extenso lo tuviera Jesús cerca de la media noche y en los apremios de una salida casi furtiva de la ciudad. Si Jesús dice: “Levantaos, salgamos de aquí” (Ioh. 14, 31), es que realmente se dispuso a salir con los Apóstoles; pero, antes de la salida definitiva, tomó de nuevo la palabra, siguiendo el tema empezado, “como suelen los amigos que con pena se despiden de los amigos reasumir los interrumpidos discursos”, dice A Lapide.

Los de la segunda opinión dicen que, habiendo dicho Jesús: “Salgamos de aquí”, no es de creer permaneciese con sus discípulos por más tiempo en el Cenáculo. Y más lo persuade que empezara el Maestro de nuevo a hablar proponiendo la metáfora de la viña, el viñador y los sarmientos, que le sugeriría la visión de los campos con los viñedos recién podados, como solía hacerse en la Palestina en aquella época

del año, en que los labriegos despojaban las vides de los nuevos sarmientos que no prometían fruto.

CARACTERES E IMPORTANCIA DEL DISCURSO. — El hecho de que Jesús hablara a sus Apóstoles solos, a quienes acababa de instituir sacerdotes y de comunicarles su Cuerpo y Sangre, y de que fuese la última conversación que con ellos debía sostener antes de su muerte, teniendo en perspectiva la prueba terrible por que debían pasar, dan a este discurso un relieve extraordinario. En él abrió el divino Maestro de par en par su pensamiento y su corazón, dándoles a sus Apóstoles lo que podríamos llamar la quinta esencia del Evangelio. Lo que éste es a la Ley, el discurso de la Cena es al Evangelio mismo. Por ello se han llamado estos capítulos el *Sancta Sanctorum* de los Evangelios.

Los caracteres especiales del discurso son: la efusión de corazón que se sostiene durante la larga conferencia, en que el Padre da a sus hijos en testamento los documentos más exquisitos de la vida cristiana y apostólica: la sublimidad de las enseñanzas, en las que, dice Bossuet, aparecen profundidades que hacen temblar: cierta incoherencia de pensamiento, que puede ser hija del mismo estado psicológico de Jesús en aquellos momentos de emoción suprema, en que iba a morir separándose antes de sus caros discípulos, o que puede atribuirse al mismo apóstol redactor del Evangelio, que escribió por vez primera aquellos largos discursos después de muchos años de pronunciados, sacándoselos paulatinamente de la memoria, dice Patrizzi, no siendo de creer que debiese suplir a este trabajo en cuanto a cada una de las palabras la inspiración divina, según Corluy, ya que es doctrina generalmente admitida que el Espíritu Santo, en la inspiración de los Sagrados Libros, respeta, en el orden psicológico como en el literario, la manera de ser de cada uno de los autores secundarios que los escribieron.

Con respecto a la importancia de este discurso, cabe ponderarla del hecho que en él se descubran los más altos misterios de la vida íntima de la Trinidad y los más profundos de la vida cristiana. En ninguna parte como en estos capítu-

los merece el Evangelio de San Juan el apelativo de “pneumático” o espiritual que se le ha dado. Da aquí lo más aquílatado en orden a los misterios de la vida divina, en Dios y en el hombre a quien Dios la comunica.

Aunque sin trabazón aparente en las distintas fases del discurso, su fondo es de una homogeneidad absoluta en cuanto contiene los principios fundamentales de la “doctrina de la vida”, tan cara a San Juan. Una coordinación y sistematización de los elementos dogmáticos de este discurso nos daría un admirable resumen de la biología sobrenatural del Cristianismo.

Por la misma forma confidencial, íntima y efusiva del discurso, se hace difícil reducirlo a una unidad lógica. Más que un razonamiento sujeto a las exigencias de un tema, es el discurso una serie de documentos dictados por el Corazón de Jesús en la premura de las postreras horas de convivencia con sus Apóstoles. Con todo, distinguen los críticos en esta pieza maestra del magisterio de Cristo: 1.º Una introducción (13, 31-38): 2.º Consuelos a los Apóstoles (c. 14): 3.º Exhortaciones (cc. 15.16): 4.º La oración sacerdotal de Jesús (capítulo 17). Para nuestro objeto, dividimos el discurso en los siguientes fragmentos, que representan aproximadamente la división ideológica del mismo.

### 188. — A) LA GLORIFICACIÓN DE JESÚS: EL PRECEPTO NUEVO: IOH. 13, 31-35

<sup>81</sup> Y como hubo salido (Judas), dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre: y Dios es glorificado en él. <sup>82</sup> Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará a él en sí mismo: y luego le glorificará. <sup>83</sup> Hijitos, aun estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dije a los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir: lo mismo digo ahora a vosotros.

<sup>84</sup> Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también recíprocamente. <sup>85</sup> En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.

**Explicación.** — La salida de Judas de la presencia de Jesús y del Cenáculo, marca un profundo cambio en las palabras del Señor. Como si la presencia del malvado hubiese represado los grandes afectos del Corazón de Cristo en aquella hora suprema, después que le ha dado el bocado y le ha visto partir a su invitación: "Lo que has de hacer, hazlo pronto", como si se viese libre de una pesadilla, rompe Jesús a hablar con un exordio *ex abrupto*, en que habla de su glorificación y de la del Padre y da a sus queridos el mandato nuevo.

LA GLORIFICACIÓN DE JESÚS (31-33). — *Y como hubo salido (Judas), dijo Jesús...* La salida de Judas es la causa determinante del discurso que va a pronunciar. *Ahora es glorificado el Hijo del hombre*: el momento de la salida del traidor es como el comienzo de la pasión: y la pasión es la glorificación de Jesús: primero, porque en la misma pasión vióse Jesús glorificado por el Padre con estupendos prodigios; luego, porque la pasión era condición indispensable para que entrara en su gloria; y en tercer lugar, porque el levantamiento de la humanidad, su redención, santificación y glorificación, que son la gloria de Jesús, porque son premio de su triunfo, arranca, como de su causa eficiente y meritória, principalmente de la pasión de Cristo. Como un general aguerrido que cuenta con la seguridad del triunfo, entra Jesús en la batalla con estas palabras: "Hoy voy a cubrirme de gloria."

La gloria del Hijo lo es también del Padre: *Y Dios es glorificado en él*: porque la pasión del Hijo hará resplandecer la santidad, la justicia, la misericordia de Dios, el inmenso amor que profesa a los hombres. A más, la pasión de Cristo es el comienzo del reino que vino a establecer en el mundo, porque es el triunfo sobre el infierno: y en el reino de Cristo es glorificado el Padre, porque es el mismo Reino de Dios: "Venga a nos el tu reino." A cambio de esta gloria que el Padre recibe de Jesús, Jesús será glorificado por el Padre: *Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará a él en sí mismo*, haciéndole partícipe de su misma gloria al sen-

tarle a su diestra en el cielo. Esto será pronto: y luego le glorificará: en la misma pasión, por los milagros que en ella obrará Dios, en la resurrección y ascensión, y, sobre todo, en el cielo, donde entrará triunfalmente dentro de poco tiempo.

*Hijitos*, sigue Jesús, como si con este diminutivo lleno de ternura quisiese amenguar la pena que va a producirles su pronta separación: *Aun estoy un poco con vosotros: sólo unas horas me separan de la muerte. Después de ella, los discípulos desearán con ansia su presencia: Me buscaréis. Pero, como les dijo un día a los judíos, que le buscarían y no le hallarían (Ioh. 7, 34; 8, 21), así se lo dice ahora a sus queridos: Y así como dije a los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir: lo mismo digo ahora a vosotros: con la diferencia que a aquéllos se lo decía en señal de reprobación, por su protervia, y de una manera definitiva; mientras que los Apóstoles estarán sólo temporalmente separados de él, por las exigencias del apostolado.*

EL PRECEPTO NUEVO (34.35). — Si los discípulos no pueden ir todavía adonde va el Maestro, es que tienen que quedar aún en el mundo. Por ello necesitan una forma de vida. Jesús se la da con el precepto nuevo: *Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros. Ya en el antiguo Testamento se había prescrito la caridad fraterna (Lev. 19, 18); pero ahora se reitera el precepto en forma nueva, por cuanto los discípulos de Jesús deberán amarse según la medida con que Él mismo nos amó: Así como yo os he amado: y deberán mutuamente profesarse el mismo amor desinteresado, eficaz y ordenado según Dios, que Él nos tuvo: Para que vosotros os améis también recíprocamente.*

Y añade la razón del precepto del amor fraterno: él debe ser como el signo y el símbolo que les distinga de todos los demás: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.* Los soldados de un rey se distinguen por las insignias del rey: y la insignia de Cristo es la caridad.

**Lecciones morales.** — A) v. 31. — *Ahora es glorificado el Hijo del hombre...* — Llama Jesús a la pasión su glorifica-

ción, porque la cruz es el camino real de la gloria. Yerran de modo lamentable los que buscan la gloria eterna por otro camino que no sea el de la pasión. Como “convino que el Cristo padeciese para entrar en su gloria”, según dijo él mismo a los discípulos de Emaús (Lc. 24, 26), así es preciso que padezcamos nosotros para entrar en la nuestra. Por ello es que los santos se gloriaban en las tribulaciones, como el Apóstol, y tenían ansias de sufrimientos, como Teresa de Jesús y Magdalena de Pazzis, porque sabían que ello, cuando se recibe y tolera por Cristo, es señal de predilección de Dios y prenda de gloria, tanto mayor cuanto más amargo sea el mar de tribulaciones con que Dios nos pruebe.

B) v. 31. — *Y Dios es glorificado en él.* — También, como los de Jesús, nuestros sufrimientos, tolerados por amor de Cristo, glorifican a Dios. ¿Qué es la bienaventuranza de tantos millones de hijos de Cristo, sino el fruto de sus sufrimientos? Y ¿qué es ello sino una glorificación inenarrable de Dios nuestro Señor? Porque más gloria dan a Dios los bienaventurados en el cielo que toda la inmensa máquina de la creación con su regulado concierto. El Apóstol veía en su Apocalipsis la gloria del cielo y oía como un rumor de muchas aguas (Apoc. 14, 2 sigs.; 19, 6 sigs.): eran las voces de los elegidos que daban gloria y honor a Dios y a su Cordero. Ellos habían vencido en la sangre del mismo Cordero, es decir, incorporándose a la pasión de Cristo: de aquí su propia gloria: pero de aquí también la gloria de Dios, que la recibe mayor de un acto de sufrimiento por Él, que de las gloriosas acciones de los hombres obradas sin pensar en Él.

c) v. 33. — *Hijitos, aun estoy un poco con vosotros.* — Poco estará Jesús con los hombres en estado pasible y mortal. Después de su muerte, que será el día siguiente, ya no padecerá ni morirá más. Estará con los discípulos durante cuarenta días; pero en un estado ya sublimado, glorioso. Por esto, como si se gozara Jesús en aquellas pocas horas de vida mortal que le restan, deja que su Corazón se desborde en ternísimas palabras y afectos a sus queridos. ¿Con qué vehemencia latiría el divino Corazón durante las últimas horas de su vida mortal! Obra de amor como era la de la redención del mundo, la entraña que es el símbolo y el refugio del amor, el corazón, se agitaría, avara del poco tiempo que le quedaba, para mejor consumir la obra que Dios le había confiado.

D) v. 34. — *Que os améis los unos a los otros...* — No como



podrían amarse unos hombres a otros, dice San Agustín, porque todo animal ama a su semejante: sino como deben amarse aquellos que son dioses e hijos del Altísimo: de manera que se consideren hermanos en su Hijo único, que es quien ha de llevarlos a su último fin. La razón del amor mutuo debe ser la caridad de Dios: esta caridad que ha derivado de Dios y que es como el aglutinante que debe reducirnos a todos a la unidad con él. Todo amor que se tenga a los hermanos fuera de este amor, ni es amor cristiano, ni tendrá eficacia para unirnos a todos en Dios.

D) v. 35. — *En esto conocerán todos que sois mis discípulos...* — Por esta señal conocían en la primera generación cristiana a los discípulos de Cristo: “La multitud de los creyentes eran un corazón y un alma” (Act. 4, 32); ello era lo que admiraba a los gentiles, según Tertuliano: “¡Mirad cómo se aman, y cómo están dispuestos a morir unos por otros!” La historia de la Iglesia atestigua que cuanto mayor ha sido la caridad fraterna, más profundo ha sido el sentido cristiano, más fervida la piedad, más garantida la paz cristiana de los pueblos. Porque la caridad fraterna, dice el Crisóstomo, es la floración de la santidad, el indicio de la virtud verdadera.

## 189. — B) JESÚS PREDICE LAS NEGACIONES DE PEDRO: LE CONFIRMA EN SU PRIMADO

IOH. 13, 36-38; Lc. 22, 31-34

### Sigue el “Passio” del miércoles de Semana Santa (Lc.)

<sup>1</sup> <sup>80</sup> Simón Pedro le dijo: Señor, ¿adónde vas? Respondió Jesús: Adonde yo voy, no puedes ahora seguirme: mas me seguirás después. <sup>37</sup> Pedro le dice: ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida daré por ti. <sup>88</sup> Jesús le respondió: ¿Tu vida darás por mí? En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.

<sup>1</sup> <sup>81</sup> Y dijo más el Señor: Simón, Simón, mira que Satanás os ha demandado para zarandearos como trigo: <sup>88</sup> mas yo he rogado por ti, que no falte tu fe: y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos. <sup>33</sup> Él le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo aun a la cárcel, y a la muerte. <sup>81</sup> Mas Jesús le dijo:

Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo, sin que tres veces hayas negado que me conoces.

**Explicación.**— Los cuatro Evangelistas refieren la predicción de las negaciones de Pedro, pero no en el mismo lugar ni en la misma forma. Resulta por ello harto difícil resolver la cuestión del número de predicciones y el lugar en que Cristo pronunció la profecía. Mientras San Agustín y otros admiten tres predicciones por parte de Jesús, otros más recientes, entre ellos el P. Bover y Dehaut, admiten una sola predicción, que hubiese tenido lugar en el mismo cenáculo, con ocasión de la interrupción de Pedro al discurso del Señor. El P. Knabenbauer, después de haber dicho en su comentario a Lc., v. 33, que en el comentario a Ioh. 13, 38, se ocuparía de investigar cuántas pudiesen ser las predicciones de Jesús, deja sin tocar la cuestión en el lugar donde había resuelto ocuparse. Seguimos a Cornely, en su sinopsis cronológica de los cuatro Evangelios, y creemos interpretar la mente de Knabenbauer, al resolver esta cuestión diciendo que fueron dos las predicciones: una en el cenáculo, durante el discurso que comentamos, y otra en el camino del cenáculo a Getsemaní, que se comentará en el número 200.

JESÚS PREDICE LAS NEGACIONES DE PEDRO (Ioh. 13, 36-38). — Jesús ha dicho a sus Apóstoles que se marcha, y les ha encargado el amor mutuo (vv. 33.34). Gran cosa es el amor, y se conmueven profundamente los que se aman al anuncio de la separación. Es por ello que Pedro de natural ardoroso, quiere saber de labios de Jesús adónde va, sin duda para ir con él: *Simón Pedro le dijo: Señor, adónde vas? Respondió Jesús: Adonde yo voy, no puedes ahora seguirme: no le puede seguir Pedro a Jesús, quizás por su imperfecta fe, seguramente porque tiene que llenar sus funciones de príncipe de los Apóstoles: cuando haya llenado sus altísimas funciones, irá con Jesús: Mas me seguirás después.*

*Pedro se cree más valeroso de lo que es: le parece depresivo se le diga que no puede seguir ahora, y, con la vehemencia de siempre, le dice: ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Y prueba su valor "a fortiori": se siente capaz de morir*

por Jesús, cuanto más de seguirle adondequiera que vaya: *Mi vida daré por ti. Jesús* reprime esa presunción excesiva, en tono que revela su amargura, y *le respondió: ¿Tu vida darás por mí?* Y para que comprenda Pedro la distancia enorme que va del concepto que de sí mismo tiene a la realidad, añade con juramento: *En verdad, en verdad te digo: Que no cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces.* El canto del gallo se computaba la cuarta vigilia de la noche, de tres a seis de la mañana: antes de esta hora, no faltaban para ello más que cuatro o cinco, Pedro, que había ofrecido una muerte por Cristo, dice San Agustín, le negará tres veces la vida.

JESÚS CONFIRMA A PEDRO EN SU PRIMADO (Lc. 22, 31-34). Introduce San Lucas el episodio de la predicción con alguna incoherencia con los antecedentes y consiguientes. Por esto empieza: *Y dijo más el Señor.* Dirígese Jesús a Pedro, llamándole dos veces por su nombre, lo que es señal de afecto, y al mismo tiempo una manera de llamar la atención sobre algo grave que va a decir: *Simón, Simón, mira que Satanás os ha demandado para zarandearos como trigo:* el demonio ha deseado con ardor, ha pedido a Dios licencia para vejaros, sacudiros, agitaros espiritualmente, como se hace con el trigo en la criba (Iob 1, 10-12; 2, 6). El aviso va a Pedro, como príncipe que es de los demás, y que más que los demás debe estar precavido para defenderse y defenderlos.

Corroboración esta interpretación la palabra de Cristo: *Mas yo,* expresión enfática y contraposición a su enemigo Satanás, *he rogado por ti, que no falte tu fe.* Se dirige a todos, porque a todos vejará Satanás, y ruega por uno: luego en este uno descansa la fe de todos, es fundamento y sostén de los demás. La fe de Pedro no faltará jamás, porque la oración de Cristo es siempre eficaz. Las negaciones de aquella noche no serán más que un pecado de inconstancia, una turbación momentánea, efecto de su debilidad, no un pecado contra la fe.

Pedro debe manifestar su gratitud por esta oración de Cristo, confirmando a los otros apóstoles en la fe: *Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.* Se convertirá Pedro del pecado de sus negaciones, y entonces su deber será

robustecer y afirmar y sostener la fe de los demás, no sólo de los Apóstoles, sino de todos sus sucesores en el decurso de los siglos, y de todos cuantos profesen la fe de Cristo Jesús. Esta función de Pedro y sus sucesores importa la infalibilidad de doctrina y la perdurabilidad para mientras subsista la Iglesia.

A la benevolencia con que le distingue Jesús, responde Pedro protestándole absoluta fidelidad: *Él le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo aun a la cárcel, y a la muerte.* Cuánto diste la realidad de sus fuerzas del concepto y propósito de su firmeza, se lo manifiesta Jesús a Pedro en forma insinuante profetizando su defección: *Mas Jesús le dijo: Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo, sin que tres veces hayas negado que me conoces.*

**Lecciones morales.** — A) Ioh. v. 37. — *¿Por qué no puedo seguirte ahora?* — Jesús dice a Pedro que adonde va no puede él seguirle ahora: Pedro le dice que sí, y que aun es capaz de hacer más, muriendo por Él. Pedro dice que sí cuando Jesús dice que no, comenta el Crisóstomo: no tardará Pedro en caer, para que sepa por propia experiencia que es nada la presunción de nosotros mismos cuando no está presente el Dios que puede librarnos. ¡Cuántas veces habremos tenido que arrepentirnos de haber en nuestro interior entablado lucha entre la gracia que nos tiraba por el lado de la ley de Dios y la presunción necia de que no sucumbiríamos, aun exponiéndonos a faltar a la ley de Dios! Es una especie de soberbia espiritual que castiga Dios con las humillaciones del pecado.

B) v. 38. — *No cantará el gallo, sin que me hayas negado...* ¿Dices que harás por mí lo que no he hecho yo aún por ti, que es morir?, comenta San Agustín: Siendo incapaz de seguirme, ¿te crees capaz de adelantárteme? ¿Por qué tanta presunción? Oye quién eres, Pedro: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Es que veía sólo el deseo de su corazón; pero las fuerzas no las veía: jactábase de su querer el enfermo; pero el médico era quien veía su debilidad. Pidamos nosotros a Dios que nos veamos nosotros en nuestra justa medida: ni tan pusilánimes que nos inutilicemos por el miedo; ni tan presuntuosos que nos pierda el orgullo. Conozcámonos a nosotros mismos, en lo que hallaremos muchísimos motivos de desconfianza; y

conozcamos a Dios, de donde debe venirnos en último término toda fortaleza.

c) Lc. v. 31. — *Mira que Satanás os ha demandado para zarandearos como trigo...* — ¡Bella y terrible imagen la de Jesús! Va y viene el trigo en la criba; choca ora contra una pared, luego en la otra; es levantado arriba para luego otra vez caer y ser de nuevo zarandeado. Es la imagen de nuestra vida. La criba la maneja Dios mismo, o el demonio con permiso de Dios, o los hombres como instrumentos de Dios: pero el hecho es que somos zarandeados como el pobre grano de trigo. Es la prueba, la tentación, la cruz, la agitación del espíritu, sin la que no se puede vivir. ¡Ay del que no sea zarandeado, porque no será purificado! Quizás sea ello señal de que ha llegado a tal grado la indiferencia o el encallecimiento, que sólo un milagro de la gracia de Dios pueda poner en movimiento una vida que, en frase del Apocalipsis, no es más que una apariencia de vida y una realidad de muerte (Apoc. 3, 1).

d) v. 32. — *Yo he rogado por ti, que no falte tu fe...* — La fe de Pedro es la firmeza de nuestra fe: y la firmeza de la de Pedro está garantida por la eficacísima oración de Jesucristo. No faltará la fe de Pedro, como no pueden faltar las promesas de Dios. Ni nuestra fe puede faltar, como nos apoyemos en la fe de Pedro. Así la vida intelectual del mundo, en el orden sobrenatural, recibe la savia del tronco de Pedro, y, por lo mismo, de sus sucesores, que son los pontífices romanos: y este tronco tiene sus raíces plantadas en el mismo cielo, donde la oración de Jesús al Padre las da perennidad y vigor eterno e inmarcesible. ¡Qué reposo para el alma cristiana, que sabe que pensando con Pedro piensa con Cristo y con Dios! En la perpetua agitación de las humanas opiniones estará firme, más que la roca entre el vaivén de las olas.

e) v. 34. — *No cantará hoy el gallo...* — La pasión del Señor tiene émulos, no iguales. Sentimos los estímulos de imitar a Jesús en los tormentos; pero luego desfallecemos y abandonamos la ruta comenzada. A veces, como Pedro, nos quedamos en meros propósitos: consultamos nuestras fuerzas en ausencia del peligro, y nos creemos capaces de arrostrarlo todo y de vencerlo todo: viene la tormenta, y, amedrentados, abandonamos el campo del deber y del honor cristiano, que consiste en "gloriarse en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gal. 6, 14); no en gloriarnos vanamente, sino en gozarnos estando "clavados en ella con Cristo" (Gal. 2, 19).

**190. — C) LA PROMESA DEL CIELO: Ioh. 14, 1-11****Evangelio de la Misa de los apóstoles Felipe y Santiago  
(vv. 1-13)**

<sup>1</sup> No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. <sup>2</sup> En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho: pues voy a prepararos el lugar. <sup>3</sup> Y si me fuere, y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo para que en donde yo estoy, estéis también vosotros. <sup>4</sup> También sabéis adónde yo voy, y sabéis el camino.

<sup>5</sup> Tomás le dice: Señor, no sabemos adónde vas: pues, ¿cómo podemos saber el camino? <sup>6</sup> Jesús le dice: Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie viene al Padre, sino por mí. <sup>7</sup> Si me hubieseis conocido a mí, ciertamente hubierais conocido también a mi Padre: y desde ahora lo conoceréis, y lo habéis visto.

<sup>8</sup> Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. <sup>9</sup> Jesús le dice: ¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre. ¿Cómo, pues, tú dices: Muéstranos al Padre? <sup>10</sup> ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. Mas el Padre, que está en mí, Él hace las obras. <sup>11</sup> ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?

**Explicación.** — Este capítulo 14 de Juan se ha llamado de los consuelos, y con razón, pues en él ofrece Jesús a sus discípulos las perspectivas de la gloria futura, en compañía de Él y del Padre, les asegura un poder taumatúrgico extraordinario, la eficacia de la oración, la venida del Espíritu Paráclito y su perpetua asistencia. El fragmento que comentamos puede reducirse a estos tres conceptos: el cielo, camino para lograrlo, y razón por que lo es. Por lo demás, es oportunísima esta manera de empezar Jesús su último discurso, para animar a sus discípulos después del anuncio de su próxima muerte.

**EL CIELO (1-4).** — Jesús había anunciado su partida inminente: ellos debían aún quedar en el mundo (Cf. 13, 33): el anuncio de la separación de un Maestro a quien querían tanto y habían seguido tan fielmente, que dejaba en su juicio

sin consumir la obra prometida de la fundación del reino mesiánico, que les dejaba solos frente a sus enemigos terribles, les llenó de turbación y congoja: *No se turbe vuestro corazón*, les dice Jesús. La razón de la serenidad que deben guardar en aquellos momentos es la confianza en Dios y en Él: *Creéis en Dios, creed también en mí*: de la misma manera que tenéis fe en Dios, debéis tenerla en mí, que soy su legado y su Cristo, que soy Dios como Él, y, por lo mismo, aunque os deje en la apariencia, estaré con vosotros perpetuamente, con mi auxilio divino.

Empieza luego a indicarles los grandes bienes que les tiene preparados: el primero de todos es el cielo. Quizás de lo dicho anteriormente (13, 33.36) han podido creer que jamás podrán estar en compañía de Jesús, o que sólo Pedro podrá lograrlo: Jesús rectifica este juicio: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas*: en el lugar adonde voy hay sitio para todos: para ellos y para muchos otros, en lo que se indica la multitud de los que seguirán a Jesús. Para asegurarles esto, añade, como solemos en el lenguaje ordinario para dar fuerza a una afirmación: *Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho*. Y precisamente la razón de que los deje temporalmente es para prepararles un lugar: *Pues voy a prepararos el lugar*.

La separación de Jesús es condición indispensable para disponer un lugar para sus discípulos, para venir luego por ellos, tomarlos consigo y estar perpetuamente juntos: *Y si me fuere, y os prepararé lugar*, abriéndoo el cielo por mi pasión, rogando en el cielo al Padre por vosotros, enviándoos el Espíritu Santo, asistiéndoo desde allí en vuestros trabajos, *vendré otra vez*, a la hora de la muerte, y *os tomaré conmigo*, en el reino de la gloria, *para que en donde yo estoy, estéis también vosotros*.

Sentenciosamente termina Jesús estos conceptos diciéndoles: *También sabéis adónde yo voy, y sabéis el camino*. Ya les había dicho antes adónde iba, al Padre (7, 33), y a prepararles el lugar en la casa del mismo Padre (14, 2). A más, debían también saber el camino por donde iba a aquel término, que era la fe y la íntima unión con él (5, 40; 6, 35.39.40.47). Rudos como eran aún los Apóstoles, no habían comprendido

la altísima doctrina: la afirmación rotunda de que ellos saben el camino va a causarles extrañeza, y determina la siguiente cuestión, que le propone candorosamente Tomás.

EL CAMINO DEL CIELO (5-7). — *Tomás le dice: Señor, no sabemos adónde vas: pues, ¿cómo podemos saber el camino?* Hay en esta pregunta el deseo de saber: pero revela al propio tiempo el temor y la tristeza del apóstol: ha entendido materialmente las palabras de Jesús, y quiere saber a qué parte se dirige. Jesús le responde con una triple definición de sí mismo que, al par que centra la cuestión propuesta en su eje sobrenatural y divino, revela clara y categóricamente las funciones de Cristo en orden a los eternos destinos del hombre: *Jesús le dice: Yo soy el camino y la verdad y la vida.* No se trata ya, pues, de un camino material para dirigirse a un punto geográfico: la metáfora es llena y elevada. Jesús es el camino, porque sólo por Él se pasa del estado del pecado al de gracia, de la tierra al cielo: sólo Él nos reconcilia con Dios y nos enseña el camino de lograrlo con su doctrina y su ejemplo. Es al mismo tiempo la verdad, antonomásticamente, por esencia: sus palabras tienen, por lo mismo, la máxima garantía de verdad: es el autor de la fe y del conocimiento de Dios, y sólo por Él podemos ser iluminados en las cosas de Dios. Es la vida, porque tiene la naturaleza divina, y por tanto es fuente de toda vida: de la plenitud de su vida divina todos hemos recibido la vida, cuantos hemos sido hechos hijos de Dios. Por todo ello, sólo por Cristo se va al Padre: he aquí el término y el camino de que habla Jesús: *Nadie viene al Padre, sino por mí.*

Reprende Jesús blandamente a los Apóstoles, porque, a pesar de sus enseñanzas, ejemplos y milagros, todavía no le han conocido: ello es la causa de que tampoco conozcan al Padre: *Si me hubieseis conocido a mí, ciertamente hubierais conocido también a mi Padre:* los dos tienen la misma naturaleza, iguales propiedades y atributos, tan claramente manifestados por Jesús. Pero toda vez que Jesús ha hablado ahora tan claramente de sí, atribuyéndose la misma naturaleza del Padre, en adelante, conociéndole a Él, también conocerán al



Padre: *Y desde ahora lo conoceréis, y lo habéis visto, durante el tiempo que habéis convivido conmigo.*

POR QUÉ JESÚS ES CAMINO DEL CIELO (8-11). — A Felipe, tan ansioso de saber como tardo en comprender las cosas divinas (Cf. 6, 5-7), le extraña que Jesús diga que han visto al Padre: entiende las palabras del Señor en el sentido de una visión corporal: no comprende que Jesús habla de la inteligencia por la fe: como sabe que Moisés y algunos profetas recibieron la merced de las teofanías o manifestaciones visibles de Dios, en Horeb, el Sinaí, Isaías, etc., ahora le pide a Jesús una exhibición, aunque sea momentánea, pero brillante y aparatosa, del Padre: *Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta, ya nada más queremos para deponer todo temor y tristeza.*

Reprende Jesús lo tardío de aquella inteligencia y repite con alguna acritud la misma enseñanza: *Jesús le dice: ¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, contigo, dice el griego, y no me habéis conocido?* Tres años que me tratas asiduamente: ya deberías haber conocido que tengo la misma naturaleza del Padre: y por lo mismo, *Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre.* Indica aquí Jesús su consubstancialidad con el Padre y su distinción personal. Si el Padre y yo somos una misma cosa, ¿cómo es posible no ver en mí al Padre? *¿Cómo, pues, tú dices: Muéstranos al Padre?*

Y aclara Jesús su pensamiento, substituyendo al verbo “ver”, que antes había usado y que había dado lugar a la incomprensión de Felipe, por el verbo “creer”: *¿No creéis (no crees) que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?* Estamos uno en el otro, unidos inseparablemente por la misma substancia divina, a pesar de la distinción de personas: creyendo esto, se ve al Padre con los ojos de la fe, porque me veis a mí con los del cuerpo. De esta unión inefable de Jesús con el Padre, da una demostración rápida apelando al testimonio de sus enseñanzas y de sus milagros: *Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: yo no soy más que un instrumento del Padre, su portavoz* (Cf. 7. 16; 12, 49). Igualmente es el Padre quien hace por mí las obras

estupendas que yo he obrado: *Mas el Padre, que está en mí Él hace las obras.*

Después de unas manifestaciones tan claras y terminantes y de una demostración tan definitiva, se dirige a todos los Apóstoles, ya no sólo a Felipe, y les dice, como en conclusión triunfante: *¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?*

**Lecciones morales.** — A) v. 1. — *No se turbe vuestro corazón.* — A fin de que los Apóstoles, como hombres que eran, dice San Agustín, no temiesen la muerte de Cristo, les consuela afirmando que también es Dios: como si les dijera: ¿Teméis mi muerte según mi forma de siervo? No se turbe vuestro corazón, porque la resucitará mi forma de Dios. He aquí, en estas palabras de San Agustín, expresado el doble elemento que hay en cada uno de nosotros: el elemento meramente humano, sujeto a todas las vicisitudes de la humana vida, enfermedades, errores, debilidad de la voluntad, persecuciones, miserias de todo género, coronadas por la mayor de todas, que es la muerte: y el elemento divino, la vida sobrenatural, la gracia de Dios, la inhabitación de Dios mismo en nosotros, si estamos en su gracia. Cuando se levanten furiosas las tormentas en el elemento humano, no se turbe nuestro corazón mientras tengamos a Dios con nosotros. De aquí el conocidísimo estribillo de nuestra Santa Teresa: “Nada te turbe, — Nada te espante, — Quien a Dios tiene — Nada le falta... — Sólo Dios basta.”

B) v. 2. — *En la casa de mi Padre hay muchas moradas.* — Con estas palabras, dice San Agustín, quítales Jesús a sus Apóstoles la turbación, con la certeza de que, después de los peligros y de las pruebas, habitarán con él en el cielo ante Dios. Porque aunque uno es más fuerte que otro, más sabio, más justo, más santo, nadie será excluido de aquella casa, donde cada cual tendrá su mansión, según sus méritos. Ciertamente que es igual para todos aquel denario que el padre de familias manda dar a los trabajadores de su viña; con el cual se significa la vida aquella en la cual nadie vive más que el otro, porque una misma eternidad los excluye a todos de medida. Pero la multiplicidad de mansiones indica la diferencia de dignidades según los méritos de cada uno de los que gocen la misma vida.

C) v. 6. — *Yo soy el camino y la verdad y la vida.* — Bendigamos la bondad de Dios y de su Cristo, que de tal manera se ha

manifestado a los hombres. Porque, como dice San Hilario, ya no andaremos errantes por caminos extraviados siguiendo a Aquel que es el camino de Dios, porque es el mismo Dios: ni nos llevará por los caminos del error o de la falsedad Aquel que es la Verdad por esencia: ni deberemos temer la muerte uniéndonos a Aquel que es la misma Vida y la fuente de toda vida. ¡Oh, camino, fuera del cual no hay camino, sino sólo sendas de perdición y precipicios! ¡Oh, verdad, comprensiva de toda verdad y exclusiva de todo error, fuera de la cual no hay sino espesas tinieblas de error! ¡Oh, vida, en la que tiene plantadas sus raíces toda vida, sin la que no hay vida, sino muerte, en el cuerpo y en el alma, en el tiempo y en la eternidad! Haz que te sigamos, que te creamos, que de ti y en ti vivamos, para que podamos llegar a la visión del Padre, que es el término de nuestra vida.

D) v. 9. — *¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido?* — Con estas palabras, dice San Hilario, reprende Jesús al apóstol que le desconocía o ignoraba. Porque, como era propio de Dios lo que hacía: andar sobre las olas, mandar a los vientos, perdonar los pecados, resucitar a los muertos, por ello se queja de que por la naturaleza humana no se rémote hasta el conocimiento del Dios que la tomó. Más dignos de reprensión son aún aquellos que han visto los milagros de Jesús, contados por las verídicas historias del Evangelio, y los tal vez más estupendos de los siglos posteriores, obrados por Él y por los que han creído en Él, y no han sabido ver en Él al enviado de Dios. ¡Cuántos ignoran a Cristo, y cuán grande es la ignorancia de muchos, que creen conocer a Cristo, sobre la persona y la obra del mismo Cristo!

E) v. 10. — *¿No lo creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?* — Está Jesús en el Padre y el Padre está en Jesús, no por conjunción de dos naturalezas distintas, dice San Hilario, ni por la fuerza de absorción de una capacidad mayor, sino por el nacimiento de un viviente de una naturaleza viviente, por cuanto de Dios no puede nacer más que Dios. Por lo mismo, Jesús es Dios de Dios, con igual naturaleza que el Padre. Él está en el Padre porque tiene idéntica naturaleza y está naciendo Dios de toda la eternidad: y el Padre está en Él por igual razón, porque le engendra eternamente Dios. Cuánta sea la confianza que debemos tener en Jesús, ya se ve de esta razón, una de las fundamentales de nuestra doctrina cristiana. Pidiendo a Jesús, pedimos a Dios: en Él no

hay más que una Persona, que es divina; y esta Persona es consubstancial con la Persona del Padre, origen fontal de todo bien.

F) v. 10. — *El Padre, que está en mí, Él hace las obras.* — Hacen las obras, los milagros estupendos, Él y el Padre, conjuntamente, porque lo que hace el Padre lo hace Él (Ioh. 5, 21). Él aparece como obrador de los milagros, en cuanto es su naturaleza humana el instrumento de que se sirve la divinidad para hacerlos; pero más allá de la naturaleza humana está la Persona del Verbo, y con ella las otras divinas personas, que conjuntamente hacen lo que sólo Dios puede hacer; y lo que Dios hace, en orden al mundo externo, lo hacen las tres personas divinas.

## 191. — D) OTRAS TRES GRANDES PROMESAS

IOH. 14, 12-24

### Evangelio de la Misa de la Vigilia de Pentecostés

(vv. 15-21)

<sup>12</sup> Y si no, creedlo por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas hará: porque yo voy al Padre.

<sup>13</sup> Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré: para que sea el Padre glorificado en el Hijo. <sup>14</sup> Si algo me pidieréis en mi nombre, lo haré.

<sup>15</sup> Si me amáis, guardad mis mandamientos. <sup>16</sup> Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que more eternamente con vosotros, <sup>17</sup> el Espíritu de verdad, a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce: mas vosotros lo conoceréis: porque morará con vosotros, y estará con vosotros.

<sup>18</sup> No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros. <sup>19</sup> Todavía un poquito: y el mundo ya no me ve. Mas vosotros me veis: porque yo vivo, y vosotros viviréis. <sup>20</sup> En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.

<sup>21</sup> Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre: y yo le amaré y me manifestaré yo mismo a él. <sup>22</sup> Le dice entonces Judas, no aquel Iscariotes: Señor, ¿cuál es la causa por que has de manifestarte a nosotros, y no al mundo? <sup>23</sup> Jesús respondió, y le dijo:

Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. \* El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído, no es mía: sino del Padre, que me envió.

**Explicación.**— Jesús ha consolado a sus Apóstoles con la promesa magnífica del cielo, desde donde vendrá a buscarlos, después de haberles dispuesto el sitio. Pero, entretanto, los discípulos no pueden ir adonde va Jesús: deberán permanecer en el mundo hasta que él venga otra vez. Para este espacio de tiempo intermedio, les hace tres otras espléndidas promesas: un poder extraordinario (12-14): la venida del Espíritu Santo (15-17): su asistencia perpetua (18-24).

PROMESA DE UN PODER EXTRAORDINARIO (12-14). — Jesús ha declarado su divinidad con palabras de altísimo sentido y de valor demostrativo irrefutable: antes de hacerles a sus discípulos nuevas promesas, les presenta sus propias obras como motivo de credibilidad: *Y si no, creedlo por las mismas obras*, los milagros multiplicados y estupendos, que nadie puede hacer si no está Dios con él.

Pues bien: continuadores de su obra de evangelización como deberán ser por la fe que a Él les unirá, lograrán mayores éxitos que el Maestro mismo que los envía: *En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas hará*. La promesa se refiere no sólo al poder de obrar milagros, sino a la misma evangelización. De hecho, ha sido más clamorosa la predicación de los Apóstoles y sus sucesores que la de Jesús: Él se circunscribió a la Palestina, y los Apóstoles conquistaron el mundo: los Hechos apostólicos están ya llenos de las conquistas y de los milagros de los discípulos del Señor. La causa no es otra que la glorificación de Jesús: *Porque yo voy al Padre*: al ser glorificado, conviene que haga yo cosas mayores y que os conceda a vosotros potestad de hacerlas.

Otro género de poder les promete Jesús para consolarles: la eficacia de su oración: *Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré*. Pedir en el nombre de Jesús es hacerlo en íntima unión con él, y apoyándose en sus méritos

y en sus promesas, orando con su mismo espíritu. Hecha así la oración, goza de una especie de omnipotencia. El fin de este poder de la plegaria no es otro que la gloria del Padre, objetivo de toda la vida de Jesús: *Para que sea el Padre glorificado en el Hijo*. Y para demostrar su igualdad de poder y de naturaleza con el Padre, añade: *Si algo me pidiereis en mi nombre, lo haré*.

PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO (15-17). — Quiere Jesús en su ausencia temporal que los Apóstoles le den pruebas de amor, no manifestándosele con signos de dolor por su separación, sino observando fielmente sus mandamientos: *Si me amáis, guardad mis mandamientos*. Esta observancia es condición preparatoria al nuevo beneficio que para su consuelo va a concederles el Señor, a saber, la misión del Espíritu Santo: *Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador*. Ruega Jesús como hombre, aunque como Dios Él mismo envía el Espíritu Santo junto con el Padre. En méritos de esta oración, el Padre enviará otro Consolador, el otro Paráclito, abogado, defensor, patrono, que les asista y consuele. Jesús ha sido el primer abogado de sus discípulos (Cf. vv. 6.13.14, etcétera): ahora les promete un Consolador distinto de sí mismo, Dios como él, pero persona distinta de él, para que permanezca perpetuamente con ellos: *Para que more eternamente con vosotros*.

Describe luego Jesús la naturaleza de este segundo Consolador: es el *Espíritu de verdad*: Espíritu, y por lo mismo su asistencia a los Apóstoles y a su Iglesia será invisible: lo es de verdad, porque es autor y maestro de toda verdad, que de la Verdad procede y la verdad dice. El mundo, es decir, los seguidores del mundo, opuestos al reino de Cristo, que aman más las tinieblas que la luz, porque son secuaces del error y la mentira, no puede recibir este Espíritu divino, mientras no abdique el espíritu de maldad y de mentira: *A quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce*. En cambio, los discípulos, adversarios del espíritu del mundo (Cf. 13, 14), lo conocerán y recibirán: *Mas vosotros lo conoceréis: porque morará con vosotros, y estará con vosotros, no*

sólo con su protección y con sus dones, sino con su inhabitación personal en ellos (Cf. Mt. 10, 20; Lc. 12, 12; Ioh. 14, 23).

**PROMESA DE PERPETUA ASISTENCIA (18-24).** — Jesús les ha llamado a sus Apóstoles “hijitos” (13, 33): sigue ahora tratándoles como padre. Aunque les haya prometido otro Paráclito, no quiere ello decir que él les deje: *No os dejaré huérfanos*. Su ausencia no es definitiva, como la de un padre que muere, sino por breve tiempo: *Vendré a vosotros*: vendrá por la resurrección, dentro de tres días: vendrá especialmente en el último adviento, sea particular, en la muerte de cada uno, sea general, el día del juicio: hasta durante su ausencia estará con ellos en forma invisible (Cf. Mt. 28, 20). hasta la consumación de los siglos.

Mas su presencia visible en carne mortal se acabará pronto: *Todavía un poquito*: cuando vuelva, el mundo, que no ve más que las cosas sensibles, ya no le verá: *Y el mundo ya no me ve*: de hecho, Jesús, después de su resurrección no se manifestó a los malos, sino sólo a los suyos: ni le ve por la fe, porque el espíritu del mundo es de tinieblas. Los discípulos sí que le verán: con los ojos del cuerpo cuando resucite, y con los de la fe aun después de su ascensión: *Mas vosotros me veis*. Le verán, porque Él será vivo y les comunicará la vida, en el tiempo y en la eternidad: *Porque yo vivo, y vosotros viviréis*.

Cuando vean los discípulos a Jesús según esta visión de que les ha hablado, en su cuerpo resucitado y después por la fe, le conocerán de una manera más perfecta que ahora: *En aquel día*, después de la resurrección, y especialmente después que hayan recibido el Espíritu Santo, *vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre*, por la unidad de una idéntica naturaleza: y *vosotros en mí*, injertados en mí por la gracia santificante y recibiendo de mí continuo y vital influjo (Cf. 15, 5; Rom. 6, 5): y *yo en vosotros*, inhabitando en vosotros por mi divinidad, y formando un cuerpo místico con vosotros, del cual soy Cabeza (Rom. 12, 5; 1 Cor. 12, 12; Eph. 1, 23; 4, 15.16).

Jesús extiende a todos los fieles lo que ha dicho a los

Apóstoles, y al mismo tiempo señala una condición para las manifestaciones íntimas de que acaba de hablar: la observancia de sus mandamientos, que es la gran prueba del amor: *Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama*. De aquí dos grandes bienes: el amor del Padre y del Hijo, y las especiales manifestaciones del mismo en el orden espiritual: *Y el que me ama, será amado de mi Padre*, como hijo gozará del favor de Dios: y yo le amaré y me manifestaré yo mismo a él, infundiendo cada día mayor conocimiento de mí mientras viva, y dándole a gozar cara a cara en el cielo.

En este punto de la peroración de Jesús, le interrumpe Judas Tadeo o Lebeo, hermano de Santiago el Menor y pariente del Señor: *Le dice entonces Judas, no aquel Iscariotes...* Nótese lo minucioso y preciso de las referencias del Evangelista, prueba de la absoluta verdad histórica del relato. La cuestión que propone Judas es hija de los prejuicios de que adolecían los mismos Apóstoles, como todo judío: según los profetas, el Mesías debía manifestarse clamorosamente a todas las naciones (Cf. Is. 2, 2; 11, 10; 42, 4): en cambio, Jesús dice que no se manifestará al mundo, sino a ellos solos: esta idea contradice la de la universalidad y esplendor del reino mesiánico. Es por ello que le pregunta Judas: *Señor, ¿cuál es la causa, qué ha sucedido, por qué has de manifestarte a nosotros, y no al mundo?* Jesús respondió a Judas indirectamente, dándole a entender que la manifestación prometida es espiritual e individual, reservada a aquellos que demuestren amarle cumpliendo su voluntad: *Y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*. He aquí la plenitud del reino mesiánico en el orden personal: toda la Santísima Trinidad (Cf. v. 17) visitará a cada uno de los discípulos de Jesús, como el amigo visita al amigo, y hará su estancia en ellos. Así consuela Jesús a los suyos: no sólo no los deja, sino que vuelve a ellos con las otras personas de la Trinidad augusta. Sobre esta inhabitación. Cf. Rom. 8, 9; 1 Cor. 3, 16; Gal. 4, 6; 2 Tim. 1, 14. Lo contrario sucede a los del mundo: *El que no me*



*ama, no guarda mis palabras: con ello se infiere injuria al Padre, porque la palabra de Jesús no es suya, sino del Padre: Y la palabra que habéis oído, no es mía: sino del Padre, que me envió.* Por ello no se manifestará Jesús al mundo.

**Lecciones morales.** — A) v. 12. — *El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago...* — Así, por ejemplo, dice San Agustín, por la predicación apostólica se ha logrado mucho más de lo que Cristo personalmente logró: pues el joven rico que le consultó (Mt. 19, 16 sigs.) salió de su presencia triste, no queriendo renunciar a sus riquezas: pero por la predicación de sus discípulos han sido después millares los que han dejado alegres sus posesiones. Pero ¿cómo diremos que hace mayores cosas que Jesús quien no hace milagros ni obra grandes conversiones? Diremos, dice el mismo Santo, que hacemos obras mayores que las que Cristo hizo cooperando en nosotros mismos a la obra de Cristo: porque el mismo creer en Él y por Él ser justificado es obra de Cristo, pero es asimismo obra nuestra. Ciertamente que es obra mayor ésta que crear el cielo y la tierra: porque el cielo y la tierra pasarán; pero la salvación y la justificación de los predestinados perdurará eternamente.

B) v. 14. — *Si algo me pidiereis en mi nombre, lo haré.* — En el nombre de Jesucristo, que quiere decir Salvador y Rey, dice San Agustín. Cuando pedimos alguna cosa contra la salvación, o de la que debemos usar mal, no nos la da Jesús, porque no la pedimos en su nombre, y en ello se manifiesta nuestro Salvador; porque bien sabe el médico lo que le pide el enfermo por su salud o contra ella. Otras veces no deja de darnos lo que pedimos; pero no nos lo da cuando pedimos; porque Él solo sabe la oportunidad de lo que le pedimos. En estos principios tenemos la llave para explicar la infecundidad de muchas de nuestras plegarias, hasta hechas en el nombre de Jesucristo.

c) v. 16. — *Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador...* — Luego, dice San Agustín, también es Jesús Consolador o Paráclito: porque “paráclito” equivale a “abogado”, y de Jesús ha dicho el Apóstol: “Tenemos a Jesucristo por abogado ante el Padre” (1 Ioh. 2, 1). Pero, aunque ambos Paráclitos tienen idéntica naturaleza, se les atribuyen distintas operaciones para con los hombres: porque mientras el Salvador hizo para con nosotros de mediador y legado, por

lo cual oró como Sumo Pontífice por nuestros pecados, el Espíritu Santo se ha llamado Paráclito en cuanto es el consolador de los que están tristes: "Consolador óptimo, dulce huésped del alma, dulce refrigerio", le llama la Iglesia: "Descanso en los trabajos, sedante en los ardores, consuelo en el llanto."

D) v. 18. — *No os dejaré huérfanos.* — Huérfano es quien carece de padres, y a nosotros no nos ha faltado la paternidad dulcísima de nuestro Señor Jesucristo, quien, en la vida de cada uno de nosotros y en la historia de la Iglesia, se ha demostrado verdadero "Padre del siglo futuro", como le predijo Isaías (9, 6). Padre que, aun después de irse al cielo, quiso estar en nuestra compañía por la santísima Eucaristía, para recibir nuestras oraciones, para darnos sus gracias, para reconciliarnos con Dios, para alimentarnos con carne y sangre de Dios. Padre que nos ha dejado una jerarquía en la que ha vaciado todos los oficios de la paternidad, desde el "Padre Santo", su Vicario en la tierra, hasta el último clérigo que administra los ricos dones de su paternidad. Padre y Señor del gran poder, que sostiene la Iglesia, casa de sus hijos, a través de todas las vicisitudes de todos los siglos. Padre que nos dejó una Madre, la suya propia, dulcísima y poderosísima, que trabajara con él en esta grande obra de su paternidad, que es hacernos hijos de Dios, hijos adoptivos, como Él es Hijo natural. ¿Quién más padre y mejor padre que nuestro Padre Jesús?

E) v. 19. — *Porque yo vivo, y vosotros viviréis.* — Jesús va a morir, y para que no se desalienten sus discípulos, les ofrece la perspectiva de la vida de todos juntos, de una misma vida. Jesús vive por la resurrección, vida ya gloriosa; dentro de tres días vivirá ya esta vida; por esto habla en presente: Yo vivo: yo resucito. Y esta resurrección es gaje de la futura resurrección de todos y de la vida gloriosa de todos. Ha resucitado la cabeza; resucitarán los miembros. Se ha hecho la experiencia en el grano principal, dice San Agustín. Esta verdad, artículo de nuestra fe, debe llenarnos de aliento en las tribulaciones y en la pérdida de los seres queridos: "Sé que mi Redentor vive, y el último día he de resucitar..." (Iob 19, 25).

F) v. 22. — *¿Cuál es la causa por que has de manifestarte a nosotros, y no al mundo?* — Pueden los mundanos, es decir, los seguidores del mundo, por contraposición a los seguidores de Cristo, tener alguna manifestación del mismo Jesucristo, pero en el orden externo y como accidentalmente; pero hay una

manifestación del Señor, dice San Agustín, que es totalmente interior y que procede del amor y de la conmoración de las divinas personas en el alma del justo; y esta manifestación no la tienen los mundanos. Ésta es para regalo de los amigos de Dios; aquélla es muchas veces para juicio y condenación de los que, recibiendo la manifestación de Jesús, no quieren seguirle.

G) v. 23. — *Vendremos a él, y haremos morada en él.* — Es el misterio inefable de la misericordia del Señor para con el hombre: la inhabitación de la Trinidad en el alma de los justos. Vienen a nosotros Padre, Hijo y Espíritu Santo, dice San Agustín, cuando nosotros vamos a ellos; vienen ayudando, venimos obedeciendo: vienen iluminando, venimos viendo: vienen llenando, venimos recibiendo: para que no sea en nosotros externa la visión, sino interna; y no sea fugaz su estancia en nosotros, sino eterna. Pero en las almas de algunos no hacen mansión las divinas personas, dice San Gregorio, porque aunque sienten el respeto a Dios, pero en el tiempo de la tentación se olvidan de Dios y vuelven a sus pecados, como si no los hubiesen llorado. El que ama de veras a Dios, tiene siempre a Dios en su corazón, porque, penetrado como está del amor de la divinidad, no se aparta de Dios en el tiempo de la tentación.

## 192. — E) EL ESPÍRITU DE VERDAD: EL DON DE LA PAZ: IOH. 14, 25-31

### Evangelio de la Misa de la Dominica de Pentecostés (vv. 23-31)

<sup>25</sup> Estas cosas os he hablado estando con vosotros. <sup>26</sup> Mas el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.

<sup>27</sup> La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. <sup>28</sup> Ya habéis oído que os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre: porque el Padre es mayor que yo. <sup>29</sup> Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que lo creáis cuando sucediere.

<sup>30</sup> Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí. <sup>31</sup> Mas para

que el mundo conozca que amo al Padre y, como me mandó el Padre, así hago. Levantaos, y vamos de aquí.

**Explicación.** — Podríamos calificar este fragmento de recapitulación de las enseñanzas de Jesús en esta primera parte de su discurso, que ilustra con nuevos documentos, con el anuncio de su partida definitiva.

EL ESPÍRITU DE VERDAD (25.26). — Durante su discurso, habían interrumpido sus discípulos cuatro veces a Jesús (13, 36; 14, 5.8.22): era señal indudable de que no le comprendían: aun no habían recibido el Espíritu Santo. Jesús sabe que ni con sus ulteriores explicaciones se habrán disipado las dudas y dificultades doctrinales en la mente de sus Apóstoles. Por ello insiste en las funciones que en ellos hará el Espíritu de verdad. *Estas cosas, todo mi Evangelio, pero especialmente las dichas esta noche, os he hablado estando con vosotros*, durante su convivencia con ellos. *Más el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas*: como el Hijo vino en nombre del Padre (Cf. 5, 43), así el Padre enviará al Espíritu en nombre del Hijo, por la íntima unión que hay entre ellos: y este Espíritu les enseñará todas las cosas que les sean necesarias para ser los continuadores de la obra de Jesús en el mundo. *Y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho*: por lo mismo, que no sigan en la ansiedad manifestada con sus repetidas preguntas, porque cuando sea preciso, el Espíritu Santo se lo enseñará, se lo aclarará todo, y hará surgir en la memoria de cada uno lo que pudiera parecer olvidado. Se encierra aquí la promesa de la plenitud de verdad, de la exclusión de error, de la infalibilidad de la Iglesia.

EL DON DE LA PAZ (27-29). — El Mesías, según los profetas, debía ser el autor y dador de la paz (Cf. Ps. 71, 3.7; Is. 9, 6.7; 11, 6; 26, 3; 27, 5; 54, 10.13; 66, 12; Mich. 5, 5): Jesús se la da en estos solemnes momentos a sus discípulos, para que estén libres de toda congoja y temor: *La paz os dejo*. La paz es la tranquilidad y serenidad del espíritu: Jesús se la deja como en testamento, porque él se va. Esta paz es

su paz: *Mi paz os doy*: y la paz de Jesús es la amistad con Dios, la incommovilidad del alma amiga de Dios, la concordia mutua.

También el mundo da su paz: paz de solas palabras, fugaz, falsa, porque él mismo no tiene paz: la de Cristo es verdadera, durable, como el mismo espíritu y la vida eterna: *No os la doy como la da el mundo*. Esta paz de Cristo, que supera todo sentido (Phil. 4, 7), es la que debe quitar de vuestro corazón toda turbación y temor ante las pruebas futuras: *No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde*.

Después de tantos motivos de consuelo como ha dado Jesús a sus Apóstoles, afianzados ya éstos con tantas promesas, les repite lo que les ha dicho ya, que se va y volverá después de haberles preparado sitio en el cielo (Cf. 14, 2-4.18): *Ya habéis oído que os he dicho: Voy, y vengo a vosotros*. Lejos de causarles ello pena, debe alegrarles, porque quien bien ama se alegra del bien del amado; y esta ida de Jesús al Padre es el mayor bien que pueda apetecer, porque va a sentarse a su diestra para ser eternamente feliz y eternamente recibir los homenajes de los bienaventurados: *Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre*. Al Padre va según su naturaleza humana, porque según la naturaleza divina no ha salido del Padre: va como Sumo Hombre a Dios Sumo, que es el Sumo Bien de toda criatura: *Porque el Padre es mayor que yo*: el Padre tiene razón de término y descanso eterno para la naturaleza humana de Cristo: cuanto a su naturaleza divina, es igual al Padre. Todo cuanto les ha dicho será a su tiempo motivo de credibilidad, como verdadera profecía que es, cuando lo vean cumplido: *Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que lo creáis cuando sucediere*.

EL ANUNCIO DE LA SEPARACIÓN (30.31). — Jesús sabe que es ya inminente la hora de su pasión y muerte: va a separarse de sus Apóstoles, y ya no podrá tratar con ellos: *Ya no hablaré con vosotros muchas cosas*. El príncipe del mundo, del bando opuesto al de Cristo, el demonio, es el que urge la muerte del Señor: como ha instigado contra él a Ju-

das, así mueve ahora ya a los sinedristas para ejecutar su plan de perderle: *Porque viene el príncipe de este mundo*. Con todo, Satanás y sus ministros nada podrían contra mí, si yo no me entregara voluntariamente a su poder: porque Satanás no tiene derecho más que sobre el pecado y los pecadores, y yo soy la santidad esencial: ningún derecho sobre mí le reconozco: *Y no tiene nada en mí*.

Pero Él, que por amor al Padre y a los hombres ha aceptado los tormentos y la muerte, quiere dar al mundo este ejemplo de obediencia, aun a trueque de aparecer momentáneamente vencido por quien nada puede hacerle: *Mas para que el munda conozca que amo al Padre y, como me mandó el Padre, así hago*.

Para demostrar que ha llegado la hora, y al propio tiempo la prontitud de su espíritu en aceptar la pasión, dice Jesús: *Levantaos, y vamos de aquí*. ¿Salió la santa comitiva del Cenáculo después de estas palabras, pronunciando Jesús lo restante de su discurso (cc. 15-17) en el trayecto que va del Cenáculo a Getsemaní? ¿Se retiraron Jesús y sus Apóstoles a otro lugar para acabar su plática en lugar seguro, como quieren Teofilacto y Santo Tomás? Creemos que no, sino que el discurso prosiguió y terminó donde había empezado. Manda Jesús levantarse de los divanes, dejar la mesa, donde tan grandes misterios se habían celebrado. Pero, antes de salir, en pie, en la suma intimidad, favorecida por el recogimiento del lugar y lo solemne de la hora, acaba de vaciar su Corazón en el de sus discípulos, aunque confortados, aturridos.

**Lecciones morales.** — A) v. 26. — *El Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas...* — Nos enseña el Espíritu Santo, no como un maestro que nos da una asignatura, dice un intérprete, sino que este Espíritu de verdad, como verdad y sabiduría esencial que es, comunica a nuestro espíritu la ciencia de las cosas divinas. Por lo mismo, dice San Gregorio, si este Espíritu no está en el corazón de quien oye, es inútil la palabra de quien enseña. Nadie atribuya a quien le enseña la inteligencia de los discursos que de él oye: porque en vano trabaja por defuera el doctor cuando no hay dentro el Espíritu divino que nos enseñe.

Ha cumplido el doctor su oficio: tiene por ello su mérito y tendrá su premio, pero la eficacia de su palabra es del Espíritu que la fecunda. Digámosle al divino Espíritu, con la Iglesia: "Oh luz beatísima, llena lo más íntimo de los corazones de tus fieles."

B) v. 27. — *Mi paz os doy...* — La paz, dice San Agustín, es la serenidad del espíritu, la tranquilidad del alma, la sencillez de corazón, el vínculo del amor, el consorcio de la caridad: no podrá llegar a la herencia del Señor quien no quiera observar el testamento de la paz: ni podrá tener concordia con Cristo quien quiera vivir en discordia con el cristiano.

C) v. 29. — *Os lo he dicho antes que suceda, para que lo creáis cuando sucediere.* — ¿Qué mérito pudo tener la fe de los Apóstoles después que vieron realizadas las profecías del Señor? Porque si la fe es creer lo que no ves, dice San Agustín, mejor hubiese sido creyeran antes que vieran. Puede entenderse esto de un aumento de fe que recibieron los discípulos al ver confirmadas las profecías, o que creyesen más en la divinidad de Jesús cuando vieron realizarse en Él, como hombre, todo lo que de sí había predicho. A más de que aquellas palabras fueron dichas también para nosotros, que vemos robustecerse nuestra fe por haberse verificado todas las profecías de Jesús. También podemos decir que los hechos, cumplimiento de sus palabras, son motivo de credibilidad y como un camino para la fe en orden a aquellos que aun no creen.

D) v. 30. — *El príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí.* — Por el pecado vino la muerte: y por la propagación del pecado primero se propagó la muerte. Muerte del cuerpo y del alma, del tiempo y de la eternidad. Jesús, que no trajo pecado del seno del Padre, como Dios que es; ni del seno de la Virgen, como Hombre santísimo que es, concebido por obra del Espíritu Santo, no estaba sujeto al yugo de la muerte. Pero tomó sobre sí la pena del pecado, no el pecado mismo, y ello voluntariamente, y voluntariamente cargó con la muerte. Fué ello para librarnos de toda muerte: por su muerte vencemos el pecado y la muerte: la muerte del cuerpo, porque resucitaremos: la del alma, porque la suya es fuente de perdón y de gracia, es decir, de vida según Dios.

E) v. 31. — *Levantaos, y vamos de aquí.* — Vamos de aquí, con resolución, dice San Agustín, porque como amo al Padre, quiero cumplir con presteza y voluntad decidida lo que el Padre me ordena, que es morir. O, vamos de aquí, como quiere San Crisóstomo, porque no tenéis aquí tranquilidad bastante, sa-

biendo que voy a morir pronto a manos de mis enemigos, y que estamos cerca de ellos, en lugar conocido de ellos: en otro sitio más retirado os podré dar con sosiego los documentos de vida espiritual que todavía os faltan. Cualquiera que sea la interpretación de estas palabras, revelan la serenidad, el dominio de sí, el amor a sus discípulos y a la verdad, la absoluta adaptación de la voluntad de Jesús a la del Padre.

### 193. — F) LA VID MÍSTICA: UNIÓN CON JESÚS IOH. 15, 1-11

**Evangelio de la Misa del Común de Mártires no Pontífices en el tiempo pascual (vv. 1-7) y del Común de Mártires Pontífices en el mismo tiempo (vv. 1-11).**

<sup>1</sup> Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. <sup>2</sup> Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará: y todo aquel que diere fruto, lo limpiará, para que dé más fruto. <sup>3</sup> Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. <sup>4</sup> Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid: así ni vosotros, si no estuviereis en mí.

<sup>5</sup> Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto: porque sin mí no podéis hacer nada. <sup>6</sup> El que no permaneciere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo echarán al fuego, y arderá. <sup>7</sup> Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuanto quisiereis, y os será hecho. <sup>8</sup> En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y en que seáis mis discípulos. <sup>9</sup> Como el Padre me amó, así también yo os he amado. Perseverad en mi amor. <sup>10</sup> Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor: así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor. <sup>11</sup> Estas cosas os he dicho, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo.

**Explicación.**— Como la alegoría del Buen Pastor (10, 1-18), así esta bellísima de la viña mística nos ha sido conservada sólo por San Juan. Pudo sugerírsela al Señor el recuerdo del vino de la cena, del que ha dicho no bebería ya



más: o simplemente la inventó por ser ella aptísima para expresar el pensamiento, o mejor, teoría, de la unión espiritual con él. Los que creen que el discurso de Jesús continuó durante el viaje a Getsemaní, dicen que la visión de los viñedos recién purgados de los malos sarmientos inspiraría esta alegoría a Jesús. Pero en el valle de Cedrón no los hay. Réducese la alegoría a cuatro metáforas: Jesús, cepa de la viña; el Padre, agricultor; los discípulos, sarmientos; la santificación de las almas, fruto de la unión permanente de los sarmientos con la vid. Podemos en ella considerar la tesis (1-4), y su desarrollo (5-11).

LA VID MÍSTICA (1-4). — Jesús ha dicho a sus discípulos que va a separarse de ellos: pero esta separación no será sino según el cuerpo: espiritualmente deberán permanecer íntimamente unidos a él para vivir la vida divina: morirán si de Él se separan. Esta doctrina la propone envuelta en la alegoría de la vid. *Yo soy la verdadera vid*, la vid ideal y perfectísima, en quien, mejor que en las vides del campo, se verifican las condiciones propias de esta planta. El cultivador de esta vid espiritual e incorruptible es el Padre: *Y mi Padre es el labrador*: Jesús no sería nuestra vid si no fuese hombre; pero no nos diera la vida de Dios si no fuese Dios: luego Jesús es el Mesías, Hijo de Dios.

Como las vides del campo, tiene esta vid mística dos clases de sarmientos, a los que trata el viticultor de distinta manera, según sean: *Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará: y todo aquel que diere fruto, lo limpiará para que dé más fruto*. Los sarmientos de la mística vid son todos los cristianos, que han sido como injertados en Cristo por el bautismo, y de Él deben recibir el jugo vital de la gracia. Unos sarmientos son estériles: han recibido el jugo de la fe, que es el principio de la vida divina: pero no la han convertido en frutos de buenas obras: a éstos el Padre, como el viñador, separa de la vid. Otros sarmientos dan fruto de buenas obras por la gracia de Dios: a éstos los expurga el Padre, como lo hace el agricultor, sujetándolos a tentaciones, tribulaciones, etc., para que vayan desasiéndose cada día más

de la tierra y se vigoricen en los frutos de vida divina.

Dirigiéndose a sus discípulos, para quitarles toda congoja, les dice: *Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado*: os he enseñado mi doctrina durante mi convivencia con vosotros, y vosotros la habéis recibido, obediéndola, con lo que habéis quedado libres de muchos defectos. Pero es preciso conservarse en esta limpieza: para ello deben permanecer íntimamente unidos a Él por el amor: *Permaneced en mí*: recíprocamente, estará Jesús con ellos: *Y yo en vosotros*.

Y da la razón general de ello, que es como la tesis fundamental de todo este fragmento: Él es el principio de la vida sobrenatural del hombre: éste ningún fruto de vida divina puede dar, si no está unido a Jesús; como no puede darlo el sarmiento separado de la vid: *Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid: así ni vosotros, si no estuviereis en mí*.

LOS SARMIENTOS Y SUS RELACIONES CON LA VID (5-11).  
Prosigue Jesús dando una serie de razones de la necesidad de estar unidos a él. Antes de ello, concreta en términos precisos el sentido de la metáfora: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos*.

Primera razón: La imposibilidad absoluta de hacer nada sin Jesús en orden a la vida sobrenatural: *El que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto: porque sin mí no podéis hacer nada*. El sarmiento íntimamente unido a la vid por la abundante savia, se carga de fruto: sin la vid, el sarmiento no echa brotes ni hojas, ni da flores ni frutos. Así el hombre con Jesús: así fuera de Jesús.

Segunda: El tremendo castigo que espera a los que se separan de la vid, Jesús: *El que no permaneciere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo echarán al fuego, y arderá*. Nótese la gradación. El que no está unido a Cristo por la gracia está fuera de Cristo, es siervo del diablo (Cf. 1 Cor. 5, 15; 2 Petr. 2, 19): y como el sarmiento cortado de la vid se seca, así el pecador se entumece en el pecado y se hace insensible, hasta que lle-

que el día de la ira del Señor, el juicio, en que mande a sus siervos recogerlo y echarlo al fuego eterno: es la suerte del hombre: o la vid, o el fuego.

Tercera: La ventaja de que serán oídos en sus oraciones: *Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros*, creyéndolas, amándolas, meditándolas, cumpliéndolas, *pediréis cuanto quisiereis, y os será hecho*: Dios y su Cristo les obedecerán en cierta manera, correspondiendo a su obediencia: porque el que permanece en Cristo y las palabras de Cristo en él, no puede querer más que lo que quiere él.

Cuarta: Fruto de esta unión será la gloria de Dios, que el hombre debe buscar en todas las cosas: *En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto*. Las buenas obras dan gloria a Dios, porque son la más digna alabanza de Dios y porque provocan en los demás la imitación, multiplicándose así la gloria extrínseca de Dios (Cf. Mt. 5, 16). Asimismo el ser discípulos de Cristo aumenta la gloria del Padre, porque más se conforman con él, que no tuvo otro fin que la gloria del Padre: *y en que seáis mis discípulos*.

Explicados los motivos que deben mover a sus discípulos a unirse a la mística vid, les exhorta a ello con el recuerdo del amor que les ha tenido, fecundo como el que el Padre le ha tenido a Él: *Como el Padre me amó, así también yo os he amado*. Así el Padre amó la naturaleza humana de Cristo, que la concedió, sin mérito alguno precedente, la gracia de la unión hipostática con la persona del Verbo, de donde procede como de su fuente toda grandeza de Cristo: de la propia manera el amor que nos tiene Cristo es fuente, si estamos unidos a Él, de toda nuestra grandeza, en el tiempo y en la eternidad. Interesa mucho, pues, guardarle: *Perseverad en mi amor*: no os hagáis indignos de él, pecando.

Norma segura para no perder el amor de Cristo es la guarda de sus mandamientos: *Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor: así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor*. Les anima aquí con su ejemplo: como Él no ha querido más que la voluntad del Padre que le envió, así sus

discípulos no deben buscar más que la suya (Cf. 4, 34; 5, 30; 6, 38; 8, 28, etc.).

Ventaja incomparable del amor y de la obediencia a Cristo Jesús es el gozo que de ello deriva: *Estas cosas os he dicho*, las de los vv. 9.10; que resumen toda la alegoría de la vid, *para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo*. La felicidad de que está inundada el alma de Jesús se transfundirá en ellos si le aman y guardan sus mandatos, haciéndoles dichosos cuanto cabe en el mundo, para verse colmados de dicha en el cielo.

**Lecciones morales.** — A) v. 1. — *Yo soy la verdadera vid...* — Aseñéjase Jesús a la vid por la dulzura de sus frutos, por su fecundidad, por lo dilatado y copioso de sus sarmientos. Porque los frutos de esta vid divina, los suyos propios y los que produce por sus sarmientos, que son sus hijos, son lo más delicado que ha producido el hombre desde que el mundo es mundo, por cuanto están sazonados por el jugo dulcísimo de la caridad en que han sido producidos. Es tal la fecundidad de esta vid, que ha podido echar sarmientos por millones, cargados de los ubérrimos racimos de toda suerte de buenas obras: pondérese la actividad de los Apóstoles, la inocencia y penitencia de los confesores, la generosidad de los mártires, la pureza de las vírgenes, etc.: todo son frutos de esta divina vid. Sus sarmientos se han dilatado como los de una parra ubérrima y frondosísima que ha circundado la redondez de la tierra. ¿Cómo no debía ser así, cuando esta vid tiene sus raíces en la tierra fecundísima de la divinidad, y lleva en sus entrañas la misma savia y la misma fuerza de Dios?

B) v. 2. — *Todo aquel que diere fruto, lo limpiaré...* — Limpiar, en este texto, es expurgar, circuncidar, cortar lo superfluo, como se hace con los sarmientos y ramas de los árboles, a los que se quitan los inútiles apéndices que disminuirían su vigor y su fecundidad. Limpiar equivale, pues, a mortificar, en el orden interior y exterior: es la circuncisión espiritual de que habla el Apóstol (Col. 2, 11). Ella es necesaria a todos, hasta a los santos: porque, como dice San Agustín, ¿quién es tan limpio que no necesite serlo más? Limpia, pues, el Padre, y con él el Hijo, porque como Dios es también agricultor de la viña mística, a los limpios, esto es, a los que dan fruto, para que tanto sean más fecundos cuanto más limpios y expurgados. Esto

nos explica el afán de los santos, amigos todos de las tribulaciones porque estaban sedientos de limpieza y fecundidad de vida. Dejémonos expurgar por la mano amorosa y piadosa del Señor, para ofrecerle frutos más copiosos en caridad.

c) v. 5. — *Sin mí no podéis hacer nada.* — No nos debe amedrentar esta nuestra impotencia nativa para hacer el bien en el orden de la vida sobrenatural y divina. Lo que debiera espantarnos es vivir separados de Aquel por quien lo podemos todo. Sarmientos inútiles, como los que el agricultor amontona en su viña, no somos aptos más que para el fuego cuando no nos vivifica la savia de la divina vid: pero a ella unidos, podríamos cambiar la faz del mundo: ¿qué no han hecho los apóstoles y los santos, vivificados por Cristo? Y si algo hacemos, guardémonos mucho de atribuirnoslo a nosotros y no a la mística vid de la que somos sarmientos: porque, como dice San Agustín, el que piensa produce fruto por sí mismo, no está en la vid: el que no está en la vid, no está en Cristo; y el que no está en Cristo, no es cristiano.

d) v. 6. — *El que no permaneciere en mí, será echado fuera... y arderá.* — He aquí el dilema terrible de la vida cristiana: o estar con Cristo y fructificar en él frutos de vida eterna, o estar separado de Cristo y secarse y arder eternamente: no hay lugar a elección. No se dan en la viña mística estos sarmientos cubiertos de pámpanos ufanos, pero sin fruto; porque el divino agricultor los poda y los hacina para en su tiempo echarlos al fuego. Esto debe hacernos muy asiduos en la vigilancia y en la diligencia; no sólo para que no se rompa nuestra unión con Cristo, sino para que hagamos eficaz en nosotros la fuerza de su savia divina, produciendo frutos abundantes de virtud. Cuanto más unidos a la vid y más llenos de fruto, más cristianos: y cuanto más lo seamos, menos peligro corremos de que seamos arrancados de la vid. Retengamos la frase de San Agustín comentando este pasaje: "Si no estamos en la vid, estaremos en el fuego: para no estar en el fuego, estemos en la vid."

e) v. 8. — *En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto...* — El fruto a que se refiere Jesús es el de la santificación personal y especialmente el del apostolado, que es para la santificación de los demás. Este fruto debe ser de los sarmientos unidos a la vid, porque sin esta condición "no podemos hacer nada", y menos llevar fruto (Ioh. 15, 5). Este fruto viene a ser entonces como una expansión de la vida de Jesucristo, en quien, de quien y por quien le viene toda gloria al

Padre. Esto nos explica la teología profunda que se encierra en esta frase: "A mayor gloria de Dios." Unidos en Jesucristo, por esta gloria debemos hacerlo todo: y Dios es tan bueno y tan pródigo, que cuanto hagamos por su gloria nos lo retornará con la paga de un peso eterno de gloria personal (2 Cor. 4, 17): es decir, que la mayor gloria de Dios es nuestra misma gloria: a Dios y a nosotros viene por el fruto que llevamos.

F) v. 9. — *Perseverad en mi amor.* — Y ¿cómo perseveraremos en el amor de Jesús? Perseverando en su gracia, dice San Agustín. El amor verdadero es amor de obras, pero éstas no son más que la manifestación del amor. La raíz es más profunda: está en la benevolencia de Jesús, que nos da su gracia para que le amemos y fructifiquemos en el bien. Sin Él nada podemos hacer; menos podemos amarle, que es lo sumo que podemos hacer. No temamos que nos falle la benevolencia de Jesús para que le amemos: "Como el Padre le ama a Él, así nos ama a nosotros"; lo que nos hace claudicar en el amor de Jesús es nuestro propio amor, que nos hace llegar hasta el desprecio de Jesús.

## 194. — G) EL PRECEPTO DE LA CARIDAD FRATERNA: IOH. 15, 12-17

<sup>12</sup> Éste es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como yo os amé. <sup>13</sup> Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar su vida por sus amigos. <sup>14</sup> Vosotros sois mis amigos, si hicieréis las cosas que yo os mando. <sup>15</sup> No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas a vosotros os he llamado amigos: porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. <sup>16</sup> No me elegisteis vosotros a mí: mas yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto: y que permanezca vuestro fruto: para que os dé el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre. <sup>17</sup> Esto os mando, que os améis los unos a los otros.

**Explicación.** — Les ha dicho Jesús a sus discípulos (v. 10), que si guardan sus mandamientos permanecerán en su amor. Ahora les indica cuál sea su especialísimo mandamiento, la caridad mutua: *Éste es mi mandamiento*, que

importa el cumplimiento de toda la ley (Rom. 13, 18), *que os améis los unos a los otros*. En el amor del prójimo se encierra el amor a Dios, porque una misma es la caridad con que amamos a Dios y a nuestros hermanos: no hay más que una raíz del amor cristiano, que es el que se tiene a Dios. Promulgado el precepto, señala la medida en que debe cumplirse y la forma que debe tener el amor: *Como yo os amé*. Y sigue indicando la forma y la medida con que él nos amó, hasta morir por nosotros: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar su vida por sus amigos*.

En el vocablo "amigos" que acaba de pronunciar, halla Jesús una razón para ahondar más en el precepto de la caridad fraterna. Los discípulos de Jesús son sus amigos, sus amados: ello engendra un título al amor de unos a otros: porque ello les levanta a una misma dignidad y a una misma comunicación con Cristo: *Vosotros sois mis amigos, si hicieréis las cosas que yo os mando*.

Cuán grande sea esta dignación de Cristo para con sus discípulos, y cómo ella debe servir de aglutinante de unos con otros, al tiempo que los lleve a todos a corresponder al amor del Señor, lo manifiesta Jesús señalando la manera generosa que ha tenido con ellos. Podía tratarlos como simples siervos, dándoles sólo a conocer sus mandatos, sin admitirlos a ninguna intimidad, como lo hacen los señores con sus siervos: *No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor*. Pero ha preferido vaciarse todo en ellos, como el amigo con el amigo, revelándoles todas las cosas que el Padre le había confiado en orden a la redención y a la santificación del mundo: *Mas a vosotros os he llamado amigos: porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre*.

Otra infalible señal les da del amor que les tiene: no son ellos los que han ido a buscar el amor de Jesús: es Él quien ha ido a su encuentro para darles las pruebas de su amor: *No me elegisteis vosotros a mí: mas yo os elegí a vosotros llamándoos con mi palabra y atrayéndoos interiormente con mi gracia para que fueseis mis discípulos y apóstoles y convivierais conmigo*. Ya era esto mucho, admitirlos en su com-

pañía y escuela para revelarles los misterios de su misión y de su doctrina: pero fué Jesús más adelante con ellos, haciéndoles sus cooperadores y vicarios en la obra de la evangelización del mundo: *Y os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto en la conversión del mundo y dilatación de mi reino.* Ha hecho más todavía, dando estabilidad y perdurabilidad a su obra hasta la consumación de los siglos: *Y que permanezca vuestro fruto.* Esto en orden al apostolado: pero además les ha concedido en el orden puramente personal grandes cosas: son fundamento de su Iglesia, hombres santísimos, que se ejercitaron en toda virtud en el cumplimiento de su mandato apostólico, son bienaventurados, gloriosos en el mundo cristiano.

Y para colmo de bienes, les ha hecho el bien soberano de que el Padre les oiga siempre que en el nombre de Jesús le pidan algo para el cumplimiento de su difícil ministerio: "*Os he puesto*" *para que os dé el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre.* Es decir, que ha puesto en sus manos la plenitud de sus poderes, les ha garantido su eficacia, y les ha prometido cuanto necesiten más, con tal lo pidan al Padre en su nombre. Es trato de amigo entrañable.

Por esto tiene Jesús derecho a pedir, a mandar, que sus discípulos se amen unos a otros: lo hace repitiendo su mandato del v. 12 y recapitulando cuanto les ha dicho en esta parte de su discurso: *Esto os mando, que os améis los unos a los otros.* Mandato dado a los Apóstoles, importa especial obligación para cuantos se dediquen a la labor del apostolado.

**Lecciones morales.** — A) v. 12. — *Que os améis los unos a los otros...* — Donde está la caridad, dice San Agustín, ¿qué es lo que puede faltar? Y donde la caridad no se halla, ¿qué es lo que puede ser de provecho? Pero atiéndase que este amor es distinto del amor con que los hombres se aman como tales: por esto añade el Señor: "Como yo os he amado." ¿Para qué nos amó Cristo, sino para que podamos reinar con Cristo? A este fin, pues, debemos amarnos unos a otros, de modo que nos distingamos en el mutuo amor de aquellos que no se aman con el fin de que Dios sea amado: esto no es verdadero amor: los que



se aman mutuamente para lograr la posesión de Dios, éstos se aman de verdad.

B) v. 14. — *Vosotros sois mis amigos...* — Ésta es la grande obra de Jesús: hacer de los hombres una sociedad de amigos de Dios. Jesús es el gran Amigo de los hombres, porque en Él, por la unión hipostática, la naturaleza humana se unió con Dios en la forma más íntima con que podía hacerlo. Lo es, porque les dió a los hombres la mayor prueba de amor, al dar por ellos la vida. Lo es, porque con su muerte rompió la pared que nos separaba de Dios. Lo es, porque quiso quedar perpetuamente con los hombres en la Eucaristía. Lo es, porque ruega siempre al Padre por nosotros. Lo es aún, porque nos da su misma vida en la comunión eucarística, y nos da la vida de la gracia influyendo siempre en nuestra vida sobrenatural. Todos estos títulos no son sólo de gratitud para con el Amigo Jesús, sino que esta comunidad de beneficios nos constituye en una familia de Jesús, en la que debiera reinar mutuo y profundo amor.

c) v. 16. — *Yo os elegí a vosotros...* — ¡Oh, gracia inefable! exclama San Agustín al comentar estas palabras. Porque, ¿qué éramos cuando aun no habíamos elegido a Cristo, sino unos malvados y perdidos? Ni hubiéramos creído en Él si Él no nos hubiese elegido: porque al elegir a creyentes, eligió a electores. Ni vale la afirmación de aquellos que dicen que Dios no nos hace buenos, sino que elige a aquellos que sabe serán buenos: porque si nos hubiese elegido porque hubiese previsto que seríamos buenos, es que previó que nosotros le elegiríamos a Él cuando Él nos eligiese. Porque no hay manera de ser bueno sino llamándonos primero Dios para que seamos buenos. A no ser que llamemos bueno a aquel que no ha querido elegir lo que es bueno.

d) v. 16. — *Os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto: y que permanezca vuestro fruto...* — Ésta es la diferencia, dice San Gregorio, que hay entre el fruto que llevamos nosotros de nosotros mismos y el que llevamos por Cristo: que el primero no puede pasar de la muerte, porque la muerte lo corta: y el segundo permanece aún después de la muerte, empezándose entonces a ver, cuando el fruto del trabajo meramente humano empieza a no ser visto. Obremos frutos de vida eterna, únicos que duran: que no se los come el moho o la polilla, ni pueden ser arrebatados por los ladrones, ni por la muerte, que es el gran ladrón de las cosas humanas, porque las quita todas. Sembramos en el tiempo la semilla de la eternidad. Pongamos nues-

tra actividad a usura en las manos de Dios, que no admitirá sino lo que por Él hagamos, y nos lo guardará para que lo recibamos con peso enorme de ganancia en su reino.

## 195. — H) EL ODIOS DEL MUNDO CONTRA LOS ENVIADOS DE CRISTO: Ioh. 15, 18-16, 4

**Evangelio de la Misa de la Fiesta de los Apóstoles San Simón y San Judas (vv. 18-25) y de la Dominica infraoctava de la Ascensión (15, 26-16, 4).**

<sup>18</sup> Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros. <sup>19</sup> Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo: mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. <sup>20</sup> Acordaos de mi palabra, que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros: si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra. <sup>21</sup> Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre: porque no conocen a Aquel que me ha enviado.

<sup>22</sup> Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado: mas ahora no tienen excusa de su pecado. <sup>23</sup> El que me aborrece, también aborrece a mi Padre. <sup>24</sup> Si no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado: mas ahora las han visto, y me han odiado a mí y a mi Padre. <sup>25</sup> Mas para que se cumpla lo que está escrito en su ley: Que me aborrecieron sin motivo. <sup>26</sup> Pero cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. <sup>27</sup> Y vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

<sup>10 1</sup> Esto os he dicho, para que no os escandalicéis. <sup>2</sup> Os echarán de las sinagogas. Y aun viene el tiempo en que cualquiera que os mate pensará que hace servicio a Dios. <sup>3</sup> Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni a mí. <sup>4</sup> Mas estas cosas os he dicho, para que, cuando viniere el tiempo de ellas, os acordéis de que os las dije.

**Explicación.** — Unidos en Cristo Jesús por el amor, ya que Él los llama sus amigos (v. 14), y solidarizados entre sí por la caridad fraterna que acaba de imponerles como un

precepto (vv. 12.17), los discípulos del Señor no deberán temer el odio del mundo que contra ellos se levantará. Da Jesús las razones de este odio (18-21): pecado inexcusable que en este odio comete el mundo (22-27): efectos de este odio en los discípulos (16, 1-4).

POR QUÉ EL MUNDO ODIARÁ A LOS DISCÍPULOS DE JESÚS (18-21). — Enviados los discípulos a predicar el Evangelio, se encontrarán con los tremendos obstáculos del error y de las pasiones de los malos, que se levantarán, enfurecidos, contra ellos: no le place al error ser confundido, ni ser reprimidas las pasiones: menos aún si de poderosos se trata. Jesús les previene para que sigan impávidos en su obra, sentando el hecho del odio bajo una forma hipotética, que encubre una verdad certísima: *Si el mundo os aborrece...* Y añade Jesús las razones de este odio:

Primera: Es el propio ejemplo de Jesús, a quien están íntimamente unidos: *Sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros.* Yo, inocente, Hijo de Dios, gran bienhechor del mundo, que soy vuestra cabeza, os he precedido en ser objeto del odio de los mundanos: es natural que me sigáis vosotros, mis heraldos y colaboradores.

Segunda: La oposición irreductible entre ellos y el mundo: *Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo,* porque cada cual se goza en lo que se le asemeja: *Mas porque no sois del mundo,* desde el momento en que os halláis unidos a mí para combatir al mundo, *antes yo os escogí del mundo,* entresacándoos de los hombres malos por la fe y la santidad de vida, *por eso os aborrece el mundo,* porque esta mi selección ha obrado entre vosotros y ellos un antagonismo profundo: os separa la diversidad de condición, el temor y displicencia de la corrección, la saña de la envidia y de la emulación.

Tercera: Es como un desarrollo de la razón primera y un argumento "a fortiori" sacado de las relaciones que hay entre sus discípulos y Él: son sus siervos (Ioh. 13, 16), sus familiares (Mt. 10, 24), sus discípulos (Lc. 6, 40): en diversas ocasiones se lo ha repetido: *Acordaos de mi palabra, que*

*yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Luego deberán correr la misma suerte que Él en las funciones de su ministerio apostólico: Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros. Y así como yo, aunque escasos, he tenido mis seguidores y discípulos, así también vosotros lograréis el odio de los más, aunque os seguirán los menos: Si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra.*

Cuarta: Es el mismo nombre, es decir, la misma persona de Jesús, representada por su nombre: Él vino a destruir las obras de Satanás, a vencer el mundo: por lo mismo, todo lo que represente la persona y la acción de Jesús será objeto del odio del mundo y de su instigador, Satanás: *Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre.* De hecho, los Apóstoles atribuyeron al nombre de Jesús, del que se gloria-ban, las persecuciones que sufrieron (Cf. Act. 4, 17; 5, 40; 9, 21; 21, 13; 1 Petr. 4, 14-16). La causa del odio que tuvieron los mundanos al nombre de Jesús, fué el desconocimiento de su misión: *Porque no conocen a Aquel que me ha enviado.* Odio injusto, como declara Jesús en lo que sigue.

GRAN PECADO DEL MUNDO AL ODIAR A LOS DISCÍPULOS DE JESÚS (22-27). — Del odio que profesa a Cristo, el mundo no puede alegar ninguna excusa; porque él mismo es el culpable de la ignorancia que de Cristo tiene. *Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado,* porque a nadie puede imputársele a culpa lo que de ningún modo pudo hacer. *Mas ahora no tienen excusa de su pecado:* son incrédulos porque quieren serlo, después de haber visto mis doctrinas y milagros. Y por su incredulidad, me odian.

Éste es gravísimo pecado, que va de rechazo contra el mismo Dios: porque habiendo acreditado Jesús su misión divina, con palabras y obras, mejor que ningún profeta (Cf. Deut. 18, 18-20), el que le rechaza y odia, odia también y rechaza al Padre que le envió: *El que me aborrece, también aborrece a mi Padre.* Tanto más cuanto que no se trata ya solamente de un testimonio personal, sino que les ha dado signos tales de credibilidad que han superado los de

los enviados de Dios que le precedieron, y que ellos han visto con sus propios ojos: *Si no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado: mas ahora las han visto, y me han odiado a mí y a mi Padre.*

Con todo, esta protervia y obstinación del mundo no debe admirar a los discípulos de Jesús, porque no hacen con ello sino realizar una profecía que estaba consignada en los Libros Sagrados de la antigua Ley: *Mas para que se cumpla lo que está escrito en su ley: Que me aborrecieron sin motivo*, sin causa alguna. Las palabras están tomadas del salmo 68, 5, que se refiere especialmente al Mesías.

Este odio del mundo contra Cristo no debe intimidar a los discípulos: contra él y contra la incredulidad que lo engendra, opondrá Jesús el testimonio evidente e irrefutable del Espíritu Santo, que se pronunciará en favor de Cristo y sus discípulos, con obras de verdad y de poder: *Pero cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.* Esta descripción del divino Espíritu es profundamente teológica: Jesús envía personalmente al Espíritu Santo según su misión temporal, y por lo mismo, Jesús se dice a sí mismo Dios, pues nadie puede enviar a Dios sino Dios mismo. Le llama Espíritu de verdad, porque es la verdad misma y el maestro de toda verdad. Dice que procede del Padre, en lo que se significa la procesión eterna del Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Nadie podrá resistir al testimonio de tal Espíritu.

Hasta los mismos discípulos serán testimonio irrecusable en favor de Cristo: *Y vosotros daréis testimonio*, porque habéis sido testigos oculares de mi vida, de mis enseñanzas, de mis milagros, de mi muerte y resurrección: *Porque estáis conmigo desde el principio* de mi vida pública. Este carácter de testigos, junto con el Espíritu Santo, de la obra de Cristo, es un halago y un estímulo en su difícil ministerio (Cf. 1 Joh. 1, 1; Act. 10, 41.42).

EFFECTOS DE ESTE ODIO EN LOS DISCÍPULOS (16, 1-4). — La incredulidad de los mundanos y su odio contra ellos y

contra el Cristo de quien son mensajeros, podría escandalizar y hacer vacilar la fe y la intrepidez de los discípulos; tanto más cuanto que las antiguas profecías pintaban el reino mesiánico como obra de un triunfador magnífico (Is. 9, 7; 11, 10; 49, 6; Jer. 31, 33, etc.): Jesús dice que les ha prevenido a tiempo para que no desfallezcan: *Esto os he dicho, para que no os escandalicéis*: no debe causar extrañeza lo que se ha previsto.

Y les concreta el Señor proféticamente las inverosímiles persecuciones que tendrán que sufrir de su mismo pueblo. *Os echarán de las sinagogas*, teniéndooos como apóstatas de la religión, excomulgados y vitandos. Llegarán a más todavía: como os tendrán por seductores y falsos profetas, de quienes era lícito y agradable a Dios derramar la sangre (Cf. Ex. 32, 29; Deut. 13, 18; 17, 17), cualquiera que ponga sobre vosotros las manos y os quite la vida creará hacer un sacrificio agradable a Dios: *Y aun viene el tiempo en que cualquiera que os mate pensará que hace servicio a Dios*. El fanatismo de Saulo y de los fariseos contra la primera generación cristiana demostrará dentro de poco la verdad de la profecía.

Cuando esto sobrevenga, que no teman los discípulos por culpa suya alguna: porque todo ello será obra de la obcecación voluntaria de los enemigos de Dios y de su Cristo: *Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni a mí*.

Termina Jesús este fragmento diciéndoles que les previene todo lo que ha de ocurrirles, primero, para que cuando llegue la hora de la tormenta los reconforte el recuerdo de la predicción; y luego para que en el cumplimiento de la profecía tengan un motivo más de fe y de esperanza: *Mas estas cosas os he dicho, para que, cuando viniere el tiempo de ellas, os acordéis de que os las dije*.

**Lecciones morales.** — A) v. 18. — *Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes...* — ¿Por qué quieren los miembros ser de mejor condición que la cabeza?, dice San Agustín: te niegas a permanecer unido a la cabeza, que es Cristo, si no quieres soportar el odio del mundo con ella: hasta por amor debemos soportar el odio del mundo. Y el Crisóstomo aña-

de: Es prueba de virtud ser odiados por el mundo: por lo mismo, debiera entristecernos el amor del mundo, pues ello sería revelador de nuestra maldad.

B) v. 21. — *No conocen a Aquel que me ha enviado.* — El desconocimiento de Dios y de su Cristo: he aquí la causa del odio que el mundo tiene a los discípulos de Jesús. Porque, ¿qué bienes no ha traído el Hijo de Dios al mundo? ¿Qué males no ha curado o aliviado? La implantación del Evangelio, con toda la fuerza de su verdad y toda la eficacia del bien obrar que predica, haría de la tierra un paraíso anticipado, en que las inevitables miserias en que es fecunda la vida humana en todos los órdenes no servirían más que para estimularnos al bien y para hacernos añorar la definitiva felicidad de la gloria. Ahora no: la ignorancia de Cristo y de su obra es la que no sólo lleva a los hombres al derrumbadero de todo error y de toda perversión moral, sino al sumo error y perversión de perseguir a Cristo en la persona y en la obra de sus continuadores. Hagamos conocer a Cristo para que amaine la furia del mundo contra Cristo.

c) v. 22. — *Ahora no tienen excusa de su pecado.* — Un gran pecado quiere dar a entender aquí Jesús con la general denominación de pecado, dice San Agustín: porque gran pecado es aquel que encierra todo pecado, y sin el cual puede perdonarse todo pecado. Este pecado es el de incredulidad, es la ceguera voluntaria, la obstinada resistencia a inclinar la inteligencia ante Dios, autor de ella, y no creer. Pecado gravísimo y universalísimo: porque ¿cuánta fe, y qué clase de fe hallaríamos en muchos cristianos de hoy si fuéramos a aquilatarla? ¿Viviríamos acaso en un mundo pagano por sus costumbres, si no fuese antes pagano de pensamiento? Siempre hubo pecados en el pueblo cristiano: pero nunca quizás como en nuestros tiempos ha habido menos esperanza en una reacción de las conciencias, porque la indiferencia y la incredulidad las han adormecido. Pero la luz es clara: la voz es fuerte: no hay excusa del gran pecado.

D) v. 23. — *El que me aborrece, también aborrece a mi Padre.* — Es natural que así sea, por la consubstancialidad de la naturaleza de ambos. Pero se puede dar el caso de los judíos, que decían amar a Dios y aborrecían a Jesucristo con odio mortal. Esto resulta de no reconocer a Cristo como Dios; y no reconocerlo tal, es voluntaria ceguera mental. Por esto decía Jesús que la vida eterna está en el conocimiento de Dios y de su Enviado Jesucristo (Ioh. 17, 3).

E) v. 27. — *Vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo...* — Luego, si no damos testimonio de Jesús, no estamos con Jesús. Porque es cosa natural que se manifieste uno como es; y que deponga siempre que sea preciso en favor de aquel o de aquello que ama. Debemos dar testimonio de Jesús, pensando como Él, hablando como Él, obrando como Él quiere que pensemos, hablemos y obremos. Debemos darlo cooperando en su obra, que es la dilatación del Reino de Dios, en la forma que podamos y según la medida de nuestras fuerzas. Debemos darlo particularmente ante el odio con que el mundo persigue o desprecia a Jesús, a fin de que no se interprete como cobardía nuestra conducta, que en este caso redundaría en agravio del mismo Jesús. Para ello no hay como estar profundamente unidos con Jesús: porque si Él informa toda nuestra vida, por toda ella resumará la virtud de Jesús, y, valiéndonos de una metáfora del Apóstol, como el olor delata la esencia, así nosotros daremos testimonio de Cristo, porque seremos buen olor de Cristo (2 Cor. 2, 15).

F) 16, v. 3. — *Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni a mí.* — Es una palabra de aliento ante las persecuciones que les aguardan: sufrirán por causa del Padre y de Jesús, por el odio que les tienen, hijo del desconocimiento. Como dichas a nosotros debemos tomar estas palabras, por cuanto no es poco lo que hemos de sufrir en nuestro apostolado por el desconocimiento de Jesucristo y de sus cosas, que son todas las de su Iglesia. Y deben alentarnos en nuestros decaimientos, pensando que si Jesús premia un vaso de agua que se dé en su nombre, cuánto más lo que por Él suframos en nuestro honor, en nuestra tranquilidad, en nuestros intereses, en nuestros esfuerzos.

## 196. — I) LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

IOH. 16, 5-15

### Evangelio de la Dominica 4.<sup>a</sup> después de Pascua

<sup>1</sup> No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros. Mas ahora voy a Aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? <sup>2</sup> Antes porque os he dicho estas cosas, se ha llenado de tristeza vuestro corazón. <sup>3</sup> Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya: porque si no



me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador: mas si me fuere, os lo enviaré.

<sup>9</sup> Y cuando viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. <sup>9</sup> De pecado ciertamente: porque no han creído en mí. <sup>10</sup> De justicia: porque voy al Padre, y ya no me veréis. <sup>11</sup> Y de juicio: porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.

<sup>12</sup> Aun tengo que deciros muchas cosas: mas por ahora no podéis soportarlas. <sup>13</sup> Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad. Porque no hablará de por sí: mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. <sup>14</sup> Él me glorificará: porque de lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros. <sup>15</sup> Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por esto os dije: que de lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros.

**Explicación.** — El anuncio, categórico y preciso, de las persecuciones y muerte que hace Jesús a sus discípulos, pudo llenarles de temor. Es por ello que les anima y consuela con la promesa de que les enviará el Espíritu Santo (5-7); cuya acción describe sobre los mundanos (8-11); y sobre ellos mismos (12-15).

PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO (5-7). — Mientras estuvo Jesús con sus discípulos, durante los años de su ministerio, no quiso manifestarles claramente la suerte que les aguardaba. Ciertó que les había anunciado persecuciones (Mt. 5, 11.12; 10, 16; Lc. 6, 22, etc.): pero no les había dicho que serían víctimas del odio de los mismos judíos, como ahora. Ello les llena de congoja, porque adivinan la defección y reprobación de su pueblo. Pero ahora, en el momento de la separación, es preciso decírselo: *No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros.*

Templa luego Jesús la amargura de la separación y de los anuncios que les ha hecho, reprendiéndolos dulcemente porque no se preocupan del fin glorioso adonde se dirige Jesús, y excitándoles al propio tiempo el deseo de saber más cosas del Padre: *Mas ahora voy a Aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas?* Es decir, estáis absortos en la idea de la separación y no ponderáis el gran gozo que a vuestro Señor espera: por ello sólo pre-

domina en vosotros la tristeza: *Antes porque os he dicho estas cosas, se ha llenado de tristeza vuestro corazón.*

No debe ser así; porque si Jesús permaneciese en su compañía no vendría sobre ellos el Espíritu Santo, que tantos bienes debe traerles (Cf. 14, 17.26; 15, 26): tienen, pues, grandes motivos de consuelo al pensar que la separación de Jesús es gaje de la plenitud de los dones del Espíritu Consolador: *Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya: porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador: mas si me fuere, os lo enviaré.*

LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE EL MUNDO (8-11).  
¿Por qué conviene a los discípulos que el Señor se vaya y venga el Espíritu Consolador? He aquí lo que va a concretar Jesús. Ante todo, describe en gradación magnífica lo que hará el Espíritu Santo con respecto al mundo: *Y cuando viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio*: será el mundo convencido de que es esclavo del pecado, de que Jesucristo es justo, de que el demonio está vencido y condenado. Y prosigue Jesús explicando en forma cerrada la proposición que acaba de sentar. Así:

*De pecado ciertamente: porque no han creído en mí.* No sólo será el mundo redargüido del pecado de infidelidad cuando viniere el Espíritu, sino de todo pecado, del original y del actual, por cuanto no hay nombre alguno en cuya virtud pueda obrarse la liberación del mundo, sino el de Jesús (Act. 4, 12); y porque el que no cree está ya juzgado (Ioh. 3, 18). Los Apóstoles, en nombre del Espíritu que les será dado, podrán echar en cara al mundo, a judíos y gentiles, el pecado en que están al rechazar a Jesús.

*De justicia: porque voy al Padre, y ya no me veréis.* El mundo será convencido de la justicia de Cristo: el triunfo de su resurrección y su glorificación al subir en forma visible a los cielos, son testimonio fehaciente de su naturaleza divina y de su misión de Salvador. Judíos y gentiles han dicho que Jesús es un falsario, un impostor: el Espíritu Santo convencerá al mundo de que fué Hombre-Dios justísimo y santísimo. No otra cosa demuestra la rápida propagación

del Evangelio, la santidad y perdurabilidad de la Iglesia en medio de sus persecuciones.

*Y de juicio: porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.* La muerte de Jesús ha sido la derrota y la condenación definitiva del demonio y sus secuaces (Cf. Col. 2, 14.15; Hebr. 2, 14). Trabaja todavía el príncipe de las tinieblas, y se valdrá de sus adeptos para impedir la dilatación del reino de Cristo: pero sus esfuerzos fracasarán en definitiva, porque Jesús ha triunfado de ellos en sí mismo (Col. 2, 15).

LA ACCIÓN DEL DIVINO ESPÍRITU SOBRE LOS DISCÍPULOS (12-15). — No ha completado aún Jesús su magisterio por lo que respecta a la formación de los Apóstoles: tiene aún mucho que enseñarles, pero no lo hace ahora, porque no están en disposición de asimilarse sus enseñanzas, sea por debilidad de su inteligencia, sea por la preocupación en que están por su partida: *Aun tengo que deciros muchas cosas: mas por ahora no podéis soportarlas.* Lo que no hace Él ahora lo hará después el Espíritu Santo, que completará en ellos lo que ahora no son capaces de retener: *Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad,* será vuestro guía, que os conducirá al conocimiento de toda la verdad que debe completar vuestra formación. Por lo mismo, la revelación no se completó hasta que los Apóstoles recibieron del Espíritu Santo, después de Pentecostés, la manifestación de las verdades que, con las enseñadas por Jesús, debían constituir el depósito total de la fe. Cuáles sean estas verdades, es difícil delimitarlo: pero tal vez una manifestación más clara del misterio de la Trinidad, de los misterios de la gloria, de lo que atañe al régimen de la Iglesia, etc.

Pero indica a los Apóstoles que el magisterio del Espíritu Santo es su propio magisterio: no hará más que enseñarles lo mismo que les hubiera Él manifestado si lo hubiesen podido soportar: *Porque no hablará de por sí; mas hablará todo lo que oyere.* El Padre y Él, Jesús, envían al Espíritu Santo: luego, como un embajador no dice en su em-

bajada sino lo que el rey le mandó, así el divino Espíritu. Es un modo de hablar acomodado al nuestro, pero que expresa la naturaleza y la misión del Espíritu Santo. Y entre las muchas cosas que les enseñará, se contará la ciencia de las cosas futuras: *Y os anunciará las cosas que han de venir*. De hecho, los Apóstoles y primeros discípulos tuvieron el espíritu de profecía (Cf. 2 Petr. 2, 1; Iud. 17, 18; 2 Tim. 3, 2; Act. 11, 28; 21, 11, etc.). Nótese aquí que estas funciones del Espíritu Santo no han cesado con la muerte de los Apóstoles: se terminó con ellos la revelación: pero la Iglesia tiene la asistencia positiva del divino Espíritu para no errar en el camino de la verdad, especulativa y práctica: por otra parte, jamás ha cesado en la Iglesia el espíritu de profecía.

Termina Jesús señalando una función del Espíritu Santo por lo que atañe a Él: es que el Espíritu glorificará a Cristo: *Él me glorificará*, en cuanto todo lo que el Espíritu Santo hará, estará ordenado a propagar y consumir la obra de Jesús. La razón es porque el Espíritu divino no hará más que comunicar a los Apóstoles lo que Cristo le confíe para el cumplimiento de su misión: *Porque de lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros*. La ciencia de las tres divinas Personas es la misma, infinita: pero recibiendo el Espíritu Santo la naturaleza del Padre y del Hijo de quienes procede, recibe también la ciencia, según nuestro modo de hablar. Y para que mejor comprendan los Apóstoles este lenguaje, afirma su consubstancialidad con el Padre, y repite el concepto de la misión del Espíritu: *Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por esto os dije: que de lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros*. La teología católica no hará más, en la sucesión de los siglos, que explicar estos profundos conceptos de la doctrina trinitaria juanista.

**Lecciones morales.** — A) v. 7. — *Os conviene que yo me vaya...* — También conviene en nuestra vida espiritual que se vaya Jesús de nosotros según su presencia sensible: porque es entonces cuando el alma conoce la inmensa soledad de estar sin Dios, cuando Él retira de nosotros sus consuelos: ¿qué peor soledad la del alma que no está en amistad con Él? Es ello una de las pruebas más terribles a que sujeta Dios a las almas que

le quieren: y ello es de gran mérito y de gran fruto: de gran mérito, porque es una de las mortificaciones más graves que podemos soportar: de gran fruto, porque ello nos estimula a buscar con afán al buen Dios, que momentáneamente se ha escondido.

B) v. 8. — *Y cuando viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio.* — ¿Por ventura, dice San Agustín, no arguyó Jesús al mundo de pecado, de justicia y de juicio? Ciertamente sí. Pero para que entendamos que por el Espíritu Santo la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones, y con ello hemos conquistado la libertad de argüir con Cristo al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Así nosotros podemos en cierta manera ser los continuadores de los Apóstoles: podemos convencer al mundo de su pecado, al resistir a Cristo y a las pruebas irrefragables de su divinidad: y de su injusticia, al no querer reconocer la justicia de Cristo, santo y justo, verdadero autor de la santidad y justicia en el mundo: y de juicio, por cuanto el imperio de Satanás ha quedado quebrantado de hecho, destruido en derecho por la redención que obró la sangre de Jesús. Bien podemos notar, con un autor, que todo apostolado cristiano gira alrededor de estos tres grandes principios.

c) v. 12. — *Aun tengo que deciros muchas cosas...* — Pequeño vaso es el de la inteligencia humana para recibir toda la verdad divina. Por ello es tan misericordioso Dios, que se abaja a nosotros y nos da la verdad según la medida en que podamos tolerarla. Esto deben tener muy presente los que enseñan al pueblo las verdades de nuestra religión. No a todos conviene todo. A los infantes en la fe, que lo son muchos ya crecidos de edad, se les debe la leche racional de una doctrina fácilmente asimilable. Dese el manjar fuerte de verdades altas y recias a los de cultivado pensamiento y avezados a la especulación de la doctrina cristiana. Hacer lo contrario, es malograr la verdad y el tiempo; o por sobra de verdad, cuando el pensamiento no puede tolerarla; o por falta de verdad, cuando a inteligencias ávidas y bien preparadas para altas doctrinas no se les da más que la verdad disminuía.

D) v. 14. — *Él me glorificará...* — Uno de los oficios sagrados de la Iglesia, considerada en cada uno de nosotros y en su totalidad de cuerpo místico de Jesús, es glorificar a Cristo Jesús. El Padre le ha glorificado, porque es el Salvador del mundo: ¿por qué no le glorificaremos nosotros? Él es glorificador de la humanidad: ¿por qué no corresponderíamos nosotros glori-

ficándole a Él? Es Dios glorioso, como el Padre y el Espíritu Santo: ¿por qué negarle la gloria que se debe a Dios?

E) v. 15. — *De lo mío recibirá, y lo anunciará a vosotros.* Recibe el Espíritu Santo del Hijo todo cuanto es, porque el Hijo, con el Padre, es principio del Espíritu Santo. Pero ni el Hijo queda sin lo que da al Espíritu Santo, como sucede en las donaciones humanas; ni el Espíritu Santo recibe lo que no tenía, porque siempre fué consubstancial con el Padre y el Hijo, sapientísimo y poderosísimo como las Personas de las que procede. Es una manera de manifestar con el discurso y las palabras del hombre lo que de una manera inefable se produce en el seno de la beatísima Trinidad. Bástenos saber, para que sintamos profunda gratitud al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que las tres divinas Personas han realizado el misterio de nuestra salvación y santificación, y que las inspiraciones de la gracia, las sugerencias de orden intelectual a que se refiere aquí Jesús, se atribuyen al Espíritu Santo, porque es obra de amor que se atribuye al Espíritu santificador.

## 197. — J) DE LA TRISTEZA PRESENTE AL GOZO FUTURO: IOH. 16, 16-24

**Evangelio de la Domín. 3.<sup>a</sup> después de Pascua (vv. 16-22)  
y de la Misa de Común de muchos Mártires, en el tiempo pascual (vv. 20-22).**

<sup>16</sup> Un poco, y ya no me veréis: y otro poco, y me veréis: porque voy al Padre. <sup>17</sup> Entonces algunos discípulos se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis: y, porque voy al Padre? <sup>18</sup> Y decían: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco? No sabemos lo que dice.

<sup>19</sup> Y entendió Jesús que le querían preguntar, y les dijo: Disputáis entre vosotros de esto que dije: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis. <sup>20</sup> En verdad, en verdad os digo: que vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes: mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. <sup>21</sup> La mujer en los dolores del parto está triste, porque le vino su hora: mas cuando ha dado a luz un niño,

ya no se acuerda del apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre al mundo. <sup>22</sup> Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón: y ninguno os quitará vuestro gozo. <sup>23</sup> Y en aquel día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre. <sup>24</sup> Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo.

**Explicación.**— A los motivos de consolación que ha dado Jesús a sus discípulos, y que compensarán en su ánimo el sentimiento de tristeza por su separación, añade otro, si no más poderoso, quizás más eficaz en la situación en que los Apóstoles se hallaban: el anuncio de que volverán a verle pronto.

UNAS PALABRAS ENIGMÁTICAS DE JESÚS (16-18). — Bajo una forma ininteligible para los Apóstoles, aunque clarísima para quienes conocemos la historia del Señor, les anuncia Jesús su próxima muerte y su resurrección y apariciones: *Un poco, y ya no me veréis: y otro poco, y me veréis*: dentro de pocas horas ya no me veréis, muerto y encerrado como estaré en el sepulcro: pero dentro de breve tiempo, tres días escasos, volveréis a verme, vivo y resucitado, como me mostraré a vosotros. Las palabras siguientes: *Porque voy al Padre*, faltan en los mejores códices griegos: pero puede explicarse todo el versículo, admitiéndolas tal como están en la Vulgata, en esta forma: por breve tiempo, los tres días que estaré en el sepulcro, no me veréis: y por otro breve tiempo, los cuarenta que van de la resurrección a la ascensión, volveréis a verme, porque subiré al Padre después de resucitar. O bien: por el breve tiempo de vuestra vida no me veréis; pero volveréis a verme en el cielo, pasado el breve tiempo de las cosas humanas.

Jesús diría estas palabras a los Apóstoles en forma enigmática, para excitar su atención, conturbados como estaban: si va al Padre, ¿cómo podrán verlo?, y si han de verlo, ¿cómo podrá ir al Padre? Por esto, *entonces algunos discípulos se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco.*

*y no me veréis: y otro poco, y me veréis: y, porque voy al Padre?* Pero, a pesar del contraste mutuo de impresiones, la duda seguía en pie sobre el sentido de las palabras del Señor: *Y decían: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco? No sabemos lo que dice.* Aun hoy, después del suceso, venido ya el Espíritu Santo, a pesar de tanto comentario sobre estas palabras, no aparece claro su sentido: ¿cuánto menos debía serlo para los rudos Apóstoles?

EL GOZO SIN FIN (19-24). — Jesús, por la intuición que como Dios tiene de los humanos pensamientos, conoce que sus discípulos quisieran preguntarle: quizás no se atreven a ello porque, interrumpido ya el Maestro dos veces aquella misma noche por Tomás y Felipe (14, 5.9.23), podrían ser molestos al Señor: por lo que Él se les anticipa: *Y entendió Jesús que le querían preguntar, y les dijo: Disputáis entre vosotros de esto que dije: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis.* La explicación que da Jesús de sus enigmáticas palabras es por los efectos de su breve ausencia y de su posterior presencia: *En verdad, en verdad os digo, os aseguro con juramento: que vosotros lloraréis y gemiréis, cuando me veréis en las manos de mis enemigos, víctima de toda suerte de tormentos, y finalmente clavado en cruz: Mas el mundo se gozará,* creyendo mis adversarios que ello representa el fracaso de mi persona y de mi doctrina y su definitivo triunfo. *Y, consecuencia de ello, vosotros estaréis tristes: mas vuestra tristeza se convertirá en gozo,* después de mi resurrección y ascensión (Cf. Mt. 9, 15; Act. 5, 41).

Y hace Jesús la explicación más viva por medio de una comparación, frecuente en las Escrituras, por la que aparece el contraste entre los sentimientos de tristeza y gozo: *La mujer en los dolores del parto está triste, porque le vino su hora:* son agudísimos los dolores del parto (Cf. Is. 13, 18; 21, 3; Jer. 4, 31; Os. 13, 13; Mich. 4, 9): también lo serán los de los Apóstoles. Pero serán por poco tiempo, como los de la parturienta: *Mas cuando ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre al mundo:* así el gozo sobreabundante de los Apóstoles bo-



rrará de su memoria los dolores sufridos, cuando sepan la nueva de su resurrección. Y sigue la comparación: *Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, ya resucitado, y se gozará vuestro corazón* (Cf. 20, 20): *y ninguno os quitará vuestro gozo*, ni sus mismos perseguidores, ni los tormentos que sufran después, porque el gozo de la resurrección perdurará en la tierra, haciendo llevaderos sus trabajos, y alentando la esperanza de la resurrección con Jesús (2 Cor. 4, 14; Act. 5, 41, etc.).

Dales aún otra razón para que estén sin congoja por la incomprensión de las enigmáticas palabras que les dijo: y es que cuando resucite lo verán todo claro: *Y en aquel día no me preguntaréis nada*, de lo que queríais preguntarme cuando os decía: Un poco, y no me veréis, etc.: menos aún deberéis interrogarme cuando hayáis recibido el Espíritu Santo, que os enseñará toda verdad.

Aun añade otro motivo de gozo: la omnipotencia de intercesión: *En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre*: unido como estoy yo íntimamente con el Padre, todo cuanto os sea necesario para acabar mi obra, pedidlo en nombre mío, y lo recibiréis (Cf. 14, 13; 15, 16). Y les exhorta a que en adelante pidan cuanto necesiten al Padre en nombre suyo: *Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre*: no se lo dice esto en tono de reconvención, sino que sólo hace constar un hecho y les da una lección. No habían pedido nada en nombre de Jesús, primero porque Él estaba todavía en su compañía, y no suele pedirse en nombre de quien está presente; y luego, porque no conocían bastante el carácter de Mediador que correspondía a Jesús entre Dios y los hombres. Lo que no han hecho en el pasado, que lo hagan ahora ya: *Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo*: ¿cómo no deberá ser lleno y perfecto su gozo, teniendo la seguridad de que no ha de faltarles cuanto necesiten, como lo pidan a Dios en nombre de Cristo?

**Lecciones morales.** — A) v. 16. — *Un poco, y ya no me veréis...* — Debieran estas palabras acostumbrarnos a las au-

sencias de Dios en esta vida: toda ella, según frase del Apóstol, es una "peregrinación fuera de Dios", o lejos de Dios (2 Cor. 5, 6), en cuanto no le poseemos, ni estamos en su compañía definitiva: pero dentro de este tiempo de peregrinación hay momentos que parecen de noche cerrada para nuestro espíritu, como le sucede al peregrino que, dentro de sus ausencias de la patria, tiene días y horas de mayor tribulación y soledad. Es ello voluntad de Dios, para que se abran nuestros corazones a la esperanza, recordando que Él mismo ha dicho que si por poco tiempo no le vemos, después de poco tiempo le volveremos a ver. Y, sobre todo, le veremos cara a cara cuando se haya acabado el tiempo de nuestra peregrinación y nos admita en su ciudad, la santa Jerusalén de la gloria, que es la patria de todos los fieles servidores de Dios.

b) v. 20. — *Vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará...* — Moralmente, dice Alcuino, pueden estas palabras aplicarse a todos los cristianos: porque mientras ellos reciben esta vida como un tiempo de prueba durante el cual se disponen para una eternidad gozosa; al contrario, los mundanos, ajenos del todo al pensamiento de la eternidad, no piensan sino en holgarse durante los días de la vida mortal. Pero se trocarán las suertes: mientras los buenos, y sufridos, y mortificados, recibirán gozo colmado en cambio de sus penas; los malos verán con envidia, en medio de su desgracia, la suerte de los santos, de quienes dirán: "Nosotros pensábamos que su vida era una locura, y que su fin debía ser sin honor..." (Sap. 5, 4).

c) v. 22. — *Ninguno os quitará vuestro gozo.* — Nadie nos quitará en esta vida el gozo de vivir según Dios; ni en la otra el de vivir con Dios. Es el gozo de la virtud absolutamente personal, íntimo a nuestra alma, independiente de toda veleidad ajena y de toda fuerza del mundo. Todo gozo que no sea este gozo, es deleznable; y si es pecaminoso, es gozo que se convierte en ponzoña de nuestra alma. Cuanto al gozo de la gloria, podríamos decir que será función eterna de los bienaventurados: "Veremos, dice San Agustín, amaremos, nos gozaremos." Gozo que penetrará hasta la esencia de nuestra alma, y hasta a medula de nuestra vida, corporal y espiritual; participación de la misma felicidad esencial de Dios, y, como ella, purísima, personalísima y eterna.

d) v. 23. — *Y en aquel día no me preguntaréis nada.* — Místicamente podemos entender estas palabras del día clari-

simo de la gloria eterna en que la inteligencia, ojo del alma, contemplará hito a hito la esencia de Dios, que es la suma e infinita verdad, y en ella verá cuanto ha apetecido saber en esta vida. Ya no habrá enigmas ni misterios, ni en el orden natural ni en el sobrenatural. No habrá velos, que se habrán corrido — porque esto significa la palabra “revelación” —, y dejarán al descubierto los insondables abismos en que se halla la razón de todas las cosas. Para un sabio, el despejar una incógnita, el descubrir una fórmula, el hallar una ley, representa un triunfo que a veces ha llegado a enloquecer por unos momentos al feliz mortal que vió en el campo de la verdad lo que nadie había visto antes que él. ¡Qué triunfo para el hombre, para todo hombre que haya querido lograrlo, hallarse un día ante Dios, cara a cara, y leer en su esencia los profundos arcanos que, dice el Apóstol, no es dado al hombre explicar! (2 Cor. 12, 4).

E) v. 24. — *Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre.* Es ésta oportunísima lección para muchos cristianos, que suelen pedir en nombre de muchos santos amigos de Jesús y no piden en nombre de Jesús. Y olvidan que los santos en tanto tienen poder de intercesión, en cuanto están unidos con Jesús. El nombre de Jesús es el más poderoso de los nombres, y en él se ha obrado nuestra salvación, y fuera de él no hay salvación posible. También en él se ha de obrar nuestra santificación, y en él y por su virtud hemos de recibir todo lo que se relacione con la vida de la gracia, que más tarde se convertirá en vida de gloria. Sea Jesús el soporte de nuestra oración: y toda oración reciba aliento y fuerza del nombre de Jesús, para que él la haga eficaz, ya que él es el Mediador omnipotente.

## 198. — RECAPITULACIÓN Y CONCLUSIÓN DEL DISCURSO: Ioh. 16, 25-33

“Estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas: mas os daré claramente noticia de mi Padre.” En aquel día pediréis en mi nombre: y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros.” Porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios.” Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo y voy al Padre.

“ Sus discípulos le dicen: He aquí ahora hablas claramente y no dices ningún proverbio. “ Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte. En esto creemos que has salido de Dios. “ Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? “ He aquí que viene el tiempo, y ya llegó, en que seáis esparcidos cada uno por vuestro lado, y que me dejéis solo: mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. “ Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apretura: mas tened confianza, que yo he vencido al mundo.

**Explicación.**— Puede considerarse este fragmento como la peroración del hermoso y profundo sermón de la cena. Hay en él una recapitulación rápida, en que Jesús manifiesta claramente el pensamiento capital del discurso (25-28), y un corto diálogo entre Jesús y sus Apóstoles, que termina con la predicción de la defección de éstos y unas palabras de aliento de Jesús (29-33).

**RECAPITULACIÓN (25-28).**— Durante el discurso, especialmente a partir del v. 16 de este capítulo, Jesús ha hablado a sus discípulos velando con alegorías e imágenes su pensamiento: la viña, la mujer que da a luz, el “poco, y me veréis”, etc., no eran fácilmente comprensibles para los rudos Apóstoles: *Estas cosas os he hablado en parábolas*. Pero se acerca ya el tiempo en que, deponiendo toda metáfora, les hablará con claridad de las cosas de Dios: *Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas: mas os daré claramente noticia de mi Padre*: este tiempo será el que siga a su resurrección, cuando por espacio de cuarenta días les habló del Reino de Dios (Act. I, 3): y el que seguirá a la venida del Espíritu Santo.

No sólo conocerán mejor los Apóstoles al Padre por el lenguaje abierto de Jesús, sino que podrán contar con el amor del padre hacia ellos; amor que se manifestará especialmente en la generosidad con que les concederá lo que le pidan: *En aquel día, cuando ya les hable claramente, pediréis en mi nombre*: porque más que nunca conocerán el carácter y la fuerza del Mediador Jesús. Tal será la eficacia

de la oración de los Apóstoles, que no habrá necesidad absoluta de que Jesús junte su oración a la de ellos: *Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros*: no que no sea necesaria la mediación de Jesús, sin la cual ninguno puede llegarse al Padre (Hebr. 7, 25), sino que será bastante que ellos rueguen al Padre en nombre suyo, y el Padre les oirá. Será ello efecto del amor con que el Padre corresponderá al amor que ellos tuvieron a Jesús y a la fe en sus enseñanzas: *Porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios*.

Estas últimas palabras dan a Jesús ocasión para resumir de un modo rápido, solemne y profundo, toda su vida, como Dios y como hombre: *Salí del Padre*, porque de Él procedo por generación eterna, y porque de su seno vine a la tierra, y vine al mundo, tomando carne de una Virgen y apareciendo con esta carne, como hombre mortal, entre los hombres. *Otra vez dejo el mundo*, porque muero en cuanto al cuerpo que tomé, y voy al Padre, sentándome a su diestra como Hombre, aunque no dejando de estar presente entre los hombres.

DIÁLOGO FINAL: PALABRAS DE ALIENTO (29-33). — Los Apóstoles han entendido claramente lo que acaba de decirles Jesús sobre la oración y el amor del Padre: creen quizás que ha llegado la hora de que les hable sin metáfora: por esto sus discípulos le dicen a Jesús con cierto candor: *He aquí ahora hablas claramente*, de tu salida del mundo (Cf. v. 16), y no dices ningún proverbio, no ocultas con imágenes tu pensamiento. Y como ven que el Maestro adivinaba su deseo de querer preguntarle sobre estas cosas (vv. 18.19), añaden: *Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte*: y porque penetras lo oculto del corazón y del pensamiento de los hombres, *en esto creemos que has salido de Dios*, que eres Dios.

Jesús reconoce la tardía fe de sus Apóstoles y les previene contra sus peligros: *Jesús les respondió: ¿Ahora creéis?* ¿Pensáis tener una fe llena y firme? Está bien; pero ved el peligro que corre vuestra fe: *He aquí que viene el tiempo*,

y ya llegó, es decir, viene tan rápidamente el momento, que ya estamos en él, *en que seáis esparcidos cada uno por vuestro lado, buscando cada cual dónde ocultarse, a la hora de mi pasión, con independencia unos de otros: y que me dejéis solo, privado de vuestra compañía y de vuestro socorro. Con todo, no quedaré destituido de todo auxilio: me ayudará el que es Todopoderoso: Mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo*, por cuanto voy a la pasión para cumplir su voluntad.

Termina Jesús la oración magnífica indicando la finalidad que al hablarles se ha propuesto: *Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí*: todo cuanto os he dicho en este discurso tiende a que estéis unidos a mí por la fe y el amor que dan la paz al espíritu, porque le dan la tranquilidad y la inmovilidad de los que están juntos con Dios: cuánta paz derivará a los Apóstoles de esta unión con Cristo, véase en 2 Cor. I, 3-7; 7, 4; 6, 4-10, etc. Que no os hagan vacilar las congojas que experimentaréis mientras viváis: *En el mundo tendréis apretura*: pero tened el ánimo esforzado, pues yo, que he logrado ruidosa victoria sobre el mundo, sobre el príncipe de las tinieblas, sobre todo lo que se opone a la voluntad de Dios, soy la mejor garantía de que también vosotros triunfaréis: *Mas tened confianza, que yo he vencido al mundo*. Grito anticipado de triunfo, que ha levantado el corazón de millones de cristianos.

**Lecciones morales.** — A) v. 25. — *Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas...* — Esta hora, según San Agustín, puede interpretarse moralmente de la vida eterna, en que gozaremos de la visión facial de Dios. Nos hablará Dios claramente, por cuanto hará patentes a nuestros ojos atónitos las intimidades de su esencia y de su vida. Nos hablará sin parábolas, sin intermediarios, ni de las cosas creadas, en las que vemos un vestigio de su naturaleza y perfecciones, ni de la locución profética o revelación propiamente dicha, que se nos ha hecho en esta vida por la misericordia de Dios, valiéndose de los profetas y de su mismo Hijo Jesús. Nos hablará una palabra única y eterna, infinitamente comprensiva, por la que nos manifestará los misterios de su poder y misericordia, de su sa-

biduria y amor. ¡Haced, Jesús, que oigamos esta palabra eterna, que sois Vos, porque sois el pensamiento y la sabiduría de Dios!

B) v. 28. — *Salí del Padre, y vine al mundo...* — Toda la vida y todos los misterios de Jesús se encierran en estos dos viajes del Hijo de Dios: el de su salida del Padre para venir al mundo, y el de su salida del mundo para volver al Padre. Eternamente presente ante el Padre, el Hijo divino, para cumplir un consejo de la misericordia de Dios, hizo su viaje a la tierra, presentándose ante los hombres con el ropaje de su carne mortal. Con los hombres vivió y por los hombres murió. Su vida se consumió en el solo anhelo de llevar consigo los hombres a Dios. Dejó la semilla y se volvió al Padre. Toda la eficacia del viaje de Jesús está en que los hombres suban al Padre con Él en este viaje de retorno. Bajó para levantar a muchos, dice San Agustín: se hizo Dios hombre, para que el hombre llegara hasta Dios. No frustremos el penosísimo viaje de nuestro Señor Jesucristo: ha venido a la tierra a buscarnos: seamos dóciles, y dejémonos llevar de su mano divina a Dios.

C) v. 30. — *Ahora conocemos que sabes todas las cosas...* — Porque les adivinó su pensamiento, creyeron los Apóstoles que Jesús sabía todas las cosas. ¡Cuánto más ha hecho Jesús para con el mundo, y el mundo no cree en Él, o tiene en Él una fe muy débil! Porque Jesús ha sido el gran Doctor, que ha enseñado a la humanidad más que todos los sabios: el Profeta Magno que ha abierto a las inteligencias de los hombres los horizontes del tiempo y de la eternidad. Él es quien a fuerza de siglos, y por su Espíritu, y poniendo a contribución el pensamiento de los grandes hombres de su Iglesia, ha logrado este cuerpo doctrinal que llamamos la teología católica, monumento máximo de la verdad divina que ilumina todas las cosas humanas. Él ilumina las conciencias de los suyos con estas claridades características de la gracia, que guían a los hombres en su ruta a Dios. En verdad que Jesús lo sabe todo. En verdad, que los hombres han sido mezquinos en no rendir pleitesía a la divina ciencia de Jesús.

D) v. 33. — *Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí.* — Éste es todo el fruto de la redención y todo el secreto de la vida cristiana: la paz. Cantáronla los ángeles cuando nació Jesús. Dióla Él como santo y seña a sus Apóstoles y discípulos. Quiso que fuese el premio eterno de sus seguidores el reino de la paz. Puso en paz a Dios con los hombres, a los hombres consigo mis-

mos, a los hombres con sus hermanos. La paz es la tranquilidad del orden: es estabilidad, inmovilidad, porque es el afianzamiento de las cosas humanas en Dios. ¡Danos, Señor, tu paz!

E) v. 33. — *En el mundo tendréis apretura...* — Apretura es contradicción, es estrechez, es lucha, es temor, es inseguridad; es decir, todo lo contrario a la paz. Los que son del mundo tienen todo esto y a más les falta la paz interior. Si no somos del mundo, sino de Jesucristo, podremos tener apretura en el exterior, persecuciones, odios, injusticias, desprecios, pero tendremos la paz interior, que excede todo sentido (Phil. 4, 7), que, como las profundas aguas del mar, es inaccesible a la tormenta, y que nadie en el mundo es capaz de arrebatarlos; porque, si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rom. 8, 31): y si Jesucristo venció al mundo, ¿qué podrá hacernos el mundo?

## 199. — LA ORACIÓN SACERDOTAL DE JESÚS

### A) RUEGA POR SÍ MISMO: IOH. 17, 1-5

#### Evangelio de la Vigilia de la Ascensión (vv. 1-11)

<sup>1</sup> Estas cosas dijo Jesús: y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, llegó la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. <sup>2</sup> Como le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que a todo lo que les diste, les dé a ellos la vida eterna. <sup>3</sup> Y ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste. <sup>4</sup> Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra cuya ejecución me encomendaste. <sup>5</sup> Ahora, pues, Padre, glorifícame tú en ti mismo con aquella gloria que tuve en ti, antes que existiera el mundo.

**Explicación.** — Al grito de triunfo con que terminaba Jesús su discurso, sigue la ardiente plegaria que comprende todo el capítulo 17 del cuarto Evangelio. Se la ha llamado con razón la oración pontifical de Jesús y es la más extensa que nos ha quedado del Maestro divino. El tono de la oración es de una sublimidad, suavidad y riqueza tales, que no se encuentran en ninguna otra oración salida de labios humanos. El fondo es de una incomparable riqueza



doctrinal, dentro de su sencillez, y revela la firmeza y serenidad de espíritu de Jesús en el momento en que se dispone al sacrificio de sí mismo. A pesar de la opinión de no pocos comentaristas que la suponen pronunciada en un alto que haría Jesús con su comitiva en la ruta del cenáculo a Getsemaní, llegando Fouard a indicar como sitio el fondo del barranco Cedrón, antes de pasar el puente que une las dos vertientes, creemos fué pronunciada en el mismo cenáculo o en otro lugar retirado. Ruega Jesús en ella por sí mismo (1-5): por sus discípulos (6-19): por la Iglesia (20-26).

JESÚS RUEGA POR SÍ (1-5). — En este fragmento pide Jesús para sí la gloria, pues ya ha acabado la obra que se le confió. El comienzo de la oración es solemne: *Estas cosas*, las dichas durante su largo discurso de aquella noche, *dijo Jesús: y alzando los ojos al cielo*, señal de elevación espiritual, de comunicación con Dios, como lo había hecho en la multiplicación de los panes y en la resurrección de Lázaro (Cf. 6, 15; 11, 41), *dijo: Padre, llegó la hora, glorifica a tu Hijo*. Toda la oración tiene un carácter filial: el vocativo "Padre" se repite en ella varias veces (Cf. vv. 5.11.21.24.25): Jesús hace presente al Padre que ya ha llegado la hora de su glorificación, y por ello le pide le glorifique: lo hará el Padre dando a su Hijo la admirable fortaleza de su pasión; multiplicando los prodigios en su muerte; por la maravilla de su resurrección y ascensión; y, especialmente, sentándole a su diestra en el cielo. El fin de la glorificación del Hijo no es otro que la gloria del Padre mismo: *Para que tu Hijo te glorifique a ti*, alabándote en el cielo, promoviendo tu gloria en la tierra por la protección que desde la gloria dará a los continuadores de su obra.

Añade Jesús el primer motivo por que debe oírle el Padre: es la gloria externa que le ha conquistado con el cumplimiento de su mandato. Ya que le ha dado soberano poder sobre toda la humanidad (Ps. 2, 7.8; 71, 8.9) en su calidad de Mesías, *como le has dado poder sobre todo el linaje humano*, con el fin de que comunicara a los hombres la vida divina, de gracia y gloria, como fruto de su sacrificio, pre-

dicación y distribución de gracias, *para que a todo lo que les diste, a todos los predestinados, les dé a ellos la vida eterna*; por ello es que el Padre, porque Jesús ha cumplido su misión, y porque de su cumplimiento le ha venido aumento de gloria externa, no puede negarle a su Hijo lo que como hombre le pide.

Explica luego en qué consiste la vida eterna en este mundo, que no es más que la semilla de la gloria definitiva y eterna del cielo: *Y ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste*. No que baste el conocimiento de Dios y de su Cristo para lograr la bienaventuranza, sino porque ello es el fundamento de todo lo demás. Nótese aquí cómo Jesús se pone en el mismo nivel del Padre en orden a la vida eterna, porque es Dios como Él. Llámase a sí mismo "Jesucristo", única vez que se da este nombre y que ha venido a ser el más usual en la Iglesia católica.

Otro motivo por que ha de oírle el Padre es que le ha glorificado, llevando a cabo la obra que le confió: *Yo te he glorificado sobre la tierra, con mi predicación y milagros, aceptando trabajos y humillaciones, sometién dome a la pasión y muerte por obediencia a ti, y estoy en el momento de consumir la redención del mundo con mi muerte*. Y porque *he acabado la obra cuya ejecución me encomendaste*, puedo justamente pedir que recíprocamente tú, Padre mío, me glorifiques a mí: *Ahora, pues, Padre, glorifícame tú*. ¿Con qué gloria? *En ti mismo*, en el cielo donde estás tú, ya que yo te he glorificado en la tierra en que estoy: *con aquella gloria que tuve en ti, antes que existiera el mundo*: es decir, comunícale a mi naturaleza humana, por sus merecimientos, la participación que le corresponde de la gloria que desde la eternidad gozo, contigo y en ti, por ser persona divina.

**Lecciones morales.** — A) v. 1. — *Y alzando los ojos al cielo...* — Esta actitud adopta Jesús en los momentos solemnes de su vida, para que aprendamos, dice el Crisóstomo, a mirar arriba no sólo con los ojos de la carne, sino con los del espíritu. Podía Jesús orar en silencio, añade San Agustín, pero quiso

hacerlo en alta voz y con la expresión externa de la plegaria, para enseñarnos a nosotros la forma de orar. Alcemos los ojos al cielo, los del alma más que los del cuerpo, sobre todo en las horas de la tribulación, y se hará la paz en nuestro espíritu, pensando en la fidelidad y en la misericordia de Dios, que no nos dejará sucumbir en los azares de la vida.

B) v. 1. — *Glorifica a tu Hijo...* — Mira cómo el Padre glorifica a su Hijo, dice San Hilario: al peso de la cruz, tiembla la tierra, como afirmando que el que va a morir es más grande que ella. Mira al centurión cómo le confiesa Hijo de Dios. Es el símbolo de la equivalencia entre los sufrimientos y la gloria, que es su consecuencia, si los aceptamos por Dios. También nosotros podemos decirle al Padre: "Glorifica a tu hijo": mira, oh Padre, que si no somos hijos tuyos según la naturaleza, como Jesús, lo somos por adopción: somos los miembros místicos de tu Hijo natural, que es nuestra cabeza: como a Él le glorificas porque ha llenado su misión, así también te pedimos nosotros, no con la misma justicia que Él, pero sí con la fuerza de tus promesas y de sus méritos, que nos des la gloria que nos corresponde. No nos des, si te place, la gloria que podría correspondernos hasta en el mundo, porque nuestros actos tienen también un valor social; pero guarda todo el premio de gloria que nos corresponda para cuando haya pasado la hora del mérito y debamos recibir la corona del premio.

c) v. 3. — *Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti...* — La vida eterna, dice San Hilario, es conocer a Dios, pero esto solo no da la vida. La vida eterna empieza por el conocimiento de Dios y de su Hijo, de las verdades dogmáticas necesarias y de las leyes que deban cumplirse según nuestra doctrina. Al conocimiento debe seguir la ejecución, es decir, que la idea cristiana se debe "vivir" para que el cristianismo deje de serlo de simple nombre, y lo sea de verdad. Entonces se halla dentro del camino de la vida eterna: ésta vendrá necesariamente, como viene el fruto del árbol que está en condiciones de darlo, cuando la vida cristiana entre en la expansión definitiva de la gloria. Pues la vida eterna, dicen los teólogos, no es otra cosa que la visión bienaventurada de Dios consecutiva a la incoación de la vida divina en nosotros por la gracia mientras vivimos en la tierra.

D) v. 4. — *He acabado la obra cuya ejecución me encomendaste.* — Como tuvo el Padre un designio al enviar al mundo a su Hijo, designio cuya realización pesaba sobre el Hijo mis-

mo y que debía ser el objetivo único de la vida del Salvador, así cada uno de nosotros, al recibir de Dios el ser, recibimos también una función que realizar en el mundo y a la que debe converger toda nuestra vida. Creamos y temblemos, que Dios nos ha dado a todos una obra que hacer: es la de nuestra salvación; pero nuestra salvación está ligada al cumplimiento de nuestra vocación y de nuestros destinos en el mundo. Si esta doble obra queda sin hacer, la de corresponder a nuestra vocación y la de salvarnos como consecuencia de ello, no será por Dios, que nos da a todos la manera de hacerla, sino por nosotros, que no la habremos querido hacer. Vivamos en tal forma que, cuando muramos, podamos, como Jesús, decirle a Dios: "He acabado la obra cuya ejecución me encomendaste."

**E) v. 5.** — *Glorifícame tú en ti mismo con aquella gloria que tuve en ti...* — Aquí pide Jesús al Padre que cumpla el decreto eterno de glorificarlo después que haya ejecutado sus designios; o que le dé el premio de gloria que ha merecido con sus trabajos. En ambos sentidos podemos rogar también nosotros a Dios. Primero, por razón de nuestra predestinación: si Dios "nos predestinó, y nos llamó, y nos justificó, y nos glorificó" en sus eternos decretos, en expresión del Apóstol (Rom. 8, 30), podemos pedirle que cuando sea la hora de cumplirse su eterna previsión nos dé la gloria que decretó para cada uno de nosotros. Y en segundo lugar, porque si nosotros hemos sido fieles a nuestra vocación y hemos obrado la justicia, tenemos derecho a pedir a Dios "la corona de justicia que nos dará el justo Juez" (2 Tim. 4, 8), y que no es otra cosa que nuestra glorificación.

## 200. — B) JESÚS RUEGA POR SUS APÓSTOLES

IOH. 17, 6-19

**Sigue el Evangelio de la Vigilia de la Ascensión  
(vv. 6-11)**

"He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Tuyos eran, y me los diste a mí, y guardaron tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, de ti son." Porque les he dado las palabras que me diste: y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque tuyos son." Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías; y en ellos he sido glorificado." Y ya no estoy más en el mundo; pero éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guarda por tu nombre a aquellos que me diste: para que sean una misma cosa, como también nosotros." Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé a los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura." Mas ahora voy a ti, y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos." Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy el mundo." No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal." No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo." Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad." Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo." Y por ellos yo me santifico a mí mismo: para que ellos sean también santificados en verdad.

**Explicación.**— Este fragmento, lleno de verdad y de ternura para los suyos, encierra la sentidísima oración que dijo Cristo al Padre en favor de sus Apóstoles, en voz alta, en la misma actitud sublime con que empezó la oración para sí. Tiene una introducción, en que razona el Señor los motivos para que el Padre le oiga al rogar por los suyos (6-8); y la serie de peticiones que para ellos hace (9-19).

**RAZONES POR QUE EL PADRE DEBE OÍRLE (6-8).** — Primera: Jesús ha enseñado a los Apóstoles a conocer al Padre y, por lo mismo, a glorificarle: *He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo*. Estos hombres eran los Apóstoles: el Padre se los había dado, porque nadie puede ir a Jesús si el Padre no le llama (6, 44): se los había dado del mundo porque de él los había sacado por la vocación (Cf. 15, 19): y él les había manifestado su nombre, es decir, los había instruido sobre su naturaleza, atributos y manera de orar.

Segunda: Los Apóstoles son del Padre y de Jesús, y ello es título bastante para que le oiga. Los Apóstoles eran

del Padre: *Tuyos eran*, hombres piadosos y sencillos, observantes de la ley (1, 37-51): *y me los diste a mí*, haciendo con tu gracia que correspondiesen a mi llamamiento.

Tercera: Los Apóstoles observaron las enseñanzas de Jesús, que son las mismas del Padre (Cf. 5, 30; 7, 16). creyendo en Jesús, guardando sus preceptos: *Y guardaron tu palabra*: siendo la palabra de Jesús también del Padre, el Padre debe mirar con benevolencia a quienes la guardaron.

Y desarrolla Jesús esta tercera razón. *Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, de ti son*: a medida que les he ido enseñando, han progresado en la fe: y en estos momentos ya saben que mi doctrina, milagros, etc., vienen de tu poder (Cf. 14, 10; 10, 25; 12, 49.50). Da luego la razón de este conocimiento de los Apóstoles: *Porque les he dado las palabras que me diste*, enseñándoles toda tu doctrina: *y ellos las han recibido*, escuchándolas con docilidad: *Y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste*: es el fruto de aquella docilidad con que han aceptado todos los razonamientos y hechos que han visto en orden a la procedencia y misión de Jesús (Cf. 6, 70; 16, 27; Mt. 16, 16).

**LAS PETICIONES (9-19).** — Son pocas y breves, pero de gran trascendencia: la mayor parte del texto que las encierra sigue siendo una exposición de los motivos por que el Padre debe oír a Jesús. *Yo*, dice con énfasis, Hijo tuyo, a quien siempre oyes (11, 42), *ruego por ellos*, ya que me los diste. *No ruego por el mundo*; se entiende ahora, porque mi plegaria, aunque será provechosa al mundo, es en este momento especialísima para los Apóstoles: *Sino por estos que me diste, porque tuyos son*: he aquí dos razones por que excluye ahora al mundo de su plegaria, son de Él y del Padre, por título especial: por lo mismo, debe pedir por ellos cosas especiales. Son de Él y del Padre los Apóstoles, porque entre ambos todas las cosas son comunes: *Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías*: hay en estas palabras una prueba de la divinidad de Jesús: sólo Dios puede decir que son suyas las cosas de Dios. A este título de propiedad, que es título

de benevolencia para el Padre, añade el de correspondencia. en cuanto Jesús ha sido glorificado por los Apóstoles. *Y en ellos he sido glorificado*, porque han creído en mí y han hecho glorioso mi nombre (Mt. 10, 8 sigs. ; 14, 1 ; Mc. 6. 14). A los títulos de propiedad y de correspondencia añade el del desamparo en que van a quedar, ya que él sale del mundo según su presencia corporal, y los deja a ellos en el mundo, donde todo les será contrario: *Y ya no estoy más en el mundo: pero éstos están en el mundo, y yo voy a ti.*

Primera petición: Hecha mención del mundo, Jesús formula una petición concreta en favor de sus Apóstoles, a saber, que les conserve en la verdadera doctrina, libres de toda contaminación del mundo: *Padre*, dice, haciendo con este título más apremiante la plegaria: *santo*, por contraposición a la profanidad y corrupción del mundo: *guarda por tu nombre a aquellos que me diste*, preserva por tu poder a mis Apóstoles. Es mejor esta otra lección de muchos manuscritos griegos: "Consérvalos en tu nombre, el que me has dado", en la doctrina que me mandaste predicar. Y como el fin de esta doctrina es hacer de los discípulos un trasunto, de orden sobrenatural, de la unidad de naturaleza, de pensamiento, de voluntad, que hay entre el Padre y el Hijo, añade: *Para que sean una misma cosa, como también nosotros*: esta unidad, obra del Espíritu Santo, es de inteligencia por la fe, y de voluntad por la caridad (Cf. Act. 4, 32 ; 1 Cor. 1, 10 ; Eph. 4, 4). Es ésta la principal petición de Jesús en este fragmento.

Insiste Jesús en la necesidad de que le oiga el Padre en favor de los suyos, por cuanto ya no podrá hacerlo Él personalmente: *Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé a los que me diste* (en el griego: "Los guardaba en tu nombre, el que me has dado", y los guardé): *y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición*: es Judas: le llama así porque mejor le hubiese sido no haber nacido (Mt. 26, 24): no pereció porque no le guardase Jesús como a los demás, sino porque no cooperó a la gracia, y por su voluntad perversa: ello estaba previsto por Dios y anunciado en la Escritura: *Para que se cumpliese la Escritura.*

Segunda: En adelante ya no estará Jesús con sus Apóstoles: pero antes de partir, pide para ellos la plenitud del gozo que él mismo experimenta al cumplir los designios del Padre entregándose por la redención del mundo: *Mas ahora voy a ti*, estoy ya para morir; y *hablo esto en el mundo*, oro así en voz alta mientras estoy aún con mis Apóstoles, *para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos*: como rebosa mi alma de gozo en estos momentos por esta mi íntima unión de voluntad con el Padre, así te ruego que se gocen ellos en su unión contigo, prenda de tu amor y protección en favor suyo.

Apoya Jesús esta petición de que infunda el Padre en sus Apóstoles el gozo que Él siente, en el hecho o razón de la semejanza que hay entre Él y ellos: Maestro y discípulos sufren el mismo odio y las mismas persecuciones por parte del mundo: ni Él ni ellos son del mundo: todos, pues, deben recibir el don del mismo gozo: *Yo les di tu palabra*, tus doctrinas, y, al aceptarlas con docilidad, *el mundo los aborreció, porque*, desde el momento que siguen mi doctrina y mi ley, *no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo*. No quiere ello decir que con esta petición del gozo quiera eximirlos del odio del mundo, que no evitarán (vv. 15.18.19), sino que los preserve del contagio del mundo: *No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal*.

Tercera: Ha pedido Jesús para sus Apóstoles la unidad y el gozo de su unión con Dios: ahora pide la gracia de que sean definitivamente consagrados para el ministerio apostólico de la palabra de Dios. Y antes de la petición, la prepara Jesús, haciendo presente al Padre que ya no pertenecen al mundo, como tampoco Él: *No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo*. Antes de consagrarse una cosa a Dios, se la separa de las profanas: los Apóstoles ya están separados: que venga sobre ellos la consagración de la verdad: *Santifícalos con tu verdad*: debiendo los Apóstoles predicar la verdad de Dios, debían estar como embebidos y ungidos con ella. Define luego cuál sea esta verdad: es la palabra de Dios: *Tu palabra*, todo el conjunto de tus doctrinas, *es la verdad*. La misión oficial de predicadores de la palabra



de Dios, exige que los Apóstoles sean consagrados, deputados por Dios para difundirla: así lo hizo el Padre al enviar a Jesús al mundo (Cf. 10, 36): *Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo*, designándolos para esta misión (vv. 15.16.20).

Esta última petición la apoya Jesús en el máximo argumento que podría hacer valer ante el Padre: el del sacrificio de su vida que ofrecerá dentro de poco: *Y por ellos yo me santifico a mí mismo*, me consagro víctima con mi muerte voluntaria, *para que ellos sean también santificados en verdad*: para que reciban la gracia del Espíritu Santo que los haga idóneos ministros de tu palabra y, como tales, la prediquen autorizadamente al mundo.

**Lecciones morales.** — A) v. 6. — *He manifestado tu nombre a los hombres...* — Manifestar el nombre de Dios es dar a conocer a Dios, en su verdad, en su ley, en su redención del hombre por Él obrada, en su gracia, en su Iglesia, en su amor. Jesucristo, momentos antes de morir, resume toda su misión en esta función manifestativa de Dios. Es la función máxima del apostolado; es la predicación de la “Buena Nueva” en toda la amplitud de esta palabra, equivalente a “Evangelio”. ¡Qué consuelo para el apóstol, y debemos serlo todos, cuando sintierice toda su vida en una postrera mirada que la dé desde el catafalco de la muerte, y pueda decir: “He manifestado tu nombre a los hombres”! Y ¡qué pena, tal vez qué desesperación, cuando lleguemos a la hora tremenda después de haber pasado la vida como perros mudos (Is. 56, 10), sin hablar de Dios o hablando cosas que no son de Dios, o hablando mal las cosas de Dios, por falta de celo, de estudio, de dirección, de sentido de las cosas de Dios!

B) v. 8. — *Les he dado (a los Apóstoles) las palabras que me diste...* — Estas palabras de Jesús, dichas en este solemne momento al Padre, son como una protesta solemne de que ha cumplido perfectamente su misión. Como si dijera: “Padre mío, tú me diste tu palabra, es decir, la porción de tu Palabra esencial, que te dignaste acotar para ser revelada a los hombres por Mí, y que debía serles norma para su salvación. Esta verdad, sin mutilación ni corruptela alguna, yo se la he entregado a mis Apóstoles. Ellos a su vez la entregarán al mundo, tal cual la recibieron.” Estas palabras de Jesús deben sernos de gran con-

suelo: porque tenemos en ellas la garantía de que nuestra verdad es una participación de la misma verdad de Dios. Cristo Jesús fué fidelísimo transmisor de ella a los Apóstoles, como Dios-Hombre que era. Los Apóstoles, con igual fidelidad, porque cuentan con la asistencia del divino Espíritu, que Padre e Hijo enviaron para ello al mundo, nos la han transmitido a nosotros. ¿Quién será capaz de hacer vacilar nuestro pensamiento, si él está fundado en la verdad de Dios?

c) v. 9. — *Yo ruego por ellos...* — Admiraremos la generosidad y la bondad de Jesús. No sólo nos da todo lo que tiene, todo lo suyo, sino que aun ruega al Padre que nos dé más de su parte. Lo que hizo con los Apóstoles en esta oración delicadísima, continúa haciéndolo para cada uno de nosotros. Nos ha dado la vocación a la fe, los sacramentos, la verdad, la gracia en forma copiosísima: y después de ello, en el cielo vive siempre rogando por nosotros, dice el Apóstol (Hebr. 7, 25). Para la grande obra preparada por Jesús con su esfuerzo y fecundada con su oración, obra que no es más que nuestra santificación y salvación, sólo falta la cooperación de nuestra voluntad. Nos lo pide nuestro interés, nuestra gratitud, y el respeto que debemos a la oración de Jesús, que sin nuestra correspondencia será ineficaz.

D) v. 11. — *Guarda por tu nombre a aquellos que me diste...* ¡Qué caridad la de Jesús! Dentro de un momento, se lo ha predicho ya, le dejarán, como ovejas que huyen a la desbandada herido el pastor; y ruega al Padre que los guarde, que son suyos, porque Él se los dió; y se lo ruega por lo más alto que hay en los cielos, que es el nombre de Dios; y que los guarde para que sean una misma cosa, unidos entre sí por la fraternidad cristiana, y unidos con Jesús, su cabeza, con el vínculo sobrenatural de la caridad. Los quiere santos; y los quiere incommovibles con la misma incommutabilidad de Dios, por participación de su fuerza y de su caridad. Jamás cupo en la imaginación de hombre sabio un concepto más alto de la dignidad humana y de la grandeza social como el que expresa y realiza Jesús en estas palabras.

E) v. 12. — *No pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición...* — Ni Jesús podía hacer más para guardar a Judas de su terrible desgracia, ni Judas pudo hacer menos para hacerse digno de las gracias de Dios: mejor aún diríamos que no pudo hacer más para hacerse indigno de estas gracias. ¡Misterio profundo y terrible el de nuestra libertad! Con la libertad se salvan

los once; con la libertad se pierde Judas. La libertad hace hijos de salvación, y los hace de perdición: los hace de amor y los hace de odio eternos. Debiéramos decir cada día a Dios aquella oración de la Iglesia en el oficio de "Prima": "Dirige y santifica, rige y gobierna, Señor Dios de cielos y tierra, mi corazón y mi cuerpo, mis sentidos y palabras y actos por el camino de tu ley..." Para ello no tiene que dirigir Dios más que nuestra libertad, que es la que lleva toda nuestra vida moral.

F) v. 17. — *Santifícalos con tu verdad.* — La verdad, podemos decir moralmente con el Crisóstomo, es la que nos hace santos. Equivalen estas palabras a esto: Hazlos santos por la infusión del Espíritu Santo y de los verdaderos dogmas. Porque el dogma es la base de nuestra vida cristiana. Antes de obrar hay que creer: y para creer, debe haber verdades que se nos propongan como objeto de nuestra fe. Así, de la cumbre de la inteligencia pasa la santidad de la palabra de Dios a ser santidad personal por la concreción de la misma en actos de vida cristiana ajustados a la verdad de Dios. Debiéramos estar como impregnados de la palabra de Dios: debiera ser ella como nuestra vestidura espiritual, y que no hubiese nada en nuestro obrar que no fuese trasunto de la santísima verdad que como cristianos profesamos. Es verdad de Dios santísimo, que hace santos y que para santificarnos se nos comunicó.

G) v. 19. — *Por ellos yo me santifico a mí mismo...* — Santificarse Jesús es aquí inmolarse, ofrecerse como hostia a Dios. Es función impetratoria de su sacrificio la que Jesús ofrece al Padre en estos momentos; como si dijera: "Padre mío, dentro de poco éstos deberán substituirme a mí en la obra del apostolado; te ruego, por el sacrificio cruento que voy a ofrecerte de mí mismo, que les des la gracia de que ejerzan santamente el apostolado de la verdad." Estas palabras del Señor debieran hacernos concebir suma estima y suma reverencia del ministerio de la palabra que Jesucristo nos ha confiado. Por la dignidad, por la santidad, por la eficacia de esta palabra divina, ha ofrecido Jesucristo al Padre el sacrificio de su propia vida. Tomemos santamente en nuestros labios la santísima palabra del Señor.

## 201. — C) JESÚS RUEGA POR LA IGLESIA

IOH. 17, 20-26

"Mas no ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la predicación de ellos." Para que todos sean una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros: para que el mundo crea que tú me enviaste. "Yo les he dado la gloria que tú me diste: para que sean una misma cosa, como también nosotros somos una misma cosa. "Yo en ellos, y tú en mí: para que sean consumados en la unidad: y que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste a mí.

"Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy: para que vean mi gloria, que tú me diste: porque me has amado antes del establecimiento del mundo.

"Padre justo, el mundo no te ha conocido: mas yo te he conocido: y éstos han conocido que tú me enviaste. "Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer: para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

**Explicación.**— Jesús, en esta tercera parte de su oración sacerdotal, después de haber rogado al Padre por sí mismo, piedra incommovible de la Iglesia, y por sus Apóstoles, fundamento y columnas de la misma, ruega por esta santa sociedad que dentro de poco va a brotar de su costado en la cruz. Pide por ella el don de la unidad (20-23): la felicidad bienaventurada (24): y añade una conclusión y recapitulación de su plegaria (25.26).

JESÚS PIDE PARA SU IGLESIA LA UNIDAD (20-23). — Había pedido Jesús (v. 19), que sus Apóstoles fuesen definitivamente consagrados para el ministerio de la palabra: como ve el sembrador la mies abundante que seguirá a la sembradora, así Jesús ve en la lontananza de los tiempos la multitud de fieles que por la predicación apostólica lograrán el beneficio de la fe: y por ellos ruega: *Mas no ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la pre-*

*dicación de ellos*: la palabra es el medio normal transmisor de la doctrina de la fe, que es por el oído (Rom. 10, 14). Lo que para los futuros creyentes pide es el don inestimable de la unidad, que tiene sus raíces en la fe: *Para que todos sean una cosa*, en el pensar, en el sentir, en el mutuo amor. Cuán íntima deberá ser esta unión, lo expresa con la comparación de la unión más alta, íntima y perfecta que pueda imaginarse: la que hay entre Él y el Padre: *Así como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros*: Padre e Hijo son tan unos, que tienen una misma y única naturaleza: por la fe y la gracia se extiende en cierta manera esta naturaleza (2 Petr. 1, 4) a todos los fieles de la santa Iglesia, quedando por este hecho unidos entre sí y con Dios. Esta maravillosa unidad, que es la nota característica de la religión de Jesucristo, es una demostración de la misión divina del mismo: *Para que el mundo crea que tú me enviaste*.

Esta demanda capitalísima de la unidad la desarrolla Jesús explicando su fundamento y su naturaleza. El fundamento es el haber comunicado Jesús a los suyos lo que el Padre le comunicó a Él: *Yo les he dado la gloria que tú me diste*: la filiación divina que yo tengo de ti por naturaleza, se la di a ellos por adopción (Ioh. 1, 12); asimismo los bienes y dones celestiales de que tú me has colmado: como ello une al Padre y a Jesús, así debe unir con ellos a los fieles: *Para que sean una misma cosa, como también nosotros somos una misma cosa*.

La naturaleza de esta unidad es como una inhabitación de unos en otros: *Yo en ellos, y tú en mí*: como Cristo habita en nuestros corazones por la fe (Eph. 3, 17), así el Padre habita en Jesús, por cuanto ambos tienen idéntica naturaleza. De aquí debe brotar una perfectísima unión entre los fieles, a semejanza de la unidad que hay entre el Padre y el Hijo: *Para que sean consumados en la unidad*. De esta unidad brotarán dos bienes: el conocimiento que logrará el mundo de la divina misión de Jesús, que tal maravilla ha producido: *Y que conozca el mundo que tú me has enviado*: y la ponderación del amor de Dios para con los hombres, amor que ha

podido unir a los hombres con Dios en forma análoga a la en que están unidos el Padre y el Hijo: *Y que los has amado, como también me amaste a mí.*

PIDE EL DON DE LA FELICIDAD BIENAVENTURADA (v. 24). Esta unidad reclama en cierta manera la convivencia, en un mismo lugar, de los que participan de una misma naturaleza: esto pide Jesús, y ello importa como consecuencia la felicidad bienaventurada de los que con él estén en el mismo lugar, el cielo: *Padre*, dice Jesús apelando a este título para moverle más: *quiero*, porque tengo derecho a ello después que por ellos me he inmolado (v. 19), *que aquellos que tú me diste*, todos los creyentes, como antes los Apóstoles (Cf. vv. 6.11.12), *estén conmigo*, en el cielo, *en donde yo estoy*: habla aquí Jesús por anticipación, como en varios lugares de esta oración. El fin principal de esta convivencia será *para que vean mi gloria, que tú me diste*, la gloria de mi humanidad, que merecí con mis trabajos, y la de mi divinidad, que me corresponde como Hijo tuyo natural que soy desde la eternidad: *porque me has amado antes del establecimiento del mundo*, y con este amor me has engendrado semejante a ti, en naturaleza y en gloria.

CONCLUSIÓN (25.26). — Termina Jesús apelando a la justicia del Padre, ya que se trata de lo que para los suyos puede Jesús exigir por título de justicia, y porque le conjura a que juzgue entre el mundo y los que le han seguido a Él. *Padre justo, el mundo no te ha conocido*, y ello por culpa suya, no haciéndote la debida justicia: pero Él y los suyos sí que le han conocido, y por ello deben ser juzgados distintamente del mundo: *Mas yo te he conocido: y éstos han conocido que tú me enviaste.*

Para mover más al Padre a que le conceda lo que en su pontifical oración le ha pedido, Jesús le expone lo que ha hecho y lo que está dispuesto a hacer por su gloria y en favor de los hombres: *Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer*, en las posteriores revelaciones después de la resurrección y enviándoles el Espíritu Santo. De este modo el amor del Padre al Hijo se extenderá hasta los que creye-

ren en el Hijo: *Para que el amor con que me has amado, esté en ellos.* El mismo Jesús, que ya está en ellos, lo estará en forma más perfecta después de las nuevas revelaciones: *Y yo en ellos.* Así Jesús es el mediador, el lazo de unión entre Dios y los hombres, y el centro y motor de las relaciones de éstos con Dios.

**Lecciones morales.** — A) v. 20. — *Ruego... por los que han de creer en mí...* — Como un gran patriarca, más que todos los patriarcas, ve Jesús a la hora de su muerte, la generación espiritual de millones de creyentes hechos hijos suyos, no por la voluntad de la carne o de la sangre, sino por la palabra de Dios, de la que serán heraldos sus Apóstoles allí presentes; y ruega fervidamente por todos. Es la oración por todos los redimidos por su sangre. Es oración de Rey, de Padre, de Redentor, que pide a Dios por sus súbditos, por sus hijos, por sus conquistados. Entre ellos estábamos nosotros en la mente de Jesús. Nosotros, que creemos por la palabra de la fe que recibimos; nosotros, que tal vez somos depositarios de la palabra de la fe por la que otros deben creer.

B) v. 21. — *Para que todos sean una cosa...* — Por donde empezó el admirable sermón de la cena, por allí termina, dice el Crisóstomo. “Os doy un nuevo mandamiento, decía Jesús al comenzar, que os améis unos a otros”: y ahora expresa el objetivo de su plegaria: “Para que todos sean una cosa.” Todo concuerda admirablemente en la revelación de Jesús, lo mismo que en su historia: vino para darnos la misma salud a todos, la misma fe y la misma gracia; para darnos un mismo cielo y un mismo Padre que en él está; murió por todos; nos amó a todos; todo converge a hacernos una cosa. Esta oración suprema de Jesús no es más que la concreción de todos sus anhelos.

C) v. 21. — *Así como tú, Padre, en mí, y yo en ti...* — Hay que fijar la atención, dice San Agustín, que no dice Jesús: Que todos seamos una cosa, sino: Que todos sean una cosa en nosotros. Porque de tal manera está el Padre en el Hijo y el Hijo en el Padre, que son una sola cosa, porque son una misma naturaleza: pero nosotros no podemos ser con ellos una sola cosa, porque no es la misma que la suya nuestra naturaleza. Mas podemos ser una cosa en ellos, y ellos en nosotros, en cuanto ellos están en nosotros como está Dios en su templo; y nosotros en ellos, como está la criatura en su Criador. No es, pues, la natu-

raleza, sino la caridad, la que da esta unidad que pide Jesús.

D) v. 23. — *Yo en ellos, y tú en mí...* — Así se realiza esta maravillosa unidad de la Iglesia, que no tiene igual en ninguna otra concepción de cualquiera de las utopías inventadas por los hombres. Dios en Cristo, porque Cristo es Dios; Dios en Cristo-Hombre, porque como tal, dice el Apóstol, está lleno de Dios, porque está absolutamente lleno de la gracia de Dios, como Cabeza que es de la sociedad de los redimidos. Y Cristo en nosotros y nosotros en Cristo, porque estamos injertados en Él (Rom. 11, 17); porque participamos de su plenitud (Ioh. 1, 16); porque vivimos de Él y con Él (Rom. 6, 11); porque formamos este cuerpo místico maravillosamente descrito por el Apóstol (Eph. 4, 16); porque somos como el complemento de Cristo y una cosa con Él (Rom. 12, 5). Así Cristo resulta como el centro del mundo; como el anillo que junta los cielos y la tierra; como el Pontífice ("Pontífice" se dice de "puente"), que junta a Dios y a los hombres. ¿Qué consuelo y qué concepto de nuestra dignidad de cristianos debemos concebir ante esta maravilla de la unidad sobrenatural de los hombres con Cristo y con Dios! (1 Ioh. 1, 3).

E) v. 24. — *Padre, quiero que... estén conmigo en donde yo estoy...* — No dice simplemente "donde yo estoy", dice San Agustín, sino "conmigo": porque, como nadie encontrará un lugar donde no esté, hasta los infelices pueden estar, y están, donde él está. Como un ciego puede estar donde está la luz, pero no estará con la luz, porque no podrá tener participación de ella, por falta de órgano. Así, ni los ciegos por infidelidad, ni los creyentes que no pasen de la fe y no lleguen a la caridad, podrán estar con él y verlo cara a cara. Estemos "con" Jesús por la gracia en esta vida, para que merezcamos se cumpla en nosotros el ardiente deseo de Jesús de tenernos en su compañía en la otra vida.

F) v. 24. — *Para que vean mi gloria...* — ¡Qué gloria la de Jesús, y qué dicha la de aquellos que puedan contemplarla! Gloria igual a la del Padre, es decir, gloria de Dios, gloria infinita en su esencia, como Dios mismo. Y, en cuanto hombre, una gloria que superará a la de todos los ángeles y bienaventurados, porque más grande que todos ellos es en méritos y en la predilección de Dios, que le ha querido glorificar en tal forma, que los cielos, la tierra y los abismos se postren ante él.



## Período segundo

# DE LA NOCHE DEL JUEVES A LA DEL VIERNES

### 202. — CAMINO DE GETSEMANÍ: PREDICCIÓN DEL ESCÁNDALO DE LOS DISCÍPULOS Y DE LAS NEGACIONES DE PEDRO: INMINENCIA DE LA PASIÓN Mt. 26, 30-35

(Mc. 14, 27-31; Ioh. 18, 1 a); Lc. 22, 35-38

**Léense estos fragmentos en el "Passio", en los días  
respectivos**

«<sup>30</sup> Y dicho el himno, <sup>1</sup> *después de haber hablado todas estas cosas, Jesús con sus discípulos salieron hacia el Monte de los Olivos, <sup>1</sup> al otro lado del torrente Cedrón, <sup>2</sup> según costumbre.* «<sup>2</sup> Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros padeceréis escándalo por mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño. «<sup>3</sup> Mas después que resucitare, iré delante de vosotros a la Galilea. «<sup>3</sup> Respondió Pedro, y le dijo: Aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré. «<sup>4</sup> Jesús le dijo: En verdad te digo, que <sup>mc</sup> *tú hoy, esta noche, antes que cante <sup>mc</sup> dos veces el gallo, me negarás tres veces.* «<sup>5</sup> Pedro, <sup>mc</sup> *insistiendo con porfía, le dijo <sup>mc</sup> más: Aunque sea menester morir yo <sup>mc</sup> juntamente contigo, no te negaré. Y todos los otros discípulos dijeron lo mismo*

<sup>1</sup> <sup>34b</sup> Y les dijo: «<sup>6</sup> Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa? «<sup>7</sup> Y ellos res-

pondieron: Nada. Luego les dijo: Pues ahora, quien tiene bolsa, tómelas: y también alforja: y el que no la tiene, venda su túnica, y compre espada. \* Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido en mí aun esto que está escrito: Y fué contado entre los inicuos. Porque las cosas que a mí se refieren, tocan a su fin. \* Mas ellos respondieron: Señor, he aquí dos espadas. Y él les dijo: Basta.

**Explicación.**— Acabado el maravilloso discurso, cuya parte final pronunció Jesús probablemente en pie, levantados ya de la mesa, salió el Señor con sus discípulos del cenáculo, dirigiéndose al huerto de Getsemaní. Suponemos los dos hechos que agrupamos bajo el anterior epígrafe, ocurridos durante el camino, quizás ya fuera de la ciudad: no es creíble que las confidencias que ellos suponen las tuviese Jesús en medio de la agitación de las multitudes en fiesta.

PREDICCIÓN DEL ESCÁNDALO DE LOS DISCÍPULOS Y DE LAS NEGACIONES DE PEDRO (Mt. 26, 30-35). — Según prescripción rabínica, durante la cena pascual debían rezarse o cantarse los Salmos 112-117, llamados “Hallel”, o alabanza: de ellos los 112 y 113, antes de acomodarse en la mesa; los otros, al terminar la comida, cuando bebían la cuarta y última copa, con la bendición correspondiente, que por ello se llamaba la “bendición del cántico”. A esta costumbre se refiere Mateo cuando dice: *Y dicho el himno...* Despréndese de Juan que el sentidísimo sermón lo tuvo Jesús entero en el cenáculo. Acabada la oración sacerdotal y dadas gracias a Dios, salió la comitiva, atravesando las estrechas callejuelas de la ciudad, en bullicio de gran fiesta, bajaron la rápida pendiente que va del cenáculo al torrente Cedrón, que no trae aguas más que en invierno y que se salva hoy con un pequeño puente de un arco, atravesaron el barranco, y antes o después de lo narrado en este episodio, y, según solían, pasaron al Monte de los Olivos, al oriente, separado de la ciudad por el Cedrón: *Después de haber hablado todas estas cosas, Jesús con sus discípulos salieron hacia el Monte de los Olivos, al otro lado del torrente Cedrón, según costumbre.*

*Entonces Jesús, penetrando en el secreto de los tiempos futuros, les dijo: Todos vosotros padeceréis escándalo por mí esta noche.* Es una primera profecía relativa a todos los Apóstoles: cuando vean que el Maestro es hecho prisionero, y atado y llevado a los tribunales, y hecho objeto de irrisión, titubearán en su fe y caerán en el temor y cobardía. Pero ello estaba ya previsto en los arcanos secretos de Dios: *Porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño:* la profecía es de Zacarías (13, 7): el Pastor es el Mesías, como se desprende de los capítulos 11 y 12 (v. 10) del mismo profeta: Jesús, pues, se declara aquí Cristo de Dios.

La predicción es descorazonadora para los Apóstoles: el buen Maestro no quiere dejarlos bajo la acción depresiva de la triste profecía, y les promete su vuelta, de la que recibirán gran consuelo: *Mas después que resucitare, iré delante de vosotros a la Galilea.* La Galilea es la patria de todos ellos: volver a la patria y en compañía de Jesús es para levantar los ánimos abatidos de los Apóstoles. Cumplióse la predicción, no siendo óbice el que antes les apareciese en la misma Judea, donde quedaron aquellos días los discípulos por amor al Maestro.

Pedro se deja llevar en este momento de su natural impetuoso, y, sin atender a la fe que debía a las palabras del Señor, ni medir sus propias fuerzas, protesta, por segunda vez en nuestra hipótesis, de su fidelidad y constancia, aunque sucumban los demás al miedo: *Respondió Pedro, y le dijo: Aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré.* Fué aquí Pedro sincero; pero se engañó al desconocerse a sí mismo. A la jactancia del primer apóstol responde Jesús con una segunda profecía: *Jesús le dijo: En verdad te digo, que tú hoy, esta noche, antes que cante dos veces el gallo, me negarás tres veces.* Pedro se aferra temerariamente a su juicio: *Pedro, insistiendo con porfía, le dijo más: Aunque sea menester morir yo juntamente contigo, no te negaré.* También los demás se sienten valientes, como Pedro: *Y todos los otros discípulos dijeron lo mismo:* Jesús, con gran tolerancia, aun sabiendo y habiendo predicho su

defección, no reitera su profecía: en breve cuidará el tiempo de desmentirles y dar la razón a Jesús.

**INMINENCIA DE LA PASIÓN** (Lc. 34b-38). — Este pasaje es característico de San Lucas, y en él se pone de relieve la diferencia entre los tiempos pasados y los que se avecinan para los Apóstoles. Hasta ahora todo ha sido para ellos bienandanzas en sus ministerios; pero deben prepararse para los días de tribulación: como Él entra ahora en el mar amargo de su pasión, así les ocurrirá a ellos. Ante todo evoca Jesús en su memoria, por una mirada retrospectiva, los pasados tiempos de sus correrías apostólicas: *Y les dijo: Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?* (Cf. Lc. 9, 3; 10, 4; Mt. 10, 10, etcétera). *Y ellos respondieron: Nada.* En efecto, habían sido recibidos por los pueblos en forma benévola, recibiendo de ellos todo lo necesario para la vida: débiles y primerizos como eran en el ministerio, Jesús había allanado las dificultades a él inherentes.

Pero en adelante se trocará su suerte, lo que expone Jesús contraponiendo la bienandanza antigua a los futuros sufrimientos y persecuciones: *Luego les dijo: Pues ahora, quien tiene bolsa, tómela: y también alforja:* ya no tendrán los antiguos bienhechores: ellos mismos deberán cuidar de sí. *Y el que no la tiene,* la bolsa o la alforja, para venderlas y hacerse con una espada, tan urgentes y graves serán las persecuciones, que *venda su túnica,* la vestidura exterior, *y compre espada.* Habla aquí Jesús alegóricamente: no es que los Apóstoles deban defenderse de sus adversarios a guisa de soldados, hiriendo a quien hiriere, sino que será tan violenta la persecución que amenaza, que humanamente hablando se harían necesarios todos aquellos bélicos preparativos. Todo ello estaba también profetizado: *Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido en mí aun esto que está escrito: Y fué contado entre los inicuos* (Is. 53, 12): discípulos suyos como son, los Apóstoles serán también tenidos como malhechores: por ello deben prevenirse para sufrir persecución de sus adversarios. Y termina Jesús sentencio-

samente: *Porque las cosas que a mí se refieren, tocan a su fin*: está ya para morir: por ello van a cambiar pronto los tiempos para sus discípulos.

Éstos no interpretaron el pensamiento del Maestro; creyeron que se trataba de espadas materiales, y le mostraron dos de ellas, tal vez traídas de la Galilea para defenderse de los peligros que en Jerusalén les aguardaban, según varias veces les había dicho Jesús: o quizás eran unos cuchillos grandes, de los que se usaban para la inmolación y descuartizamiento del cordero: *Mas ellos respondieron: Señor, he aquí dos espadas*. Jesús, viendo que sus discípulos no le han comprendido, termina bruscamente la conversación: *Y él les dijo: Basta*. No que basten las dos espadas; sino: basta de este asunto. Cuando le vean dentro de breves horas en manos de sus enemigos, comprenderán el alcance de las palabras del Maestro.

**Lecciones morales.** — A) v. 30. — *Y dicho el himno... salieron hacia el Monte de los Olivos...* — En el hecho de que Jesús diese gracias al Padre después de la cena, funda el Crisóstomo esta exhortación: Óiganlo aquellos que, semejantes a groseros animales, sentados ante la mesa material, comen abundantemente y se levantan bebidos, cuando debieran dar gracias y proferir himnos. Oídlo cuantos no esperáis en los divinos oficios la última oración, símbolo de aquella acción de gracias. Dió gracias al Señor antes de dar su cuerpo a sus discípulos, para que también nosotros las demos: dió gracias y dijo el himno, después de habérselas dado, para que también nosotros así obremos.

B) v. 33. — *Yo nunca me escandalizaré.* — Gran lección hemos de tomar de la caída de Pedro, dice el Crisóstomo: y es, que no basta el fervor si no hay la gracia de arriba que sostenga. Permitió la divina Providencia que cayera Pedro, por justo juicio, por cuanto, presumiendo excesivamente de sí, se levantó sobre los demás; pero también para lograr un gran bien, a saber, para que aprendiera Pedro, y en él nosotros, cuánta temeridad encierra el confiar en nosotros mismos, y cuán necesario es implorar el auxilio de Dios, sin cuya gracia no podemos perseverar ni un momento. Además, quien estaba destinado a ser sobre los demás, debía ser probado con mayor humillación, para

que aprendiera a compadecer a los súbditos y condescender con su debilidad.

c) v. 35. — *¿Por ventura os faltó alguna cosa?* — Hace el Señor con nosotros como quien enseña a otro a nadar, dice el Crisóstomo. En los comienzos, pone las manos bajo su cuerpo y deja que el otro mueva las suyas, en plena seguridad de que no se hundirá, porque él le sostiene. Pero luego, cuando ha de empezar a valerse por sí el que aprende, le deja sin apoyo unos momentos a fin de que se sostenga por sus propias fuerzas. Tal el Señor con nosotros: nos colma de bienestar y seguridad cuando somos débiles en sus caminos: pero luego subtrae su apoyo para que boguemos solos y aprendamos a sostenernos en medio de las agitadas olas de la contradicción y del trabajo.

d) Lc. v. 36. — *Venda su túnica, y compre espada.* — ¿Cómo podía referirse a la compra de una espada material para defenderse, repeliendo la fuerza con la fuerza, quien había aconsejado en otra ocasión ofrecer la mejilla derecha a quien le hiriese en la izquierda, y dar la capa al que nos quitara la túnica? Trátase, pues, aquí de las armas de la espiritual milicia con que debemos prepararnos para ganar las batallas del Señor. Espada es la fortaleza con que resistimos a las tentaciones. Espada, la mortificación interior y exterior con que represamos la fuerza de nuestras pasiones. Espada, el silencio con que matamos la discordia naciente con nuestro hermano. Espada, el celo de la verdad y de la justicia con que, con toda nuestra fuerza, trabajamos para que reinen en nosotros y alrededor de nosotros. Espada es la santa energía con que cortamos y arrojamos de nosotros la mano, el pie, el ojo que nos es escándalo y ruina.

e) v. 37. — *Y fué contado entre los inicuos.* — No sólo fué contado entre los inicuos, sino que fué el representante general de todos ellos. Fué, en frase tremenda del Apóstol, como el pecado vivo y substancial (2 Cor. 5, 21). Y en lugar de todos los inicuos, es decir, de todos los pecadores, cargó con todos los pecados (1 Petr. 2, 24); y porque cargó con todos ellos sufrió sobre sí las consecuencias de la maldición que todos ellos merecieron, siendo Jesucristo el “maldito” de Dios (Gal. 3, 13), logrando con ello nuestra redención y la remisión de todos los pecados que sobre sí tomó (Hebr. 9, 28). No añadamos más carga a la carga terribilísima de Jesús.

f) v. 38. — *He aquí dos espadas.* — ¡Pobre ofrecimiento el de los Apóstoles en estos momentos de peligro para Jesús! Porque, como dice el Crisóstomo, si quería utilizar los huma-

nos auxilios, ni cien espadas le bastaban; si quería prescindir del humano socorro, las dos eran de sobra. Jesús responde: "Basta"; nada quiero saber de violencias, cuando tengo voluntad decidida de padecer y morir; o bien: "Bastan los dos": uno para demostrar que yo, en medio de mi debilidad, soy dueño de la naturaleza, curando la oreja que Pedro cortará; el otro, que no dejaré siquiera sacar de la vaina, para que se vea que me entrego totalmente al poder de las tinieblas. Aprendamos de Jesús a utilizar más bien las armas espirituales, que son las de nuestra milicia (2 Cor. 10, 4), no las carnales o materiales, cuando se trate de la defensa de nuestros derechos, salvados los de la justicia y de la bien entendida dignidad.

## 203. — LA ORACIÓN DE JESÚS EN EL HUERTO

MT. 26, 36-46

(Mc. 14, 32-42; Lc. 22, 39-46; Ioh. 18, 1)

**Sigue la lectura de estos fragmentos en los "Pasajo" correspondientes**

"Entonces fué Jesús con ellos a una granja llamada Getsemani, <sup>1</sup> *donde había un huerto, en el cual entró él y sus discípulos*; y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo voy allí, y hago oración. <sup>2</sup> *Orad, para que no caigáis en tentación.*" Y tomando consigo a Pedro y a los hijos del Zebedeo, <sup>3c</sup> *Santiago y Juan*, empezó a entristecerse y angustiarse, <sup>3c</sup> *a atemorizarse y acongojarse.* "Y entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; esperad aquí, y velad conmigo.

<sup>4</sup> *Y él se separó de ellos, y habiéndose adelantado un poco, como un tiro de piedra, rendido de hinojos, se postró sobre su rostro <sup>3c</sup> en tierra, e hizo oración, y dijo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. <sup>3c</sup> Abba, Padre, todo te es posible. <sup>4</sup> Si quieres, haz que pase de mí este cáliz, mas no como yo quiero, sino como tú. <sup>4</sup> No se haga mi voluntad, sino la tuya.*" Y vino a sus discípulos, y los halló dormidos <sup>4</sup> *por la tristeza.* Y dijo a Pedro: <sup>3c</sup> *Simón, ¿duermes? ¿Así no habéis podido velar una hora conmigo?* "Velad y orad, para que no caigáis en la tentación. El espíritu, en verdad, está pronto, mas la carne, débil." Se fué de nuevo segunda vez, y oró, diciendo <sup>3c</sup> *las mismas palabras*: Padre mío, si no puede pasar este caliz sin que yo

lo beba, hágase tu voluntad. <sup>40</sup> Y vino otra vez, y los halló dormidos, porque sus ojos estaban cargados, <sup>41</sup> y *no sabían qué responderle.* <sup>42</sup> Y dejándolos de nuevo, se marchó y oró tercera vez, diciendo las mismas palabras. <sup>43</sup> *Y se le apareció un ángel del cielo, confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor vehemencia. Y fué su sudor como gotas de sangre, que corría hasta la tierra.* <sup>44</sup> Entonces vino, <sup>45</sup> por tercera vez, a sus discípulos, y les dijo: Dormid ya, y reposad. <sup>46</sup> *Basta: ved aquí llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de pecadores.* <sup>47</sup> Levantaos, vamos: ved que ha llegado el que me entregará.

**Explicación.** — La agonía del huerto de Getsemaní es uno de los cuatro grandes episodios de la pasión del Señor: la agonía, el proceso eclesiástico ante Anás y Caifás, el proceso civil ante Pilatos y Herodes, y la crucifixión. Quiso Jesús, antes de sufrir los tormentos a que le sujetarían sus enemigos, obligarse a sí mismo a soportar voluntariamente esta gran tribulación de su espíritu. En un huerto, dice un autor piadoso, empezó Adán, buscando la dicha, a pecar para acarreamos la muerte; y en un huerto empieza Cristo a satisfacer por aquellos desgraciados comienzos, sufriendo congoja y tristeza hasta la muerte: allí Adán se ensoberbece, queriendo ser semejante a Dios; aquí se humilla Cristo; Adán se separó de Dios; Cristo empieza a poner remedio a todos los males que aquél nos causó. Narran este episodio los tres sinópticos, que se completan con numerosos detalles peculiares a cada uno. La narración del sudor de sangre y del ángel confortador es peculiar de Lucas. Podemos considerar en la agonía de Jesús una introducción (36-38); la lucha tremenda en el espíritu de Jesús (39-44); y la conclusión del episodio (45-46).

**INTRODUCCIÓN (36-38).** — *Entonces, después del episodio que narramos en el número anterior, en que predijo el escándalo de sus discípulos, fué Jesús con ellos a una granja, una finca, llamada Getsemaní, situada al pie del monte. Getsemaní significa "prensa de aceite", quizás porque habría allí un molino aceitero. No deja de tener su simbolismo este nombre, tratándose de un lugar en que el Ungido de Dios*



sufrió la presión de los más terribles dolores morales. Había en la finca o predio una parcela cerrada que parece sería propiedad de algún discípulo del Señor, dada la libertad y frecuencia con que entra en ella: *Donde había un huerto, en el cual entró él y sus discípulos.* Existe al pie del Monte de los Olivos todavía el huerto que una tradición, que se remonta hasta el tiempo de Constantino, identifica con el lugar de la oración de Jesús: le rodean altas paredes en cuadro de unos cincuenta metros de lado: hay en su interior ocho vetustos olivos, que creen algunos ser contemporáneos de Jesús, o por lo menos retoños de aquéllos. En tiempo de Jesús sería el huerto más espacioso que hoy. Junto a los viejos olivos levántase hoy una soberbia basílica, de construcción reciente, en cuyo presbiterio se ha dejado al descubierto la tosca piedra en que la tradición ha localizado la oración y agonía de Jesús. Cabe la misma, un jueves por la noche, expusimos este pasaje a un devoto concurso de peregrinos.

*Y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo voy allí, y hago oración. Orad, para que no caigáis en tentación.* Hecha esta recomendación, que sólo Lucas refiere a este momento, se dispuso el Señor a internarse más en el huerto.

Jesús no quiere que todos sus discípulos sean testigos de la agonía que voluntariamente va a padecer: sólo quiere a sus más familiares, que han sido ya testigos de su transfiguración y de la resurrección de la hija de Jairo (Mt. 17, 1-5, Mc. 5, 37), y que por ello le conocen más: *Y tomando consigo a Pedro y a los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, empezó a entristecerse y angustiarse, a atemorizarse y acongojarse:* hay en estas palabras una gama ascendente de las terribles pasiones depresivas del humano espíritu: tristeza, angustia u opresión por el mal que se avecina, terror por la visión de los tormentos y muerte cercana, congoja que lleva el anonadamiento de las fuerzas del alma y cuerpo. El cambio fué brusco, “empezó”, aunque puede ello designar la voluntad con que tomó Jesús el tremendo trabajo. Lo que revelaba la santa faz del Señor — esta lucha interna determinada por la visión de la muerte, de la ira del Padre, de los humanos pecados — lo manifiesta de pa-

labra y en tono familiar a sus Apóstoles predilectos: *Y entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte*, es decir, tal es mi tristeza, que es capaz de acarrear la muerte. Y como suelen los que sufren de tristeza y miedo, busca apoyo y consuelo en sus familiares: *Esperad aquí, y velad conmigo*: así aprenderán a sufrir y luchar como él.

LUCHA Y TRIUNFO (39-44). — Jesús se retira, ora reiteradamente al Padre, va y viene del lugar donde dejó a sus discípulos, en lo que se revela la profunda agitación y desamparo de su espíritu: *Y él se separó de ellos*, para desahogar su espíritu ante el Padre, a solas; y *habiéndose adelantado un poco, como un tiro de piedra*, bastante lejos para orar solo, bastante cerca para no perder la compañía de sus discípulos en aquella hora terrible, *rendido de hinojos*, primero, *se postró sobre su rostro* después, extendiendo *en tierra* su cuerpo, *e hizo oración* en esta actitud humildísima, y *dijo: Padre mío*: es voz de ternura filial, que quiere mover las entrañas del Padre: es voz de dignidad divina, porque nadie puede llamar a Dios Padre mío, en sentido natural, sino Jesús. *Si es posible, pase de mí este cáliz*: esta palabra revela la suma congoja de Jesús: porque Él conoce las profecías, el decreto del Padre de redimir al mundo por la muerte del Hijo: el mismo Hijo quiere que se cumplan los vaticinios: aun así, si fuera posible hacerlo en otra forma menos amarga, sin beber el cáliz de tanto dolor, preferiría no se cumpliese todo aquello que de Él está dicho y decretado. Y repetía Jesús, en la repugnancia y horror que le inspiraba su muerte: *Abba, Padre, todo te es posible. Si quieres, haz que pase de mí este cáliz*: cambia, si es posible, el orden estatuido para la redención del mundo, como no me vea obligado a lo que me espera.

Pero el espíritu de Jesús reacciona pronto: la debilidad del organismo y de la sensibilidad ha como doblegado su voluntad en sentido contrario a tanta pena: pero con la misma voluntad con que quisiera librarse de aquellos horrores, se somete humildemente a la voluntad soberana del Padre: *Mas*

*no como yo quiero, sino como tú. No se haga mi voluntad, sino la tuya:* rescinde su oración primera, dictada por la congoja, y formula ésta, dictada por su absoluta sumisión al Padre.

No consta el tiempo que Jesús orase: pero mientras lo hacía, se durmieron los tres discípulos que consigo había llevado. Ni era de extrañar: Pedro y Juan habían llevado el trajín de la preparación de la Pascua (Lc. 22, 8): era ya entrada la noche: la tristeza por los repetidos anuncios de la muerte de Jesús, la producida por el lamentable estado en que acababan de verle, eran causa bastante para que se durmieran: *Y vino a sus discípulos*, para encontrar el alivio de la compañía en su desamparo, *y los halló dormidos por la tristeza. Y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes?:* a él se dirige, porque era el jefe de los demás, y porque más que los otros había hecho protestas reiteradas de fidelidad. Y dirigiéndose luego a todos, añade: *¿Así no habéis podido velar una hora conmigo?* Quienes estaban dispuestos a morir conmigo, ni siquiera pueden permanecer despiertos conmigo en mi tribulación. La reprensión es paternal: a ella añade la lección oportuna y grave: *Velad y orad, para que no caigáis en la tentación:* el sentido de la exhortación es propio y figurado: no durmáis ahora, vigilad siempre, para precaver los peligros, para evitar los halagos del pecado y de los que a él pueden inducir: así no entraréis en la tentación, pues vale más prevenir que remediar; y entrados en ella, no sucumbiréis. Y da la razón: *El espíritu, en verdad, está pronto, mas la carne, débil:* óptima es a veces la voluntad: poco ha lo han demostrado ellos con la espontaneidad de sus ofrecimientos: pero la sensibilidad, las pasiones, tienen sus exigencias, que pueden comprometer los mejores deseos: la oración logrará de Dios las gracias que robustezcan la voluntad y la hagan eficaz.

Después de haber dado Jesús a los suyos el ejemplo de que ni en medio de las mayores angustias debe abandonarse el cuidado de quienes nos están encomendados, vuelve a la oración otra vez, poniendo en práctica el mismo precepto que acaba de inculcarles: *Se fué de nuevo segunda vez, y oró, diciendo las mismas palabras: Padre mío, si no puede pasar*

*este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.* En esta segunda fase de su agonía, Jesús no pide ya directamente al Padre que le libre de beber el amargo cáliz; considera irrevocable la voluntad del Padre, y sólo renueva sus sentimientos de sumisión a ella: beberá el cáliz hasta las heces, aun sabiendo que su sacrificio será infructuoso para muchos hombres.

Transcurrido algún tiempo en la oración, dando con ella prueba de la agitación y desconsuelo de su espíritu, vuelve al lugar donde están sus discípulos: *Y vino otra vez, y los halló dormidos, porque sus ojos estaban cargados:* es el peso que sentimos en los párpados cuando nos invade el sueño, y que invenciblemente nos obliga a dormirnos. Fué ello vergüenza para los Apóstoles, y *no sabían qué responderle* para excusar su desidia. Con pena mayor por ello, y porque ha sido infructuosa su advertencia de que velasen y orasen, volvió a reiterar su plegaria, con igual sumisión de espíritu, dándonos ejemplo de perseverancia en la oración, hasta hacerla eficaz: *Y dejándolos de nuevo, se marchó y oró tercera vez, diciendo las mismas palabras.*

Fué en esta tercera fase de su agonía cuando ocurrió el episodio que sólo Lucas refiere: *Y se le apareció un ángel del cielo:* justo era que en este momento gravísimo de su vida fuese auxiliado por ministerio de un ángel, quien había visto su nacimiento anunciado por ángeles, por ellos había sido socorrido en el desierto, por ellos será anunciada su resurrección y, el día de la ascensión, su segundo advenimiento. Los oficios del ángel correspondieron a su necesidad presente: le vigorizó, en el alma y en el cuerpo, ya que todo él había desfallecido, *confortándole.* La lucha de su espíritu, con todo, seguía, hasta llegar a su punto culminante la agonía y la intensidad y persistencia de su plegaria: *Y entrando en agonía, oraba con mayor vehemencia.*

La duración y acuidad de aquella lucha interna, quizás la misma fuerza de ánimo con que triunfó Jesús de sí mismo en aquellos momentos, determinó en él el fenómeno de exudación de sangre que, empujada por la vehemencia de los latidos del corazón, se abrió paso a través de las túnicas de sus

venas y arterias y, mezclada con el sudor, apareció en forma de grandes y copiosas gotas en su epidermis: *Y fué su sudor como gotas de sangre*, hasta el punto de correrse por su cuerpo y caer en tierra: *que corría hasta la tierra*. El sudor de sangre no es en sí cosa milagrosa: cítanse numerosos casos de este fenómeno en patología; pero la abundancia del sudor sanguíneo en Cristo y en estos momentos, le da un carácter extraordinario, que bien podría ser milagroso.

CONCLUSIÓN (45.46). — En la oración sumisa y constante se vigoriza el espíritu: así sucedió en Jesús: después de la lucha, logró, humanamente hablando, el pleno dominio de sí mismo. Es por ello que se dirige por tercera vez donde se hallan los Apóstoles; y ya no les reprende, sino que les deja reposar: *Entonces vino, por tercera vez, a sus discípulos, y les dijo: Dormid ya, y reposad*. Según la interpretación de San Agustín, que no admite ironía ni reprensión en estas palabras, Jesús les concedió en realidad a sus discípulos que pudiesen rehacer sus fuerzas para la lucha que se aproximaba. Luego, rehechos ya los Apóstoles, y aproximándose sus enemigos para prenderle, llamóles, diciendo: *Basta*. Y dándoles la razón por que deben despertar, añade: *Ved aquí llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de pecadores*. Son los pecadores por antonomasia, los príncipes de los sacerdotes, que quieren hacer inútil en su pueblo la obra de Jesús. Y al ver entrar a Judas con sus acompañantes en el recinto donde oró, dando gran prueba de su serenidad de ánimo, de la voluntad con que va a dejarse prender, y a guisa de triunfador magnífico de sí mismo y del mundo, añade: *Levantaos, vamos: ved que ha llegado el que me entregará*.

**Lecciones morales.** — A) v. 36. — *Sentaos aquí, mientras yo voy allí, y hago oración*. — Dice Jesús estas palabras, dice el Crisóstomo, porque le seguían sus discípulos, y tenía él la costumbre de orar sin ellos: para que aprendamos a orar nosotros en la quietud y soledad. Pero, dice el Damasceno, siendo la oración “la elevación de la mente a Dios”, o “la petición de cosas convenientes a Dios”, ¿cómo podía orar el Se-

ñor? Porque ni necesitaba su pensamiento remontarse a Dios, unido como estaba siempre con Él, ni necesitaba pedir nada a Dios, porque era una sola persona Dios y Hombre. Pero atendamos que, como cargó nuestras miserias para que, triunfando Él de ellas, nos enseñase la manera de lograr nosotros el triunfo; así ora igualmente, para allanarnos el camino por donde debamos remontarnos a Dios.

B) v. 38. — *Triste está mi alma hasta la muerte...* — Al tomar Cristo nuestra naturaleza, tomó también nuestras pasiones, que son parte de nuestra naturaleza. No hay hombre sin pasiones: y aun podemos añadir que no hay grandes hombres sin grandes pasiones. Porque la pasión, siendo cosa indiferente en el orden moral, puede ser gran auxiliar del bien, como suele serlo del mal. Tomó, pues, el Verbo humanado nuestras pasiones, porque quiso ser en todo igual a nosotros, menos en el pecado. Pero en él las pasiones estuvieron naturalmente y sobre la naturaleza, dice el Damasceno. Naturalmente, porque quiso que sufriera su carne lo que era propio de la carne. Sobre la naturaleza, porque nunca precedieron su voluntad; porque Cristo en nada fué coaccionado por la pasión, sino que todo estuvo sujeto a su voluntad: por su voluntad quiso sufrir hambre, temor, tristeza, etc. Por ello es doblemente de agradecer cuanto hizo Jesús por nosotros, porque cada movimiento pasional obedeció en él a un acto de voluntad y, por lo mismo, a un acto de amor a nosotros.

c) v. 39. — *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz.* — ¡Qué gravedad, y qué dulzura, y qué prudencia rezuma esta breve y sentidísima plegaria de nuestro Señor! Es la oración del Hijo amantísimo al Padre también amantísimo, que brota de las profundidades de una humildad que se manifiesta llena de confianza, pero al mismo tiempo impregnada de suma reverencia. Es la oración que dicta el dulce, aunque gravísimo amor, que siente Jesús al Padre y a los hombres sus hermanos: el amor al Padre le hace inclinar hacia Él con toda la fuerza de su recatísima voluntad para sujetarse a su querer: el amor a los hombres le hace inclinar a los sufrimientos, porque sabe que son la condición puesta por el Padre para la salvación del mundo. Es la oración serena, grave, de quien expone su querer, pero respetando y acatando, con todas sus consecuencias, las decisiones de un querer superior. Oremos como oraba nuestro Maestro: con reverencia, con confianza, con sumisión a la voluntad de Dios.

D) v. 40. — *¿Así no habéis podido velar una hora conmigo?* Son palabras de amarga decepción. Pudieron los Apóstoles, llevados de un ímpetu irreflexivo, prometerle a Jesús hasta la vida, si Él llegaba a hallarse en trance de muerte. Y ahora, cuando han visto la congoja de Jesús, pintada en su rostro la tremenda lucha de su espíritu, cuando Él mismo les ha confesado la tribulación en que se halla su alma, no son capaces siquiera de acompañarle y prodigarle palabras de consuelo. Duérmense con la mayor indiferencia a pocos pasos de Jesús que está en agonía. Es una manifestación cruda del egoísmo humano, más atento a la propia conveniencia que a prodigarse en favor de los demás. Estemos en vela con Jesús: oremos con Jesús, para todo aquello por que está en vela y por que ruega Jesús, “que vive siempre rogando por nosotros”. En nuestros hermanos acogidos, en la aflicción del pobre, del huérfano, de la viuda, en la enfermedad y tribulación del amigo, veamos en ellos la imagen de Jesús, y acompañémosles en caridad, con nuestras oraciones y con nuestros consuelos.

E) v. 41. — *Velad y orad, para que no caigáis en la tentación.* — Caer en la tentación es ser superado por ella; es sucumbir en el combate con los enemigos del alma, mundo, demonio y carne. No basta no querer sucumbir, porque si el espíritu, es decir, el pensamiento y la voluntad, rechazan en principio la comisión de pecado, pero la carne, la parte inferior de la naturaleza, es débil, y por aquí entra el enemigo en la fortaleza del alma. Por lo mismo, es preciso estar en vela: no sólo no dormir, sino vigilar, estando atentos por donde puede venir el enemigo. Y no sólo vigilar, sino orar, pidiendo el divino socorro, porque es imposible vencer toda tentación, ni una tentación, sin la gracia de Dios: y está en la economía divina de la gracia que la reciba quien la pida.

F) v. 45. — *Dormid ya, y reposad.* — ¿Es ironía esta palabra de Jesús en aquellos momentos, como si dijera: No os canséis de dormir, ya que ni una hora habéis podido velar conmigo? ¿O bien es palabra de concesión: Ahora ya podéis dormir y descansar tranquilos, antes no llegue el momento de las terribles angustias? Ambas interpretaciones contienen una lección de vida cristiana: En la primera se encierra una amarga reprensión del Señor, quien, siendo la misma inocencia y no pudiendo tener pecado, ruega insistentemente por nosotros, tan frágiles, tan pecadores y tan negligentes en este punto. Y en la segunda nos enseña Jesús a prepararnos con el descanso necesario, con el

sosiego del espíritu, con la acumulación de fuerzas, cuando se acerquen las horas de la tribulación o hasta del extraordinario trabajo.

## 204. — JUDAS Y LA TURBA EN GETSEMANÍ: PODER DE JESÚS: IOH, 18, 2-3; Mt. 26, 47-50a; IOH, 18, 4-9

(Mc. 14, 43-45; Lc. 22, 47-48)

### Continuación del "Passio" de los días correspondientes

<sup>1 2</sup> Y Judas, que lo entregaba, sabía también aquel lugar: porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos. <sup>3</sup> Judas, pues, habiendo tomado una cohorte, y los alguaciles de los pontífices y de los fariseos, vino allí con linternas, y con hachas, y con armas.

<sup>4</sup> Y estando él (Jesús) aún hablando, he aquí que llegó Judas Iscariotes, uno de los doce, y con él una grande tropa de gente con espadas, y con palos, que habían enviado los príncipes de los sacerdotes, <sup>5</sup> y los escribas y los ancianos del pueblo: <sup>6</sup> al frente de ellos iba Judas. <sup>7</sup> Y el que lo entregó les dió la señal, diciendo: El que yo besare, él mismo es; prendedlo, <sup>8</sup> y conducidlo con cautela. <sup>9</sup> Y se llegó luego a Jesús, y dijo: Dios te guarde, Maestro: y lo besó. <sup>10</sup> Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué has venido? <sup>11</sup> Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?

<sup>12</sup> Mas Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre él, se adelantó, y les dijo: ¿A quién buscáis? <sup>13</sup> Le respondieron: A Jesús Nazareno. Jesús les dice: Yo soy. Y Judas, aquel que lo entregaba, estaba también con ellos. <sup>14</sup> Luego, pues, que les dijo: Yo soy: volvieron atrás, y cayeron en tierra. <sup>15</sup> Mas volvió a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. <sup>16</sup> Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy: pues si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos. <sup>17</sup> Para que se cumpliese la palabra que dijo: De los que me diste, a ninguno de ellos perdí.

**Explicación.** — Los hechos narrados en este número y en el siguiente tuvieron lugar en Getsemaní, inmediatamente después que Jesús había despertado a sus discípulos, y se desarrollarían en menos tiempo del que para contarlos se necesita. Los cuatro Evangelios se ocupan de ello, aunque se



completan con los distintos matices y detalles característicos de cada uno. Es peculiar de Juan la narración de la actitud de Jesús que sale al encuentro de sus enemigos, con la manifestación de su poder sobre los mismos.

JUDAS PREPARA EL GOLPE (Ioh. 2.3). — El retiro de Getsemaní, quizás propiedad de alguno de los discípulos del Señor, era por éste frecuentado como lugar de oración, especialmente los días inmediatos a su pasión, como se colige de Lc. 21, 37: allí acudía con sus discípulos, después de haber pasado el día enseñando en el Templo. No le fué difícil a Judas ejecutar sobre seguro el plan que había concebido de entregar a los jefes de los judíos al Maestro: *Y Judas, que lo entregaba, que llevaba entre manos el plan de su traición, sabía también aquel lugar: porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos.*

Tenido Jesús por los príncipes de los sacerdotes como sedicioso, y temerosos de que su captura alborotase al pueblo, mayormente habiendo aquellos días en Jerusalén muchos galileos, pidieron seguramente a Pilatos, gobernador romano, un escuadrón de soldados que garantizasen el orden, caso de que los secuaces de Jesús promovieran algún tumulto, y se lo dieron a Judas para proteger a los esbirros y alguaciles del Sanedrín en el acto del prendimiento: *Judas, pues, habiendo tomado una cohorte, y los alguaciles de los pontífices y de los fariseos, vino allí con linternas, y con hachas, y con armas.* La cohorte romana estaba formada de seiscientos hombres, acuartelados en la Torre Antonia para conservar el orden en el Templo, y de ella se daría un pelotón a Judas. Aunque en noche de luna llena, aquella caterva tomó las debidas precauciones para asegurar la iluminación del lugar, sombreado por espesos árboles, quizás por la interposición de nubes: linternas, para proteger la luz contra el viento, y hachas o teas, de luz más intensa.

EL BESO DEL TRAIADOR (Mt. 47-50a). — Acababa de decirles Jesús a sus Apóstoles que despertaran, que se acercaba el traidor (v. 46), cuando irrumpió en aquel recinto, capitaneada por Judas, la turba con los soldados romanos: *Y es-*

*tando él (Jesús) aún hablando, he aquí que llegó Judas Iscariotes, uno de los doce, y con él una grande tropa de gente con espadas, y con palos, que habían enviado los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y los ancianos del pueblo. Lo grave del caso para los enemigos encarnizados de Cristo, hizo que junto con la cohorte y la chusma viniesen a Getsemaní no pocos de los príncipes de los sacerdotes, y de los magistrados del Templo, y de los ancianos del pueblo, todo el elemento oficial (Lc. v. 52): al frente de ellos iba Judas: de la cumbre del apostolado ha pasado a jefe de los enemigos de Jesús.*

Aunque muchos de los sinedristas y de la turba conocían a Jesús, pero no los soldados de la cohorte: a más, no era fácil distinguir en las sombras del huerto a un hombre sino teniéndole muy conocido por la familiaridad de trato. Por ello da Judas a sus acompañantes una señal para identificar a Jesús: se les adelantará y le besará, saludándole como de costumbre: así celará su traición a los demás Apóstoles, y señalará a sus camaradas la víctima: *Y el que lo entregó les dió la señal, diciendo: El que yo besare, él mismo es; prendedlo, y conducidlo con cautela; cogedlo rápidamente, dice el griego, y cuidado que no os escape; conocía Judas el poder y las trazas de Jesús.*

Destacóse Judas de la comitiva, y, al llegar al grupo en que estaba el Maestro, *se llegó luego a Jesús, y dijo: Dios te guarde, Maestro: y lo besó*, con reiteración efusiva, significa el griego; con esta prenda de amor, hiere; y con este oficio de caridad, derrama la sangre; y con el instrumento de paz, da la muerte. *Y Jesús, blandamente, le dijo: Amigo, ¿a qué has venido?* Y añade estas gravísimas palabras, en que se revela conocedor de los secretos del corazón del traidor, le recuerda la vieja amistad y familiaridad, y le significa su propia dignidad: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* Todavía el Maestro amantísimo trata de ablandar el corazón empedernido del mal discípulo.

PODER DE JESÚS (Ioh. 4-9). — El cuarto Evangelista, supliendo los huecos de las narraciones de los sinópticos, como

ha omitido el hecho de la oración, así calla lo del beso de Judas, que supone ya conocido. En cambio, es él solo quien nos refiere el episodio siguiente, en que se revela el poder de Jesús en aquellos momentos, y por el que demuestra que voluntariamente se entrega a sus enemigos.

*Mas Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre él, todas las torturas y todas las humillaciones que le aguardaban (2, 25; 13, 3), se adelantó, destacándose a su vez del grupo de los suyos y acercándose al que había dejado Judas, y les dijo: ¿A quién buscáis? Sea por la precipitación de Judas al dar la señal convenida, sea porque muchos de la turba no conocieran a Jesús, no habían distinguido a quien habían de prender. Ellos le respondieron: A Jesús Nazareno. Jesús les dice: Yo soy. En este momento está Judas con Jesús, con el que ha venido otra vez a los suyos, después de besarle: Y Judas, aquel que lo entregaba, estaba también con ellos.*

El breve diálogo lo había sostenido Jesús con los prohombres del Sinedrio: la cohorte romana se halla a retaguardia, atenta sólo a sofocar la revuelta, si se produce: Jesús quiere, en aquellos momentos, dar otra prueba de su poder y de la absoluta libertad con que se entrega a sus enemigos: será al mismo tiempo un nuevo toque de su gracia para aquellos soberbios: *Luego, pues, que les dijo: Yo soy: volvieron atrás, y cayeron en tierra, no toda la turba, sino los que se habían adelantado para prender al Señor. Mas, después que se hubieron levantado, volvió a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy: pues si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos.* Es creíble que, en el odio contra Cristo, los sinedristas hubiesen decretado también la prisión de los discípulos: Jesús, al tiempo que quiere se cumpla la palabra que había poco ha pronunciado (17, 12), les libra quizás de una dolorosa prevaricación: *Para que se cumpliese la palabra que dijo: De los que me diste, a ninguno de ellos perdí.* Los discípulos, pues, pueden retirarse por la voluntad de Cristo, que se lo consiente a ellos, y no consiente que les dañen sus enemigos.

**Lecciones morales.** — A) Ioh. v. 2. — *Y Judas... sabía también aquel lugar...* — Se retiraba allí Jesús a solas con sus discípulos para enseñarles lo que creía necesario, dice el Crisóstomo, y que los otros no podían oír. Hace esto Jesús en los montes y lugares retirados, buscando siempre los lugares apartados del tumulto, para que el pensamiento de los suyos estuviese libre para oírle. Por esto vino al huerto Judas, porque sabía que Jesús lo frecuentaba: si le hubiese creído en casa y durmiendo, allí hubiese ido con la cohorte a prenderle. Allí, dice San Agustín, el lobo vestido de oveja, y tolerado con las demás ovejas por inescrutables designios del padre de familias, aprendió la manera de dispersar las ovejas en tiempo oportuno, haciendo víctima de sus insidias al pastor. Es la felonía y la crueldad más repugnante que registra la historia.

B) Mt. v. 48. — *El que yo besare, él mismo es; prendedlo...* Si se pregunta, dice Orígenes, por qué quiso Judas entregar con un beso al Maestro, responden algunos que quiso manifestar aún reverencia al Maestro, no atreviéndose a echarse sobre él. Otros dicen, porque si se hubiese manifestado enemigo declarado, el mismo Judas hubiese sido causa de que el Maestro pudiese evadirse, ya que sabía el traidor que podía hacerlo Jesús. Pero yo creo, sigue Orígenes, que utilizó el beso, porque todos los traidores de la verdad se sirven de él para venderla: todos los herejes dicen a Jesús, como Judas: Dios te salve, Maestro.

C) v. 49. — *Y lo besó.* — Y lo besó con efusión y dándole muchos ósculos. El beso es un acto o gesto natural, por el que el amor se hace en cierta manera sensible y se transfunde y manifiesta al amado. Si el ósculo se da por simple cumplimiento, puede ocultar la indiferencia y ser un signo vano de un amor que no se siente. Pero en el acto de Judas el beso es una falsificación total del hecho por el que se produce: porque revela amor a Jesús, cuando siente hacia él odio mortal; y siendo en lo exterior y como valor social signo de paz y de caridad, lo utiliza el infame para entregarlo a sus enemigos y a la muerte segura. ¿Hemos besado a Jesús alguna vez con beso fingido, recibéndole sacrílegamente en la comunión? Hay entre ésta y el beso de Judas muchos puntos de contacto: porque el sacrílego no ama a Jesús, y hace como quien le ama, dándole públicamente el signo de amor, que es la comunión: y hace cuanto es de su parte para entregarle, por esta misma comunión, a sus enemigos, que son los pecados de que se llena el alma del sacrílego. La comunión sacrílega es el beso falso que da a Jesús el

cristiano, porque siendo la comunión signo de caridad, se convierte en espada que divide más aún a Cristo del alma, por cuanto el que comulga indignamente ya comió su propio juicio, es decir, su propia reprobación, que es el apartamiento de Jesús.

D) v. 50. — *Amigo, ¿a qué has venido?* — Jesús es aún amigo de Judas, a pesar de su traición, y si Judas retrocede de su mal camino, todavía hallará al corazón ternísimo de Jesús dispuesto a prodigarle las dulzuras de su amistad. Decimos vulgarmente que dos no riñen cuando uno no quiere: si hay enemistad entre Dios y el hombre, ella siempre proviene del hombre, jamás de Dios, que siempre es nuestro amigo. ¿Qué desgracia la de Judas, de no haberse aprovechado de aquel momento de efusión del corazón de Cristo, cuando tenía su boca pegada a las divinas mejillas, y volver sobre sí, y convertir el beso de traición en ósculo de amor arrepentido! Y ¿qué desgracia la de tantos cristianos, que se empeñan en estar reñidos con Dios, no obstante colmarles Dios con los regalos exquisitos de su amor!

E) Ioh. v. 4. — *¿A quién buscáis?* — Le buscaban, y no le veían, a pesar de que muchos de ellos, especialmente Judas, le conocían muy bien. Es que, dicen algunos intérpretes, Jesús se les hizo incognoscible por aberración que produjo en su vista. Es el símbolo de lo que ocurre a muchos que buscan a Jesús con intención perversa: historiadores, críticos, novelistas, escrutadores escépticos de la doctrina de su Evangelio, van en busca de la fisonomía de Jesús con prejuicios, con intenciones aviesas, por puro negocio, como Renán; y no ven a Jesús a pesar de tenerle ante sus ojos con toda la magnificencia de su divina figura. Nosotros mismos, con toda buena voluntad, no vemos bastante a Jesús, teniéndolo ante nuestros ojos, porque nos los velan los humanos negocios, las pasiones mal dominadas, la falta de atención para mejor conocerle. Pidamos a Jesús que nos conceda buscarle bien y conocerlo bien: es la incoación de la vida eterna (Ioh. 17, 3).

F) v. 8. — *Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos.* — Hasta el último momento da Jesús prueba del amor que tenía a los suyos. Van a abandonarle, pero quiere que se pongan en salvo. Es el divino Pastor, que no sólo da la vida por sus ovejas, sino que, hasta cuando la da, cuida no caigan en manos de lobos rapaces. ¿Tenemos ovejas a nuestro cargo? ¿Las amamos con este amor de benevolencia, por el que las colmamos de bendiciones y cuidados aun en los momentos en que se apartan de nosotros? Cuando corren algún peligro, ¿las amparamos con

toda nuestra fuerza, con toda nuestra sombra, como la gallina defiende a sus polluelos del milano?

**205. — PRENDIMIENTO DE JESÚS:** Mt. 26, 50b-56  
Ioh. 18, 12; Mc. 14, 51.52

(Mc. 14, 46-50; Lc. 22, 49-53; Ioh. 18, 10.11)

**Léense estos versículos en el “Passio” de los días respectivos**

<sup>50b</sup> Llegáronse entonces <sup>mc</sup> aquéllos, y echaron mano de Jesús, y le prendieron. <sup>51</sup> <sup>L</sup> Y cuando vieron los que estaban con él lo que iba a suceder, que Jesús sería maniatado y llevado prisionero, le dijeron: Señor, ¿herimos con espada? Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús, <sup>1</sup> Simón Pedro, que llevaba una espada, alargando la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del príncipe de los sacerdotes, le cortó la oreja <sup>1</sup> derecha. El siervo tenía por nombre Malco. <sup>L</sup> Pero Jesús, tomando la palabra, dijo: Dejadlo; no paséis adelante. Y habiendo tocado la oreja de él, le sanó. <sup>52</sup> Entonces dijole Jesús <sup>1</sup> a Pedro: Vuelve tu espada a su lugar, <sup>M</sup> a la vaina: porque todos los que tomaren espada, a espada morirán. <sup>53</sup> ¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles? <sup>1</sup> El cáliz que mi Padre me dió, ¿no lo tengo de beber? <sup>54</sup> Pues, ¿cómo se cumplirán las Escrituras, que así conviene que se haga?

<sup>55</sup> En aquella hora dijo Jesús a las turbas, <sup>L</sup> a los que a él habían venido, príncipes de los sacerdotes, magistrados del Templo y ancianos: ¿Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme? Cada día estaba sentado en el Templo con vosotros enseñando, y no me prendisteis, <sup>L</sup> ni extendisteis las manos contra mí: pero ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. <sup>56</sup> Mas esto todo fué hecho para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas. Entonces le desampararon todos los discípulos, y huyeron.

<sup>1</sup> <sup>57</sup> La cohorte, pues, y el tribuno, y los ministros de los judíos, prendieron a Jesús, y lo ataron. <sup>mc</sup> <sup>58</sup> Y un mancebo iba en pos de él, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo: y le asieron. <sup>59</sup> Mas él, soltando la sábana, se les escapó desnudo,

**Explicación.**— En el prendimiento de Jesús, a más de los hechos referidos en el número anterior, ocurrieron los siguientes: la agresión de Pedro a Malco (5ob-54); la increpación de Jesús a sus adversarios (55.56); y el prendimiento, con el episodio del joven que seguía a Jesús (Ioh. 18, 12; Mc. 14, 51.52).

AGRESIÓN DE PEDRO AL SIERVO DEL PONTÍFICE (5ob-54). El primer Evangelista, omitiendo lo que refiere Juan sobre la manifestación del poder de Jesús (vv. 4-9), narra brevemente su prendimiento: *Llegáronse entonces aquéllos, los mismos a quienes una sola palabra de Jesús había derribado, y echaron mano de Jesús, y le prendieron.* Este atropello sublevó a los discípulos, que, belicosos y exaltados por temperamento como buenos galileos, se dispusieron a acometer a aquella turba, seguros de triunfar de ella si lo quería Jesús: *Y cuando vieron los que estaban con él lo que iba a suceder, que Jesús sería maniatado y llevado prisionero, le dijeron: Señor, ¿herimos con espada?:* creerían llegado el momento de realizarse las palabras de Jesús, de que era necesaria la espada (Lc. 22, 36-38). Pero antes que Jesús respondiera, Pedro, precipitado y ardiente como siempre, llevado de imprudente celo, porque bien sabía que Jesús no necesitaba de él para defenderse, aunque excusable por el amor que ello revela al dulce Maestro, sacó su espada, y de un tajo cortó una oreja del servidor del pontífice máximo: *Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús, Simón Pedro, que llevaba una espada, alargando la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del príncipe de los sacerdotes, le cortó la oreja derecha:* erró, sin duda, Pedro el golpe, que iría derecho a la cabeza del siervo, y que éste sabría esquivar. Sólo Juan indica el nombre de Pedro y el de Malco; creen algunos no se consignó en los sinópticos el de Pedro para que no constara, mientras aun vivía, el nombre de quien había resistido a la autoridad, para evitar represalias: *El siervo tenía por nombre Malco.*

*Pero Jesús,* interviniendo rápidamente, para que los demás Apóstoles que le habían preguntado no siguiesen el

ejemplo de Pedro, *tomando la palabra, dijo: Dejadlo; no paséis adelante*, es decir, os prohíbo seguir por este camino de la defensa armada. No se contenta con ello la caridad de Jesús, sino que sana al herido: *Y habiendo tocado la oreja de él, que no se habría desprendido totalmente de la cabeza, le sanó.*

Y dirigiéndose el Señor a Pedro, reprime su inconsiderado ímpetu, al tiempo que da una lección de justicia, y expone la razón de que debe quedar indefenso: *Entonces díjole Jesús a Pedro: Vuelve tu espada a su lugar, a la vaina: porque todos los que tomaren espada, a espada morirán*, esto es: todos los que se arrojan el derecho de matar, siendo los vengadores de sí mismos, los que no tienen el derecho de espada como los magistrados, sino que la toman por su propia autoridad, serán víctimas de la espada: quien a hierro mata, a hierro muere. Y le dice a Pedro delicadamente que no necesita le defienda él ni nadie: en vez de los doce indefensos Apóstoles que están allí, el Padre, a ruego suyo, le enviará del cielo más de doce legiones del ejército angélico: una legión constaba de seis mil hombres: un solo ángel mató otro tiempo a ciento ochenta y cinco mil hombres armados (4 Reg. 19, 35): *¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles?* Así demuestra Jesús la libertad con que se entrega a sus enemigos. Da aún Jesús otra razón para que se abstengan de defenderle: es la voluntad del Padre, que quiere beba hasta las heces el amargo cáliz de la pasión: *El cáliz que mi Padre me dió, ¿no lo tengo de beber?* Tanto más cuanto que las Escrituras han predicho su pasión, y es preciso que se cumplan, porque son palabra de Dios: *Pues, ¿cómo se cumplirán las Escrituras, que así conviene que se haga?*

INCREPACIÓN DE JESÚS A SUS ADVERSARIOS (55.56). — Aquietados los discípulos con el resuelto mandamiento de Jesús, apoyado en justísimas razones, se vuelve a la multitud que había venido a prenderle, y, con serenidad y valentía, les echa en cara su proceder cobarde e indigno, más que a nadie a los primates que habían acudido allí con la chusma:



*En aquella hora dijo Jesús a las turbas, a los que a él habían venido, príncipes de los sacerdotes, magistrados del Templo y ancianos: ¿Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme?: necio es vuestro obrar, porque podíais hacerlo de día y sin armas: Cada día estaba sentado en el Templo con vosotros enseñando, y no me prendisteis, ni extendisteis las manos contra mí: pero ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas, es decir, ahora se ha dado sobre mí poder a Satanás y a sus ministros, que sois vosotros. Con ello no hacen más que contribuir a la realización de los vaticinios de los profetas, que habían predicho la muerte del Mesías (Ps. 21; Is. 53; Zach. 12, 10; 13, 7), de la que el prendimiento era preludio: Mas esto fué hecho para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas.*

Y con ello se realizó la reciente profecía de Jesús, de que sus discípulos le abandonarían (Mt. 26, 31): invadió el miedo el alma de los Apóstoles cuando vieron en manos de sus enemigos al Pastor, y huyeron como tímidas ovejas: *Entonces le desampararon todos los discípulos, y huyeron. Pudieron huir, porque el Maestro les facultó para ello (Ioh. 18, 8). Aun dejándoles en libertad, no hubiesen pecado, dada la inutilidad de su presencia y hasta de su sacrificio, y principalmente porque el mismo miedo les hizo irresponsables.*

EL PRENDIMIENTO: EL JOVEN QUE SEGUÍA A JESÚS (Ioh. 12; Mc. 51.52). — Judas había encargado a las turbas que cogiesen a Jesús y le llevaran con cautela (v. 45): para asegurar la presa, los soldados romanos, con el tribuno o jefe que los mandaba, y los sinedristas, procedieron a maniatar a Jesús: sólo Juan dice que el Señor fué atado en el mismo huerto de Getsemaní: *La cohorte, pues, y el tribuno, y los ministros de los judíos, prendieron a Jesús, y lo ataron.* Gentiles y judíos colaboran en la obra.

Inserta aquí el segundo Evangelista un pequeño episodio que ha intrigado no poco a los intérpretes de todo tiempo: *Y un mancebo iba en pos de él, de Jesús y de las turbas que le llevaban prisionero, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo: y le asieron. Mas él, soltando la sábana,*

*se les escapó desnudo.* ¿Quién era este joven? Demasiado curioso sería, dice Maldonado, si no se ocuparan de ello muchos buenos autores. De ellos, no pocos dicen que era un hijo o criado de los colonos que habitaban en la granja de Getsemaní, que al oír el tumulto de gente abandonaría el lecho y seguiría a las turbas para ver qué era y en qué paraba aquello. No faltan autores modernos que creen que era el mismo Marcos, narrador único del hecho, suponiendo que la finca de Getsemaní era propiedad de su madre. No hay más argumento para afirmarlo que la viveza del relato, que parece delatar la intervención personal del narrador. Éste, quienquiera que fuera el joven de esta anécdota, lo insertaría para demostrar el peligro que corrían los que iban en pos de Jesús; tal era el odio de los primates contra el Señor.

**Lecciones morales.** — A) v. 50. — *Y le prendieron.* — Le prendieron cuando quiso: lo habían querido antes muchas veces sus enemigos, y no pudieron. Ahora, libérrimamente, pasa a ser presa de sus enemigos: Judas se lo ha dado con un beso: ha recibido unos dineros y les ha dado definitivamente a Jesús. Ante ello, exclama Rábano Mauro: ¡Alégrate, cristiano! En este comercio de tus enemigos, tú eres quien venciste: lo que Judas vendió y los judíos compraron, tú lo has adquirido. Éste es el comienzo de la muerte de Jesús, porque es el momento en que empieza el poder de las tinieblas contra Él: y la muerte de Jesús es el precio de tu rescate y salvación.

B) v. 52. — *Vuelve tu espada a su lugar...* — Esta palabra de Jesús es todo un programa de política, por el que se regirá su Iglesia en los futuros siglos. No es rechazando la fuerza con la fuerza como la Iglesia triunfó de sus enemigos, sino haciendo prevalecer su razón, los derechos que arrancan del supremo derecho de Dios que la fundó, y principalmente la paciencia y la caridad. Así triunfaron los mártires, dejándose atravesar por la espada, no manejándola ellos. Así, en el orden de las conquistas de la fe, no utilizando el aparato bélico, de que muchas veces pudo la Iglesia disponer; sino enviando a pacíficos misioneros, sin más armas que la cruz y el Evangelio, para sojuzgar a las naciones de infieles. Así, levantando recia su voz, llena de razón y de gravedad, han vencido los Pontífices y los Obispos a los

intrusos, a los sectarios, a los invasores de los derechos o de los bienes de la Iglesia. Así, hasta en el terreno meramente personal, vencen los discípulos de Cristo: no dejándose atropellar en sus derechos, pero ofreciendo personalmente la mejilla izquierda a quien haya herido la derecha.

c) v. 53. — *¿No puedo rogar a mi Padre...?* — No quiere el auxilio de los doce Apóstoles quien a una simple petición hecha al Padre dispondría de doce legiones de ángeles, es decir, de setenta y dos mil espíritus, cada uno de ellos más fuerte que otros tantos hombres. ¡Qué grande nos aparece Jesús ante esta simple indicación de su poder! Como Verbo de Dios está en el cielo, adorado por millones de espíritus celestiales que ante Él tiemblan; y ahora, como Hombre, va a dejarse maniar por los hombres, a quienes como Dios creó. Bendigamos su inmensa caridad y admiremos su longanimidad sin límites.

d) v. 54. — *Pues, ¿cómo se cumplirán las Escrituras...?* — Las divinas Escrituras son como la prehistoria de Jesús. Pero una prehistoria tal, que la historia verdadera del Señor se calcará sobre los trazos de su prefiguración. Es una de las pruebas más elocuentes de la divinidad y de la mesianidad de Jesús. Sólo Dios pudo escribir la historia del futuro Mesías antes que existiera; y sólo en el Mesías se pudieron concretar los trazos minuciosos y portentosos de la antigua profecía. Nos hubiese Dios engañado si hubiera podido haber en el mundo un hombre en que se realizaran las viejas profecías y no fuera Mesías y Dios, como nos lo presentan ellas.

e) v. 55. — *¿Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme?* — Jesús buscó en su pasión todo lo más depresivo para la dignidad humana: es abofeteado, escupido, azotado como esclavo, le desnudan, muere en cruz, suplicio de ladrones y homicidas. Así quiere que sea en su prendimiento. Porque la captura de Jesús pudo tener todas las apariencias legales de una vindicación pública de la ley nacional o de los poderes constituídos: Jesús era un gran Doctor, cuya palabra levantaba en vilo a las multitudes: un taumaturgo que había subyugado a aquella nación con la gloria de sus milagros: su vida era más que intachable, santísima. Los que ejercían el poder público, romanos y judíos, aun desde su punto de vista, debieron tratar a Jesús con los honores que se deben a los grandes innovadores, a los hombres grandes, aunque extraviados. No es así: con sables y palos van a buscarle de noche, en la soledad de un huerto extramuros. Es tratado como un ladrón, cuando,

con la misma seguridad, pudieron prenderle en el Templo, entre las multitudes. No les hubiese faltado a escribas y fariseos todo el aparato de los ministros de la justicia nacional, ni la guarnición de los soldados romanos, si la hubiesen solicitado.

F) v. 56. — *Le desampararon todos los discípulos, y huyeron.* Cuando le prometía Pedro al Señor fidelidad hasta la muerte, todos los demás discípulos hicieron las mismas protestas: "Aunque sea necesario morir contigo..." A los buenos propósitos ha substituido la miserable defección; al valor presunto, el miedo y la cobardía con que no contaban; al sentimiento de amor y adhesión al Maestro, la fuga vergonzosa y el desamparo. La causa de ello está en el propio desconocimiento, del que nace la presunción. ¿Cuántas veces nos ha ocurrido la desgracia de los Apóstoles en esta ocasión? Nuestra vida está llena de promesas y de buenos propósitos, pero más llena está de defecciones y caídas. Nos rectificamos más en el sentido del mal que en el del bien. Pero, dice San Remigio, no debe ser ello causa de desesperación, como tampoco lo fué en los Apóstoles: vino la resurrección y la reforma por la penitencia: y sirvieron entusiasmados la causa del Señor. Arrepintámonos, y resucitemos de nuestra debilidad y de nuestras miserias.

## 206. — EL PROCESO RELIGIOSO DE JESÚS JESÚS ANTE ANÁS: IOH. 18, 13.14, 19-24

**Léese este fragmento en el "Passio" de Viernes Santo**

<sup>13</sup> Y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice aquel año. <sup>14</sup> Y Caifás era el que había dado el consejo a los judíos: que convenía que muriese un hombre por el pueblo.

<sup>15</sup> El pontífice, pues, preguntó a Jesús sobre sus discípulos, y sobre su doctrina. <sup>20</sup> Jesús le respondió: Yo manifiestamente he hablado al mundo: yo siempre he enseñado en la sinagoga, y en el templo, adonde concurren todos los judíos: y nada he hablado en oculto. <sup>21</sup> ¿Qué me preguntas a mí? Pregunta a aquellos que han oído lo que yo les hablé: bien saben éstos lo que yo he dicho. <sup>22</sup> Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí dió una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? <sup>23</sup> Jesús le respondió: Si he hablado mal,

da testimonio del mal: mas si bien, ¿por qué me hieres?" Y Anás lo envió atado al pontífice Caifás.

**Explicación.**— En el decurso de su predicación, Jesús se había presentado ora como Hijo de Dios, igual al Padre, enviado por Él y que no hacía sino las obras de Él; ora como restaurador del Reino de David, aunque no según la mezquina concepción de sus paisanos: como tal le había saludado la multitud hacía pocos días, al entrar triunfalmente en Jerusalén: "Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor." Por este doble concepto, que constituía un doble crimen según el criterio de los primates de Jerusalén, por cuanto era un doble atentado a la autoridad religiosa y a la civil, debió Jesús sujetarse al doble proceso, religioso y civil. El primero se celebró en tres sesiones: una ante Anás, expontífice, suegro del pontífice titular, Caifás; y dos ante éste y el Sinedrio, una por la noche del jueves al viernes, y otra por la mañana de este último día. El juicio civil se tuvo en el pretorio ante Pilatos, también en dos sesiones distintas, separadas por el episodio de Herodes, de ninguna trascendencia en el juicio contra Jesús. Éste es, rápidamente bosquejado, el camino de Jesús ante los tribunales que, en forma casi sumarísima, faltando a todos los preceptos del protocolo judicial judío, y hasta de los naturales principios de enjuiciar, tuvo por injustísimo coronamiento la sentencia de muerte contra Jesús. Con estos procesos, narraron los Evangelistas varios hechos de orden secundario, que se verán en este número y siguientes.

**ANÁS Y CAIFÁS (13.14).** — Ya se ha dicho en otro lugar que en tiempo de Jesús la dignidad pontifical suprema había sido prostituída por la indignidad de sus obtentores y por la veleidad de los Procuradores romanos, a los cuales, como la dignidad real de los Herodes, vino a quedar supe-ditada. Vitalicia por institución, la dignidad de Sumo Pontífice dejó de serlo por la ambición de los pretendientes y por la ingerencia del poder imperial. Anás había logrado el supremo pontificado por obra del procurador Quirino, que había depuesto a su antecesor Joazar. En cambio, dejó de

serlo, ya quince años antes de los hechos que referimos, porque a su vez le depuso Valerio Grato. Pero, hombre astuto como era, logró que la dignidad pontifical fuera ejercida por cinco de sus hijos y por su yerno Caifás. Esto le dió gran prestigio entre los suyos, a pesar de que era antipático al pueblo por su avaricia, pues en su tiempo se habían encarecido excesivamente los animales destinados a los sacrificios. No porque fuese legítima su autoridad para juzgar a Jesús, sino por espíritu adulador, quizás para que juzgara la cuestión, fué llevado el Señor a su presencia: *Y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice aquel año.*

Caifás, nombrado como su suegro por Valerio Grato, ejerció el supremo pontificado del año 18 al 36 de Jesucristo. Este largo pontificado en tiempo de tanta inconstancia y revueltas del orden político y religioso en la Palestina, nos da la medida de la bajeza de Caifás, cuyo verdadero nombre era José, que se prestó a todos los juegos de la política imperial. Con todo, fué el órgano de que se valió Dios para proferir el oráculo de que era conveniente que muriera un hombre por la salvación del pueblo, cuando, reunido el Sinedrio a raíz de la resurrección de Lázaro, se dió estado oficial a la cuestión de qué procedía hacer con Jesús (Ioh. 11, 49): *Y Caifás era el que había dado el consejo a los judíos: que convenía que muriese un hombre por el pueblo.*

ANÁS INTERROGA A JESÚS (19-24). — El relato del cuarto Evangelista es, en este punto, bastante claro para persuadir que fué Anás y no Caifás quien sujetó a Cristo a este primer interrogatorio: no obstante, los intérpretes se dividen casi por mitad, en número e importancia, en orden a resolver cuál de los dos, Anás o Caifás, sometió a Jesús a este primer interrogatorio. La causa de la discrepancia está en que los sinópticos no mencionan a Anás, y en cambio, San Juan dice que fué “el pontífice” quien interrogó a Jesús: y el pontífice aquel año era Caifás. Pero, por la preponderancia de Anás en los negocios religiosos, y porque

los que habían sido sumos pontífices conservaban de por vida este nombre, nos inclinamos a creer que fué Anás el que, con carácter extrajudicial y a guisa de inquisidor oficioso, sometió a Jesús al primer interrogatorio. Así lo exige el texto de Juan, que en este punto suple a los sinópticos. Por lo demás, vivían Anás y Caifás probablemente en dos distintas alas de un mismo palacio, separadas por un atrio, lo que facilita la explicación del hecho y la concordancia de los cuatro Evangelios en la cuestión de las negaciones de Pedro. La primera de ellas es narrada por Juan antes del interrogatorio de Anás (vv. 15-18).

El evangelista Juan era conocido, familiar, del pontífice Anás (v. 15), ignórase por qué título: por ello pudo entrar tras Jesús en el palacio pontifical: su testimonio es, pues, aquí el de un testigo presencial: *El pontífice, pues, preguntó a Jesús sobre sus discípulos, y sobre su doctrina*: sobre sus discípulos, porque se había arrogado el derecho de hacer prosélitos, lo que podía convencer a Jesús de sedicioso: sobre su doctrina, por si le hallaba en contradicción con Moisés, y delatarle como blasfemo. Pero el interrogatorio es ilegal: no es Anás, sino el Sinedrio, quien tiene jurisdicción para esta inquisición judicial: por esto Jesús no responde al primer extremo de la pregunta, y sólo indirectamente a lo que se refiere a su doctrina: *Jesús le respondió: Yo manifiestamente he hablado al mundo, a cuantos han querido oírme: yo siempre he enseñado en la sinagoga, y en el templo, adonde concurren todos los judíos: y nada he hablado en oculto.*

La respuesta de Jesús es noble, y encierra una lección de procedimiento judicial para el poderoso expontífice, ante el cual se halla Cristo maniatado: si se trata de una acusación ante el juez, no es al reo, sino a testigos idóneos a quienes debe preguntarse: *¿Qué me preguntas a mí?*, sigue Jesús con igual independencia de espíritu: *Pregunta a aquellos que han oído lo que yo les hablé: bien saben éstos lo que yo he dicho*: como si dijera: Yo, reo, ninguna obligación tengo de delatarme.

La serena y oportunísima respuesta no encaja con los

bajos sentimientos y con el espíritu adulator de los satélites del pontífice; y uno de ellos, no Malco, que era siervo del pontífice, tal vez de Caifás, sino un alguacil u oficial de justicia, creyó hacerse grato al pontífice injuriando de obra a Jesús: tal sería el concepto en que era el Señor tenido entre el elemento oficial: *Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí dió una bofetada a Jesús*, la palabra griega puede interpretarse de una bofetada, como de un varapalo o de un latigazo; *diciendo: ¿Así respondes al pontífice?*

Jesús recibe la injuria, conserva la paciencia y da otra lección de procedimiento: *Jesús le respondió: Si he hablado mal, da testimonio del mal: mas si bien, ¿por qué me hieres?* Para aplicarme una sanción debía haber sentencia, y para ésta, debían deponer testigos contra mí: aun en el caso de haber hablado mal, tu proceder es injusto, cuanto más habiendo hablado bien.

Anás ha podido ver en las dos respuestas de Jesús la forma ilegal de enjuiciarle: para normalizar el proceso de Jesús no queda más recurso que instituir el juicio ante tribunal competente: éste es el Sinedrio, bajo los auspicios y dirección del sumo pontífice en ejercicio. Ello lo sabe Anás y, aunque gravemente aleccionado por Jesús, se inhibe y lo remite a su yerno, ante el cual, mientras las precedentes diligencias ante Anás, se reuniría precipitadamente el Sinedrio: *Y Anás lo envió atado al pontífice Caifás*. Entretanto, abajo en el atrio, Pedro había negado ya una vez a Jesús (núm. 208).

**Lecciones morales.** — A) v. 13. — *Y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás...* — No debía haber comparecido Jesús ante Anás, porque no siendo pontífice no le correspondía conocer de la causa del Señor. Pero era suegro de Caifás, y esta razón de parentesco, y la otra razón más poderosa de que podía Anás dirigir el negocio según las conveniencias del Sinedrio, por la autoridad y la astucia del poderoso pontífice, determinaron una falta de procedimiento que se tradujo en violencia y tumulto, dice el Crisóstomo. Para que sepan los gobernantes llevar las cosas por sus cauces legítimos, sin pre-



ferencias que pudiesen prejuzgarlas, con daño de la justicia y, sobre todo, sin la ingerencia de personas prepotentes, por su influencia moral, por su parentesco, por sus riquezas, por su situación política, que les consienten — por la debilidad de quienes vienen oficialmente encargados del gobierno o de la administración de justicia — torcer las cosas con grave perjuicio de los administrados.

B) v. 20. — *Yo manifiestamente he hablado al mundo...* — Mil veces en la historia de la Iglesia se ha repetido la escena de Anás preguntando a Jesús por sus discípulos y por su doctrina. Así lo hicieron las autoridades a los Apóstoles a raíz de la Ascensión del Señor, según los Hechos apostólicos: así los emperadores y prefectos romanos a los mártires: así los sabios del Areópago de Atenas, y de todos los Areópagos y Academias ante las que ha sido llamada a juicio la doctrina de Cristo: aun hoy, en los frecuentes conflictos con autoridades invasoras del derecho cristiano, se nos exigen con frecuencia las ejecutorias de nuestra doctrina. Y todos los representantes de la doctrina de Jesús han dicho en todo tiempo, como Cristo ante Anás: “Yo manifiestamente he hablado al mundo.” Es que la verdad cristiana ni teme la luz, ni necesita las tinieblas para propagarse y sostenerse. Es la doctrina de Dios, y como tal, está justificada en sí misma. No sólo no teme la luz, sino que la produce, en el pensamiento de quienes se dejan iluminar por ella, y en la historia, con el esplendor del milagro que la confirma y la gloria de la civilización que produce. La doctrina de Cristo ha puesto cátedra en todo rincón del mundo, y no quiere sino entendimientos que se fijen en ella, y que la penetren hasta la medula, y se la asimilen. En ello está, no el juicio y condenación de la doctrina, como pretendió Anás, sino la salvación del mundo.

C) v. 21. — *¿Qué me preguntas a mí?* — Jesús apela al testimonio de cuantos le oyeron, cuando le pregunta Anás por su doctrina. Si lo hubiese hecho el pontífice con afán de aprender, Jesús le hubiese con caridad enseñado lo que hubiese podido salvarle: pero es la maldad la que mueve a aquel hombre, con el único objeto de hallar en la doctrina de Cristo un punto vulnerable para condenarle. Nosotros no nos negaremos jamás a enseñar al ignorante en materia religiosa, cuando de buena fe nos pida nuestra doctrina. Pero si alguna vez nos acometiera alguien con la intención aviesa de burlarse de ella, o de nosotros que la profesamos, o con ánimo de molestarnos en lo que más amamos, que es nuestra fe, o quizás con espíritu de contradic-

ción impía o sectaria, mejor que responder al agresor. quizás será apelar al testimonio de las maravillas en todos los órdenes producidas por nuestra doctrina, en la ciencia, en el culto, en el arte, en el orden social y político. ¿Qué me preguntas a mí, podemos decir, si no hay más que mirar el levantamiento, la sublimación que en todas las cosas ha producido la fe cristiana: si hasta nuestros mismos adversarios deben todo lo que son a esta fe cristiana, porque todo hombre es hijo de la civilización en que se formó?

D) v. 22. — *Uno de los ministros... dió una bofetada a Jesús...* — Una bofetada es la máxima afrenta que se pueda hacer a un hombre: es baldón, es desprecio, es humillación, es injuria gravísima. Dada ante un tribunal, por un alguacil, a un Maestro, a un hombre de la talla de Jesús, cuando no hubiera otra consideración que su bondad indiscutida, sus milagros, su altísima doctrina, su fama, es cosa inaudita. Y no obstante, ¿cuántas bofetadas sigue recibiendo Jesús? Porque este bofetón material es como el símbolo de tanta afrenta como se infiere cada día a Jesús, a su nombre, a su historia, a sus milagros, a su doctrina. Nuestros pecados de escándalo son gravísima injuria que hacemos a su cuerpo místico, que es la Iglesia.

E) v. 23. — *Si he hablado mal, da testimonio del mal...* — ¿Qué más verdadero, manso y justo que esta respuesta?, dice San Agustín. Alguien dirá tal vez: ¿Por qué no hizo Jesús lo que en otra ocasión enseñó, de ofrecer la otra mejilla a quien le había herido con el bofetón? Hizo más el Señor: responder mansamente y dar, no su mejilla a las bofetadas, sino todo su cuerpo para ser clavado en cruz. Más bien demostró aquí que aquel su precepto, más que en la manifestación o exhibición externa, debe cumplirse con la disposición del corazón: porque puede suceder que uno preste su mejilla teniendo su corazón lleno de ira: mucho mejor es responder la verdad con mansedumbre, y estar dispuestos a sufrir cosas más atroces con ánimo tranquilo.

## 207. — SIGUE EL PROCESO RELIGIOSO JESÚS ANTE CAIFÁS: Mt. 26, 57-68

(Mc. 14, 53-65; Lc. 22, 63-65.)

### Sigue la lección de los "Passio" del Domingo de Ramos

<sup>87</sup> Mas los que tenían preso a Jesús, le llevaron a casa de Caifás, el príncipe de los sacerdotes, en donde se habían juntado los escribas y los ancianos,<sup>mc</sup> *y todos los sacerdotes.* <sup>88</sup> Mas los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban algún falso testimonio contra Jesús, para entregarlo a la muerte. <sup>89</sup> Y no lo hallaron, aunque se habían presentado muchos falsos testigos. <sup>90</sup> *Porque muchos decían falso testimonio contra él: mas no concordaban sus testimonios.* Mas, por último, llegaron dos testigos falsos, <sup>91</sup> *y dieron contra él un falso testimonio.* <sup>92</sup> Y dijeron: Éste dijo: Puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarlo en tres días. <sup>93</sup> *Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro no hecho a mano. Y no se concordaba el testimonio de ellos.*

<sup>94</sup> Y levantándose el príncipe de los sacerdotes en medio, le dijo: ¿No respondes nada a lo que éstos deponen contra ti? <sup>95</sup> Y Jesús callaba, <sup>96</sup> *y nada respondió.* Y <sup>97</sup> *otra vez* el príncipe de los sacerdotes <sup>98</sup> *le preguntó,* y le dijo: <sup>99</sup> *¿Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Bendito?* Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. <sup>100</sup> Jesús le dice: Tú lo has dicho: <sup>101</sup> *Yo soy.* Y aun os digo, que veréis de aquí a poco al Hijo del hombre sentado a la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.

<sup>102</sup> Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabáis de oír la blasfemia. <sup>103</sup> ¿Qué os parece? Y <sup>104</sup> *todos ellos,* respondiendo, dijeron: Reo es de muerte.

<sup>105</sup> Entonces <sup>106</sup> *algunos* le escupieron en la cara, y le maltrataron a puñadas, y otros, <sup>107</sup> *los ministros,* le dieron bofetadas en el rostro, <sup>108</sup> *y los que le habían apresado, le escarnecían hirriéndole. Y le vendaban los ojos, y le herían en la cara, y le preguntaban,* <sup>109</sup> *diciendo: Adivinanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?* <sup>110</sup> *Y decían otras muchas cosas, blasfemando contra él.*

**Explicación.** — DE ANÁS A CAIFÁS (v. 57). — Hacia dos días se había reunido el Sinedrio en casa del sumo pontífice Caifás (Cf. Mt. 26, 3), con objeto de resolver en qué forma podrían dolosamente capturar a Jesús y matarle. Logrado su objeto por la villana cooperación de Judas, y mientras Anás, prevenido seguramente por su yerno Caifás, entretenía al Señor con el interrogatorio del número anterior, a altas horas de la noche era convocado y se reunía precipitadamente el Sinedrio, bajo la presidencia del pontífice, para dar apariencias legales a la sentencia que contra Jesús se pronunciara, que fatalmente sería de muerte. En verdad, que Jesús estaba ya juzgado por aquel tribunal inicuo: era Caifás, su presidente, quien, actuando de juez y acusador, había ya manifestado crudamente su pensamiento, de que convenía que un hombre muriese por el pueblo: y era el Sinedrio quien había en la misma sesión decretado la muerte del Señor: trataban, pues, solamente los primates de salvar las formas legales, como buenos fariseos: *Mas los que tenían preso a Jesús, le llevaron a casa de Caifás, el príncipe de los sacerdotes, en donde se habían juntado los escribas y los ancianos, y todos los sacerdotes.*

FALSOS TESTIMONIOS CONTRA JESÚS (59-61). — Cosa inaudita de un tribunal, y más siendo el supremo de la nación, del que no cabía apelación, todo el Sinedrio se ocupó en sobornar a gente del pueblo para que dijeran falso testimonio contra Jesús, con el fin de justificar la sentencia de muerte: *Mas los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban algún falso testimonio contra Jesús, para entregarlo a la muerte:* es la perversión total del sentido moral y la prevaricación absoluta de los administradores de la justicia: no buscan testigos en pro, sino que los compran en contra de Jesús. Pero la vida del Señor es inocentísima: ellos lo saben, y tienen que despreciar con enojo los muchos testigos que comparecen acusando a Jesús, pero llevando sus declaraciones la marca de la mentira: *Y no lo hallaron, aunque se habían presentado muchos falsos testigos,* al reclamo del soborno, o a la presión del poder, quizás de la

amenaza: *Porque muchos decían falso testimonio contra él: mas no concordaban sus testimonios*, como suele suceder con testigos amañados. ¡En verdad que la iniquidad se mintió a sí misma! (Ps. 26, 12).

No dicen los Evangelistas qué falsedades dijeron los testigos anteriores contra Jesús. *Mas, por último, llegaron dos testigos falsos, y dieron contra él un falso testimonio*, refiriéndose a una afirmación de Jesús: pero ni en el fondo ni en la forma de la referencia pudo aquel tribunal hallar materia suficiente para una sentencia de muerte: *Y dijeron: Éste dijo: Puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarlo en tres días*. Marcos da la referencia en esta forma: *Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro no hecho a mano*. El fondo de esta afirmación no entraña materia punible, aunque no fué tal la afirmación de Jesús (Ioh. 2, 19): a lo más se le hubiese podido reprender por jactancia: cuanto a la forma, discrepan los mismos testigos que deponían sobre un mismo hecho. Por ello el tribunal no juzga bastante la prueba para un pronunciamiento de muerte: ni el Procurador romano la hubiese admitido como tal: *Y no se concordaba el testimonio de ellos*

TESTIMONIO QUE DA JESÚS DE SÍ (62-64). — Ante la inanidad de la prueba testifical, que contraviene los designios de la inícuca asamblea, Caifás pierde la ecuanimidad de juez y, quizás fingiendo un celo hipócrita por el Templo y el culto de Dios, amenazados por Jesús según los testigos, levántase de su asiento presidencial, y dirigiéndose hacia Jesús, en el plano, le increpa: *Y levantándose el príncipe de los sacerdotes en medio, le dijo: ¿No respondes nada a lo que éstos deponen contra ti?* La forma es ponderativa, y a un tiempo amenazadora: tal vez arranque de Jesús algo que supla la deficiencia de los testigos.

*Y Jesús callaba, y nada respondió*: era inútil toda respuesta: no era aquello un juicio, sino un violento atropello: la majestad de Jesús se agiganta con este silencio, que dejó desarmados a aquella taifa de hipócritas.

Ante el embarazoso silencio del reo y del tribunal, ira-

casada por escasa e incongruente una prueba amañada por el tribunal mismo con testigos falsos, Caifás adopta una actitud solemne, verdaderamente pontifical. Él es el portavoz de aquella asamblea, a la que corresponde juzgar en juicio inapelable de lo concerniente a la doctrina y al culto: Cristo se ha dicho a sí mismo Hijo de Dios, no con la filiación común de los demás fieles (Cf. Sap. 2, 13; 5, 1), sino con filiación natural, especialísima, propia suya, que le hace una cosa con Dios (Ioh. 5, 18; 10, 33): si lo confiesa el reo ante el Sinedrio constituido en tribunal doctrinal, como lo ha dicho en su predicación repetidas veces, será reo de muerte. Es lo que intenta Caifás arrancar de Jesús, por medio de juramento, prestado en el nombre de Dios vivo, omnisciente y vengador de los que en vano invocan su nombre: *Y otra vez el príncipe de los sacerdotes le preguntó, y le dijo: ¿Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Bendito? Te conjuro por el Dios vivo, es decir, te exijo con juramento prestado por el Dios vivo, que nos digas, si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.*

Jesús responde en forma clara, indubitada, robustecida con la fuerza del juramento que se le exige, que es en realidad el Hijo de Dios, el Cristo, y le dice: *Tú lo has dicho*: es una fórmula solemne que usaban los judíos para afirmar algo: Marcos da su equivalencia en esta afirmación rotunda: *Yo soy*. El momento debía ser de gran emoción para aquellos hombres que habían seguido paso a paso el ministerio de Cristo, que hacía pocos días había resucitado a Lázaro y había confirmado sus enseñanzas con otros grandes portentos. Llegaría a su máximo el pasmo de la asamblea, cuando Cristo, adoptando también solemne actitud que delatan sus palabras, añade a su categórica respuesta esta gravísima explicación, toda llena de sentido bíblico y divino: *Y aun os digo, que veréis de aquí a poco al Hijo del hombre sentado a la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo*. Jesús se hace aquí “el Señor a quien dijo el Señor: Siéntate a mi diestra” (Ps. 109, 1): aquel Hijo del hombre que montado sobre las nubes del cielo se llegaba hasta el Dios eterno (Dan. 7, 13); es decir, Dios omnipotente como el mismo Dios omnipotente. Y ello lo demostrará “de aquí a

poco", con la gloria de su resurrección y ascensión, con los milagros de sus discípulos, con la dilatación de su Iglesia, con la ruina del estado judío.

LA SENTENCIA DE MUERTE (65.66). — Esta solemne confesión judicial por la que Jesús se decía Dios y afirmaba su próximo triunfo en el momento en que su causa parecía irremisiblemente perdida, produjo indignación y escándalo en el Sinedrio. Caifás, simulando gran dolor y espanto por la supuesta blasfemia que la respuesta de Jesús encerraba, rasgó sus vestiduras, todas las piczas de la indumentaria, excepto la exterior y la túnica, por la parte anterior y superior del pecho, y como un palmo: era costumbre judía hacerlo en los momentos de suprema exacerbación del dolor: así lo hizo Jacob cuando supo la muerte de José (Gen. 37, 34); así Tamar por el dolor de la injuria recibida (2 Reg. 13, 19; Cf. 4 Reg. 18, 37; 19, 1; Is. 37, 1; 1 Mach. 11, 71): *Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras: y, al tiempo de hacerlo, dijo: ¡Ha blasfemado!*

Caifás ha logrado su intento: Jesús, con su confesión, le ha sacado del agobio en que se hallaba: es ya el juez triunfador que tiene prueba sobrada para la condenación: sobran ya los testigos: por ello se dirige a la asamblea, diciendo: *¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabáis de oír la blasfemia.* Cien veces habían intentado aquellos hombres sorprender a Jesús en flagrante delito: ahora ha caído espontáneamente dentro de las sanciones legales. La blasfemia era en la ley castigada con pena de muerte (Lev. 24, 15): sentado el hecho de la blasfemia de Jesús por el sumo sacerdote, pero sin discutir el valor de la afirmación de Cristo, sin recordar los milagros con que había demostrado su misión divina, los sinedristas pronuncian la sentencia de muerte contra Jesús: *¿Qué os parece? Y todos ellos, respondiendo, dijeron: Reo es de muerte.* Aquellos hombres, a quienes las prácticas judías no consentían pronunciar sentencia de muerte por aclamación, ni el mismo día del juicio, acababan de hacer de acusadores y jueces, y abusaban de su prepotencia para condenar a un hombre justo.

**EL SINEDRIO ULTRAJA A JESÚS (67.68).** — Hasta este momento aquella asamblea ha respetado la persona de Cristo y ha conservado, dentro de su crueldad e hipocresía, el decoro externo. Pero, apenas el reo es declarado blasfemo y digno de muerte, cuando su falsa piedad, vengadora de las injurias hechas a Dios, hace se desaten aquellos hombres, jueces y ministros de justicia, en groseros ultrajes contra Jesús: *Entonces algunos le escupieron en la cara*: es la señal máxima de desprecio (Num. 12, 14; Deut. 25, 9): los judíos no podían escupir mientras se hallaban en el monte donde estaba emplazado el Templo: *Y le maltrataron a puñadas*, dándoselas en distintas partes del cuerpo: *Y otros, los ministros o alguaciles, le dieron bofetadas en el rostro*, hiriéndoselo con el plano de la mano. *Y los que le habían apresado, le escarnecían hiriéndole*: eran los alguaciles que golpeaban atrozmente al Señor, con beneplácito de los sinedristas. *Y le vendaban los ojos, y le herían en la cara, y le preguntaban, diciendo: Adivínanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?*

Del contexto de Mateo se colige que eran algunos de los mismos jueces quienes no se avergonzaron de escupir y golpear a Jesús, maniatado: vengábanse en esta forma de quien tantas veces les había derrotado ante el pueblo y delatado sus crímenes. Del relato de Lucas se colige que aun se acumularon sobre Jesús otros ultrajes a más de los descritos: *Y decían otras muchas cosas, blasfemando contra él*. Espectáculo indigno de un tribunal supremo, que descendía del alto sitio de la justicia para arrojarse tumultuosamente sobre un justo indefenso.

**Lecciones morales.** — A) v. 59. — *Buscaban algún falso testimonio contra Jesús...* — Son falsos testimonios, dice Orígenes, los que se profieren a lo menos con alguna apariencia o color de culpa contra el acusado: pero cuando se trató de acusar falsamente a Jesús, ni siquiera apariencias se hallaron de culpa, no obstante los muchos testigos que se presentaron, ganosos de bienquistarse con los jueces. Lo que redundaba en gran alabanza del Señor, quien de tal manera se portó irrepreensiblemente en todas las cosas, que ninguna verosimilitud de mal pudieron en él hallar muchos hombres malos y astutos.



B) v. 60. — *Y no lo hallaron...* — De la chusma del pueblo, en que buscarían aquellos primates los testigos contra Jesús, es más fácil que salgan falsos testimonios que verdaderos: la ignorancia, la venalidad, la conveniencia llevan a los tribunales a los infelices sin conciencia. Y no obstante, a pesar de que llegaron muchos que depusieron contra Jesús, no se halló una sola razón ni un solo hecho que pudieran servir de prueba en juicio. Es la señal más evidente de la santidad de Jesús. Como ante el tribunal de Caifás, ha pasado Jesús por todos los tribunales que se han levantado en la historia para juzgarle: su nombre queda inmaculado siempre. No quedan más que la baba inmunda o el grosero insulto que contra Él se ha lanzado sin más razón que el odio que se le profesa. Discípulos y amadores suyos, debemos sentir santo orgullo de seguir y amar a Señor que de tal manera triunfó siempre de sus adversarios.

C) v. 63. — *Y Jesús callaba...* — Callaba, dice el Crisóstomo, porque era inútil toda respuesta justificativa, que nadie había de oír; por cuanto aquello era una parodia de juicio, y en realidad una acometida de ladrones, en su misma cueva, contra un hombre indefenso. Por aquí, dice Orígenes, debemos aprender a despreciar la voz de los calumniadores y falsos testigos, considerando indignos de respuesta aquellos que dicen falsedades contra nosotros, mayormente cuando más provechoso es callar con libertad y fortaleza que defenderse sin provecho alguno.

D) v. 63. — *Te conjuro por el Dios vivo...* — Jesús, que había callado mientras le acusaban los falsos testigos, hace plenísima confesión de la naturaleza de su persona tan luego el pontífice se lo exige con juramento prestado en nombre de Dios vivo, a pesar de que sabía que su respuesta le había de acarrear la condenación. Y es que los espíritus rectos no temen decir la verdad, cuando es necesario decirla, aun a costa de las comodidades, de la libertad y de la vida misma. Un mártir no es más que un testimonio de la verdad, y la Iglesia cuenta con diez y seis millones de mártires: son diez y seis millones de cristianos, hermanos nuestros, que han puesto una equivalencia entre su sangre y la verdad. Comparemos nuestra conducta para con la verdad, que muchas veces disimulamos, por conveniencia o cobardía, con el ejemplo de Cristo y de sus mártires.

E) v. 65. — *El príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras...* — Más le valiera, y era más natural, demostrada la inocencia de Jesús, que hubiese rasgado su corazón por la penitencia, como quiere el profeta (Ioel 2, 13), y no sus vestiduras.

Hartas pruebas tenía dadas Jesús de su mesianidad; y ahora se añade la prueba inconcusa de su inocencia, que debía proclamar el más alto tribunal de la nación. Pero predominó el prejuicio, y venció la hipocresía, en vez de la justicia, que debía reconocer la misión de Jesús. ¡Cuánto debemos temer, al enjuiciar personas y cosas, aunque no sea más que en el fuero de nuestra conciencia o ante un cenáculo de amigos, no llevar ya la cosa prejuzgada, por la natural antipatía, por el interés personal o de partido, por el falso criterio que nos hemos impuesto o nos han impuesto por norma! Y si tenemos una responsabilidad jerárquica o social, ¡cuánto daño podemos acarrear a personas y cosas!

f) v. 66. — *Dijeron: Reo es de muerte.* — Un reo es un convicto de un crimen: y Jesús no ha hecho más que decir lo que era: el Hijo de Dios vivo. Procedía discutir los títulos de Jesús a la filiación divina; pero se le condena por blasfemo por una simple afirmación. Y resulta el mayor error judicial que ha registrado la historia; porque se condena a muerte al que es Hijo vivo de Dios vivo; al que ha dicho de sí mismo que es la vida (Ioh. 14. 6); al que vino para dar la vida y darla con abundancia (Ioh. 10, 10). Pero el gran error fué la salvación del mundo: porque de la muerte del que es la Vida, vino la vida para los que habíamos muerto; y de la sentencia de condenación del que es la Vida de las vidas, resultó la liberación de la muerte eterna de toda la humanidad prevaricadora. Adoremos los justos juicios de Dios, que de tamaños males sabe sacar tan inmensos bienes.

g) v. 67. — *Entonces algunos le escupieron en la cara...* — Leamos esto con frecuencia, dice el Crisóstomo: oigámoslo como conviene, y grabémoslo en nuestros corazones. De esto se ocupa San Pablo muchísimas veces, de la cruz, de los tormentos, de los insultos, de las afrentas, de los dicterios: exhortándonos, ora a salir en busca de los oprobios de Cristo; ora a seguir al Señor, que, entre el goce y la cruz, escogió a ésta, despreciando la confusión que le va aneja. Éste es nuestro patrimonio de cristianos, porque es el que nos legó Cristo, nuestro Padre.

## 208. — LAS NEGACIONES DE PEDRO

PRIMERA: IOH. 18, 15-17; Lc. 22, 54-57

(Mt. 26, 58.69.70; Mc. 14, 54.65-68)

SEGUNDA: Mt. 26, 71.72; IOH. 18, 18-25

(Mc. 14, 69.70; Lc. 22, 58)

TERCERA: Lc. 22, 59-62

(Mt. 26, 73-75; Mc. 14, 70-72; Ioh. 18, 26.27)

PRIMERA: <sup>1</sup><sup>15</sup> Seguían a Jesús, <sup>m</sup> *de lejos*, Simón Pedro y otro discípulo, <sup>m</sup> *hasta el atrio del príncipe de los sacerdotes*. Y aquel discípulo era conocido del pontífice, y entró con Jesús en el atrio del pontífice. <sup>16</sup> Mas Pedro estaba fuera, a la puerta. Y salió el otro discípulo, que era conocido del pontífice, y lo dijo a la portera: e hizo entrar a Pedro. <sup>17</sup> Y dijo a Pedro la criada portera: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dice él: No soy. <sup>m</sup> *Y habiendo entrado, se estaba sentado con los ministros, para ver en qué paraba aquello.*

<sup>1</sup><sup>18</sup> Y encendido fuego, <sup>mc</sup> *abajo*, en medio del atrio, <sup>m</sup> *fuera*. y sentándose ellos alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos <sup>m</sup> *calentándose*. <sup>19</sup> Una criada, cuando lo vió sentado a la lumbre, lo miró con atención, y dijo: <sup>m</sup> *También tú estabas con Jesús Nazareno: y éste con él estaba*. <sup>20</sup> Mas él lo negó, <sup>mc</sup> *delante de todos*, diciendo: Mujer, no lo conozco, <sup>mc</sup> *ni sé lo que dices. Y se salió fuera, delante del atrio, y cantó el gallo.*

SEGUNDA: <sup>m</sup><sup>21</sup> Y <sup>1</sup><sup>22</sup> *al poco rato*, saliendo él a la puerta, lo vió otra criada, y dijo a los que estaban allí: Éste estaba también con Jesús Nazareno. <sup>mc</sup> *Y viéndole de nuevo la criada, comenzó a decir a los que estaban presentes: Éste de ellos es*. <sup>23</sup> Y negó otra vez con juramento, diciendo: No conozco a tal hombre.

<sup>1</sup><sup>24</sup> Los criados y los ministros estaban en pie a la lumbre, porque hacía frío, y se calentaban. Y Pedro se estaba también en pie, calentándose con ellos. <sup>m</sup> Y le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Negó él, y dijo: No soy. Otro, *mirán-*

*dolo, le dijo: También tú eres de ellos. Mas Pedro dijo: Oh, hombre, no lo soy.*

TERCERA: <sup>1</sup> <sup>a</sup> Y pasada como una hora, afirmaba otro, y decía: En verdad, éste con él estaba: porque es también galileo. <sup>a</sup> Y dijo Pedro: Hombre, no sé lo que dices. <sup>a</sup> *Acercáronse los que estaban en pie, y dijeron a Pedro: En verdad, que tú también eres de ellos, porque tu habla te da bien a conocer. Entonces comenzó a hacer imprecaciones, <sup>mc</sup> y a maldecirse, <sup>a</sup> y a jurar: Yo no conozco a este hombre de quien habláis. <sup>1</sup> Dícele uno de los criados del pontífice, pariente de aquel a quien había cortado Pedro la oreja: ¿No te vi yo a ti en el huerto con él? Y otra vez negó Pedro. <sup>ab</sup> Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo <sup>mc</sup> otra vez. <sup>a</sup> Y volviéndose el Señor, miró a Pedro. Y Pedro se acordó de la palabra del Señor, como le había dicho: Antes que el gallo cante <sup>mc</sup> dos veces, me negarás tres veces. <sup>mc</sup> Y empezó a llorar. <sup>a</sup> Y saliendo fuera, lloró amargamente.*

**Explicación.** — Narran el episodio de las negaciones de Pedro los cuatro Evangelistas, con tal abundancia y viveza de detalles y tan propios de cada uno de ellos, que forman un cuadro completo, vivo, dramático, de las lamentables caídas del Príncipe de los Apóstoles. La misma discrepancia de detalles, al par que demuestra la independencia y la verdad de los cuatro relatos, hace que difícilmente puedan encajarse dentro de una perfecta unidad. Lo que no debe perderse de vista al tratar de las negaciones de Pedro, es que ellas fueron más de tres, si se trata de los actos singulares que puso el apóstol, pues fueron seis o siete, según aparece del simple cotejo de los textos del Evangelio: tres veces negó preguntado por las mujeres, dice Cayetano, y cuatro siéndolo por hombres. Las tres negaciones deben, pues, entenderse más bien de las tres distintas ocasiones de aquella noche, separadas por breve intervalo de tiempo, en que negó Pedro reiteradamente al Señor.

PRIMERA NEGACIÓN (Ioh. 18, 15-17; Lc. 22, 54-57). — Tuvo lugar mientras Jesús estaba en casa de Anás. La dispersión de los Apóstoles en el Huerto de Getsemaní había sido total, así que los enviados del Sinedrio se apoderaron

de Jesús. Pedro y Juan, con todo, no se resignaron a abandonar al Maestro, y así que la cohorte con la turba de ministros del Sinedrio se pusieron en marcha hacia la ciudad, probablemente por el mismo camino por donde poco ha habían venido al huerto Jesús y sus discípulos, siguieron recelosamente los pasos de Jesús prisionero: *Seguían a Jesús, de lejos, Simón Pedro y otro discípulo*. La tradición y la inmensa mayoría de intérpretes ha visto en este "otro discípulo" a Juan el Evangelista, que, como otras veces, no se llama por su nombre en su Evangelio, por tratarse de un hecho preclaro (Cf. 1, 40; 13, 23; 19, 26, etc.): no faltan, sin embargo, quienes, por no hallar la razón de la amistad de Juan con el pontífice, creen se trataría de algún discípulo oculto y noble. Ambos discípulos llevan intención de pasar hasta el atrio del príncipe de los sacerdotes.

*Y aquel discípulo*, nos inclinamos a que era Juan, *era conocido del pontífice*: la libertad con que entra en el palacio del pontífice tras la comitiva que lleva preso a Jesús, hace suponer cierta familiaridad con Anás y el conocimiento de ella por los empleados de la casa: *Y entró con Jesús en el atrio del pontífice*: el patio interior de la casa, sobre el que se abrían las ventanas interiores de la misma. Ignórase qué clase de relación pudo haber entre Juan y Anás: han supuesto algunos que, como pescador que era del lago de Galilea, estaba encargado del suministro del pescado a la casa del pontífice.

A Pedro, desconocido de la portera, se le cerró el paso al interior del patio, y quedó en la calle: *Mas Pedro estaba fuera, a la puerta*. Notólo Juan, y utilizó su carácter de conocido de la casa para hablar a la portera en favor de su compañero, que pudo así pasar al patio: *Y salió el otro discípulo, que era conocido del pontífice, y lo dijo a la portera: e hizo entrar a Pedro*.

Mientras Juan, lograda ya la introducción de Pedro, se apresuraba a unirse otra vez a la comitiva, que penetraba ya en las habitaciones del palacio pontifical, Pedro se quedaba rezagado, y la portera, intrigada por la relación que se había manifestado entre Pedro y Juan, a quien conocía

como discípulo de Jesús, le pregunta a Pedro si también él es discípulo del Señor: *Y dijo a Pedro la criada portera: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Pedro, para evitar dificultades por parte de la portera, y temiendo ser tratado por los alguaciles como lo era Jesús, negó, rápidamente y en redondo: Dice él: No soy.*

Salva Pedro la distancia que va de la puerta del palacio al atrio, y *habiendo entrado, se estaba sentado con los ministros, para ver en qué paraba aquello:* el amor, quizás la esperanza de ver otra vez libre al Maestro, le retienen a corta distancia de él. En medio del atrio habían encendido los servidores del pontífice una hoguera para calentarse: suelen las noches de la Palestina ser tanto más frías cuanto más caluroso ha sido el día: alrededor de la hoguera se sentaron aquellos hombres: Pedro se les juntó, sentándose con ellos al amor de la lumbre: *Y encendido fuego, abajo, en medio del atrio, fuera, al aire libre, y sentándose ellos en tierra alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos calentándose. Una criada, probablemente la misma portera, que había seguido a Pedro después de su negativa, fijó en él atentamente los ojos: la conversación de la servidumbre versaba sin duda sobre Jesús: la criada delata a Pedro, ante aquel ruedo de hombres, como seguidor de Jesús: Cuando lo vió sentado a la lumbre, lo miró con atención, y dijo, dirigiéndose a él: También tú estabas con Jesús Nazareno: y volviéndose a los demás les dijo: Y éste con él estaba. Pedro teme: ya no es una mujerzuela sola: son muchos hombres que le interrogan con sus miradas: y niega a Jesús con insistencia: Mas él lo negó, delante de todos, diciendo: Mujer, no lo conozco, ni sé lo que dices:* Tan lejos estoy de conocer a este hombre de quien me hablas. La interpelación de la criada le ha colocado en situación embarazosa ante la concurrencia, y temiendo delatarse a sí mismo en su ficción, opta por dejar el ruedo y salir del patio, hacia el vestíbulo: *Y se salió fuera, delante del atrio.* Es entonces cuando cantó el gallo por vez primera: *Y cantó el gallo:* pero tan preocupado estaba Pedro, que el canto del ave no le hizo recordar las palabras proféticas del Maestro.

SEGUNDA NEGACIÓN (Mt. 26, 71.72; Ioh. 18, 18-25). — Huyó Pedro de la molesta conversación de los que estaban sentados a la lumbre, temeroso de ser descubierto; pero no le aguardaba mejor suerte en el vestíbulo, adonde se dirigió: *Y al poco rato, saliendo él a la puerta, que comunicaba el atrio con el vestíbulo, lo vió otra criada: la portera había contado a sus compañeras de servicio hallarse allí un discípulo del Maestro prisionero, que no quería confesarse tal: quizás esta otra criada conocía directamente a Pedro, como individuo de la comitiva del Señor, muchas veces con él visto en Jerusalén: Y dijo a los que estaban allí: Éste estaba también con Jesús Nazareno.* La delación, impertinente para Pedro, que se ve por todas partes acosado, es repetida por otra fámula, quizás la misma portera, que otra vez le señala con el dedo a los presentes como seguidor de Jesús: *Y viéndole de nuevo la criada, comenzó a decir a los que estaban presentes: Éste de ellos es: Pedro niega, y a la negación añade lo sagrado del juramento: Y negó otra vez con juramento, diciendo: No conozco a tal hombre: tan lejos estoy de ser discípulo suyo.*

Vuelve Pedro al atrio, molesto sin duda por la garrulidad de las criadas, y se acerca otra vez al ruedo de los que se calentaban a la lumbre: muchos de ellos están en pie: *Los criados y los ministros estaban en pie a la lumbre, porque hacía frío, y se calentaban. Y Pedro se estaba también en pie, calentándose con ellos.* Ahora son los servidores y alguaciles que le preguntan: *Y le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Negó él, y dijo: No soy.* Pero uno de los circunstantes ya no pregunta, sino que afirma en absoluto que lo es: *Otro, mirándolo, le dijo: También tú eres de ellos. Mas Pedro, revelando en su respuesta la congoja que le invade, dijo: Oh, hombre, no lo soy.*

TERCERA NEGACIÓN (Lc. 22, 59-62). — Mientras arriba, en las habitaciones del pontífice Caifás, que suponemos habitaba el mismo palacio que Anás, se prolongaba la sesión del Sinedrio a que se refiere el número anterior, en las dependencias de la planta baja seguían los servidores

acosando a Pedro, tomando cada vez más cuerpo la creencia de que era uno de los discípulos del Señor: *Y pasada como una hora, afirmaba otro, y decía, señalando otra vez a Pedro: En verdad, éste con él estaba: porque es también galileo: éste añade ya la razón de la igualdad de nacionalidad con el Maestro: Y dijo Pedro, desviando la insinuación: Hombre, no sé lo que dices.*

La delación de su nacionalidad espanta seguramente a Pedro, y más cuando *acercáronse los que estaban en pie, y dijeron a Pedro: En verdad, que tú también eres de ellos, porque tu habla te da bien a conocer.* Es entonces cuando perdió del todo la serenidad, apelando a todos los medios para hacer prevalecer su negativa: *Entonces comenzó a hacer imprecaciones, deseándose toda suerte de males si no decía la verdad: y a maldecirse, pidiendo a Dios que le hiciese tal o cual si decía mentira: y a jurar por las cosas sagradas, llegando a hablar con menosprecio del Maestro: Yo no conozco a este hombre de quien habláis:* es decir, que el infeliz apóstol, aterrorizado, apela reiteradamente a todos los medios de persuadir una verdad que sabe es mentira.

Aun se le añade otro motivo de terror, recordándole el hecho reciente de haber cortado una oreja de un siervo del pontífice: *Dícele uno de los criados del pontífice, pariente de aquel a quien había cortado Pedro la oreja: ¿No te vi yo a ti en el huerto con él? Y otra vez negó Pedro.*

La medida de la prevaricación de Pedro se había colmado: no podía ya bajar más en la escala de la infidelidad pública, ya que jamás le faltó la fe en el fondo de su alma. Por otra parte, la profecía de Jesús se había cumplido plenamente: seguiría aún hablando Pedro en el mismo sentido cuando el segundo canto del gallo despertó su conciencia: *Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo otra vez.* De las habitaciones superiores, donde el Sinedrio acababa de condenar a Jesús, era llevado el Maestro a la planta baja, donde se hallaba Pedro con los servidores de la casa: *Y volviéndose el Señor, miró a Pedro:* y con la mirada llevó la gracia del arrepentimiento a su corazón: *Y Pedro se acordó de la palabra del Señor,*



*como le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces.* El recuerdo de la palabra del Señor inició el llanto en los ojos de Pedro, con que lavó las manchas contraídas con su debilidad y escándalo: *Y empezó a llorar:* y para que la presencia de hombre alguno no cohibiese esta señal de dolor, abandonó la compañía de aquellos impíos y salió de la casa, prorrumpiendo en llanto y grandes sollozos: *Y saliendo fuera, lloró amargamente.*

**Lecciones morales.** — A) Ioh. v. 17. — *Dice él: No soy.* ¿Qué haces, Pedro?, dice San Agustín. Repentinamente se ha mudado tu voz: tu boca, poco ha llena de amor y de fe, profiere palabras de odio y perfidia. Aun no te ha llegado el turno de los azotes, no ha llegado la hora de los tormentos: quien te pregunta, no es uno de aquellos que por su autoridad puedan infundir miedo a quien confiesa la verdad: es una simple mujer la que te pregunta: quizás ni te denunciaría aunque le confesaras la verdad: ni llega a mujer tu interlocutora, porque es una pobre portera, una vil esclava. Estas consideraciones de San Agustín deben llenarnos de espanto, al ver al príncipe de la Iglesia caer al débil soplo de una pregunta inconveniente de una mujer gárrula: ¿qué podemos esperar nosotros, de nosotros mismos, sino derrotas aun mayores, porque somos más flacos que el Apóstol y son más vehementes las tentaciones a que estamos expuestos?

B) Lc. v. 55. — *Estaba también Pedro en medio de ellos...* La anterior caída, ocasionada por la pregunta de una mujerzuela, debía hacer a Pedro más cauto, y no meterse en la compañía de gente libre y desvergonzada, cuyas preguntas menos aún podría resistir. Pedro hizo lo contrario; y así le fué. En lo que se nos enseña a huir de las ocasiones, y más cuando la triste experiencia nos ha revelado crudamente nuestra flaqueza. Entonces es manifiesta temeridad exponerse al peligro de caer, y podemos esperar caer por todo derrumbadero hasta el abismo de toda miseria, como le ocurrió a Pedro en este pecado de infidelidad al Maestro.

C) Mt. v. 72. — *Y negó otra vez con juramento...* — Pondría quizás a Dios como testigo de que no conocía a aquel hombre de quien había antes confesado que era el Cristo, el Hijo de Dios vivo, y por lo mismo, Dios. Descúbrenos la caída de Pedro la profunda miseria del hombre que, cuando de él se apodera la

pasión, llega a perder hasta el concepto del deber, la propia dignidad y todo temor de Dios. Ni hay que excusar a Pedro, como hacen algunos, diciendo que negaba en Cristo al hombre, pero que no le negaba Dios; el texto se rebela contra esta interpretación: negó que le conociera como hombre y como Dios, en absoluto: si así no fuera, no se hubiese realizado la palabra del Señor: "Me negarás tres veces." Negar a Cristo, para nosotros que le reconocemos nuestro Dios y Redentor, es negar el nombre de cristianos en que debemos gloriarnos, y avergonzarnos de seguirle, aun entre la expectación o entre las burlas de nuestros adversarios.

D) Ioh. v. 18. — *Y Pedro se estaba también en pie, calentándose...* — Mala compañía tenía Pedro: soldados y servidores de palacio, enemigos del Señor, como sus jefes y señores. Pedro no ha orado en Getsemaní; ha dejado la compañía de Juan; está refocilándose junto a la lumbre, con gente baja, que comentaría la prisión de Jesús en la que intervinieron, que tendrían palabras de odio y desprecio contra Jesús. Pedro sucumbe: su voluntad, tan decidida antes, ha quedado anulada por tantos factores del mal como contra ella se han acumulado. ¡Cómo en su interior desolado, después de la caída, resonarían las palabras de Jesús: "Vigilad y orad, para que no caigáis en la tentación"!

E) v. 60b. — *Cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo...* Misticamente, dice San Beda, este gallo es toda voz que resuena en nuestra conciencia, y que nos grita: ¡Despertaos, y no queráis pecar! ¿Quién no ha oído mil veces esta voz estridente, en la media noche del pecado, que a pesar de nuestra prevaricación nos llama, una, dos, cien veces, para que reconozcamos nuestra miseria y nos volvamos a Dios? Junto con la voz de la conciencia, aparece ante nosotros, como apareció a Pedro, la dulce figura de Jesús, que pasa ante nuestros ojos, ora lleno de amabilidad, llamándonos; ora cargado de oprobios, arguyéndonos con la fuerza terrible de lo que por nosotros sufrió; ora recordándonos promesas solemnes que han quedado incumplidas por nuestra debilidad. Si oímos esta voz, si vemos a Jesús, no seamos sordos, ni duros; sigamos al Señor.

F) v. 62. — *Lloró amargamente.* — Es de fe, dice Suárez, que Pedro, con sus negaciones, pecó gravemente. ¿Por qué permitió el Señor que cayera Pedro de modo tan miserable? Porque convenía que el supremo Rector de la Iglesia supiese compadecer a los caídos: para que a nadie negara la esperanza de la penitencia: para que aprendiéramos a temer quienes he-

mos visto sucumbir al firme sostén de la fe en el mundo. Pero si Pedro pecó, como tantas veces hemos nosotros pecado, hagamos, como él, condigna penitencia de nuestros pecados. Él los lloró amargamente, dice el sagrado texto: lloró, dice San Ambrosio, porque erró como hombre: lloró para lavar con lágrimas su crimen: lloró, añade San Cirilo, no porque temiese la pena, sino por la pena de haber ofendido a su Amado, lo que le atormentaba más que cualquier pena. Pensemos que el Señor quiere que se borren nuestras culpas diluyéndolas en el amargo licor de nuestras lágrimas.

## 209. — SIGUE EL PROCESO RELIGIOSO DE JESÚS SEGUNDA SESIÓN DEL SINEDRIO: Lc. 22, 66-71; 23, 1

(Mt. 27, 1.2; Mc. 15, 1)

### Lección de los "Passio" respectivos

*"Y <sup>mc</sup> al punto, por la mañana, cuando fué de día, se juntaron los ancianos del pueblo, y <sup>m</sup> todos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, <sup>mc</sup> y todo el concilio <sup>m</sup> contra Jesús, para entregarlo a la muerte, y lo llevaron a su concilio, y le dijeron: Si tú eres el Cristo, dínoslo. <sup>m</sup> Respondióles: Si os lo dijere, no me creeréis. <sup>mc</sup> Y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. <sup>m</sup> Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios. <sup>m</sup> Dijeron todos: Luego, ¿tú eres el Hijo de Dios? Él dijo: Vosotros lo decís, lo soy. <sup>m</sup> Y ellos dijeron: ¿Qué necesitamos más testimonio? Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca, 23, <sup>1</sup> Y se levantó toda aquella multitud, y, <sup>mc</sup> atando a Jesús, lo llevaron <sup>m</sup> atado a Poncio Pilatos, <sup>m</sup> Presidente.*

**Explicación.** — En la primera sesión del Sinedrio habida en el palacio de Caifás poco después del arresto de Jesús, se le había condenado por blasfemo: pero prescribían los preceptos talmúdicos que toda sentencia capital fuese nula si se pronunciaba de noche. Por ello los mismos sinedristas acordarían ya en la misma sesión nocturna celebrar otra así que se hiciese día, en la que se ratificara el

primer acuerdo, para darle todas las garantías legales. Por otra parte, como la causa de Jesús debía ser conocida también ante el tribunal civil de Pilatos, único que podía ratificar y llevar a ejecución la sentencia del Sinedrio, era conveniente que el proceso eclesiástico no pecara por defecto de forma. A estos motivos se debe esta segunda sesión, cuyos detalles sólo refiere San Lucas, aunque los otros dos sinópticos insinúan también que se tuvo esta sesión (Mt. 27, 1; Mc. 15, 1). Por lo demás, fué esta segunda asamblea brevísima: no se aportaron testigos, y sólo se sometió a Jesús a un sumarísimo interrogatorio.

*Y al punto, por la mañana, cuando fué de día, se juntaron los ancianos del pueblo, y todos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y todo el concilio contra Jesús, para entregarlo a la muerte, y lo llevaron a su concilio.* Jesús había pasado el intervalo entre las dos sesiones en la planta baja del palacio de Caifás, quizás encerrado en alguna de sus dependencias, o víctima de las burlas soeces de los servidores del Sinedrio, que habían empezado ya al terminar la sesión primera.

*Y le dijeron: Si tú eres el Cristo, dínoslo.* Han pasado unas dos o tres horas desde que solemnemente se declaró a Jesús reo de muerte: ha sufrido gravísimas injurias y molestias: quizás ello, y la perspectiva de la muerte próxima, haya obrado un cambio en la psicología del reo: por ello, prescindiendo de todo otro capítulo de acusación, se concretan los sinedristas al punto capital donde creen blasfemo el reo, diciéndose Mesías. Si se afirma en su confesión, se le declarará definitivamente reo de muerte: el mismo Pilatos deberá confirmarla, ya que la cualidad de Mesías importa la realeza sobre el pueblo judío.

Jesús responde, primero, con una evasiva que es una condenación de los procedimientos del Sinedrio: *Respondiéndoles: Si os lo dijere, no me creeréis, porque estoy ya prejuzgado por vosotros, y no vais a indagar la verdad, sino a buscar motivo de perderme: Y también si os preguntare, como lo he hecho otras veces, estableciendo discusión sobre el valor de mi misión, no me responderéis, con ánimo de*

conocer la verdad, *ni me soltaréis*, porque vuestra resolución de matarme es irrevocable.

Tan certera ha sido la respuesta de Jesús que el Sinedrio queda en silencio: Jesús lo aprovecha para hacer de nuevo, ante aquella asamblea plenaria, la solemne confesión de su mesianidad: *Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios*: cuando vosotros hayáis cumplido vuestros designios contra mí, entonces vendrá la glorificación que me corresponde como Hijo del hombre, es decir, como Mesías.

Tanto como callaron aquellos jueces inicuos a la primera declaración de Jesús, alborotan ahora confusamente y en tropel, simulando escándalo, pero no pudiendo en el fondo contener el gozo de ver a Jesús cogido en sus mismas palabras: *Dijeron todos: Luego, ¿tú eres el Hijo de Dios?* Porque Hijo de Dios era el Hijo del hombre, de Daniel (7, 13), y el Señor, que debía poner a sus enemigos como escabel de sus pies (Ps. 109, 2). Contrasta este desorden del Sinedrio, y lo enfático y despectivo a un tiempo de la pregunta, con la sublime serenidad con que responde Jesús afirmando otra vez su divinidad: *Él dijo: Vosotros lo decís, lo soy*, es decir, vosotros decís lo que es verdad, que yo soy el Hijo de Dios.

Ya tenía el magno Tribunal lo que buscaba: no el reconocimiento de la verdad, sino prueba bastante para condenar: *Y ellos dijeron: ¿Qué necesitamos más testimonio?* Ya no necesitamos testigos de referencia: *Pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca*. El juicio estaba terminado: las apariencias legales, cumplidas: el reo, condenado a muerte. Sólo falta la sanción de la autoridad civil, que van a requerir aquellos hombres a toda prisa, que el tiempo urge y mañana es la Pascua: *Y se levantó toda aquella multitud, y, atando a Jesús*, reforzando sus ataduras, pues debía atravesar la ciudad, o quizás atándole de nuevo, después de haberle desatado en el intervalo de las dos asambleas, o durante el interrogatorio, *lo llevaron atado a Poncio Pilatos, Presidente*. Todo el Sinedrio acompañó a Jesús al pretorio, para hacer más impresión al Procurador romano.

**Lecciones morales.** — A) v. 66. — *Si tú eres el Cristo, dínoslo.* — En estas palabras se encierra la hipocresía de los sinedristas, como pueden ser la expresión de un ansia de verdad que sienten todos los espíritus rectos que se hallan en tinieblas. ¡Cuántos le dicen, aun hoy, a Jesús, con befa y escarnio: “Si eres el Cristo, dínoslo”! Vale como decir: Si quieres que te tengamos por Dios y por enviado de Dios, manifiéstate, con prodigios estupendos que nosotros veamos, en la forma que nosotros te exijamos para creer en ti, porque nuestra razón tiene derecho a todas las razones que puedan garantizar su adhesión a la verdad, y no a la impostura. Pero ¡cuántos también, buscando la verdad con lealtad, le dicen a Jesús: “Si eres el Cristo, dínoslo”! Jesús confunde la soberbia de aquéllos, porque no es el hombre quien debe ponerle leyes a la verdad, y les deja en su ceguera. En cambio, ilumina Jesús a todo hombre que se halla en el mundo y le busca de buena fe: Luz esencial como es, no deja de ejercer jamás su función iluminativa sobre las almas, cuando ellas se abren espontáneamente para recibir, como las flores, la luz del cielo.

B) v. 67. — *Si os lo dijere, no me creeréis.* — Muchas veces había dicho Jesús a sus adversarios que era el Hijo de Dios, el Cristo de Dios, y no sólo no le creyeron, sino que tomaron pie de ello para prenderle. Y es que no está en la reiteración de la verdad el secreto de su triunfo sobre las inteligencias, sino en la disposición de éstas y en la gracia de Dios para que penetre en ellas. Las mismas verdades, con la misma claridad y fuerza, se predicán a un mismo pueblo, y en la misma ocasión, y hacen mella en unas almas, y a otras las dejan frías, quizás más hostiles que antes. Es un tremendo secreto, no de la psicología humana, sino del gobierno divino en el régimen de las almas. No creen los que quieren, sino aquellos a quienes ayuda Dios a creer: y Dios no ayuda a los que tienen prevención contra su verdad, antes les endurece los oídos y les cierra los ojos, para que no oigan ni vean, como dice en frase tremenda el profeta Isaías (6, 10).

C) v. 68. — *Y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis.* — No era ya la hora de discutir de doctrinas. Hacía poco que Jesús les había preguntado por qué David llama Señor a su hijo, y no le respondieron (Mt. 22, 43-45). Ni le creyeron cuando les dijo que era Hijo de Dios, ni se prestaron a recibir mayor luz cuando les opuso aquella dificultad. Menos lo harían ahora, cuando lo tenían en su poder. Es hora de ejer-

cer de jueces de iniquidad, no de aprender la doctrina de la verdad. Por lo demás, ya vendrá la sanción de su incredulidad y del crimen que van a perpetrar: este Cristo, a quien van a condenar, les condenará a su vez el día del juicio. Dios deja que los malvados hagan su camino, aprovechando su misma maldad para sus fines. El hombre se agita y Dios le lleva. Dios es paciente porque es eterno.

D) v. 69. — *Desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de la virtud de Dios.* — Dios hace su camino, paciente, porque es eterno, prescindiendo de las baladronadas de los míseros mortales. Pasó la famosa asamblea que condenó a Jesús: de ella sólo ha quedado el recuerdo de su injusticia: pero Jesús triunfó, y al cabo de poco tiempo el diácono Esteban le veía en su éxtasis sentado a la diestra de la virtud de Dios. Así han pasado todos los enemigos de Jesús. Uno tras otro se han hundido en el olvido de la historia, casi siempre con infamia: y Jesús persevera cada día más glorioso, porque las nuevas derrotas de sus enemigos aumentan el brillo de su aureola divina. Mil veces los hombres miserables han pretendido juzgar a Jesús: otras mil ha resultado Jesús el definitivo juzgador de sus juzgadores.

E) v. 71. — *Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.* — De la boca de Jesús salían aquellas palabras que le hacían exclamar a Pedro: “¿Adónde iremos, si tú tienes palabras de vida eterna?” (Ioh. 6, 69): de la boca de Jesús salían aquellos discursos que hacían decir a las multitudes: “Nunca hombre alguno habló como habla este hombre” (Ioh. 7, 46). Estas mismas palabras de la boca de Jesús — las que encierran mayor verdad, porque son la confesión de su divinidad — no sirven sino para escandalizar a los sinedristas y arrancar de sus corazones la sentencia de muerte contra el Señor. Digámosle a Jesús que nos haga la merced de que sus palabras, todas sus palabras, sean para nosotros vida eterna, porque cada una de ellas es capaz de darla; y que jamás sirvan para nuestro escándalo y condenación.

## 210. — DESESPERACIÓN Y SUICIDIO DE JUDAS

MT. 27, 3-10

**Corresponde este fragmento al "Passio" del Domingo de Ramos**

\* Entonces Judas, que le había entregado, cuando vió que había sido condenado, movido de arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes, y a los ancianos, <sup>4</sup> diciendo: He pecado, entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? Tú verás. <sup>5</sup> Y arrojando las monedas de plata en el Templo, se retiró, y fué, y se ahorcó con un lazo.

\* Y los príncipes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre. <sup>7</sup> Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros. <sup>8</sup> Por lo cual fué llamado aquel campo Hacéldama, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy. <sup>9</sup> Entonces se cumplió lo que fué dicho por Jeremías el profeta, que dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del comprado, según que fué valuado por los hijos de Israel. <sup>10</sup> Y las dieron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor.

**Explicación.** — Sólo San Mateo narra el episodio del desastroso fin de Judas: complemento de su narración es lo que se dice en los Hechos (I, 18.19), refiriendo el sermón de Pedro para la elección de un nuevo Apóstol. Es interesantísimo este relato, desde el punto de vista histórico y moral, y porque contiene el cumplimiento de una célebre profecía. En él hay que considerar la conducta de Judas (3-5), y la de los príncipes de los sacerdotes (6-10).

EL PRECIO DE LA SANGRE INOCENTE (3-5). — Como suele ocurrirles a los criminales, Judas no vió la enormidad de su crimen sino cuando lo hubo cometido y tuvo ante sus ojos sus tremendas consecuencias: la razón se serena cuando la pasión, saciada, ha cedido. Creen muchos que siguió el traidor paso a paso las escenas del proceso religioso de Jesús: si



así fué, cosa no improbable, porque acompañaría a las turbas que prendieron a Jesús hasta la casa del sumo pontífice, ya pudo allí mismo darse cuenta de que la muerte de Jesús era cuestión de horas. Si no estuvo presente a aquellos actos judiciales, se enteró de la sentencia de muerte cuando vió que el Maestro era tumultuosamente llevado por las calles de la ciudad desde la casa de Caifás al pretorio: *Entonces Judas, que le había entregado, cuando vió que había sido condenado, movido de arrepentimiento...*: más que pesar sincero de su crimen fué remordimiento lo que sintió: quizás al pactar la venta creyó que su Maestro, con su poder sobrehumano, se libraría de sus enemigos, como tantas veces. La visión del fin trágico que se acercaba para Jesús, obró un brusco cambio psicológico: los dineros, que tanto apeteció, le son abominación y estorbo: quisiera deshacer el pacto, volviendo los dineros a quienes se los dieron, y aquietando así su alma torturada, quizás logrando la libertad del Señor, confesando su crimen. Para ello se dirige al Templo, donde había pactado la venta: allí se habían dirigido algunos de los príncipes de los sacerdotes, desde el Sinedrio, para las funciones sacerdotales: Judas les entrega el dinero: *Volvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes, y a los ancianos.*

No sólo devuelve Judas el precio de la venta infame, sino que confiesa su crimen y proclama la inocencia de Jesús, *diciendo: He pecado, entregando la sangre inocente.* La respuesta de los primates es infame: ni vuelven sobre su acuerdo, por cuanto también ellos acaban de entregar la sangre inocente; ni se compadecen de un alma torturada por el remordimiento: *Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? Tú verás: tu pecado no nos interesa: arrostra tú sus consecuencias: es el desprecio que merece quien ha servido de instrumento miserable a los poderosos.*

La desdeñosa repulsa de los magnates exacerba la desesperación de Judas, quien, cegado por la obsesión del crimen cometido y por la humillación que sufre, se retira del lugar sagrado, después de haber arrojado el dinero en el Templo, quizás en el mismo "Santo", como suponen muchos intér-

pretes: *Y arrojando las monedas de plata en el Templo, se retiró.* No se acalla con ello su conciencia, antes la monstruosidad del crimen, que agigantan pasados recuerdos, y el mismo Satanás, que ha tomado posesión de él (13, 17), le llevan, no a Jesús, que podía perdonarle, sino a un paraje solitario donde se ahorcó: *Y fué, y se ahorcó con un lazo.* San Pedro completa lacónicamente la narración del fin trágico de este hombre repugnante (Act. 1, 18): "Y colgándose, reventó por medio, y se derramaron todas sus entrañas"; sea que se rompiera la cuerda o la rama del árbol si en él se colgó, sea que la hinchazón del podrido cuerpo determinara su ruptura. Así se había otro tiempo colgado Aquitófel, traidor como Judas, y su tipo en el Viejo Testamento (2 Reg. 17, 23).

EL CAMPO DE SANGRE (6-10). — La ley prohibía ofrecer en el Templo el fruto de ilícita ganancia (Deut. 23, 18): por analogía infieren los sacerdotes que tampoco podrán guardar en el tesoro sagrado, el gazofilacio, los siclos inmundos, precio de la venta de un hombre: *Y los príncipes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre:* así aquellos hombres, al par que confiesan la injusticia cometida, porque si Judas no pudo vender, tampoco ellos podían comprar, déjense llevar de escrúpulos farisaicos. Bien dijo de ellos Jesús que se tragaban el camello y colaban el mosquito (Mt. 23, 24).

Debían los sacerdotes devolver a sus dueños el dinero ofrendado de procedencia ilegítima: si el dueño no podía ser habido, debíase destinar a la pública utilidad, reparación de caminos y edificios, etc. No habiendo cementerio común, y siendo sin duda frecuentes las defunciones de extranjeros que en gran número acudían a Jerusalén, sobre todo en días de gran fiesta, aplicaron los sacerdotes los treinta siclos, previo acuerdo colectivo, a la compra de un campo de un alfarero, que lo habría utilizado para sacar de él la arcilla para la fabricación de sus vasijas: *Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfa-*

*rero, para sepultura de los extranjeros.* Campo que hoy se señala hacia el sur de Jerusalén, sobre la vertiente meridional del valle "Ben-Hinnon". Quiso la Providencia que se diese a este campo el nombre sirocaldeo de *Hacéldama*, para perpetuar, aun contra la voluntad de los sacerdotes, la memoria del crimen por ellos cometido: *Por lo cual fué llamado aquel campo Hacéldama, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy.*

La acción de Judas, con la mayor parte de sus detalles, había sido profetizada por Jeremías (18, 2.3; 32, 6-15), y Zacarías (11, 13.14). El Evangelista nota aquí el cumplimiento de la profecía, adjudicándola entera a Jeremías, porque de él es en su mayor parte, y porque este profeta era más conocido que Zacarías: no la cita literalmente, sino en su sentido: *Entonces se cumplió lo que fué dicho por Jeremías el profeta, que dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del comprado, según que fué valuado por los hijos de Israel. Y las dieron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor.* Zacarías, destinado a ser pastor de Israel, no pudiendo vencer la obstinación del pueblo, renuncia a su labor, y pide que se le pague el salario debido a su trabajo: no habiéndosele dado más que treinta monedas de plata, las arroja con desdén en el Templo, de donde son recogidas como cosa impura y llevadas al campo del alfarero, como prenda de la inminente venganza divina. A Jeremías, mientras el pueblo se hallaba próximo a ser transportado esclavo, mandóle Dios comprar un campo, como señal de la próxima dispersión del pueblo y de la misericordia que a su tiempo tendrá con él. El pastor figurado por Zacarías es Jesús, cuya labor es estimada por el Sinedrio en treinta monedas. Dios, despreciado, hizo restituir al Sinedrio la cantidad desembolsada, la que se invirtió en la compra del campo del alfarero, señal de la venganza que dentro de poco tomará Dios de Israel, y de la misericordia que usará con él al fin de los tiempos (Rom. 11, 25-31). San Mateo, al cotejar las profecías con el hecho histórico, las transcribe, al estilo de los parafrastas judíos, en la forma que más se adaptan a este hecho.

**Lecciones morales.** — A) v. 3. — *Judas... movido de arrepentimiento...* — Arrepintióse Judas, y expresó exteriormente su arrepentimiento, confesando su crimen, proclamando la inocencia de Jesús, devolviendo el precio de la venta inicua: y, no obstante, su arrepentimiento no le llevó a la verdadera penitencia, porque no le llevó a Dios, que es quien inspira y del cual arranca toda verdadera penitencia. El grito de Judas es la voz de un corazón torturado por el peso de la desesperación, no la voz dolorida del alma lacerada por el dolor esperanzado que, al apartar los ojos del crimen, los vuelve a Dios. En el arrepentimiento de Judas no hay luz, sino sólo tinieblas, que le llevan al suicidio: el verdadero arrepentimiento está siempre iluminado por la luz amorosa de Dios que nos llama a sí, y que enseña al penitente las rutas por donde debe remontarse a las alturas y vivir otra vez la vida de Dios. ¡Que Dios nos libre del negro arrepentimiento del desgraciado Judas, y que, aun en la miseria de nuestro pecado, nos mire e ilumine con la plácida luz de su rostro!

B) v. 4. — *¿Qué nos importa a nosotros?* — ¡Oh ceguera y perversidad del pensamiento, oh dureza del corazón!, exclama San Pascasio: cuando hasta el mismo Judas, poseído del demonio, se inclina a la penitencia de su pecado, no quieren estos príncipes de los sacerdotes reconocer que también ellos han obrado el mal, sino que dicen: *¿Qué nos importa?*, no haciendo caso del pecado propio ni del ajeno. Es el endurecimiento de la conciencia de aquellos que, estando ya acostumbrados a toda suerte de crímenes, que beben la iniquidad como agua, admiten un momento, para sus conveniencias, la colaboración de otros, quizás no tan endurecidos como ellos. Éstos, aun siendo malos, vienen a ser como reses incautas que han venido a parar en las garras de unos monstruos. Huyamos de quienes tienen la iniquidad por ley de su vida.

C) v. 5. — *Y se ahorcó con un lazo.* — Así quedó colgado entre el cielo y la tierra, dice Rábano Mauro, como si del cielo y de la tierra fuera rechazado. Y en verdad que lo fué del cielo: son terribles las palabras de Jesús, con que da a entender la eterna condenación del traidor: “Mejor le hubiese sido a este hombre no haber nacido.” Y lo fué de la tierra, porque quizás no haya memoria de hombre tan execrada como la de este infame. Aquí llevó a Judas una pasión desordenada: a ser rechazado de la tierra, que es lugar que nos destinó Dios para ganar-

nos un cielo; y del cielo, que es el fin de nuestra vida y la razón de ser de toda nuestra actividad.

D) v. 6. — *No es lícito meterlas en el tesoro...* — Prescindiendo del espíritu farisaico que guiaba a los primates en este caso, su criterio era justo al rechazar como indignas de Dios unas monedas impuras por el acto moral a que sirvieron y que las contaminó. A Dios no pueden agradarle víctimas manchadas: tampoco las ofrendas que son fruto de pecado. Por aquí es de ver cuán equivocados andan quienes pretenden redimir sus injusticias ofreciendo a Dios parte del precio de estas injusticias. La limosna redime los pecados; pero no la limosna hecha con dinero de pecado. El dinero mal adquirido, por habernos apoderado de él injustamente, por haber defraudado en los contratos, por haber indebidamente explotado a nuestros asalariados, por tráficos inconfesables en perjuicio de la caridad y de la justicia, débese ante todo a la reparación de la injusticia: consubstanciado hasta cierto punto con el pecado que con él se ha cometido, no puede ser grato a Dios, antes es nueva ofensa que se le hace, al querer cubrir nuestros pecados con el nombre de religión.

E) v. 9. — *Precio del comprado, según que fué valuado por los hijos de Israel.* — Los hijos de Israel valuaron a su Dios, y Judas, otro hijo de Israel, lo vendió a quienes por aquel precio lo habían estimado. De Judas dice la Iglesia que fué “pésimo mercader”; ni estimó en su valor inmenso la preciosa margarita que malvendió; ni apagó su sed de oro el villano precio que sacó: y sobre ello perdió el sosiego de su conciencia, se suicidó desastradamente y es maldito de todas las generaciones. Los compradores ni siquiera hallaron quien les recibiera el precio miserable de la compra. Y sobre ello perdieron a su nación. Y unos y otros, vendedor y compradores, quedaron fuera de la redención, que no es más que una “re-compra” de la felicidad perdida, que pudo todo el mundo adquirir por el precio del comprado, cuando fué pesado en la balanza de la Cruz, como canta hermosamente la Liturgia: *Statera facta corporis...*

## 211.—EL PROCESO CIVIL: JESÚS POR PRIMERA VEZ ANTE PILATOS: IOH. 18, 28-38; LC. 23, 2.4-7

(Mt. 27, 11-14; Mc. 15, 2-5; Lc. 23, 3)

### Sigue la lección de los "Passio" respectivos

<sup>1</sup> Llevan, pues, a Jesús desde casa de Caifás al pretorio. Y era por la mañana: y ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse, y por poder comer la Pascua. <sup>2</sup> Pilatos, pues, salió fuera a ellos, y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? <sup>3</sup> Respondieron, y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado. <sup>4</sup> Díjoles, pues, Pilatos: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: No nos es lícito a nosotros matar a alguno. <sup>5</sup> Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, señalando de qué muerte había de morir.

<sup>6</sup> Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y vedando dar tributo a César, y diciendo que él es el Cristo rey.

<sup>7</sup> Volvió, pues, a entrar Pilatos en el pretorio, y llamó a Jesús. <sup>8</sup> Y Jesús compareció ante el Presidente, y le preguntó el Presidente, y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? <sup>9</sup> Respondió Jesús: ¿Dices tú esto por tu cuenta, o te lo han dicho otros de mí? <sup>10</sup> Respondió Pilatos: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos. ¿Qué has hecho? <sup>11</sup> Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos: mas ahora mi reino no es de aquí. <sup>12</sup> Entonces Pilatos le dijo: ¿Luego tú eres rey? <sup>13</sup> ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz. <sup>14</sup> Pilatos le dice: ¿Qué cosa es verdad? Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los judíos, <sup>15</sup> a los príncipes de los sacerdotes y a la multitud: y les dijo: Yo no hallo en él delito alguno.

<sup>16</sup> Dijo Pilatos a los príncipes de los sacerdotes, y al pueblo: Ningún delito hallo en este hombre. <sup>17</sup> Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos, <sup>18</sup> en muchas

cosas, <sup>1</sup> nada respondió. <sup>2</sup> Y Pilatos le preguntó otra vez, diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. <sup>3</sup> ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti? <sup>4</sup> Jesús, empero, nada más contestó, <sup>5</sup> ni una palabra, <sup>6</sup> de modo que se maravilló Pilatos <sup>7</sup> en gran manera.

<sup>8</sup> Mas ellos insistían, diciendo: Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando desde la Galilea, hasta aquí. <sup>9</sup> Pilatos, que oyó decir Galilea, preguntó si aquel hombre era galileo. <sup>10</sup> Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió a Herodes, el cual en aquellos días se hallaba también en Jerusalén.

**Explicación.**— Los tribunales judíos no podían mandar la ejecución de ninguna sentencia de muerte: los romanos les habían quitado el *jus gladii*: sólo podían dar la muerte a los extranjeros, aunque fuesen romanos, que penetrasen dentro del recinto del Templo más allá de las columnas en que estaban escritas en griego y latín las disposiciones que prohibían el paso: si más tarde leemos que se dió muerte al diácono Esteban (Act. 7, 58) y a Santiago el Menor, estas ejecuciones tuvieron un carácter sedicioso y antilegal. Ello nos da la razón de que Jesús, ya condenado a muerte por el supremo tribunal judío, fuese traído al tribunal civil del Procurador romano: debía éste ratificar la sentencia del Sinedrio y mandar su ejecución. No quiso Pilatos refrendar de plano la condenación del Señor, produciendo su resistencia la serie de episodios que se narran en este número y siguientes. En el fragmento que vamos a comentar podemos distinguir cuatro momentos: presentación del reo a Pilatos por el Sinedrio (Ioh. 28-32); acusación pública (Lc. 23, 2); interrogatorio privado (Ioh. 33-38); otra vez la acusación pública (Lc. 4-7).

DEL PALACIO DE CAIFÁS AL PRETORIO (28-32). — Declarado Jesús reo de muerte por el Sinedrio, es llevado por sus mismos jueces al pretorio: llamábase así la residencia oficial del pretor o gobernador romano. Residía Pilatos ordinariamente en Cesarea, en la costa del Mediterráneo; pero en los días de gran concurrencia en la capital, como eran los de Pascua, allí se trasladaba, para despachar los numerosos nego-

cios y evitar revueltas: *Llevan, pues, a Jesús desde casa de Caifás al pretorio*: era éste el suntuoso palacio que Herodes había construido en Jerusalén, según unos: otros creen que era la Torre Antonia, al noroeste del Templo. *Y era por la mañana*, no al apuntar el día, ya que a esta hora se tuvo el segundo concilio en casa de Caifás, sino probablemente a la hora de prima, entre seis y nueve, cuando estaban ya las calles de la ciudad en plena vida.

A pesar de la animosidad de los sinedristas contra Jesús, y de los apremios para deshacerse del reo cuanto antes, se paró el acompañamiento ante el dintel del pretorio: la casa del pagano es inmunda para un judío (Act. 11, 3): quien entra en ella queda impuro por un día entero: la entrada en el pretorio importaba, pues, la impureza legal que les hubiese impedido comer el cordero pascual: *Y ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse, y por poder comer la Pascua*. Otra vez aparece el espíritu del fariseo, que no teme derramar la sangre del justo y se detiene tímido ante la puerta de un pagano, que es para él como un animal, dice el Talmud.

Pilatos se acomoda, como solían hacerlo las autoridades romanas, a las costumbres religiosas del pueblo que gobierna, y es él quien sale al encuentro de los que a su tribunal traían a Jesús: *Pilatos, pues, salió fuera a ellos*. El Procurador estaría ya avisado que se trataba de un malhechor insigne: lo denuncian el hecho de que se hubiese requerido el auxilio de la cohorte para prenderle, y el que se le presente el reo maniatado, pues así eran tratados los que debían ser condenados a muerte. Por otra parte, los interrogatorios que siguieron revelan que Pilatos tiene noticia de la naturaleza del reo y de lo que sus enemigos tramaban contra él. Por esto no quiere ratificar sin ulterior juicio la sentencia pronunciada por el Sinedrío: quiere saber por qué le condenan: *Y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre?*

La pregunta de Pilatos sorprende a los sinedristas, que creerían imponer su criterio al Procurador con la solemnidad de la entrega del reo, hecha por el tribunal en pleno. La



desconfianza que la pregunta del Procurador revela hace que los soberbios sinedristas tomen una actitud celosa de su prestigio: *Respondieron, y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado*: palabras que revelan el despecho de quienes, siendo jefes de la nación, se ven sometidos al yugo de aquel extranjero, y no pueden por sí mismos llevar a ejecución su propia sentencia.

Al despechado orgullo, Pilatos, con razón ofendido, les responde irónicamente, burlándose de su impotencia para hacer morir a aquel hombre, y dándoles al propio tiempo una lección de recta administración de justicia: *Díjoles, pues, Pilatos: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley*: no quiero yo ser juez sin que me deis razones para juzgar: si os resistís a dárme las, matadle, si os atrevéis, que es lo que no podéis; o castigadle con las penas que vosotros podéis, según ley, infligirle, que es lo que no queréis.

Comprenden los sinedristas el alcance de las palabras del poderoso extranjero, y, al tiempo que revelan su intención de matar a Jesús, se ven obligados vilmente a confesar su impotencia: *Y los judíos le dijeron: No nos es lícito a nosotros matar a alguno*. Nota aquí el Evangelista el designio providencial de Dios al querer que así se realizara la predicción profética de Jesús: *Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, señalando de qué muerte había de morir*: porque si el Sinedrio hubiese tenido el derecho de matar, Jesús hubiese muerto lapidado, ya que ésta era la pena que a los blasfemos imponía la ley (Lev. 24, 14): ahora, porque no pueden matarle los judíos, morirá como ha predicho, clavado en cruz — suplicio usado por los romanos —, entregado por los príncipes de los sacerdotes, levantado en alto, para atraer a sí todas las cosas (Cf. Mt. 21, 19, etc.).

ACUSACIÓN PÚBLICA (Lc. 23, 2). — Ante la resistencia del Procurador de condenar al reo sin oír la causa, los sinedristas se ven obligados a la acusación. Condenado a muerte por blasfemo, ésta debía ser la razón que debían alegar: pero, comprendiendo que a Pilatos puede importarle poco una blasfemia contra el Dios de Israel, acuden dolosamente

a motivos que puedan interesarle más como gobernador romano y representante del Imperio: *Y comenzaron a acusarle*. Los capítulos de cargo son tres, escalonados en forma ascendente en orden a su gravedad: Primero, le acusan de sedicioso y perturbador, *diciendo: A éste hemos hallado pervertiendo a nuestra nación*, llevando al pueblo por caminos extraviados, fuera del orden estatuido. Segundo: *Y vedando dar tributo a César*, con lo que subtrae a la nación del vasallaje debido al emperador, al tiempo que anula los resortes de la administración. Tercero: *Y diciendo que él es el Cristo rey*, intentando con ello suplantar al mismo poder imperial. Cuán infames son las acusaciones, aparece de Ioh. 6, 15; Lc. 20, 25, donde aparece Jesús huyendo al monte para que las turbas no le proclamen rey, y mandando dar al César lo que es del César.

Tan malvadas son como ineptas estas acusaciones: no debía Pilatos sobre ellas fundar una sentencia de muerte contra Jesús, cuando sabía que era la envidia la que movía a aquellas lenguas (Mt. 27, 18), y que no debía dar crédito a aquellos hombres que, odiando profundamente la dominación romana, así se fingían ahora celosos de la seguridad y prestigios del imperio y del César, sólo para satisfacer una infame pasión. Con todo, la tercera acusación, la de que Jesús se dice rey, ha interesado al Procurador, sea porque atañe directamente al poder imperial, y un descuido en este punto podría acarrearle a Pilatos gravísimo daño, sea por la misma atmósfera que se había hecho alrededor del Hijo de David, a quien poco ha habían aclamado las turbas rey de Israel (Ioh. 12, 13). Por esto sujeta a Jesús al siguiente

INTERROGATORIO PRIVADO (Ioh. 33-38). — *Volvió, pues, a entrar Pilatos en el pretorio, y llamó a Jesús*, que se halla solo ante su juez, lejos de sus terribles enemigos. *Y Jesús compareció ante el Presidente, y le preguntó el Presidente, y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos?* Tú, hombre de pobrísima apariencia, indefenso, ¿te arrogas la dignidad y el poder real sobre tu pueblo? Jesús no responde directamente a la pregunta: quiere antes concretar el concepto de su rea-

leza, que no es el de la acusación que ha merecido de los judíos: por esto le insinúa al juez si se hace solidario de la acusación de sus enemigos: *Respondió Jesús: ¿Dices tú esto por tu cuenta, o te lo han dicho otros de mí?*, es decir, ¿me crees capaz de rebelarme contra la persona del emperador, como pretenden mis adversarios? *Respondió Pilatos*, visiblemente contrariado, en su orgullo romano, de que Jesús le suponga envuelto en la acusación de los sinedristas, judíos, y por ello aborrecidos: *¿Soy yo acaso judío?* No soy yo quien te acuso de que te proclames rey, cualquiera que sea el concepto que tenga yo del rey que los judíos esperáis: *Tu nación*, y por ella el tribunal que la representa, y los pontífices te han puesto en mis manos, acusándote de que te dices rey: *¿Qué has hecho*, para que se te acuse así de pretendiente al título de rey?

Jesús responde definiendo el concepto de su realeza, que es tal que de ella nada deben temer los emperadores: *Respondió Jesús. Mi reino no es de este mundo*: por lo mismo, la acusación de los judíos es calumniosa: el reinado de Cristo es compatible con el del César. Es reino de verdad, de justicia y santidad, compatible con todo reino temporal, que cabe dentro de los reinos de la tierra y que trasciende sobre todos ellos, en dignidad y en amplitud. Y da la razón de que su reino no es como el de los reyes de la tierra: *Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros, secuaces, soldados, sin duda pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos: tendría ejército y armas: mas, como ves, ahora mi reino no es de aquí*; su origen es celestial, su naturaleza espiritual.

Crece con la respuesta de Jesús la curiosidad y extrañeza de Pilatos: *Entonces Pilatos le dijo*, para conocer la naturaleza del poder de aquel extraño rey: *¿Luego tú eres rey? ¿Eres tú el rey de los judíos?* Afirma Jesús su realeza: *Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey: así es en verdad como dices*. Y explica la naturaleza de su reinado, que no es otro que el de la verdad: *Yo para esto nací*, refiérese a su nacimiento temporal, y *para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad*: ésta es mi misión, y mis súbditos son todos aquellos que son amigos de la verdad, porque escu-

chian mis enseñanzas y vienen a mí, creyendo en mí: *Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz.*

Se persuade Pilatos que tiene ante sí un hombre inofensivo, soñador, un especulativo que se cree con preeminencia sobre los demás y que por ello se llama rey. Por ello *Pilatos le dice*, revelando en su pregunta su espíritu escéptico, no su ansia de conocer la verdad: *¿Qué cosa es verdad?* Ríese el procurador de especulaciones, y, considerando que se ha hecho ya cargo de que se trata de un visionario, no de un criminal, sin aguardar una respuesta que no le interesa, *cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los judíos*, que, fuera del pretorio, aguardaban el resultado del juicio, *a los príncipes de los sacerdotes y a la multitud, y les dijo: Yo no hallo en él delito alguno.*

OTRA VEZ LA ACUSACIÓN PÚBLICA (Lc. 4-7). — Ante el pretorio se ha congregado multitud ingente, esperando el fallo judicial de Pilatos. Éste, convencido de la inocencia de Jesús, a quien estima sólo como hombre de teorías inofensivas, sale hacia los acusadores y la multitud para confesarles el resultado negativo de su inquisición: *Dijo Pilatos a los príncipes de los sacerdotes, y al pueblo: Ningún delito hallo en este hombre.*

Cuando los judíos hubieron oído la inocencia de Jesús proclamada por el Presidente, del grupo de los sinedristas, temerosos de que se les escape la presa, salieron de nuevo numerosas acusaciones contra Jesús. Sin duda muchas de ellas serían violentas increpaciones contra la misma persona del reo, que calla ante la gritería: *Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos, en muchas cosas, nada respondió. Y Pilatos se extraña del silencio de Jesús ante la multitud y la magnitud de las acusaciones, y, dirigiéndose a él, le preguntó otra vez, diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti?* Jesús sigue en absoluto silencio: *Jesús, empero, nada más contestó, ni una palabra, de modo que se maravilló Pilatos en gran manera.* Era de admirar el espectáculo de un hombre inocente, que cien veces ha tenido

en jaque a sus adversarios, y que ahora, apoyado como está por la autoridad del Procurador romano, no rechaza las injustas imputaciones.

Estos momentos en que Pilatos interroga a Jesús son de alta emoción: quizás derive de la pregunta y su respuesta la sentencia de liberación del reo: por ello los sinedristas arrecian en sus gritos, tratando de prevenir el juicio de Pilatos con el creciente alboroto, a falta de más eficaces razones: *Mas ellos insistían, diciendo: Tiene alborotado al pueblo con la doctrina*, que no es de simple especulación, sino poderoso factor de sedición: y no la reserva para los iniciados de su escuela, sino que es enseñanza *que esparce por toda la Judea*, no la sola provincia de Judea, sino toda la Palestina, *comenzando desde la Galilea, hasta aquí*.

El solo nombre de la Galilea, de gente dura y pendera, de quienes el mismo Pilatos había tenido que sofocar una revuelta con derramamiento de sangre en el Templo (Lc. 13, 1), debió hacer entrar en recelo al Procurador, quien quiso cerciorarse si realmente era galileo el acusado: *Pilatos, que oyó decir Galilea, preguntó si aquel hombre era galileo*. La respuesta fué afirmativa: en Nazaret pasó Jesús su juventud (Lc. 2, 51), y nazareno era llamado y como oriundo de Nazaret era tenido (Mt. 21, 11; Mc. 1, 24; Lc. 4, 34; Ioh. 1, 45, etc.): por lo mismo, pertenecía aquella ciudad a los dominios de Herodes Antipas (Lc. 3, 1; 13, 31). Y Pilatos, *cuando entendió que Jesús era de la jurisdicción de Herodes*, no porque Pilatos no pudiese juzgarle, pues en la Judea había sido aprehendido, sino porque veía en ello ocasión magnífica para deshacerse de un molesto negocio, inhibiéndose de aquella causa, *lo remitió a Herodes, el cual en aquellos días se hallaba también en Jerusalén*, con motivo de las grandes fiestas de Pascua. Así Pilatos aquietaba su conciencia, porque creía inocente a Jesús, y no desairaba a los sinedristas, cuyo poder y cuya posible delación al César temía.

**Lecciones morales.** — A) v. 28. — *Ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse...* — Quienes decimaban la

menta y el eneldo, dice el Crisóstomo, creían contaminarse entrando en el pretorio, mas no matando injustamente a un hombre. ¡Cuánto interesa la formación de nuestra conciencia! Porque ella es la norma inmediata de nuestras acciones, en cuanto promulga dentro de nosotros mismos, para cada uno, la ley que se ha dado por todos. Si tenemos la conciencia verdadera, es decir, ajustada a la ley objetiva, y seguimos sus dictámenes, obraremos según ley: si nos formamos conciencia falsa o equivocada, que falsifique dentro de nosotros la ley, nos exponemos a que nuestra vida sea un tejido de acciones pecaminosas. Aquí les llevó a los judíos una conciencia falsa: por un exceso de respeto a la ley, creen pecar pasando los lindes de la puerta del pretorio: en cambio, no creen pecar pidiendo la muerte de Jesús, de quien voluntariamente se han formado concepto erróneo. Temamos pensar y obrar de tal manera que digamos al bien mal, y al mal bien.

B) v. 30. — *Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado.* — Pregúntese, y respondan, dice San Agustín, a los liberados del espíritu maligno, a los enfermos curados, a los leprosos limpiados, a los sordos que oyeron, a los mudos que hablaron, a los ciegos que vieron, a los muertos resucitados, y lo que es más, a los necios hechos sabios, si Jesús es un malhechor: pero eran éstos de la raza de aquellos de quienes decía el profeta: “Pagábanme males por los bienes que les hice...” Es negra, dicen, la ingratitud; pero, cuando sobre no agradecer se devuelve mal por bien; cuando se desagradecen especialmente los bienes recibidos de orden espiritual; cuando se buscan colaboradores para hacerle mal al dadivoso; cuando se hace en nombre de la justicia como en este caso; entonces la ingratitud resulta una verdadera monstruosidad, de la que no se halla caso en la creación sino buscándolo en los hombres profundamente pervertidos.

C) v. 31. — *No nos es lícito a nosotros matar a alguno.* — ¿Quién mató a Jesús sino los judíos, dice San Agustín, que afilaron sus lenguas como espadas y gritaron el “¡Crucifícale, crucifícale!”? ¿No habían intentado varias veces matarle, prescindiendo de escrúpulos legales, y no pudieron, porque no había llegado la hora de Jesús? Hicieron cuanto se requiere para consumir el cristicidio: tuvieron voluntad de hacerlo; lo compraron para juzgarlo a mansalva; lo entregaron al poder de un extranjero; arremetieron como fieras, contra el reo y contra el juez cuando éste trataba de soltarlo; se burlaron sangrientamente

de la víctima ante su patíbulo; sobornaron a los custodios de su tumba; y, lo que es más, quisieron para sí la responsabilidad y el peso de la sangre de aquel crimen. Lo que alegan ante Pilatos no es más que una razón, humillante para ellos, de no poder hacerlo por sus propias manos. Por esto vino sobre ellos, de lleno, la maldición de Dios que de lleno habían merecido al perpetrar llenísimamente aquel crimen horrendo. No hallemos excusas en lo menos cuando hemos sido capaces de hacer lo más.

D) v. 35. — *Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos.* — ¡Cuán amargas debieron ser para Jesús estas palabras del Procurador romano! Es Él, Jesús, el Dios de Israel, quien hizo de este pueblo un pueblo de selección, “su hijo”, como le llaman las Escrituras; y ahora este pueblo, por Él salvado del diluvio universal de errores y crímenes en que el mundo se perdió, por Él custodiado a través de los siglos con amor de Padre, lo entrega a un gentil para que le aplique la pena de muerte que contra Él ha decretado el más alto tribunal de la nación. Aprendamos, primero, a honrar a los hermanos en patria; y luego a tolerar con paciencia, como Jesús, las ingratitudes que los hermanos de patria tengan con nosotros.

E) v. 36. — *Mi reino no es de aquí.* — No dice Jesús: Mi reino no está aquí, dice San Agustín, sino: No es de aquí. Todo lo humano está aquí, en la tierra, y no puede substraerse a ella: pero mientras todo lo que no ha sido regenerado por Cristo está aquí, y aquí deja de ser, de modo que aquí vive y aquí muere. el reino de Cristo no hace más que peregrinar en el mundo, para tener un fin definitivo en el cielo, donde se transformará en el reino eterno del Dios eterno. Es que la realeza de Jerús es realeza de la verdad, del amor, de la vida espiritual de orden sobrenatural, sin que ello quiera decir que renuncie Jesús a la realeza que le compete sobre todos los demás órdenes, que están supeditados al orden espiritual.

F) v. 38. — *¿Qué cosa es verdad?* — La pregunta de Pilatos revela la situación de espíritu de los hombres, hasta de los de buena voluntad, con respecto a la verdad, cuando vino Jesús al mundo. La verdad estaba desterrada de la tierra. Un solo pueblo era el depositario de la verdad de Dios, y este pueblo, el judío, se había hecho indigno de la verdad, por haberla adulterado hasta el punto de entregar a los gentiles al que es la Verdad esencial. Pilatos es escéptico, porque el mundo desesperaba de hallar la verdad: Platón había dicho: “La verdad debe venirnos del cielo.” Y Jesús, Verbo de Dios, la trajo al mundo. Y la trajo en forma

que su verdad ha sido la estela luminosa por donde han caminado los hombres que han oído su palabra. Ya nosotros no debemos preguntar qué es la verdad: sino que debemos decir, con gozo íntimo de nuestra alma: La verdad es mi fe: si no es toda la verdad, es la verdad necesaria para vivir según Dios quiere que vivamos; para saber lo que necesitamos para ir derechos a la posesión definitiva de la Verdad esencial y eterna, que es Dios.

## 212. — SIGUE EL PROCESO CIVIL: JESÚS ANTE HERODES: Lc. 23, 8-12

### Lección del "Passio" de Miércoles Santo

<sup>8</sup> Y Herodes, cuando vió a Jesús, se alegró mucho, porque hacía largo tiempo que deseaba verle, por haber oído decir de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algún milagro. <sup>9</sup> Le hizo, pues, muchas preguntas. Mas él nada le respondía. <sup>10</sup> Y estaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole con grande instancia. <sup>11</sup> Y Herodes con toda su corte le despreció: y, escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca, y lo volvió a enviar a Pilatos. <sup>12</sup> Y aquel día hiciéronse amigos Herodes y Pilatos; porque antes estaban enemistados entre sí.

**Explicación.** — Sólo San Lucas narra este episodio interesantísimo del proceso de Jesús. Créese que Herodes habitaba durante su permanencia en la capital judía el antiguo palacio de los Hasmoneos o Macabeos: allí fijaron su morada los tetrarcas desde que los romanos destinaron el palacio construído por Herodes el Grande a residencia del Procurador; y allí fué conducido Jesús por los soldados romanos y sinedristas, a quienes concedió Herodes audiencia.

Nos da aquí el Evangelista una serie de trazos psicológicos de Herodes, que convienen maravillosamente con lo que nos cuenta la historia del tetrarca lujurioso, comodón, de espíritu supersticioso. La primera impresión de Herodes, al tener a Jesús en su presencia, fué de gozo vehemente: *Y Herodes, cuando vió a Jesús, se alegró mucho, porque hacía*



*largo tiempo que deseaba verle.* La fama de las maravillas obradas por Jesús había llegado hasta él: hombre curioso como era, creyó llegada la ocasión de solazarse en la visión de algún prodigio que con su mágico poder obraría Jesús, o por rendirle honor a él o por deseo de lograr la libertad: *Por haber oído decir de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algún milagro.*

Empezó Herodes sometiendo a Jesús a un prolongado interrogatorio, no a guisa de juez, a lo que parece, sino más bien curioseando sobre diversos asuntos: *Le hizo, pues, muchas preguntas.* Jesús, que se había dignado responder a Pilatos, no tiene una sola palabra para satisfacer la curiosidad de Herodes: *Mas él nada le respondía,* sea que penetrara con su mirada al fondo del corazón de aquel hombre indigno, matador del Bautista y amancebado público, sea porque no mereciesen respuesta las cuestiones que le propuso.

Mientras callaba Jesús, esforzábanse los sinedristas, como lo habían hecho antes ante Pilatos, en demostrar su culpa: *Y estaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole con grande instancia.* Herodes no les hizo caso alguno: no quiso condenar a Jesús, ya porque Dios quisiera varios testigos públicos y autorizados de la inocencia del Cristo; ya porque Herodes, supersticioso, temiera algo de la muerte de Jesús, o por no exponerse a una revuelta del pueblo. Pero, herido en su vanidad por no haber obtenido de Jesús ni el prodigio ni las respuestas que esperaba, vengóse de él tratándole como un demente y rey de burlas: sus áulicos, aduladores como suelen ser, le hicieron coro: *Y Herodes con toda su corte le despreció: y, escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca.* Solían los reyes vestir blancas togas en las grandes solemnidades: Jesús, en el concepto de Herodes, es un fatuo que se cree rey: no merece otro castigo que la rechífla del pueblo.

Así vestido, devuélvelo otra vez al tribunal de donde procede: *Y lo volvió a enviar a Pilatos.* Entre éste y el tetrarca, por cuestiones de etiqueta o de jurisdicción, había enemistad: Herodes llevaba a mal que con la dominación romana hubiese disminuído su autoridad: Pilatos, por su

parte, como sucede con los extranjeros dominadores, abusaría de la suya contra la de los tetrarcas: quizás la matanza que de galileos hizo Pilatos en el Templo irritó a Herodes, de cuya jurisdicción eran los revoltosos. Pero el acto de Pilatos enviando a Herodes a Jesús era un reconocimiento oficial de su jurisdicción, o a lo menos un acto de cortesía: el hecho de que Herodes se inhibiera a su vez, devolviendo el reo a Pilatos, pudo parecer a éste un reconocimiento de superior autoridad, por cuanto se trataba de negocio que interesaba a los magnates de la nación. De aquí que entre ambos se suavizaran viejas asperezas, y que el Príncipe de la paz la pusiera entre dos jueces injustos, que desde entonces se trataron como amigos: *Y aquel día hiciéronse amigos Herodes y Pilatos; porque antes estaban enemistados entre sí.*

**Lecciones morales.** — A) v. 8. — *Herodes, cuando vió a Jesús, se alegró mucho...* — Holgóse, porque creyó llegado el momento de satisfacer su curiosidad y ver por sus ojos confirmada la fama de milagrero que Jesús tenía. Pero no vió Herodes en los milagros que esperaba un signo, obrado por Dios, en favor de una verdad, que ésta es la finalidad del milagro; sino sólo un espectáculo maravilloso en que divertirse, como podría hacerlo en una sesión de prestidigitación. Jesús se negó a obrar milagro alguno: el poder extraordinario de Dios no se revela para diversión de los hombres, sino para conducirlos por el camino de la verdad. Aprendamos a buscar en los milagros, en que tan fecunda es la historia del Cristianismo, desde el nacimiento de Jesús hasta nuestros días, no tanto lo que tienen de espectacular y maravilloso, como lo que encierran de eficacia en orden a nuestra fe: porque, como dice el Apóstol, las cosas que se ven son temporales, pero lo que encierran de espiritual es eterno (2 Cor. 4, 17): y mucho más debemos evitar toda suerte de curiosidad insana en el milagro, de la que en todos tiempos han sido víctimas muchos buenos cristianos, y que podría hacernos indignos de las gracias espirituales que en el milagro siempre encierra Dios.

B) v. 9. — *Le hizo, pues, muchas preguntas.* — Pero a ninguna de ellas respondió Jesús. Herodes era un simple curioso, y como tal, excesivamente verboso: el texto griego supone que

por mucho tiempo, y tocando muchos asuntos, y usando muchas palabras, preguntó Herodes a Jesús. Con muchas menos palabras hubiese logrado plenísima respuesta del Señor a todas sus preguntas, si se las hubiese hecho con ánimo de hacerse con la verdad. Y aquí notemos un fenómeno y aprendamos una lección. Es el fenómeno, frecuentísimo en la vida cristiana, de que no son los mejores investigadores los que más cosas conocen de Dios y de las cosas de Dios, sino que son los más perfectos amadores de Dios los que mejor las penetran: porque está escrito que a la verdad se va por la caridad. Y es la lección que no debemos buscar la verdad por la sola verdad y para satisfacer una curiosidad, legítima si se quiere, de nuestro pensamiento, que está ansioso de ella; sino que la debemos buscar para que sea ella la ley normativa de nuestra vida: porque la verdad cristiana no es de simple especulación, sino que debe informar toda nuestra vida para ser traducida en acción.

c) v. 11. — *Le hizo vestir de una ropa blanca...* — Pocas son estas palabras, dice un intérprete, pero que dejan ancho campo a nuestras meditaciones. Porque Jesús, Sabiduría esencial, es vestido con el ropaje de los fatuos; y Rey de reyes, va cubierto por las calles de la ciudad con la toga que le señalaba como rey de burlas. También nuestros adversarios, como Herodes a Jesús, nos visten a veces con la hopalanda de los necios. en el orden del saber, y en el orden del poder. Búrlanse de nosotros en el orden de la inteligencia, diciéndonos retrógrados, y esclavos, e ignorantes, que desconocemos los fueros de la razón y que hacemos tabla rasa de las conquistas del pensamiento: y se ríen en el orden de la vida, porque buscamos en la humildad nuestra exaltación, y en nuestra pobreza la riqueza futura, y en nuestra mortificación los goces del espíritu. No les hagamos caso a nuestros enemigos. Vestidos con la ropa blanca de sus burlas, hagamos nuestro camino tras el Maestro Jesús que vestido de blanco nos precedió, entre la rechifla de las multitudes: que si somos dignos de su pasión, en este durísimo episodio de ella, lo seremos también de la resurrección.

d) v. 12. — *Y aquel día hicieronse amigos Herodes y Pilatos...* — Mira, dice Teofilacto, cómo siempre el diablo junta las cosas más adversas cuando se trata de mancomunarlas contra Jesús: y avergüénzate de no saber siquiera conservar unidos a los amigos cuando se trata de los intereses de Jesús. O mejor, con San Ambrosio, podemos decir que esta amistad de Herodes y Pilatos, sellada con la intervención de Jesús en su pasión, es

el tipo de la reconciliación futura del pueblo gentil con el judío, obrada por la misma pasión. Porque si es verdad que primero creyó el pueblo gentil y que Jesús hasta ahora ha sido escándalo para los judíos; pero cuando llegue el tiempo destinado por Dios, el pueblo judío abrazará nuestra fe, reconciliándonos todos en la verdad de Jesús y constituyendo una sola familia, de la que el mismo Jesús será el grande y misericordioso Padre, amador por igual de todos sus hijos, ante quien no hay aceptación de personas.

### **213. — SIGUE EL PROCESO CIVIL: OTRA VEZ EN EL PRETORIO: JESÚS POSPUESTO A BARRABÁS**

Lc. 23, 13-16; Mt. 27, 15-19; Lc. 18-25

(Mt. 27, 20-23; Lc. 23, 17; Mc. 15, 6-15; Ioh. 18, 39.40)

#### **Léense estos fragmentos en los "Passio" de los días respectivos**

<sup>13</sup> Pilatos, pues, convocados los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados, y el pueblo, <sup>14</sup> les dijo: Me habéis presentado este hombre como alborotador del pueblo; y ved, que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis. <sup>15</sup> Ni Herodes tampoco: porque os remití a él, y he aquí que nada se le ha probado que merezca muerte. <sup>16</sup> Y así le soltaré, después de haberlo castigado.

<sup>17</sup> Por el día solemne acostumbraba el Presidente, <sup>1</sup> y *debía hacerlo*, entregar libre al pueblo un preso, el que querían. <sup>18</sup> Y a la sazón tenía un preso muy famoso, que se llamaba Barrabás, <sup>1</sup> *que era ladrón, <sup>19</sup> y que estaba preso con otros sediciosos, por haber hecho un homicidio en una revuelta.* <sup>1</sup> Cuando hubo subido la turba, comenzó a pedirle a Pilatos la gracia que siempre les hacía.

<sup>17</sup> Estando, pues, ellos reunidos, les dijo Pilatos: <sup>1</sup> *Costumbre tenéis vosotros que os suelte a uno por la Pascua. ¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás, o por ventura a Jesús, <sup>1</sup> Rey de los Judíos, que es llamado el Cristo?* <sup>18</sup> Pues sabía que por envidia lo habían entregado <sup>19</sup> *los príncipes de los sacerdotes.*

<sup>19</sup> Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te metas con ese justo: porque muchas cosas he padecido hoy en sueños por causa de él.

« Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es que, preguntándoles el Presidente y diciendo: ¿A quién de los dos queréis que os suelte?,<sup>18</sup> todo el pueblo dió voces a una, diciendo: Haz morir a éste, y suéltanos a Barrabás:<sup>19</sup> éste había sido puesto en la cárcel por cierta sedición acaecida en la ciudad y por un homicidio.<sup>20</sup> Y Pilatos les habló de nuevo, queriendo libertar a Jesús: «Entonces, ¿qué haré de Jesús, que se llama el Cristo?» Mas ellos, «todos», volvían a dar voces, «<sup>mc</sup> por segunda vez», diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!<sup>21</sup> Y él tercera vez les dijo: Pues, ¿qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en él causa alguna de muerte; lo castigaré, pues, y lo soltaré.<sup>22</sup> Mas ellos insistían «con mayor fuerza», pidiendo a grandes voces que fuese crucificado, «diciendo: «<sup>mc</sup> ¡Crucifícale!, y aumentaba el vocerío.<sup>23</sup> Y Pilatos, «<sup>mc</sup> queriendo contentar al pueblo», resolvió que se hiciera lo que ellos pedían.<sup>24</sup> Y les soltó al que por sedición y homicidio había sido puesto en la cárcel y al cual habían pedido: y entregó a Jesús al arbitrio de ellos.

**Explicación.**— Nos hallamos en la tercera etapa del proceso civil de Jesús, la más movida, en que se entabla una verdadera lucha entre el poder judicial, ejercido por Pilatos, y los sinedristas y el pueblo de otra parte: el primero acudiendo a todos los recursos, legales e ilegales y de simple persuasión para lograr la liberación de Jesús: los segundos, luchando, como bestia salvaje desencadenada, en frase de Orígenes, para arrancar un veredicto de condenación al juez inicuo y llevar al ignominioso patíbulo a la Víctima inocente. Comprende este acto judicial esta lección y las dos siguientes. En ésta hay que considerar: la arenga de Pilatos al pueblo (Lc. 13-16); el cotejo entre Cristo y Barrabás (Mt. 15-18); el mensaje de la mujer de Pilatos (Mt. v. 19); y el plebiscito en favor de Barrabás y contra Jesús (Lc. 17-25).

ARENGA DE PILATOS AL PUEBLO (Lc. 13-16). — Si bien la deferencia que Herodes tuvo para Pilatos remitiéndole de nuevo a Jesús para que definitivamente le juzgara — lo que importaba un reconocimiento de su autoridad superior — debió halagar al Procurador romano, fué, sin embargo, ma-

yor su embarazo que la satisfacción de su vanidad, por verse obligado a deshacer el nudo difícil del enojoso asunto, en que su convicción personal era opuesta a las conveniencias de los poderosos sinedristas. Por esto, sentado como se hallaba en la silla curul, administrando justicia en pública audiencia, cuando se trató de la causa de Jesús dirigió la palabra a las autoridades y al pueblo, ya que todos estaban interesados en una causa de orden público, puesto que Jesús era acusado de sedicioso: *Pilatos, pues, convocados los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados, y el pueblo, les dijo*, en un breve discurso, lleno de discreción en lo que atañe a los razonamientos: *Me habéis presentado este hombre como alborotador del pueblo; y ved, que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis*. Pilatos, pues, alega en favor de Jesús el resultado negativo de la prueba practicada en su propio tribunal, no ya la que resultó del interrogatorio privado (Ioh. 18, 33-38), sino la de la acusación pública (Mt. 27, 12; Mc. 15, 3-5; Lc. 23, 4-7), durante la que haría como juez las preguntas pertinentes que los Evangelios no refieren.

A su propio testimonio judicial, favorable al reo, añade el de Herodes, que concuerda con él en apreciar la inocencia de Jesús: *Ni Herodes tampoco: porque os remití a él, o él nos lo devuelve a nuestro tribunal, como dicen varios códigos griegos, y he aquí que nada se le ha probado que merezca muerte*, en el mismo tribunal de Herodes.

Justo en sus palabras y razones, no lo es Pilatos en este momento en su resolución, que no es más que una transacción entre el dictamen de su conciencia y las exigencias de los enemigos de Jesús: *Y así le soltaré, después de haberlo castigado*. El castigo a que alude es el terrible de la flagelación: con ello quizás logre aquietar a los primates y al pueblo, al tiempo que les desarma si tratasen de denunciarle al César por haber absuelto a un revolucionario.

COTEJO ENTRE CRISTO Y BARRABÁS (Mt. 15-18). — Mientras se prolonga el juicio, gran multitud ha subido de toda la ciudad al pretorio para presenciar una ceremonia

que tenía lugar todos los años la vigilia de la Pascua por la mañana: consistía ella en soltar a un reo,\* a voluntad del pueblo, que debía pedirlo al Procurador romano: costumbre, según unos, introducida por las mismas autoridades romanas, para bienquistarse con el pueblo; pero con mayor probabilidad considerada por otros como de tradición judía, para conmemorar con ello la liberación de Egipto: persuade esta última interpretación lo que dice Juan (18, 39): *Por el día solemne acostumbraba el Presidente, y debía hacerlo, entregar libre al pueblo un preso, el que querían, cualquiera que pidiesen.*

Pilatos aprovechará la circunstancia para ver si logra su intento de libertar a Jesús. En las prisiones públicas tiene un famoso malhechor, ladrón, revolucionario y asesino, llamado Barrabás, nombre muy usado en aquel tiempo y que significa "hijo del doctor", o "hijo del padre": *Y a la sazón tenía un preso muy famoso, que se llamaba Barrabás, que era ladrón, y que estaba preso con otros sediciosos, por haber hecho un homicidio en una revuelta: por lo mismo, era hombre temible para el pueblo. Pensó Pilatos poner al pueblo en la alternativa de soltar a Barrabás o a Jesús, creyendo no sería dudosa la elección en favor del predicador galileo, que tanto bien había hecho a todos. Y cuando hubo subido la turba, congregándose de todos los puntos de la ciudad en las alturas del pretorio, comenzó a pedirle a Pilatos la gracia que siempre les hacía.*

Y en este solemne momento, *estando, pues, ellos reunidos*, el gobernador romano en lo alto de su tribunal, teniendo ante sí la multitud inmensa en expectación, que le pide a voz en grito la libertad de un prisionero, *les dijo Pilatos: Costumbre tenéis vosotros que os suelte a uno por la Pascua. ¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás, o por ventura a Jesús. Rey de los Judíos, que es llamado el Cristo?* La propuesta del Procurador es hábil: evoca en la memoria del pueblo el Cristo a quien todos esperaban, y junto al nombre del presunto Cristo coloca el nombre de un hombre aborrecible: el sentimiento religioso y el patriótico, y el instinto de conservación social, se impondrán, y el pueblo pedirá la libertad de Jesús, tanto más cuanto que ahora, por su multitud,

el pueblo, recto por natural, no se dejará arrastrar por los bajos sentimientos de envidia de sus directores: *Pues sabía que por envidia lo habían entregado los príncipes de los sacerdotes*: no desconocía Pilatos el viejo encono de los sine-dristas contra Jesús.

MENSAJE DE LA MUJER DE PILATOS (Mt. v. 19). — En este momento de comunicación con el pueblo, recibe Pilatos nuevos alientos, y por donde menos podía esperar, en su propósito de libertar al Señor: sentado se hallaba en su tribunal cuando le mandó recado su esposa de que no se mezclara en el negocio de Jesús, ni le condenara: *Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te metas con ese justo*. Llamábase la mujer de Pilatos, según los apócrifos del siglo iv, Claudia Prócula, y era prosélita del judaísmo. La ley romana no consentía que los gobernadores de provincias llevaran consigo a sus mujeres; pero prevaleció el uso contrario en tiempo del emperador Augusto. La razón del mensaje fueron unas visiones terroríficas que en sueños había tenido aquella mujer, y que se realizarían si su marido condenaba a Jesús: *porque muchas cosas he padecido hoy en sueños por causa de él*. Este sueño pudo tener origen de una causa natural, pues no desconocería la esposa de Pilatos la historia y la doctrina de Jesús; aunque son muchos los comentaristas que lo suponen sugerido por Dios: cualquiera opinión que se adopte, a lo menos no puede substraerse el episodio a los designios de la Providencia, que quiso por todas maneras evidenciar la inocencia del reo. No desatendería Pilatos el ruego de su esposa, dada la credulidad de los romanos en toda suerte de augurios.

PLEBISCITO EN FAVOR DE BARRABÁS (Lc. 18-25). — Mientras suspendía Pilatos el juicio, ocupado en el mensaje de su mujer, no estuvieron ociosos los primates de los judíos: *Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos*, prevaleciéndose de su autoridad, utilizando promesas, amenazas, quizás el dinero corruptor, *indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús*, logrando inclinar el voluble ánimo del pueblo contra Jesús. *Así es que,*



*preguntándoles otra vez el Presidente y diciendo: ¿A quién de los dos queréis que os suelte?, todo el pueblo, conquistado ya por los sinedristas, dió voces a una, diciendo a Pilatos: Haz morir a éste, y suéltanos a Barrabás: éste había sido puesto en la cárcel por cierta sedición acaecida en la ciudad y por un homicidio.*

Por segunda vez hace Pilatos un llamamiento al pueblo, para substraerle a la influencia de los sinedristas y arrancar un grito de libertad en favor de Jesús: *Y Pilatos les habló de nuevo, queriendo libertar a Jesús: Entonces, ¿qué haré de Jesús, que se llama el Cristo? Pero la causa del Señor está ya perdida, por la cobardía de Pilatos, quien ya no trata de ejercer, con la autonomía propia del juez, la autoridad judicial, sino que se ha abajado hasta el pueblo, que se la disputa: Mas ellos, todos, que han visto vacilar a Pilatos, volvían a dar voces, por segunda vez, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!*

Y tercera vez intenta el juez cobarde, no ya librar al inocente, sino hallar una transacción con el pueblo enfurecido: para ello provoca al resultado del interrogatorio, que ha sido favorable a Jesús: *Y él tercera vez les dijo: Pues, ¿qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en él causa alguna de muerte: en su virtud, debiera yo soltarlo, pero transijamos: Lo castigaré, pues, y lo soltaré.* Pilatos se equivocó: un pueblo enloquecido no razona, y menos respeta a la autoridad débil: la fórmula de Pilatos no hace más que exacerbar las pasiones del populacho: *Mas ellos insistían con mayor fuerza, pidiendo a grandes voces que fuese crucificado, diciendo: ¡Crucifícale!: el griterío se hace cada vez más ensordecedor: Y aumentaba el vocerío.*

Entre el vociferar de la multitud sucumbió totalmente la autoridad del juez: *Y Pilatos, queriendo contentar al pueblo, resolvió que se hiciera lo que ellos pedían.* El fallo estaba pronunciado, no según justicia ni conciencia, sino según dictaba la envidia de los sinedristas, y según la ciega pasión de sangre que en el pueblo habían levantado. El Evangelista termina esta parte de su relato, dejando a la ponderación del lector el hecho de que el inocente Jesús fuera pospuesto a un perturbador de la paz pública, que llevaba tintas las manos

en sangre humana: *Y les soltó al que por sedición y homicidio había sido puesto en la cárcel y al cual habían pedido: y entregó a Jesús al arbitrio de ellos.*

**Lecciones morales.** — A) Lc. 14.15. — *No hallé en este hombre delito...; ni Herodes tampoco...* — Enmudezcan aquí y perezcan los escritos compuestos contra Jesús después de tanto tiempo, dice San Beda: ellos demuestran, no la verdad de las acusaciones hechas contra Cristo, sino la falsedad y la perfidia de sus detractores. Y en verdad, que si algo pecaminoso o censurable hubiese habido en la vida y doctrina de Cristo, lances eran y numerosísimos los enemigos de Cristo para descubrirlo y publicarlo, ellos que convivieron con Cristo y pudieron acecharle de continuo. Severos eran los jueces, y nada amigos de él, para hallar un motivo de condenación. Pero no lo hallaron. Y es la única vez en la historia que un hombre, en quien sus contemporáneos no hallaron una tilde que censurar, haya visto levantarse contra sí centenares de poderosos enemigos, en todos los siglos, que han pretendido aniquilar su obra, su doctrina, y hasta su vida, poniendo en tela de juicio su misma existencia. Aquí se han realizado dos designios de Dios: el primero, que la iniquidad se miente a sí misma, pues los mismos enemigos de Cristo le confiesan inocente y le maldicen culpable; y el segundo, que debía realizarse la profecía de que Jesús ha sido puesto como signo de contradicción y para salvación y ruina de muchos.

B) Mt. v. 17. — *¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás, o por ventura a Jesús...?* — Como si dijera, dice el Crisóstomo: Si no le queréis libre como inocente que es, a lo menos declaradle libre como condenado, por razón de la fiesta: porque si era costumbre dejar libre a un hombre cargado de crímenes cometidos, mucho más convenía poner en libertad a quien a lo menos era dudoso los hubiese cometido. Y consideremos aquí el orden invertido: solía el pueblo pedir al gobernador la libertad del reo, y aquél la concedía: ahora la pide el gobernador al pueblo, y el pueblo se enfurece más. Para que aprendan autoridades y subordinados a permanecer en sus puestos, no renunciando aquéllas sus poderes, ni arrogándose los éstos, con gravísimo daño del orden y de la justicia, como en este caso sucedió.

C) v. 19. — *No te metas con ese justo...* — Así sufrió el juez terrores en la persona de su mujer, dice San Agustín, y a fin de que en juicio no consintiera con el crimen de los judíos,

sufrió anticipadamente y por su mujer la tortura de las visiones nocturnas. Lo que hizo Dios en este caso, sugiriendo estos sueños a la mujer de Pilatos, o a lo menos providencialmente consintiéndolos, lo hace por el camino normal de la conciencia o de la gracia para cada uno de nosotros, siempre que en el fondo de nuestra alma, y en el juicio de nuestra libertad, nos sentimos más o menos coaccionados a violar la justicia del bien vivir, porque nos empujen las pasiones, o nos solicite el mundo, o nos tiente el demonio. Entonces sentimos congojas e inquietudes al ser solicitados por el deber y la pasión, cada uno por su parte. Demos gracias a Dios de sentir estas congojas, que no sienten los que por costumbre beben la iniquidad como el agua: y no pongamos jamás las manos sobre el justo, que es nuestro deber cristiano, sacrificándole con concesiones hechas a la libertad desviada. Porque entonces es el Hijo de Dios quien resulta crucificado dentro de nosotros, como en frase enérgica dice el Apóstol (Hebr. 6, 6).

D) Lc. v. 18. — *Todo el pueblo dió voces a una...* — El pueblo es el eterno niño, cándido, ignorante, voluble. Dios ha puesto en el alma popular grandes tesoros de bondad, de rectitud, de sagacidad; pero es preciso que haya quien eduque al pueblo y explote estas buenas cualidades nativas. Felices los pueblos que hallan gobernantes y directores que le quieran como el padre a sus hijos, que le ilustren, le guíen, le corrijan. Desgraciados los que son manejados por el egoísmo, la ambición, la ignorancia, el odio de los que sobre él se han encumbrado. El pueblo de Jerusalén, llevado de su instinto colectivo, hizo al Señor, el Domingo de Ramos, un recibimiento de príncipe. Cuatro días después, todo él, pedía la muerte del Hijo de David, a quien había aclamado con ¡Hosannas! Los primates le habían corrompido. En el ejercicio de nuestros derechos políticos no debemos olvidar esta lección; y en nuestras oraciones debemos pedir para nuestro pueblo óptimos gobernantes.

E) v. 22. — *Lo castigaré, pues, y lo soltaré.* — Es decir, prevaricaré, ante la justicia y ante mi conciencia. Del juicio a que he sometido a este hombre, ha resultado inocente: mi conciencia me denuncia lo mismo: sé que me ha sido entregado por envidia (Mt. 27, 18); pero hay que apaciguar al pueblo, que se ha convertido en fiera sedienta de sangre, ofreciéndole un espectáculo de sangre. De aquí los horribles azotes y el "Ecce Homo". Pilatos se engañó: el pueblo adiyinó su debilidad y le hizo consumir la prevaricación. Que aprendan los que ejercen autoridad, sobre

todo en el plano de la justicia, a no ceder más que ante los dictados de la razón y de la conciencia. Tal vez breme de coraje el pueblo; pero entrará en razón: Dios ha hecho a los pueblos gobernables, a condición de que la autoridad, forma y nervio de la colectividad, cumpla con su deber.

F) v. 24. — *Y Pilatos... resolvió que se hiciera lo que ellos pedían.* — Y pedían ellos, dice el Crisóstomo, que fuera condenado, porque era tan criminal que ni por piedad, ni por la prerrogativa de la fiesta, merecía ser soltado. Por el contrario, Pilatos, que había declarado la inocencia de Jesús, accede a la petición de muerte, haciendo suyo el criterio opuesto del pueblo. Es una prevaricación total de la justicia, hecha en aras de la propia cobardía y del miedo a los demás. Y Pilatos, que empezó bien, queriendo libertar al justo, acaba por ser un juez inicuo, que mancha sus manos con la sangre de Aquel a quien él mismo había declarado inocente. Ahí llevan los malos comienzos, cuando se empieza a dejar la línea recta de la justicia.

## 214. — JESÚS AZOTADO Y CORONADO DE ESPINAS

MT. 27, 27-30

(Mc. 15, 16-19; Ioh. 19, 1-3)

ECCE HOMO: IOH. 19, 4-7: NUEVO  
INTERROGATORIO: IOH. 8-11

**Sigue la lectura de los "Passio" respectivos. — Evangelio de la Misa de la Corona de Espinas, viernes después de Cenizas (Ioh. 1-5).**

<sup>1</sup> *Y Pilatos tomó entonces a Jesús, y azotólo.* <sup>27</sup> Y los soldados del Presidente, tomando a Jesús, <sup>mc</sup> *lo llevaron al atrio del pretorio*, y convocaron a su rededor a toda la cohorte. <sup>28</sup> Y, desnudándole, le vistieron un manto de púrpura. <sup>29</sup> Y tejiendo una corona de espinas, se la colocaron sobre su cabeza, y una caña en su diestra. <sup>1</sup> *Y venían a él*, y doblando ante él la rodilla, le escarnecían, <sup>mc</sup> *y lo adoraban*, y se burlaban de él, <sup>mc</sup> *y comenzaron a saludarle*, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos. <sup>1</sup> *Y le daban bofetadas.* <sup>20</sup> Y, escupiéndole, tomaron una caña, y le herían <sup>mc</sup> *con ella en la cabeza.*

Pilatos, pues, salió otra vez fuera, y les dijo: Ved que os le saco fuera, para que sepáis que no hallo en él delito alguno.<sup>6</sup> (Y salió Jesús llevando una corona de espinas, y un manto de púrpura.) Y Pilatos les dijo: Ved aquí el hombre. Y cuando le vieron los pontífices y los ministros, daban voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! Pilatos les dice: Tomadle allá vosotros, y crucificadle: porque yo no hallo en él delito.<sup>7</sup> Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.

<sup>8</sup> Cuando Pilatos oyó estas palabras, temió más. <sup>9</sup> Y volvió a entrar en el pretorio: y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dió respuesta.<sup>10</sup> Y Pilatos le dice: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes qué tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte?<sup>11</sup> Respondió Jesús: No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.

**Explicación.**— Como suele el cuarto Evangelista, narra aquí brevemente lo que con más detalles refieren los sinópticos, y suple su relato en aquello que los otros no escribieron. Contiene este fragmento de San Juan la flagelación y coronación de espinas (1-3); la escena del *Ecce Homo* (4-7); y otro interrogatorio privado de Jesús (8-11). Estos dos últimos episodios son propios de Juan: cuanto al primero, le narran con más detalles Mateo y Marcos: adoptamos como base de concordia el texto de Mateo, que es el más completo.

LOS AZOTES Y LA CORONA DE ESPINAS (Mt. 27-30). — En la lucha de Pilatos con el populacho para arrancarle a Jesús, las últimas palabras habían sido para proclamar la inocencia del reo y proponer al mismo tiempo una transacción: “No hallo en él causa de muerte: le castigaré, pues, y le dejaré libre.” El castigo es el que refiere Juan con espeluznante laconismo: *Y Pilatos tomó entonces a Jesús, y azotóle*. Pensaba aún el Procurador aplacar con ello la sed de sangre de los sinedristas y del pueblo, y lograr la liberación del reo: por lo mismo, no debe entenderse esta flagelación de la que, según costumbre romana, precedía siempre a la crucifixión, pues Jesús no había sido aún condenado a muerte: suplió, con todo, esta flagelación a la legal, y no se re-

pitio después de la sentencia de crucifixión, como han pretendido algunos.

Por lo demás, era la flagelación un suplicio horrible: usábanse para ella látigos formados con tiras de cuero entretejidas, entre las que se disponían aceradas puntas o huesecillos. Eran varios los verdugos, a veces hasta ocho: y tal era su furor, que no cejaban en algunos casos hasta dejar rasgadas y deshechas las carnes de los infelices flagelados. No consta del número de los azotes. Solían los azotados ser atados a postes o columnas, inclinado el cuerpo para recibir de lleno el peso y fuerza de los latigazos. No pocos desfallecían y hasta morían en el tormento.

Poco sabemos de la flagelación de Jesús: los tres Evangelistas que la cuentan no hacen más que afirmar el hecho. Pero dada la ferocidad de los soldados romanos, acostumbrados a ello, y hasta la finalidad que se proponía Pilatos, que era mover a compasión al populacho, no es improbable que encargara a los verdugos fuesen duros en el castigo, que fué ejecutado en lugar público, como se colige del relato de los tres Evangelios. Nada puede afirmarse en concreto del número de azotes que recibió Jesús.

A la escena de la flagelación sucedió otra, cruel y vergonzosa, en el atrio del pretorio. Habían comprendido los soldados que se trataba de desfigurar a Jesús y mover a compasión al pueblo, y pusieron de su parte lo que su crueldad les inspiró: Jesús iba a ser por unos momentos el ludibrio de la soldadesca romana: *Y los soldados del Presidente, tomando a Jesús, lo llevaron al atrio del pretorio, y convocaron a su rededor a toda la cohorte: allí acudieron, formando nutridísimo corro alrededor de la víctima, los numerosos soldados de la fortaleza libres de servicio. Es probable que la guarnición de la Judea estaba en aquel tiempo formada de soldados reclutados en la Samaria, irreconciliables enemigos de los judíos.*

Jesús había sido azotado desnudo: tomó sus vestiduras después de los azotes y entró en el pretorio: ahora los soldados de la cohorte le despojan, quitándole la indumentaria exterior, la túnica inconsútil y el manto, quedando pro-

blemente con la túnica interior: *Y, desnudándole...*: aquella soldadesca va a realizar ahora un crudelísimo simulacro: Jesús se había dicho rey, y de rey de burlas van a vestirle: *le vistieron un manto de púrpura*, probablemente de lana roja, de la que llevaban sus mantos los legionarios, un harapo de este color, para remedar la clámide o "paludamentum" de los generales y emperadores romanos. Faltaba una corona: *Y tejiendo una corona de espinas, se la colocaron sobre su cabeza*: no puede afirmarse con certeza la clase de ramas espinosas con que se tejió la corona: probablemente juyubal, quizás de ramno o zarza blanca, tal vez de junco marino, las más abundantes en las cercanías de Jerusalén de las plantas espinosas de la Palestina. Por fin, van a entregarle un cetro, y pusieron *una caña en su diestra*, simulando el cetro real.

A este rey de burlas faltábanle los homenajes de burlas: y fueron pródigos en ellas los crueles soldados: *Y venían a él*, que estaría sentado en algún poyo a guisa de trono, y *doblando ante él la rodilla, le escarnecían, y le adoraban, y se burlaban de él*, simulando profundas reverencias, y *comenzaron a saludarle, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos*. Del grosero insulto pasó la soldadesca a vías de hecho, que fácilmente se pasa de la grosería a la procacidad en estos grupos de desalmados: *Y le daban bofetadas*, mejor, según el griego, bastonazos: *Y, escupiéndole, tomaron una caña, y le herían con ella en la cabeza*. Ninguno de estos dolorosos insultos tuvo el carácter de sanción legal, y se debieron a la iniciativa de los feroces legionarios: pero sabían ellos que se hacían así gratos al Procurador, que no intentaba sino desfigurar a Jesús para que le compadeciesen los judíos.

ECCE HOMO (Ioh. 4-7). — Pilatos, aun acostumbrado como estaba a los espectáculos sangrientos de las luchas romanas, debió sentirse conmovido a la visión de Jesús, tal como le dejaron los verdugos y la soldadesca, deshechas las carnes, manando sangre la cabeza, afeado de salivazos y vestido de rey de burlas: confiado en el triunfo de la compasión sobre los odios de la plebe, salió otra vez del pretorio para proclamar ante todo la inocencia del reo: *Pilatos, pues, salió*

*otra vez fuera, y les dijo: Ved que os le saco fuera, para que sepáis que no hallo en él delito alguno.* Mientras esto decía, los soldados sacaban también a Jesús y lo situaban al lado de Pilatos: *(Y salió Jesús llevando una corona de espinas, y un manto de púrpura.) Y Pilatos les dijo: Ved aquí el hombre:* palabra de conmiseración profunda, por la que intenta Pilatos despertar los sentimientos de humanidad de aquella multitud: ved aquí el hombre, el que se decía Hijo de Dios, a quien se aclamaba rey, no le temáis: mirad a qué estado ha llegado: dejad que le suelte.

Pero no se lo consentirán los primates: como acucia el furor la visión de la sangre, en las luchas de hombres y de fieras así sucede a los enemigos de Jesús al comparecer éste de nuevo ante ellos: *Y cuando le vieron los pontífices y los ministros, daban voces, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!*: ya no es el populacho el que está ebrio de sangre, sino los que lo dirigen. Pilatos se ha engañado, y al ver frustrada su esperanza les dice, no sin despecho: *Tomadle allá vosotros, y crucificadle: porque yo no hallo en él delito:* crucificadle, vosotros que no tenéis poder para ello: yo que puedo, no quiero: me lo veda su inocencia: es el sarcasmo y la indignación la que inspira al Presidente.

No se arredran por ello los sinedristas, y van a darle al Procurador una lección de derecho. Él no reputa bastante la acusación civil para condenarle: pero es gobernador de un país que tiene sus leyes religiosas, que está obligado a respetar: si no le condena como sedicioso, debe hacerlo por blasfemo: *Los judíos, los primates, le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios:* Hijo de Dios natural, como así lo habían entendido otras veces (Cf. Ioh. 5, 18; 8, 58; 10, 33).

OTRO INTERROGATORIO PRIVADO (8-II). — Pilatos, que hasta ahora ha temido los dictados de su conciencia; que ha visto aumentarse sus temores por el mensaje misterioso de su mujer y por la misma actitud nobilísima de Jesús, teme más ahora: espíritu supersticioso, como suelen serlo los que desconocen el culto del verdadero Dios, teme, si transige con



los judíos, irritar a alguna divinidad cuyo hijo tenga delante: *Cuando Pilatos oyó estas palabras, temió más.* El temor y la curiosidad le inducen a someter a Jesús a otro interrogatorio para averiguar su origen y procedencia, y para ello entra otra vez en el pretorio, llevando consigo a Jesús: *Y volvió a entrar en el pretorio.*

*Y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? ¿Cuál es tu origen, dónde naciste, quién es tu padre? Mas Jesús no le dió respuesta:* para que llenara debidamente sus funciones de Juez, ya se la había dado antes suficiente (Cf. 18, 36): a más de que, hombre pagano, no estaba en condiciones de conocer la naturaleza de la filiación divina de Jesús: ni se había Pilatos manifestado deseoso de conocer la verdad (Cf. 18, 38).

El silencio de Jesús lastima a Pilatos, que se cree desairado: y el que temía al reo por presumir algo misterioso en él, ahora trata de infundirle temor, apoyándose en la omnipotencia de su autoridad, y convirtiendo una cuestión de derecho en una cuestión de hecho brutal: *Y Pilatos le dice: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte? Respondió Jesús,* con mesurada prudencia, dando a Pilatos una lección de derecho divino: *No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba:* para juzgarme a mí, no te bastaba la comisión del poder imperial, ni siquiera la concesión ordinaria del poder que hace Dios a los gobernantes; ya que todo poder viene de Él (Rom. 13, 1); sino que por mi Padre te ha sido dado un poder especial sobre mí: de arriba, del cielo, te ha venido este poder: su uso, que será una gran prevaricación de tu autoridad, será una simple permisión del cielo. Y para dar mayor relieve a su doctrina, añade Jesús: *Por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene:* porque Caifás y los sinedristas debieron obedecerme, por cuanto les demostré en forma bastante mi legación divina; pero, lejos de hacerlo, se arrogaron una autoridad que Dios no les concedió, juzgándome, maltratándome, entregándome a ti: mayor pecado que abusar del poder, como haces tú, es arrogarse una potestad que Dios no ha dado, como ellos hicieron.

**Lecciones morales.** — A) Ioh. v. 1. — *Pilatos tomó entonces a Jesús, y azotóle.* — Fué entregado a los soldados, dice San Jerónimo, que rasgaron con los azotes aquel cuerpo y pecho santísimos; para que, por aquellos azotes materiales, fuésemos librados nosotros de los azotes de la divina justicia que nuestros pecados merecieron. Principalmente quiso expiar con sus azotes el Señor nuestros pecados carnales, sufriendo atrocísimos dolores en aquella carne purísima, para curar los males que contrajimos con la nuestra pecadora.

B) Mt. v. 29. — *Tejiendo una corona de espinas, se la colocaron sobre su cabeza...* — Y Jesús dejó en silencio se la colocaran y apretaran, y que taladraran las espinas su frente sagrada, y que corriera la sangre hilo a hilo, como el bálsamo de Aarón, que empapaba sus barbas y llegaba hasta la orla de sus vestidos. Contempla también tú en silencio este espectáculo, dice el Crisóstomo, y aprende a sufrir sin quejas las injurias que recibas, viendo que así es tratado el Rey del mundo y Señor de los ángeles. Y como aquí aprendieron los mártires la fortaleza, ante la fortaleza de Jesús, y ha visto el mundo que el reino de Cristo se funda sobre las humillaciones, dice San Agustín, aprende también a ser fuerte, y a buscar la raíz de tu grandeza en el fondo de las humillaciones que sufras.

C) Ioh. v. 5. — *Y Pilatos les dijo: Ved aquí el hombre.* — He aquí, cristiano, el hombre. Es el Hombre por antonomasia, porque es el tipo ideal del hombre en el orden moral: he aquí tu modelo. Es el más hermoso de los hombres, que ha querido llegar a la suma fealdad de las carnes destrozadas, de la cabeza ensangrentada, del cuerpo cubierto de salivazos, de la vestidura ridícula, caricatura de la vestimenta regia. En cada uno de estos detalles, mira tu defecto contrario, y corrígelo: el orgullo, la vanidad, la estima de ti, la sensualidad. He aquí el hombre: este mismo hombre, que no tiene ahora figura de hombre, vendrá un día sobre las nubes del cielo, glorioso y resplandeciente, como Juez universal de todos los hombres: para que te juzgue bien, vive bien: y para vivir bien, he aquí el Hombre que debes imitar: *Ecce Homo*.

D) v. 9. — *¿De dónde eres tú?* — Esta pregunta, que no mereció respuesta de Jesús, porque no estaba Pilatos preparado para comprenderla, ha tenido plena contestación en los siglos cristianos. ¿De dónde podía ser Jesús, sino del cielo? ¿Podría un hombre de la tierra cambiar las cosas de la tierra como él lo hizo? ¿De quién podía ser Hijo, sino del Padre eterno, quien

ha demostrado ser el dueño de los siglos humanos y ser el soporte y como el árbol maestro de la vida espiritual del mundo, por más de veinte siglos? ¿De qué naturaleza podía ser Jesús, sino de la misma naturaleza de Dios, que quiso tomar una naturaleza humana como la nuestra, para levantarla a las mismas alturas de Dios? Y después de esto, podemos preguntarnos cada uno de nosotros: ¿De dónde eres tú? Porque el Hijo de Dios vino al mundo para incardinarnos a su propio origen, para hacernos suyos, para darnos una participación de su misma naturaleza: No somos hijos de la sangre, nacidos por voluntad de carne o de hombre, podemos decir con San Juan, sino que a todos los que hemos recibido a Cristo hemos sido hechos hijos de Dios (Ioh. 1, 12.13). Tengamos siempre presentes estos motivos de nuestra dignidad, y vivamos como de nosotros exige nuestro divino origen: los buenos hijos honran los blasones de la familia en que nacieron.

E) v. 9. — *¿De dónde eres tú?* — Pilatos sabe que Jesús es de nación judío, de la provincia de Galilea: pero le ha oído hablar de un reino que no es de este mundo, y del magisterio de verdad que vino a ejercer; su esposa le ha contado cosas misteriosas de aquel reo; la fama de taumaturgo de Jesús es universal; por otra parte, se levanta la voz de su conciencia al mismo tono que crece la gritería popular: todo ello produce en el alma de Pilatos perplejidad y miedo. De aquí la misteriosa pregunta. Jesús calla: aquel juez tiene ya demasiados argumentos para conocer la verdad: la pregunta no es más que un pretexto o una dilación; no merece el mal juez la respuesta de Jesús. En la turbación que en nuestra conciencia produce la pasión, no discutamos nuestro deber, ni las razones del bien obrar, ni esperemos a que nos venga más luz o mayor gracia para vencer: el deber es claro, la voz de la conciencia fuerte y categórica: no andemos con subterfugios ni excusas; tal vez no nos diga ya nada más el Señor, y nos deje abandonados a nuestra temeridad.

F) v. 11. — *No tendrías poder alguno sobre mí...* — Todo poder viene de Dios (Rom. 13, 1), y no puede legítimamente ejercerse ninguna potestad sino en nombre de Dios: los que la tienen, dice el Apóstol, son "ministros" de Dios en su ejercicio (Rom. 13, 4). Es error o crasa ignorancia, es pedantería insoportable gloriarse de la autoridad que uno tiene como si fuera cosa aneja a su persona: ningún hombre tiene autoridad sobre otro hombre sino a título de concesión de Dios, por derecho de naturaleza, o por herencia, o por elección o por cualquiera de las formas por las

que se transmiten los poderes de Dios, en cualquier orden que sea. Sacarán de aquí los súbditos el profundo respeto que deben a los que ejercen la autoridad, por razón de la misma autoridad, prescindiendo de las condiciones personales del que la ejerce. Y los que tienen potestad, cualquiera que sea, la justicia y la delicadeza con que han de administrar el poder que Dios les ha confiado, no para su provecho, sino para el bien de sus administrados.

## 215. — ÚLTIMO ESFUERZO DE PILATOS: JESÚS CONDENADO A MUERTE: IOH. 19, 12-16; MT. 27, 24-26

(Mc. 15, 15; Lc. 23, 25)

### **Sigue la lectura del "Passio" en los días respectivos**

<sup>12</sup> Y desde entonces procuraba Pilatos libertarle. Mas los judíos gritaban, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo del César. Porque todo aquel que se hace rey, contradice a César. <sup>13</sup> Pilatos, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús, y se sentó en su tribunal, en el lugar que se llama Lithóstrotos, y en hebreo Gábbatha. <sup>14</sup> Y era el día de la preparación de la Pascua, y como la hora de sexta, y dice a los judíos: Ved aquí vuestro rey. <sup>15</sup> Y ellos gritaban: Quita, quita, crucifícale. Les dice Pilatos: ¿A vuestro rey he de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos rey, sino a César.

<sup>16</sup> Y viendo Pilatos que nada adelantaba, sino que crecía más el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veáis vosotros. <sup>17</sup> Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.

<sup>18</sup> Y entonces se lo entregó *a su voluntad*, para que fuese crucificado. Y tomaron a Jesús, y le sacaron fuera.

**Explicación.**— Creció el temor, quizás supersticioso, de Pilatos al oír la respuesta mesurada y misteriosa de Jesús: se hallaba ante un hombre que se decía Hijo de Dios, que al recordarle el poder que tenía de soltarle y crucificarle, responde con una teoría profunda del poder y puntualizando la responsabilidad moral que importa su mal ejercicio. Ello,

unido al misterio de la visión nocturna de su mujer y a la misma atmósfera de divinidad que rodea a Jesús, hace que Pilatos se esfuerce en un supremo conato para libertar a Jesús (Ioh. 12-15); pero, vencido, por fin, por el miedo a los judíos, cede, y condena a muerte a Jesús, después de un aparatoso lavatorio de manos (Mt. 24.25).

ÚLTIMO ESFUERZO DE PILATOS (Ioh. 12-15). — *Y desde entonces*, es decir, por el miedo que había concebido Pilatos ante el carácter de Hijo de Dios que para sí vindicaba Cristo (v. 8), y por la culpa que el reo le echaba en cara, y que llevaría consigo el castigo de la divinidad, *procuraba Pilatos libertarle*, declarando reiteradamente ante el pueblo que le había absuelto y que iba a ponerle en libertad.

Al conocer los príncipes de los judíos la intención del Procurador, y que no han hecho mella en el ánimo del juez las acusaciones de blasfemo y usurpador de la dignidad real que habían utilizado contra Cristo, acuden astutamente a un argumento de carácter personal contra Pilatos, formulándolo a grandes voces: *Mas los judíos gritaban, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo del César: no te mostrarás propugnador fiel de sus derechos: porque todo aquel que se hace rey, contradice a César*. No ser amigo del César, mayormente tratándose de Tiberio, hombre suspicaz, que persiguió implacable a todo pretendiente a la dignidad real, era, para un alto funcionario, caer en desgracia del César, con todas sus consecuencias. Una delación de aquellos hombres protervos, sería para Pilatos el principio de su desgracia y de su destitución.

Y Pilatos, que por la justicia temía a Jesús, ya teme más a los sinedristas por su conveniencia, y se apresta inmediatamente a proferir sentencia con las formalidades de ley: *Pilatos, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús*, pues solían celebrarse públicamente los juicios, y *se sentó en su tribunal*, emplazado en sitio prominente, como lo hacen los jueces al pronunciar sus fallos, *en el lugar que se llama Lithóstroto*, así llamado en griego por tener el piso de mosaico, y en hebreo *Gábbatha*, o lugar elevado. Nótese la

minuciosidad de detalles relativos al lugar y forma del juicio: ahora añade el Evangelista los relativos al tiempo: quiso Dios quedara como grabado en la historia el momento en que, para la salvación del mundo, fué sentenciado a muerte el Verbo hecho carne: *Y era el día de la preparación de la Pascua*, la vigilia de la gran fiesta, y como la hora de sexta: sobre las once de la mañana.

Pilatos está despechado: contra su conciencia y contra su autoridad, valiéndose de una indigna estratagema, se le obliga a condenar a un reo: *Y dice a los judíos*, señalando a Cristo, con expresión llena de sarcasmo: *Ved aquí vuestro rey*: ved si os parece digno que os ensañéis en este hombre a pretexto de usurpador de la real dignidad. Enfurecidos por el tono de sangrienta ironía de Pilatos, ya no suffren siquiera la presencia de Jesús: *Y ellos gritaban: Quita, quita, crucifícale*. A lo que *les dice Pilatos*, saizando más hondo aquellos corazones con el filo acerado de su burla: *¿A vuestro rey he de crucificar?* Llenos de coraje los sinedristas, por la presencia de Jesús y por la irrisión de que les hace objeto el Procurador, rompen definitivamente con su Dios, el Dios de Israel, abdican de su cualidad de reino teocrático, renuncian de hecho a la esperanza en el Mesías, subvirtiéndolo todo el sentido de las viejas profecías, y reconocen públicamente como legítima la autoridad odiada del César opresor: *Respondieron los pontífices: No tenemos rey, sino a César*. La pasión del miedo ha hecho de Pilatos el tipo del juez prevaricador: la pasión de la envidia ha convertido en hombres de sangre, prevaricadores de su religión y de su patria, a los primates de Israel.

LA SENTENCIA DE CRUCIFIXIÓN (Mt. 24.25). — El primer Evangelista, que nada refiere del episodio anterior, nos retrotrae un momento a la escena culminante, antes de la flagelación, en que el pueblo pedía la muerte de cruz contra Jesús, para describir luego la forma del pronunciamiento. *Y viendo Pilatos que nada adelantaba, sino que crecía más el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo*.

Acomodóse Pilatos a una costumbre judía, que muy bien podía conocer (Deut. 26, 6.7), significando con el acto simbólico del lavatorio que se descargaba de toda culpa que pudiese importar la condenación de aquel inocente y de la consiguiente vindicta que de ella quisiese tomar la divinidad: al mismo tiempo cargaba toda la responsabilidad, de culpa y pena, en los que le habían coaccionado: *Allá os lo veáis vosotros* (Cf. Ps. 25, 6; 72, 13); pero un lavatorio de manos no purifica el alma manchada: y los siglos futuros dirán que Pilatos fué un juez cobarde y criminal.

Entiende el pueblo la significación del simbólico lavatorio, que tiene lugar en lo alto de la silla presidencial, a la vista de todo el pueblo, quien traspasa voluntariamente a sí el tremendo reato de la sentencia hacedera, y da al mismo tiempo aliento al juez para que la pronuncie en seguida: *Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre*. Cuarenta años más tarde, en el asedio y toma de Jerusalén por Tito, pagó el pueblo judío en forma terrible su cristicidio, en la matanza de muchos miles; en la crucifixión de tantos, que dice Josefo faltaba espacio para las cruces, y cruces para los cuerpos; en la pérdida de la nacionalidad, y en la deportación de los sobrevivientes.

*Y entonces, descargado Pilatos del peso de la injusticia, según él creía, se lo entregó a su voluntad, para que fuese crucificado*. Estaba terminado el juicio: la sentencia estaba pronunciada: inmediatamente, porque el tiempo urgía por razón de la fiesta, se dispuso su ejecución: *Y tomaron a Jesús, los soldados que debían crucificarle, los mismos de la cohorte, y le sacaron fuera, del pretorio y de la ciudad, fuera de cuyas puertas debía morir* (Cf. Hebr. 13, 12).

**Lecciones morales.** — A) Ioh. v. 12. — *Si a éste sueltas, no eres amigo del César*. — Estas palabras se reducen a este dilema terrible: o matas al Hijo de Dios, o caes en la desgracia de quien te confirió el poder que tienes. ¿Cuántas veces, si no con tanta crudeza, ni con la enormidad que importan los extremos de este dilema, se nos ha ofrecido en nuestra vida la alternativa de ofender a Dios u ofender a un hombre? Si no doblas la vara de la justicia, se le dice a quien la administra, incurres

en mi desagrado. No cuentes con mi apoyo, dice otro, si no accedes a mis deseos, aunque importen la ruina de tu honor y la ofensa de Dios. Trabaja en día de fiesta, si no quieres perder tu trabajo. ¡Cuántos Pilatos hay en el mundo que, quizás con menos resistencia que el Procurador romano, temiendo más a los hombres que a Dios, venden su conciencia, y sacrifican la luz de su razón y los impulsos de su voluntad en aras de la razón y de la voluntad extraviadas de otros! Es una gran miseria: porque ya no sólo importa la ruina moral del hombre y la ofensa de Dios, sino el rebajamiento de toda la vida, que ya no es nuestra, sino de otro, que ha suplantado en nosotros a Dios.

B) v. 15. — *No tenemos rey, sino a César.* — Así atraían los judíos sobre sí todas las consecuencias de la abdicación de la realeza de Dios sobre ellos, y de la proclamación de la realeza del César, extranjero y déspota. Lo hicieron los judíos en el paroxismo de su pasión, de envidia y rabia contra Jesús. Pero si esta prevaricación es la única en la historia de los pueblos, porque sólo el pueblo judío tuvo una constitución absolutamente teocrática, ello se repite con excesiva frecuencia en el orden personal. Porque cuando la pasión nos domina, también nosotros decimos, si no con los labios con las obras: No tengo más rey que al César de mi sensualidad, de mi orgullo, de mi sed de venganza, de mi afán de riquezas. Es inútil que clame entonces la conciencia en el fondo del alma, saliendo por los fueros de nuestro Rey, Dios, ofreciéndonos la visión de su ley, de sus sanciones, de su querer. No tenemos entonces más rey que al César que nos domina, y al aceptar su yugo llamamos sobre nosotros todas las consecuencias de la servidumbre en que hemos caído: remordimientos, facilidad de pecar, la deshonra a veces, la indignación de Dios, la pérdida de nuestro puesto, sin contar con la ira de Dios futura si no volvemos a admitir su realeza sobre nosotros.

C) Mt. v. 24. — *Se lavó las manos delante del pueblo...* — Pero, ¿qué importa un lavatorio de manos si la conciencia está manchada? ¿Acaso purificó esta ceremonia el alma del indigno juez? Pudo ser ello una ceremonia legal en el Antiguo Testamento, no para purificar el alma de un homicida, sino para demostrar la inocencia de quienes no lo fueron (Deut. 21, 1-7): pero aquí Pilatos, prevaricando en el ejercicio de su autoridad, se lavaba exteriormente: mejor le hubiera sido no lavarse las manos y administrar rectamente la justicia: esto era un deber primordial; aquello, en este caso, una ceremonia sin sentido.



De aquí debemos aprender a no utilizar las cosas buenas para cubrir nuestras malas acciones: y a no valernos de ritos y ceremonias que, siendo santas en sí, y aptas para los fines para que las dispuso la Iglesia, son ineficaces para aquello a que nuestra mala voluntad o nuestra conciencia errónea puede traerlas.

D) v. 25. — *Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.* — Y ha venido tremenda la maldición de Dios sobre las generaciones judías por la sangre del Justo, injustamente derramada. Aun lleva el pueblo desgraciado la marca del deicidio. Todavía las naciones tienden a expeler de su seno a una raza que, aun estando diluída en ellas, les ocasiona graves trastornos. Pero es más grande la misericordia de Dios que la locura de este voto, dice el Crisóstomo, y son muchos los que de ellos se han convertido, y se convertirá el pueblo como tal antes del fin del mundo. Vendrá sobre él la sangre de Jesús, no para la condenación, sino para la redención. Sobre los destinos de los pueblos, más que los crímenes que cometan en momentos de exacerbación loca, pesa la providencia misericordiosa de Dios, que no quiere que se pierdan.

E) Ioh. v. 16. — *Se lo entregó... para que fuese crucificado.* Entrega Pilatos a Jesús, y lo reciben los judíos: el crimen se junta con el crimen para la muerte del Justo. Se ha doblegado la justicia hasta darse la mano con la calumnia, la envidia y el odio de los enemigos del sentenciado. Se ha excedido la facultad de los judíos hasta subirse a la misma silla judicial de Pilatos y obligarle a dar sentencia injusta. Si Pilatos hubiese resistido justamente, no se habría consumado la iniquidad. Tampoco hubiera sido condenado el justo sin la injusta acusación de sus enemigos. Es la colaboración, a veces inconsciente, de los hombres, que se completan mutuamente para producir las grandes injusticias públicas. No sucediera ello, si los encargados de salvaguardar los principios en que la sociedad se asienta fuesen inflexibles en el cumplimiento de sus deberes.

## 216. — CAMINO DEL CALVARIO: Mt. 27, 31; Ioh. 19, 17 Lc. 23, 26-32

(Mt. 27, 32-33; Mc. 15, 21.22)

### Sigue la lección de los "Passio" respectivos

«<sup>a</sup> Y después que lo escarnecieron, le desnudaron del manto y le vistieron de sus ropas, y lo llevaron a crucificar.

«<sup>b</sup> Y llevando su cruz auestas, salió para aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota.

«<sup>c</sup> Y cuando lo llevaban, tomaron un hombre de Cirene, llamado Simón, «<sup>c</sup> padre de Alejandro y Rufo, «<sup>c</sup> que hallaron al salir, «<sup>c</sup> un transeúnte que venía de una granja, «<sup>c</sup> a quien alquilaron para que llevara su cruz: y le cargaron la cruz, para que la llevara en pos de Jesús. «<sup>d</sup> Y le seguía una grande multitud del pueblo, y de mujeres, las cuales lloraban y plañían. «<sup>e</sup> Mas Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí: antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. «<sup>f</sup> Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. «<sup>g</sup> Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. «<sup>h</sup> Porque, si en el árbol verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará? «<sup>i</sup> Y llevaban también con él otros dos, que eran malhechores, para hacerlos morir.

**Explicación.** — Los sinópticos nada dicen de la lucha violenta habida después de la flagelación de Jesús entre Pilatos y el pueblo, que terminó con el triunfo de éste sobre aquél. Por otra parte, los cuatro Evangelistas son sumamente sobrios en narrar el camino que hizo Jesús del pretorio al Calvario, y lo en él ocurrido: se reducen a consignar, después de algunos preparativos (Mt. v. 31; Ioh. v. 17), el episodio de Simón de Cirene (Lc. v. 26), y el de las mujeres a las que habló Jesús en el camino (27-32).

HACIA EL CALVARIO: EL CIRENEO (Mt. 31; Ioh. 17; Lc. 26). — Para la sangrienta burla que de la realeza de Cristo hicieron los legionarios en el patio del pretorio, le habían

quitado sus ropas exteriores, substituyéndolas por la clámide roja (Cf. Mt. 27, 28): con ella vestido había aparecido ante el pueblo en la escena del "Ecce-Homo". Lograda la sentencia de muerte y en vías de ejecución, quitáronle los soldados el traje de burlas, y le vistieron su propio manto y túnica: *Y después que lo escarnecieron, le desnudaron del manto y le vistieron de sus ropas*, ya para que le conociera el pueblo, ya para repartírselas después. No es probable le quitaran la corona de espinas, que llevó hasta en la cruz, ya que la razón que motivó la sentencia fué el haberse hecho rey. Entre la sentencia y la ejecución no concedían los romanos tiempo alguno al reo, que era en seguida ajusticiado: así lo hicieron con Jesús: *Y lo llevaron a crucificar*.

Dada la orden al lictor para que trajera la cruz, si las había dispuestas, o la arreglara en caso contrario, tomóla Jesús y la cargó sobre sus hombros: los mismos reos debían llevar su patíbulo hasta el lugar de su ejecución: *Y llevando su cruz auestas, salió para aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota*. Es casi cierto que la cruz de Jesús no fué la llamada "decussata", en forma de X, ni la "commissa", en forma de T, sino la "immissa", o latina, cuya forma nos es tan familiar. Gólgota equivale a "cráneo", "calvaria", y era así llamada, no la colina, que no llegaba a tal, sino una prominencia rocosa, que afectaba la forma de una calva y que de ello tomaba el nombre probablemente, muy cercana a los muros de la ciudad. Parece ser de origen cristiano la leyenda, que otro carácter no tiene, que supone a Adán enterrado en el Calvario, y que de aquí derivaría el nombre del lugar.

Pero la cruz era pesada: bien que no tuvo seguramente el gran tamaño que le atribuye la iconografía cristiana, debía ser bastante gruesa para soportar el peso del cuerpo de un hombre. Ni era corto el camino, desde el pretorio, al norte del Templo, donde empieza la "Vía dolorosa", hasta el lugar del suplicio: oscila la distancia que separa los dos extremos del camino recorrido por Jesús, según los comentaristas, entre 820 y 1.220 pasos. Además, Jesús estaba extenuado, por la agonía de la noche anterior, por la fatiga, el hambre y el

insomnio, por los azotes y malos tratos de toda suerte. Comprendieron los soldados que Jesús podía morir antes de llegar al lugar del suplicio, ni querían los judíos verse privados del goce infame de verle morir. *Y, por esto, cuando lo llevaban, tomaron un hombre de Cirene, llamado Simón, padre de Alejandro y Rufo, que hallaron al salir, probablemente de la ciudad; un transeúnte que venía de una granja, a quien alquilaron para que llevara su cruz: y le cargaron la cruz, para que la llevara en pos de Jesús.* Era Cirene una ciudad floreciente de la Libia, donde había muchos judíos: ciertamente lo era Simón, a juzgar por el nombre. Han creído algunos que Jesús y Simón llevaron simultáneamente la cruz, cargando cada uno un extremo de ella, Jesús el delantero: más que una equivocada interpretación del “en pos de Jesús”, es error debido a algunos artistas, que así arbitrariamente han reproducido este pasaje del Evangelio.

**LAS HIJAS DE JERUSALÉN (Lc. 27-32).** — Seguía su camino Jesús con su cortejo, precedida la comitiva por el centurión, que debía presidir el suplicio, a quien seguía el heraldo, que proclamaba en alta voz la causa de la condenación del reo, y la víctima, con un retén de legionarios encargados de la crucifixión; y en pos de todos ellos, copiosa muchedumbre, ávida del próximo espectáculo: *Y le seguía una grande multitud del pueblo, y de mujeres, las cuales lloraban y plañían.* Un decreto especial prohibía las manifestaciones de dolor en la ejecución de los criminales: pero estas piadosas mujeres, que no deben confundirse con las que de la Galilea solían acompañar a Jesús, saben que Jesús es un santo doctor y taumaturgo, condenado por la envidia de los sinedristas: y lloran, y se percuten el pecho de dolor, según el griego, y, al paso de Jesús, o en pos de él, haciendo grandes demostraciones de duelo, y lamentándose en alta voz, como suelen los orientales.

*Mas Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí: grandes motivos de dolor tenéis, pero desviad de mí vuestro dolor: yo no hago sino beber el cáliz que me ha dado el Padre, redimir el mundo con mi*

muerte, preparar con ella mi glorificación. *Antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos*: justo es vuestro dolor, porque se acercan los días de la venganza que de vuestro pueblo tomará Dios por mi muerte.

Y pasa a describir Jesús la próxima calamidad del pueblo judío, la que podrán ver algunas de las que lloran, tan inminente es la desgracia; *Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar*. Con acumulación de frases equivalentes pondera Jesús la dicha de las estériles: para la mujer de Israel, la fecundidad es una bendición de Dios: mas entonces no, porque a los propios males, verán las madres sumarse los que sufrirán sus hijos: a mayor número de ellos, más aumentará su pena. Y generalizando Jesús su pensamiento, pondera los males gravísimos que vendrán sobre toda la nación: tan grandes serán los sufrimientos presentes y los temores de los futuros, que querrán morir de muerte desastrada antes que tener que soportarlos: *Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos, sepultadnos* (Cf. Os. 10, 8; Apoc. 6, 16).

Termina Jesús sus terribles y conmovedoras frases con esta locución proverbial, que encierra la razón de los males que aguardan a la nación prevaricadora: *Porque, si en el árbol verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?* El árbol verde es en las Escrituras símbolo del hombre justo (Cf. Ps. 1, 3; Jer. 17, 18). Si sobre mí, siendo inocente y la misma inocencia, porque he salido fiador de los pecados ajenos, han venido tamaños tormentos y tan afrentosa muerte, ¿qué no corresponderá a un pueblo cargado ya de pecados, que ha añadido a ellos el de condenar al mismo Hijo de Dios?

Nota aquí el Evangelista que en la comitiva que se dirigía al Calvario había dos facinerosos, también condenados a muerte: los hallaremos más tarde a ambos lados del Señor clavado en cruz: debía realizarse la profecía de Isaías (53, 12), según la que el Cristo debía ser computado entre los *malvados*: *Y llevaban también con él otros dos, que eran malhechores, para hacerlos morir*.

**Lecciones morales.** — A) Ioh. v. 17. — *Y llevando su cruz a cuestas, salió para aquel lugar que se llama Calvario...* — ¡Grandioso espectáculo! exclama San Agustín. Pero si lo contempla la impiedad, ¡grande vergüenza! Si la piedad, ¡gran misterio! Riese la impiedad de que en vez del real cetro lleve este rey el leño de su suplicio: pero contempla la piedad a este rey que lleva la cruz, en la que él mismo voluntariamente quería ser clavado, para después clavarla en la misma frente de los reyes. Es Jesús despreciable a los ojos de los impíos, en aquello mismo en que se gloriarán los corazones de los santos. Recomendaba Jesús la cruz que llevaba sobre sus hombros: quien era la luz que no debía permanecer debajo del celémín, llevaba el candelabro desde el cual debía alumbrar a todo el mundo. ¡Gloriémonos en la gloriosa cruz!

B) Lc. v. 26. — *Tomaron un hombre de Cirene... y le cargaron la cruz...* — Este hombre de Cirene eres tú, cristiano, si quieres ser digno de tal nombre. Simón significa “obediente”, dice Beda; Cirene, “heredero”: si obedeciendo a la voz de Jesús que te dice: “El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz, y sígame” (Mt. 16, 24), lo haces de verdad, poniendo la cruz como bandera de toda tu vida, entonces serás heredero de la gloria. Es la teoría paulina de nuestra vida cristiana y de su premio eterno: “Si padecemos con Cristo, seremos glorificados con Cristo” (Rom. 8, 17). Jesús, por sus tormentos, mereció entrar en su gloria (Lc. 24, 26): nosotros, con los nuestros, inevitables, debemos entrar en la nuestra. Peor si no convertimos nuestras penas en cruz, sobrenaturalizándolas, porque entonces sufriremos sin premio. No hay otro camino para lograr éste que el camino real de la santa Cruz.

C) v. 27. — *Y le seguía una grande multitud del pueblo...* — Pero no todos le seguían con los mismos sentimientos: lloraban las mujeres: aguardaban otros, curiosos, el cruento espectáculo: seguían muchos lleno el corazón de odio contra Jesús: quizás los codiciosos soldados esperaban repartirse las vestiduras del reo. Es la imagen de lo que sucede con los seguidores de Cristo en nuestros días. Es tan miserable la condición humana, que hasta haciendo el camino de nuestra salvación, y gloriándonos de seguir a Jesús, damos cuerpo y pábulo a nuestras pasiones. Cada cual pretende seguir a Jesús siguiéndolo a su manera. Pero no hay más que una manera de seguir a Jesús: despojándonos de todo lo que no pueda ir en la compañía de Jesús, y revistiéndonos del espíritu de Jesús. Quien no sigue a Jesús no es digno

de él, dijo el mismo Señor (Mt. 10, 38). Podemos añadir: Tampoco es digno de Jesús quien no le sigue identificándose con él. Porque quien no sigue así a Jesús, no le sigue: no hace más que de comparsa de su comitiva, sin que le anime el espíritu, que es el que une a Jesús.

D) v. 28. — *No lloréis sobre mí...* — Dentro de tres días saldrá Jesús triunfante del sepulcro: habrá pasado el Mar Rojo de su pasión y cantará el triunfo definitivo sobre la muerte y sobre sus enemigos: y oirá los ¡¡aleluyas!! eternos con que en la tierra y en el cielo se magnificará su gloria. Por esto no deben llorar sobre Jesús. Sobre ellas sí, y sobre sus hijos deben llorar, porque se acercan los días de la ruina de Jerusalén, y sobre todo, porque llevarán sobre sí la maldición que el pueblo ha pedido por la generación presente y las futuras. Compadezcamos a Jesús, compartamos los dolores y afrentas de su pasión, que es condición de nuestra glorificación futura; pero más bien pidamos a Jesús que por estos mismos dolores y muerte se compadezca de nosotros, que se la causamos con nuestros pecados. Cristo ya no puede padecer ni morir: queda sólo la historia de su pasión, que tantas lágrimas ha arrancado de las almas santas y que han sido el baño purificador de las humanas generaciones. Ésta debe ser la razón de nuestras lágrimas: nuestra mala vida. Sobre nosotros debemos llorar para que la pasión de Cristo nos regenere.

E) v. 31. — *Si en el árbol verde hacen esto...* — Es decir, si yo, que no hice pecado, y que soy llamado "árbol de la vida", dice San Beda, no pude excusarme del fuego de los tormentos y del dolor, ¿cómo podréis excusaros vosotros, leños secos, cargados de pecados, en vez de frutos, sin savia de vida divina? No temamos los sufrimientos: si los recibimos en Cristo y por Cristo, nos harán vivir con la lozanía de las ramas injertadas en Cristo.

**217.—LA CRUCIFIXIÓN: Mc. 15, 23-25-27.28**

(Mt. 27, 34; Lc. 23, 33; Joh. 19, 18)

**EL TITULO DE LA CRUZ: Joh. 19, 19-22**

(Mt. 27, 37; Mc. 15, 26; Lc. 23, 38)

**SORTEO DE LAS VESTIDURAS: Joh. 19, 23.24**

(Mt. 27, 35; Mc. 15, 24; Lc. 23, 34)

**Sigue la lección de los "Pasos" en los días respectivos**

“ Y le daban a beber vino mezclado con mirra <sup>1</sup> y *hial*, y <sup>2</sup> *habiéndolo gustado*, no lo tomó. “ Era, pues, la hora de tercia cuando lo crucificaron. “ Y crucificaron con él dos ladrones: el uno a su derecha, y el otro a su izquierda, <sup>3</sup> y *en medio Jesús*. “ Y se cumplió la Escritura, que dice: Y fué contado entre los malvados.

“ Y Pilatos escribió también el título <sup>4</sup> *de su causa*; y lo puso sobre la cruz, <sup>5</sup> *sobre su cabeza*. Y estaba escrito: “ *Éste es JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS*. “ Y muchos de los judíos leyeron este título: porque estaba cerca de la ciudad el lugar en donde crucificaron a Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. “ Y decían a Pilatos los pontífices de los judíos: No escribas “rey de los judíos”: sino que él dijo: “Rey soy de los judíos”. “ Respondió Pilatos: Lo que he escrito, escrito queda.

“ Los soldados, después de haber crucificado a Jesús, tomaron sus vestiduras (y las hicieron cuatro partes, para cada soldado su parte) y la túnica. <sup>6</sup> Y *dividiendo sus vestiduras, echaron suertes* <sup>7</sup> *sobre ellas, para ver lo que llevaría cada uno*. Mas la túnica no tenía costura, sino que era toda tejida desde arriba. “ Y dijeron unos a otros: No la partamos, mas echemos suertes sobre ella, para quién será. Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: Repartieron mis vestidos entre sí; y echaron suerte sobre mi vestidura. Y los soldados ciertamente hicieron esto.

**Explicación.**— Del viaje, fatigosísimo para Jesús, del pretorio al Calvario, no nos refieren los Evangelistas otros



episodios que el del Cireneo y el de las compasivas mujeres de Jerusalén. De las narraciones relativas a la Verónica y al encuentro de la Virgen en la calle de la Amargura nada dicen los Evangelios: quizá contengan algún elemento histórico; pero es evidente el carácter legendario de muchos de sus detalles. Por lo demás, convienen los cuatro Evangelistas en la mayor parte de los hechos acaecidos en el lugar de la crucifixión, aunque se completan y explican mutuamente; mas no siguen el mismo orden en la narración. Marcos es en este punto el más ordenado y sintético de los sinópticos: Juan, el más completo en los dos hechos que de él tomamos.

LA CRUCIFIXIÓN (Mc. 23, 25.27.28). — Léese en el libro de los Proverbios (31, 6.7): "Dad... vino a los que están en amargura de corazón: beban... y no se acuerden más de su dolor": fundada en la interpretación libre de este pasaje, introdujose entre los judíos la costumbre, que los romanos respetaron, de dar a los que iban a ser ajusticiados una bebida que, al tiempo que levantaba las decaídas fuerzas del reo, por su carácter narcótico embotaba su sensibilidad: era el vino generoso, en el que se disolvían unos granos de mirra. Solían preparar este supremo obsequio a los infelices las mujeres nobles de la ciudad. Observóse en la crucifixión de Jesús esta costumbre: *Y le daban a beber vino mezclado con mirra y hiel*: si así fué, que echaran hiel en el vino, se contaría ello entre los especiales ultrajes que recibió el Señor en su hora suprema: pero la voz griega equivalente indica más bien una hierba amarga, probablemente la adormidera, cuyo jugo es de mucha fuerza narcotizante. Jesús, cuya amabilidad no le consentía rechazar totalmente el obsequio de las piadosas mujeres, recibió el vaso que le ofrecieron los soldados, y *habiéndolo gustado*, lo rehusó, por voluntad de experimentar en toda su acerbidad los dolores de la crucifixión: *no lo tomó*.

Había llegado ya el momento de la crucifixión: *Era, pues, la hora de tercia cuando lo crucificaron*. Analicemos estas breves palabras, que contienen la hora y el hecho de la ejecución de la sentencia terrible.

¿A qué hora del día fué crucificado el Señor? Marcos

tan preciso siempre en lo que a detalles se refiere, señala la hora tercia: Juan (19, 14) dice que era aproximadamente la hora sexta. Es indudable que ambos Evangelistas cuentan las horas desde la salida del sol: así, según Marcos, la crucifixión habría tenido lugar a las nueve de la mañana; según Juan, cerca de las doce. Para conciliar ambas narraciones han creído algunos que se debe a error de los copistas la diferencia de horas señaladas en ambos Evangelios: no es así, por cuanto el mayor número de los códices, y los mejores, llevan esta lección. Pretenden otros que la hora de tercia se extendía de nueve a doce, y la de sexta, de doce a tres de la tarde: la explicación sería fácil en esta hipótesis, ya que las inmediaciones del mediodía serían aún la hora tercia y aproximadamente la de sexta. Parece lo más aceptable tomar las horas que nos dan ambos Evangelistas en su sentido natural, pero no con precisión: ni los Evangelistas disponían de cronómetros para precisar el tiempo, ni las horas tenían igual duración en todas las épocas del año. Siendo, pues, bastante vaga la indicación de Juan, y pudiendo correr la hora de tercia desde las ocho a las diez de la mañana, podemos situar el acto de la crucifixión sobre las diez: a más de que no sería tan breve la terrible escena desde que empezó hasta que quedó izada la cruz con la divina Víctima ante la multitud.

Por lo que a la misma crucifixión se refiere, baste decir que era suplicio de esclavos y que, según Cicerón, era el más atroz y cruel de los suplicios. El reo era clavado en cruz totalmente desnudo, aunque parece era práctica de los judíos cubrir la cintura de los desgraciados con un lienzo, y así se haría con Jesús, según testimonio de la tradición. No solía la cruz pasar en longitud del doble de la altura del cuerpo humano: así, no era raro que los chacales alcanzaran, llegada la noche, a devorar los cuerpos de los ajusticiados. Tenía la cruz, hacia la mitad del asta vertical, un apéndice horizontal saliente, donde, a guisa de caballete, descansaba el reo a horcajadas: ignoramos si lo tuvo la cruz del Señor. Era el reo a veces clavado sobre la cruz horizontal en el suelo, para ser luego izada junto con el ajusticiado; pero de ordinario se suspendía a la víctima con cuerdas o poleas en la cruz ya fija

en tierra, hasta montar sobre el caballete, para ser luego clavado por las manos, y luego por los pies, que a veces sólo se ataban a la cruz: los de Jesús fueron clavados (Cf. Ps. 21, 17, Lc. 24, 39.40). Es lo más probable que lo fueron con dos clavos, uno para cada pie, y que no descansaron sobre la pequeña peana con que algunos artistas les representan. Nada nos dicen los Evangelistas de todos estos detalles, velando la crudísima realidad con la simple consignación del hecho, para el que no tienen los cuatro más que una palabra: "Le crucificaron" (Cf. Mt. 27, 35; Mc. 15, 24; Lc. 23, 33; Ioh. 19, 18).

Era la cruz suplicio de ladrones: dos de ellos fueron crucificados junto con el Señor: *Y crucificaron con él dos ladrones, el uno a su derecha, y el otro a su izquierda, y en medio Jesús*: así era mayor la ignominia, porque aparecía el Señor como el más significado de los ajusticiados. No serían los ladrones atados a la cruz, como nos los representa a veces el arte, sino cosidos a ella con clavos, como el Señor. Nota el Evangelista la realización de la profecía de Isaías (53, 12): *Y se cumplió la Escritura, que dice: Y fué contado entre los malvados*.

EL TÍTULO DE LA CRUZ (Ioh. 19-22). — Sobre la cruz y en el extremo superior del asta vertical solía fijarse una tablilla de madera en la que constaba la razón o causa de la condenación del reo, escrita en caracteres rojos o negros. Esta tablilla era llevada al lugar del suplicio a veces por el mismo reo, que la llevaba colgada al cuello, otras por uno de la comitiva, clavada la tablilla en lo alto de una pértiga, para que fuese fácilmente legible. El mismo Pilatos, por su carácter de juez, redactó la inscripción y mandó ponerla sobre la cruz: *Y Pilatos escribió también el título de su causa; y lo puso sobre la cruz, sobre su cabeza*.

Los cuatro Evangelistas dan con ligeras variantes el texto de la inscripción: los cuatro hacen constar el carácter de rey de los judíos por que era condenado Jesús: Juan es quien da la inscripción más completa: *Y estaba escrito: Éste es JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS*: consígnase en ella el nombre, el país y el supuesto crimen del

ajusticiado. Razón tuvo Pilatos de inscribir la realeza de Jesús como causa de su condenación, y no otro cualquiera de los motivos alegados por sus enemigos, la blasfemia, sedición, etc.: como pretendiente a la realeza había sido acusado: él mismo había dicho que era rey: como rey le había saludado el pueblo hacía pocos días (Lc. 19, 38); a más de que con ello se vengaba Pilatos de los sinedristas orgullosos, ofreciendo a la vista de todos aquel rey de aspecto tan desgraciado. Pero fué providencia especial de Dios la redacción del título de la cruz proclamando la realeza de Jesús: él es la proclamación del reinado del Mesías: él indica al restaurador del caído trono de David, a quien esperaba el pueblo de Israel (Cf. Ier. 22, 30; 23, 5; Ez. 21, 27).

Solían los reos ser ajusticiados en las afueras de las ciudades, pero en lugares de mucho tránsito, para satisfacción de la pública vindicta y escarmiento de gente maleante. Así se hizo con Jesús, que padeció fuera de los muros de la ciudad, aunque posteriormente una nueva línea de defensa construída por Agripa encerró en el recinto de Jerusalén el lugar del Calvario y del sepulcro del Señor. Por la enorme concurrencia de peregrinos con motivo de la Pascua, fueron muchos los que pudieron leer la inscripción: Pilatos la había mandado redactar en los tres idiomas más usados en el país, el arameo o hebreo vulgar, que era el lenguaje del pueblo, y el griego y el latín, hablados por los extranjeros y los judíos de la Diáspora: *Y muchos de los judíos leyeron este título: porque estaba cerca de la ciudad el lugar en donde crucificaron a Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín:* era ello como la proclamación de la universalidad de la realeza de Jesús.

Llevaron a mal los sinedristas la forma asertiva del cartelón, en el que no se habrían fijado, en la exasperación de su furor y en las prisas por la ejecución de la sentencia: de ello se quejan a Pilatos: *Y decían a Pilatos los pontífices de los judíos: No escribas "rey de los judíos": sino que él dijo: "Rey soy de los judíos".* Pero Pilatos, que se ha vengado de sus obstinados adversarios, gózase en la humillación que sienten ellos por tener ante sus ojos a tal rey, y, con firmeza

y tenacidad tardía, niégase a enmendar la inscripción, que está como él la formuló: *Respondió Pilatos: Lo que he escrito, escrito queda.*

**SORTEO DE LAS VESTIDURAS** (Ioh. 23.24). — Según se desprende del versículo 23, fueron cuatro los soldados que llevaron a cabo la crucifixión del Señor. Las vestiduras de los ajusticiados quedaban de propiedad de los verdugos, según costumbre romana que más tarde se derogó: por esto vemos a los cuatro soldados repartirse por suerte, después de la crucifixión, las piezas que formaban la indumentaria del Señor: ellas eran cuatro, a más de la túnica, probablemente la túnica interior, el cingulo, las sandalias y el palio o capa: *Los soldados, después de haber crucificado a Jesús, tomaron sus vestiduras (y las hicieron cuatro partes, para cada soldado su parte) y la túnica.*

Fueron dos los sorteos de las vestiduras, según se desprende de Marcos: el primero, para señalar la pieza que de las cuatro tocaría a cada uno de los soldados: *Y dividiendo sus vestiduras, echaron suertes sobre ellas, para ver lo que llevaría cada uno*, pues no eran todas del mismo valor. El segundo fué para adjudicar la túnica a uno solo, pues no estando formada por distintas piezas de tela cosidas, como de costumbre, sino que era de una sola pieza, del cuello a los pies, de poco hubiesen servido los trozos en que se hubiese partido: *Mas la túnica no tenía costura, sino que era toda tejida desde arriba, del cuello a los pies, como suelen llevarla aún algunos en Oriente. Y dijeron unos a otros: No la partamos, mas echemos suertes sobre ella, para quién será:* no faltarán espectadores que la compren a buen precio, con ganancia del soldado favorecido por la suerte: quizás querrá rescatarla la misma madre del Señor.

El Evangelista ve en este episodio el cumplimiento del vaticinio que contiene el Salmo 21, cuyas primeras palabras pronunció Cristo en la Cruz: *Con lo que se cumplió la Escritura, que dice: Repartieron mis vestidos entre sí: y echaron suerte sobre mi vestidura* (Ps. 21, 19). Fueron los soldados, inconscientes, atentos sólo a su codicia, los que realizaron

aquella profecía: *Y los soldados ciertamente hicieron esto*; es testigo presencial quien lo refiere.

**Lecciones morales.** — A) Mc. v. 23. — *Y le daban a beber vino mezclado con mirra...* — Es amarguísimo el vino mezclado con mirra, dice San Agustín, y más si a la mirra se añadió la hiel, o alguna otra hierba amarga y narcotizante. Este amarguísimo vino es fruto de la amarguísima vid del pecado, dice San Beda, del que se propinó a Jesús para que se cumpliera la profecía: “Diéronme hiel para comida, y en mi sed me abrevaron con vinagre” (Ps. 68, 22). Pero con este vino, añade San Jerónimo, se limpia la mancha que en nosotros causó el jugo de la manzana prohibida.

B) v. 27. — *Y crucificaron con él dos ladrones...* — Computado Jesús entre los malvados, dice San Jerónimo, dejó el de la izquierda, y tomó al de la derecha, como lo hará el día del juicio. He aquí que con igual crimen, acaban con suerte distinta: uno precede a Pedro en el paraíso: otro antecede a Judas en el infierno. Con una confesión breve adquirió el primero una larga vida; el otro, por una blasfemia breve es castigado con eterna pena. Todos podemos ser reputados como malos ante Jesús: todos somos malhechores, porque todos hemos pecado: nuestra suerte dependerá de que la pongamos en manos de Jesús.

C) Ioh. v. 19. — *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.* — Revela esta inscripción, dice San Beda, que el que moría no veía morir consigo su reino, sino que por su muerte lo inauguraba. Pero, añade San Agustín: ¿Es Jesús sólo rey de los judíos, o de todo el mundo? De todo el mundo, responde, según aquellos: “Yo he sido constituido rey por él sobre la montaña santa de Sión: pídemme, y te daré todas las gentes en herencia” (Ps. 2, 6.8). Hay un gran misterio encerrado en este título: y es que el olivo silvestre de que nos habla el Apóstol, es decir, el pueblo gentil (Rom. 11, 17.24), ha sido hecho partícipe de la unción del verdadero olivo, que era el pueblo hebreo; pero el verdadero olivo no ha participado de la amargura del jugo del oleastro. Por lo mismo, Jesús es rey de los judíos, no según la circuncisión de la carne, sino del corazón y del espíritu (Rom. 2, 29). He aquí la manera de ser súbditos de este rey: sometiéndonos de pensamiento, voluntad, palabra y obra a las exigencias de su ley.

D) v. 20. — *Estaba escrito en hebreo, en griego y en latín.* — Es signo, dice Teofilacto, de la realeza teológica, física y práctica de Jesús: de la primera, significada por las palabras hebrai-

cas, porque el pueblo hebreo era el custodio e intérprete de los oráculos de las Escrituras; la segunda, por las griegas, porque la civilización helénica se distinguió por el estudio de la naturaleza; la tercera, por las latinas, por cuanto los romanos sobrepusieron a los demás pueblos por la fuerza de sus armas y la prudencia de sus legisladores. Es el símbolo de la universalidad de la realeza de Jesús. Y de la universalidad de su sacrificio, que se ofrecerá desde oriente a occidente (Mal. I, II): remembranza de esta inscripción trilingüe es, en la Liturgia de la Misa Romana, el hecho de que tenga palabras de las tres lenguas: la latina, que forma el texto: el "Kyrie eleison", de la griega; y el "Sabaot" y "Amen" de la hebrea. ¡Qué sabia y minuciosa providencia en las grandes y pequeñas cosas de nuestra religión!

E) v. 23. — *Mas la túnica no tenía costura...* — Las cuatro piezas de la vestidura de Jesús significan las cuatro partes de la Iglesia, dice San Agustín, que se ha dilatado por los cuatro puntos cardinales: la túnica significa la indivisibilidad de la misma Iglesia, cuyas partes están todas unidas por la caridad. Desde arriba está tejida la unidad de la Iglesia, como la túnica de Jesús, porque es la caridad, que lo preside todo y es lo más excelso de todo, la que ha obrado el prodigio de la unidad, en la que están comprendidos todos los que están en comunión con la Iglesia católica. Es inusual la Iglesia, como la túnica del Señor, porque no puede partirse sin que deje de ser entera: o mejor, siempre es entera la túnica de la Iglesia, porque el que se divide de ella, ya a ella no pertenece. De ello debemos aprender a estimar cuanto valen la fe y la caridad, que nos hacen una misma cosa a todos, y a todos una misma cosa con Jesús: y a temer toda escisión que en la misma Iglesia pueda producirse, por falta de unidad en el pensamiento o de concordia de voluntades.

F) v. 24. — *Y los soldados ciertamente hicieron esto.* — No es cosa de extrañar que los soldados, codiciosos de tener la pieza entera, no la quisieran partir y la echaran a suertes. Ni lo consignaría el Evangelista, si no fuera por la maravillosa manera cómo, durante la vida de Jesús, y especialmente en la hora de su pasión y muerte, iban realizándose las profecías antiguas, hasta las más inverosímiles y minuciosas. Porque esta de la partición de los vestidos y de su sorteo es tan rara, que sólo Dios la podía escribir porque sólo Él pudo hacer que se realizara en la historia. En medio de la confusión trágica de aquellas horas, cuando los hombres estaban atentos cada uno a su quehacer, los escribas a regalar en su triunfo, los indiferentes gozando de la gran fiesta

ciudadana, los Apóstoles huyendo del peligro, Dios iba bordando en la trama de la historia, sin advertirlo nadie, el dibujo, al parecer caprichoso, de admirable unidad y belleza en la realidad, que él mismo había trazado centenares de años antes. Ninguna religión tiene estas maravillas, sino la nuestra santísima.

## 218. — INJURIAS A JESÚS CRUCIFICADO

Lc. 23, 34-37; Mt. 27, 39-44

(Mc. 15, 29-32)

### EL BUEN LADRÓN: Lc. 23, 39-43

**Sigue la lección de los "Passio" en los días respectivos**

“ Mas Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. ” Y el pueblo estaba mirando.

“ Y los que pasaban le blasfemaban, moviendo sus cabezas, ” y diciendo: ¡ Ah! Tú, el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo: si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.

“ Así mismo insultándole también los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, decían, ” *hablando entre sí.* “ A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar: si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz, ” *para que lo veamos y le creamos.* “ Sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo elegido de Dios. ” Confío en Dios: librélo ahora, si le ama: pues dijo: Hijo soy de Dios.

“ Y los ladrones que estaban crucificados con él, le improperaban.

“ Le escarnecían también los soldados, acercándose a él, y presentándole vinagre, ” y diciendo: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

“ Y uno de aquellos ladrones que estaban colgados, le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. ” Mas el otro, respondiendo, le reprendió, diciéndole: Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio. ” Y nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, porque recibimos el pago de lo que hicimos; mas éste ningún mal ha hecho. ” Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino.



“Y Jesús le dijo: En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.

**Explicación.**— Junto a la cruz en que pendía Jesús agolpáronse toda suerte de gentes, de los que llegaban a la ciudad y de los que de ella salían: la solemnidad del día, la oportunidad de la hora, lo concurrido del lugar, la misma fama de Jesús, fueron causa de que allí se congregaran la gente del pueblo, los sinedristas, los soldados, profiriendo contra Jesús terribles blasfemias: desde lo alto de su cruz se unían al infernal concierto los ladrones.

**PRIMERA PALABRA DE JESÚS: EL PUEBLO (Lc. 34.35).**— El Evangelio de Lucas ha sido con razón llamado el Evangelio de la misericordia: en esta lección aparece dos veces la gran misericordia del corazón de Cristo: en la oración que hace al Padre por sus enemigos y en la gracia que del cielo hace al buen ladrón. *Mas Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Probablemente fué dicha esta palabra, que sólo refiere Lucas, en el acto de la crucifixión y repetidas veces, pues el verbo “decir” tiene en el original griego forma iterativa. Toda ella respira piedad: piedad filial, llamando a Dios Padre, para que por el ruego de tal Hijo se mueva a perdonar a los criminales: piedad del perdón, queriendo no se les tenga en cuenta a sus enemigos el acto horrible a que sus pasiones les han conducido: piedad más profunda aún, atribuyendo el crimen no a la malicia, de que tantas pruebas habían dado sus adversarios, sino a su ignorancia del carácter de Mesías que no reconocían en él. A esta oración de Jesús atribuyen los intérpretes la rápida conversión de muchos miles, probablemente de los que allí estaban (Act. 6, 7; 15, 5).

*Y el pueblo estaba mirando:* es un trazo particular de Lucas, en que se revela la psicología de la masa popular: pocos días ha le aclamaba rey de Israel; hoy mismo, arrastrado por los sinedristas, ha pedido la sangre de Jesús sobre sí y sobre sus hijos: ahora asiste curioso al espectáculo: dentro de poco se volverá a la ciudad, golpeando muchos sus pechos (v. 48). Algunos, no obstante, como se colige de la

lectura total del versículo 35, acompañaban a los sinedristas en las blasfemias.

**INJURIAS DE LOS TRANSEÚNTES (Mt. 39.40).** — A los tormentos de la cruz añaden los circunstantes el aguijón de sus punzantes palabras. Son en primer lugar los que pasan por el camino junto al cual está la cruz: *Y los que pasaban le blasfemaban, moviendo sus cabezas*: a las palabras irreverentes añaden el gesto despectivo y de burla, como lo son ciertos movimientos de cabeza (Cf. Iob 16, 4; Is. 37, 22; Ier. 18, 16; Ps. 43, 15; 108, 25). Cita el Evangelista una forma de las muchas con que sería Jesús injuriado: *Y diciendo: ¡Ah! Tú, interjección de insulto, de burla por impotencia, el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo*: te gloriabas de aniquilar la fábrica inmensa de nuestro Templo, y reedificarla en pocos días: más fácil te sería desasirte de los clavos y bajar de la cruz: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz*.

**DE LOS SINEDRISTAS (41-43).** — También los primates de la nación, que habían juzgado a Jesús la noche anterior, pertenecientes la mayor parte de ellos a la secta de los fariseos, acudieron ante la cruz a denostar al Señor y blasfemar de él, llevando al colmo su rebajamiento: *Así mismo insultándole también los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, decían...* Ya no increpan al Señor directamente como el populacho: salvan las apariencias, pero *hablando entre sí* profieren contra Jesús injurias no menos graves: *A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar*: tan claros y de todos conocidos eran los prodigios obrados por Jesús, que sus mismos enemigos deben confesarlos, mezclando su memoria con los insultos: ha hecho muchos milagros: mas ahora no le vale su poder. Y vengándose de la resistencia de Pilatos a cambiar el rótulo de la cruz, añadían irónicamente: *Si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y le creamos*: tampoco le hubiesen creído, como no le creyeron cuando salvaba a otros; como no le creerán cuando haga lo que es más que bajar de la cruz: resucitarse en la sepultura. Dan, por fin, en medio de las

burlas, elocuente testimonio de la piedad de Jesús y de su confesión de Hijo de Dios, aunque haciendo servir el recuerdo para mayor escarnio de la Víctima: *Sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo elegido de Dios. Confió en Dios: librélo ahora, si le ama: pues dijo: Hijo soy de Dios.* Todo cuanto noble y grande había dicho y hecho el Señor, se lo devuelven en la hora suprema, envuelto en gestos y frases de sangrienta ironía.

DE LOS LADRONES Y SOLDADOS (Mt. 44; Lc. 36.37). — Para colmo de los ultrajes que recibió Jesús en la cruz, hasta los mismos ladrones, mejor, bandidos o salteadores, que con él habían sido ajusticiados, le llenaban de denuestos: *Y los ladrones que estaban crucificados con él, le improperaban.* Lo mismo dice el segundo Evangelista. En cambio, Lucas, como más adelante se verá, afirma que uno solo de los ladrones le denostaba, mientras el otro le proclamaba inocente. Se concuerdan ambas narraciones diciendo que Mateo y Marcos generalizan, afirmando que hicieron ambos lo que sólo hizo uno, como sucede cuando hablamos de categorías de cosas o de personas; o bien que empezarían ambos por injuriar al Señor, pero luego uno de ellos vino a mejores sentimientos con respecto a él.

Los mismos legionarios que daban guardia a Jesús crucificado juntáronse al coro general de improperios contra Jesús: *Le escarnecían también los soldados, acercándose a él, y presentándole vinagre:* quizás se refiere aquí Lucas al mismo hecho de Mt. 27, 49, y Mc. 15, 36: aunque otros creen que estos soldados ofrecieron a Jesús un vaso con la bebida llamada “posca”, compuesta de agua, vinagre y huevos, bebida ordinaria entonces de los soldados romanos. A imitación de los sinedristas, burlábanse los soldados de la aparente impotencia de Jesús, que contrastaba con su título de rey: *Y diciendo: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.*

EL BUEN LADRÓN (Lc. 39-43). — Este episodio, del que se rezuma la dulcísima piedad del Señor, es propio del tercer Evangelista. Como suelen los hombres desesperados que no

pueden escapar al último suplicio, deshaciase uno de los ladrones en injurias contra Jesús: *Y uno de aquellos ladrones que estaban colgados, le injuriaba*. Injuria y burla sangrienta a la vez encierran sus palabras: *Diciendo: Si tú eres el Cristo, o mejor, en forma interrogatoria de irrisión: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros*: te decías Mesías, y ahora aparece tu impostura, pues no eres capaz de salvarnos.

Pero el otro ajusticiado no ha perdido la ecuanimidad, ni en medio de los atroces tormentos, y profiere una serie de admirables sentencias que le hacen digno de la misericordia de Jesús. Primero, increpa a su compañero por su dureza e irreligión en aquellos supremos momentos: *Mas el otro, respondiendo, le reprendió, diciéndole: Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio*: cuando vamos todos a morir, no hacen en ti mella ni el recuerdo de tus crímenes ni el pensamiento del juicio de Dios. En segundo lugar, proclama la justicia con que se les ha condenado a ellos por sus crímenes, y la injusticia de la condenación de Jesús inocente: *Y nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, porque recibimos el pago de lo que hicimos*. En medio de los generales anatemas contra Cristo, él solo tiene valor para proclamar su santidad: *Mas éste ningún mal ha hecho*; portóse siempre como hombre probo y santo.

Y, finalmente, preparada su alma por la confesión de sus culpas y la declaración de la santidad de Jesús, vuélvese a él rogándole, en humilde y confiadísima plegaria, le tenga presente cuando esté en su reino: *Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino*: cuando disfrutes de real dominio, no te olvides de mí. Oyó el buen ladrón que se atribuía a Jesús la cualidad de rey y de Mesías: vió la paciencia y magnanimidad del Señor, y le creyó tal como de él se decía: quizás un rey glorioso que después de muerto volvería para fundar su reino, como creían los Apóstoles (Act. 1, 6); pero seguramente también un reino ultramundano, por cuanto sabía el ladrón que estaba próxima su muerte. Pero, sobre todo, era la gracia de Dios la que había venido a él para llevarle a la vida eterna.

Los dones de Dios rebasan siempre nuestras plegarias. Jesús, a quien el buen ladrón acaba de pedir tenga buena memoria de él, le promete con juramento la suma felicidad de la fruición de Dios para aquel mismo día: *Y Jesús le dijo: En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.* Es la segunda palabra de Jesús en la cruz. El paraíso es locución metafórica para expresar un lugar de dicha y reposo: bajó aquel día el buen ladrón al limbo, donde gozó ya de la divinidad de Jesús.

**Lecciones morales.** — A) Lc. v. 34. — *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* — Pudo perdonar Jesús personalmente a sus enemigos y librarlos de sus pecados, como Dios que era, dice el Crisóstomo: pero quiso orar así para darnos el ejemplo en perdonar a nuestros enemigos. ¿Quién no los tiene? Aun cuando no queramos, surgirá nuestro enemigo donde, cuando y en la persona que menos pensemos. Son muchos factores los creadores de enemistad: tantos como pueden rozarnos y molestarnos en nuestro movimiento en el campo de la vida. Nuestras pasiones y las ajenas los crean: la misma justicia nos los puede acarrear: este factor tan desconocido como universal, que llamamos antipatía, prepara el camino para las enemistades profundas. Es difícil el perdón de los enemigos, y más cuando no nos los hemos creado nosotros, y más aún cuando se han creado a pesar de nuestros buenos deseos de concordia con todos. En estos casos difíciles, nada mejor que acordarnos del inocentísimo Jesús, clavado en cruz, perdonando y rogando al Padre perdonara a sus encarnizados enemigos.

B) Mt. v. 40. — *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.* — Como si el estar clavado en cruz pudiera ser señal de no ser Hijo de Dios, dice el Crisóstomo. ¿Acaso los sufrimientos por que hicisteis pasar a los viejos santos y profetas fueron obstáculo a su santidad y a su gloria? ¿Cómo podrían serlo a la de Jesús los suplicios atroces a que le sometéis? Es que la persecución es muchas veces prueba de la santidad: Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia: y ¿qué más justicia que la que buscaba Jesús, que no era otra que el sumo y universal equilibrio de las cosas humanas ante Dios? ¿Qué extraño que se desencadenara contra él el torbellino de todas las persecuciones? Y si esto da la bienaventuranza, ¿por qué debía precipitarse el Señor bajando de la cruz antes de tiempo? No ba-

jará de la cruz vivo, dice San Jerónimo, pero subirá del sepulcro donde estaba muerto: ahora debe permanecer en la cruz para vencer al diablo.

c) Lc. v. 40. — *Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio.* — En las horas tremendas inmediatas a la muerte acostumbra el hombre sentir la pena de los pasados extravíos y el temor de los castigos de Dios, cuyo juicio es inminente. ¡Ay de los hombres de corazón endurecido, a quienes nada conmueve, en el orden moral y ultramundano, en la hora de la muerte! Han perdido la sensibilidad religiosa y moral: y ésta no suele perderse sino después de una vida llena de obstinación, de pensamiento y de corazón. Haga Dios conservemos, aun en medio de nuestras defecciones o negligencias, muy vivo el sentido de nuestras postrimerías: como es ello el gran remedio para no pecar, así es su olvido el medio de adormecernos en el mal, y llevar nuestra insensibilidad hasta la hora postrera de la vida.

D) v. 43. — *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* — ¡Qué paz y qué serenidad la de Jesús! Está en su agonía, entre atroces dolores, ante la multitud de sus adversarios, que se burlan de su aparente impotencia, y tiene ante sus ojos las perspectivas de su reino de felicidad, que brinda y promete el buen ladrón. Nadie ha muerto jamás así: entre los muchos prodigios del mundo físico y moral realizados en las últimas horas de la vida del Señor, éste es uno de los que llegan más hondo al alma de quien sabe meditar. Porque todo es grande en esta palabra de Jesús: la paz, la generosidad, la piedad, la bondad: es en realidad palabra digna del Dios que la pronunció.

E) v. 44. — *Los ladrones... le improperaban.* — Para que veamos, dice San Hilario, que todos en el mundo, hasta los malvados, han sufrido escándalo de la Cruz de Cristo. Parece que la comunidad de desgracia debía hacer al ladrón a lo menos tolerante con Cristo, a quien tenía a su lado, muriendo como Él: y en aquella hora suprema, los ladrones maldicen, y Cristo es maldecido. Después de este ejemplo, ¿por qué habría de extrañarnos que los malos nos insulten o nos molesten, en las mil formas que tiene la maldad para probar a los buenos, cuando nuestro Maestro y Redentor, en las horas más graves de su vida, de dolor, de afrenta, de abandono de todo el mundo, ve agravada su pena por los insultos de los que con él mueren ajusticiados?

F) Lc. v. 41. — *Mas éste ningún mal ha hecho.* — Confiesa el buen ladrón sus crímenes, y reconoce la inocencia del Justo:

por esto se encara con el compañero de crímenes y condena su proceder con Jesús. Como si dijera, dice el Crisóstomo: Mira una injuria nunca vista, que la santidad sea condenada junto con el crimen. Porque nosotros matamos a los vivos; y éste ha dado la vida a los muertos: nosotros hemos hurtado lo ajeno; éste manda dar hasta lo propio. Así se convertía en panegirista de Jesús ante las turbas circunstantes; y cuando vió que no le hacían caso, se volvió a Jesús y le dirigió aquella sentida plegaria: "Señor, acuérdate de mí..." Estemos siempre prontos a vindicar la santidad, la grandeza, la divinidad de Jesús ante aquellos que le insultan, le blasfeman, le calumnian. Y no seamos difíciles en confesar nuestras miserias, con humilde sinceridad, cuando de ello ha de venir edificación al prójimo y el perdón por parte de Dios.

G) v. 43. — *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* — Es el rey victorioso que vuelve de la batalla y da a aquel su nuevo amigo y súbdito las primicias del botín conquistado, que es la gloria, para sí y para sus seguidores. ¡Feliz ladrón, que hasta en la hora de la muerte sabe robar tan sabiamente el paraíso, cúmulo de todas las riquezas y de todo bienestar! En la facilidad con que ha logrado el perdón y la gloria, después de una vida de crímenes, hemos de cobrar santos alientos, confiando en que es el mismo Jesús que perdonó al ladrón aquel de quien esperamos la remisión de nuestros pecados.

## 219.—ÚLTIMAS PALABRAS DE JESÚS Y SU MUERTE

Mt. 27, 45-47; Lc. 23, 46; Ioh. 19, 25-30

(Mt. 27, 48-50; Mc. 15, 33-37; Lc. 23, 44-46)

**Sigue la lectura de los "Passio". Evangello de las Misas de la Santa Lanza y Clavos y de las Cinco Llagas (Ioh. vv. 28-30). Idem de la fiesta de los Siete Dolores (vv. 25-27).**

1. "Y estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena." Y como vió Jesús a su Madre, y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: Mujer, he ahí tu hijo." Después dijo al discípulo: He ahí tu Madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

“ Mas desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora de nona; <sup>1</sup> y *el sol se obscureció.* “ Y cerca de la hora de nona clamó Jesús con gran voz, diciendo: Eli, Eli, ¿lamma sabacthani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? “ Algunos, pues, de los que allí estaban, cuando esto oyeron, decían: A Elías llama éste.

<sup>2</sup> Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed. “ Había allí un vaso lleno de vinagre. <sup>3</sup> Y *corriendo uno de ellos, empapó una esponja de vinagre:* y ellos, poniendo alrededor de un hisopo la esponja empapada de vinagre, se la aplicaron a la boca. <sup>4</sup> Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: ¡Cumplido está! <sup>5</sup> Y *clamando otra vez con gran voz, dijo Jesús: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* E inclinando la cabeza, entregó su espíritu, <sup>6</sup> *expiró.*

**Explicación.** — Contienen estos tres fragmentos las cinco últimas palabras pronunciadas por Jesús en la cruz. Como se ha notado otras veces, Juan llena aquí los huecos de los demás Evangelistas. Es peculiar suyo el dulce episodio de la recomendación de la Madre al discípulo y viceversa.

TERCERA PALABRA: LA MADRE DE JESÚS (Ioh. 25-27). — Contrastaba con la actitud abiertamente hostil de las categorías de espectadores que se acaban de referir la de los allegados a Jesús que le acompañaron en su suplicio. Los sinópticos refieren, después de narrar la muerte del Señor, que allí estaban también, a lo lejos de la cruz, las piadosas mujeres que le habían seguido desde Galilea, de las que nombran algunas (Mt. 27, 55; Mc. 15, 40; Lc. 23, 49). Juan describe con más detalles el nombre y la situación de los devotos del Señor, con la escena que sigue.

*Y estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena.* Algunos intérpretes han creído que son cuatro las mujeres aquí indicadas, suponiendo que la hermana de María Santísima era distinta de María de Cleofás: pero la mayor parte consideran este último nombre como apuesto y descriptivo de “la hermana de su Madre”. Tampoco convienen los exégetas en el carácter de esta segunda María, si era esposa o hija



de Cleofás: los más entienden que era esposa, y que Cleofás fué hermano de San José: en este caso María de Cleofás era hermana cuñada, no carnal, de la Virgen: con lo que desaparece la principal dificultad de los que se resisten a admitir la identificación de la hermana de la Virgen con María de Cleofás, por razón de la igualdad de nombre que llevarían dos hermanas, cosa, por otra parte, no desacostumbrada entre los judíos.

Pero, María Magdalena ¿era la hermana de Lázaro y Marta, de Betania, o una de las piadosas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, ayudándole con sus servicios y haberes? Comúnmente se las identifica: pero Knabenbauer y otros, con argumentos copiosos, demuestran no poder confundirse María de Betania, en la Judea, con la oriunda de Magdala, en la Galilea, en la orilla occidental del lago de Genesaret.

Jesús, después de haber rogado al Padre por sus enemigos y abierto el paraíso al buen ladrón, ve junto a sí, en pie, a su Madre y al discípulo predilecto, Juan, que sin duda había seguido a Jesús en todos los episodios de su juicio y pasión: al fijarse en ellos profiere la tercera palabra, en la que se encierran profundas lecciones de cristiana piedad: *Y como vió Jesús a su Madre, y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: Mujer...* “Mujer” es aquí apelativo de respeto, y equivale a “señora”: solían los orientales llamar así hasta a las personas de más intimidad; y así llama Jesús a su Madre, tal vez para no aumentar más su dolor con el recuerdo del profundo lazo de la maternidad; quizás para que no fuera conocida como Madre de tal Hijo por aquellas turbas desalmadas. *He ahí tu hijo*: éste es quien me substituye en los obsequios y cuidados que se te deben. Es lección de piedad filial, que debemos especialmente a nuestros padres hasta el último momento de nuestra vida.

Luego, volviéndose al discípulo, le recomienda cumpla con su Madre los deberes de un buen hijo: *Después dijo al discípulo: He ahí tu Madre*: he ahí a la que debes honrar y servir y prestar todos los oficios de un hijo, amante y solícito. Cumplió inmediatamente el discípulo amado la reco-

mendación suprema del Maestro: *Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa*, en la casa que habitaba, y ya que los Apóstoles lo habían renunciado todo para ir en seguimiento de Jesús, la ayudó con los bienes de su propia madre, una de las piadosas mujeres que siguieron a Jesús y le ayudaron con lo que tenían (Mt. 27, 56); y le prestó todos los obsequios de un buen hijo. Colígete de este pasaje que había ya muerto el Esposo de María a la muerte de Jesús: hubiese sido injurioso para el Padre amantísimo dejar el cuidado de la Madre a otro que no fuese él.

Suele esta tercera palabra de Jesús, en su doble aspecto, explicarse de la maternidad espiritual de adopción de María Santísima para con todos los cristianos, y de la respectiva filiación de éstos para con Ella. Juan, dicen principalmente teólogos y tratadistas de ascética, representaba aquí a todo el pueblo cristiano: María Santísima era, pues, proclamada Madre universal de todos los redimidos. ¿Qué sentir de esta doctrina en orden a la interpretación de este regalado texto?

Respondemos con unas sencillas afirmaciones, que otra cosa no cabe aquí. Es la primera, que la doctrina de la maternidad espiritual de la Virgen para con todos los cristianos es una verdad teológica universalmente admitida ya por los escritores de los primeros siglos. Segunda: la aplicación del texto que nos ocupa a esta doctrina, quizás no se remonte más allá del siglo XII. Tercera: la generalidad de los exégetas, incluso los modernos, no admiten que el texto que comentamos deba entenderse en su sentido literal de la sobredicha maternidad de adopción. Cuarta: en cambio, la aplicación de dichas palabras a la maternidad de adopción, en su sentido acomodaticio, puede decirse hoy universal. Quinta: no faltan intérpretes que entiendan estas palabras dichas de la maternidad espiritual de la Madre de Dios en un sentido típico, y por consiguiente real-espiritual. Sexta: atendidos todos los adjuntos de orden doctrinal e histórico, creemos que la tercera palabra de Jesús contiene una verdadera promulgación de la maternidad espiritual de la Madre de Dios, y que, cualquiera que sea la norma de interpretación que a

dicha palabra se aplique, su sentido debe rebasar el ámbito de una simple acomodación o adaptación.

CUARTA PALABRA (Mt. 45-47). — Había ya transcurrido algún tiempo, tal vez una hora, desde que había sido crucificado Jesús, cuando quiso Dios se asociara la naturaleza a la muerte de su Hijo con manifestaciones sobrenaturales. La primera fué la obscuridad que se hizo desde mediodía hasta las tres de la tarde: *Mas desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora de nona; y el sol se oscureció.* Cuando nació Jesús, se iluminó de noche la tierra: ahora que va a morir, el día se convierte en noche. Jesús es la Luz: entonces aparecía en el mundo: ahora el mundo la rechaza: Dios asocia las tinieblas de la naturaleza a las del pensamiento del pueblo deicida. Las tinieblas se hicieron sobre toda la región, no sobre todo el globo terráqueo: no fueron efecto de un eclipse, porque era día de plenilunio, estando la luna en oposición con el sol.

*Y cerca de la hora de nona, hacia las tres de la tarde, clamó Jesús con gran voz, diciendo: Eli, Eli, "Eloi, Eloi",* dice Marcos según la pronunciación galilaica de estas palabras arameas, *¿lamma sabacthani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Ya Celso y Porfirio habían dicho que estas palabras eran un grito de desesperación de Jesús: algún autor moderno lo ha repetido; pero esto es blasfemo para el pacientísimo ajusticiado, y disuena de toda su historia y de su psicología. Es palabra de dolor profundo, de desolación espiritual mayor aún que la que había sentido la noche pasada en Getsemaní. Es abandono del Padre, en cuanto deja al Hijo solo, con sus atroces sufrimientos del cuerpo, que se agravan a medida que se prolongan, y de las congojas de su espíritu, destituido de todo consuelo divino y humano: quizás dejó que el mismo demonio le atormentara: era su hora (Lc. 22, 53; Ioh. 12, 31). Las palabras son el comienzo del Salmo 21, con lo que el mismo Jesús autoriza la mesianidad de un salmo que con razón se ha dicho ser el salmo de la pasión y del triunfo del Señor. Quizás Jesús lo pronunció entero en la cruz:

nunca como entonces habrá tenido un sentido más trágico la parte relativa a los tormentos.

*Algunos, pues, de los que allí estaban, judíos ciertamente, dada la naturaleza del episodio, cuando esto oyeron, sea que interpretaran mal las palabras del Señor, sea, lo más comúnmente admitido, que las tomaran a chanza, añadiendo con ello nuevo agravio a Jesús, decían: A Elías llama éste. A Elías se le atribuía el oficio de precursor del Mesías, a más de que tenían los judíos al gran profeta como protector de los afligidos. Pudieron ser estas palabras un bajo chiste, como revelar una curiosidad supersticiosa.*

PALABRAS QUINTA, SEXTA Y SÉPTIMA (Ioh. 28-30; Lc. 46). Con los hechos últimamente sucedidos en la cruz se han cumplido ya todos los vaticinios de los profetas respecto al Mesías: Jesús, verdadero dueño de sí mismo y de la historia, ha presidido providencialmente su realización. Sólo faltaba que se cumplieran las profecías relativas a la sed que sufriría el moribundo (Cf. Ps. 21, 16; 68, 22): *Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed.* Era la sed uno de los tormentos más agudos de los crucificados: la agonía de la noche anterior; la pérdida copiosa de sangre en la coronación, flagelación y crucifixión; los dolores agudísimos; la abstinencia de todo desde la última cena; la calentura producida por las heridas terribles, expuestas a los agentes atmosféricos por más de tres horas, determinó la sequedad de las fauces y boca de Jesús, que toleró en silencio hasta el momento de la realización profética. Por esta quinta palabra manifiesta Jesús su sufrimiento, al tiempo que realiza el vaticinio.

Junto a los crucificados había prevenido un vaso del brebaje llamado "posca", el mismo probablemente a que se refieren los sinópticos: *Había allí un vaso lleno de vinagre.* Alguno de los legionarios quiso aliviar la sed del Señor: sirvióse para ello de una esponja, que ató al extremo de una caña o tallo de hisopo: *Y corriendo uno de ellos, empapó una esponja de vinagre: y ellos, poniendo alrededor*

*de un hisopo la esponja empapada de vinagre, se la aplicaron a la boca.* El hisopo no llega a tener más de medio metro, lo que prueba que no era muy alta la cruz de Jesús.

*Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: ¡Cumplido está!* Es la sexta palabra. Como consecuencia de que está ya cumplida toda la Escritura respecto de él con la manifestación de su sed, proclama Jesús que está ya todo acabado. Consumada está ya la obra de la redención que me encomendó mi Padre: consumado el sacrificio de mi obediencia, que debía llegar hasta la muerte: consumadas todas las cosas que los profetas dijeron de mí.

Sólo le falta a Jesús, llenada ya su misión, entregar con su voluntad soberana aquella vida humana al Padre, de quien la había recibido, lo que hace pronunciando la séptima y última palabra, que sólo Lucas nos ha conservado: lo que hace con gran voz, expresiva de su poder, de su libertad, de su triunfo sobre cuanto le rodea y sobre la misma muerte a que se entrega: *Y clamando otra vez con gran voz, dijo Jesús: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, lo dejo, lo confío, lo entrego a Ti, que me lo diste (Cf. Ioh. 10, 18; Ps. 30, 6).

*E inclinando la cabeza, entregó su espíritu, expiró.* Inclina primero la cabeza en señal de su poder y obediencia, da al Padre su alma, y luego muere. Es el buen Pastor, que ha dado la vida por sus ovejas (Ioh. 10, 11); el Hijo del hombre, que ha dado su alma para la redención del mundo (Mt. 20, 28); el Cordero inmaculado, con cuya sangre preciosa hemos sido comprados (1 Petr. 1, 18.19): el que, siendo maldito según la ley, por colgar de un madero (Deut. 21, 23), nos redimió de la maldición de la ley (Gal. 3, 13), reconciliando en sí al mundo con Dios (2 Cor. 5, 19).

**Lecciones morales.** — A) Ioh. v. 25. — *Y estaban junto a la cruz de Jesús su Madre...* — Estaba ante la cruz, en pie, la Madre, dice San Ambrosio, y allí permanecía intrépida mientras huían despavoridos los esforzados varones. Miraba con ojos llenos de piedad las llagas del Hijo, por quien sabía que nos ve-

nía la redención a todos. Estaba en pie ante aquel espectáculo, digno de una madre que no temía a los verdugos. Pendía el Hijo en la cruz, y la Madre se ofrecía a los perseguidores. Los demás Evangelistas describen el trastorno de la naturaleza en la muerte del Señor: el discípulo amado prefiere entrar en los secretos de la piedad maternal para indicarnos la fortaleza de la Madre de Jesús. Tomemos ejemplo de los múltiples que nos ofrece esta Madre de Jesús y nuestra en este momento: y hagámonos dignos hijos de tal Madre, que nos engendró a la vida sobrenatural con su cooperación a los dolores de su Hijo.

B) v. 27. — *He ahí tu Madre.* — Si atendemos sólo la letra de esta palabra de Jesús, el cambio que ella encierra es dolorosísimo para la Madre del Señor: por el Hijo de Dios recibe el hijo de un pescador; por un Dios-Hombre, un puro hombre por quien era la Luz, la Verdad y la Vida, un simple predicador de la luz, verdad y vida que en el Evangelio se encierran. Pero si penetramos el espíritu de las palabras de Jesús, no es el trueque tan doloroso: porque por ellas proclama Jesús la maternidad universal de su Madre con respecto a toda la humanidad. Y ello es como una extensión de su maternidad divina, porque era Madre de la Cabeza, y ahora es constituída Madre de todo el cuerpo místico del Señor. Ya no será sólo la madre de Juan, el hijo del Zebedeo, sino de todo el mundo: ahora más que nunca podrá decir que ha hecho en ella Dios grandes cosas, porque a la grandeza de la maternidad divina ha añadido esta grandeza de la maternidad universal: ahora puede decir que la llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ya todas las generaciones la llamarán Madre, y la generación de los hijos, e hijos que viven vida divina, es bendición y gloria de la bendita y gloriosísima maternidad. ¡Oh, Madre bendita de Jesús, muestra que eres nuestra Madre!

c) Mt. v. 46. — *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* — Nota San Hilario el contraste profundo que hay entre esta palabra de Jesús y la primera, por la que abre el paraíso al buen ladrón. Reina Jesús en el paraíso, y ofrece a un arrepentido una participación en las delicias de su reino; y dentro de unos momentos pronuncia estas palabras llenas de desolación: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Son los dos aspectos de Jesús, el divino y el humano: como Dios, reina en el cielo; como hombre, se halla en la más terrible de las soledades por que haya pasado hombre. Pero, en medio de su tribulación, ¡qué reconvencción la de Jesús, tan llena de dulce piedad

para con Dios, y tan expresiva de la amargura en que se abreva su alma! Aprendamos de Jesús a llamar a Dios en nuestras desolaciones, cualesquiera que sean. Si podemos decir: "Dios mío", se aliviará nuestra pena, porque no está abandonado quien tiene a Dios consigo, aunque parezca que Dios no está con él. Es un apartamiento del padre, que deja se debata entre penas el hijo, para que aprenda a sufrirlas, para que se conforme con su Modelo Jesús, para que se estimule en la práctica del amor de Dios, para que se desprenda de la tierra, para que reciba otro día más copioso el premio.

D) Ioh. v. 28. — *Tengo sed.* — Quiso Jesús sufrir la sed más abrasadora que jamás haya sufrido mortal alguno, porque quiso no quedara tormento alguno que él no gustara; y la sed es uno de los mayores que pueda soportar el hombre. Para que sepamos mortificar nuestros sentidos, viendo cómo Jesús padeció por nosotros en todos ellos. Pero, a más de esta sed material, los autores místicos y la elocuencia cristiana han visto siempre en estas palabras la ardiente sed del corazón y del alma de Jesús con respecto a nosotros. Tiene sed de que tengamos sed de él, dice San Gregorio: sed expresiva de todos los grandes deseos que le acuciaron durante su vida mortal: sed de que se extinga el pecado; de que se dilate su reino; de que se intensifique la vida divina en el mundo; de que los hombres le amen; de que se estreche cada día más el vínculo que vino él a establecer entre Dios y los hombres.

E) v. 30. — *¡Cumplido está!* — Se ha colmado y se ha acabado todo. Se han cumplido todos los antiguos vaticinios, relativos a mi vida y a mi muerte. Se ha consumado el sacrificio que debe salvar al mundo. Ha llegado a su colmo la maldad de los hombres, que han matado a su Dios. Ha dado la bondad de Dios cuanto podía a los hombres, pues cuando le matan ellos, que están muertos en el espíritu y que morirán eternamente, Él les da la vida, del cuerpo y del espíritu, para siempre, y para siempre feliz. Se ha consumado el misterio de la creación de la Iglesia, que es la sociedad de los hombres con Dios, y que dentro de poco saldrá de mi costado abierto por la lanza. Se ha consumado la obra divina de la reconciliación de los hombres con Dios. Cumplida está la batalla, y cumplida la victoria, de Dios sobre las potestades infernales. Y está llena la medida de mi vida mortal y que voy a dar ahora en un acto de mi voluntad libérrima. ¡Qué bien está este *Consummatum est*, de Jesús, en el punto de morir, y cómo demuestra ser el soberano Señor de

sí y de todas las cosas! Y ¡cómo debemos agradecer y adorar esta palabra última que sale de los labios mortales de quien es la palabra eterna y substancial de Dios!

F) v. 30. — *E inclinando la cabeza, entregó su espíritu...* — Él lo entregó, no se lo quitaron: “Se ofreció porque quiso” (Is. 53, 7): “Se entregó a sí mismo” (Eph. 5, 2). Este espíritu, es decir, el alma humana que había tomado, que el Padre había creado para Él, perfectísima entre todas, lo puso en manos del Padre que se lo dió, que lo recibiría agradecido, cargado del botín de la regia conquista que con él el Hijo logró. Ya que debamos morir, acostumbémonos a poner voluntariamente nuestra vida en manos de Dios, que nos la dió.

## 220. — DESPUÉS DE LA MUERTE DEL SEÑOR

Mt. 27, 51-53; Lc. 23, 47.48; Mc. 15, 40.41

(Mt. 54-56; Lc. 45, 49; Mc. 38, 39)

### Continúa la lección de los “Passio” en los días correspondientes

“<sup>1</sup> Y he aquí se rasgó <sup>2</sup> *por medio* el velo del Templo en dos partes, de alto a bajo, y tembló la tierra, y se hendieron las piedras, <sup>3</sup> y se abrieron los sepulcros, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron. <sup>4</sup> Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos.

<sup>5</sup> Y cuando vió el Centurión, <sup>6</sup> *que estaba enfrente*, lo que había acontecido, <sup>7</sup> *y que así clamando había expirado*, glorificó a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo; <sup>8</sup> *verdaderamente era Hijo de Dios.* “Y los que con él estaban custodiando a Jesús, <sup>9</sup> y todo el gentío que asistía a este espectáculo, y veía lo que pasaba, <sup>10</sup> *a la vista del terremoto y de las cosas que ocurrían, tuvieron gran temor, y decían: En verdad que éste era Hijo de Dios, y se volvía, dándose golpes en los pechos.*

<sup>11</sup> <sup>12</sup> Y estaban todos sus conocidos a lo lejos; y también estaban allí unas mujeres, <sup>13</sup> *muchas*, mirando de lejos: entre las cuales estaba María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé, <sup>14</sup> *madre de los hijos del Zebe-*



*deo*: “las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían: y otras muchas, que juntamente con él habían subido a Jerusalén.

**Explicación.** — Después de la muerte de Jesús, narran seguidamente los sinópticos los prodigios que ocurrieron y la actitud de los testigos de la crucifixión. Juan nada dice de ello, describiendo él solo el episodio de la lanzada, que se explica en el siguiente número. Refieren los tres primeros Evangelistas: los prodigios ocurridos en el templo y en la naturaleza (Mt. 51-53); la actitud del Centurión y del pueblo (Lc. 47.48); la de los amigos de Jesús (Mc. 40.41).

MILAGROS OCURRIDOS EN LA MUERTE DEL SEÑOR (Mt. 51-53). — Moría Jesús, al parecer, abandonado del Padre, en medio de atrocísimos dolores; ahora es Dios, a quien clamara el moribundo, quien asocia toda la naturaleza a la muerte de Jesús, como manifestando su dolor con estupendos prodigios, al tiempo que revelaba los misterios realizados por la muerte del Señor. El primer prodigio que se refiere es el realizado en el Templo: *Y he aquí se rasgó por medio el velo del Templo en dos partes, de alto a bajo*. Dos velos tenía el Templo: uno a la entrada del “Santo” y otro a la del “Sancta Sanctorum”, o “Santísimo”: la mayor parte de los intérpretes entienden que se rasgó el velo del Santísimo, con lo que se declaraba la eficacia de la muerte de Cristo, por la que se nos abrió el paso al santuario de la gloria, y la cesación de la ley antigua (Cf. Hebr. 9, 9.10; 10, 19 sigs.; Gal. 2, 19.20).

A este prodigio obrado en el secreto del santuario y que no pudo ser de todos conocido inmediatamente, añadiéronse otros más clamorosos y públicos: *Y tembló la tierra*: un terremoto es una señal del poder de Dios legislador y juez (Cf. Ex. 19, 16 sigs.; Ps. 96, 4): este temblor es como la promulgación del decreto del Padre, que asocia a su Hijo al ejercicio de sus poderes. *Y se hendieron las piedras*, de lo que quedan aún hoy vestigios en el mismo Calvario, para significar que no hay obstáculo que la muerte de Cristo no venza. Y, como la muerte de Cristo venció nuestra muer-

te, que fué absorbida en su victoria, *se abrieron los sepulcros, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron*. Los sepulcros se abrieron inmediatamente, según la opinión más admitida; pero no resucitaron aquellos muertos sino cuando resucitó el Señor, que quiso ser acompañado de redivivos en su resurrección, como prueba y gaje de su triunfo.

Legítima esta interpretación lo que sigue: *Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él*, no es creíble permaneciesen vivos en el lugar de la muerte, *vinieron a la ciudad santa, Jerusalén, y se aparecieron a muchos*. No fueron estos resucitados como Lázaro, que convivió con sus contemporáneos hasta que volvió a morir; sino que éstos, cuyos cuerpos tenían las cualidades de los glorificados, y por lo mismo estaban exentos de las leyes de la materia, apareciéronse a quienes quiso Dios, en sus propios cuerpos, no siendo vistos de los demás. La opinión más generalmente admitida supone que estos resucitados acompañaron triunfalmente a Jesús al cielo el día de su ascensión: el primogénito de los muertos (Col. I, 18) introducía consigo en la gloria a otros muchos resucitados, como testigos y primicias de su triunfo.

ACTITUD DEL CENTURIÓN Y DEL PUEBLO (Lc. 47.48). Si se hendían las piedras en señal del poder soberano de la muerte del Señor, era señal del triunfo de Jesús sobre los humanos corazones: en aquellos mismos momentos se obra un cambio en los de los espectadores: *Y cuando vió el Centurión, que estaba enfrente de la cruz, lo que había acontecido, y que así clamando había expirado: dos órdenes de fenómenos, como instrumentos de la gracia de Dios, hirieron el espíritu del Centurión: el hecho de que muriera Jesús dando una gran voz, cosa inexplicable e insólita en los crucificados, que morían por extenuación de fuerzas, y los trastornos obrados en la naturaleza: en ello vió una señal del poder de quien moría. Por esto glorificó a Dios, proclamando la inocencia de Jesús, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo: no se conmueve la naturaleza*

por la muerte de un criminal. Mateo y Marcos dicen que confesó el Centurión que Jesús era Hijo de Dios: *Verdaderamente era Hijo de Dios.*

También los legionarios y las turbas se asociaron a los sentimientos del Centurión, por los mismos motivos: *Y los que con él estaban custodiando a Jesús, y todo el gentío que asistía a este espectáculo, y veía lo que pasaba, a la vista del terremoto y de las cosas que ocurrían, tuvieron gran temor.* Siéntese el hombre débil y sin defensa ante los trastornos de la naturaleza; por ello repetían también la confesión de la divinidad de Jesús, o al menos de su divina misión: *y decían: En verdad que éste era Hijo de Dios.* Acompañaba esta confesión el dolor por el crimen cometido y el temor de la venganza de Dios, que exteriorizaba la turba, al regresar a la ciudad: *y se volvía, dándose golpes en los pechos.* Colígesse de Mt. 27, 63, y 28, 12, que los príncipes de los sacerdotes permanecieron en la dureza e impenitencia.

LOS AMIGOS DE JESÚS (Mc. 40.41). — Fuera de la turba que rodeaba la cruz del Señor, y en la que predominaban los soldados y sinedristas, bastante cerca para ver el espectáculo, y bastante lejos por no dejarles acercarse los soldados, estaban los amigos de Jesús: sólo la Madre y los más íntimos estaban junto a él: *Y estaban todos sus conocidos a lo lejos; y también estaban allí unas mujeres, muchas, mirando de lejos:* expresión evidentemente hiperbólica, pero que nos permite suponer estaban allí quizás todos los demás Apóstoles, con Lázaro, José de Arimatea y Nicodemo.

Enumeran los dos primeros Evangelistas las principales mujeres que allí se hallaron: *Entre las cuales estaba María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé, madre de los hijos del Zebedeo.* Refiere Marcos el motivo de hallarse allí estas mujeres: *Las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían,* cuidándole con sus haberes, como era costumbre entre los judíos hacerlo las mujeres pudientes con los doctores: *y otras muchas, que juntamente con él habían subido a Jerusalén:* todas estas piadosas mujeres, admiradoras del gran Doctor y Taumaturgo de su

país, dieron un ejemplo de fortaleza que los varones, tantos como eran los discípulos de Jesús, no se atrevieron a dar.

**Lecciones morales.** A) Mt. v. 51. — *Y he aquí se rasgó... el velo del Templo...* — Y se rasgó en el mismo momento en que expiró Jesús, dice San Agustín. ¡Milagro estupendo y misterio profundo! Milagro, porque el velo era recio, cuajado de ricas broderías en oro, colocado en lugar donde nadie habitaba: sólo el poder de Dios llegó allí en aquel solemne momento para rasgar, es decir, inutilizar, una espesa cortina con que Dios había querido velar los misterios de la ley vieja. Misterio, porque ello es, en derecho y en el hecho que lo funda, la abrogación de todo el sistema religioso antiguo: sacerdocio, ley, culto: sólo subsistirá de ello lo que Dios quiera incorporar a la nueva religión, que se fundará sobre la cruz donde ha muerto Jesús. Y ya no estamos distanciados de Dios en las prácticas del nuevo culto: Dios se ha acercado a nosotros cuanto cabe. En el sagrario, en nuestros altares, dentro de nuestros pechos tenemos ya a Dios, personalmente presente. Ni es ya el Dios terrible del Sinaí, sino el Padre, “Abba”, a quien podemos ir, y en cuyo seno paternal y misericordiosísimo podemos vaciarnos como hijos de Él queridos. La muerte de Jesús es la que, en expresión del Apóstol, nos ha acercado a Dios, a nosotros que estábamos lejos de él (Eph. 2, 13). Vayamos con confianza a la cruz, trono de gracia, porque es el patíbulo donde expiró el Autor de ella.

B) v. 53. — *Saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él...* — He aquí que la muerte empieza a causar la vida. Por el pecado de uno vino la muerte a todos, porque todos en él pecamos: por la justificación de uno, el segundo Adán, Cristo Jesús, viene la justificación a todos, y con la justificación, la resurrección, porque la muerte es hija del pecado, y borrado el pecado está vencida la muerte. Ésta es la doctrina cristiana. Pero lo que consuela en gran manera es que esta doctrina tenga plena confirmación histórica en la misma muerte de Jesús, es decir, en el mismo momento en que queda vencida la muerte. No le duelen prendas a Dios. Quiere que nuestra doctrina esté plenamente justificada, y nuestra fe y esperanza plenamente garantidas. Bendigamos la muerte de nuestro Dios, y la caridad inmensa con que dió su vida para que nosotros no permaneciésemos en la muerte.

c) Lc. v. 47. — *Verdaderamente este hombre era justo...* — El Centurión, que tales palabras pronunció, demostró con ellas la

rectitud de su pensamiento y corazón. Porque vió, entre la persona de Jesús y los extraordinarios fenómenos de la naturaleza que tuvieron lugar en su muerte, una relación que sólo Dios puede fundar: la relación entre el milagro y la verdad, a cuyo servicio y por cuya demostración se verifica el milagro. El trastorno de la naturaleza debía ser obra del Autor de la misma: sólo Dios tiene en sus manos los resortes de la máquina del mundo. Pero Dios no puede poner el milagro al servicio de la impostura; porque Dios ni puede ni quiere engañarnos. Luego, cuando Dios conmueve la naturaleza en la muerte de aquel hombre tenido por criminal, pone su poder al servicio de la verdad por él predicada y de santidad de la vida que llevó mientras vivió con los hombres. Por unos milagros cree el Centurión: con millares de ellos se niegan a creer muchos millares de hombres, como no creyeron en aquel momento los sinedristas. Es que al motivo de credibilidad, que es el milagro, visible a todos, debe añadirse para creer la gracia, que a nadie falta: y al milagro y la gracia hay que añadir la docilidad de pensamiento y de voluntad.

D) Mc. v. 40. — *Y también estaban allí unas mujeres, muchas, mirando de lejos...* — Imitemos la compasión de estas mujeres, que “miran” devotamente a Jesús crucificado, penetrando cuanto pueden en el misterio del Maestro a quien habían servido: su fortaleza, pues por él han dejado su país, han subido a Jerusalén y han llegado hasta el Calvario, con peligro de las iras de los enemigos de Jesús: su constancia, pues cuando huye el pueblo hacia la ciudad, ellas permanecen allí, seguramente para prestar al Maestro los últimos oficios de su piedad, acompañándole al sepulcro.

E) v. 41. — *Cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían...* — ¡Qué soledad la de estas pobres mujeres cuando muere Jesús! Habían dejado su patria; con sus bienes habían sostenido a Jesús durante su predicación por tierras de la Palestina, junto con los de su compañía (Lc. 8, 3); habían bebido de sus labios la doctrina divina y de su Corazón santísimo el amor; y ahora se ven solas, lejos de su país, en ciudad extraña, vencidas con el vencido y avergonzadas con el aparente fracaso de su Jesús. Pero la historia las verá siempre con la simpatía y admiración con que se ve la abnegada caridad y el valor en el sexo llamado débil, cuando se apodera del alma de la mujer la gracia de Dios. Y tendrán estas mujeres millares de imitadoras en la vida de contemplación y de acción por Jesús y por los que son

de Jesús, y hasta por aquellos que se han apartado de Jesús. Porque sólo el cristianismo es el que ha realizado en el mundo el ideal de la "Mujer fuerte" que nos describe la Sabiduría (Prov. 31, 9 sigs.).

## 221. — LA LANZADA: IOH. 19, 31-37

**Sigue la lección del "Passio" de Viernes Santo. Los versículos se leen en el Evangelio de la Misa de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (vv. 31-35); de la Purísima Sangre (vv. 30-35); de las Misas de la Lanza y Cinco Llagas (vv. 28-35).**

1.º Y los judíos, porque era la Preparación, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado (pues era aquél un sábado muy solemne), rogaron a Pilatos que les quebrasen las piernas, y fuesen quitados. 2.º Vinieron, pues, los soldados: y quebraron las piernas al primero, y al otro que fué crucificado con él. 3.º Mas cuando vinieron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas.

4.º Mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua. 5.º Y el que lo vió, dió testimonio: y verdadero es su testimonio. Y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. 6.º Porque estas cosas fueron hechas para que se cumpliese la Escritura: No le quebraréis ni un hueso. 7.º Y también dice otra Escritura: Pondrán los ojos en aquel a quien traspasaron.

**Explicación.**— Es peculiar de Juan este episodio, que el discípulo amado cuenta con todo detalle, de cuya verdad, como de algo trascendental, da reiterado testimonio y cuya significación mística pone de relieve: el relato delata la intervención personal del historiador.

EL "CRURIFRAGIUM" (31-33). — No solían los judíos crucificar a los criminales; a veces, con todo, para mayor escarmiento ordenaban fuesen colgados en un patíbulo los cadáveres de los infelices lapidados: pero la ley prohibía terminantemente estuviesen allí más de un día (Deut. 21, 23). En

cambio, los romanos, entre los que era corriente el suplicio de la crucifixión, no corrían prisa en descolgar a los ajusticiados, hasta el punto que a veces eran presa de las aves de rapiña o de los chacales. Jesús había ya muerto hacia las tres de la tarde, después de unas cuatro o cinco horas de suplicio: no solían morir tan pronto los crucificados, que a veces luchaban con la muerte dos o tres días, hasta morir por agotamiento.

Los sinedristas quisieron se cumpliera la ley, mayormente siendo el siguiente día, que iba a empezar a la puesta del sol, el de la solemnidad pascual, doblemente sagrado, por ser sábado y por ser la fiesta de la Pascua, la más solemne del año. Otra vez colaban los sinedristas el mosquito con el tamiz de la ley, después de haber tragado el crimen enorme de la muerte del Justo: *Y los judíos, porque era la Preparación, o vigilia de la gran Pascua, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado (pues era aquél un sábado muy solemne), o mejor, porque era grande el día de aquel sábado, rogaron a Pilatos que les quebrasen las piernas, y fuesen quitados.* De no serlo, quedaría, según la ley, contaminada toda la tierra santa.

La operación del “crurifragium”, o quebrantamiento de piernas, era horrible: acudían los soldados a las cruces con sendas mazas, y quebraban a golpes las caderas y piernas de los infelices moribundos: el bárbaro suplicio abreviaba el otro de la cruz, produciendo rápidamente la muerte. *Vinieron, pues, los soldados:* no eran los mismos encargados de la guardia de los ajusticiados, que por prescripción legal no podían dejar su puesto, sino otros enviados por Pilatos a petición de los sinedristas: éstos habían abandonado el Calvario antes que Jesús muriera, sin duda sobrecojidos por los fenómenos sobrenaturales que habían visto. *Y, obedeciendo los soldados la orden recibida, quebraron las piernas al primero, y al otro que fué crucificado con él.* El “crurifragium” no era un oprobio, sino un simple medio de acelerar la muerte, y no se aplicaba a los que habían ya expirado. Por esto el cuerpo sacratísimo de Jesús, difunto ya, no fué víctima de este horrendo trato: *Mas cuando vinieron a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas.*

LA LANZADA (34-37). — *Mas uno de los soldados, a quien la tradición ha dado el nombre de Longinos, sospechando que la inmovilidad de Jesús pudiese ser efecto de torpor o desfallecimiento, para asegurar la muerte, le abrió el costado con una lanza, el "asta", pértiga de madera terminada en ancha cuchilla de forma oval. La herida fué profunda, capaz por sí sola de causar la muerte; producida en el costado izquierdo de Jesús, según tradición antiquísima, cosa natural de no ser zurdo el soldado. Y salió luego sangre y agua, ignoramos si copiosamente o con escasez y en qué orden, o si ambos licores salieron a la vez. Lo que del texto aparece claro es que pudieron distinguirse bien el agua y la sangre, y que el fenómeno, por la misma forma de narrarlo que el Evangelista usa, tuvo el carácter de un verdadero milagro: algunos intérpretes, con todo, ven en la salida del agua un fenómeno natural, producido por la rotura del pericardio, que contiene un liquido acuoso, o bien admitiendo que se trataba del humor seroso o linfático. Ya los Padres admitieron la profunda significación mística de este hecho: el agua y la sangre son símbolo del Bautismo y de la Eucaristía, o del bautismo de agua y del de sangre: otros han visto en esta sagrada abertura el origen de la santa Iglesia, que brota del costado del segundo Adán muerto, como sacó Dios a Eva del costado del primer Adán dormido.*

El Evangelista, narrado el hecho, y sin duda por lo extraordinario del mismo, toma el tono solemne del narrador que quiere ser creído sobre su propio testimonio, ya que él mismo lo vió: *Y el que lo vió, dió testimonio*, queriendo que permanezca la testificación de lo que sus ojos vieron: *Y verdadero es su testimonio*, con todas las garantías de un testimonio genuino. E insistiendo en su carácter de testigo presencial, y revelando que es el mismo Evangelista quien presenció el hecho, añade: *Y él sabe que dice verdad*. Con ello se propone un fin de apología y proselitismo: *Para que vosotros también creáis*: como yo creo que estos hechos extraordinarios son demostrativos de la mesianidad de Jesús, así debéis creerlo vosotros, por cuanto en ellos se revela Jesús como Cordero de Dios y Mesías.



Lo que desarrolla señalando en aquellos hechos el cumplimiento de antiguas profecías: *Porque estas cosas fueron hechas para que se cumpliese la Escritura: No le quebraréis ni un hueso* (Ex. 12, 46; Num. 9, 12): luego Jesús es el antitipo del cordero pascual, el verdadero Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, realizándose el tipo por especialísima providencia de Dios, que no consintió en Jesús el "crurifragium". No hicieron los soldados lo que se les mandó, por no ser ya necesario, pero hicieron lo que no se les había mandado: causar una profunda herida en Jesús; y en ello se realizó otra profecía: *Y también dice otra Escritura: Pondrán los ojos en aquel a quien traspasaron*: las palabras están tomadas de Zach. 12, 10, donde se habla de la grey que hiere al pastor, que es el Mesías, y de la esperanza que concebirán aquellos que fijen sus ojos y su espíritu en sus heridas.

**Lecciones morales.** — A) v. 31. — *Pues era aquél un sábado muy solemne...* — En verdad que mejor nosotros que los judíos podemos decir que era solemne el día de aquel sábado; porque en la misma hora en que iba a inmolarse el cordero pascual, moría para la redención del mundo nuestra Pascua, que es Cristo Jesús. Y el día de su muerte fué la Pascua del mundo, porque fué la liberación de la muerte y del pecado y el tránsito del estado de enemistad al de la gracia con Dios. Pascua que, siendo un hecho histórico, es el símbolo y la esperanza de otra Pascua, más feliz y duradera que las que en la tierra celebramos, porque es la Pascua eterna del cielo, donde sin cesar resuenan las alabanzas al Cordero que vive por los siglos de los siglos.

B) v. 33. — *No le quebraron las piernas.* — ¡Admirable providencia de Dios! En la muerte de Jesús se coordinan de tal manera los hechos, que fallan los cálculos humanos para que se realicen las antiguas profecías sobre Jesús. Éste muere antes de lo que sus enemigos calcularon: no se le quebraron las piernas como pretendían: se abrió su costado con una gran lanzada, como ni siquiera habían soñado, y en todo esto, que humanamente llamaríamos "coincidencias", se realizan unos vaticinios del Antiguo Testamento, que encierran gran sentido místico y doctrinal, y se da lugar a la interpretación mística de la abertura del costado de Jesús, tan regalada y casi tan antigua como el

mismo cristianismo. Es que Dios es el Dueño soberano de la historia y de las acciones humanas: dispone de las palabras de los escritores eclesiásticos como de los hechos que en ellas se predicen, aunque se anuncien a distancia de siglos. Así se fué formando el admirable sistema típico o simplemente profético, que tuvo su realización completa en Jesús, y que es una de las pruebas más concluyentes de su divinidad.

c) v. 34. — *Y salió luego sangre y agua.* — Esta sangre, dice San Agustín, fué derramada para la remisión de los pecados de los hombres: esta agua es la que tempera el cáliz de la salvación — las gotas de agua que se añaden al vino antes de la consagración significan en parte este hecho misterioso —. Sangre y agua, sigue San Agustín, son lavatorio y bebida. Estaba el misterio de esta abertura prefigurado en el arca de Noé, en la que se abrió una ventana por la que debían entrar los animales que no debían perecer en el diluvio: el arca de Noé es el símbolo de la Iglesia; en las palomas que entran en el arca se simbolizan los hijos de la Iglesia, que brotó del costado abierto de Jesús. ¡Oh muerte, por la que reviven los muertos! ¿Qué cosa hay más pura que esta sangre? ¿Qué más saludable que esta llaga? Entremos con frecuencia en ella: es el santuario de la gracia: de ella brotaron los sacramentos: en ella hallaremos dulce y seguro refugio en las tempestades de la vida: por ella conoceremos los misterios del Corazón de Cristo, porque nos hallaremos más cerca de él y sentiremos mejor su ritmo.

d) v. 35. — *Y el que lo vió, dió testimonio...* — ¡Cuánta seguridad en nuestra fe deben darnos estas palabras del Apóstol y Evangelista! Porque lo que dice en este caso de su testificación presencial, puede decirlo de todo su Evangelio. Con razón puede decir el mismo Evangelista en otra parte: “Os anunciamos lo que hemos visto y oído y lo que nuestras manos palparon del Verbo de la vida” (I Ioh. I, I). Es el testimonio de un hombre santo, que vió lo que narra, fiel en la transmisión de los hechos, ofreciendo por todo ello la máxima garantía que en una historia puede apetecerse. En verdad que nuestra fe tiene una base histórica incommovible: ninguna institución ni religión alguna puede justificarse tanto como nuestra fe.

e) v. 37. — *Pondrán los ojos en aquel a quien traspasaron.* Pusieron los ojos en el divino Crucificado los hombres malvados para mofarse de Él y gozarse en el propio triunfo. Más felices nosotros que ellos, miremos a Jesús, traspasado por los duros clavos y clavado en cruz, porque en ello está nuestra sal-

vacación. Los antiguos israelitas miraban la serpiente de bronce, figura de esta cruz, y quedaban curados de las mordeduras de las víboras: miremos nosotros a Cristo crucificado, y el dolor que nos cause su vista será bálsamo que cure las heridas que nos causó la serpiente infernal. Cristo crucificado es dulzura que suaviza las amarguras de la vida. Es amargura que nos quitará el sabor de los placeres prohibidos. Los ríos de sangre que de él manan son manantial de gracia para los que la piden compungidos. El divino Maestro, que está cosido a la cruz, nunca nos hablará con elocuencia mayor ni más íntima que cuando nos acerquemos a él, y le miremos, y le pidamos que nos enseñe desde su cátedra ensangrentada. Este Cristo clavado en cruz debe ser nuestra gloria (Gal. 6, 14). Con él sobre nuestro pecho debemos vivir: abrazados a él debemos morir: sobre nuestro féretro y sobre nuestra tumba debemos querer al Crucificado para que, cuando no le podamos ya mirar, le miren los demás y le pidan misericordia por nosotros.

## 222. — DESCENDIMIENTO Y SEPULTURA

Mc. 15, 42-45; Ioh. 19, 38<sup>b</sup>-42

(Mt. 27, 57-60; Mc. 15, 46; Lc. 23, 50-54; Ioh. 19, 38 a)

**Termina la lección de los “Passio” en los días respectivos Evangelio de la Misa de la Santa Sábana (Mc. vv. 42-46)**

<sup>mc</sup> 42 Y cuando se hizo tarde, pues era la Parasceve, que es la víspera del sábado, <sup>43</sup> vino José de Arimatea, <sup>1</sup> *ciudad de Judea*, ilustre Senador, <sup>2</sup> *hombre rico*, <sup>1</sup> *varón bueno y justo*, que también él esperaba el Reino de Dios, <sup>1</sup> *el cual no había consentido en el consejo ni en los hechos de ellos*, <sup>1</sup> *porque era discípulo de Jesús, aunque oculto por el miedo a los judíos*. <sup>2</sup> Llegóse, y entró osadamente a Pilatos, y pidió el cuerpo de Jesús. “Y Pilatos se maravillaba de que tan pronto hubiese muerto. Y llamando al Centurión, preguntó si era ya muerto. <sup>44</sup> Y después que lo supo del Centurión, dió el cuerpo a José.

<sup>1</sup> <sup>45b</sup> Vino, pues, <sup>mc</sup> José, después de haber comprado una sábana, y quitó el cuerpo de Jesús. <sup>39</sup> Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jesús, vino también, trayendo una confección, como de cien libras, de mirra y áloe. <sup>40</sup> Y tomaron

el cuerpo de Jesús, <sup>1</sup> y, *descolgado*, lo liaron con lienzos, y entre ellos pusieron aromas, así como los judíos acostumbraban sepultar. <sup>2</sup> *Y José envolvió el cuerpo en la sábana limpia.* <sup>3</sup> Y en aquel lugar, en donde fué crucificado, había un huerto: y en el huerto un sepulcro nuevo, <sup>4</sup> *que había hecho abrir en una piedra*, en el que aun no había sido puesto alguno. <sup>5</sup> Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, porque estaba cerca el sepulcro, pusieron a Jesús. <sup>6</sup> *Y revolvió José una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se marchó:* <sup>7</sup> y el sábado alboreaba.

**Explicación.**— Los cuatro Evangelistas corren paralelos en la narración de estos episodios, completándose mutuamente y formando un cuadro vivo y lleno de preciosos detalles, que el arte cristiano ha comentado repetidamente en obras clásicas. Distinguimos los preparativos para el descendimiento (Mc. 42-45); el descendimiento mismo y embalsamamiento del sagrado cuerpo (Ioh. 38b-40); y la sepultura (Ioh. 41.42).

PREPARATIVOS (Mc. 42-45). — A las tres de la tarde había expirado Jesús: faltaban tres horas para la puesta del sol, y al apuntar las primeras estrellas sería ya el día de Pascua, en que no podía hacerse ninguna obra servil. Dentro de poco, de no surgir incidente alguno, los cuerpos de los crucificados serán enterrados junto con los instrumentos de su suplicio, según costumbre, y ello en un lugar especial reservado a los cruciarios: sólo cuando sus huesos estén completamente calcinados podrán ser enterrados en la sepultura familiar. Es entonces, a la caída de la tarde, cuando se produce el episodio que comentamos: *Y cuando se hizo tarde, pues era la Parasceve, que es la víspera del sábado, vino José de Arimatea, ciudad de Judea.* Los cuatro Evangelistas dan de este varón varias referencias a cual más honoríficas. Llámase con el nombre de su naturaleza para distinguirse de otros del mismo nombre: Arimatea era la ciudad donde nació Samuel, Ramathain, en la tribu de Judá, entre Belén y Hebrón. Era José varón de noble porte, según el griego, miembro del Sinedrio, opulento, rico en virtudes: *Ilustre senador, hombre rico, varón bueno y justo, que también él esperaba el Reino de Dios*, y reconocía por lo mismo a Jesús como Mesías. *El*

*cual no había consentido en el consejo ni en los hechos de ellos, de los demás sinedristas en el juicio de Jesús, porque era discípulo de Jesús, aunque oculto por el miedo a los judíos.*

Miedoso en vida de Jesús, se hace intrépido cuando muere: es fruto de la pasión del Señor, quizás efecto de los prodigios de que ha sido testigo. Por esto *llegóse, y entró osadamente a Pilatos*: santa osadía se requería para declararse públicamente seguidor de Jesús, cuando el Sinedrio en peso, al que pertenecía, le había condenado a muerte. *Y pidió el cuerpo de Jesús*: no podía darle honrosa sepultura, como él quería, sin autorización del Procurador.

El primer sentimiento que a Pilatos produce la petición de José es de extrañeza: no solían los cruciarios morir tan pronto: *Y Pilatos se maravillaba de que tan pronto hubiese muerto*: quizás el remordimiento que sentía el Presidente hace que se fije en la pronta muerte del Señor. De ello quiso cerciorarse antes de autorizar la entrega del cuerpo: ninguno podía dar testimonio más fehaciente que el Centurión, que había presidido la ejecución: *Y llamando al Centurión, preguntó si era ya muerto*: es un testigo más, autorizadísimo, de la muerte de Jesús, que dicen los modernos racionalistas fué superchería. *Y después que lo supo del Centurión, dió el cuerpo a José*: lo dió, lo donó: a veces la avaricia de los Presidentes sacaba fuertes sumas de estas concesiones.

EL DESCENDIMIENTO (Ioh. 38b-40). — A la salida del pretorio compró José un gran trozo de lienzo para envolver el cuerpo sagrado del Señor: *Vino, pues, al Calvario, José. después de haber comprado una sábana, y quitó el cuerpo de Jesús*, sea descuajando del suelo la cruz y poniéndola horizontal en el suelo, para facilitar la delicada tarea, sea bajando el cuerpo y dejando enhiesta la cruz: la tradición y el arte describen la escena en esta última forma, y así parece deducirse de Lc. 23, 53.

Estaba vaticinado que al Mesías se le debía dar sepultura de rico (Is. 53, 9): y tal fué la de Jesús. Porque a más del rico José de Arimatea, vino al santo entierro otro varón ilus-

tre, maestro de Israel y príncipe de los judíos, Nicodemo: *Y Nicodemo, el que había ido primeramente de noche a Jesús* (Cf. Ioh. 2, 1 sigs.), *vino también, trayendo una confección, como de cien libras, de mirra y áloe*. Ya Nicodemo había con santa libertad reprendido a los sinedristas por su manera de obrar contra Jesús (Ioh. 7, 50.51): ahora se muestra espléndido con el Señor: por sí solo, trae gran cantidad de mirra, aroma precioso que sale por incisión del tronco de un árbol de la Arabia, y áloes, madera aromática que se usaba en la confección del timiama y para embalsamar los cadáveres; la cantidad de aromas supone una generosidad principesca y gran veneración al Señor. Ni debe considerarse excesiva, por cuanto a más de la necesaria para embalsamar el cadáver, solía ponerse abundancia de aromas en el mismo sepulcro.

*Y tomaron el cuerpo de Jesús, y, descolgado de la cruz, lo liaron con lienzos, y entre ellos pusieron aromas, vendando los miembros uno por uno, interponiendo las substancias balsámicas entre cuerpo y lienzo, así como los judíos acostumbraban sepultar*. Es detalle que añade el Evangelista para sus lectores extranjeros. *Y, vendados ya uno a uno los miembros y cubierta con grande sudario la cabeza, José envolvió el cuerpo, todo entero, en la sábana limpia, de lino precioso y finísimo, que había comprado*. De lino riquísimo era el vestido de los pontífices: así debía ser cubierto el cuerpo de nuestro pontífice Jesús.

LA SEPULTURA (Ioh. 41.42). — Los judíos sólo tenían cementerio común para los pobres y peregrinos: los pudientes solían labrarse las tumbas en los huertos y predios de su propiedad (Cf. Ier. 26, 33; Mt. 27, 7; Ioh. 11, 38): inmediato al lugar de la crucifixión tenía José de Arimatea un huerto donde había construido una sepultura: *Y en aquel lugar, en donde fué crucificado, había un huerto: y en el huerto un sepulcro nuevo, que había hecho abrir en una piedra, en el que aun no había sido puesto alguno*. Providencia de Dios fué que estuviese el sepulcro de Jesús cavado en dura piedra, para que no se atribuyera a hurto la ausencia del cuerpo del

Señor. Convenía fuese nueva la tumba de Cristo, porque conviene se deputen al servicio de Dios las cosas que no han servido para los humanos usos: así estaba prescrito por la ley (Num. 19, 2; Deut. 21, 3).

Da el Evangelista la razón de que fuese sepultado allí mismo Jesús: el tiempo urgía: las diligencias previas al enterramiento del Señor habrían ya absorbido el tiempo que quedaba entre su muerte y la solemnidad pascual: no podía el sagrado cuerpo ser llevado lejos sin exponerse a infringir el reposo sabático: *Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, porque estaba cerca el sepulcro, pusieron a Jesús.* Sólo faltaba cerrarlo: para ello se usaba una gran piedra, en forma de muela, que se hacía resbalar hasta cubrir la puerta de entrada al sepulcro: *Y revolvió José una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se marchó: y todo quedó en silencio y reposo, porque el sábado alboreaba,* dice Lucas metafóricamente, para significar que era inminente su comienzo. Jesús quedaba en el sepulcro para que hubiese un motivo más de credibilidad de su muerte que, por otra parte, la misma forma de embalsamamiento hubiese producido, caso de estar vivo. Con ello santificaba asimismo nuestra sepultura, habiendo tomado todo lo nuestro, menos el pecado.

**Lecciones morales.** — A) Mc. v. 43. — *Vino José de Arimatea...* — En la acción de este senador ilustre hay que atender el valor y el amor con que la realiza. El valor, que le hace despreciar todo peligro: el de perder sus riquezas y ser desterrado de su país por manifestarse amigo de un condenado por blasfemo, como dice Teofilacto; el de la indignación del Sinedrion, del que formaba parte; el del desprecio del pueblo, que así le vería abajarse de su alta posición social para cuidar la sepultura de un presunto criminal; el de una posible repulsa de Pilatos, que no tan fácilmente se concedía autorización para la deposición de los crucificados. Y el amor reverente, con que depone al Señor de la cruz; abnegado, haciendo él mismo los necesarios menesteres; generoso, comprando rico lienzo con que envolver el sagrado cuerpo y cediendo a Jesús su propia tumba. ¡Si así supiéramos prestar nuestros obsequios a Dios!

B) vv. 44.45. — *Y Pilatos... dió el cuerpo a José.* — La vieja

Sinagoga ha perdido ya todo derecho sobre el cuerpo de Jesús: ha juzgado al Señor, le ha condenado, le ha entregado a Pilatos para que le mande quitar la vida, se ha burlado del Señor, mirando y remirando su cuerpo virginal pendiente de la cruz (Ps. 21, 18). El cuerpo descolgado de la cruz ya no le pertenece: es de la jurisdicción del dominador romano: puede darlo a quien quiera: y, a petición suya, se lo da a José de Arimatea. Es él figura de la santa Iglesia, en el catálogo de cuyos santos está, que recibe con reverencia suma el cuerpo sacrosanto del Señor. ¡Y cómo cuidará la Iglesia de este Cuerpo, ya que no en la realidad de su carne mortal, en la realidad estupenda de la santísima Eucaristía, "Cuerpo del Señor", que ha sido roto por nosotros para la remisión de los pecados! Nada en la tierra ha recibido honores mayores que este Cuerpo divino, el *Corpus Domini nostri Iesuchristi*. Para él los templos suntuosos, y el oro y las piedras preciosas, y el arte más exquisito: para él el fastuoso culto y la literatura litúrgica más regalada: para él millones de adoradores, que hunden su frente y su espíritu ante sus altares. "Adoremos eternamente al Santísimo Sacramento."

c) Ioh. v. 39. — *Y Nicodemo... vino también...* — Vino en pleno día y a la faz del pueblo, a prestar sus últimos obsequios a Jesús difunto, quien solo, a hurtadillas y de noche, miedoso, vino a encontrar al Maestro vivo, para que le aleccionara en las cosas divinas. La semilla sembrada en aquel espíritu recto por Jesús daba hoy sus frutos; y José aparecía ya tal como era en su corazón: creyente discípulo y seguidor de Jesús. Ésta es la fuerza iluminativa y motiva de la acción de Jesús en nosotros: vence paulatinamente nuestras resistencias, mientras vayamos con el alma bien dispuesta, hasta que triunfa de nuestro pensamiento y de nuestra vida entera. Si, como Nicodemo, vamos a Jesús, aunque sea en la noche de nuestros pecados y con el miedo de tener que vencernos, pero con el pensamiento y el corazón puestos en las manos de Jesús, sentiremos en nosotros un profundo cambio y llegaremos a obrar con libertad ante el mundo en el sentido que Jesús quiere de nosotros.

d) v. 40. — *Y tomaron el cuerpo de Jesús, y, descolgado, lo liaron con lienzos, y entre ellos pusieron aromas...* — De aquí, dice San Beda, viene la costumbre de la Iglesia de consagrar el cuerpo del Señor no sobre telas de brocado y oro, sino sobre fino y limpio lienzo, símbolo de la pureza. Así debemos nosotros místicamente dar sepultura a Jesús en nuestros corazones, envolviendo al divino cuerpo en la blancura de un alma sin mancha



y sin afectos terrenos, aromatizándole con el perfume de toda suerte de virtudes.

E) v. 41. — *Y en el huerto un sepulcro nuevo...* — Como en el seno virginal de María nadie entró, ni antes ni después de Jesús, dice San Agustín, así tampoco nadie fué sepultado antes ni después del Señor en este monumento. Atendamos la gloria que a la Virgen Santísima y a este sepulcro ha venido de albergar el cuerpo del Señor: la Virgen es bendita por todas las generaciones: el sepulcro es el lugar más glorioso del mundo. Sea nuestra alma el sepulcro del Señor, y todo se innovará en ella, dice Teofilacto, porque lo que nosotros tenemos de mortal será absorbido por Cristo, que es la vida, y lo es precisamente por su muerte: y también a nosotros nos vendrá gran gloria de haber albergado el cuerpo del Señor, porque él será gaje de nuestra vida eterna bienaventurada.

## 223. — DESPUÉS DE LA SEPULTURA DE JESÚS

Lc. 23, 55-56; Mt. 27, 62-66

(Mt. 27, 61; Mc. 15, 47)

### Evangelio después del "Passio" el Domingo de Ramos (vv. 62-66)

“ Y viniendo también las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, <sup>mc</sup> *María Magdalena y María de José*, observaron el sepulcro, <sup>mc</sup> *estando sentadas delante de él*: <sup>mc</sup> *y miraban dónde lo colocaban*, y cómo fué depositado su cuerpo. “ Y, volviéndose, prepararon aromas y ungüentos: y reposaron el sábado, conforme al mandamiento.

“ Y otro día, que es el que sigue al de la Parasceve, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron juntos a Pilatos, “ diciendo: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor, cuando todavía estaba en vida: Después de tres días resucitaré. “ Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día: no sea que vayan sus discípulos, y lo hurten, y digan a la plebe: Resucitó de entre los muertos: y será el postrer error peor que el primero. “ Pilatos les dijo: Tenéis una guardia, id, y guardadlo como sabéis. “ Ellos, pues, fueron, y, asegurando bien el sepulcro, sellaron la piedra, y pusieron guardias.

**Explicación.**— Refiérense aquí dos hechos de finalidad completamente opuesta. De una parte, las piadosas mujeres que los sinópticos nos habían señalado lejos de la cruz, a la hora de la crucifixión del Señor, reaparecen ahora, fijándose atentamente en la escena del santo entierro, para volver al día siguiente y ofrecer al divino amigo unos obsequios que no habían podido preparar en tiempo por la premura del sepelio (Lc. 55.56). De otra, los poderosos enemigos de Jesús tratan de asegurar su triunfo sobre el Crucificado, guardando y sellando su tumba con todas las garantías que humanamente podían adoptar (Mt. 62-66).

PIEDAD DE LAS SANTAS MUJERES (Lc. 55.56). — Las que acompañaban a Jesús vivo durante su magisterio, auxiliándole con sus subsidios, vienen ahora también al lugar del sepulcro del Señor para rendirle sus piadosos homenajes. No pudieron prever un fin tan rápido del Maestro, y nada llevaron a su tumba para obsequiarle como solían los judíos. Verán atentamente dónde es depositado el sagrado cuerpo, y volverán así que se lo consienta el reposo sabático: *Y viniendo también las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, María Magdalena y María de José, observaron el sepulcro, estando sentadas delante de él: y miraban dónde lo colocaban, y cómo fué depositado su cuerpo.* Revélase en todos estos detalles la solicitud curiosa, tan propia de la mujer, de quienes no quieren perder un detalle para realizar fácilmente y con eficacia sus deseos.

Nada podían hacer ya las santas mujeres en el lugar del sepelio: urge ya el reposo del sábado: volverán a sus casas, es de suponer con qué pena, y aprovecharán los momentos que restan del día de Parasceve para arreglar lo necesario al definitivo embalsamamiento del sagrado cuerpo: *Y, volviéndose, prepararon aromas y ungüentos.* Observantísimas de la ley, descansarán, según los preceptos legales (Ex. 20, 8-10; 31, 13; Deut. 5, 14), todo el siguiente día. *Y reposaron el sábado, conforme al mandamiento.* Al anochecer del mismo sábado, cerrado ya el tiempo legal del descanso y abiertos de nuevo los comercios, nos las presenta Mc. 16, 1,

haciendo las compras de aromas que no podrían terminar el día anterior.

LOS ENEMIGOS DE JESÚS: CUSTODIA DEL SEPULCRO (Mt. 62-65). — Es peculiar del primer Evangelista la narración de un hecho que revela el odio profundo y el miedo que los primates de Israel sentían de Jesús. Poca mella hicieron en ellos los prodigios obrados en la muerte del Señor, que se ensañan con él hasta después de muerto: porque el día siguiente al de la crucifixión, el sábado pascual, los sinedristas, sin duda previo acuerdo oficial, enviaron una delegación a Pilatos: *Y otro día, que es el que sigue al de la Parasceve, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos acudieron juntos a Pilatos*. Nótese cómo el cómputo del Evangelista arranca ya de la Parasceve: cuando redactó su Evangelio sería ya entre los cristianos sagrada la memoria de este día por la muerte del Señor.

Quienes habían hecho coacción a Pilatos, hasta arrancarle una sentencia contra su parecer, ahora, para mejor lograr su fin, se humillan ante él, *diciendo: Señor*: al tiempo que tiene para Jesús palabras de desprecio: *Nos acordamos que dijo aquel impostor*, que soliviantaba las turbas y se hacía rey (Lc. 23, 2.5; Ioh. 19, 12), *cuando todavía estaba en vida*, y cuya muerte reconocen por lo mismo oficialmente: *Después de tres días resucitaré*. ¿Cómo los sinedristas pudieron conocer la profecía que Jesús había hecho de su resurrección? Pudieron inferirlo de las palabras de Jesús: “Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré” (Ioh. 2, 19), o del signo de Jonás, que les había predicho (Mt. 12, 39; 16, 4): cómo pudo contárselo Judas; cómo pudo ser voz pública, por cuanto Jesús no había impuesto el sigilo a sus discípulos, a quienes había dicho claramente que resucitaría al tercero día (Mt. 17, 22; 20, 19; Mc. 9, 30; 10, 34; Lc. 18, 33). Y ¿por qué no lo recuerdan hasta aquel momento? Porque el día anterior no tuvieron más preocupación que la de perder a Jesús: porque despertarían sus recelos los prodigios obrados a la muerte de Cristo: porque pudieron temer que los discípulos del Señor hurtaran su cuerpo, vien-

do los honores que le dispensaban hombres de tanto prestigio como José de Arimatea y Nicodemo.

Sigue la petición: *Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día: no sea que vayan sus discípulos, y lo hurten, y digan a la plebe: Resucitó de entre los muertos: y será el postrer error*, la seducción, el engaño que de ello sobrevendrá al pueblo, con el consiguiente peligro de reveltas, *peor que el primero*: es más peligrosa la voz de un presunto resucitado que la de un presunto rey. Nótese otra vez con cuánta reiteración se afirma la muerte y sepultura de Jesús.

La respuesta de Pilatos es seca, desabrida: no quiere otra vez enredarse con aquellos hombres: *Pilatos les dijo: Tenéis una guardia*: tenían ellos los legionarios que dos días ha les había concedido para el prendimiento de Jesús: día de fiesta como era, tenían el mismo retén que daba la guardia en los pórticos del Templo, como de costumbre: *¡A!, y guardadlo como sabéis*, como os sugerirá el odio y el miedo que de Jesús tenéis.

*Ellos, pues, fueron, y, asegurando bien el sepulcro*, haciendo para ello cuanto humanamente cabía, *sellaron la piedra*: aseguráronse de que el cuerpo de Jesús estaba todavía en el sepulcro: rodó la piedra hasta cubrir la entrada de la tumba: sobre ella atáronse los cabos libres de dos cuerdas fijas a ambos lados de la puerta, y sobre el nudo, cubierto de arcilla o greda blanda, se imprimió el sello, lo que hacía la entrada inviolable. *Y pusieron guardias*: probablemente diez y seis, que deberían relevarse por turnos de cuatro. Humanamente podían los sinedristas contar con la posesión plena del cuerpo de su Víctima; habían hecho cuanto estaba de su parte para asegurar el doble hecho de la muerte y de la resurrección futura.

**Lecciones morales.** —A) Lc. v. 55. — *Observaron el sepulcro... y cómo fué depositado su cuerpo.* — Hacíanlo las piadosas mujeres con el intento de mejor prestar sus últimos obsequios al Maestro: no era todavía perfecta su fe, dice Teofilacto, porque querían honrarle, según la costumbre de los judíos, pero

como puro hombre. Nosotros nos acercaremos al sepulcro de Jesús, y le contemplaremos con atención, fijándonos más en la causa de la muerte del Hijo de Dios, que son los pecados de los hombres, y en la inmensidad del amor que Dios nos tiene, que le llevó a tomar carne como la nuestra, y morir, y ser encerrado en un sepulcro como los hombres mortales. Fruto de esta contemplación serán los obsequios de orden espiritual que le ofrezcamos, comprándolos como las piadosas mujeres, no con precio de plata u oro, sino con el personal esfuerzo con que arranquemos de nuestra vida actos que puedan ser gratos a Jesús. Él nos ha comprado con su muerte: ¿qué menos podemos hacer que ofrecerle los frutos de vida cristiana que Él nos logró?

B) v. 56. — *Y reposaron el sábado, conforme al mandamiento.* — Aprendamos de las santas mujeres el respeto, llevado hasta el escrúpulo, del día festivo. Se trataba de honrar al Señor, que es el Señor del sábado; al mismo que había curado a los enfermos en día festivo, contra el parecer de los fariseos. Pero, porque los honores que querían tributar al Señor importaban un trabajo manual incompatible con la ley, reprimieron sus deseos. No urge el precepto cristiano del descanso dominical con el rigor que a los judíos el día de sábado: pero tal vez las mismas personas piadosas sienten menos que nuestros antepasados el profundo respeto al día del Señor. Nos lo imponen la ley de la Iglesia y el ejemplo que a los demás debemos.

c) Mt. v. 63. — *Nos acordamos que dijo aquel impostor...* A la muerte del Señor la tierra tiembla, las peñas se quiebran, el sol se apaga, los muertos resucitan, el pueblo regresa compungido del Calvario, dándose golpes de pecho: sólo los príncipes de los sacerdotes quedan insensibles. Más: todas estas maravillas no hacen sino exacerbar su rabia contra Cristo. Si le han visto morir, ¿por qué temen su resurrección? Y si temen una superchería de sus discípulos, ¿por qué no se ponen al acecho? Es el fenómeno psicológico que se produce, a través de los siglos, en los enemigos de Jesús: quieren convencerse y convencer al mundo de que Jesús está bien muerto, que no es más que un fantasma en la historia; pero les ciega los ojos la luz del milagro, la conversión del mundo, el mismo resplandor de la figura de Cristo. Y es entonces cuando se revuelven en rabia mayor contra la memoria de Jesús, y apelan a todo sofisma, a toda invención, a toda mentira, para convencer de impostura a Él y a sus seguidores. Tengamos la incommovilidad de quienes están en la plena certeza, de la doctrina y de la historia.

D) v. 64. — *Manda, pues, que se guarde el sepulcro...* — Con lo cual, dice un intérprete, nos aseguran tres cosas que nos convenía mucho saber para afirmar nuestra fe en la resurrección de Jesús, a saber: que había muerto, que estaba sepultado, y que, guardada la tumba, era imposible que los discípulos hurgaran el cuerpo del Señor. De modo que cuanto más creían dañar la causa de Jesús, dice Santo Tomás, más trabajaban para la fe de los creyentes en Jesús: en verdad que la misma astucia ha engañado a los astutos. Es que no hay consejo contra Dios, quien utiliza los mismos trabajos que ponen los hombres contra Él para hacerlos eficaces en orden a su mayor gloria y exaltación: que Dios mejor ha querido sacar bienes de los males, que no hacer que dejaran de ser los males, dice San Agustín.

E) v. 66. — *Sellaron la piedra, y pusieron guardias.* — Cuanto más encerrado y guardado está Jesús, mejor se manifestará la fuerza y la verdad de su resurrección. Porque, como dice el Crisóstomo: Si el sepulcro está bien guardado y sellado, ¿no habrá fraude? Ciertamente que no lo habrá. Luego es cierta la verdad de la resurrección. Y si no hay fraude alguno, y no obstante ha sido hallado vacío el sepulcro del Señor, es claro y fuera de toda duda que resucitó. Mira cómo los enemigos del Señor hasta a la fuerza y contra su voluntad trabajan por la demostración de la verdad. Lo que les ocurrió en aquella ocasión, podría demostrarse, con la historia en la mano, haber ocurrido a través de todos los siglos cristianos. Todo lo que nuestros enemigos han conquistado de verdad, en sus luchas contra nosotros, se ha incorporado a nuestra verdad: todos sus errores han servido para mayor brillo de nuestra verdad.

# SECCIÓN NOVENA

## VIDA GLORIOSA DE JESÚS

**Del día siguiente al de la Pascua judía  
hasta cuarenta días después  
Abril - Mayo de 782 - Año 29 de nuestra era**

### Sumario

PERÍODO PRIMERO: LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR Y SUS PRIMERAS APARICIONES EN JUDEA. — 224. La resurrección de Jesús: Consideraciones generales sobre los relatos evangélicos. — 225. Las mujeres van al sepulcro: El terremoto: La visita: El regreso. — 226. Visita de Pedro y Juan al sepulcro. — 227. Jesús aparece a la Magdalena. — 228. Aparición de Jesús a las piadosas mujeres: Los soldados romanos y los sinedristas. — 229. Aparición de Jesús a dos discípulos en el camino de Emaús. — 230. Aparece Jesús a los Apóstoles reunidos. — 231. Otra aparición a los Apóstoles con Santo Tomás.

PERÍODO SEGUNDO: ÚLTIMAS APARICIONES DE JESÚS EN GALILEA Y EN JUDEA, Y SU ASCENSIÓN. — 232. Apariciones de Jesús en la Galilea: A) En el mar de Tiberíades. — 233. El Primado de Pedro. — 234. B) Aparición a los Apóstoles en un monte de Galilea. — 235. Últimas enseñanzas de Jesús: La Ascensión.

236. EPÍLOGO DEL EVANGELIO DE SAN JUAN.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO. — El cuerpo santísimo de Jesús estuvo en el sepulcro desde las últimas horas de la

tarde del viernes hasta la aurora del domingo: a esa hora hubo un terremoto, Jesús resucitó y un ángel del Señor retiró la piedra que cerraba el sepulcro. Las piadosas mujeres, que antes y después del descanso sabático habían preparado aromas con que ungir el cuerpo de Jesús, al rayar el alba fueron al sepulcro y, en llegando, lo encontraron vacío. María Magdalena marchó en seguida a anunciarlo a Pedro y a Juan, y entretanto las demás mujeres penetraron en el sepulcro y apareciéronseles dos ángeles que les anunciaron la resurrección. Éstas, atemorizadas, marcharon de allí y a nadie dijeron nada. Pedro y Juan, avisados por la Magdalena, fueron al sepulcro y se cercioraron de que estaba vacío, partiendo luego de allí y permaneciendo María Magdalena junto al sepulcro. Entonces a ella primero que a nadie (1) se le apareció Jesús en forma de hortelano. Luego se apareció también a las otras mujeres en el camino. En el mismo día se apareció a Pedro solo y después a dos discípulos que iban a Emaús. Por la tarde de aquel mismo día se apareció a los discípulos reunidos, estando ausente Tomás. Ocho días después se apareció de nuevo a los discípulos, estando Tomás presente.

Habiéndose trasladado los Apóstoles a Galilea, Jesús, según les había anunciado, se les apareció allí: a Juan y a Pedro y a otros cinco que estaban pescando en el mar de Tiberíades, cuando confirió el Primado a Pedro; y a los discípulos en un monte, probablemente el Tabor, cuando les confirió la misión de predicar el evangelio a todos los hombres.

Vueltos los Apóstoles a Jerusalén, mandóles el Señor que permanecieran allí hasta que recibieran el Espíritu Santo. Durante esta permanencia, un día los sacó de la Ciudad hacia Betania, al monte Olívete, y desde allí, mientras los bendecía, se subió a los cielos. Los Apóstoles y discípulos, recreados con la visión de los ángeles que les certificaron la Ascensión de Jesús, volvieron a Jerusalén con grande alegría por el triunfo del Maestro.

---

(1) Nos atenemos solamente al texto evangélico, salvando la tradición venerabilísima, según la cual, antes que a nadie, se apareció Jesús a su Santísima Madre.



## **Período primero**

# **PRIMERAS APARICIONES DE JESÚS EN JUDEA**

### **224. — LA RESURRECCIÓN DE JESÚS: CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LOS RELATOS EVANGÉLICOS**

La resurrección de Jesús es un hecho indubitable, hasta el punto de que haya podido un racionalista afirmar que es el hecho más plenamente demostrado de la historia. El alma de Cristo separóse del cuerpo voluntariamente, y en virtud de los atrocísimos tormentos voluntariamente por nosotros soportados: la muerte no es otra cosa que la separación de cuerpo y alma. Esta muerte queda demostrada plenísimamente en las narraciones de los cuatro Evangelistas, no sólo por la afirmación que de ella hacen, usando todos ellos casi las mismas palabras, sino por la aportación de numerosos elementos, que hemos notado en los anteriores comentarios, y que ponen fuera de toda duda la muerte del Señor.

Bajó el alma de Jesús al limbo, inmediatamente después de separada del cuerpo, y allí permaneció, consolando a los Padres que esperaban el advenimiento del Señor, hasta el momento de la resurrección: "Porque también Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, mas vivificado en el espíritu: en el que también fué a predicar a aquellos espíritus que estaban en la cárcel..."

(I Petr. 3, 18-20). Es ello dogma de fe, concretado ya desde los primeros siglos en los símbolos de la Iglesia, aun cuando nada digan de este hecho los Evangelios.

Y cuando llegó el momento, el alma de Jesús volvió al cuerpo, y éste revivió, esta vez inmortal ya e impasible, con las dotes propias de los cuerpos glorificados. Es el hecho de la resurrección. De ella no hubo probablemente testigo presencial alguno; ni se conoce con precisión el momento en que se verificó, aunque puede afirmarse que fué la mañana del día siguiente al sábado. Ni fué aparatosa la salida de Jesús de su tumba, que probablemente pasaría inadvertida hasta de los mismos soldados que daban guardia al sepulcro. Si el arte nos ha representado a Jesús saliendo triunfante de la tumba, en medio del estupor de los soldados derribados y "como muertos", en frase del primer Evangelista, no es ello más que la glorificación y como la idealización de un hecho que los Evangelistas no hacen más que afirmar sencillamente, aunque aparezca rodeado de episodios de carácter sobrenatural, como son el terremoto, probablemente acaecido en el momento de la resurrección, la aparición o apariciones de ángeles, las palabras que pronunciaron y los hechos maravillosos acaecidos en algunas de las apariciones del Señor.

Los cuatro Evangelistas concurren en la narración de los episodios que siguieron a la resurrección de Jesucristo. Todos ellos aportan elementos que podríamos llamar peculiares de cada Evangelio, para formar una monografía de la resurrección que se caracteriza por la espontaneidad de los relatos, por la viveza de los detalles, la belleza de los cuadros, como el que nos presenta a Pedro y Juan corriendo al sepulcro, la aparición a la Magdalena, a los discípulos de Emaús, a los que pescaban en Genesaret; y especialmente por este calor comunicativo que a las narraciones infundió el santo entusiasmo de que estaban poseídos los Evangelistas al describir el hecho fundamental de nuestra religión.

Pero Dios ha querido que la historia de la resurrección del Señor fuera referida por los cuatro Evangelistas en forma que difícilmente puedan sus relatos reducirse a la unidad armónica en que se recojan todos los hechos dispersos en

el tetramorfo para formar la descripción de un solo hecho simple y claro, como tantas veces ocurre en las narraciones evangélicas. Juntanse los sagrados escritores un momento en los puntos capitales, para luego derivar cada uno de ellos en el sentido que más conviene a los fines doctrinales o apolo-géticos de sus composiciones.

Este fenómeno, que ha dado lugar a numerosas tenta-tivas de concordia, ya desde los primeros siglos, y del que se han valido los racionalistas de todo tiempo para dirigir sus ataques contra el hecho fundamental de nuestra fe, es una de las grandes pruebas de la veracidad de nuestros Evangelis-tas, que no se preocupan uno de otro al escribir sus historias: pero no deja de engendrar alguna dificultad, no tanto en el comentario como en la coordinación de los hechos.

Ninguna de ellas es insoluble: los seis grandes argumen-tos de Strauss contra la resurrección del Señor, fundados en las discrepancias de los Evangelios, han sido victoriosa-mente refutados por los exégetas católicos: un poco de bue-na fe y de buena voluntad bastan, diremos con un autor ca-tólico, para explicar satisfactoriamente las aparentes diver-gencias de los narradores sagrados. Quizás podríamos hallar una explicación psicológica, de lo que parece disonancia de los Evangelistas en este punto de la historia del Señor, en las palabras de un sabio obispo: "Fué tal la turbación y la confusión de los Apóstoles y de las mujeres el domingo de la resurrección, que se refleja fielmente en los cuatro Evan-gelistas" (J. BONOMELLI. Cf. CELLINI, *Gli ultimi capi del Tetramorfo*, pág. 53).

Antes de entrar en el comentario del Sagrado Texto, y para que aparezcan de un golpe, y en un solo cuadro las in-cidencias de aquella mañana, la más clara de la historia, disponemos en serie los hechos en la forma que probablemen-te ocurrieron, siendo ésta una de las concordias hoy seguida por varios autores de nota, aunque con alguna discrepancia entre ellos, y difiriendo poco de la que ya San Agustín pro-puso:

I. El día siguiente al sábado, muy de mañana, María Magdalena y las otras mujeres se dirigieron al sepulcro, lle-

vando los aromas comprados el viernes y sábado al anochecer, para rendir al Maestro sus postreros obsequios (Mt. 23, 1; Mc. 16, 1-4; Lc. 24, 1; 20, 1).

2. Mientras hacían su camino, ocurrió el temblor de tierra, que probablemente coincidió con la resurrección del Señor, y el ángel removió la piedra que cerraba la tumba (Mt. 28, 2-4).

3. Al divisar las mujeres el sepulcro y ver abierta la puerta, la Magdalena retrocede precipitadamente a la ciudad, para avisar de ello a Pedro y Juan, mientras que sus compañeras siguen su camino y entran en el sepulcro, donde se les aparecen los ángeles (Mt. 28, 5-7; Mc. 5-7; Lc. 3-7).

4. Entretanto, María Magdalena había avisado a Pedro y Juan, y los tres venían precipitadamente al sepulcro: cuando a él llegaron, habían ya regresado a la ciudad las otras mujeres (Lc. 24, 12; Ioh. 20, 3-10).

5. Pedro y Juan, examinado el sepulcro, regresan a la ciudad: mientras que Magdalena se queda sola junto a la piedra del sepulcro, apareciéndose primero los ángeles, y luego el mismo Señor (Mc. 16, 9-11; Ioh. 20, 11-18).

6. Mientras volvían las demás mujeres a la ciudad, probablemente por distinto camino del que hicieron Pedro y Juan, se les apareció también el Resucitado (Mt. 28, 9-10).

Con el precedente esquema a la vista será fácil la inteligencia de los siguientes episodios, que dispondremos según el mismo, aportando a la narración así ordenada los detalles de los cuatro Evangelios que de otra suerte podrían aparecer divergentes.

Asimismo hay que distinguir entre las apariciones de Jesús resucitado que tuvieron lugar en Judea y las que se realizaron en la Galilea. Las primeras fueron cinco, según las narraciones de los Evangelios, a saber: a la Magdalena, a las piadosas mujeres, a los discípulos de Emaús, a los Apóstoles reunidos sin Tomás, todas ellas el mismo día de la resurrección, y luego, ocho días más tarde, a los mismos con este último. Las de la Galilea fueron: la primera a siete apóstoles en el mar de Tiberíades; y la segunda a los once, en un monte de la misma región.

A más de estas apariciones descritas en los Evangelios, es cierto que se apareció Jesús otras veces, una de ellas a más de quinientos discípulos reunidos, como consta de los Hechos (I, 2.3) y de la Carta primera a los Corintios (I5, 5-8).

Nada dicen los Evangelios de que apareciera Jesús a su Santísima Madre: pero es piadosa creencia, fundada en conveniencias altísimas, que Ella recibió la primera la visita de Jesús resucitado. También es probable que apareciera a Pedro, solo o en compañía de Juan, según Maldonado. He aquí las palabras del insigne exégeta español: "Ante todo es de creer que apareció Jesús a su Madre, no que lo digan los Evangelistas, sino que era cosa conveniente. Ni me place la diligencia de aquellos que se esfuerzan en refutar esta opinión, tan entrañada en el alma de casi todos los católicos... En el mismo día de la resurrección es de creer que se apareció a Pedro, solo, según opinión de León IX, o conjuntamente con Juan, cuando regresaban del sepulcro..." (In Mt. 28, 16).

## 225. — LAS MUJERES VAN AL SEPULCRO

Mc. 16, 1-3

(Mt. 28, 1; Lc. 24, 1-3)

EL TERREMOTO: Mt. 28, 2-4; LA VISITA: Mc. 16, 4-7

(Mt. 28, 5-7; Lc. 24, 4-8)

EL REGRESO: Lc. 24, 9-11

(Mc. 16, 8)

**Evangelio del Domingo de Ramos (Mt. vv. 1-7), del Sábado Santo (Mt. vv. 1-10) y de la Dominica de Resurrección (Mc. vv. 1-7).**

<sup>mc 1</sup> Y como pasó el sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. <sup>2</sup> Y muy de mañana, el primer día después del sábado, fueron al sepulcro, <sup>3</sup> a verlo. <sup>4</sup> llevando los aromas

*que habían comprado, y llegaron salido ya el sol. 'Y decían entre sí: ¿Quién nos quitará la losa del sepulcro?*

*''A este tiempo se sintió un gran terremoto. Porque un ángel del Señor descendió del cielo: y, llegándose, revolvió la piedra, y se sentó sobre ella. 'Y su aspecto era como un relámpago, y su vestidura como la nieve. 'Y de temor de él se asombraron los guardias, y quedaron como muertos.*

*''Mas reparando, vieron revuelta la losa <sup>L</sup>del sepulcro. Porque era muy grande. 'Y entrando en el sepulcro <sup>L</sup>no hallaron el cuerpo del Señor Jesús; y aconteció que estando consternadas por esto, vieron un mancebo, sentado al lado derecho, cubierto de vestidura blanca, y se maravillaron. 'El cual, <sup>L</sup>como estuviesen ellas medrosas, y bajasen el rostro a tierra, les dice: No os asustéis: ''sé que buscáis a Jesús Nazareno, el que fué crucificado. <sup>L</sup>¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Ha resucitado, ''como había dicho; no está aquí. <sup>L</sup>Acordaos de lo que os habló, estando aún en Galilea, diciendo: Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día. ''Venid; he aquí el lugar donde lo pusieron; ''ved el lugar donde estaba colocado el Señor. 'Mas id ''pronto, y decid a sus discípulos, y a Pedro, ''que ha resucitado, y que va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis, como os dijo: ''Os lo anuncié ya de antemano. <sup>L</sup>Y se acordaron de sus palabras.*

*<sup>L</sup>'Y salieron ''en seguida, ''y huyeron del sepulcro, ''con temor y con gran gozo, ''pues se había apoderado de ellas el temor y el espanto, y a nadie dijeron nada, porque tenían miedo. Y fueron a contar todo esto a los once, y a todos los demás. ''Y las que refirieron a los Apóstoles todas estas cosas eran María Magdalena, y Juana, y María, madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas. ''Y ellos tuvieron por un desvarío estas sus palabras: y no las creyeron.*

**Explicación.** — Compréndese en este número todo lo ocurrido en las primeras horas de la mañana del primer día de la semana, día siguiente al sábado judío, y se reduce al viaje de ida de las santas mujeres al sepulcro (Mc. 1-3); la narración del terremoto, probablemente ocurrido en el momento de la resurrección (Mt. 2-4); la visita a la tumba, con la aparición y discurso del ángel (Mc. 4-7); y finalmente, el regreso a la ciudad (Lc. 9-11).

**LAS SANTAS MUJERES VAN AL SÉPULCRO (Mc. 1-3).** — Las santas mujeres, que habían observado con piadosa curiosidad el lugar y forma del entierro de Jesús, y que al declinar el día habían preparado, el mismo viernes, lo necesario para el embalsamamiento del Señor (Mc. 15, 47; Lc. 23, 55.56), después del reposo sabático, y así que se abrieron de nuevo los comercios al anochecer del sábado, salieron a comprar los ungüentos y aromas, hierbas aromáticas, mirra, áloe, etc., para rendir al Maestro los postreros obsequios: *Y como pasó el sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús.*

El amor devoto hizo que madrugaran las santas mujeres. *Y muy de mañana...* Convienen los cuatro Evangelistas en señalar la primera hora del primer día de la semana, lo que decimos en nuestra lengua “al despuntar la aurora”, para la salida de las discípulas piadosas. Mateo tiene esta expresión: “En la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana...”, lo que debe entenderse en el sentido de que: “siendo ya muy pasado el sábado y rompiendo ya el alba del siguiente día”. *El primer día después del sábado, fueron al sepulcro, a verlo, como se visita y examina la tumba de los seres queridos, llevando los aromas que habían comprado, y llegaron salido ya el sol.* Son brevísimos los crepúsculos en la Palestina: las que salieron al alborear el día, llegan al sepulcro a plena luz.

Una preocupación las embargaba por el camino: era pesadísima la piedra que cerraba la tumba del Señor: ellas, débiles mujeres que ni aunando sus esfuerzos podrían apartarla: *Y decían entre sí: ¿Quién nos quitará la losa del sepulcro?* De donde se infiere que nada sabían de la guardia que daban los soldados al sepulcro, ni de que hubiese sido sellada la puerta. Descansaron el sábado según precepto legal (Lc. 23, 56), tristes y miedosas por lo ocurrido: más que los Apóstoles — que aquel mismo día por la noche estaban en casa a puerta cerrada por el miedo de los judíos (Ioh. 20, 19) —, estuvieron incomunicadas, ignorando lo ocurrido entre los sinedristas y Pilatos.

EL TERREMOTO (Mt. 2-4). — Como la muerte del Señor fué señalada por un temblor de tierra, así su resurrección. El terremoto es la manifestación del poder, del señorío, de la gloria de Dios (Cf. Ps. 67, 8.9; 97, 7 sigs., etc.): cuando Jesús resucitó, la tierra, conmoviéndose, rindió pleitesía al poder y magnificencia de su Dios: *A este tiempo se sintió un gran terremoto*, que no es de creer cogiera más área que la de las inmediaciones del sepulcro. Convenía, además, que los guardias se dieran cuenta del milagro que se acababa de obrar.

Jesús salió del sepulcro dejando intactos los sellos y cerrada la puerta, antes que bajara el ángel a abrirla, como en su nacimiento saliera del seno de su Santísima Madre sin romper los sellos de su virginidad: toda la tradición está en ello conteste. Pero convenía que se abriese de par en par la boca del sepulcro para que viera todo el mundo que estaba vacío: ello quiso Dios fuera hecho por ministerio de un ángel, primer testigo y anunciador de la resurrección: los ángeles anunciaron su concepción y nacimiento, le confortaron en el desierto y en Getsemaní; ahora convenía anunciasen la gloria del Dios triunfador: *Porque un ángel del Señor descendió del cielo: y, llegándose, revolvió la piedra, y, como asertor y doctor de la resurrección, como maestro que debía dar a los creyentes la firmeza de la fe en aquel hecho, se sentó sobre ella.*

Describe el Evangelista la forma de la aparición: *Y su aspecto era como un relámpago*, lúcido y refulgente su rostro, como convenía a un ciudadano del cielo que goza y participa de la Luz indeficiente de Dios: *Y su vestidura como la nieve*, con lo que se significa la gloria del hecho de la resurrección y la claridad del misterio que encierra. Por el terremoto y la celestial visión se sobrecogieron de espanto los guardias del sepulcro: *Y de temor de él se asombraron los guardias, y quedaron como muertos*: suelen las celestiales apariciones causar, en su comienzo, espanto aun a los santos (Cf. Is. 6, 5; Ez. 2, 1; Lc. 1, 30), cuánto más a aquellos hombres, que Dios quería fuesen testigos de aquel hecho extraordinario.

Discuten los exégetas sobre la hora de la resurrección del



Señor. Nada puede afirmarse con certeza: señalan unos la una de la madrugada, otros las tres; es más común la opinión, que hace suya Benedicto XIV, de que ocurrió el gran hecho en la misma aurora, poco después que empezó a alborar el día.

VISITA DE LA TUMBA: EL ÁNGEL (Mc. 4-7). — Platicaban por el camino las mujeres, cuando al llegar a la vista del sepulcro pudieron observar que estaba patente su entrada: *Mas reparando, vieron revuelta la losa del sepulcro*. Dan las santas mujeres razón de la preocupación que sentían al dirigirse a la tumba del Señor: *Porque (la piedra) era muy grande*. Todavía en el siglo V afirma San Jerónimo que Santa Paula, su discípula, besaba esta piedra al entrar en el sepulcro del Señor.

María Magdalena, al ver abierto el sepulcro, acongojada por la posible substracción del cuerpo del Señor, retrocedió a la ciudad para contar el hecho a Pedro y Juan; sus compañeras, venciendo el natural recelo que debía inspirarles el hecho inexplicable, resolviéronse a entrar en la tumba: *Y entrando en el sepulcro...* Solían las tumbas de los judíos tener varias dependencias o cubículos, en los que se colocaban los cadáveres y a los que se entraba atravesando el vestíbulo, pieza mayor que comunicaba por la puerta con el exterior: el del Señor, cavado en la piedra por José de Arimatea para sí mismo, es probable que no tuviera más que un cubículo y el vestíbulo. Una vez dentro las mujeres, *no hallaron el cuerpo del Señor Jesús; y aconteció que estando consternadas por esto, vieron un mancebo, sentado al lado derecho, cubierto de vestidura blanca, y se maravillaron*.

El mancebo era un ángel en forma humana: vestía blanca túnica, señal de la gran fiesta de Jesús y nuestra: pasmáronse las santas mujeres, como acontece siempre al hombre al hallarse en presencia de lo sobrenatural. El primer Evangelista, como Marcos, señala la presencia de un solo ángel: San Lucas dice que eran dos: "Dos varones se pararon ante ellas con vestiduras resplandecientes": es que Mateo indica el ángel que estaba sentado sobre la piedra; Marcos, el que

estaba en el interior; Lucas, los dos, sea que fuesen ambos distintos del que removi6 la piedra de la tumba, o que 6ste hubiese penetrado en ella despu6s de abrir la entrada. O puede conciliarse la aparente antilogía diciendo que los dos primeros Evangelistas se refieren s6lo al 6ngel que dirigi6 la palabra a las piadosas visitantes. La primera impresi6n de 6stas, al hallarse ante la c6lica visi6n, fu6, junto con el pasmo de que nos habla Marcos, el temor, que les oblig6 a bajar la vista al suelo: quedaron deslumbradas y espantadas (Cf. Is. 6, 5; Ez. 2, 1; Dan. 7, 15): *El cual, como estuviesen ellas medrosas, y bajasen el rostro a tierra, les dice...*

Sigue el discurso del 6ngel, vibrante y lleno de emoci6n, que Lucas pone en boca de los dos mensajeros: *No os asust6is: s6 que busc6is a Jes6s Nazareno, el que fu6 crucificado: Nazareno y crucificado eran dos conceptos de humillaci6n; ahora ya ser6n de gloria. ¿Por qu6, sigue el 6ngel, busc6is entre los muertos al que vive? Ha resucitado, como hab6a dicho; no est6 aqu6. Y como reprendi6ndolas suavemente, por haber olvidado las predicciones, hechas en tiempo oportuno, mucho antes de su pasi6n, para que no las cogieran de sorpresa los acontecimientos, contin6a: Acordaos de lo que os habl6, estando a6n en Galilea, diciendo: Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer d6a (Cf. Ibid. 9, 22.44): Venid; he aqu6 el lugar donde lo pusieron: y sigue notando el contraste entre la tumba vac6a y el triunfo del Resucitado: Ved el lugar donde estaba colocado el Se6or.*

Motivos tienen ya las mujeres para sentirse a un tiempo gozosas y miedosas (Mt. v. 8). Ahora las mismas mujeres servir6n de heraldos para anunciar la gran nueva a los dem6s disc6pulos, que son la gran preocupaci6n de Jes6s: *Mas id pronto, y decid a sus disc6pulos, y a Pedro, que ha resucitado, y que va delante de vosotros a Galilea: all6 le ver6is, como os dijo: Os lo anunci6 ya de antemano.* Es la solicitud del Pastor, que quiere otra vez verse rodeado de sus ovejas: quiere especialmente que se avise a Pedro, ya porque as6 lo exig6a su dignidad de pr6ncipe de los Ap6stoles, ya para significar que, despu6s de su arrepentimiento, estaba plena-

mente reintegrado a la amistad de Jesús. Entonces es cuando las mujeres cayeron en la cuenta de la verdad de los vaticinios de Jesús sobre su resurrección: *Y se acordaron de sus palabras.*

EL REGRESO (Lc. 9-11). — Con suma diligencia, aunque en medio de gran aturdimiento, cumplen las santas mujeres la comisión recibida del ángel: *Y salieron en seguida, y huyeron del sepulcro, con temor y con gran gozo*: temor, del conjunto de circunstancias que en su visita se acumularon: la piedra removida, la aparición de los ángeles, el sepulcro vacío: pero predominaba el gozo, por el triunfo del Maestro sobre la muerte. Como despavoridas y desconcertadas, *pues se había apoderado de ellas el temor y el espanto*, temblando, podríamos decir, de alegría y miedo, corrieron a la ciudad, siguiendo, quizás inconscientemente, camino distinto del que habían tomado a la ida.

Vehementemente impresionadas por los maravillosos sucesos, las santas mujeres no contaron en seguida a los demás discípulos lo que les había mandado el ángel: conferirían antes entre sí sus impresiones: *Y a nadie dijeron nada, porque tenían miedo*. Pero luego, cuando se hubieron repuesto y, sobre todo, cuando a medida que transcurría aquel día feliz llegaban nuevas noticias de que estaba vacío el sepulcro (Cf. Ioh. 20, 2.5 sigs.), contaron por menudo todo lo ocurrido: *Y fueron a contar todo esto a los once, y a todos los demás*. Enumera aquí Lucas, como antes lo habían hecho ya los otros dos sinópticos (Mt. 28, 1; Mc. 16, 1), las mujeres que fueron protagonistas en este hecho: *Y las que refirieron a los Apóstoles todas estas cosas eran María Magdalena, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, y María, madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas*. Pero los Apóstoles y demás discípulos del Señor, tan lejos estuvieron de caer en la cuenta de los vaticinios de Jesús, que rechazaron como cosa fabulosa la narración de las mujeres: *Y ellos tuvieron por un desvarío estas sus palabras: y no las creyeron*. Sólo cuando por muchos títulos pudieron cerciorarse de la verdad del hecho grandioso, se hicieron testigos

y apologistas del mismo, hasta morir por lo que habían visto: su anterior incredulidad es para nosotros un motivo más de creer.

**Lecciones morales.** — A) Mc. v. 2. — *Y muy de mañana... fueron al sepulcro...* — Las últimas en dejar al Señor, después de sepultado, son las primeras en honrarle así que la ley se lo permite; en lo que podemos estimar el fervor de la caridad de estas santas mujeres, que les mereció las primicias de la buena nueva de la resurrección. De ellas debemos aprender esta solicitud piadosa, esta vigilancia, esta abnegación, virtudes que pusieron a contribución del amor que a Jesús sentían y que, haciéndoles vencer todo respeto humano, les lograron la espléndida recompensa de ser ilustradas sobre el glorioso misterio por los mismos ángeles, y ser constituidas primeros testigos del hecho de la resurrección.

B) Mt. v. 2. — *A este tiempo se sintió un gran terremoto.* — Nuestro Señor, que es al mismo tiempo Hijo de Dios e Hijo del hombre, da alternativamente pruebas de su divinidad y de su humanidad, dice San Jerónimo: y así como con su muerte ha dado prueba de que es hombre, con este terremoto da una prueba irrefragable de que es Dios. Tiene, pues, este mismo movimiento insólito de la naturaleza, y en este caso, su fuerza apologética: la obra de Dios se pone al servicio de la verdad de Dios. Místicamente, dice San Beda, este terremoto, como el ocurrido cuando la muerte del Señor, es presagio de la conmoción profunda que se obrará en los corazones de los hombres cuando se les predique la muerte y la resurrección del Señor.

c) Mc. v. 6. — *Ha resucitado...; no está aquí.* — Son tan sencillas y breves estas palabras como es profundo su contenido y felicísimas sus consecuencias. Porque si Cristo ha resucitado, también nosotros resucitaremos; por cuanto Jesús es el “primogénito de los muertos” (Col. 1, 18), la primera presa que ha restituído la muerte. Se ha hecho ya la experiencia en el grano principal, ha dicho San Agustín: seguirá luego toda la mies, que son todos los seguidores del Señor. De cada uno de nosotros podrá decirse en su día: Ha resucitado; no está aquí: quiera Dios con su gracia hacer que la resurrección de nuestros cuerpos vaya acompañada de esta “inmutación” de que habla el Apóstol (1 Cor. 15, 51.52), que no es otra cosa que la transformación del mismo en cuerpo glorioso, efecto de la glorifica-

ción de nuestras almas, que hayan merecido nuestras buenas obras. No olvidemos que todos habremos resucitado el último día: pero se dirá a unos: "Id al fuego eterno": y a otros: "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino..."

D) v. 6. — *He aquí el lugar donde lo pusieron...* — Todavía, después de veinte siglos, las generaciones se dicen una a otra, señalando el vacío sepulcro: "He aquí el lugar donde lo pusieron." Y las generaciones una tras otra, se postran ante aquella tumba y besan con amor indecible la losa fría que la cierra. Hemos visto a sencillas mujeres del pueblo, que no tenían la dicha de ser católicas, pegar su frente a aquella piedra, mientras se movían rápidos sus labios en ardiente plegaria. Es el sepulcro de nuestro Dios: del Dios de centenares de millones de cristianos de toda profesión dogmática. Por su posesión se sostuvo una lucha épica en los siglos medios. Por la posesión de sus derechos atisban celosos alrededor de él para evitar toda intrusión los cristianos de los diversos ritos. A la puerta de la basílica que guarda la preciada joya está el musulmán, que lo tiene como gaje de su señorío. Profanado y todo como está, el sepulcro de Cristo es glorioso (Is. II, 10). ¡Quisiera el buen Dios que un día el sepulcro de Jesús fuera de quien debe ser, de su Iglesia, de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, y que pudiéramos orar y llorar y cantar sobre él, y decir, en las solemnidades únicas de nuestro culto: "He aquí el lugar donde lo pusieron"!

E) v. 11. — *Y no las creyeron.* — La resurrección del Señor ha sido uno de los hechos cuya verdad ha sido más impugnada. Y es natural, porque si Cristo no ha resucitado es cosa vana nuestra fe: y esto es lo que quieren demostrar los enemigos de ella. Pero Dios ha garantido este hecho contra todo ataque racional, de cualquier parte que provenga, porque Dios es más celoso que nosotros mismos de los fueros de nuestra inteligencia, y no quiere obligarnos a creer un absurdo o una falsedad. Y como si no hubiera bastante con la claridad meridiana de las narraciones evangélicas, ha sumado Dios al testimonio de la historia el de diez y seis millones de mártires que han dado su vida por la misma verdad, y bien podemos creer por el testimonio de tantos hombres que se dejan matar por lo que atestiguan. No seamos tardíos ni remisos en prestar a esta verdad el obsequio de nuestra fe.

**226. — VISITA DE PÉDRO Y JUAN AL SEPULCRO**

IOH. 20, 1-10

(Lc. 24, 12)

**Evangelio de la Misa del sábado in Albis (vv. 1-9)**

<sup>1</sup> Y el primer día de la semana vino María Magdalena de mañana al sepulcro, cuando aun era obscuro: y vió quitada la losa del sepulcro. <sup>2</sup> Y fué corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y les dijo: Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en dónde lo han puesto.

<sup>3</sup> Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro. <sup>4</sup> Y corrían los dos a la par: mas el otro discípulo se adelantó corriendo más de prisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. <sup>5</sup> Y habiéndose inclinado, vió los lienzos en el suelo: mas no entró. <sup>6</sup> Llegó, pues, Simón Pedro, que le venía siguiendo, y entró, <sup>7</sup> inclinándose, en el sepulcro, y vió los lienzos allí caídos, <sup>8</sup> y el sudario, que había tenido puesto sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte. <sup>9</sup> Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro: y vió, y creyó. <sup>10</sup> Porque aun no entendían la Escritura, que era menester que Él resucitara de entre los muertos. <sup>11</sup> Y se volvieron otra vez los discípulos a su casa. <sup>12</sup> *Pedro se volvió admirando entre sí lo que había sucedido.*

**Explicación.** — Mientras ocurrían los hechos narrados en el número anterior, la Magdalena, que había dejado la compañía de las otras mujeres al notar que estaba abierto el sepulcro, corrió a anunciarlo a Pedro y Juan, quienes, a su vez, salieron precipitadamente para ver la tumba del Señor, no encontrándose con las demás piadosas mujeres que regresaban, probablemente por haber tomado éstas distinto camino.

LA MAGDALENA (1.2). — Empieza Juan la narración de este episodio, que resulta vivo de color y lleno de detalle, delatando la pluma de un testigo presencial, con la indicación de la visita que la Magdalena hizo al sepulcro: *Y el primer*

*día de la semana vino María Magdalena de mañana al sepulcro, cuando aun era obscuro*: es el viaje que hace la Magdalena con las otras piadosas mujeres (Cf. Mt. 28, 1; Mc. 16, 1; Lc. 24, 1): el Evangelista no nombra más que a la Magdalena, porque va a suplir, como de costumbre, un hecho no narrado por los otros Evangelistas, que fué determinado por la intervención de esta mujer, no de las otras. Cuanto al tiempo, “era obscuro” equivale a la hora del alba, cuando aun no se han disipado del todo las tinieblas. *Y vió quitada la losa del sepulcro*, como las demás mujeres, que permanecieron en el lugar del enterramiento de Jesús, donde tuvieron la aparición del ángel.

La Magdalena, no: retrocedió a la ciudad así que vió la tumba abierta, para anunciar la nueva a Pedro, como cabeza de los Apóstoles, y a Juan, el más tiernamente amado de Jesús: sólo ellos le habían acompañado cuando fué llevado a casa de Anás: *Y fué corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo a quien amaba Jesús*, el propio Evangelista que narra el hecho, y les dijo: *Han quitado al Señor del sepulcro*, seguramente suponía los enemigos de Jesús, y *no sabemos en dónde lo han puesto*. El uso del plural “no sabemos” indica que se refiere la Magdalena a las demás piadosas mujeres con quienes hizo el viaje: Juan concuerda, pues, con los sinópticos.

PEDRO Y JUAN VAN AL SEPULCRO (3-10). — Era gravísimo el hecho denunciado por la Magdalena: los dos discípulos salieron precipitadamente para cerciorarse de la verdad del mismo: *Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro*. La descripción que sigue, como de testigo presencial, es detalladísima: *Y corrían los dos a la par*, acuciados por el deseo de averiguar lo ocurrido. Más joven y ágil que Pedro, el discípulo amado llegó al sepulcro antes que él: *Mas el otro discípulo se adelantó corriendo más de prisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro*. Al llegar al umbral de la puerta se inclinó, para ver a través de ella y en la semiobscuridad el estado del sepulcro: *Y habiéndose inclinado, vió los lienzos en el suelo*, las vendas o fajas sepulcrales con que había sido

atado el cuerpo del Señor (Cf. 19, 40), puestas aparte con cuidado. Sea por la viva emoción, o porque el miedo lo cohibiera, o por deferencia al príncipe de los Apóstoles, Juan no quiso entrar: *Mas no entró.*

Entretanto llegó Pedro: más impulsivo y vehemente, según costumbre, entró con resolución en la tumba: *Llegó, pues, Simón Pedro, que le venía siguiendo, y entró, inclinándose, en el sepulcro,* por la escasa altura de la puerta. Dentro ya, pudo observar lo mismo que Juan: *Y vió los lienzos allí caídos, y el sudario, que había tenido puesto sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto, plegado, en un lugar aparte.* Todo ello indicaba el hecho de la resurrección: si el cuerpo de Jesús hubiese sido hurtado, quien tal hubiese hecho no se hubiera entretenido en desnudarle y doblar cuidadosamente las envolturas, y más teniendo en cuenta que ellas estaban aglutinadas al sagrado cuerpo por los pigmentos con que se le había copiosamente embalsamado.

*Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro: y vió, haciéndose cargo detenidamente del estado de la tumba, en lo que el Evangelista se revela testigo presencial. Y creyó: no sólo lo que había dicho la Magdalena, de hallarse el sepulcro vacío, sino el hecho de la resurrección. Y da la razón de que antes no hubiesen creído: Porque aun no entendían la Escritura, que era menester que Él resucitara de entre los muertos.* Ciertamente que Jesús había predicho su resurrección repetidas veces, hasta el punto de que sus mismos enemigos así lo entendían (Cf. Mt. 27, 63); pero, acostumbrados a oír a Jesús hablar en parábolas, pudieron entender que al hablarles de la resurrección se refería a alguna otra cosa. Lo entenderán todo cuando reciban el Espíritu Santo. Y, no habiendo hallado en su lugar el sagrado cuerpo, *se volvieron otra vez los discípulos a su casa,* de donde habían salido para aquella visita. Juan regresó creyendo: cuanto a Pedro se volvió admirando entre sí lo que había sucedido: dudando aún de la resurrección del Señor, por no haber penetrado en el sentido de los viejos vaticinios ni en las profecías de Jesús a ello relativas, lleno de emoción, concebiría vehementes sospechas, ante lo que había visto, de



que no fué un hurto lo de la ausencia del cuerpo del Maestro, sino un hecho sobrenatural.

**Lecciones morales.** — A) v. 2. — *Y fué corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo...*—Pedro y Juan representan la autoridad y el amor, la fuerza del gobierno y la de la caridad. La Magdalena va a Pedro y Juan, en la congoja que de ella se ha apoderado a la vista del sepulcro abierto, a buscar dirección y sostén. Es una mujer amantísima del Señor, pero se reconoce incapaz de juzgar y resolver en el asunto gravísimo que sus mismos ojos han planteado a su espíritu. Por ello busca la luz del consejo y el amparo de la caridad. En nuestras dudas, sobre todo en lo que atañe a cosas de fe, acudamos a los oficios de los que son de ella custodios natos, y que por su jerarquía serán nuestros guías y con entrañas de amor sostendrán nuestro espíritu.

B) v. 4. — *Y corrían los dos a la par...* — Pedro y Juan representan místicamente la Sinagoga y la Iglesia, según San Gregorio. Juan es el símbolo de la Sinagoga; Pedro, de la Iglesia: se anticipa Juan, como se anticipó la Sinagoga en el culto legítimo de Dios; pero no entró Juan, y sí Pedro, porque la Sinagoga no creyó se hubiesen realizado en Jesús las profecías, y no creyó, no siendo admitida en el reino de Cristo: en cambio, la gentilidad creyó, y se formó con ella la Iglesia, simbolizada por Pedro, la que entró en el reino de la fe y de los misterios de Jesucristo. Más tarde, en los últimos tiempos, también la Sinagoga entrará a formar parte de la Iglesia, por la conversión de los judíos, como entró Juan tras Pedro. Entremos nosotros, íntimamente unidos a Pedro, cabeza visible de la Iglesia y Pastor supremo del rebaño de Jesús, en el sepulcro de Jesús, es decir, en el secreto de los misterios de nuestra fe y de nuestra vida sobrenatural: sólo así no erraremos el camino, y no seremos excluidos del reino de Jesucristo.

c) v. 8. — *Y vió, y creyó...* — Creyó Juan antes que Pedro: en lo que ve Teofilacto un símbolo de lo que ocurre en la vida cristiana. Juan, según él, representa las almas contemplativas; Pedro, las activas. Éstas, como Pedro, a veces por la acuidad mental o por el esfuerzo, penetran antes la verdad de los misterios de la fe, como Pedro entró antes que Juan en el sepulcro: pero las contemplativas, por su mayor docilidad y mayor unión con Dios, suelen recibir mayores ilustraciones e inclinarse más prontamente en el sentido de la fe. Por esto Juan salió del se-

pulcro creyendo en la resurrección: mientras Pedro, que antes que él se había dado cuenta de la situación del sepulcro, regresó a su casa agitado el espíritu por lo que acababa de ver. Recordemos que no basta nuestro personal esfuerzo para creer; pues la fe es don de Dios, que sólo se comunica a los dóciles de pensamiento y voluntad.

D) v. 9. — *Porque aun no entendían la Escritura...* — La Sagrada Escritura es como una carta de Dios dirigida a los hombres; pero los hombres no pueden interpretarla por sí solos: necesitan ser conducidos por la Iglesia, que es el intérprete nato y autorizado de las divinas Escrituras, para lo que tiene la luz y la asistencia del Espíritu Santo. Por esto dice Lc. 24, 45, que Jesús, antes de subir a los cielos, “abrió la inteligencia de sus Apóstoles para que comprendiesen las Escrituras”. No presumamos, pues, leer estas regaladísimas cartas de Dios sin el sentido de Dios y sin la unión con quienes tienen la autoridad de Dios para interpretarlas. Sería condenarnos a la ignorancia, quizás a groseros errores sobre su contenido. Éste es el secreto de las caídas de quienes interpretan las Escrituras fuera de la Iglesia católica.

E) v. 10. — *Y se volvieron otra vez los discípulos a su casa.* — Seguramente para meditar en la soledad los grandes misterios que se acababan de realizar y de los que han sido testigos. Son Pedro y Juan. Pedro, el Jefe de la Iglesia, cuyo corazón sangra todavía del dolor de las negaciones. Juan, el amado de Jesús, el gran teólogo que ha bebido en el pecho del Señor y en sus conversaciones íntimas con Él las profundas cosas de Dios. Son la autoridad y la doctrina. No podía la Iglesia tener mejores cimientos que el testimonio de estos hombres que convivieron con Jesús, que siguieron todas las vicisitudes de su vida pública y de su muerte y de su resurrección, cuyas manos, al decir de uno de los dos, palparon las cosas del Verbo de la vida (I Ioh. 1, 1). Los que tenemos misión de autoridad o de doctrina, no sólo en el orden ministerial, sino por ley de naturaleza o de estado, deberíamos entrar dentro de la casa de nuestro espíritu para madurar en él las cosas de Dios, y adquirir aquella convicción, serenidad y seguridad que darán mayor prestigio a nuestro cargo y mayor eficacia a nuestras funciones.

**227. — JESÚS APARECE A LA MAGDALENA**

IOH. 20, 11-18

(Mc. 16, 9-11)

**Evangello de la Misa del Jueves después del domingo de Pascua**

<sup>11</sup> Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Y estando así llorando, se abajó, y miró hacia el sepulcro: <sup>12</sup> y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera, y otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús.

<sup>13</sup> Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Díceles: Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto.

<sup>14</sup> Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vió a Jesús, que estaba en pie: mas no sabía que era Jesús. <sup>15</sup> Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado de aquí, dime en dónde lo has puesto: y yo lo llevaré. <sup>16</sup> Jesús le dice: María. <sup>17</sup> *Y apareció primero a María Magdalena, de la cual había echado siete demonios.* Vuelta ella, le dice: Rabboni (que quiere decir "Maestro"). <sup>18</sup> Jesús le dice: No me toques, porque aun no he subido a mi Padre: mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre, y vuestro Padre; a mi Dios, y vuestro Dios. <sup>19</sup> Vino María Magdalena dando la nueva a los discípulos: Que he visto al Señor, y esto me ha dicho. <sup>20</sup> *Mas ellos, que estaban afligidos y llorando, cuando oyeron que estaba vivo, y que ella le había visto, no lo creyeron.*

**Explicación.** — Había la Magdalena dejado la compañía de las otras piadosas mujeres para avisar a Pedro y Juan que estaba el sepulcro abierto. Cuando los dos Apóstoles salieron precipitadamente para hacerse cargo de lo ocurrido, con ellos, o en pos de ellos, salió otra vez hacia el sepulcro María de Magdala. Parece deducirse del v. 11 que al salir Pedro y Juan del sepulcro estaba ya ella fuera del mismo llorando, dejándola así los dos Apóstoles al regresar a sus casas. Es entonces cuando tiene lugar este episodio, que Marcos no hace más que insinuar, y del que hace Juan una viva descrip-

ción, en la que aparece la Magdalena tratando con el ángel (11-13) y con Jesús (14-18)

LA MAGDALENA Y EL ÁNGEL. (11-13). — Dando una prueba más de amor y constancia inquebrantables, estaba la Magdalena como pegada al lugar donde estuvo el Maestro amado, llorando a lágrima viva: *Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro*. Lloraba, no sólo por la muerte del Señor, sino porque suponía había sido hurtado su cuerpo sagrado. *Y estando así llorando, se abajó, y miró hacia el sepulcro*, como lo había hecho Juan: sabía ella que estaba el sepulcro vacío; pero se complace el amor en mirar y remirar los lugares y pertenencias del amado, para que sea más viva la evocación de su recuerdo.

Premio de su tenacidad y constancia fué la visión, que no habían tenido Pedro y Juan: *Y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera, y otro a los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús*: serían quizás los mismos que habían visto antes sus compañeras (Cf. Mt. 28, 5; Mc. 16, 5; Lc. 24, 4): la blancura del vestido de los ángeles es ya presagio de alegría y de triunfo. Tratan de consolar a la santa mujer los ángeles: *Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras?* Ella, preocupada por el recuerdo del Señor y porque le cree robado, sin muestras de turbación o espanto por la visión, *díceles, serenamente: Porque se han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto*: le llama amorosamente "mi Señor": busca su cuerpo para hallar algún consuelo en los últimos obsequios que quiere prestarle.

LA MAGDALENA Y JESÚS (14-18). — La ansiedad hacía que estuviera inquieta la Magdalena, ora mirando dentro, ora fuera, del sepulcro: o quizás por el mismo aspecto de los ángeles, o porque oyera tras sí algún ruido, volvióse: es entonces que ve a Jesús: *Y cuando esto hubo dicho, se volvió a mirar atrás, y vió a Jesús, que estaba en pie*. Sea que Jesús se le apareciera en forma distinta de la ordinaria, como a los discípulos de Emaús (Cf. Mc. 16, 12), o que alterara Dios su facultad visiva para que no conociese al Señor, como no

le conocieron los Apóstoles que pescaban en Genesaret (Cf. Joh. 21, 4), la Magdalena no se dió cuenta de que fuese Jesús el varón que tras ella estaba en pie: *Mas no sabía que era Jesús.*

Como los ángeles, *Jesús le dice*, blandamente, para consolarla: *Mujer, ¿por qué lloras?* Y, como deseoso de saber de los mismos labios de la devota mujer con qué ansias le buscaba, añade: *¿A quién buscas?* Ella, creyendo que era el hortelano, no por su aspecto, sino porque no podía atinar quién pudiese a aquellas horas de la mañana estar en el huerto más que el jardinero, *le dijo*, muy urbanamente: *Señor...* Pudo así llamarle, como señor que le suponía del huerto, o porque quería hacérselo propicio: quizás porque había adivinado algo extraordinario en Él. Y añade estas palabras, en las que vieron siempre los exégetas la expresión del sumo amor y de la suma audacia que de él nace: *Si tú lo has llevado de aquí, dime en dónde lo has puesto: y yo lo llevaré.* Párecese a la Magdalena, como sucede a los amantes, que todo el mundo piensa lo que ella y como ella, que basta insinúe su pensamiento para que el hortelano la entienda: ruega con vehemencia al presunto jardinero le indique el lugar donde puso el cuerpo hurtado, haciendo ya de una hipótesis un hecho cierto: y se cree con fuerzas para llevar el peso de un hombre muerto.

Plácele a Jesús tanta demostración de amor apasionado y vehemente, y le da amplia recompensa, manifestándosele: *Jesús le dice: María:* en la voz, en su inflexión particular, en el amor que revela el llamarla con su nombre, conoce la Magdalena al Maestro. Ella, de la que Jesús había echado siete demonios, es la primera, según los Evangelios, en recibir la visita del Señor: *Y apareció primero a María Magdalena, de la cual habla echado siete demonios.*

En la agitación de su alma, antes de que la nombrara el Señor por su nombre, habíase vuelto la Magdalena otra vez hacia el sepulcro, buscando algún vestigio de Jesús. Al oír la dulce y conocida voz, *vuelta ella hacia Jesús, le dice: Rabboni* (que quiere decir "Maestro"), al igual que Rabbi, aunque es apelativo de mayor respeto: escribe Juan para quienes

ignoraban el aramaico; por ello interpreta esta palabra. *Jesús le dice: No me toques, porque aun no he subido a mi Padre.* Tocar, aquí, no es el simple contacto, sino un estrecho y prolongado abrazo, como significa el griego. Y en este sentido pueden darse dos interpretaciones principales, entre las muchas propuestas, a las palabras de Jesús: No me retengas con este abrazo, porque tiempo habrá para ello, por cuanto no subo todavía al Padre, sino el día de mi ascensión. O bien: No me abrases indefinidamente, como si ya fuese el tiempo de mi vuelta para llevaros conmigo: ahora, suéltame. Por lo demás, bien podía consentirle a María abrazarle los pies cuando lo había consentido a las demás mujeres (Cf. Mt. 28, 9).

Después de consentirle Jesús a la Magdalena esta expansión de su amor, la encarga lleve la fausta nueva a los discípulos: *Mas ve a mis hermanos*, palabra de dulce cariño, con que querrá alentarles después de su defección, y *diles: Subo a mi Padre, y vuestro Padre; a mi Dios, y vuestro Dios*: diles que vivo, pero no como antes, para morir, sino para subir al cielo y morar con mi Padre según la naturaleza, que es vuestro Padre por la gracia. Cumplió María su misión: *Vino María Magdalena dando la nueva a los discípulos: Que he visto al Señor, y esto me ha dicho. Mas ellos, que estaban afligidos y llorando, cuando oyeron que estaba vivo, y que ella le había visto, no lo creyeron.* Creyólo Juan (v. 8); dudó y se agitó Pedro en su interior (Lc. 24, 12): será aún preciso que se manifieste de nuevo el Maestro para que se haga en el espíritu de los discípulos la luz de la fe.

**Lecciones morales.** — A) v. 11. — *María estaba fuera llorando junto al sepulcro.* — Aquellos ojos que inútilmente habían buscado al Señor, dice San Agustín, derraman ahora abundantes lágrimas, doliéndose más de que hubiese sido quitado del sepulcro que su misma muerte, porque de aquel Maestro tan amado a quien habían quitado la vida, ahora ni siquiera queda vestigio ni memoria visible. Es el símbolo de lo que nosotros debemos hacer cuando perdamos a Dios: llorar más, a medida que más lo perdamos, por la infidelidad de nuestro pensamiento o de nuestra vida. Por desgracia, no suele ser así: porque a

medida que perdemos a Dios, dejamos que se enfríe el amor a Dios; se endurece el corazón, y no sentimos la pérdida, porque no se llora lo que no se ama. Si tenemos la debilidad o la desgracia de apartarnos un momento de Dios, no perdamos nuestro contacto espiritual con él: pensemos en él, duélanos haberle perdido, busquémosle con afán, con mayor afán cuanto más distemos de él: y le hallaremos, como le halló la Magdalena.

B) v. 13. — *Se han llevado de aquí a mi Señor...* — Lloraba amargamente la Magdalena porque creía se habían llevado el cuerpo de su Señor: y no lloramos nosotros aunque veamos que en realidad ha desaparecido el Señor Jesús del alma de nuestro pueblo. La impiedad, las perversas costumbres, las malas doctrinas, han arrancado la fe y el amor de Jesús de nuestra sociedad: lo vemos y lo palpamos: pero pocos son los que sienten en su alma la pena de tamaña desgracia para el mundo. Sintamos por ello vivo dolor, y pongamos de nuestra parte cuanto remedio podamos, buscando la manera de hacer revivir en el pensamiento y en el corazón de nuestros hermanos la vida de Jesús, con la palabra, con la propaganda, con el ejemplo.

C) v. 14. — *Y vió a Jesús, que estaba en pie...* — No le había visto antes, dice el Crisóstomo, porque, dudando de la resurrección, se había vuelto de espaldas a Jesús: le vió cuando se volvió a Jesús resucitado. Es que para que nos iluminen las verdades de la fe, es preciso que nos volvamos de cara a Jesús, porque, como dice Bossuet, nuestra alma sólo está iluminada por la parte por donde mira a Jesús. El profeta le pedía a Dios que hiciese brillar su Cara divina sobre él (Ps. 118, 135); así debemos pedirselo nosotros, para quedar inundados en la luz divina, sin que quede en nosotros un punto obscuro por donde podamos dejar de ver a Jesús.

D) v. 15. — *Dime en dónde lo has puesto: y yo lo llevaré.* — Una característica del amor es pensar que todo el mundo piensa del amado como nosotros, dice San Gregorio. Sin nombrar a Jesús, ni referirse al sepulcro, tratando con un desconocido, la Magdalena le habla como si tuviera el hortelano sus mismos sentimientos y congojas. Tengamos el santo enamoramiento de Jesús, particularmente los que tenemos misión de darlo a conocer y hacerlo amar de los hombres; y hablemos de Él oportuna e importunamente, de su doctrina, de su historia, de su obra. Que el mundo comprenda que tenemos una gran preocupación sobre Jesús y sus cosas, que ello solo será acción fecunda de apostolado. También el pueblo tiene a Jesús en el fondo de su

alma, y no es difícil llegarnos a este fondo para hacerla vibrar y sentir con nosotros sobre Jesús.

E) v. 16. — *Jesús le dice: María.* — El nombre es representativo de la persona. Jesús conoce a la Magdalena por su nombre, y con él la llama; y ella a su vez, al ser llamada por el hortelano, conoce en él a Jesús. La inflexión de la voz, la intención que ponemos al emitirla, el énfasis dan a la palabra del hombre una vida especial, como un timbre que nos da a conocer el alma de quien nos habla. María cae por ello en la cuenta de quién es el interlocutor, y le responde: "Maestro mío." A través de dos palabras se han compenetrado el Señor y su discípula. Es el amor el que ha obrado la maravilla. Si nosotros tenemos el pecho lleno del amor de Cristo, si sabemos provocar en nuestros administrados el amor santo a nosotros, representantes de Cristo, fácilmente nos adentraremos nosotros en su alma, y ellos podrán adentrarse en la nuestra. Esta compenetración es el secreto del éxito de la predicación y en general de todos los ministerios.

F) v. 17. — *No me toques, porque aun no he subido a mi Padre...* — Quería la Magdalena, dice el Crisóstomo, tratar a Cristo como lo hiciera antes de la pasión, y el gozo la impidió ver que la carne de Jesús se había dignificado resucitando: por esto le dice: "No me toques", como quiso también que sus discípulos le trataran con mayor reverencia que antes de morir. Es la suma reverencia con que nosotros debemos tratarle. Cier to que ha querido condescender con nosotros hasta hacerse una misma cosa con nosotros: pero ahora está ya en "su" gloria, y nosotros somos pobres viadores. Día vendrá, si lo merecemos, en que podremos anegarnos en la visión, en el contacto, en el gozo de Jesús, siendo, como él, resucitados y gloriosos.

## 228. — APARICIÓN DE JESÚS A LAS PIADOSAS MUJERES: LOS SOLDADOS ROMANOS Y LOS SINEDRISTAS: Mr. 28, 8-15

\* Y salieron al punto del sepulcro con miedo y con gozo grande, y fueron corriendo a dar la nueva a sus discípulos.  
 \* Y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: Dios os guarde. Y ellas se llegaron a él, y abrazándole sus pies, le ado-



raron.<sup>10</sup> Entonces les dijo Jesús: No temáis. Id, dad la nueva a mis hermanos para que vayan a la Galilea, allí me verán.

<sup>11</sup> Y mientras ellas iban, he aquí que algunos de los guardias fueron a la ciudad, y dieron aviso a los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado.<sup>12</sup> Y habiéndose juntado con los ancianos, y tomado consejo, dieron una grande suma de dinero a los soldados,<sup>13</sup> diciendo: Decid: "Vinieron de noche sus discípulos, y lo hurtaron mientras que nosotros estábamos durmiendo."<sup>14</sup> Y si llegare esto a oídos del presidente, nosotros se lo haremos creer, y miraremos por vuestra seguridad.<sup>15</sup> Y ellos, tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruidos. Y esta voz, que se divulgó entre los judíos, dura hasta hoy día.

**Explicación.**— Los dos últimos números contienen los episodios que ocurrieron mientras regresaban las piadosas mujeres a Jerusalén, y que refiere minuciosamente el cuarto Evangelista. Se reasume, pues, en el presente lo relativo a la visita de aquellas mujeres, que fueron favorecidas con la segunda de las apariciones del Señor, y que se narra en el número 225. Mientras Pedro y Juan visitaban el sepulcro, y la Magdalena gozaba de la presencia del Señor. junto al mismo, sus compañeras, a las que había dejado en el viaje de ida, veían a su vez a Jesús resucitado. Es lo que aquí se narra (8-10); siguiendo lo ocurrido entre los soldados romanos y los sinedristas (11-15).

APARECE JESÚS A LAS SANTAS MUJERES (8-10). — El primer Evangelista no había dicho que las santas mujeres hubiesen entrado en el sepulcro, pero sí Marcos y Lucas (16, 5; 24, 3). Ahora dice que salieron: luego habían entrado, en lo que aparece la concordancia de los sinópticos: *Y salieron al punto del sepulcro con miedo y con gozo grande*, por lo que los ángeles acababan de decirles (vv. 5-7), y *fueron corriendo a dar la nueva a sus discípulos*.

Mayor impresión que la que en el sepulcro recibieron les aguarda a su regreso: es la súbita aparición de Jesús, premio de su fidelidad y constancia: *Y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: Dios os guarde*: es palabra de consue-

lo, de gracia, que produce en el alma de las mujeres lo que significa. Las mujeres no titubean un momento: han conocido inmediatamente al Señor, como lo hará más tarde Juan: le ven con sus ojos, le creen resucitado y se arrojan a sus pies, asiéndoselos en santo abrazo, señal de su amor y de su veneración: *Y ellas se llegaron a él, y abragándole sus pies, le adoraron.* Creen algunos intérpretes que no fué esta aparición en este su primer regreso del sepulcro, por compagiarse difícilmente el hecho de esta visión con el silencio de las favorecidas por ella (Cf. Mc. 16, 8): pero tampoco narraron de momento lo que les ocurrió con los ángeles, efecto del miedo que todo ello les produjo, aunque mezclado de santo gozo.

Al premio de su aparición añade Jesús el honor que hace a aquellas mujeres de constituir las heraldos de su resurrección: *Entonces les dijo Jesús: No temáis. Id, dad la nueva a mis hermanos para que vayan a la Galilea, allí me verán.* palabras llenas de paz para las mujeres, de dulce familiaridad para los discípulos, a quienes llama Jesús hermanos a pesar de su defección, y de gozo para todos, por el anuncio de la próxima aparición en la Galilea. En verdad que si la primera mujer fué heraldo y causa de ruina y tristeza, Jesús la rehabilita, haciéndola mensajera de la nueva vida que va a vivir el mundo.

LOS SOLDADOS ROMANOS Y LOS SINEDRISTAS (8, 15). — El terremoto y la aparición del ángel dejaron a los guardias del sepulcro aterrados y como muertos (Mt. 28, 4). Tan luego volvieron en sí, y cuando habían ya las mujeres dejado el lugar del sepulcro; algunos de los guardias que prestaban sus oficios cuando el terremoto y la visión, vinieron a la ciudad a contar a los príncipes de los sacerdotes lo ocurrido: *Y mientras ellas iban, he aquí que algunos de los guardias fueron a la ciudad, y dieron aviso a los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado.* Van a los príncipes de los sacerdotes, y no al Presidente, porque con aquéllos se habían entendido para custodiar la tumba del Señor.

En el recelo en que estaban los sinedristas de que pudie-

se Jesús resucitar, es fácil coleccionar la impresión en ellos producida por el anuncio de los soldados, de cuyo testimonio unánime y presencial no podían dudar. Ahora se añade nuevo motivo de congoja: si el hecho se divulga, se agigantará el prestigio de Jesús, al par que ellos podrán ser víctimas de las iras del pueblo. Por ello, dando prueba de una perversidad sin límites, se reunieron en consejo, no ya para comprar la sangre de Jesús, sino para ahogar el testimonio que acaba de dar de su divina misión: *Y habiéndose juntado con los ancianos, y tomado consejo, dieron una grande suma de dinero a los soldados, cuanto fué necesario para comprar su silencio, diciendo: Decid: "Vinieron de noche sus discípulos, y lo hurtaron mientras que nosotros estábamos durmiendo."* Crimen vergonzoso para el Tribunal supremo de la nación pactar con unos pobres legionarios e inducirlos a la torpe mentira: crimen aun más abominable rechazar, ciegos, la nueva prueba que les daba Jesús de su divinidad: crimen torpe, como suelen serlo los perpetrados en plena ceguera pasional, porque deberán ser inútiles todos sus esfuerzos para anular la verdad de lo sucedido.

Podían los soldados resistirse al soborno por el peligro de ser descubiertos y delatados al Presidente: los sinedristas deshacen el reparo, con la promesa de que les ampararán con su autoridad: *Y si llegare esto a oídos del presidente, nosotros, que tanto valimiento tenemos ante él, que os hemos confiado la custodia del sepulcro, que somos los más interesados en este negocio, se lo haremos creer, y miraremos por vuestra seguridad.* Ante tales promesas, quedaron los soldados cautivos de su avaricia: no era ello cosa rara, cuando nada hay peor que un avaro (Eccli. 10, 9), y uno de los Apóstoles de Jesús lo fué; tanto más cuanto era cosa corriente en aquellos tiempos que los mismos nobles romanos se dejaban corromper por el dinero: *Y ellos, tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruidos, cumpliendo el pacto por lo que a ellos tocaba.* Cuando Mateo compuso su Evangelio, del cual es peculiar este relato, todavía era corriente la falsa voz de que los discípulos habían robado el cuerpo del Señor, durmiendo los centinelas: *Y esta voz, que*

*se divulgó entre los judíos, dura hasta hoy día.* Todavía San Justino y Tertuliano se harán eco de ella en los siglos II y III (JUST.: *Dial. c. Triph.*, 17, 108; TERTULL.: *Adv. Marc.*, 3, 23).

**Lecciones morales.** — A) v. 8. — *Salieron... con miedo y con gozo grande...* — Miedo de la grandeza del portento, que siempre la presencia del sobrenatural, aunque sea por un motivo fausto, aturde a la pobre criatura, que se ve cara a cara ante el inmenso poder de Dios. Gozo por el deseo de ver al Señor resucitado. Miedo y gozo son dos sentimientos que las obligan a acelerar el paso. Como premio a sus sentimientos y a su diligencia, el Señor se les aparece por el camino. Es lección de lo que puede el santo entusiasmo por las cosas y misterios de nuestra religión cuando está bien dirigido. Es él acicate para todas las facultades de nuestro espíritu, nos hace diligentes en el servicio de Dios, añade más luz y hace como palpable aquello que ya creemos, y enciende en santos hervores nuestro corazón. Es, al mismo tiempo, fácilmente comunicativo a los demás y un medio de proselitismo y de intensificación de la vida religiosa.

B) v. 9. — *Jesús les salió al encuentro, diciendo: Dios os guarde.* — Las palabras de Jesús son palabras de paz y gracia, y hacen lo que significan. Por esto las santas mujeres, acongojadas por el miedo y el gozo de la visión de los ángeles, recobran el sosiego espiritual, ven claramente al Señor resucitado y se arrojan a sus pies, donde hallan la fijeza del dulce abrazo que él les consiente. En las horas de tormenta del alma, tan frecuentes en la vida, pidamos a Jesús que pronuncie sobre nosotros la dulce palabra: "Dios os guarde." Y Dios nos guardará, es decir, nos dará la tranquilidad de la paz y la seguridad del reposo. Si Dios no guarda nuestra alma, inútil será toda custodia: pero Dios la guardará si tiene Jesús para nosotros la palabra de gracia y caridad. Dios siempre oye a Jesús.

C) v. 9. — *Y abrazándole sus pies, le adoraron.* — Abrazáronle los pies en señal de amor y de humildad, y para recibir de Jesús la seguridad de su resurrección, por el contacto de su carne viva y benditísima. Así se disponían a ser las mensajeras de la verdad, que por sí misma habían visto y palpado. Le abrazaron como hombre, que quiso tener con ellas esta condescendencia: y le adoraron como Dios, porque en la vida de aquella carne pudieron conocer el poder infinito de quien la hizo revi-

vir. Así debemos nosotros tratar a Jesús: con amor y con humildad, y él, a través de su forma de hombre, se nos dará a conocer en su forma de Dios: y por los misterios de su humanidad santísima seremos conducidos al conocimiento de las inescrutables riquezas de la divinidad de Jesús.

D) v. 12. — *Dieron una grande suma de dinero a los soldados...* — El dinero que se guardaba en el tesoro del Templo para el culto de Dios, lo dan los príncipes de los sacerdotes a los soldados para represar la verdad de Dios. ¿Cómo debían detenerse en hacer lo menos quienes habían hecho lo más? ¿No eran ellos, acaso, los que del tesoro habían sacado los treinta dineros que dieron a Judas como precio de compra de la vida de Jesús? Atendamos la fuerza del dinero para el mal, como la tiene para el bien: el dinero es el factor de la muerte de Jesús, como lo es del soborno de los soldados para que nada digan de la resurrección de Jesús. ¿Cuántas veces, en la historia del cristianismo, se ha reproducido el hecho repugnante de comprar o vender la verdad por un puñado de dinero miserable? Hoy mismo, y por el mismo dinero judío, ¿no se compra la desmoralización del pueblo cristiano por el espectáculo, por la literatura pornográfica, por la difusión de modas indecentes? ¿No es el oro el factor poderosísimo de la relajación de los vínculos sociales, de la irreligión, de la decadencia de la autoridad y de la familia? No nos dejemos llevar de esta corriente del dinero que destruye, sino engrosemos cuanto podamos la del dinero que se pone al servicio de la verdad y del bien.

E) v. 14. — *Y si llegare esto a oídos del presidente...* — Queda así consumada la epopeya de iniquidad, si así puede llamarse, de los primates de Israel. Han hecho prevaricar al juez; han soliviantado a las turbas, echándolas por el derrumbadero del crimen; han matado al Justo; ahora sobornan a los soldados; si Pilatos advierte la mentira, están dispuestos a amparar a aquellos miserables guardias que, en el ejercicio de una función pública, han faltado a su deber, recibiendo dinero. En verdad que aquí se ha realizado la palabra de Jesús: "Si tu ojo es malo, todo tu cuerpo andará en tinieblas" (Mt. 6, 23). Cuando la pasión se ha apoderado del corazón humano, no se para en un crimen; comete cuantos son precisos para quedar satisfecha.

F) v. 15. — *Y esta voz... dura hasta hoy día.* — Mira lo que dura el mal, una vez perpetrado: después de más de dos siglos que habían los sinedristas comprado por dinero una mentira, aun rodaba la mentira por el mundo, hasta el punto que apolo-

gistas como San Justino y Tertuliano debían defender la verdad contra esta mentira. ¡Calumnia, que algo queda!, dicen que decía Voltaire: queda más quizás del mal que del bien, por la naturaleza corrompida del hombre, más amador de la mentira y del mal que del bien y de la verdad: queda más, porque suele la mentira arraigar más en las turbas, que carecen de instrucción y de sentido crítico: queda más, porque casi siempre halla la mentira, como el mal, más colaboradores, y en ellos más astucia, y diligencia que en los del bien.

## 229. — APARICIÓN DE JESÚS A DOS DISCÍPULOS EN EL CAMINO DE EMAÚS: Lc. 24, 13-35

(Mc. 16, 12.13)

### **Evangelio del lunes de la semana de Pascua de Resurrección**

<sup>13</sup> Y <sup>mc</sup> *después de esto*, dos de ellos, aquel mismo día, iban a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jersusalén sesenta estadios. <sup>14</sup> Y ellos conversaban entre sí de todas estas cosas que habían acaecido. <sup>15</sup> Mientras hablaban y conferenciaban recíprocamente, se llegó a ellos el mismo Jesús, <sup>mc</sup> *en otra forma*, y caminaba en su compañía. <sup>16</sup> Mas los ojos de ellos estaban cerrados, para que no le conociesen.

<sup>17</sup> Y les dijo: ¿Qué pláticas son esas que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes? <sup>18</sup> Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú solo eres forastero en Jersusalén, y no sabes lo que allí ha pasado estos días? <sup>19</sup> Él les dijo: ¿Qué cosa? Y respondieron: De Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo: <sup>20</sup> y cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes para que fuese condenado a muerte, y lo crucificaron. <sup>21</sup> Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel: y ahora, sobre todo esto, es hoy el tercer día que han acontecido estas cosas. <sup>22</sup> Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro. <sup>23</sup> Y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que él vive. <sup>24</sup> Y algunos de

los nuestros fueron al sepulcro: y lo hallaron así como las mujeres dijeron, pero a él no lo hallaron. <sup>20</sup> Y Jesús les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón, para creer todo lo que los profetas han dicho! <sup>21</sup> Pues, qué, ¿no fué menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria? <sup>22</sup> Y comenzando por Moisés, y siguiendo por todos los profetas, fuéles interpretando todas las Escrituras que hablaban de él.

<sup>23</sup> Y se acercaron al castilló adonde iban: y él dió muestras de ir más lejos. <sup>24</sup> Mas lo detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y va ya de caída el día. Y entró con ellos. <sup>25</sup> Y estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, y lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo daba. <sup>26</sup> Y se les abrieron los ojos, y lo conocieron; y él entonces desapareció de su vista.

<sup>27</sup> Y dijeron uno a otro: ¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras? <sup>28</sup> Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén: y hallaron congregados a los once, y a los que estaban con ellos, <sup>29</sup> que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido a Simón. <sup>30</sup> Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino: y cómo le habían conocido al partir el pan, <sup>31</sup> *tampoco los creyeron.*

**Explicación.**— Son Lucas y Marcos los que refieren esta aparición, aunque éste último casi no hace más que apuntar el hecho: en cambio, Lucas lo refiere con todo detalle y en forma de extraordinaria viveza, cual si el mismo Evangelista hubiese intervenido. Distinguimos en la narración una introducción (13-16); la plática de los discípulos con Jesús (17-27); el reconocimiento de Jesús por los discípulos (28-31); y el retorno a la ciudad (32-35).

INTRODUCCIÓN (13-16). — *Y después de esto*, de la aparición a María Magdalena y demás mujeres, *dos de ellos*, de los discípulos que con los Apóstoles se hallaban congregados la mañana de la resurrección cuando regresaron las mujeres del sepulcro (Cf. v. 9), *aquel mismo día, iban a una aldea llamada Emaús*: fueron a Emaús, según puede colegirse de los versículos 23 y 24, después que María Magdalena y Pedro y Juan habían vuelto del sepulcro, hallándolo vacío, y

antes que por segunda vez regresaran la Magdalena y las demás mujeres, habiéndoseles ya aparecido el Señor. Sobre el emplazamiento de Emaús, *que distaba de Jerusalén sesenta estadios*, hay varias opiniones: la más probable es la que identifica aquel lugar con la actual El-Kubebeh, al noroeste de Jerusalén y a unos doce kilómetros de la ciudad. Es, según la tradición, patria de San Cleofás, uno de los dos discípulos, y de su hijo San Simeón, segundo obispo de Jerusalén.

Platicaban los dos discípulos por el camino, y *ellos conversaban entre sí de todas estas cosas que habían acaecido*: tratando seguramente (Cf. v. 19) de conciliar los hechos extraordinarios en la apariencia contradictorios de que habían sido testigos; el poder de Jesús, a quien tenían por Mesías, y su muerte ignominiosa; su enterramiento y maravillosa desaparición; las frustradas esperanzas de un reino mesiánico, etc., cuando se les apareció el Señor: *Mientras hablaban y conferenciaban recíprocamente, se llegó a ellos el mismo Jesús, en otra forma o aspecto distinto del ordinario, como caminante que hacía la misma ruta con ellos: y caminaba en su compañía*. Sea que adoptara Jesús distinta fisonomía, o que, como glorificado que era, no quisiese ser visto en la suya ordinaria, lo cierto es que los dos discípulos no le conocieron: *Mas los ojos de ellos estaban cerrados, para que no le conociesen*.

PLÁTICA DE LOS DISCÍPULOS CON JESÚS (17-27). — Como un caminante que estando para alcanzar a otros ha podido sorprender algo de la conversación antes de juntárseles, les interroga Jesús sobre ella: *Y les dijo: ¿Qué pláticas son esas que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes?* Por los motivos indicados, la tristeza se reflejaba en su rostro. *Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás...* No consta quién fuese este discípulo: debe desecharse la opinión de que fuese el hermano de San José, llamado Cleofás, que con su hijo Santiago el Menor hiciese este camino: algunos han pretendido que fuese el mismo Evangelista San Lucas, que con tanto detalle narra el episodio, y que se ocul-



tara bajo este seudónimo. Fuese así, o Simón, o Natanael, como le llaman otros intérpretes, el discípulo *le dijo*: *¿Tú solo eres forastero en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha pasado estos días? ¿Vienes de la ciudad, y no sabes los hechos extraordinarios allí ocurridos? Él les dijo: ¿Qué cosa? Y respondieron: De Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo: y cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes para que fuese condenado a muerte, y lo crucificaron.*

Contada sucintamente la historia de Jesús y de aquellos terribles días, pasan los caminantes a manifestar al desconocido la decepción que todo ello les ha llevado: *Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel: y ahora, sobre todo esto, es decir, sobre no haber obrado la redención de nuestro pueblo, su liberación del yugo romano. es hoy el tercer día que han acontecido estas cosas: por lo mismo, nuestras esperanzas han quedado totalmente frustradas. No sólo no ha venido la redención esperada, pero ni siquiera su cuerpo se halla ya en el sepulcro: Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han espantado, fenómeno que suele acompañar las manifestaciones sobrenaturales, las cuales antes de amanecer fueron al sepulcro. Y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que él vive. Pero este testimonio de las mujeres ha quedado desmentido por el de otros discípulos: Y algunos de los nuestros, Pedro y Juan, fueron al sepulcro: y lo hallaron así como las mujeres dijeron, pero a él no lo hallaron.*

Habían los discípulos desahogado su espíritu, manifestando los gravísimos defectos en que habían caído en lo tocante al Mesías: sólo habían atendido a las predicciones gloriosas, no a las humillaciones por las que, según las Escrituras, debía pasar el Enviado de Dios: por ello les reprende el Maestro: *Y Jesús les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón, torpes y perezosos de entendimiento, para creer todo lo que los profetas han dicho! Creíais que todo debía ser fausto y esplendoroso en la vida del Mesías; Pues, qué, ¿no fué me-*

*nester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria, es decir, en su estado actual glorificado, después de las gloriosas manifestaciones que obró el Padre en su favor en su misma pasión y muerte? Y como antes de morir hizo para con sus discípulos, lleno de caridad, el oficio de Maestro, así lo hace ahora, siendo ya glorioso: Y comensando por Moisés, y siguiendo por todos los profetas, fuéles interpretando todas las Escrituras que hablaban de él. Es de creer que las explicaciones que en los Evangelios y epístolas se dan de los antiguos vaticinios, provienen del magisterio de Jesús, a más de lo que pudo sugerirles el Espíritu Santo (Cf. Ioh. 14, 26).*

LOS DISCÍPULOS RECONOCEN A JESÚS (28-31). — Entretenidos en estas pláticas, que llenarían de luz y suavidad los espíritus de los discípulos (Cf. v. 32), llegaron los caminantes a la aldea de Emaús: *Y se acercaron al castillo adonde iban. Jesús hizo ademán de seguir su camino, y seguramente lo hubiese seguido de no invitarle con insistencia sus interlocutores: así los probó, a fin de que le demostrasen su caridad y el gusto con que le habían oído, para de este modo premiárselo largamente: Y él dió muestras de ir más lejos. Mas lo detuvieron por fuerza, reiterando amablemente su invitación, diciendo: Quédate con nosotros. La razón es que va a atardecer: porque se hace tarde, y va ya de calda el día. El P. Knabenbauer, que identifica Emaús con Amwás o Ammaus, la antigua Nicópolis, situada a unos treinta kilómetros al oeste de Jerusalén, cree que el día declinaba para los judíos después que el sol había pasado el meridiano, siendo aún distante el ocaso: aun así, no se ve cómo los discípulos hubiesen podido pernoctar aquella misma noche en Jerusalén (v. 33).*

Aceptó Jesús la invitación amable: *Y entró con ellos, no dice el Evangelio si en su casa o en una hospedería. Y estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, y lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo daba. Ya no se porta aquí Jesús como un convidado, sino como solía el padre de familias, que presidía la mesa y bendecía los manjares. ¿Consagró Je-*

sús el pan y les dió a los dos discípulos a comer la Santísima Eucaristía? Créenlo muchos intérpretes, aunque predomina quizás la opinión contraria: tal vez ni siquiera llegaron a comer, en vista de lo ocurrido (Cf. v. 33): no habiendo comido con Jesús la última Cena, tampoco conocerían el augusto misterio. Pero es lo cierto que en el gesto de Jesús y en la forma con que bendijo el pan, ayudados de la gracia de Dios que les abrió los ojos, conocieron inmediatamente a Jesús: *Y se les abrieron los ojos, y lo conocieron*: es probable que Jesús, en su convivencia con los discípulos, acostumbrase presidir la mesa y bendecirla en la forma en que ahora lo hace. *Y él entonces desapareció de su vista*: es cualidad de los cuerpos glorificados ser visibles o no, serlo en una u otra forma, entrar o salir a placer de un lugar, aunque esté cerrado.

REGRESAN LOS DISCÍPULOS A LA CIUDAD (32-35). — Llenos de pasmo y consuelo quedarían los dos discípulos al desaparecer de su presencia el Señor. Es entonces cuando se dan cuenta de la emoción y santo entusiasmo que en ellos había producido la palabra de Jesús: así se lo manifestarían mutuamente: *Y dijeron uno a otro: ¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?* ¿Por qué no le conocíamos ya entonces?

Los acontecimientos faustos se comunican luego a los amigos: *Y levantándose en la misma hora, inmediatamente, volvieron a Jerusalén*, donde habían dejado a los Apóstoles y discípulos sumidos en la tristeza y llanto (Cf. Mc. 16, 10), sin temor a la fatiga ni a la noche. *Y hallaron congregados a los once, y a los que estaban con ellos*, no ya sumidos en el desconsuelo, sino ciertos del hecho de la resurrección, por haberlo referido las santas mujeres, y principalmente porque se había aparecido al Príncipe de los Apóstoles, Pedro: *Que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido a Simón*. El Apóstol que había negado a Jesús por tres veces, es el primero en recibir la visita de Jesús, de entre los Apóstoles: así lo afirma San Pablo (Cf. 1 Cor. 15, 5):

de esta manera demostraba el Señor su benignidad y misericordia, consolando al Apóstol y confirmandole en su cualidad de cabeza del Colegio apostólico. Al testimonio de las santas mujeres y de Pedro, que nadie podía rehusar, añadieron el suyo los discípulos de Emaús: *Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino: y cómo le habían conocido al partir el pan*, en el momento o en la forma de hacerlo.

Marcos termina el relato en forma aparentemente contradictoria: *Y tampoco los creyeron*. Se armoniza esta afirmación con lo del versículo 34 de Lucas, en que se afirma la convicción que de la resurrección tenían los discípulos, considerando el estado psicológico de todos los que no habían visto al Señor aquel día: las noticias que les llegaban por distintos conductos eran distintas, inverosímiles por lo extraordinarias, hasta contradictorias en la apariencia. Creen y no creen, dudan y afirman, ora se dejan llevar del entusiasmo, ora del pesimismo: es lo que suele ocurrir en los grandes sucesos faustos y que expresamos en una frase vulgar: No puedo acabar de creerlo.

**Lecciones morales.** — A) v. 15. — *Se llegó a ellos el mismo Jesús...* — Hablaban de Jesús, dice San Beda, y se les juntó Jesús, para confirmarles en la fe de su resurrección y para cumplir con ellos su promesa: "Dondequiera que estuviesen congregados dos o tres en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18, 19). Y ¡qué provechosa fué para aquellos discípulos la presencia de Jesús! Gozaron de su conversación, vieron iluminarse sus inteligencias a medida que les explicaba 'os antiguos vaticinios relativos al Mesías, sintieron avivarse en sus corazones la santa caridad, y ver por fin, conociéndole ya, al mismo Jesús, obteniendo la seguridad de su resurrección. Hablemos de Jesús, tratemos de las cosas de Jesús con nuestros hermanos, y Jesús acudirá a tratar con nosotros según su promesa. Y nos hablará interiormente, nos iluminará, nos encenderá en su amor, hará que comprendamos mejor sus cosas y bendecirá y coronará con el éxito, en el tiempo y en la eternidad, las obras que por él emprendamos.

B) v. 17. — *¿Por qué estáis tristes?* — Sabe Jesús la causa de la tristeza de sus discípulos: pero hace como quien la ignora

para que ellos se la descubran y ponga así el oportuno remedio. Quiere Dios que nos comuniquemos con él, que le abramos los senos de nuestra alma, cómo lo hace un enfermo con el médico respecto a los males que le aquejan, para de este modo poner la medicina que nos conviene y curarnos. No nos cerremos a Jesús: es nuestro Padre, Amigo, Hermano, Pastor, Médico: con todos estos títulos quiere ser conocido, llamado y tratado: y todos ellos importan comunicación y afecto. El lazo que debe unirnos a Cristo es la caridad, es decir, el amor sobrenatural: y el amor es efusivo y comunicativo.

c) v. 25. — *¡Oh necios y tardos de corazón, para creer...!* — Necia es nuestra fe si no creemos con la misma intensidad todo lo que de Jesús han dicho los profetas, si no creemos todo lo que de él nos dicen los escritos apostólicos. En el Jesús profético como en el histórico aparece la ley del contraste: la luz y las tinieblas, la gloria y la infamia, lo sublimemente grande y lo nimiamente pequeño: de todo ello resulta el retrato de un Dios encarnado, con todo el fulgor y toda la gloria de un Dios, y al mismo tiempo con toda la sencillez y con todos los nimios detalles que hallaríamos en la historia de un puro hombre, y, sobre todo, con todas las grandes miserias que pudiese sufrir el más desgraciado de los hombres. La vista de nuestra fe debe abrazar a todo Jesús, y con la misma diligencia y viveza debemos creer en su omnipotencia, en su sabiduría, en sus triunfos, en su gloria, que en sus trabajos, en sus humillaciones, en su muerte. Por lo uno y por lo otro, porque es Dios y porque es hombre, Jesús es nuestro Jesús.

d) v. 26. — *¿No fué menester que el Cristo padeciese estas cosas...?* — Atendamos la relación que hay entre los sufrimientos de Cristo y su gloria: aquéllos son la causa de ésta, en la predicción profética y en el hecho histórico de la vida de Jesús. Dios le predestina para el sufrimiento, porque le predestina para la gloria. Debiendo ser el Hombre glorificado y causa de toda nuestra gloria, quiso Dios fuese por ello antes el Hombre mortificado con toda suerte de sufrimientos y dolores. Valiéndonos de la frase de un comentarista, podemos decir que quiso ser antes amasado en el dolor para que así fuese luego glorioso Él y causa de nuestro remedio. Sepamos penetrar en esta filosofía del dolor, que es la gran filosofía de la vida cristiana: conviene que padezcamos para ser gloriosos: no hay gloria sin dolor: por el abajamiento se va a las alturas, por el dolor al placer, por el vituperio a la gloria. Partícipes como hemos de ser de

la gloria de Cristo, antes hemos de serlo de sus sufrimientos.

E) v. 27. — *Fuéles interpretando todas las Escrituras que hablaban de él.* — Nunca tuvo la sagrada Escritura mejor intérprete. Es el mismo Dios que las dictó; el mismo en quien se realizaron todos los vaticinios del Testamento Viejo. Es el Autor y el consumidor de las Escrituras. Si el Nuevo Testamento estaba encerrado en el Antiguo, nadie mejor podía abrirlo que aquel a cuya muerte se rasgó el velo del Templo, representativo de todos los misterios de la antigua Ley. Es, además, Jesucristo como el centro de ambos Testamentos, y todo tiene en Él su aclaración: su historia y la historia de sus instituciones es como el comentario, claro, inconfundible, de las profecías, tipos y símbolos de la antigua Alianza. No ha cesado el magisterio de Jesús sobre las Escrituras: la Iglesia ha recibido de Él el oficio y misión de interpretarlas auténticamente.

F) v. 29. — *Quédate con nosotros...* — Jesús les ha robado el corazón a los dos discípulos. Quieren estar más con Él. El Señor pagará con creces sus deseos abriéndoles los ojos para que le conocieran. El trato con Jesús es amabilísimo, si nosotros sabemos corresponder a sus finezas; y si somos generosos con Él, seremos siempre vencidos por su generosidad, en verdad divina. Se nos abrirá de par en par, y conoceremos las “inescrutables riquezas” de su pensamiento y de su Corazón (Eph. 3, 8).

G) v. 32. — *¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros...?* — Con lo que se nos da a entender, dice Orígenes, que las palabras de Jesús encendían en el corazón de sus oyentes la llama del amor de Dios. ¡Qué perfecto modelo de predicadores de la divina palabra es Jesús! Discurre sobre las Escrituras, las aclara, y cada una de sus palabras y razonamientos viene a ser, en frase de San Gregorio, como otras tantas antorchas que alumbran los senos del alma y encienden el corazón en llamaradas de amor divino. Los ministros de la palabra de Dios, continuadores del magisterio de Jesús en el mundo, yerran temerariamente, y para desgracia propia y ajena si se proponen otros fines en su predicación.

**230. — APARECE JESÚS A LOS APÓSTOLES REUNIDOS: Ioh. 20, 19-24; Lc. 24, 37-39; 41-44**

(Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-40)

**Evangelio de la Misa de la Dominica in Albis (Ioh. 19, 31) y de la Misa del martes de la semana de Pascua (Lc. 36-47).**

<sup>1 19</sup> Y <sup>L</sup> *mientras hablaban de estas cosas*, siendo ya tarde, aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, <sup>mc</sup> *cuando estaban a la mesa*, vino Jesús, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros. <sup>L</sup> *Yo soy, no temáis.*

<sup>L 37</sup> Mas ellos, turbados y espantados, pensaban que veían algún espíritu. <sup>38</sup> Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos? <sup>39</sup> Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy: palpad y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

<sup>1 40</sup> Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos, <sup>L</sup> y los pies, y el costado. Y se gozaron los discípulos viendo al Señor. <sup>mc</sup> *Y los reprendió por su incredulidad y dureza de corazón: porque no habían creído a los que lo vieron resucitado.*

<sup>L 41</sup> Mas, como aun no lo acabasen de creer, y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? <sup>42</sup> Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel. <sup>43</sup> Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras, y se las dió. <sup>44</sup> Y les dijo: Éstas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos.

<sup>1 45</sup> Y otra vez les dijo: Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío. <sup>46</sup> Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. <sup>47</sup> A quienes perdonareis los pecados, quédanles perdonados: y a quienes se los retuviereis, retenidos les quedan.

**Explicación.** — La relación de las santas mujeres y aun la de Pedro, que habían afirmado ante los discípulos que habían visto a Jesús resucitado, no disipó todas sus dudas.

Ni la detallada descripción de los discípulos de Emaús mereció por un momento más crédito: "Ni a éstos creyeron" (Mc. 16, 14). Jesús va a coronar sus apariciones con la que aquí se narra, hecha en conjunto a todos los Apóstoles y algunos discípulos que con ellos estaban. Marcos no hace más que una alusión rápida a esta aparición: Lucas y Juan dan de ella preciosos detalles, que mutuamente se completan. Distinguimos en este relato: la aparición (Ioh. 19; Lc. 37-39); pruebas que les da de la verdad de su resurrección (Ioh. 20; Lc. 41-44); poderes que les confiere (Ioh. 21-23).

LA APARICIÓN (Ioh. 19; Lc. 37-39). — Tuvo lugar en el mismo momento en que los discípulos de Emaús narraban a la asamblea de los Apóstoles y discípulos lo que acababa de ocurrirles aquella tarde: *Y mientras hablaban de estas cosas...*, sucedía ello el mismo día de la resurrección, al anochecer, y estando los discípulos congregados y encerrados por el miedo que los sinedristas les inspiraban, y con razón, pues estarían irritados con el supuesto robo del cuerpo del Señor: *siendo ya tarde, aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos...* Acababan de cenar, *cuando estaban a la mesa*. La aparición de Jesús en medio de ellos fué súbita: el cuerpo de Jesús, glorificado ya, no necesitó se le abriese paso para entrar en el local cerrado: tenía las condiciones del cuerpo "espiritual", de que nos habla el Apóstol (1 Cor. 15, 44): *Vino Jesús, y se puso en medio*, y les saludó con la fórmula corriente entre los judíos: *Y les dijo: Paz a vosotros*. Esta paz es ya más fecunda: es la paz del Príncipe de la paz, la paz mesiánica, fecunda en toda suerte de bienes. Como si quisiese Jesús darles un presagio de los bienes de esta paz, añade: *Yo soy, no temáis*.

A pesar de las dulces palabras de Jesús, su aparición súbita les había llenado de terror: sin anuncio, sin ruido, a través de paredes y puertas han visto a un hombre aparecer ante ellos: creyeron se trataba de un espectro o fantasma, no de un cuerpo real: *Mas ellos, turbados y espantados, pen-*



*saban que velan algún espíritu: ¡tanto les costaba persuadirse de la resurrección del Señor, a pesar de ser ya la cuarta vez que se aparece! Jesús les tranquiliza, dándoles a entender que es él, único que puede leer en sus pensamientos: Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos?, haciendo conjeturas de si soy o no un espíritu? No lo soy: mirad, para convencerlos, que conservo aún en mis manos y pies las señales de los clavos de la crucifixión: Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy: no me miréis ya sólo la cara, por la que se conoce el hombre, sino mis miembros con los vestigios de mi suplicio. Pero, por si temieseis engaño de la vista, os ofrezco mi cuerpo para que lo palpéis, y os convenzáis de que no soy fantasma o visión, sino que tengo carne y hueso como vosotros: Palpad y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.*

PRUEBAS DE LA VERDAD DE LA RESURRECCIÓN (Ioh. 20; Lc. 41-44). — De las palabras pasa Jesús a los hechos: les enseña aquellas partes del cuerpo en que quedaron más profundamente impresos los estigmas de la pasión: *Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos, y los pies, y el costado:* los Apóstoles y discípulos mirarían y tocarían con atención y reverencia las cicatrices sagradas: es el primer argumento que les da: el de la vista y tacto, sentidos los más fidedignos. La certeza de que están viendo a Jesús les inunda de gozo: *Y se gozaron los discípulos viendo al Señor:* empiezan a realizarse las palabras que les había dicho, de que les vería otra vez y se alegraría su corazón (Cf. Ioh. 16, 22). Aprovecha Jesús estos momentos de santa expansión de sus discípulos para darles una lección de docilidad de espíritu, cuando hay motivos bastantes para creer: *Y los reprendió por su incredulidad y dureza de corazón: porque no habían creído a los que lo vieron resucitado.*

Pero les confirma en la verdad de su resurrección dándoles un segundo argumento. Es fenómeno psicológico universal que difícilmente creamos, por instintivo temor de que frustre el gozo, los faustísimos sucesos que nos atañen: esto

les ocurre a los discípulos: han oído las referencias de los compañeros que han visto a Jesús resucitado; le tienen presente; han mirado y palpado su cuerpo sagrado: pero el mismo gozo es obstáculo a la fe completa: *Mas, como aun no lo acabasen de creer, y estuviesen maravillados de gozo, dándoles una prueba aun más fehaciente, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?* Los espectros y los espíritus no comen: si Jesús come, la prueba es decisiva: *Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel*, un trozo de panal, ambos manjares probablemente restos de la cena frugal que acababan de tomar. Jesús comió: los cuerpos glorificados no tienen necesidad de comer, pero pueden hacerlo y absorberlos en alguna manera: *Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras, y se las dió.*

Finalmente les da una razón sintética para acabar de disipar las dudas que sobre su resurrección pudiesen aún abrigar. La causa de su incredulidad ha sido la decepción o desengaño sufrido al ver padecer y morir a Cristo: como los discípulos de Emaús, habían creído las cosas gloriosas de Jesús, no las humillaciones: cuando éstas vinieron, se llamaron a engaño. Jesús afirma de un modo general que todo ello estaba ya predicho en los Libros Sagrados, y que Él mismo se lo había advertido en tiempo, cuando convivía con ellos en su vida mortal: *Y les dijo: Éstas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos: son las tres grandes divisiones de los sagrados libros, según los judíos: el Pentateuco, los Profetas y los Libros poéticos, de los que los principales son los Salmos.*

**PODERES QUE DA JESÚS A SUS DISCÍPULOS (Ioh. 21-23).—** En aquel recinto cerrado está la Iglesia naciente, con Cristo vivo y aun presente según su presencia visible: el gozo de que están inundados los discípulos va a transfundirse a toda la Iglesia, de todos los siglos, en virtud de los poderes que va a conferirles. Antes de hacerlo, vuelve Jesús a saludarles con solemnidad enfática: *Y otra vez les dijo: Paz a vosotros.*

La palabra de Jesús es eficaz: Él vino para pacificar a los hombres con Dios: el primer poder que dará a sus Apóstoles será el de ser continuadores de esta obra de pacificación (Cf. 2 Cor. 5, 18-20): *Como el Padre me envió, así también yo os envío*: Jesús se hace igual al Padre en el poder de enviar; y envía a los Apóstoles para que sean, como Él, ministros de pacificación.

Para esta grande obra necesitan los Apóstoles y sus sucesores la fuerza vivificadora del Espíritu Santo. Jesús se lo da, por medio de una acción material simbólica, que podríamos llamar sacramental, porque obra lo que significa, la insuflación: *Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos*. El soplo es símbolo del Espíritu: hálito y espíritu se designan en griego con la misma palabra "pneuma". Al soplo acompañó unas palabras expresivas del símbolo: *Y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*: ya le tenían los discípulos al Espíritu Santo por la justificación, pero ahora lo reciben en orden a los oficios que deberán llenar; no con toda su plenitud y en forma solemne y visible, como el día de Pentecostés, sino para determinados fines y como preparación para la venida solemne. Por esta insuflación expresa Cristo que el Espíritu Santo procede del Padre y de Él, y que como es del Padre, así también es suyo.

Parte principal de aquel ministerio de pacificación y fruto capital del Espíritu que acaba de darles es el perdón de los pecados, porque es el pecado el que pone la discordia entre Dios y el hombre. Jesús tenía este poder (Cf. Mt. 9, 6): ahora se lo da a los Apóstoles: *A quienes perdonareis los pecados, quédanles perdonados: y a quienes se los retuviereis, no desatándolos por el perdón, porque el perdón es el que libra del pecado, retenidos les quedan*. Por lo mismo, los Apóstoles y sus sucesores serán jueces que deberán discernir los casos en que deberán retener o perdonar los pecados: luego éstos les deberán para ello ser declarados. Por esto la Iglesia ha visto siempre en estas palabras contenido el precepto de la confesión distinta de los pecados.

**Lecciones morales.**— A) Ioh. v. 19. — *Estando cerradas las puertas... vino Jesús...* — Era de noche, cuando suele agravarse el miedo; los enemigos eran muchos, poderosos, enconados; los discípulos pocos e inermes; faltábales el sostén, que era Jesús; el recuerdo de los pasados sucesos había deprimido su espíritu: por todo ello, el temor sobrepuja a la esperanza y se encierran todos en un mismo lugar: tienen a lo menos el consuelo de estar juntos. En estos aprietos es cuando Jesús les visita: y con su visita les devuelve el gozo, la fuerza, la esperanza en días mejores. Antes de la visita de Jesús la cerrazón cubría los horizontes de su vida; ahora se ha abierto de par en par su corazón. Confiemos en la misericordia de Jesús, que tiene sus consuelos más llenos para nuestras horas más desoladas.

B) v. 19. — *Paz a vosotros.* — Avergoncémonos, dice San Gregorio Nacianceno, de abandonar este don precioso de la paz que nos dejó Cristo al salir de este mundo. La paz es nombre y cosa dulce: es de Dios (Phil. 4, 7), y Dios es de ella, porque Él es nuestra paz (Eph. 2, 14). Y no obstante, siendo la paz un bien alabado y recomendado por todos, es conservado por pocos. ¿Cuál es la causa de ello? Quizás la ambición de dominio o de riquezas; tal vez la ira, el odio, el desprecio del prójimo, o alguna otra cosa análoga en que incurrimos ignorantes de Dios; porque Dios es la suma Paz que lo aúna todo; de quien nada es más propio que la unidad de naturaleza y el ser y vivir pacífico. De Él se deriva la paz y tranquilidad a los espíritus angélicos, que viven en paz con Dios y consigo mismos: de Él se difunde a toda criatura, cuyo principal ornato es la tranquilidad: a nosotros viene espiritualmente por la práctica de las virtudes y la unión con Dios.

C) Lc. v. 39. — *Palpad y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos...* — Dijo esto Jesús, dice San Ambrosio, para que conociéramos la naturaleza de los cuerpos resucitados: porque lo que se palpa, cuerpo es. Siendo, pues, la resurrección de Jesús causa y modelo de la nuestra, estemos ciertos que resucitaremos en nuestra propia carne, según la misma naturaleza que actualmente tiene, y según sus mismos elementos, aunque con distintas propiedades. No será nuestro cuerpo una sombra impalpable, dice San Gregorio, más sutil que cualquier gas, como quiso Eutiques, sino que será sutil por la virtud espiritual que le informará, palpable por su naturaleza. Podemos decir lo del Apóstol: se siembra un cuerpo animal: se levantará o resurgirá un cuerpo

espiritual (I Cor. 15, 44). Será la glorificación de la materia, levantada a la participación de las mismas cualidades del espíritu en lo que puede participarlas. Como el espíritu, será el cuerpo glorificado ágil, sutil, luminoso, permeable para todo y todo permeable para él. Todo ha querido restaurarlo Cristo Jesús.

D) v. 41. — *¿Tenéis aquí algo de comer?* — Aparece aquí la gran misericordia de Jesús, para sus discípulos y para nosotros. Para ellos, porque multiplica ante ellos, que le habían visto muerto, las pruebas de su resurrección: han visto sus cicatrices, les ha dejado palpar las hendiduras de los clavos, les ha hablado, y le han visto como a cualquier otro mortal: ahora, para que se acaben de convencer de la verdad de su carne, ya que todavía titubeaban, les pide de comer; y come, no por necesidad, sino porque quiere, e ingiere una cantidad de alimentos y da a ellos las sobras. Tienen delante un hombre no de sola apariencia, sino tan real como ellos. Y para nosotros, porque la irresolución de los discípulos en creer y la prodigalidad de pruebas con que arranca definitivamente su asentimiento, son multiplicadas razones, de carácter absolutamente histórico, que nos inducen a nosotros a admitir una verdad que es fundamental en el cristianismo. Nunca es Dios avaro de luz cuando se trata de enseñarnos una verdad; y jamás ha tratado de violentar las condiciones naturales de nuestro conocimiento, hasta para darnos la doctrina sobrenatural.

E) Ioh. v. 21. — *Como el Padre me envió, así también yo os envío.* — Esta misión es uno de los misterios más profundos y consoladores de nuestra doctrina cristiana. Misión es apostolado, es legación, es poder representativo. El Padre destaca de su seno, si así puede hablarse, al Hijo para que se haga hombre y redima al mundo y le enseñe la doctrina divina y funde su Iglesia. Y el Hijo destaca de sí a sus Apóstoles, y éstos a sus sucesores los Obispos, y éstos a los sacerdotes sus colaboradores, para que continúen su obra. Jesús, con la plenitud de los poderes que ha recibido del Padre, ha hecho lo fundamental; y luego comunica la plenitud de estos poderes a sus Apóstoles, en cuanto son necesarios para seguir su obra. Así nuestra misión sacerdotal sube, por Cristo que nos envía, al Padre que le envió a Él. Acordémonos, los que somos enviados, de nuestra dignidad, de nuestra autoridad y de la santidad y celo que nuestra misión exige. Y aprenda el pueblo el respeto, la docilidad, el amor, el auxilio que debe a los ministros y enviados de Dios.

F) Ioh. v. 22. — *Recibid el Espíritu Santo.* — ¡Palabra fe-

cunda la de Jesús en estos momentos! Apenas salido de la tumba, vivo y glorioso, da a sus discípulos el Espíritu Santo, que es el Espíritu vivificador. Es su propio Espíritu, el Espíritu de Jesús, que va a animar ya sobrenaturalmente a su Iglesia. Vendrá más tarde, el día de Pentecostés, de una manera solemne y en toda su plenitud: pero, interinamente, ya tienen los discípulos el Espíritu de Dios en ellos y con ellos. Y este Espíritu ya no estará ocioso: lo vivificará todo: renovará la faz de la tierra: será Dedo de Dios, Voz de Dios, Fuego de Dios: todo lo tocará, lo hará retemblar, lo purificará todo. ¡Ven, Espíritu Santo, y llena nuestros corazones!

### **231. — OTRA APARICIÓN A LOS APÓSTOLES CON SANTO TOMÁS: IOH. 20, 24-31**

**Conclusión del Evangello de la Dominica In Albis (Cf. número ant.). Evangello de la Misa de Santo Tomás Apóstol (vv. 24-29).**

<sup>24</sup> Pero Tomás, uno de los doce, que se llamaba Dídimos, no estaba con ellos cuando vino Jesús. <sup>25</sup> Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Mas él dijo: Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.

<sup>26</sup> Y al cabo de ocho días estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino Jesús cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros. <sup>27</sup> Y después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel. <sup>28</sup> Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío. <sup>29</sup> Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que no vieron, y creyeron.

<sup>30</sup> Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. <sup>31</sup> Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios: y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

**Explicación.** — La narración de este hecho es peculiar del cuarto Evangelio: podemos distinguir en ella: la incredulidad de Tomás (24.25); la aparición de Jesús (26-29);

con una especie de resumen de su Evangelio con que terminaba primitivamente la obra de San Juan, a la que con posterioridad añadió el mismo autor el último capítulo, como se dirá en su lugar.

INCRECULIDACIÓ DE TOMÁS (24.25). — Nada fáciles fueron los Apóstoles en creer la resurrección de Jesús, y apenas si cedieron al testimonio de los sentidos, la vista y el tacto. Todo ello lo quiso Dios para que se multiplicaran los argumentos de que pudiesen disponer las posteriores generaciones cristianas para demostrar el hecho de la resurrección. Para el Apóstol que aquí es protagonista y para nosotros, este episodio es de irrecusable fuerza demostrativa.

Por motivos que el Evangelista ni siquiera insinúa, el apóstol Tomás no estaba en compañía de los otros diez al anochecer del día de la resurrección, cuando les apareció el Señor: *Pero Tomás, uno de los doce, que se llamaba Didimo, o gemelo (Cf. núm. 139), no estaba con ellos cuando vino Jesús.* Contáronle los demás el suceso de la aparición de la que fueron testigos: por lo que Tomás les responde, se lo contarían con todos los detalles, especialmente que les consintió tocar sus manos, pies y costado: *Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor.* Tomás niega su asentimiento al testimonio de sus compañeros: tan inverosímil le parece el hecho de la resurrección, que no cederá sino a su propia y personal experiencia: *Mas él dijo: Si no viere en sus manos la hendidura, la marca, el vestigio, de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado,* lo que demuestra la extensión de la herida del sagrado pecho, *no creeré.* Doble falta cometió aquí el Apóstol incrédulo: la de negar fe a los dichos de todos los demás, y la de señalar las condiciones sin las cuales no asentirá. No obstante, Jesús condescenderá con su Apóstol, y su incredulidad característica dará lugar a que crea él y se robustezcan los motivos que tenemos de credibilidad en el gran milagro.

LA APARICIÓN (26-29). — El primer día de la segunda semana después de la resurrección, ocho días cabales después de la primera aparición a los discípulos congregados, la reiteró en las mismas condiciones de la anterior: *Y al cabo de ocho días estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino Jesús cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros.* En esta repetición de las apariciones de Jesús en el mismo día ha visto la antigüedad cristiana una especial santificación del día de la resurrección; es por ello que el descanso sabático de los judíos ha venido a ser la fiesta dominical de los cristianos: el día de la Resurrección del Señor es en nuestra Liturgia el domingo principal del año: las demás dominicas dependen en su cómputo y son como un eco de la fiesta de la Resurrección.

Jesús ya va directamente, lleno de piedad, a la conquista del entendimiento y corazón del Apóstol incrédulo: *Y después dijo a Tomás, dándole a conocer que no ignoraba sus palabras y la condición que había impuesto para creer: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado: y reprendiéndole con dulzura añade: Y no seas incrédulo, sino fiel.*

¿Tocó Tomás los vestigios de las llagas de Jesús? Afirmanlo la mayor parte de los intérpretes, como condición exigida a sí mismo por el Apóstol para creer. Pero parece más conforme a la narración afirmar con Knabenbauer y otros, que no llegó Tomás a tocar el sagrado cuerpo y que creyó a la sola vista de los santos estigmas: la frase admirativa, entrecortada, llena de religioso respeto que pronuncia el Apóstol, revela la emoción, el arrepentimiento, la fe profunda del mismo a la sola vista de las cicatrices venerandas: *Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío:* le llama Señor, y en esto reconoce su humanidad; y Dios, en lo que afirma su divinidad.

Acepta Jesús y alaba la confesión de Tomás: *Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, has creído:* has hecho bien en creer después de ver; aunque mejor hubieses hecho creyendo por el testimonio de los demás y por lo que yo mismo había dicho de mi resurrección. Hay, pues, aquí alguna ma-



nera de reprensión por la tardía y nada fácil fe del Apóstol. Nótese que dice Jesús: "porque me has visto", no "porque me has tocado", lo que parece legitimar la interpretación según la cual no tocó Tomás a Jesús. No le faltó al Apóstol su mérito, porque vió al hombre y creyó en Dios, viendo con los ojos de la fe, a través de la carne de Cristo, el poder y la gloria de la divinidad. Con todo, es mejor, porque es más abnegada, la fe de aquellos que no exigen el testimonio de la experiencia personal para creer: *Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*: no es que le falte a Tomás su parte en la bienaventuranza, porque creyó más de lo que vió y sobre lo que vió: pero es más meritoria la fe que no necesita el testimonio de los sentidos corporales.

PRIMERA CONCLUSIÓN DEL EVANGELIO DE SAN JUAN (30.31). — Narradas las apariciones de Jesús resucitado en la Judea, añade Juan, a guisa de epílogo, estos dos versículos, con los que terminaba primitivamente su libro. Más tarde, y para desvanecer el error de aquellos que, interpretando mal unas palabras de Jesús, creían que el discípulo amado no debía morir, añadió personalmente el texto de lo que es hoy último capítulo del cuarto Evangelio.

No ignora Juan que en su Evangelio no ha narrado muchos milagros obrados por Jesús: predominan en él los discursos. Sabe que los tres Evangelios que hoy llamamos sinópticos, escritos antes que el suyo, contienen mayor número de milagros del Señor. Y para que los lectores de los demás Evangelios crean los milagros en ellos descritos y para que se vea que su propósito no ha sido acumular la descripción de hechos prodigiosos, dice: *Otros muchos milagros hizo también Jesús*, antes de su muerte y después de su resurrección, *en presencia de sus discípulos*, que debían dar testimonio de ellos, y *que no están escritos en este libro* de su Evangelio.

Y añade la finalidad que se propuso al escribir la obra, y que ha dejado entrever en muchos pasajes de la misma (Cf. 1, 14-18.27.33.49-51; 2, 11; 3, 13; 5, 18; 6, 68; 7, 29, etc.): *Mas éstos han sido escritos para que creáis que*

*Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.* El objeto que se propuso, pues, al redactar su Evangelio, fué demostrar que aquel hombre que recorrió la Palestina, que predicó, padeció, murió y resucitó, era el Mesías prometido por los profetas, y que por ello se debía fe a su misión y a sus enseñanzas. Como fin ulterior y definitivo, digno del celo de un Apóstol, se propuso Juan que sus lectores, por la fe en Cristo, lograsen la vida divina, en el tiempo y en la eternidad: *Y para que, creyendo, tengáis vida:* aquella vida, sobrenatural y eterna, de la que con tanta frecuencia habla el Evangelista, que sólo se logra *en su nombre*, en el de Jesús, por sus méritos y poder, única por la que somos hechos salvos.

**Lecciones morales.** — A) v. 25. — *Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos...* — Más craso y material que los demás Apóstoles, dice el Crisóstomo, el apóstol Tomás buscaba la fe que deriva del sentido más craso y material de todos, que es el del tacto. Porque no le basta con ver, sino que quiere tocar. Así son muchos hombres groseros, para quienes tiene, hasta en las cosas espirituales, más fuerza el sentido que la razón. Nosotros no debemos ser así: no debe ser nuestra fe ciega, ni ligera, ni irracional: pero debemos dar a nuestras fuentes de conocimiento el valor que les corresponde en orden a la fe. La historia depurada, la autoridad de la Iglesia, la misma autoridad de los técnicos que indican la intervención de un elemento sobrenatural en las curaciones, etc., la deposición de testigos fidedignos, hecha en la debida forma, tienen tanta fuerza como nuestros mismos sentidos en orden a la testificación de un milagro, ya que personalmente podemos dejarnos sugestionar, o carecer de las condiciones necesarias de cultura, o padecer una ilusión ante lo que podría parecernos milagroso y no lo es.

B) v. 27. — *Mete aquí tu dedo...* — ¡Cuán suave y misericordioso es el Señor! Pudo resucitar, si hubiese querido, sin que apareciera en su cuerpo sagrado vestigio alguno de los clavos y lanza: pero no quiso borrar la aparente fealdad de sus cicatrices, dice San Agustín, en favor de sus amigos y como testimonio contra sus enemigos. Para sus amigos fueron aquellas cicatrices un medio de identificarle y creer en su resurrección, o para los que no le vieron resucitado, como nosotros, un medio de curar la llaga de nuestra infidelidad, creyendo sobre el tes-

timonio de quienes vieron aquellas llagas. Para sus enemigos, los incrédulos, los impíos, los mismos pecadores, serán aquellas llagas un perpetuo reproche y testimonio contra ellos: como si dijera Jesús, mostrándolas: "He aquí el hombre a quien crucificasteis; veis las heridas que le causasteis; conocéis el costado que traspasasteis, que por vosotros y para vosotros fué abierto: y, no obstante, no quisisteis entrar en él."

c) v. 29. — *Porque me has visto, Tomás, has creído.* — La fe, dice San Agustín, es creer lo que no ves: es, dice el Apóstol, la substancia de lo que esperamos, argumento de las cosas que no aparecen (Hebr. II, 1): no se tiene fe, sino ciencia, de lo que se palpa y se ve: por ello en el cielo, donde veremos a Dios, no tendremos fe. ¿Por qué, pues, dice Jesús a Tomás que creyó porque vió? Porque vió una cosa y creyó otra: vió las llagas, y creyó en la resurrección: vió el cuerpo de Jesús, y creyó en su divinidad. Éste es el oficio del milagro; llevarnos, como de la mano, a la fe: el sentido nos atestigua un hecho de orden material; pero la razón nos dice que aquel hecho, en aquella forma, en aquella manera, en aquel momento, no puede producirse sin una intervención sobrenatural y divina: y entonces creemos en lo que no vemos, es decir, asentimos, con nuestro entendimiento y voluntad, a algo que está sobre el hecho que nos han denunciado los sentidos.

d) v. 29. — *Bienaventurados los que no vieron, y creyeron.* — En esta sentencia venimos comprendidos nosotros, que no hemos podido ver ni palpar las llagas de Cristo, dice Teofilacto. No digamos, pues: "Ojalá hubiese yo podido ver las llagas del Señor", dice el Crisóstomo: porque también somos, o podemos ser bienaventurados, más aún que los mismos que las vieron, porque es más difícil y meritoria nuestra fe. Lo capital es que obremos lo que creemos, dice San Agustín, porque aquel es verdadero creyente que lleva a la práctica de la vida aquello que cree.

e) v. 30. — *Otros muchos milagros... que no están escritos en este libro.* — Tenemos aquí multiplicidad de milagros, de narradores de ellos y de testigos presenciales de los prodigios. Todo cuanto se requiere para que los milagros sean lo que deben ser: signo y garantía de la misión divina de Jesús y de la verdad de su doctrina. Ni los hechos milagrosos han sido desmentidos, ni se ha podido hallar contradicción entre los cuatro Evangelistas que los narran, ni los testigos presenciales de buena fe pudieron atribuirlos a otro poder que no fuera el de

Jesús. Y a más de los que se refieren en los Evangelios, tan bien constatados, hay otros muchos, obrados por el Señor antes y después de su resurrección, cuya simple referencia es a mayor abundamiento, y para que veamos que Dios ha querido garantizar plenamente las verdades que nos enseñó. La crítica de todos los siglos ha tratado de negar, de explicar, de adulterar los milagros de los Evangelios. No ha podido hacer mella en su verdad, porque no ha podido argüir de falsedad a estas narraciones sencillas, de testigos presenciales, que llevan en sí mismas la marca de la más absoluta veracidad. Bendigamos a Dios, que tan sabiamente fundó los cimientos de nuestra religión y de nuestra fe.

F) v. 31. — *Éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo...* — La finalidad del milagro no es de orden natural: no se hacen los milagros para que admiremos el poder de Dios, del que hartos argumentos tenemos en la creación; ni con un fin espectacular, para que nos gocemos en la manifestación extraordinaria de un poder oculto. El milagro es un hecho de orden sensible, extraordinario, que rebasa las fuerzas de la naturaleza, para que, a través de lo material de él, nos remon-temos a lo espiritual y eterno (2 Cor. 4, 18). El milagro lo hace Dios para que creamos, para que le amemos, para que, por la fe y el amor, tengamos vida sobrenatural en el nombre de Jesús (v. 32). Así viene a ser el milagro como una propedéutica o preparación a la fe. No todos los que ven el milagro creen, porque el hombre puede cerrar sus ojos a la luz divina que el milagro encierra; pero el milagro tiene luz bastante para guiarnos a Dios y para que, hallándole, vivamos en Él.

## **Período segundo**

# **ÚLTIMAS APARICIONES DE JESÚS EN GALILEA Y EN JUDEA**

### **232. — APARICIONES DE JESÚS EN LA GALILEA A) EN EL MAR DE TIBERÍADES: IOH. 21, 1-14**

#### **Evangelio del miércoles de la semana de Pascua de Resurrección**

<sup>1</sup> Después se apareció Jesús otra vez a sus discípulos en el mar de Tiberíades. Y se apareció así: <sup>2</sup> Estaban juntos Simón Pedro, y Tomás, llamado Dídimos, y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. <sup>3</sup> Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Le dicen: Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron a una barca: y aquella noche no cogieron nada.

<sup>4</sup> Mas cuando vino la mañana, se puso Jesús en la orilla: pero no conocieron los discípulos que era Jesús. <sup>5</sup> Y Jesús les dijo: Hijos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. <sup>6</sup> Les dice: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Echaron la red: y ya no la podían sacar por la multitud de peces. <sup>7</sup> Dijo entonces a Pedro aquel discípulo a quien amaba Jesús: El Señor es. Y Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica (porque estaba desnudo) y se echó al mar. <sup>8</sup> Y los otros discípulos vinieron con la barca (porque no estaban lejos de tierra, sino como doscientos codos), arrastrando la red con los peces.

<sup>9</sup> Y luego que saltaron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez sobre ellas, y pan. <sup>10</sup> Jesús les dice: Traed acá los peces que

cogisteis ahora. <sup>11</sup>Entonces subió Simón Pedro, y trajo la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. <sup>12</sup>Jesús les dice: Venid, comed. Y ninguno de los que comían con él osaba preguntarle: Tú, ¿quién eres?, sabiendo que era el Señor. <sup>13</sup>Llega, pues, Jesús, y tomando el pan, se lo da, y asimismo del pez. <sup>14</sup>Ésta fué la tercera vez que se apareció Jesús a sus discípulos, después que resucitó de entre los muertos.

**Explicación.** — Añadió San Juan este último capítulo a su Evangelio, como se ha dicho, con el fin principal de deshacer un error, hijo de una mala interpretación de unas palabras de Jesús, que se había esparcido en las cristiandades del Asia (Cf. vv. 20-23). Pero bendigamos la providencia de Dios, que se valió de este error para que quedaran consignados en el Evangelio dos hechos tan capitales como son esta aparición y la colación del primado de la Iglesia a Pedro. Ello nos da a entender que en el depósito de la tradición quedaron muchas cosas que no fueron consignadas en los escritos apostólicos. En este episodio distinguimos: la introducción (1-3), la pesca milagrosa (4-8) y la comida simbólica (9-14).

INTRODUCCIÓN (1-3). — El mismo día de la resurrección había mandado Jesús a sus discípulos se trasladaran a Galilea, donde le verían (Mt. 28, 7; Mc. 16, 7): estarían allí libres de las impertinencias y persecuciones de los sinedristas, al par que, dedicándose a su oficio de pescadores, podrían más fácilmente ganarse el sustento: mientras pescaban en el lago de Genesaret, se les apareció Jesús: *Después*, fórmula vaga usada por Juan con frecuencia, y de la que no se puede colegir la fecha de la aparición, *se apareció Jesús otra vez a sus discípulos en el mar de Tiberíades*. Es de notar el carácter de las apariciones del Señor: no era siempre visible, ni convivió con sus Apóstoles como antes de su muerte: aparecía súbitamente cuando quería y en la forma que quería.

Y, en esta ocasión, *se apareció así: Estaban juntos Simón Pedro, y Tomás, llamado Dídimo, y Natanael, probablemente Bartolomé, que era de Caná de Galilea, y los*

*hijos del Zebedeo, Santiago el Mayor y Juan el Evangelista, y otros dos de sus discípulos, quizás Andrés y Felipe, que eran de Betsaida, lugar de Pedro y de los hijos del Zebedeo, probablemente el mismo donde ocurrió el suceso. Como no les encomendara Jesús misión alguna, volvieron los Apóstoles a su oficio de pescadores. Simón Pedro, que aquí aparece también como cabeza de los demás, con su ánimo resuelto de siempre, les dice: Voy a pescar. Le dicen: Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron a una barca: y aquella noche, a pesar de ser las horas más favorables a la pesca, no cogieron nada.*

LA PESCA MILAGROSA (4-8). — Después de la labor fatigosa e inútil de aquella noche, reciben los Apóstoles el premio de la visión del Señor: *Mas cuando vino la mañana, se puso Jesús en la orilla, apareció súbitamente en ella. Pero no conocieron los discípulos que era Jesús*, sea porque, como en otras ocasiones (Cf. Mc. 16, 12; Lc. 24, 16), se apareciese Jesús en forma distinta, o porque no quisiese ser conocido en la propia.

Preséntase Jesús a sus discípulos a guisa de mercader que quisiera comprar pescado: *Y Jesús les dijo: Hijos, mejor, muchachos, expresión familiar que podía usar un extraño dirigiéndose a pescadores avezados al rudo trabajo del mar, ¿tenéis algo de comer, pescado o vianda que acompañar con el pan? Le respondieron, secamente, que no debían explicar a un desconocido el mal éxito de su pesca: No.*

Jesús les da un consejo de amigo: *Les dice: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis:* la convicción con que se lo dice; el haber visto en aquel desconocido algo santo y venerable; la misma facilidad con que seguimos los consejos que nos pueden ser provechosos, hicieron que secundaran los Apóstoles las indicaciones de Jesús. *Echaron la red: y ya no la podían sacar por la multitud de peces:* habían cogido uno de estos bancos de pescado, frecuentes en el lago de Tiberíades, y que en este caso acudieron por la omnipotencia de Jesús. Es el símbolo de la fecundidad del apostolado (Cf. Lc. 5, 10: núm. 35).

Juan reconoce en el hecho un milagro; y en el milagro, y por este conocimiento instintivo del amor, reconoce a Jesús: *Dijo entonces a Pedro, que se hallaría absorbido por la tarea de sacar la red, aquel discípulo a quien amaba Jesús: El Señor es.* Al denunciársele la presencia del Señor, Pedro se revela tal como es, resuelto y vehemente: deja lo que entre manos trae, sobre la tenue túnica interior o camisa, única pieza que cubría su cuerpo para mayor comodidad del trabajo, por la reverencia que el Señor le inspira, viste precipitadamente la túnica exterior, y se echa al mar, impaciente por ganar la orilla antes que la embarcación: *Y Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica (porque estaba desnudo) y se echó al mar.* Sus compañeros lo hicieron a remo, salvando los cien metros que de la playa les separaban y arrastrando hasta ella la redada de peces: *Y los otros discípulos vinieron con la barca (porque no estaban lejos de tierra, sino como doscientos codos), arrastrando la red con los peces.* En la facilidad de medir el agua que hay entre barca y tierra se delata el ojo del pescador Juan, autor del Evangelio.

LA COMIDA SIMBÓLICA (9-14). — Al milagro de la captura de los peces, añade Jesús otro que revela su exquisita amabilidad y providencia para con los suyos: mientras ellos pescaban, disponiales él la comida, con pan y pescado producidos por un milagro de su poder o allí traídos por ministerio de ángeles: *Y luego que saltaron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez sobre ellas, y pan.* Jesús va a ofrecerles la comida preparada (v. 13); pero quiere que también ellos colaboren: *Jesús les dice: Traed acá los peces que cogisteis ahora.*

*Entonces subió, a la nave, Simón Pedro, como más pronto en las resoluciones o como jefe del trabajo, y trajo la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres, que se contarían con cuidado ante los ojos del Maestro.* El Evangelista hace notar todos los detalles para que se vea lo estupendo del milagro: *Y aunque eran tantos, no se rompió la red.*



Después de la fatiga, el descanso y refección con que el Señor les regala: *Jesús les dice: Venid, comed.* Los discípulos tenían la certeza de que se hallaban en presencia de Jesús: pero, ya por el respeto que les inspiraba en su nuevo estado glorioso, ya porque estuviesen sobrecogidos por el milagro que acababan de presenciar, no osaban hablarle con la familiaridad con que lo hacían antes de su muerte: *Y ninguno de los que comían con él osaba preguntarle: Tú, ¿quién eres?, sabiendo que era el Señor.* Tal vez todo ello les retendría a alguna distancia de Jesús, quien, como lo hacía en otro tiempo en su calidad de jefe o padre de familias, les ofreció del pan y del pescado, probablemente después de la bendición litúrgica acostumbrada: *Llega, pues, Jesús, y tomando el pan, se lo da, y asimismo del pez.*

Todo tiene su simbolismo espiritual en esta escena, y los intérpretes se han complacido siempre en ponerlo minuciosamente de relieve. En el estéril trabajo de los Apóstoles, hecho de noche, se representa la infecundidad de las obras hechas en la noche del pecado y sin Jesús: en la gran pesca, los frutos del trabajo apostólico debidamente empleado: en la multitud de peces y en la red que no se rompe, la catolicidad y la unidad de la Iglesia: en las brasas y peces preparados por Jesús viene representado él mismo, mortificado en su pasión, soportada por amor a nosotros: el pan simboliza el mismo Jesús, pan vivo que bajó de los cielos: Simón Pedro saca la red, después de subir a la barca, porque es él quien gobierna la nave de la Iglesia y dirige los trabajos de la conquista de las almas para Jesús: la frugal refección que toman los discípulos con el Señor significa la participación en sus goces como participan en sus trabajos: comida de mañana, desayuno, como fué esta refección simbólica, para representar el auxilio que debemos buscar cada día en Jesús para tomar aliento y seguir todo el día en la labor, etc.

Termina esta parte de su relato el Evangelista, haciendo notar que ésta es la tercera aparición de Jesús a la agrupación de la mayor parte de los Apóstoles: la del mismo día de la resurrección, la de ocho días después, con Santo Tomás, ambas en Jerusalén, y ésta: *Esta fué la tercera vez que se*

*apareció Jesús a sus discípulos, después que resucitó de entre los muertos.*

**Lecciones morales.**— A) v. 3. — *Voy a pescar.* — Después de su conversión, dice San Gregorio, vuelve Pedro a su oficio de pescador, pero no Mateo al suyo de cobrador de tributos: porque hay algunos oficios y negocios en los que apenas, o quizás absolutamente, no puede intervenir sin pecado. Y para que se vea, dice San Agustín, que, salvando la integridad del apostolado, no hay inconveniente en buscar por medios legítimos el sustento, cuando no se tiene de otra parte: lo hizo San Pablo, para no ser gravoso a sus oyentes, cuanto más pudo hacerlo Pedro, si no tenía otro medio de vivir, cuando, aunque recibido ya el Espíritu Santo, bien que no en la forma oficial y solemne de Pentecostés, no tenía recibida del Señor misión especial que cumplir.

B) v. 5. — *¿Tenéis algo de comer?* — Nada necesitaba Jesús de sus discípulos: lo prueba el hecho de que mientras ellos pescaban, Él milagrosamente les disponía la comida en la playa. Pero quiere Jesús su colaboración, como quiere la nuestra; y bajo este aspecto, nosotros podemos saciar el hambre de Jesús. Pero la comida de Jesús es hacer la voluntad del Padre, como dijo en cierta ocasión a sus discípulos (Ioh. 4, 34): nosotros saciaremos su hambre cuando cumplamos su voluntad, que es la misma del Padre. La saciaremos especialmente, si tenemos ministerio para ello, ejercitándonos en todos los oficios del apostolado, esforzándonos en traerle a Jesús, del mar del mundo, cuantos peces podamos, es decir, almas, por los peces simbolizadas.

C) v. 9. — *Vieron brasas puestas, y un pez sobre ellas, y pan.* — Era por la mañana cuando ocurría esto: los Apóstoles venían del mar: Jesús, con amabilidad exquisita, les había preparado el desayuno en la playa, con pan y pescado, aderezado en ardientes brasas. ¿Podría hallarse símbolo más dulce y consolador de la Santa Comunión? Las primeras generaciones cristianas representaron a Jesús con la figura de un pez, y la Eucaristía con unos canastos de pan. El pez asado es Jesús mortificado, dice San Agustín: *Piscis assus, Christus passus*: el pez en griego es ἰχθῦς, cuyas letras son el anagrama de "Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Salvador". Cuando por la mañana vayamos a la Comunión eucarística a buscar fuerzas para los trabajos del día, nutrémonos de este Pez y de este Pan

mortificados: son la fuerza salvadora de Dios, porque son el mismo Jesús, que es la fuerza de Dios, en frase del Apóstol. Avivemos la pobre brasa de nuestro corazón con la ardiente brasa del amor de su Corazón divino.

D) v. 10. — *Traed acá los peces que cogisteis ahora.* — Si hemos sido por Jesús constituídos pescadores de hombres, temamos ir a él con las manos vacías cuando nos pida los peces que hayamos cogido. Los Apóstoles pescadores de Tiberíades, henchidos de júbilo, contaron en la presencia de Jesús los peces cogidos en la red: eran muchos y grandes. También lo serán si nosotros trabajamos en el nombre de Jesús y en la forma que quiere Él trabajemos, echando la red donde nos mande. Podremos pasar noches enteras de trabajo estéril: pero llegará siempre la hora de espiritual consuelo en que veamos cogidos a nuestros hermanos en las redes que les hayamos tendido. Y cuando no, si es tanta la protervia de aquellos sobre quienes trabajemos que se resistan a nuestra labor, no nos faltará el premio, que no se da según la medida de la eficacia del trabajo, sino según la de nuestro personal esfuerzo, puesto por Dios y según Dios.

E) v. 11. — *Y aunque eran tantos, no se rompió la red.* — Esta red que no se rompe es el símbolo de la caridad. En la primera pesca, dice San Agustín, se rompía la red, porque representaba la universalidad de los creyentes en Cristo, es decir, el cuerpo y el alma de la iglesia; pero aquí se figura, en estos grandes peces, los que pertenecen al alma de la Iglesia, vivificados por el Espíritu Santo y formando una unidad de amor con Cristo y con Cristo. Son grandes, porque de éstos es el reino de los cielos, en el que el menor es más grande que todas las grandezas de la tierra (Mt. 11, 11); son muchos, porque cualquiera que sea la teoría sobre el número de los que se salvan, indudablemente serán muchos millones los que llevará consigo Jesús al cielo; y la red no se rompe, porque la caridad de Dios es indivisible, por cuanto el amor que se separa de Dios ya no es caridad. No sólo es indivisible, sino que es la máxima fuerza unitiva de los espíritus; porque “donde está el amor de caridad, allí está Dios”, que da cohesión a todas las cosas.

F) v. 13. — *Y tomando el pan, se lo da, y asimismo del pez.* — Desde los comienzos del Cristianismo, el pan y el pez son símbolos de Jesucristo: el pan lo es de la Eucaristia; el pez asado lo es de la pasión. Ya los primitivos cristianos notaron que la palabra griega ἰχθῦς (pez) era el anagrama de “Iesús Xristos Theu Vios Soter” (Jesús Cristo de Dios Hijo Salvador).

Por esto en las Catacumbas se unen los dos símbolos para figurar a Jesús, representado en un pez que lleva cargada en sus lomos una canasta de pan. La simbología cristiana contiene hermosísimas y delicadísimas enseñanzas. Ojalá la conociéramos mejor y la hiciéramos revivir en el pensamiento y el arte cristianos. Está cargado de tradición y de profundo sentido cristiano, porque en él se vació el pensamiento y la piedad de nuestros antepasados en la fe.

### 233. — EL PRIMADO DE PEDRO: IOH. 21, 15-23

#### **Evangelio de la fiesta de San Juan Evangelista (vv. 19-24)**

<sup>15</sup> Y cuando hubieron comido, dice Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Le responde: Sí, Señor: tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. <sup>16</sup> Le dice segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Le responde: Sí, Señor: tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. <sup>17</sup> Le dice tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció, porque le había dicho la tercera vez ¿Me amas?, y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas: tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas.

<sup>18</sup> En verdad, en verdad te digo, que cuando eras más joven, te ceñías, e ibas adonde querías: mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras. <sup>19</sup> Esto dijo, señalando con qué muerte había de glorificar a Dios. Y habiendo dicho esto, le dice: Sígueme. <sup>20</sup> Volviéndose Pedro vió que le seguía aquel discípulo, a quien amaba Jesús, y que en la cena estuvo recostado sobre su pecho, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te entregará? <sup>21</sup> Y cuando Pedro le vió, dijo a Jesús: Señor, y éste, ¿qué? <sup>22</sup> Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti? Tú sígueme. <sup>23</sup> De aquí corrió la voz entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Y no le dijo Jesús: No morirá. Sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti?

**Explicación.**— Ya se ha dicho en los números anteriores la razón de que añadiera el autor a su Evangelio este último capítulo, que contiene interesantísimos documentos. A más de la aparición de Jesús y de la comida simbólica, expli-

cadadas en el número anterior, se comprenden en este fragmento, del mismo capítulo: la colación del primado a Pedro (15-17); y la explicación del episodio ocurrido entre Jesús, Pedro y Juan, que dió lugar al error de interpretación de algunos de los primeros cristianos, y que Juan desvanece aquí (18-23).

JESÚS CONFIERE EL PRIMADO A PEDRO (15-17). — Lo que Jesús había prometido a Pedro en otras ocasiones, la preeminencia sobre los demás Apóstoles y el régimen universal de la Iglesia (Cf. Ioh. 1, 42; Mt. 16, 17-19; Lc. 22, 31.32), ahora se lo confiere de hecho, en forma solemne y bajo una expresiva metáfora, aptísima para concretar el pensamiento del Señor y el oficio que confiere a Pedro. Pero antes quiere cerciorarse del amor del Apóstol, obligándole a que lo confiese por tres veces: *Y cuando hubieron comido, junto al mar de Tiberíades, dice Jesús a Simón Pedro...* Nótese que el Evangelista llama al Apóstol por su nombre de oficio y dignidad; Jesús va a llamarle por el nombre familiar y patronímico, para que mejor se entienda que la pregunta que va a hacerle es personalísima: *Simón, hijo de Juan* (Cf. Mt. 16, 17), *¿me amas más que éstos, más de lo que éstos me aman?* Pedro, aleccionado por las anteriores caídas, precedidas de su jactancia, que le hizo anteponerse a todos los demás (Cf. Mt. 26, 33), *le responde*, humildemente: *Sí, Señor: tú sabes que te amo*, remitiéndose al juicio del Señor. Jesús *le dice: Apacienta mis corderos*. Es indudable que aquí se confiere una prerrogativa especial a Pedro solo, a más de lo que ha concedido ya Jesús a todos por igual (Cf. Ioh. 20, 21): lo revela el doble hecho de que le nombre por su nombre de familia y reclame de él un amor superior al que los demás le tienen. ¿Cuál es la prerrogativa? La del régimen universal de los súbditos de Cristo: no es dudosa la aplicación de la metáfora, cuando en el Antiguo Testamento el pueblo de Dios es llamado rebaño del Señor (Cf. Ps. 73, 1; 76, 21; 78, 13; Ier. 10, 21; 13, 17; Ez. 34, 4 sigs., etc.), y el mismo Jesús había utilizado esta metáfora (Cf. Mt. 9, 36; 10, 6; Ioh. 10, 1 sigs.).

Quiere Jesús manifestar cuánto debe ser el amor que le tengan los que tienen confiado el régimen de su rebaño, y cuánto más debe tener el pastor supremo de él. Por esto *le dice segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* No establece aquí Jesús comparación con el amor de los demás: *Le responde: Sí, Señor: tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos*, mejor, sé pastor de mis ovejuelas. Pedro había negado tres veces a Jesús: otras tantas querrá Jesús que manifieste su amor: *Le dice tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció, porque le había dicho la tercera vez ¿Me amas?* Se entristeció, porque, vuelto tímido por sus anteriores caídas, pudo pensar que Jesús desconfiaba de su firmeza: porque temió que a esta reiterada manera de preguntar siguiese la predicción de alguna otra caída. Pedro se remite ahora a la omnisciencia de Jesús: lo sabe todo; luego debe saber también que le ama: *Y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas: tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas*, no ya con diminutivo. Es grande la trascendencia dogmática de este pasaje: Pedro es el pastor de todo el rebaño del Señor: de los corderos y ovejuelas, y de las ovejas. Sin pretender analizar lo que por estas tres denominaciones quisiese expresar el Señor, en lo que no convienen los intérpretes ni es preciso sutilizar, es evidente que Jesús confía a Pedro la plenitud de régimen sobre la totalidad de su rebaño, y por lo mismo, sobre el pueblo y sobre la jerarquía, incluso los obispos. Estos poderes se han transmitido a sus sucesores, los Romanos Pontífices.

LA FUTURA SUERTE DE PEDRO Y JUAN (18-23). — Pedro acaba de ser constituído pastor de la grey de Cristo: un buen pastor da la vida por sus ovejas: Pedro la dará, y con ello demostrará ser verdadero el amor que a Cristo acaba de confesar. Es lo que predice Jesús en la profecía que va a hacer sobre el martirio de Pedro, que dará su vida, como había ofrecido en otra ocasión, sin cumplirlo (Cf. Ioh. 13, 37), y seguirá a Jesús, como Él se lo había predicho a su vez (Ibíd. v. 36).

La predicción de Jesús es solemne, robustecida con ju-

ramento: *En verdad, en verdad te digo, que cuando eras más joven, te ceñías, e ibas adonde querías*: expresa Jesús la suma independencia de la juventud, que es la edad en que más libertad se goza, libertad expresada aquí por la doble metáfora, de ceñirse el vestido en la forma que se quiere y de ir adonde la voluntad lleva. No lo hará así Pedro cuando sea viejo, y llegará a la vejez, según la profecía de Jesús: *Mas cuando ya fueres viejo...* Entonces deberá extender sus brazos sobre la cruz, extender las manos era para los antiguos sinónimo de ser crucificado, será ceñido por otros, con las cuerdas con que sea llevado al tormento, o con las que será quizás atado a la misma cruz; y será llevado contra su voluntad, no contra su voluntad racional, que querrá Pedro libremente dar su vida por Jesús, sino contra este natural instinto que nos tiene aferrados a la vida: *Extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras*. Cuando Juan escribió su Evangelio, la profecía se había ya realizado: Pedro había sido crucificado en Roma: el Evangelista hace notar la correlación entre la profecía y su realización: *Esto dijo, señalando con qué muerte había de glorificar a Dios*.

Cuando Jesús hubo predicho a Pedro su martirio, quizás levantándose del suelo, donde tomarían la refección, el Señor invita al mismo Pedro a que le siga: *Y habiendo dicho esto, le dice: Sígueme*: trátase en primer lugar de que corporalmente vaya en pos de él en aquel momento, y así lo hace Pedro (v. 20): pero casi todos los intérpretes han visto en estas palabras un sentido ulterior, a saber: *sígueme en el mismo género de muerte, o, sigue mis pisadas en el orden espiritual*. Pedro le siguió, y con él vino tras Jesús Juan, a quien se lo consentía la intimidad y familiaridad con el Maestro: *Volviéndose Pedro vió que le seguía aquel discípulo, a quien amaba Jesús, y que en la cena estuvo recostado sobre su pecho, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te entregará?*

Entonces Pedro, barruntando que Juan quisiese saber también la suerte que le tocaba y que quizás no se atrevía a preguntárselo directamente a Jesús, lo hace él, movido del

amor que al compañero siente, tal vez de la santa curiosidad de saber si se le reservaba también la crucifixión, ya que tanto amaba al Señor: *Y cuando Pedro le vió, dijo a Jesús: Señor, y éste, ¿qué?* Así Pedro corresponde a los buenos oficios que por él había hecho Juan en la última cena, cuando a su petición preguntó a Jesús quién era el traidor (Cf. Ioh. 13, 24 sigs.).

La pregunta de Pedro ha pecado de precipitada y poco prudente: Jesús no le consiente seguir adelante en esta cuestión: *Jesús le dijo: Si quiero que él quede*, si quiero que no te siga en el martirio, si quiero que viva hasta que plácidamente muera, cuando le llame yo para que reciba el premio, *hasta que yo venga, ¿qué te va a ti?* Nada tiene que ver su suerte con lo que yo he predicho de la tuya: *Tú sígueme*. El original griego lleva la lección "si quiero", que indudablemente es la legítima; la Vulgata dice: "así quiero": en este último sentido la respuesta de Jesús es menos desabrida para Pedro, pero menos asertiva sobre el porvenir del discípulo amado. En ambos casos se entiende que Juan no morirá mártir, como Pedro.

Pero la fantasía popular hizo que se llegara a conjeturar que Jesús había predicho a Juan vida perenne, hasta su segundo advenimiento: *De aquí corrió la voz*, se interpretó y se divulgó *entre los hermanos*, los primeros cristianos, discípulos de Juan, *que aquel discípulo no moriría*. Juan va a rectificar aquella falsa opinión que, cuando él muera, podría redundar en desprestigio de la palabra de Jesús: y lo hace con énfasis, puntualizando cuidadosamente las palabras que Jesús pronunció al responder a Pedro: *Y no le dijo Jesús, a Pedro: No morirá. Sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué te va a ti?* A pesar de esta rectificación, solemne y oficial, hecha por el mismo Apóstol que oyera las palabras de Jesús, dice la historia que persistió en muchos la creencia de que Juan estaba sólo dormido en el sepulcro, que si había muerto fué para resucitar luego, y así en cuerpo glorioso e inmortal esperar el segundo advenimiento del Señor.



**Lecciones morales.** — A) v. 15. — *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?* — Lo que más benévolo hace al Señor con nosotros, dice el Crisóstomo, es que tengamos que cuidar y regir a nuestros hermanos: por esto a Pedro, que era la boca del apostolado y el eje del sagrado Colegio, Dios le da el sumo amor, y se lo exige, porque quería darle suprema jurisdicción y el cuidado de todos los demás. Ya no le echa en cara sus negaciones, sino que se las borra, y le dice: Si me amas más que éstos, presídelos, gobiérnalos, y el amor ardoroso que siempre me manifestaste, exhíbelo ahora, y da por tus ovejas la vida que dijiste darías por mí. Los que hayan sido constituídos pastores, háganse dignos de esta benevolencia del Señor, amándole de una manera especial: y las ovejas no toquen a los pastores, que quien toca a ellos, toca al mismo Jesús en las pupilas de sus ojos.

B) v. 17. — *Apacienta mis ovejas.* — Apacentar las ovejas, dice Alcuino, es confortar en la fe a los creyentes en Cristo, para que no claudiquen; es dar a los súbditos los mismos auxilios materiales, si los necesitan; es resistir a los contrarios, corregir a los que yerran. Mas los que de tal manera apacientan las ovejas de Cristo que quieren sean suyas, no de Cristo, dice San Agustín, demuestran que no aman a Cristo, sino a sí mismos, y que los lleva el afán de tener o de dominar, o de enorgullecerse, no la caridad. No nos amemos, pues, a nosotros, sino a él, en nuestro oficio de pastores, y busquemos lo que es de él, no lo nuestro. Quien se ama a sí mismo, no a Dios, no se ama a sí mismo: porque quien no puede vivir de sí mismo, muérese amándose a sí mismo.

c) v. 18. — *Te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras.* — Es decir, te llevará a la muerte, que tú no querrás, no porque no quieras dar tu vida por mí, sino, como dice el Crisóstomo, por la natural violencia que sufre el alma al tener que separarse del cuerpo. Dios lo ha querido así a fin de que no se multipliquen los suicidas: ¿cuántos fueran si la separación de alma y cuerpo fuese menos dolorosa que muchas penalidades de la vida? Por esta natural pena de morir es porque el Apóstol decía que no queremos ser despojados, sino como sobrevestidos con mayor vida (2 Cor. 5, 4). Pero cualquiera que sea la pena y dificultad de morir, dice San Agustín, debe vencerla la fuerza del amor: del amor que debemos tener a Aquel que, siendo nuestra vida, quiso llegar hasta el extremo de dar la suya por nosotros; de este amor que debiera hacernos decir con el

Apóstol: Deseo resolverme, y estar con Cristo (Phil. I, 23).

D) v. 21. — *Señor, y éste, ¿qué?* — Pedro quiere pagar aquí a Juan la oficiosidad que éste hizo en la Cena preguntando, por indicación de Pedro, quién sería el traidor. Ahora es Pedro quien interpreta que Juan quiere saber su suerte futura, y, en nombre de él, llevado de amor y de curiosidad a un tiempo, hace la pregunta a Jesús. La respuesta envuelve una declaración y una lección: declara el Señor que Juan no morirá mártir, aunque sufrirá el martirio; y da a Pedro la lección de que no es a él a quien interesan los destinos de Juan. Pidamos a Dios para nuestros queridos o para nuestros administrados lo que nos parezca les convenga, especialmente en lo relativo a su vida espiritual: pero dejemos que la mano de Dios les conduzca según su sapientísima providencia, después que hayamos hecho por ellos lo que nuestro deber o nuestro celo nos inspire.

E) v. 22. — *¿Qué te va a ti? Tú sígueme.* — Pedro quiso saber demasiado, cuando trató de averiguar los designios de Jesús sobre su compañero de apostolado. Hay cosas que escapan a la curiosidad y al mismo cuidado de los hombres, aunque hayan de tener cuidado de nosotros: son aquellas cosas que dicen relación directa entre nosotros y Dios. No digamos como Caín: ¿Por ventura soy yo guarda de mi hermano? Pero tampoco queramos substituir, y menos suplantar, a la divina Providencia cuando se trate del hermano. Cada uno de nosotros tiene su ruta señalada por Dios: los que gobiernan y cuidan a los demás, deben hacerlo llevándolos por esta ruta: violentar los designios de Dios es exponer al que gobierna y al gobernado a errar el camino de la vida, temporal y eterna. "Tú sígueme": es la norma de todos: y en lo que no te corresponda, deja al otro que siga a Dios en la forma que Dios quiere. Que ningún egoísmo, ni baja mira ninguna, haga que te coloques en el puesto de Dios.

F) v. 23. — *Si quiero que él quede hasta que yo venga...* — Viene Jesús cuando nos visita con la muerte; y viene cuando quiere, porque en sus manos tiene el hilo de nuestra vida. Y a unos da vida larga, como a Juan el Evangelista, y a otros se la siega cuando todavía a los ojos humanos no estaba madura. Pidamos a Jesús que nos visite cuando quiera, pero que no quiera visitarnos si un día nos separamos de Él, hasta que de nuevo estemos reconciliados y pueda llevarnos consigo al reino de la bienaventuranza.

## 234. — B) APARICIÓN A LOS APÓSTOLES EN UN MONTE DE GALILEA: Mt. 28, 16-20; Mc. 16, 16-18

(Mc. 16, 15)

### Evangelio de la Misa del día de la Ascensión del Señor (Mc. 14-20)

«<sup>16</sup> Y los once discípulos se fueron a la Galilea, al monte adonde Jesús les había mandado. <sup>17</sup> Y cuando lo vieron, le adoraron, mas algunos dudaron. <sup>18</sup> Y llegando Jesús les habló, diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. <sup>19</sup> Id, pues, <sup>mc</sup> *por todo el mundo; predicad el Evangelio a toda criatura*, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. <sup>20</sup> Enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

«<sup>mc 16</sup> El que creyere, y fuere bautizado, será salvo: mas el que no creyere, será condenado. <sup>17</sup> Y estas señales seguirán a los que creyeren: Lanzarán demonios en mi nombre: hablarán nuevas lenguas: <sup>18</sup> quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán.

**Explicación.** — Ignórase también el día en que tuvieron los Apóstoles esta aparición del Señor. El mismo día de su resurrección les había dicho que se trasladaran a la Galilea (Mt. 28, 10; Mc. 16, 7): es probable que después de las apariciones de la Judea volviesen los Apóstoles cada cual a sus quehaceres, aguardando la fecha para trasladarse al monte que Jesús les había previamente indicado para tratar con él. Es trascendental esta aparición, porque en ella les revela Jesús la omnímoda plenitud de sus poderes, y en virtud de ellos les envía a todo el mundo, a la conquista de su reino. Se completan aquí Mateo y Marcos: el primero afirma principalmente el hecho de la misión de los Apóstoles; el segundo describe los carismas que recibirán de Dios los hijos de su reino.

MISIÓN DE LOS APÓSTOLES (Mt. 16-20). — La Galilea había sido el principal teatro de la vida pública de Jesús: de aquella región eran todos los Apóstoles, excepto Judas: allí habían sido instruídos en las doctrinas del Señor: y allí les convocó para comunicarles la plenitud de sus poderes: *Y los once discípulos se fueron a la Galilea, al monte adonde Jesús les había mandado.* Muchas conjeturas se han hecho para identificar este monte: unos están por el monte de la Transfiguración, otros por el de las Bienaventuranzas: pero es incierto. Creen también algunos que esta aparición es la misma que refiere San Pablo (1 Cor. 15, 6), en la que fué Jesús visto por más de quinientos discípulos; pero es lo más probable, toda vez que no se habla aquí más que de los once, que se trata de otra aparición.

La aparición sería asimismo súbita: así que se presentó Jesús, se prosternaron en actitud de adoración: *Y cuando lo vieron, le adoraron.* Más extraño es que, después de tantas apariciones, dudaran aún los Apóstoles: *Mas algunos dudaron:* quizás se trataba de otros que no eran los Apóstoles y que aun no habían visto al Señor: o que la duda fué sólo momentánea, o mejor, dudaron, no del hecho de la resurrección, que tenían ya bastante comprobado, sino de que el aparecido fuese Jesús: justifica esta interpretación lo ocurrido a los discípulos de Emaús y a los que pescaban en Genesaret.

Jesús va en este momento a conferir a sus Apóstoles la misión de bautizar y predicar, con todas las prerrogativas que en ello se incluyen: pero antes quiere exhibirles los poderes en virtud de los cuales les envía a la conquista del mundo: *Y llegando Jesús les habló, diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra.* Las palabras son llenas, asertivas, rotundas: nunca hombre alguno pudo hablar así. Jesús tiene toda potestad: la tiene como Dios; pero aquí se manifiesta investido de la misma como hombre que, después de haber consumado la obra de la redención y vencido al enemigo del género humano, que es el demonio, tiene derecho a hacerse un reino del que deberán formar parte todas las gentes. Es poder que se extiende a cielo y tierra,

porque el reino mesiánico tiene aquí sus comienzos para tener su consumación en la gloria. Es el poder del Mesías, del Cristo de Dios, del que con tanto énfasis hablaron los viejos oráculos (Cf. Ps. 2, 8; 109, 1; Dan. 7, 14; Is. 49, 6.8 sigs., 53, 12, etc.).

De esta potestad suprema y radical de Cristo deriva la potestad que a sus Apóstoles confiere: *Id, pues...*, es decir, porque yo tengo esta potestad, os la transfiero para que la ejerzáis; no sólo en territorio de Israel, sino *por todo el mundo*, recorriendo toda la sobrehaz de la tierra. La primera función ministerial es la de la palabra, que engendra la fe: *Predicad el Evangelio a toda criatura*, a todo ser humano capaz de ser adoctrinado en las cosas de Dios: *y enseñad a todas las gentes*, atrayéndolas y congregándolas a todas en mi escuela, para que se realicen los antiguos vaticinios, según los que la ciencia de Dios debía llenar toda la tierra en los tiempos mesiánicos (Cf. Is. 2, 2; 11, 9; 44, 45; Ez. 17, 23; Ps. 71, 9-11, etc.): *Bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*: el Bautismo es el rito sacramental de introducción al nuevo reino: la circuncisión está ya abolida: el Bautismo debe administrarse en el nombre, es decir, en virtud, autoridad y eficacia de la Santísima Trinidad, con la cual importa este Sacramento, por parte de quien lo recibe, un vínculo especial de orden espiritual, una especie de dedicación o consagración, según el sentido del texto griego. Las palabras de Jesús, en las que se nombran clarísimamente las tres personas de la Trinidad augusta, han sido interpretadas por la tradición cristiana como la fórmula de administración del Bautismo.

Los adscritos a la escuela de Cristo y bautizados en nombre de la Trinidad deberán ser enseñados por los Apóstoles y sus sucesores en todas aquellas cosas que Jesús les manifestó o encomendó, en orden a la creencia dogmática y a la práctica de la vida: *Enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado*: con ello confirma Jesús a los Apóstoles en su autoridad o potestad de magisterio y régimen, por cuanto Jesús no les dió un cuerpo doctrinal ni legal escrito, sino una enseñanza oral, que depositada en las iglesias fun-

dadas por los Apóstoles constituirá la tradición: parte de ella se consignará en los Evangelios y escritos apostólicos, tomando la tradición en el sentido general (Cf. tomo I, página 30): no podría conservarse la unidad de doctrina y disciplina sin la potestad de magisterio y el poder judicial.

Es ardua la empresa confiada a los Apóstoles: pero que no teman: Jesús estará con ellos, continuamente, para siempre: *Y mirad que yo estoy con vosotros*, no sólo para mientras ellos vivan, sino *todos los días hasta la consumación de los siglos*: por lo mismo, en los Apóstoles van comprendidos sus sucesores. Estará Jesús con sus enviados, con toda la plenitud de su poder personal, y por lo mismo con toda la eficacia que de la suma potestad de Jesús puede esperarse. Estará a perpetuidad, por lo que la Iglesia tendrá la seguridad de que no errará jamás en el camino de la verdad: de que vencerá toda suerte de resistencias que pretendan oponérsela. La historia de dos mil años es prueba y garantía al mismo tiempo del cumplimiento de la promesa de Jesús. Con estas alentadoras palabras termina San Mateo su Evangelio.

LA PROMESA DE CARISMAS (Mc. 16-18). — Antes de enumerarlos, Marcos, que, como el primer Evangelista, ha expresado el poder de enseñar a todo el mundo que los Apóstoles recibieron, añade las sanciones correspondientes a quienes oyeren esta predicación y recibieren el bautismo administrado en nombre de la Santísima Trinidad: *El que creyere*, no con fe puramente intelectual, sino de obras, llevando a la práctica aquello que cree, y *fuere bautizado, será salvo*, entrará en el reino definitivo de Jesús, que es la gloria: *mas el que no creyere, será condenado*, porque sin la fe es imposible agradar a Dios, y el que no cree está ya juzgado (Cf. Hebr. 6, 11; Joh. 3, 18).

Esta fe se manifestará en el mundo de manera extraordinaria. Porque Jesús no sólo estará con los Apóstoles con su asistencia hasta el fin del mundo, sino que no faltará jamás en la comunidad de los fieles la gracia de sus poderes extraordinarios en el orden taumatúrgico para mayor prestigio de la fe y mayor facilidad de su difusión: *Y estas*

*señales seguirán a los que creyeren*, es decir, serán consecutivas a la fe, como argumento de su divinidad y de su fuerza: *Lanzarán demonios en mi nombre*, como los lanzaba Jesús, y con igual poder que el concedido a los Apóstoles (Mc. 3, 15): *Hablarán nuevas lenguas*, que no habrán aprendido: *Quitarán serpientes*, no exterminándolas, sino que podrán tenerlas en sus manos sin que les dañen, aun siendo venenosas (Cf. Act. 28, 3-6): *Y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará*: Dios les protegerá hasta contra las asechanzas ocultas de quienes atenten contra ellos: *Pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán*. El libro de los Hechos Apostólicos refiere numerosos hechos que son la más espléndida confirmación de estas promesas del Señor (Cf. Act. 3, 1 sigs.; 6, 8; 10, 46; 14, 56 sigs.; 19, 6, etc.). Ni faltaron jamás, a través de todos los siglos, milagros de todo género, como lo prueba la historia de los Santos, que demuestran la continua asistencia del poder de Dios a su Iglesia, como no le ha faltado jamás la asistencia divina en orden a la conservación de la verdad.

**Lecciones morales.** — A) Mt. v. 18. — *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra.* — El poder que Cristo tenía como Dios, se ha transferido al Hombre-Dios, porque ha ganado con su esfuerzo a los hombres para Dios. Poder que deriva de la unión hipostática, porque es el Hijo de Dios a quien ha dicho el Padre: “Pídeme, y te daré en posesión hasta los confines de la tierra” (Ps. 2, 8); pero que arranca también del esfuerzo personal del Hombre-Dios, con el que nos conquistó, nos compró, nos arrancó del poder del demonio. Y como la conquista fué completa y universal, el poder logrado es también universal y absoluto. Por ello es que el Apóstol dice que ante el nombre de Jesús todo dobla la rodilla: los cielos, la tierra y los abismos (Phil. 2, 10). Gloriémonos de tener un Hermano, de nuestra misma naturaleza, que tenga un poder que no se ha concedido al más encumbrado de los ángeles: confiemos en un poder que triunfará de todos nuestros enemigos si lo tenemos en nuestro favor: admiremos un poder, el más glorioso y avasallador de la historia: pero temamos un poder que, usando la misma frase de Jesús, puede echar cuerpo y alma, de los que no le temen, al infierno (Mt. 10, 28).

B) v. 19. — *Enseñad a todas las gentes...* — ¿Qué enseñarán los Apóstoles a todas las gentes? Lo que Jesús les enseñó a ellos. Y ¿qué enseñó Jesús a los Apóstoles? Las cosas que el Padre le confió para que las enseñara, porque Jesús, lo decía Él mismo, no hablaba de por sí, sino lo que había oído del Padre (Ioh. 8, 26). Y aquí tenemos este misterio de la verdad cristiana, que brota de los mismos senos de Dios, y pasando por los labios de Jesús, Hombre-Dios, entra por el oído en las almas y en el corazón de los discípulos de Jesús. Nosotros, si nos preciamos de serlo, deberemos guardar, como el mejor de los tesoros, el tesoro de la fe en nuestras almas: fe pura, como lo es la palabra de Dios; fe recia, que dé consistencia a toda nuestra vida; fe clara y luminosa, que se manifieste con nuestras obras; fe expansiva, que vaya a la conquista del pensamiento de nuestros hermanos.

c) v. 20. — *Estoy con vosotros... hasta la consumación de los siglos.* — ¡Promesa consoladora la de Jesús! Pasarán los hombres y los siglos, y Jesús no pasará, porque permanecerá en su Iglesia y con su Iglesia. Pasarán los sistemas, los errores, las herejías, la falsa ciencia, y Jesús, verdad esencial, no pasará. Pasarán los tiranos, los enemigos personales de Cristo, y Cristo no pasará: es el de ayer, el de hoy, el de todos los siglos (Hebr. 13, 8). No sólo no pasará, sino que permanecerá siempre el mismo, presidiendo los humanos cambios, las transformaciones de las sociedades, quedando él siempre con este sentido de eternidad y de inmutabilidad que participa de su divinidad. Todo lo que no sea de él o le sea contrario, sucumbirá sin remedio: todo lo que sea y se diga de él, llevará su marca, el sello de su Espíritu (Eph. 1, 13), en frase de San Pablo, que le comunicará cuanto cabe su misma perennidad. Y se acabarán los siglos, y todo quedará consumido, menos lo que sea de Cristo, su santa Iglesia, que vivirá y reinará con él por los siglos de los siglos.

D) Mc. v. 16. — *El que creyere, y fuere bautizado, será salvo...* — Tal vez alguno diga en su interior: Yo ya creo; me salvaré. Dice bien, si no contradice su fe con las obras; porque la verdadera fe está en que lo que se dice por la confesión oral de los artículos de la fe, no se contradiga con las obras, dice San Gregorio. Es decir, que las condiciones esenciales para la salvación son: primera, unión intelectual con Dios por medio de la fe, creyendo lo que Él ha revelado y aceptándolo como regla de vida; segunda, incorporación a la Iglesia, fuera de la



cual no hay salvación, por medio del bautismo; tercera, amoldar la vida a la fe que se profesa, de lo contrario la fe queda muerta y no es apta para dar la vida eterna. Es punto esencial éste, que separa a los católicos de los protestantes.

E) v. 17. — *Y estas señales seguirán...* — El milagro es algo inmortal y perpetuo en la Iglesia: no sólo en la historia, sino en el hecho vivo de la vida de la Iglesia. Jamás faltaron milagros. Cada nueva canonización de un santo es la proclamación de esta fuerza viva taumatúrgica que Jesús ha escondido en el seno de su Iglesia. Si fueron más frecuentes en los comienzos del Cristianismo, debióse ello, dice San Gregorio, a que eran más necesarios para que echara la nueva planta su raigambre en el mundo, como necesita más agua el tierno arbusto cuando es plantado que cuando ya vive por sí. Debe sernos de gran consuelo el pensamiento que Dios tiene siempre a disposición de su Iglesia, que es nuestra Iglesia, la fuerza de su poder para arraigar, defender, propagar y glorificar nuestra santísima fe.

## 235. — ÚLTIMAS ENSEÑANZAS DE JESÚS

LA ASCENSIÓN: Lc. 24, 45-53; Mc. 16, 20

(Mc. 16, 19)

**Evangelio de la Misa del martes de la semana de Pascua (vv. 45-47), y de la fiesta de la Ascensión (Mc. 16-20)**

<sup>45</sup> Entonces les abrió la inteligencia, para que entendiesen las Escrituras. <sup>46</sup> Y les dijo: Así está escrito, y así era menester que el Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos: <sup>47</sup> y que se predicase en su nombre penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. <sup>48</sup> Y vosotros testigos sois de estas cosas. <sup>49</sup> Y yo os envío lo que mi Padre os prometió: mas vosotros permaneced aquí en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la virtud de lo Alto.

<sup>50</sup> Y <sup>Mc</sup> así el Señor Jesús, después que les hubo hablado, los sacó fuera camino de Betania: y alzando sus manos los bendijo. <sup>51</sup> Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos, y era llevado al cielo, <sup>Mc</sup> y *está sentado a la diestra de Dios*. <sup>52</sup> Y ellos, después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con

grande gozo: <sup>28</sup> y estaban siempre en el Templo loando y bendiciendo a Dios. Amén.

<sup>29</sup> Y ellos salieron, y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.

**Explicación.** — San Lucas había narrado la aparición de Jesús a sus discípulos, reunidos y a puerta cerrada, el mismo día de la resurrección. Dejando la narración de las demás apariciones, peculiar de Mateo y Juan, y condensando extraordinariamente, ya que ha de volver sobre lo mismo en el libro de los Hechos Apostólicos, del que es autor, no hace aquí Lucas más que indicar los últimos documentos de doctrina que dió Jesús a sus discípulos. Aunque los pone a continuación de la historia de la aparición mentada, no se sigue que diera estas enseñanzas en el mismo día ni el mismo lugar. Suponemos que este pequeño discurso de Jesús tuvo lugar en Jerusalén, y el mismo día de la Ascensión.

ÚLTIMAS ENSEÑANZAS DE JESÚS (Lc. 45-48). — Había dicho el Señor que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que del Mesías estaban escritas en la Ley, en los Profetas y en los Salmos (Cf. núm. 230): lo que antes no habían podido entender, por sus falsos prejuicios sobre el Cristo (Cf. Lc. 18, 34), ahora, realizado ya, y por indicación de Jesús y ayudados de su gracia, van a entenderlo: *Entonces les abrió la inteligencia*, les dió claridad y penetración especial de esta facultad, *para que entendiesen las Escrituras*. Por lo mismo, cuanto leemos en los escritos apostólicos aplicado a Jesús, de las Escrituras del Antiguo Testamento, debemos aceptarlo como interpretación del mismo Jesús o a lo menos hecha en virtud de este sentido intelectual que Jesús abrió y despertó en sus discípulos.

Prueba luego Jesús su mesianidad por el hecho de que se han realizado en él las profecías relativas a la pasión y resurrección: *Y les dijo: Así está escrito, y así era menester*, porque Dios lo tenía decretado, *que el Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos* (Cf. Is. 50, 6.7;

53, 2-12; Zach. 12, 10; Ps. 21, 2 sigs.; Is. 53, 11; Ps. 15, 10, etc.). Afirma asimismo que, según los antiguos oráculos, la redención mesiánica no debía reducirse al pueblo de Israel, sino que debía extenderse a todo el mundo; redención que debía significarse principalmente por la penitencia y consiguiente remisión de los pecados, en la fuerza del nombre del Cristo que con su pasión mereció la santificación de los pueblos: *Y que se predique en su nombre penitencia y remisión de los pecados a todas las naciones*: debiendo según los mismos vaticinios empezar la irradiación de tantos bienes de la ciudad de Jerusalén, centro de la teocracia: *comenzando desde Jerusalén*, de donde deben derivar al mundo las aguas salu-  
tíferas de la redención (Cf. Ez. 47, 1 sigs.; Ps. 2, 6; Is. 2, 2).

Los Apóstoles deberán ser los heraldos de esta redención obrada por Cristo, verdadero Mesías: podrán anunciarla a todo el mundo, porque son testigos de la pasión y resurrección, de la institución del reino mesiánico, del cumplimiento de las profecías: *Y vosotros testigos sois de estas cosas*. A su cualidad de testigos, que será garantía de la verdad de su predicación, añadirá Jesús, para que puedan cumplir plenamente su misión, el Espíritu Santo que les tiene prometido (Cf. Ioh. 14, 16.17-56; 15, 26), y que también estaba prometido en los antiguos oráculos (Cf. Is. 44, 3; Ez. 11, 19; 36, 26; Joel 2, 28): *Y yo os envío lo que mi Padre os prometió*. Antes de salir a predicar el nuevo reino, deberán permanecer en la ciudad, hasta el día en que la venida del Espíritu Santo les iluminará y confortará para predicar con intrepidez el reino de Cristo, trocándose en valor acérrimo su actual cobardía: *Mas vosotros permaneced aquí en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la virtud de lo Alto*.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR (50-53). — Estas palabras serían casi las últimas que Jesús diría a sus Apóstoles en la intimidad de su última comida con ellos (Cf. Act. 1, 4). Todavía los Apóstoles no habían entendido la universalidad y espiritualidad del reino que iba a fundar Jesús, por cuanto le preguntan si será entonces, cuando dentro de pocos días les envíe el Espíritu, que restablezca el reino de Israel (Cf. Act. 1,

6-8). Jesús les responde con una evasiva, al tiempo que insiste en la misión del Espíritu Santo sobre ellos.

Y habiéndoles dado sus postreras enseñanzas, salió con ellos fuera de la ciudad, tomando la dirección de Betania; no llegando hasta este poblado, sino deteniéndose en el Monte de los Olivos, en el lugar donde dobla el camino hacia Betania: *Y así el Señor Jesús, después que les hubo hablado, los sacó fuera camino de Betania* (Cf. Act. 1, 12). Allí, como un padre que se despide definitivamente de sus hijos, y que al hacerlo implora sobre ellos las bendiciones del cielo, levantó Jesús sus manos en actitud de bendición y de plegaria: *Y alzando sus manos los bendijo*. Mientras estaba en esta actitud paternal, conmovedora, separóse de ellos, en sentido vertical, de ascensión a lo alto, partió de la tierra, remontándose al cielo: *Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos, y era llevado al cielo*, permaneciendo visible durante algún tiempo; y *está sentado a la diestra de Dios*, como había predicho a los sinedristas (Mc. 14, 62; Cf. Act. 1, 9; Eph. 4, 10; Hebr. 6, 20; 7, 26; 1 Petr. 3, 22, etc.); es decir, está en el cielo junto a Dios, con igualdad de naturaleza y poder según su divinidad, y gozando de la máxima preeminencia y felicidad como hombre, Rey inmortal de los siglos que desde allí gobierna la Iglesia que fundó.

Dos sentimientos embargaron en estos momentos el corazón de los discípulos: el de la reverencia ante el poder y la majestad del Maestro, que en forma tan estupenda manifestaba su divinidad: y el de gozo, por el triunfo de Jesús, que no sólo ha vencido la muerte, sino que sube por su propia virtud al cielo, lo que es gaje del cumplimiento de las magníficas promesas que en varias ocasiones les ha hecho: va a prepararles el lugar: *Y ellos, después de haberle adorado*, es la única vez que se lee en el Evangelio que los Apóstoles adoraran a Jesús, *se volvieron a Jerusalén con grande gozo*. Allí, y en el Templo, lugar ordinario de oración, se consagraron aquellos días de espera a adorar y bendecir a Dios, disponiendo sus almas para el gran advenimiento del divino Espíritu: *Y estaban siempre, con mucha frecuencia, en el Templo loando y bendiciendo a Dios*. Ter-

mina Lucas su Evangelio con un *Amén*, que muchos manuscritos no traen y que es considerado por algunos como apócrifo.

San Marcos termina el suyo indicando el cumplimiento de la misión universalista de los Apóstoles: *Y ellos salieron*, no inmediatamente después de la Ascensión ni de la venida del Espíritu Santo, sino después de haber dado testimonio de Jesús en Jerusalén, en la Judea y Samaria (Cf. Act. 1, 8), *y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos*, según su divina promesa (Cf. Mt. 28, 20), *y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban*: ellos predicaban la doctrina en el nombre de Dios, y Dios ponía el sello de su aprobación con el milagro, que es la marca visible de la verdad.

**Lecciones morales.** — A) v. 45. — *Les abrió la inteligencia, para que entendiesen las Escrituras.* — Las divinas Escrituras son los libros de Dios, y sólo pueden ser entendidos con el sentido de Dios. Mirarlas y leerlas con el mismo criterio de los libros profanos, o que tienen por autores a solos hombres, es condenarse a no entenderlos jamás: no sólo a no entenderlos, sino a errar desdichadamente sobre su contenido. Ya sucedía esto en la primera generación cristiana, según atestigua San Pedro, que se queja de los indoctos e inconstantes que depravan las cartas de San Pablo y demás Escrituras (2 Petr. 3, 16). Por esto Cristo quiso depositar "su sentido" en la Iglesia para la legítima interpretación de las Escrituras: ¿quién podría interpretarlas con garantía de verdad sino la institución a la que ha hecho Dios depositaria de su palabra? Ello debe enseñarnos a no separarnos un ápice de la interpretación que a las Escrituras dé la Santa Iglesia, y a pedir a Dios sus luces, siempre que leamos la palabra de Dios escrita, para que nos haga penetrar en sus sartísimos misterios.

B) v. 48. — *Y vosotros testigos sois de estas cosas.* — Los Apóstoles fueron testigos de las predicciones de Jesús y de su realización; testigos fueron asimismo de la interpretación que de los antiguos oráculos dió Jesús, aplicándoselos a sí mismo: testigos que predicaron la verdad que habían recibido y que la vieron nuevamente confirmada por los milagros que en su favor obraba Dios. En verdad que no puede haber prueba mayor de la divinidad de Jesús y de la verdad de su doctrina que el testi-

monio de estos Apóstoles, cada uno de los cuales puede decir las palabras de San Juan: Os atestiguamos lo que hemos visto y lo que nuestras manos palparon del Verbo de vida (1 Ioh. 1, 1): testimonios que para colmo de su valor murieron por la verdad que predicaban. ¡Con qué fe debiéramos pronunciar aquellas palabras: "Creo en la Iglesia... apostólica..."! Fundada por la autoridad y sobre el testimonio de los Apóstoles, tiene todas las garantías que humanamente pueden exigirse a una institución que tiene la pretensión justísima de llamarse divina.

c) v. 50. — *Y alzando sus manos los bendijo.* — Y bendeciría con ellos a todos los que por su predicación debían creer en Él, como antes había orado por todos (Ioh. 17, 20). Y bendeciría toda la tierra, en la que tanto había padecido, pero en la que había cumplido la voluntad del Padre y había logrado el espléndido triunfo del que va ahora a recibir el riquísimo premio. ¡Momento solemne el de esta bendición del Señor! Extendidas sus manos, quién sabe si trazando sobre el horizonte la señal triunfadora de la cruz, el Pontífice, de quien arranca todo poder de todo pontífice, enviaría al mundo, del que va a separarse, oleadas de bendiciones de toda suerte, porque los signos y las palabras de Jesús hacen lo que significan. Cuando el día de la Ascensión, ante nuestros altares, donde está expuesta la Hostia santa a la hora de Nona, como es piadosa costumbre en nuestras iglesias, estemos postrados ante Jesús sacramentado, pidámosle que renueve, cada año, cada día, esta su bendición, que es la única que puede hacer de la tierra un paraíso y un lugar de preparación para el paraíso definitivo de la gloria.

d) v. 51. — *Se separó de ellos, y era llevado al cielo...* — Mira cómo el Señor quiere se realicen ante los mismos humanos ojos las cosas, hasta inverosímiles, que había predicho, dice el Crisóstomo. Predijo la resurrección de los cuerpos; y él mismo resucita, y quiere certificar de ello a sus discípulos, apareciéndoseles por espacio de cuarenta días. Predijo que seríamos llevados por los aires; y lo verifica él mismo con su ascensión. Dirás: ¿Y qué me interesa ello a mí? Mucho, porque harás lo que él hizo, porque tu cuerpo es de la misma naturaleza que el suyo. Tu cuerpo será tan ágil, que, como el suyo, podrá rasgar los aires: porque podrá el cuerpo lo que la cabeza, y el fin como el principio.

e) v. 52. — *Se volvieron a Jerusalén con grande gozo...* — Motivo de estar henchidos de gozo tenían los Apóstoles. Porque acaba Jesús de abrirles la inteligencia para que entendiesen

las Escrituras; les había constituido heraldos y testigos de su verdad; les había prometido el Espíritu Santo; había subido en su presencia al cielo. Todo eran perspectivas luminosas para los Apóstoles: iban a ser robustecidos por la misma fuerza de Dios; fundarían el reino de Cristo como colaboradores suyos, y luego tenían el gaje de su entrada en el cielo, porque su Cabeza les había precedido para prepararles el lugar. Gozo análogo podemos sentir nosotros, cada uno dentro de nuestra vocación y manera de ser: pertenecemos al reino de Cristo; tenemos el sentido de Cristo (1 Cor. 2, 16); no nos falta la virtud del Espíritu de Cristo; nos anima la misma esperanza de seguir a Cristo en su ascensión a los cielos. Ante estas consideraciones, nuestro pobre ser no debería jamás sentirse agitado por el vaivén de las cosas caducas de la vida. Al cielo vamos, y en el cielo tenemos ya a nuestra Cabeza, que es Cristo.

F) Mc. v. 20. — *Y ellos salieron, y predicaron en todas partes...* — ¡Cosa estupenda! Mientras los grandes maestros de la ciencia humana no han solido moverse de su cátedra, ni han tenido más fuerza que la de llevar, en la forma fría de sus escritos, a un reducido círculo de intelectuales, la pobre luz de sus ideas, los Apóstoles, idiotas, como les llama Teofilacto, reclutados en las capas inferiores del pueblo, y de un pueblo que no se distinguió por su ciencia, salvan los confines de su pequeña patria, penetran en el corazón de las grandes ciudades, se encaran con los poderosos y los sabios, remueven pensamiento y corazón de las multitudes y transforman el mundo. Es el efecto de la fuerza del Espíritu de Dios de que fueron revestidos, según la promesa de Jesús: es la fuerza del poder de Dios que se puso en la forma visible y clamorosa del milagro en favor de sus doctrinas. En verdad que el Cristianismo, que llena toda la tierra, y llena sobre todo los abismos del pensamiento y del corazón de millones de hombres, siendo obra de los Apóstoles pescadores, debe ser obra de Dios.

## 236. — EPÍLOGO DEL EVANGELIO DE SAN JUAN

IOH. 21, 24.25

<sup>24</sup> Éste es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas: y sabemos que su testimonio es verdadero.  
<sup>25</sup> Otras muchas cosas hay también que hizo Jesús: que si se

escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.

**Explicación.**— Los demás Evangelistas terminan sus relatos bruscamente, sin adicionar ninguna nota u observación personal. San Juan, como había terminado su Evangelio, antes de añadirle el capítulo 21, con una alusión a otras obras de Jesús no consignadas en él, señalando al propio tiempo el fin que se propuso al escribirlo (Cf. 20, 30.31), así ahora lo termina definitivamente con estos dos versículos, en que da testimonio de la veracidad de su relato y pondera las muchas cosas en él no escritas.

San Juan escribió su Evangelio a ruego de sus familiares o de los obispos del Asia, según testimonio de San Clemente de Alejandría y San Jerónimo: por ello el autor avala con su firma, por decirlo así, la verdad de lo que ha contado en su libro y el hecho de que él mismo lo ha escrito: *Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas*: no sólo las descritas en el capítulo último, sino en todo su Evangelio.

Como garantía de que es verdad lo que ha narrado, apela el autor a su propio testimonio y al testimonio de los demás discípulos, que pudieron tener ciencia de ello, ya por ser testigos contemporáneos de Jesús, como el Evangelista, ya por haberlo sabido por la predicación de los demás Apóstoles: *Y sabemos que su testimonio es verdadero*: es atestación solemne de la verdad del contenido de su Evangelio, hecha en nombre de toda la Iglesia de Éfeso.

Cuando San Juan escribió su Evangelio, lo habían hecho ya los otros tres Evangelistas: sin duda había otros relatos que no fueron admitidos luego entre los Evangelios canónicos. San Juan deja intacto todo lo de los demás Evangelios y lo que de verdad pudiesen contener otros escritos sobre Jesús: pero para que no se juzgue de la persona y de la obra de Jesús reduciéndolo a la extensión de su libro, añade: *Otras muchas cosas hay también que hizo Jesús*: y en una exageración hiperbólica, por la que nos deja entrever la multiplicidad de enseñanzas y hechos maravillosos de Jesús que han



escapado a la pluma de todos los escritores, aun tomados en conjunto, dice: *Que si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.* Es apreciación personal del autor, muy compatible con la divina inspiración de este pasaje, en la que se adivina la multitud de recuerdos que en su ancianidad guardaría el santo Evangelista de aquellos tiempos en que pudo convivir con el Salvador del mundo. Ello da a entender que, si en los Evangelios sinópticos ha podido fundarse la opinión de que el ministerio de Jesús no duró más que un año, no es fácilmente reducible a tan corto tiempo la predicación del Señor, cuando tanto pondera el autor del cuarto Evangelio lo que tendría que escribirse para decirlo todo. Y nos parece entrever, en la frase hiperbólica del discípulo amado, la extensión de los viajes, la multitud de visitas a Jerusalén, la complicación de episodios, la variedad de discursos, la complejidad de hechos maravillosos de Jesús, que difícilmente pueden encerrarse en marco de tiempo tan estrecho.

**Lecciones morales.** — A) v. 24. — *Éste es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas...* — Cuando decimos una cosa de cuya verdad estamos profundamente convencidos, no reparamos en confirmarla con la solemne aportación de nuestro testimonio, dice el Crisóstomo. Es lo que aquí hace San Juan: aporta el título de su dignidad: “Éste es el discípulo...”: afirma que escribió su Evangelio personalmente: “que escribió estas cosas”: y las rubrica con su testimonio: “que da testimonio...” Sólo en la hipótesis absurda de una absoluta falta de moralidad histórica y científica, aun mirando las cosas desde el punto de vista humano, podríamos negar al Evangelista el asentimiento a lo que escribió. Lo que decimos de él, podemos decirlo de los demás Evangelistas: escribieron y dieron testimonio de lo que escribieron, cada cual en su orden. Y siendo verdadero su testimonio, debemos creer que Jesús es el Hijo de Dios: la simple descripción de sus hechos y enseñanzas son de ello la demostración más perfecta.

B) v. 24. — *Y sabemos que su testimonio es verdadero.* — Lo supo, dice el Crisóstomo, porque estuvo presente en todas las cosas que hizo Jesús: ni faltó de su lado cuando le crucificaron: y se le confió la Madre de Jesús: todo lo cual es prueba

de grande amor y argumento de que lo supo todo según su verdad. Debiéramos sentir especialísima devoción por el Evangelio de San Juan. Porque además de ser el Evangelio espiritual, neumático, en el que se ha vaciado lo más profundo y sublime del alma de Jesús en sus comunicaciones con los hombres, tiene esta nota de compenetración especial entre el autor y Jesús, no sólo por haber convivido con él desde los comienzos de su ministerio, sino por el particularísimo afecto que le profesó el Señor.

c) v. 25. — *Otras muchas cosas hay también que hizo Jesús...* — ¡Quién pudiera saber lo que sabía San Juan del divino Maestro! ¡Cómo el Apóstol, con su mirada de águila, aguzada por el fuego de su amor al Redentor, penetraría en cada una de las acciones y de las palabras de Jesús, hasta adentrarse en su pensamiento y en su Corazón divinos! ¡Qué de materiales no utilizados en la redacción de su Evangelio le servirían para la edificación espiritual de su Iglesia! ¡Cuántos secretos llevaría a la tumba! ¡Qué de misterios conocería por su trato íntimo y de años con la Santísima Madre de Jesús! Ello deberá contribuir a que tengamos del gran Santo y Evangelista un excelso concepto: como deberá ser motivo de que adoremos los profundos designios de Dios, que quiso conociéramos sólo una parte exigua de lo que Jesús hizo por nosotros.

d) v. 25. — *Me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros...* — Tomada esta expresión en su sentido literal, contiene una hipérbole, como tantas se usan en el lenguaje corriente: “Si todo el mar fuese tinta, y todos los juncos plumas, y pergamino todo el cielo, decían los rabinos, no bastarían a describir la profundidad del corazón de los príncipes.” Pero podemos tomarla en su sentido moral, con San Agustín, para decir que el mundo, es decir, los lectores, no serían capaces de comprender los impenetrables misterios de los libros que contuviesen todo lo que dijo o hizo el Señor. O también, con el Crisóstomo, podemos referir esta expresión a la inmensidad del poder de Jesús, para quien es tan fácil, y mucho más, hacer las cosas que quiere como a nosotros escribirlas: porque él, dice el Apóstol (Rom. 9, 5), es EL CRISTO SOBRE TODAS LAS COSAS, DIOS BENDITO POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. AMÉN.

# ÍNDICE DE LOS CUATRO VOLÚMENES

## VOLUMEN I

---

### PRIMERA PARTE. - INTRODUCCIÓN CUESTIONES GENERALES SOBRE EL SANTO EVANGELIO

	<u>Págs.</u>
Razón y objeto de esta introducción . . . . .	3

#### SECCIÓN PRIMERA LOS SANTOS EVANGELIOS

##### CAPÍTULO PRIMERO. — GENERALIDADES

1. Qué es el Evangelio. — 2. Número de los Evangelios. — 3. Símbolos iconográficos de los Evangelistas. — 4. Títulos de los Evangelios. — 5. Orden de los Evangelios. — 6. Ori- gen de los Evangelios. — 7. Lengua en que fueron es- critos los Evangelios. — 8. Autógrafos de los Evangelios.	5
--	---

##### CAPÍTULO II. — AUTORIDAD DIVINA DE LOS EVANGELIOS

1. Naturaleza íntima de los Santos Evangelios. — 2. La ins- piración bíblica: Noción. — Concepto negativo y positivo de la inspiración. — Eficacia de la inspiración sobre cada una de las facultades del autor sagrado. — 3. La inspira- ción: El hecho. — Criterio de la inspiración bíblica. — 4. Consecuencias de la inspiración: Aplicación a los Evan- gelios. — Divinidad, infalibilidad, autoridad, santidad de los libros inspirados. — Reverencia con que trató siempre la Iglesia las divinas Escrituras . . . . .	16
---	----

##### CAPÍTULO III. — AUTORIDAD ECLESIASTICA DE LOS EVANGELIOS

1. Objeto de este capítulo. — 2. Tradición y Escritura: Con- cepto teológico de ambas. — 3. El canon bíblico. — 4. Los Evangelios en la Liturgia y predicación. — 5. Los Evan- gelios apócrifos. — Su naturaleza y clasificación. — 6. Sen- tencias de Jesús extraevangélicas . . . . .	29
---	----

## CAPÍTULO IV. — AUTORIDAD HUMANA DE LOS EVANGELIOS

Págs.

1. Necesidad de vindicarla. — 2. Autenticidad de los Evangelios. — Testimonios externos de ella. — Testimonios internos. — 3. Su integridad. — 4. Su veracidad. — Veracidad subjetiva de los Evangelistas . . . . .

43

CAPÍTULO V. — LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS  
Y LA CUESTIÓN SINÓPTICA

- Significación de la palabra “sinóptico” aplicada a los Evangelios. — 1. Evangelio según San Mateo: El autor. — Destinatarios. — Objeto y fecha del libro. — El original arameico del Evangelio de San Mateo y su versión griega. — 2. Evangelio según San Marcos: El autor. — Destinatarios. — Objeto y fecha del libro. — 3. Evangelio según San Lucas: Su autor. — Destinatarios. — Objeto del libro y tiempo de su redacción. — 4. La cuestión sinóptica: Exposición del problema. — Sistemas para resolverlo. — a) Hipótesis de un Evangelio primitivo. — b) Hipótesis de varios fragmentos o documentos primitivos. — c) Hipótesis de los dos documentos. — d) Hipótesis de la mutua dependencia. — e) Hipótesis de la tradición oral. . . . .

55

CAPÍTULO VI. — EL EVANGELIO DE SAN JUAN  
Y LA CUESTIÓN JUANISTA

1. Razón de este capítulo. — 2. Evangelio de San Juan: El autor. — Destinatarios. — Objeto y fecha del libro. — 3. La cuestión juanista: Exposición. — 4. Soluciones a la cuestión juanista. — a) La de los racionalistas. — b) Solución progresista. — c) Solución tradicional . . . . .

69

SECCIÓN SEGUNDA  
AMBIENTE HISTÓRICO DE LOS EVANGELIOS

- Objeto de esta sección. . . . .

83

## CAPÍTULO PRIMERO. — GEOGRAFÍA DE LOS EVANGELIOS

1. La Palestina. — 2. División geográfica de la Palestina. — 3. División política de la Palestina. — Perea. — Judea. — Samaria. — Galilea. — 4. Clima, fauna y flora de la Palestina . . . . .

85

CAPÍTULO II. — ESTADO POLÍTICO DE LA PALESTINA  
EN TIEMPO DE JESUCRISTO

1. El pueblo judío. — 2. Constitución política de Israel; La teocracia. — 3. Los Hasmoneos: Dinastía de los Herodes.

— 4. Los Herodes en los Evangelios. — 5. Los procuradores romanos. — 6. El Sanedrín o Sinedrio. — Tabla general de la historia del pueblo judío. — Genealogía de los Hasmoneos. — Familia de Herodes. . . . .	Págs. 94
---	-------------

CAPÍTULO III. — INSTITUCIONES RELIGIOSAS DE LOS JUDÍOS  
EN TIEMPO DE JESUCRISTO

1. Lugares sagrados: El Templo. — 2. Las Sinagogas. — 3. Personas sagradas. — 4. Fiestas. — 5. Ideas religiosas del pueblo judío en tiempo de Jesucristo. . . . .	110
---	-----

CAPÍTULO IV. — PARTIDOS POLÍTICO-RELIGIOSOS EN PALESTINA  
EN TIEMPO DE JESUCRISTO

1. Los Escribas. — 2. Los Fariseos. — 3. Los Saduceos. — 4. Los Herodianos. — 5. Los Esenios. . . . .	122
---	-----

CAPÍTULO V. — USOS Y COSTUMBRES DEL PUEBLO DE JESÚS

1. El matrimonio y la familia. — 2. Habitación y ajuar. — 3. Vestido y comida. — 4. Relaciones sociales. — 5. Condiciones económicas: Pesas, medidas y monedas. — 6. Enfermedades y medicina: Muerte y sepelio. — 7. Idioma: Relaciones internacionales . . . . .	133
---	-----

CAPÍTULO VI. — CRONOLOGÍA DE LOS EVANGELIOS

1. La era cristiana y el nacimiento de Jesús. — 2. Fecha más antigua que puede adjudicarse al nacimiento de Jesús. — 3. Fecha más reciente posible de la natividad del Señor. — 4. Día del nacimiento de Jesús. — 5. Comienzo de la vida pública de Jesús. — 6. Duración del ministerio público del Señor. — Sinopsis de los sistemas acerca de la Cronología de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. . . . .	150
---	-----

SECCIÓN TERCERA

ASPECTOS DE JESÚS SEGÚN LOS EVANGELIOS

Razón de esta sección. . . . .	157
--------------------------------	-----

CAPÍTULO PRIMERO. — JESÚS, HIJO DE DIOS

1. El título “Hijo de Dios” en las Escrituras. — 2. Jesús, “Hijo de Dios”, en los sinópticos. — 3. El “Hijo de Dios” en San Juan. — 4. Otras pruebas de la divinidad de Jesús en los Evangelios . . . . .	159
---	-----

CAPÍTULO II. — EL HIJO DEL HOMBRE

1. El “Hijo del hombre” en las Escrituras. — 2. El “Hijo del hombre” en los Evangelios. — 3. La naturaleza humana	
---	--

de Jesús. — 4. Las relaciones de Jesús: a) con su Madre; b) con sus “hermanos” y “hermanas”; c) con los Apóstoles; d) con las autoridades; e) con los niños y piadosas mujeres; f) con el pueblo. — 5. La vida ordinaria de Jesús.

Págs

166

### CAPÍTULO III. — EL MESÍAS

- I. El Mesías, Cristo de Dios. — 2. Las profecías mesiánicas. 3. El mesianismo en tiempo de Jesucristo. — 4. Jesús Mesías . . . . .

179

### CAPÍTULO IV. — JESÚS, MAESTRO

- I. *El Mesías debía ser Maestro de los hombres.* — I. Razones de orden antropológico e histórico. — 2. El Antiguo Testamento y el magisterio del Mesías. — 3. El Evangelio y Jesús Maestro. — II. *Caracteres personales de Jesús Maestro.* — I. Aspecto teológico de la predicación de Jesús. — 2. Aspecto psicológico de la predicación de Jesús. — 3. Caracteres de la elocuencia de Jesús. — 4. Fuentes de la predicación de Jesús. — 5. Objetivo de la predicación de Jesús. — 6. Resumen de la enseñanza dogmática y moral de Jesús. — III. *Los discursos de Jesús.* — I. Géneros de elocuencia de Jesús en el Evangelio. — 2. Forma literaria de los discursos de Jesús. — 3. Su número: a) en los sinópticos; b) en el Evangelio de San Juan. — IV. *Las parábolas.* — I. Ocasión de ellas. — 2. Nombre. — 3. Naturaleza. — 4. Elementos de las parábolas. — 5. Su diferencia. — a) De la alegoría. — b) De la fábula. — c) Del mito. 6. Fundamento y fin de la parábola. — 7. Número de las parábolas. — 8. Dificultades de su interpretación. — 9. Leyes de interpretación de la parábola . . . . .

188

### CAPÍTULO V. — JESÚS, TAUMATURGO

- I. *Jesús y el milagro.* — I. El Mesías taumaturgo en el Antiguo Testamento. — 2. Jesús debía obrar milagros. 3. Jesús obró milagros: su credibilidad. — II. *Los milagros del Evangelio en general.* — I. Nombres y naturaleza de los milagros de Jesús. — 2. Caracteres de los milagros de Jesús. — 3. Objeto de los milagros de Jesús. 4. Su simbolismo. — 5. Clasificación y número de los milagros de Jesús. — III. *De los demoníacos en particular.* — I. Los demoníacos: posesión y obsesión. — 2. Posibilidad de la posesión diabólica. — 3. Realidad de las posesiones del Evangelio. — 4. Lanzamiento de los demonios por Jesús . . . . .

219

CAPÍTULO VI. — JESÚS, PROFETA

Págs.

1. La profecía en Israel. — 2. Jesús profeta en el Evangelio. — 3. Principales profecías de Jesús . . . . . 238

CAPÍTULO VII. — JESÚS, PASTOR Y REY

- Razón de unir estos dos títulos de Jesús. — 1. Sentido simbólico del Pastor, en el Antiguo Testamento. — 2. Jesús Pastor en los Evangelios. — 3. El Mesías Rey. — 4. Jesús Rey en los Evangelios. — 5. Naturaleza del reino de Jesús. 245

CAPÍTULO VIII. — JESÚS, SACERDOTE Y CORDERO

- Mesianidad de estos dos títulos. — 1. El sacerdocio del Mesías en el Antiguo Testamento. — 2. Jesús sacerdote en el Evangelio. — 3. El Cordero simbólico en el Antiguo Testamento. — 4. El Cordero Jesús en el Evangelio. . . . 254

SEGUNDA PARTE. - CONCORDIA EVANGÉLICA  
COMENTARIOS. LECCIONES MORALES

SECCIÓN PRIMERA

INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS

- Síntesis de esta sección: Resumen histórico y geográfico. 267

N.º		MT.	Mc.	Lc.	IOH.	Págs.
	I. — HECHOS PRELIMINARES					
1	Prólogo:			1,1—4		271
2	Generación eterna del Verbo:				1,1—18	275
3	Genealogía de Jesús en cuanto hombre:	1,1—17		3,23 b—38		286
4	Visión de Zacarías: Concepción del Bautista:			1,5—25		298
5	Anunciación de la Virgen y Encarnación del Verbo:			1,26—38		306
6	Vísitacion de la Virgen a su parienta Isabel:			1,39—56		316
7	Nacimiento y circuncisión del Bautista:			1,57—80		325

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.
8	Congojas de José: Se le revela el misterio:	1,18—25			
	II. — INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS				
9	Nacimiento de Jesús: Su anuncio a los pastores:			2,1—14	
10	Adoración de los pastores:			2,15—20	
11	La Circuncisión:			2,21	
12	Purificación de la Virgen y presentación de Jesús en el templo: Regreso a Nazaret:			2,22—39	
13	Adoración de los Magos:	2,1—12			
14	Huída a Egipto: Matanza de los Inocentes:	2,13—18			
15	Del Egipto a Nazaret:	2,19—23			
16	Jesús en medio de los doctores: Su vida oculta:			2,40—52	

## SECCIÓN SEGUNDA

## VIDA PÚBLICA DE JESÚS. PERÍODO DE PREPARACIÓN

Síntesis de esta sección: Resumen histórico y geográfico.

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.
17	Aparición del Precursor:	3,1—6	1,1—6	3,1—6	
18	Resumen de la predicación del Bautista:	3,7—10		3,7—14	
19	El bautismo de Juan y el de Cristo:	3,11—12	1,7—8	3,15—18	
20	Juan bautiza a Jesús:	3,13—17	1,9—11	3,21—23a	
21	Ayuno y tentaciones de Jesús:	4,1—11	1,12—13	4,1—13	
22	Testimonio de Juan a los legados de los judíos:				1,19—28
23	Otro testimonio de Jesús por el Bautista:				1,29—34



N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	PB.
24	Los primeros discípulos de Jesús:				1,35—51	439
25	Las bodas de Caná:				2,1—12	447

MAPAS Y GRABADOS

Palestina en tiempo de N. S. Jesucristo.	. . . . .	XXIV-1
De Nazaret a Belén . . . . .	. . . . .	269
Itinerario de Jesús. Período de preparación.	. . . . .	400
Templum Hierosolymitanum, tempore J. C.	. . . . .	456-457
Descriptio Templi Hierosolymitani, tempore J. C.	. . . . .	456-457

## VOLUMEN II

### SECCIÓN TERCERA AÑO PRIMERO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: De la Pascua de 779 a la de 780 de la fundación de Roma. — Año 26-27 de nuestra era. . . . . 5

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
	<b>PERÍODO PRIMERO</b>					
	<b>JESÚS EN JUDEA Y SAMARIA</b>					
26	Jesús en el templo: Primera expulsión de los mercaderes:				2,13—25	9
27	Conferencia de Jesús con Nicodemo:				3,1—21	17
28	Jesús en la Judea: Último testimonio del Bautista:				3,22—36	28
29	Encarcelamiento del Bautista y vuelta de Jesús a la Galilea:	4,12	1,14 a	3,19—20 y 4—14 a	4,1—4	34
30	Jesús y la Samaritana:				4,5—42	37
	<b>PERÍODO SEGUNDO</b>					
	<b>JESÚS EN LA GALILEA</b>					
31	Pasa Jesús de la Samaria a la Galilea y da comienzo a su predicación:		1,14 b—15	4,14 b—15	4,43—45	53
32	Curación del hijo del régulo:				4,46—54	58
33	Jesús enseña en Nazaret, donde es rechazado:			4,16—30		62
34	Traslada Jesús su residencia a Cafarnaum:	4,13—17				70

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pp.
35	Primera pesca milagrosa y vocación de los cuatro primeros Apóstoles:	4,18—22	1,16—22	5,1—11		73
36	Curación de un poseso en la sinagoga de Cafarnaum:		1,23—28	4,31—37		81
37	Cura Jesús a la suegra de San Pedro y a otros muchos. Retírase a orar: Evangeliza toda la Galilea:	8,14—17 4,23—25	1,29—39	4,38—44		85
38	Curación de un leproso:	8,1—4	1,40—45	5,12—16		92
39	El paralítico de Cafarnaum:	9,1—8	2,1—12	5,17—26		97
40	Vocación de San Mateo:	9,9—13	2,13—17	5,27—32		104
41	Cuestión relativa al ayuno:	9,14—17	2,18—22	5,33—39		108

SECCIÓN CUARTA

AÑO SEGUNDO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: De la Pascua de 780 a la de 781. —

Año 27-28 de nuestra era. . . . . 113

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pp.
	PERÍODO PRIMERO EN JERUSALÉN					
42	El paralítico de la piscina:				5,1—15	117
43	Discurso de Jesús en su propia defensa:				5,16—47	124
	PERÍODO SEGUNDO EN LA GALILEA					
44	Los discípulos cogen espigas en sábado:	12,1—8	2,23—28	6,1—15		139
45	Curación del hombre de la mano seca:	12,9—14	3,1—6	6,6—11		143
46	Jesús se retira al lago de Genesaret y obra numerosas curaciones:	12,15—21	3,7—12			147

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
47	Elección de los Apóstoles:	10,1—4	3,13—19	6,12—16		151
48	El sermón de la Montaña: Generalidades:	5,1—7,29		6,17—49		155
49	Sermón de la Montaña: Bienaventuranzas y maldiciones:	5,1—12		6,17—23		161
50	Sermón de la Montaña: Los ministros de Jesús:	5,13—16				169
51	Sermón de la Montaña: Jesús y la Ley mosaica:	5,17—48		6,27—36		171
52	Sermón de la Montaña: La limosna, la oración y el ayuno:	6,1—18				184
53	Sermón de la Montaña: Los cristianos y los bienes de la tierra:	6,19—34				193
54	Sermón de la Montaña: Del injusto juzgar:	7,1—6		6,37—42		200
55	Sermón de la Montaña: Últimas lecciones: Epílogo:	7,7—29		6,43—49		204
56	Curación del siervo del Centurión:	8,5—13		7,1—10		212
57	Resurrección del hijo de una viuda en Naim:			7,11—17		218
58	Misión de Juan: Testimonio de Jesús: Contumacia del pueblo:	11,2—19		7,18—35		222
59	La pecadora unge a Jesús:			7,36—50		231
60	Jesús y su acompañamiento: Temor de los suyos:		3,20—21	8,1—3		238
61	El endemoniado ciego y mudo: Los fariseos confundidos:	12,22—27 43—45	3,22—30	11,14—26		242
62	La blasfemia contra el Espíritu Santo: El milagro de Jonás:	12,31—42	3,28—30	11,33—36 11,29—32		249

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pp.
63	La Madre y los hermanos de Jesús: Glorificación de la Madre de Jesús:	12,46—50	3,31—35	11,27—28 8,19—21		256
64	Las parábolas: El sembrador:	13,1—23	4,1—23	8,4—18		261
65	Parábola de la semilla que fructifica espontáneamente: De la cizaña	13,24—30 36—43	4,26—29			270
66	Parábolas del grano de mostaza y de la levadura:	13,31—35	4,30—34	13,18—21		276
67	Parábolas del tesoro, de la margarita y de la red: Conclusión:	13,44—52				280
	PERÍODO TERCERO EN TIERRA DE GERASA					
68	La tempestad calmada:	8,18.23-27	4,35—40	8,22—25		285
69	Los endemoniados de Gerasa:	8,28—34	5,1—20	8,26—39		290
	PERÍODO CUARTO OTRA VEZ EN LA GALILEA					
70	Resurrección de la hija de Jairo y curación de la hemorroísa:	9,18—26	5,21—43	8,40—56		299
71	Curación de dos ciegos y de un poseso mudo:	9,27—34				308
72	Jesús rechazado otra vez en Nazaret:	13,53—58	6,1—6a			312
73	Recorre Jesús otra vez la Galilea: Misión de los Apóstoles:	9,35—10,1	6,6b—7	9,1—2		316
74	Instrucciones de Jesús a sus Apóstoles: Primera parte:	10,5—15	6,7—11	9,3—5		320
75	Instrucciones de Jesús a sus Apóstoles: Segunda parte:	10,16—23				326
76	Instrucciones de Jesús a sus Apóstoles: Tercera parte:	10,24—42				331

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
77	Predicación de Jesús y los Apóstoles: Temores de Herodes:	11,1 14,1—2	6,12—16	9,6—9		339
78	Martirio del Bautista:	14,3—12	6,17—29			343
	PERÍODO QUINTO AL DESIERTO DE BETSAIDA					
79	Jesús y sus Apóstoles en el desierto de Bet-saida: Primera multiplicación de los panes:	14,19—23	6,30—46	9,10—17	6,1—15	351
80	Jesús anda sobre el mar: La tempestad otra vez calmada:	14,24—36	6,47—56		6,16—21	362
	PERÍODO SEXTO OTRA VEZ EN LA GALILEA					
81	Discurso de Jesús en Cafarnaum: Ocasión: Consideraciones generales:				6,22—72 6,22—26	371
82	Discurso de Jesús en Cafarnaum: Primera parte: El pan espiritual:				27—33	377
83	Segunda parte: El pan espiritual es el mismo Jesús:				34—47	381
84	Tercera parte: Promesa de la Eucaristía:				48—59	386
85	Consecuencias del discurso de Cafarnaum:				60—72	393

## MAPAS

Itinerario de Jesús en el año primero de su vida pública.	7
Itinerario de Jesús en el año segundo de su vida pública.	116

## VOLUMEN III

### SECCIÓN QUINTA AÑO TERCERO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: Marzo-abril hasta septiembre-octubre de 781. — Año 28-29 de nuestra era. . . . . 5

N.º		MT.	Mc.	Lc.	IOH.	Pg.
	PERÍODO PRIMERO					
	JESÚS EN LA GALILEA, FENICIA, DECÁPOLIS Y CESAREA					
86	La pureza legal: Discute Jesús con unos Escribas y Fariseos:	15,1—20	7,1—23		7,1	9
87	Jesús en la Fenicia: Curación de la hija de una mujer cananea:	15,21—28	7,24—30			18
88	Jesús en la Decápolis: Curación de un sordomudo y otros muchos:	15,29—31	7,31—37			24
89	Segunda multiplicación de los panes:	15,32—38	8,1—9			28
90	La señal del cielo: La levadura de los Fariseos:	15,39 16,1—12	8,10—21			33
91	Curación de un ciego en Betsaida:		8,22—26			38
92	El primado de Pedro:	16,13—20	8,27—30	9,18—21		41
93	Jesús predice su pasión: Necesidad de la abnegación:	16,21—28	8,31—39	9,22—27		49
94	La Transfiguración de Jesús:	17,1—9	9,1—8	9,28—36		55

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
	PERÍODO SEGUNDO					
	JESÚS EN LA GALILEA					
95	La venida de Elías:	17,10—13	9,9—12			65
96	Curación de un joven poseso, epiléptico, sordo y mudo:	17,14—20	9,13—28	9,37—43		68
97	Otra vez predice Jesús su pasión, muerte y resurrección: El didracma:	17,21—26	9,29—32	9,44—45		76
98	La humildad: Escándalo de los pequeños: Valor de las almas:	18,1—14	9,32—36 41—49	9,46—48		80
99	La indiscreción en el celo:		9,37—40	9,49—50		89
100	La corrección fraterna: Potestad de los Apóstoles: La oración: El perdón de las injurias:	18,15—22				92
101	Parábola del deudor injusto y cruel:	18,23—35				98

## SECCIÓN SEXTA

## AÑO TERCERO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: Septiembre-octubre de 781 hsata diciembre-enero de 781-782. — Año 28-29 de nuestra era. 103

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
	PERÍODO PRIMERO					
	CAMINO DE JERUSALÉN POR LA SAMARIA					
102	Los parientes de Jesús le invitan a que se manifieste en Jerusalén:				7,2—9	107
103	Jesús sube a Jerusalén: Es rechazado en Samaria: Tres candidatos al discipulado:	8,18—22		9,51—62	7,10	111
104	Misión de los setenta y dos: Maldición de las ciudades del lago:	11,20—24		10,1—12.16 10,13—15		119



N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pb.
105	Regresan gozosos los setenta y dos: Gozo de Jesús:	11,25—30		10,17—20 10,17—22		121
106	Parábola del Samaritano:			10,23—37		127
107	Marta y María:			10,38—42		133
PERÍODO SEGUNDO						
EN LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS						
108	El pueblo discute acerca de Jesús: Enseña Jesús en el Templo:				7,11—31	137
109	Tratan de prender a Jesús: Discurso en el último día de la fiesta:				7,32—39	145
110	Opiniones de la plebe y de los miembros del Sinedrio sobre Jesús:				7,40—53	149
111	La mujer adúltera:				8,1—11	154
112	Testimonio que da Jesús de sí: La luz del mundo:				8,12—20	159
113	Jesús predice las consecuencias de la incredulidad de los judíos:				8,21—30	165
114	Continuación: Los judíos, hijos del diablo:				8,31—45	170
115	Continuación: Jesús da testimonio de su divinidad:				8,46—59	177
116	Curación del ciego de nacimiento: El milagro:				9,1—12	183
117	El ciego de nacimiento: Inquisición jurídica ante el Sinedrio:				9,13—34	188
118	El ciego de nacimiento: Su encuentro con Jesús:				9,35—41	196
119	El buen pastor:				10,1—21	200

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
	<b>PERÍODO TERCERO</b>					
	<b>EN LAS INMEDIACIONES DE JERUSALÉN Y EN LA PEREA</b>					
120	La ciencia de la oración:			11,1—13		209
121	En casa de un fariseo: Diatriba de Jesús contra fariseos y escribas:			11,37—54		213
122	Jesús exhorta a la sinceridad y al valor en el obrar:			12,1—12		221
123	La avaricia: Los excesivos cuidados de la vida:			12,13—34		225
124	Necesidad de la vigilancia:			12,35—48		232
125	Del fuego que Jesús trajo al mundo: Las señales del tiempo:			12,49—59		238
126	Necesidad de la penitencia:			13,1—9		242
127	Cura Jesús a una mujer encorvada:			13,10—22		247
128	El número de los elegidos: El zorro Herodes: Apóstrofe a Jerusalén:			13,23—35		252

### SECCIÓN SÉPTIMA

#### AÑO TERCERO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: Diciembre-enero de 781-782 hasta marzo-abril de 782. — Año 28-29 de nuestra era. . . 259

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
	<b>PERÍODO PRIMERO</b>					
	<b>OTRA VEZ EN JERUSALÉN PARA LA DEDICACIÓN</b>					
129	En la fiesta de la Dedicación: Controversia con los judíos:				10,22—42	263

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
	PERÍODO SEGUNDO					
	EN LA PEREA					
130	Jesús en casa de un fariseo: El hidrópico: Humildad y caridad:			14,1—14		271
131	En casa de un fariseo: Parábola del gran festín:			14,15—24		276
132	De la abnegación de sí mismo:			14,25—35		281
133	Misericordia de Dios para con los pecadores: La oveja y el dracma perdidos:			15,1—10		286
134	Misericordia de Dios para con los pecadores: El hijo pródigo:			15,11—32		290
135	Parábola del administrador infiel:			16,1—13		299
136	Reproches contra los fariseos:			16,14—18		305
137	Parábola del rico Epu-lón y Lázaro:			16,19—31		308
138	Cuatro lecciones de Jesús a sus discípulos:			17,1—10		314
	PERÍODO TERCERO					
	OTRA VEZ EN JUDEA					
139	Enfermedad y muerte de Lázaro:				11,1—16	319
140	Jesús consuela a Marta y María:				11,17—37	324
141	Jesús resucita a Lázaro:				11,38—44	332
	PERÍODO CUARTO					
	RETIRADA A EFRÉN Y VIAJE HACIA JERUSALÉN					
142	Consecuencias de la resurrección de Lázaro:				11,45—56	337
143	Último viaje a Jerusa-lén: Curación de diez leprosos:			17,11—19		343
144	Del advenimiento del reino y del día del hijo del Hombre:			17,20—37		347

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
145	La oración: Parábola del mal juez y la viuda:			18,1—8		353
146	La humildad: Parábola del fariseo y el publicano:			18,9—14		357
147	Matrimonio y virginidad:	19,1—12	10,1—12			360
148	Jesús bendice a los niños:	19,13—15	10,13—16	18,15—17		368
149	La pobreza voluntaria:	19,16—30	10,17—31	18,18—30		371
150	Los jornaleros llamados a trabajar a la viña:	20,1—16				379
151	Tercera predicción de la pasión: Los hijos del Zebedeo:	20,17—28	10,32—45	18,31—34		384
152	Curación de un ciego a la entrada de Jericó:			18,35—43		392
153	Jesús en casa de Zaqueo:			19,1—10		396
154	Parábola de las diez minas:			19,11—28		400
155	Curación del ciego Bartimeo:	20,29—34	10,46—52			407
156	Jesús en Betania: María unge sus pies:	26,6—13	14,3—11		12,1—11	410

## MAPAS

Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. —	
De la tercera Pascua hasta la Fiesta de los Tabernáculos.	7
Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. —	
De la Fiesta de los Tabernáculos a la Dedicación. . . .	105
Itinerario de Jesús en el año tercero de su vida pública. —	
De la Dedicación a la Semana de Pasión. . . . .	261

## VOLUMEN IV

### SECCIÓN OCTAVA LA SEMANA DE PASIÓN

Síntesis de esta sección: Abril de 782. Año 29 de nuestra era.

Los seis días antes de la Pascua judía . . . . . 5

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pág.
	PERÍODO PRIMERO.— ÚLTIMOS DÍAS DEL MI- NISTERIO DE JESÚS					
157	Jesús se dirige triun- falmente a Jerusalén:	21,1—9	11,1—10	19,29—38	12,12—16	9
158	Episodios de la entrada triumfal:	21,10—12a 14—17	11,11	19,39—44	12,17—19	17
159	La Higuera maldita: Expulsión de los mer- caderes del templo:	21,18—19	11,12—14			
		21,12b-13	11,15—19	19,45—48		24
160	Fe y Caridad en la ora- ción: Perversidad de los Sinedristas:	21,20—27	11,20—33	20,1—8		29
161	Parábolas de los dos hijos y de los colonos rebeldes:	21,28—46	12,1—12	20,9—19		36
162	Parábola de los con- vidados a una boda regia:	22,1—14				45
163	Licitud del tributo exigido a los judíos por el César:	22,15—22	12,13—17	20,20—26		51
164	Interrogan los saduceos a Jesús sobre la re- surrección de los muertos:	22,23—33	12,18—27	20,27—40		56
165	El mandato máximo: Jesús Hijo y Señor de David:	22,34—46	12,28—37	20,41—44		62

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
166	Discurso de Jesús contra los fariseos: Primera parte: Su ambición e hipocresía:	23,1—12	12,38—39	20,45—46		68
167	Segunda parte: Los ocho anatemas contra escribas y fariseos:	23,13—33	12,40	20,47		74
168	Tercera parte: Amenazas de Jesús: La ruina de Jerusalén:	23,34—39				82
169	El óbolo de la viuda:		12,41—44	21,1—4		86
170	Unos gentiles desean ver a Jesús: Discurso del Señor:				12,20—36	89
171	Epílogo del ministerio público de Jesús: Discurso escatológico de Jesús: Generalidades:				12,37—50	97
		cc. 24.25	13	21,5—36		104
172	Primera parte: a) Introducción y signos precursores de la destrucción del Templo:	24,1—14	13,1—13	21,5—19		107
173	b) Destrucción del Templo y de la Ciudad:	24,15—22	13,14—20	21,20—24		116
174	c) Signos precursores y venida del Hijo del Hombre:	24,23—31	13,21—27	21,25—28		120
175	d) Tiempo de la ruina del Templo y del mundo:	24,32—41	13,28—32	21,28—33		126
176	Segunda parte: Exhortación a la vigilancia y trabajo. a) La vigilancia: Parábolas del lazo y del ladrón:	24,42—44	13,33	21,34—36		131
177	b) Parábolas de los siervos:	24,45—51	13,34—37			135
178	c) Parábola de las diez vírgenes:	25,1—13				139
179	d) Parábola de los talentos:	25,14—30				145
180	Tercera parte: El juicio final:	25,31—46				151

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pág.
181	Últimos días: El Sinedrio decreta la muerte de Jesús: Traición de Judas:	26,1—5 26,14—16	14,1—2	21,37—38 22,1—2 22,3—6		158
182	Preparativos de la última cena:	26,17—19	14,12—16	22,7—13		164
183	Principio de la cena: Discusión entre los Apóstoles:	26,20	14,17	22,14—18 24—30		169
184	El lavatorio:				13,1—17	175
185	El traidor:	26,21 26,22—24 26,25	14,18 14,19—21 14,19	22,21 22,22 22,23	13,18—21 13,22—30	181
186	Institución de la Eucaristía:	26,26—29	14,22—25	22,19.20		190
187	Discurso de Jesús después de la Cena:				13,31—17,26	195
188	a) La glorificación de Jesús: El precepto nuevo:				13,31—35	197
189	b) Jesús predice las negaciones de Pedro: Le confirma en el Primado:			22,31—34	13,36—38	201
190	c) La promesa del cielo:				14,1—11	206
191	d) Otras tres grandes promesas:				14,12—24	212
192	e) El espíritu de verdad: El don de la paz:				14,25—31	219
193	f) La vid mística: Unión con Jesús:				15,1—11	224
194	g) El precepto de la caridad fraterna:				15,12—17	230
195	h) El odio del mundo contra los enviados de Cristo:				15,18—16,4	234
196	i) La obra del Espíritu Santo:				16,5—15	240
197	j) De la tristeza presente al gozo futuro:				16,16—24	246
198	Recapitulación y con- clusión del discurso:				16,25—33	252
199	La oración sacerdotal de Jesús: a) Ruega por sí mismo:				17,1—5	256

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
200	b) Jesús ruega por sus Apóstoles:				17,6—19	260
201	c) Jesús ruega por la Iglesia:				17,20—26	268
	<b>PERÍODO SEGUNDO.— DE LA NOCHE DEL JUEVES A LA DEL VIERNES</b>					
202	Camino de Getsemaní: Predicción del escándalo de los discípulos y de las negaciones de Pedro: Inminencia de la Pasión:	26,30—35	14,27—31	22,35—38	18,1 a	273
203	La oración de Jesús en el huerto:	26,36—46	14,32—42	22,39—46	18,1 b	279
204	Judas y la turba en Getsemaní: Poder de Jesús:	26,47 - 50a	14,43—45	22,47—48	18,2—3 18,4—9	288
205	Prendimiento de Jesús:	26,50b-56	14,51—52 14,46—50	22,49—53	18,12 18,10—11	294
206	El proceso religioso de Jesús: Jesús ante Anás:				18,13—14 19—24	300
207	Sigue el proceso religioso: Jesús ante Caifás:	26,57,59-68	14,53—65	22,63—65		307
208	Las negaciones de Pedro: Primera: Segunda: Tercera:	26,58,69-70 26,71—72 26,73—75	14,54,65-68 14,69—70 14,70—72	22,54—57 22,58 22,59—62	18,15—17 18,18—25 18,26,27	315
209	Sigue el proceso religioso de Jesús: Segunda sesión del Sinedrío:			22,66—71		
210	Desesperación y suicidio de Judas:	27,1.2 27,3—10	15,1	23,1		323 328
211	El proceso civil: Jesús por primera vez ante Pilatos:			23,2,4—7		
212	Sigue el proceso civil: Jesús ante Herodes:	27,11—14	15,2—5	23,3	18,28—38	334
213	Sigue el proceso civil: Otra vez en el Pretorio: Jesús pospuesto a Barrabás:	27,15—19 27,20—23		23,8—12 23,13—16 18—25 23,17		344 348



N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pág.
214	Jesús azotado y coronado de espinas: Ecce-homo: Nuevo interrogatorio:	27,27—30	15,16—19		19,1—3 19,4—7 19,8—11	356
215	Último esfuerzo de Pilatos: Jesús condenado a muerte:	27,24—26	15,15	23,25	19,12—16	364
216	Camino del Calvario:	27,31 27,32—33	15,21.22	23,26—32	19,17	370
217	La crucifixión:  El título de la cruz: Sorteo de las vestiduras:	27,34  27,37 27,35	15,23,25 27.28 15,26 15,24	23,33  23,38 23,34	19,18  19,19—22 19,23.24	376
218	Injurias a Jesús crucificado: El buen ladrón:	27,39—44	15,29—32	23,34—37 23,39—43		384
219	Últimas palabras de Jesús y su muerte:	27,45—47 27,48—50	15,33—37	23,46 23,44—46	19,25—30	391
220	Después de la muerte del Señor:	27,51—53 54—56	15,40.41 38.39	23,47.48 45—49		400
221	La lanzada:				19,31—37	406
222	Descendimiento y sepultura:	27,57—60	15,42—45 15,46	23,50—54	19,38b-42 19,38a	411
223	Después de la sepultura de Jesús:	27,61—66	15,47	23,55.56		417

## SECCIÓN NOVENA VIDA GLORIOSA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: Del día siguiente al de la Pascua judía hasta cuarenta días después. Abril-Mayo de 782. —

Año 29 de nuestra era . . . . . 423

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pág.
	PERÍODO PRIMERO. — PRIMERAS APARICIONES DE JESÚS EN JUDEA					
224	La resurrección de Jesús: Consideraciones generales sobre los relatos evangélicos:					425

N.º		Mt.	Mc.	Lc.	IOH.	Pgs.
225	Las mujeres van al sepulcro:	28,1	16,1—3	24,1—3		
	El terremoto:	28,2—4				
	La visita:	28,5—7	16,4—7	24,4—8		
	El regreso:		16,8	24,9—11		429
226	Visita de Pedro y Juan al sepulcro:			24,12	20,1—10	438
227	Jesús aparece a la Magdalena:		16,9—11		20,11—18	443
228	Aparición de Jesús a las piadosas mujeres: Los soldados romanos y los sinedristas:	28,8—15				448
229	Aparición de Jesús a dos discípulos en el camino de Emaús:		16,12.13	24,13—35		454
230	Aparece Jesús a los Apóstoles reunidos:		16,14	24,37—39 41—44 24,36—40	20,19—24	463
231	Otra aparición a los Apóstoles con Santo Tomás:				20,24—31	470
PERÍODO SEGUNDO. — ULTIMAS APARICIONES DE JESÚS EN GALILEA Y EN JUDEA						
232	Apariciones de Jesús en la Galilea: a) En el mar de Tiberíades:				21,1—14	477
233	El Primado de Pedro:				21,15—23	484
234	Aparición a los Apóstoles en un monte de Galilea:	28,16—20	16,16—18			491
235	Últimas enseñanzas de Jesús:		16,19			
	La Ascensión:		16,20	24,45—53		497
236	Epílogo del Evangelio de San Juan:				21,24.25	503